



ÁGUILAS

EN

GUERRA

BEN KANE

ESPA
PDF

Año 9 d. C., frontera con Germania: cerca del río Rhenus, un centurión romano, Lucio Tulo, se prepara para salir de patrulla con sus soldados. En el lado opuesto del río, las tribus germánicas están resentidas por los duros tributos que están a punto de caer sobre ellas. Tullus sospecha que puede haber una revuelta. Y sabe que la supervivencia de sus hombres dependerá no sólo de su disciplina y adiestramiento, sino de su propia capacidad de liderazgo.

Lo que ni Tulo ni su superior, el gobernador Varo, saben es que

frente a ellos se encuentra también el carismático Arminio, antiguo aliado de Roma, que lleva tiempo tramando como echar a los romanos de las tierras al este de Rhenus.

Mientras las legiones de Varo se preparan para abandonar el campamento, miles de guerreros germanos, dirigidos por Arminio, se reúnen en territorios cercanos. Ansiosos por liberarse del yugo romano, los hombres de las tribus afilan sus armas y preparan su mortífero asalto.

Ahora, solo los dioses podrán salvar

a los romanos...



Ben Kane

Águilas en guerra

Águilas de Roma - 01

ePub r1.0

Titivillus 13.02.16

Título original: *Eagles at War*

Ben Kane, 2015

Traducción: Mercè Diago & Abel Debritto

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

GERMANIA 9 A. C.



Este libro es para mis lectores, para todos y cada uno de vosotros. Estáis en todos los rincones del mundo, en todos los continentes salvo en la Antártida.^[1] Vuestra lealtad me permite ser escritor a tiempo completo y dedicarme a un trabajo que me apasiona.

Por ello, os doy mis más sinceras gracias.

Quintili Vare, legiones redde!

(¡Quintilio Varo, devuélveme mis
legiones!)

Versión de Suetonio de la reacción
del emperador Augusto al recibir la noticia
de la suerte que corrió Varo.

Prólogo



Germania, año 12 a. C.

El niño dormía plácidamente, pero despertó al notar una mano que le sacudía el hombro con insistencia. Abrió los ojos pegados por el sueño y vislumbró, perfilados por la tenue luz de la lámpara, los aterradores rasgos de su padre: barba poblada, ojos de mirada penetrante y cabello trenzado. El niño se asustó.

—No temas, pequeño osezno. No

soy un fantasma.

—¿Qué sucede, padre? —murmuró el niño.

—Quiero mostrarte algo.

Detrás de la imponente figura de su progenitor, el niño distinguió a su madre. A pesar de la oscuridad y el sueño, adivinó su descontento.

—¿Nos acompañará madre? —preguntó volviéndose hacia su padre.

—No, esto es cosa de hombres.

—Yo solo tengo siete años.

—No importa. Quiero que lo veas.

Levántate y vístete.

Los deseos de su padre eran órdenes para él, por lo que se desprendió de la cálida piel de oso que le cubría el

cuerpo e introdujo los pies, calcetines incluidos, en las botas situadas junto a la cama. Rebuscó la capa, que hacía las veces de segunda manta, y se la puso sobre los hombros.

—Ya estoy listo.

—Vamos.

La madre los interceptó.

—Segimer, no está bien que el niño presencie algo así.

—Tiene que verlo —replicó el padre.

—Es demasiado pequeño.

—¡No me cuestiones, mujer! Los dioses nos observan.

Apretando los labios, la madre obedeció y se apartó de su camino. El

niño fingió no oír ni ver nada y siguió a su padre.

Pasaron junto a los esclavos que dormían y junto al fuego crepitante, las cazuelas y los arcones de madera. Las dos puertas de la casa se hallaban situadas una frente a otra, en el centro del edificio. El aire caliente transportaba desde el otro extremo el olor intenso y el sonido de las vacas, los cerdos y las ovejas.

Su padre abrió la puerta y salió; acto seguido, depositó la lámpara en el suelo y se volvió hacia él.

—Ven.

El niño se aproximó al umbral. Las estrellas brillaban en el firmamento,

pero le intimidaba la oscuridad de la noche. No le hacía gracia salir, pero su padre le estaba haciendo señas para que le siguiera. Por fin se decidió e inspiró con fuerza el húmedo aire nocturno, que le enfrió la nariz y le recordó que el invierno pronto reemplazaría al otoño.

—¿Adónde vamos?

—Al bosque.

El niño tensó el cuerpo. Por mucho que le gustara jugar a cazar con sus amigos y a descubrir huellas de ciervos entre los árboles, nunca había ido al bosque de noche, momento en que devenía un lugar poblado de espíritus, animales salvajes y a saber qué cosas más. ¿Acaso no le habían despertado a

veces los lobos aullando a la luna? ¿Qué sucedería si se encontraban con alguien?

—¡Apresúrate! —instó su padre, que ya había avanzado varios pasos por el camino de la aldea.

El miedo a quedarse solo se impuso sobre su temor a lo desconocido más allá de las casas y el niño salió disparado en pos de su padre. Hubiera deseado preguntarle si podían andar juntos de la mano, pero sabía de sobras cuál sería la respuesta; así que caminar a su lado era mejor que nada. Además, la presencia de la larga espada de Segimer —símbolo de riqueza entre su gente—, que le golpeaba la cadera al caminar, le tranquilizaba. Recordó que

su padre era un temible guerrero, uno de los mejores de la tribu de los queruscos, si no el mejor.

—¿Qué vamos a hacer en el bosque?
—preguntó, sintiéndose más valiente de repente.

—Vamos a presenciar una ofrenda a los dioses que no tiene comparación con lo que has visto otras veces.

El niño notó un nudo de miedo y emoción en el estómago. Le hubiera gustado preguntar más, pero el tono severo de su padre y la manera en que avanzaba a grandes zancadas por delante de él le llevaron a morderse la lengua. Lo más importante era no perder el ritmo. Siguieron caminando entre las

casas, chapoteando en el terreno embarrado. Un perro ladró cuando pasaron ante una vivienda, y enseguida se oyeron otros. No obstante, pese a los ladridos, la aldea continuó en silencio. «Todos duermen», pensó el niño. Sonrió, emocionado. Una cosa era que le permitieran trasnochar con sus amigos para presenciar un banquete de boda, por ejemplo, y otra muy distinta —y mucho mejor— era rondar por el bosque en plena noche con su padre, al que idolatraba. Segimer no era desagradable ni cruel como los padres de algunos de sus amigos, pero apenas tenía tiempo para él. Era un hombre reservado y distante que siempre andaba ocupado

con los otros nobles, ya fuera cazando o luchando contra los romanos en lugares lejanos. Por eso, se dijo, debía disfrutar al máximo de ese momento.

El sendero que seguían se internaba en el bosque que se extendía al sur del poblado. Según su padre, las tierras de los queruscos abundaban en bosques, pero habían talado los árboles alrededor de las grandes aldeas para fines agrícolas. Al oeste discurría el río, fuente de agua y de peces de muchas clases. Al este y al oeste, se extendía un manto de pequeñas parcelas donde se cultivaban cereales y hortalizas, así como pasto para el ganado. El bosque del sur les suministraba leña para el

fuego, así como ciervos y jabalíes para alimentarse y arboledas sagradas donde los sacerdotes consultaban a los dioses.

El muchacho dedujo que la ofrenda tendría lugar en uno de esos lugares sagrados y los nervios se apoderaron otra vez de él. Agradeció que la oscuridad impidiera a su padre verlo temblar. Jamás se había atrevido a pisar uno de esos sitios. De hecho, una vez había llegado a la entrada de un bosquecillo sagrado con sus amigos, pero su bravura se esfumó en cuanto vieron los cráneos de vacas con cuernos clavados en los árboles y decidieron dar media vuelta. Sin embargo, estaba seguro de que esa noche cruzaría el

linde con su padre. Cuando llegaron al bosque, un hilo de sudor le recorrió la espalda. «Tengo que ser valiente —se dijo—. No puedo mostrar temor ahora, ni después». Si mostraba su miedo, avergonzaría a su familia y a su padre.

Pese a su determinación, no pudo evitar dar un respingo cuando una figura encapada y armada con una lanza apareció de repente por detrás de un árbol.

—Segimer —saludó el hombre, levantando la mano.

—Tudrus.

El niño se relajó. Tudrus era uno de los guerreros de confianza de su padre al que conocía desde muy pequeño.

—Veo que has despertado al pequeño osezno.

—Sí —respondió Segimer rozando el hombro de su hijo, que recibió agradecido la caricia.

—¿Estás listo, muchacho? —preguntó Tudrus.

El niño asintió sin saber lo que les aguardaba.

—Bien.

Segimer echó un vistazo al sendero del oeste que confluía con el camino del poblado por el que habían venido.

—¿Falta alguien?

—Ya han llegado todos. Han venido los guerreros de las tribus de los brúcteros, catos, angrivarios y téncteros.

Incluso los marsos han enviado a sus nobles.

—Donar estará complacido de que hayan decidido venir tantos —sentenció Segimer, alzando la vista al cielo—. Será mejor que nos apresuremos, la luna pronto alcanzará su cénit y, según los sacerdotes, deben morir entonces.

Tudrus asintió.

«Deben morir», el niño trató de no pensar en el significado de esas palabras y se centró en mantener el paso de su padre para no perderlo.

¡BUUUUUUUU!

Asustado, el niño dio un salto. No tardó un instante en recomponerse, pero Tudrus lo había visto y esbozó una

sonrisa, mientras que su padre frunció el ceño y le ordenó con la mirada que permaneciera inmóvil.

¡BUUUUUUUU! ¡BUUUUUUUU!

Esta vez no movió ni un músculo. Aunque estaba seguro de que el peculiar sonido debía de proceder de un cuerno que hacía sonar uno de los sacerdotes, parecía que anunciara la llegada de un demonio o un dios. Contó hasta diez y luego hasta veinte, pero no apareció nadie. Miró en derredor; en la oscuridad de la noche, el bosquecillo tenía un aspecto más terrorífico de lo que había imaginado. El sendero que habían tomado desde la aldea ya le había parecido horrible, con sus recodos y

suelo pantanoso, al igual que la entrada al bosquecillo sagrado, señalado por un rudimentario arco de madera decorado con cráneos de reses, pero lo más aterrador de todo era el círculo donde se hallaba con su padre, Tudrus y un nutrido grupo de guerreros. Estaba circundado por robles y tenía un diámetro de unos cincuenta pasos.

El centro estaba dominado por dos altares, dos enormes losas de piedra que parecían talladas por gigantes. Sobre una de ellas habían construido una pira, mientras que la otra estaba teñida por unas siniestras manchas de color marrón rojizo. Enfrente, una enorme hoguera que era la única fuente de luz. Junto a ella,

había dos mesas: una contenía un impresionante despliegue de instrumentos afilados y dentados, cuchillas, pinzas y martillos, mientras que la segunda tenía atadas unas cuerdas en las cuatro patas que dejaban poco lugar a dudas acerca de su propósito.

El niño había supuesto que vería animales atados a la mesa, como en las ceremonias religiosas de la aldea, donde se sacrificaban vacas y ovejas como ofrenda a los dioses. En una ocasión vio —y oyó— sacrificar a un jabalí, cuyos chillidos todavía resonaban en su mente.

¡BUUUUUUUU!

¡BUUUUUUUUU!

¡BUUUUUUUUU!

El sonido provenía de detrás de los

altares.

—Ya vienen —susurró su padre.

Presa de la curiosidad, el niño se puso de puntillas y alargó el cuello para ver mejor.

La procesión apareció por detrás de los árboles. En cabeza, unos sacerdotes con túnicas hacían sonar unos largos cuernos de vaca; a continuación, dos magníficas yeguas guiadas por acólitos arrastraban un carro sobre el que iba un anciano sacerdote encorvado. Tenía la cabeza inclinada, por lo que el niño supo que seguía con atención los sonidos emitidos por los caballos sagrados, ya que los dioses podían transmitir importantes mensajes a través

de sus relinchos. Detrás del carro caminaban cuatro sacerdotes con más cuernos, pero lo que le llamó la atención fue el grupo de tristes figuras que les pisaban los talones.

Eran ocho hombres en total, atados entre sí por el cuello y las muñecas. Los siete primeros vestían una túnica blanquecina por encima de la rodilla fruncida con un cinturón, mientras que el último iba ataviado con una túnica roja y era el único en lucir casco, que estaba coronado por un impresionante penacho de plumas rojas y blancas.

—Romanos —murmuró sobrecogido el niño.

Una vez había visto los cadáveres de

una patrulla enemiga que había caído en una emboscada tendida por su padre y otros guerreros de la tribu, pero estos hombres eran los primeros romanos que veía vivos, aunque no ilesos; incluso desde lejos y en la oscuridad los moratones y señales en la piel resultaban visibles. Cerraba la procesión una docena de fornidos acólitos armados con lanzas largas.

El niño los observó con creciente intranquilidad. Sea cual fuere el destino previsto para ellos, no sería un final agradable.

—¿Ves a esos cabrones? —preguntó su padre, agarrándole del hombro con fuerza para susurrarle al oído. El niño

asintió—. Los romanos representan todo aquello que nosotros no somos. Aunque su imperio se extiende más allá de lo que un hombre podría caminar en todo un año, no les basta con ello. Siempre van en busca de nuevas tierras que conquistar. Hace décadas que su líder, Augusto —dijo escupiendo el nombre—, desea convertirse en nuestro emperador, en el emperador de nuestro pueblo y de los catos, los marsos y los angrivarios. Quiere someternos y aplastarnos con el talón de sus soldados. ¡No debemos permitirlo jamás!

—Jamás, padre —repitió al tiempo que recordaba lo sucedido en la última visita de los romanos, cuando

prendieron fuego a una aldea y dejaron muchos muertos a su paso, entre ellos una tía y dos primos suyos—. Se lo impediremos.

—Sí, detendremos a Augusto y a sus malditas legiones. Así lo juraré ante Donar junto al resto de los guerreros congregados hoy aquí. Y tú también lo jurarás —dijo, dedicándole una extraña sonrisa.

—¿Yo, padre? —preguntó sorprendido.

—Sí, pequeño osezno, por eso estás aquí.

A continuación, posó un dedo sobre sus labios y señaló hacia la procesión.

Los cuernos habían dejado de sonar

y los sacerdotes se habían detenido junto a los altares. Todas las miradas se centraron en los movimientos del anciano, que bajó del carro y se aproximó despacio a la hoguera. Los caballos fueron retirados y los prisioneros, empujados por los acólitos hasta las mesas.

—Te damos las gracias, Gran Donar, por cuidar de nosotros. —La voz del sacerdote resonó con fuerza pese a su aparente fragilidad—. Tus truenos nos protegen y tus nubes tormentosas nos traen la lluvia sin la cual se secarían y perderían las cosechas. Cuando luchamos contra nuestros enemigos, tu fuerza nos acompaña. Por todo ello nos

sentimos agradecidos.

Muchos guerreros mostraron su asentimiento con un murmullo, frotaron los amuletos en forma de martillo o susurraron plegarias mientras hablaba.

—En los últimos años, hemos precisado tu ayuda cada verano porque esta escoria —espetó, señalando a los prisioneros con una larga uña— acude a millares a destruir nuestras tierras. Nadie está a salvo de los depredadores romanos y de su sed de sangre; asesinan y esclavizan a hombres, mujeres, niños, ancianos y enfermos. Arrasan nuestras aldeas y nos roban las cosechas y el ganado.

Los guerreros asintieron enfadados.

Su padre tenía los nudillos blancos sobre la empuñadura de la espada. El niño sintió que la rabia también se apoderaba de él. Su tía y sus hijos —sus primos— habían sido sus parientes preferidos. Había que castigar a los romanos.

—Estamos hoy aquí reunidos, Gran Donar —entonó el sacerdote—, para solicitar tu ayuda en la lucha contra los invasores, para asegurarnos de que huyen, derrotados, al otro extremo del río que ellos denominan Rhenus y de que jamás regresen a las tierras sobre las que gobiernas, nuestras tierras.

—¡DONAR! —gritó Segimer.

—¡DO-NAR! ¡DO-NAR! ¡DO-NAR! —

repiteieron los guerreros.

El niño se unió a ellos, pero su tenue voz se perdió en el coro ensordecedor.

—¡DO-NAR! ¡DO-NAR! ¡DO-NAR!

—Prestad vuestro juramento ahora —ordenó el sacerdote cuando se acallaron las voces.

El niño no cabía en sí de orgullo cuando Segimer fue el primero en dar un paso adelante.

—Yo, Segimer de los queruscos, juro ante Donar que no descansaré hasta que los romanos se hayan retirado de nuestras tierras para siempre. Que los dioses pongan fin a mi vida si me desvío de este camino.

El sacerdote observó en silencio

mientras los guerreros, uno a uno, juraban no descansar hasta vencer a sus enemigos y empujarlos al otro lado del río. El niño fue el último en hablar. Nervioso ante tantos hombres, le tembló un poco la voz, pero para su gran alivio nadie se rio ni se enfadó. El sacerdote inclinó la cabeza en señal de aprobación y su padre le dio un apretón en el hombro cuando regresó a su lado.

El sacerdote hizo un gesto y cuatro acólitos agarraron al prisionero más cercano, un romano de baja estatura y cara redonda, al que empujaron hacia delante entre patadas de resistencia. Sin contemplaciones, lo tumbaron sobre la mesa vacía y lo ataron de pies y manos.

Se hizo un silencio reverente que permitió oír con claridad los gemidos del romano.

El niño todavía no se creía lo que estaba a punto de suceder, pero al contemplar los rostros a su alrededor, que se habían tornado duros y crueles, fue incapaz de negar la realidad. Posó la vista de nuevo sobre la mesa donde yacía la víctima.

El anciano eligió una cuchilla curvada de hierro y la alzó.

—Sin ojos, los romanos estarán ciegos y no verán las emboscadas ni los campamentos secretos de nuestros guerreros.

Los congregados mostraron su

asentimiento con una exclamación. «No se le ocurrirá...», pensó el niño con un escalofrío.

Dos acólitos inmovilizaron la cabeza del romano mientras el sacerdote se aproximaba. Los gemidos se intensificaron.

Una voz profunda comenzó a gritar en una lengua que el niño no comprendía. Era el romano del casco, que avanzó unos pasos dentro de los límites de sus ataduras. Sus palabras iban dirigidas al sacerdote, a los guerreros y a los acólitos.

—¿Qué está diciendo, padre? — preguntó el niño en un susurro—. ¿Tudrus?

—Dice que son soldados —
murmuró Segimer—. Hombres
honorables que no merecen ser tratados
como animales. Pide que se les permita
morir con honor.

—¿Y tiene razón, padre?

Los ojos de Segimer asemejaban dos
bloques de hielo.

—¿Acaso mataron a tus primos con
honor? ¿O a tu tía? ¿O a todos los
aldeanos que murieron ese día?

El niño no sabía cómo habían muerto
sus familiares ni tampoco entendía todo
lo que los jóvenes de su pueblo decían
sobre las atrocidades de los romanos,
pero estaba seguro de que era una
crueldad clavarle una espada en el

vientre a una embarazada.

—No, padre —respondió el niño con el corazón endurecido.

—Por eso morirán como animales.

«Se lo merecen», pensó el niño.

Los gritos cesaron cuando varios acólitos tumbaron al romano a golpes y lo amordazaron. A continuación, el sacerdote se inclinó sobre el hombre de la mesa. Un chillido sobrecogedor recorrió la arboleda. El grito era más alto de lo que el niño jamás hubiera creído posible. El sacerdote colocó algo pequeño, rojo y húmedo junto al hombre y los aullidos bajaron un poco, pero regresaron al nivel anterior cuando la cuchilla comenzó a escarbar la cuenca

del segundo ojo.

El sacerdote se volvió hacia los guerreros con los dos pequeños globos oculares en la mano ensangrentada.

—¡Ciegos, los romanos no pueden vernos! ¡Acepta esta ofrenda, Gran Donar!

—¡DO-NAR! ¡DO-NAR! ¡DO-NAR! — clamó el niño hasta fallarle la voz.

Saltaron chispas cuando los ojos cayeron en el fuego.

—¡DO-NAR! —rugieron los guerreros.

El sacerdote dejó la cuchilla y eligió un largo puñal. La sangre oscura le salpicó las manos cuando empezó a hurgar en la boca de la víctima. El

romano borbotó un grito mientras se retorció en la mesa.

—¡Sin lengua, los romanos no pueden contar mentiras!

El sacerdote lanzó el pedazo de carne a la hoguera.

El niño cerró los ojos. «Debe morir —pensó—. Quizá fuera él quien mató a mis primos». Su padre le dio un codazo que le obligó a abrir los ojos de nuevo.

—¡DO-NAR!

El anciano clavó el puñal en el pecho del romano y lo retorció varias veces con movimientos expertos. El golpeteo rítmico de los talones del romano sobre la mesa se aceleró de repente y luego se ralentizó. Cuando el

sacerdote descartó el puñal a favor de una sierra, ya se había detenido del todo. El anciano no tardó en romper la caja torácica y arrancar el corazón del entramado de venas que lo envolvía. A continuación, mostró a todos el pequeño órgano sanguinolento a modo de trofeo.

—¡Sin corazón, los romanos no tienen valor! ¡No tienen fuerza!

—¡DO-NAR! ¡DO-NAR! ¡DO-NAR!

El niño agradeció los gritos. A pesar de odiar a los romanos, el espectáculo le revolvió el estómago. Contempló con ojos entrecerrados cómo el cuerpo era transportado a la pira para ser quemado y cómo los tres romanos siguientes eran despachados de igual manera.

Al final, Segimer se dio cuenta.

—¡Obsérvalo todo! —ordenó.

El niño obedeció reticente. De pronto notó el aliento caliente de su padre al oído.

—¿Sabes cómo murió uno de tus primos? —preguntó. El niño quería responder, pero la lengua le pesaba en la boca—. Había intentado defender a su madre, a tu tía, pero no era más que un crío, así que los romanos lo desarmaron con facilidad antes de tumbarlo en el suelo y meterle una lanza por el culo. Le atravesaron el cuerpo con la lanza, pero el hijo de perra que se la metió no la insertó hasta el fondo, así que no murió y vio cómo asesinaban a su hermano y

violaban a su madre delante de sus narices.

Lágrimas calientes —de rabia, de miedo— recorrieron las mejillas del niño, pero su padre no había acabado todavía.

—Tu pobre primo seguía vivo cuando llegamos esa noche a la aldea. Fue su padre, tu tío, quien tuvo que poner fin a su vida. —Segimer tomó la barbilla de su hijo y le obligó a mirarle —. Así son los romanos. ¿Lo entiendes?

—Sí, padre.

—¿Querrías que le sucediera algo así a tu madre o a tu hermano pequeño?

—¡No!

—Entonces, debes aceptar que esta

ofrenda a Donar es algo positivo, algo necesario. Con la bendición del dios del trueno, seguro que derrotamos a los romanos.

—Sí, padre, lo entiendo.

Segimer escudriñó su rostro y el niño le sostuvo la mirada hasta que por fin asintió satisfecho. A continuación, no se perdió ni un detalle del resto de la escabrosa ceremonia. La mesa de los sacrificios estaba recubierta de sangre coagulada y la arboleda era una cacofonía de gritos entremezclados con el hedor de los cuerpos ardiendo. Cada vez que su estómago se rebelaba ante la visión, pensaba en su primo, empalado con una lanza mientras veía cómo

torturaban y abusaban de su madre y su hermano. Esas imágenes se impusieron sobre todas las demás y le llevaron a rugir de rabia, deseoso de agarrar el puñal del sacerdote y clavárselo a un romano.

«Jamás olvidaré esta noche —se prometió a sí mismo—. Pongo a Donar por testigo que un día daré a los romanos una lección que nunca olvidarán. Yo, Ermin de los queruscos, lo juro».

PRIMERA PARTE



Primavera, 9 d. C.

LA FRONTERA
GERMANA



Montado sobre un hermoso alazán, Arminio observó a ocho jinetes de su *turmae* —la división de caballería— recorriendo de un lado a otro la amplia plaza de armas que se extendía frente al campamento fortificado de Ara Ubiorum. Hacía sol y el aire era fresco. Los últimos vestigios del invierno habían desaparecido y los fértiles campos de alrededor lucían un verde intenso. Las alondras revoloteaban en el cielo, pero sus delicados gorjeos

quedaban ahogados por los cascos de los caballos que retumbaban sobre la tierra compacta y por las órdenes que gritaban los jóvenes oficiales de Arminio.

Su vestimenta, al igual que la de sus tropas, era una mezcla de elementos romanos y germanos: la cota de malla y el casco plateado de caballería contrastaban con la capa de lana, la túnica, los calzones largos estampados y los botines propios de su tribu. Al hombro llevaba un tahalí dorado con su *spatha*, la larga espada de la caballería. Arminio estaba en la flor de la vida: era corpulento y atractivo, gracias a sus ojos de color gris intenso, cabello negro y

barba poblada del mismo color.

Sus quinientos guerreros queruscos formaban el *ala* —unidad de caballería—, adscrita a la legión XVII. Actuaban como unidad de reconocimiento y cubrían los flancos de las legiones en marcha, pero también libraban batallas. Por eso era importante que sus hombres entrenaran de forma regular, como hacían en esos momentos bajo su supervisión. Había visto esos ejercicios innumerables veces y conocía cada movimiento al dedillo. Sus jinetes estaban bien entrenados y cometían pocos errores, así que no tardó en distraerse y pensar en otras cosas. El día anterior, el jefe del clan de una aldea de

la orilla opuesta del Rhenus se había quejado ante él por el nuevo tributo imperial. No era la primera vez que Arminio oía protestas similares. En el territorio de la Galia donde se hallaba destinado, los germanos eran los únicos que trabajaban como auxiliares de la legión, un trabajo por el que percibían una buena paga y con el que se sentían satisfechos. Sin embargo, para las tribus del otro lado del río, la situación era muy distinta.

El gobernador Varo y sus coetáneos no eran conscientes de su descontento, pensó Arminio. Para ellos, la romanización de Germania se estaba desarrollando según lo previsto, con

numerosos campamentos militares — temporales y permanentes— esparcidos por un amplio territorio de más de 320 millas de largo y 150 de ancho. Al menos la mitad de las tribus de la región se había aliado con el imperio o habían firmado un tratado con él y, con la excepción de algunas escaramuzas, hacía varios años que reinaba la paz. Además, los trabajos de ingeniería que realizaban las legiones cada verano habían incrementado el número de vías pavimentadas. Uno de los asentamientos, Pons Laugona, iba camino de convertirse en la principal ciudad romana al este del Rhenus, pues ya disponía de su propio foro, edificios

municipales y sistema de alcantarillado. Muchas comunidades estaban deseosas de seguir su ejemplo. Incluso algunas aldeas habían adoptado la costumbre de tener un mercado de forma habitual. La legislación imperial se había infiltrado en las sociedades tribales y magistrados de Ara Ubiorum y otros campamentos al oeste del Rhenus viajaban al otro lado del río para dirimir disputas sobre tierras u otras cuestiones legales.

Estos cambios sociales enfurecían a algunas tribus, pero muchas estaban contentas porque su nivel de vida había mejorado. Las legiones necesitaban ingentes cantidades de comida, bebida y ropa y las granjas próximas a los

campamentos les vendían ganado, cereales, hortalizas, lana y cuero. Además, las mujeres comerciaban con ropa y, si lo deseaban, también con su cabello. Los prisioneros capturados en las luchas con otras tribus se vendían como esclavos y los animales salvajes se vendían por un precio considerable para su uso en los anfiteatros de los campamentos militares. Los hombres jóvenes tenían la posibilidad de alistarse al ejército y huir de la rutina de la vida en la granja, mientras que los más emprendedores abrían tabernas y mesones junto a los asentamientos militares o bien buscaban trabajo allí.

Pertenecer al imperio suponía

muchas ventajas —reconoció Arminio para sus adentros—, pero el precio a pagar era elevado. En primer lugar, tenían un gobernador absoluto: el emperador Augusto. Venerado por muchos casi como un dios, todos le debían obediencia. Las tribus germánicas también tenían sus caudillos, pero no eran como un emperador, pensó Arminio. El caudillo era una figura estimada, incluso temida; quizá reverenciada, y amada, posiblemente. ¿Pero superior al resto? Jamás. Si a un caudillo se le ocurría pensar que era mejor que el resto de los hombres de la tribu, era destituido sin más. Los guerreros seguían a su jefe por respeto y,

si su elevada opinión sobre él variaba por algún motivo, dejaban de seguirlo o bien apoyaban a otro jefe. Arminio, líder de los queruscos, era muy consciente de la importancia del apoyo de sus guerreros, sobre todo si se tenía en cuenta que pasaba la mayor parte del tiempo lejos de casa con las legiones.

El otro precio que debían pagar, en sentido literal, por formar parte del imperio eran los dichosos tributos. Ese verano, la captación se había extendido por primera vez más allá del Rhenus. Cuando los oficiales imperiales iban a recaudar el dinero o los productos que muchos aldeanos usaban como moneda de cambio, contaban con la presencia de

las legiones para asegurar el pago. El jefe de la tribu del día anterior estaba furioso ante el nuevo tributo. Se había quejado ante Armenio porque era germano y, por lo tanto, de confianza. «¡Este tributo es un ultraje! Yo puedo pagarlo, pero muchos de mi pueblo no podrán. Además, ¿por qué motivo debemos pagar?», había protestado.

Arminio había respondido con tópicos tales como la protección que les ofrecía el imperio y las ventajas que brindaba a todos, pero no eran palabras que le salían del corazón y sospechaba que su interlocutor se había dado cuenta. El polémico tributo no solo era aplicable a las tribus que vivían en la

zona fronteriza al este del Rhenus, sino a todos los que vivían bajo la influencia de Roma. Si bien las tribus más lejanas se habían acostumbrado a enviar a sus hijos a servir a la legión y habían aceptado varios aspectos de la sociedad romana, imponer un tributo era algo muy distinto. En ese momento notó la rabia de antaño alojada en el estómago, ese resentimiento hacia Roma que le hacía arder por dentro.

De pronto, el retumbar de unos cascos cercanos desvió su atención hacia sus hombres, que seguían practicando los mismos ejercicios una y otra vez. En ese momento habían adoptado la forma puntiaguda de lanza y

se dirigían a una pila de equipos de entrenamiento. Esa formación tenía por objeto desmoronar las filas enemigas. La siguiente formación que adoptaron — la «V» invertida— tenía el mismo propósito, pero estaba dirigida a enemigos que no habían tenido tiempo de cerrar filas. El tercer movimiento era más sencillo: los jinetes formaban una hilera larga y cargaban al unísono muy juntos, casi tobillo contra tobillo.

En medio del ejercicio, el trompeta hizo sonar su instrumento con todas sus fuerzas.

Este era el ataque más habitual contra las fuerzas de infantería y funcionaba casi siempre. Los jinetes se

lanzaron contra una cohorte que estaba en pleno entrenamiento hasta quedarse a tan solo un centenar de pasos. Arminio ignoraba si el fingido ataque había sido una simple osadía de sus hombres para impresionarle o si el oficial al mando había perdido el control. Por mucho que los legionarios fueran conscientes de que no era un ataque real, habían roto filas. Los gritos enfadados de los centuriones —dirigidos tanto a los jinetes como a los legionarios— obligaron a los soldados a formar de nuevo y reanudar la instrucción. Sea como fuere, el ejercicio había demostrado su eficacia y había conseguido irritar a los oficiales de

infantería.

Ese movimiento casi siempre funcionaba, pensó Arminio satisfecho. La imagen era aterradora para el enemigo: muchos de sus hombres llevaban cascos plateados similares al suyo, aunque menos ornamentados, con una visera que emulaba las facciones de cada uno. Este «rostro» del jinete estaba recubierto de la misma capa fina de plata que el resto del casco. Si se bajaba la visera, el campo de visión quedaba muy reducido, así que solo los jinetes más expertos lo hacían. No obstante, el sacrificio valía la pena por el efecto que causaba la «máscara», ya que convertía a su portador en una criatura de aspecto

sobrenatural que parecía salida del inframundo. Si una carga de caballería incluía varios jinetes «enmascarados» avanzando al tronar de las trompetas, aterrizzaba hasta al más valiente de los enemigos.

Arminio había aplicado todas y cada una de las tácticas que ensayaban sus hombres. Conocía a la perfección su efectividad y la más adecuada para cada situación. La caballería era una de las piezas de la impresionante maquinaria militar romana, cuyo núcleo lo componían las malditas filas de legionarios con armadura, como la que sus hombres acababan de intimidar, pensó mientras la miraba con sus ojos

grises.

Todavía le resultaba extraño pensar en los romanos como en sus aliados. Arrastraba ese sentimiento desde su primer día en el ejército imperial, ocho años atrás. Las campañas y batallas en las que había participado al lado de Roma hacían que sintiera respeto por sus soldados y oficiales, cuya valentía, disciplina y habilidad para permanecer firmes ante el enemigo resultaban extraordinarias. En más de una ocasión, la intervención de una unidad romana le había salvado la vida a él y a sus hombres. Había acompañado a las legiones en sus largas marchas, se había cabreado con algunos oficiales y había

ido de putas con otros. Su lealtad hacia el imperio había sido recompensada primero con la ciudadanía y, a continuación, con el título de ecuestre, un rango inferior dentro de la nobleza romana.

A pesar de todos estos honores, Arminio sentía poca afinidad hacia los romanos porque él seguía considerándose germano, y con mucho orgullo. Tampoco ayudaban los aires de superioridad de los romanos: por muy ecuestre que fuera, para ellos no era más que un salvaje que vestía pieles. Tanto él como sus hombres eran lo bastante buenos como para luchar, y morir, por Roma, pero no para ser reconocidos

como iguales. Esta situación siempre le había resultado dura de aceptar mientras había estado destinado a otros puntos del imperio, pero se había acentuado en los últimos meses porque se hallaba próximo a su tierra. De hecho, las zonas tribales comenzaban a unas dos millas de allí, en la orilla este del Rhenus. Su pueblo, los queruscos, vivía lejos, pero Arminio tenía mucho más en común con la tribu contigua, los usípetas, que con los romanos, puesto que se regían por los mismos valores, hablaban una lengua similar y veneraban a los mismos dioses.

Arminio rememoró esa noche lejana en la arboleda sagrada y un sudor frío le

recorrió la espalda. Cada vez que las legiones cruzaban el río para castigar a las tribus que se habían rebelado contra el imperio, no asesinaban a dacios, ilirios o tracios, sino a germanos como él, como sus soldados, como su tía y sus primos fallecidos largo tiempo atrás. Esas gentes tenían derecho a vivir sus vidas con libertad. ¿Por qué debían someterse a Augusto, que vivía a centenares de millas de distancia en Roma?, se preguntó Arminio. «¿Por qué debo ser yo su súbdito?».

Ya habían transcurrido veintiún años desde el día de la arboleda con su padre, pero todavía recordaba su juramento como el primer día: «Jamás

olvidaré esta noche —se prometió a sí mismo—. Pongo a Donar por testigo que un día daré a los romanos una lección que nunca olvidarán. Yo, Arminio de los queruscos, lo juro».

Alzó la vista al cielo azul salpicado de nubes de algodón. El sol calentaba, pero no demasiado. Las alondras trinaban en lo alto, señal de que la primavera tocaba a su fin. El verano no tardaría en llegar y, cuando lo hiciera, Publio Quintilio Varo, gobernador de Germania, lideraría su ejército hacia el este, al otro lado del Rhenus, y sus tropas recaudarían tributos hasta el río Visurgis. Solo los romanos eran capaces de inventar estos asquerosos tributos,

pensó Arminio. La plata que hubieran ganado las tribus con su duro trabajo se destinaría a más estatuas del emperador y a construir carreteras sobre las que marcharían sus ejércitos. «Gran Donar —suplicó—, he esperado muchos años para cumplir mi promesa de vengarme de Roma por la muerte de los míos. Te pido que este año sea el de mi venganza. Este verano».

—¡Saludos! —gritó un centurión que avanzaba a grandes zancadas en su dirección.

Lucía una armadura de escamas y un casco con plumas rojas: con toda

probabilidad era el oficial al mando de la cohorte y no parecía nada contento.

—Centurión —saludó Arminio con una inclinación de cabeza no demasiado marcada, puesto que su rango de ecuestre era superior al del romano, hecho que, a juzgar por su actitud, no era precisamente de su agrado.

Arminio se imaginó que, a sus ojos, no era más que un bárbaro presuntuoso y supo enseguida que su don de gentes, que tan bien había funcionado para granjearse la simpatía de sus superiores y congéneres, no tendría efecto alguno sobre el centurión. En ese instante recordó los amargos momentos vividos la primera vez que su padre lo mandó

con diez años a Roma como parte de su plan. También había sido parte del plan que se alistara en la legión. El propósito de Segimer era que su hijo se imbuyera de la vida romana y aprendiera todo sobre los romanos sin olvidar jamás sus raíces ni su verdadera lealtad.

Los jóvenes de alta cuna con los que convivió en su primera época en Roma lo habían tratado casi como un esclavo. Después de varias peleas sangrientas, en las que no siempre salió vencedor, al menos aprendieron a respetar sus puños y puntapiés y a mantener la boca cerrada en su presencia. A pesar del temor que les infundía, pocos le tendieron una mano amiga, por lo que había aprendido

a ser autosuficiente y a desconfiar de casi todo el mundo.

Arminio observó que el centurión se fijaba en su barbilla y adivinó su pensamiento. «Te crees muy superior a mí, ¿verdad, cabrón?». El germano se acarició la barba con ostentación. Para los romanos, la barba era un símbolo de barbarie, mientras que para él era un símbolo de su cultura.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Te agradecería que controlaras mejor a tus hombres.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando —mintió Arminio divertido.

—Tus tropas casi se abalanzan sobre

mis soldados, lo cual ha provocado una gran... —El centurión buscó una palabra que no denotara miedo—... confusión.

—Tampoco se han acercado tanto.

—Lo suficiente para que cundiera el pánico... —El centurión volvió a sopesar sus palabras—... entre los nuevos reclutas.

Arminio enarcó las cejas.

—¿Pánico? ¿Desde cuándo los legionarios de la legión XVII sienten pánico?

—Es una reacción muy normal la primera vez que uno ve una carga de caballería —replicó con brusquedad el centurión.

—La próxima vez que abras la boca,

haz el favor de decir señor —espetó Arminio, perdiendo la paciencia.

El centurión abrió los ojos como platos y tragó saliva antes de contestar.

—Señor —murmuró.

—Antes he hecho caso omiso de tu exceso de confianza porque no soy un hombre dado a las ceremonias. Sin embargo, cuando alguien me falta al respeto, le recuerdo que soy el comandante del *ala* de la legión XVII. No soy un simple ciudadano romano, como tú, sino un ecuestre. ¿Acaso se te había pasado por alto?

—No, señor. Me disculpo, señor —respondió el centurión, sonrojándose.

Arminio no respondió de inmediato

para recalcar todavía más su superioridad.

—¿Qué decías?

—Algunos de mis hombres no están acostumbrados a la caballería, señor; todavía —añadió con rapidez—. Si los jinetes pudieran evitar acercarse demasiado a ellos, estaría muy agradecido.

—No te prometo nada, centurión. De todos modos, tus hombres podrían entrenar en otro lugar o quizá deberías exponerlos más a la caballería. De lo contrario, no sabrán reaccionar cuando se enfrenten a ella en plena batalla —sentenció Arminio con una sonrisa gélida—. Puedes retirarte.

—Señor.

El centurión consiguió despedirse con un saludo que dejó patente su desprecio por el germano. Fue un truco inteligente que robó a Arminio la satisfacción que sentía. Para vengarse, ordenó a sus jinetes que repitieran varias veces la maniobra que tanto había atemorizado a los nuevos reclutas. Tras la tercera carga, el centurión se dio por vencido y trasladó a sus soldados a otra parte. Arminio observó su marcha complacido. Su acción no le granjearía nuevas amistades entre los centuriones y, si el capullo se quejaba al legado, incluso podía recibir una reprimenda, pero le traía sin cuidado; había valido la

pena y ese centurión no se le volvería a encarar.

Varias horas más tarde, Arminio seguía planteándose la mejor manera de llevar a cabo su plan mientras recorría de un lado a otro los diez pasos que había de pared a pared en sus sencillos aposentos. En uno de los trayectos hizo una mueca de desdén al busto de Augusto, colocado allí en medio para dar la impresión de que adoraba al emperador como el que más. De vez en cuando desviaba la mirada hacia el mapa extendido sobre la mesa, los extremos pisados por lámparas de aceite

de cerámica. Una gruesa cinta marcaba el Rhenus de norte a sur y, unas cintas más estrechas y sinuosas, las vías fluviales que cruzaban Germania. Unos recuadros de tinta mostraban el emplazamiento de los campamentos y los fuertes romanos en la región: había menos al este del Rhenus que al oeste, lo cual era natural, aunque la situación estaba cambiando, pensó Arminio furioso. Con cada año que pasaba, Roma aumentaba su presencia y se reducía la posibilidad de una rebelión. Llegó a la conclusión de que si no estallaba ese verano, no sucedería jamás.

Arminio decidió que había llegado el momento de tantear la lealtad de los

caudillos de las otras tribus. Los próximos días le brindarían la ocasión perfecta para ello: el gobernador de Germania, Varo, había solicitado su presencia en Vetera, a sesenta y tres millas al norte. En lugar de cabalgar por las carreteras adoquinadas y más rápidas al oeste del Rhenus, seguiría el ejemplo de la mayoría de los auxiliares y realizaría el viaje por la otra orilla. Carecía de tiempo para visitar a la familia, como hacían los soldados de a pie, porque las tierras de los queruscos se hallaban mucho más al este. Sin embargo, podía reunirse con los caudillos de las tribus que confiaba que se unieran a su causa.

El plan no estaba exento de riesgos, pues podía delatarle cualquier caudillo con malas pulgas y ganas de demostrar su lealtad a Roma. Si su acción llegaba a oídos de Varo o algún oficial, podía costarle la vida. «Al diablo con los riesgos», decidió Arminio al recordar a su tía y a sus primos, asesinados de manera cruel por los romanos. Si no conseguía vengar su muerte, su recuerdo le perseguiría más allá de la tumba. Era una lástima que su hermano Flavio no compartiera sus sentimientos, pero nada podía hacer al respecto. Varios años menor que él y de carácter tempestuoso, jamás se habían llevado bien, por lo que no era de extrañar que Flavio fuera leal

a Roma en cuerpo y alma. Años atrás, Arminio le había desvelado su odio por el imperio y el poder que ejercía sobre Germania, pero tras la violenta reacción de su hermano, se juró que jamás volvería a mencionar el tema, y no pensaba hacerlo ahora.

Una llamada a la puerta lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Quién es?

—Osbert.

Aunque el nombre de la persona al otro lado de la puerta no hubiera sido querusco, era imposible que se tratara de un romano porque no había dicho «señor». Si uno de sus soldados se hubiera dirigido a él de ese modo, no

habría dado crédito a sus oídos. Esta era otra costumbre querusca que desdeñaban los romanos, los cuales no entendían que los jefes de las tribus no trataran a sus seguidores como inferiores.

—Adelante.

Acto seguido entró un guerrero con una barba similar a la de Arminio. De baja estatura, robusto y aficionado a la bebida y las peleas, Osbert era uno de sus mejores hombres.

—Arminio —saludó antes de acercarse al mapa sin más. Soltó un gruñido al trazar con el dedo la carretera que llevaba al este—. ¿Pensando en el viaje?

—Sí.

—Con Donar de tu lado, no deberías tener ningún problema.

«Depende de si me salgo con la mía», reflexionó Arminio, que deseaba poder compartir su plan con Osbert.

—¿Qué te trae por aquí?

—Segismundo va a realizar varios sacrificios en honor a Augusto. Nos ha ofrecido la posibilidad de hacer una ofrenda después y llevaremos unos carneros. Ya sé que no eres dado a pedir favores a los dioses, pero a los hombres les gustaría recibir la bendición de un sacerdote antes de partir.

Arminio consideró que su asistencia a la ceremonia sería beneficiosa para la moral de los hombres.

—De acuerdo, no nos hará ningún daño saber que tenemos a los dioses de nuestro lado —accedió.

El gran altar a Roma y Augusto había sido erigido ocho años atrás por orden de Lucio Domicio Enobarbo, el primer gobernador oficial de Germania. En honor a su construcción, el asentamiento militar había cambiado su nombre de Oppidum Ubiorum a Ara Ubiorum. El altar consistía en una gran piedra rectangular que descansaba sobre un pedestal con escenas esculpidas de Augusto y su familia presentando ofrendas a los dioses. Su tamaño era

mucho mayor que el de los altares que se encontraban por norma general en la puerta de los templos. Era tan grande que hasta el templo en honor a Augusto situado a sus espaldas empequeñecía en comparación, pese a su gran escala y a las seis columnas imponentes de la fachada.

Rodeado por un muro bajo, el centro religioso estaba emplazado cerca del Rhenus, lejos del campamento. Además del templo principal y el gran altar, el recinto contenía varios santuarios de menor tamaño, la residencia de los sacerdotes, aulas para los acólitos y establos para los animales, así como una posada y una taberna para los peregrinos

llegados de lejos.

El lugar estaba abarrotado de fieles. Arminio se abrió paso entre la multitud hacia un lado del altar acompañado de Osbert, varios de sus hombres y tres jóvenes carneros. Cientos de legionarios y oficiales, entre ellos el legado, seguían atentos las ofrendas a Augusto realizadas por el sacerdote. Durante el año se celebraban varias ceremonias similares, pero Arminio solo asistía cuando recibía una invitación oficial del *principia* que no podía rechazar. Estas reuniones religiosas eran una estratagema inteligente para reforzar la autoridad de Augusto y alimentar su naturaleza divina.

«Cualquiera se sentiría satisfecho de ser el gobernador absoluto de medio mundo. ¿Por qué necesita Augusto jugar a ser también un dios?», pensó Arminio irritado ante la propaganda del estado. Sospechaba que muchos romanos compartían su opinión, pero nunca dirían nada: no estaba bien visto criticar al emperador cuando se estaba al servicio imperial.

De pronto Arminio se percató de que algo andaba mal. Los soldados parecían descontentos y cuchicheaban entre sí. Los carneros que yacían muertos delante del altar no le aportaron ninguna pista. Eran al menos seis, pues una ceremonia en honor al emperador requería grandes

ofrendas. Segismundo, fácilmente reconocible por su espesa cabellera rubia, estaba inclinado sobre un carnero que un par de acólitos tenía inmovilizado. Detrás, varios sacerdotes jóvenes sujetaban al resto de los carneros que aguardaban su fin. El sacerdote degolló al animal y la sangre salió a borbotones. El carnero sacudió las patas con fuerza y murió.

—El animal ha muerto de un modo adecuado, eso es buena señal —sentenció Segismundo.

—Lo mismo dijiste sobre los otros. ¡Maldita sea! —Arminio oyó comentar a un oficial.

—Vamos, busca el hígado —ordenó

otro.

Los acólitos dieron media vuelta al carnero con la profesionalidad propia de la experiencia.

Segismundo se arrodilló ante él y le abrió el estómago en canal, de la pelvis al pecho. Arminio percibió el olor del abdomen sangriento en cuestión de instantes. El sacerdote le tapaba la vista de los largos y escurridizos intestinos y el estómago grisáceo, pero Arminio había matado suficientes animales como para estar familiarizado con su anatomía. Por regla general, los sacerdotes prestaban poca atención al estómago y se centraban en el órgano más importante: el hígado, de difícil

acceso por estar bajo las costillas, pegado al diafragma.

Sin embargo, Segismundo habló antes de aproximarse al hígado.

—Veo indicios de enfermedad en los intestinos —sentenció, dirigiéndose a los congregados.

—¡Ahhhhh! —se lamentaron los oficiales.

A pesar de no creer en los augurios, a Arminio se le aceleró el corazón. El semblante preocupado de Osbert y el resto de sus hombres hablaba por sí solo. Aunque Segismundo pertenecía a una rama distinta de su tribu, también era querusco y tenían gran fe en sus palabras.

El legado se acercó al sacerdote mientras examinaba el carnero. Por norma general un tipo tranquilo, esta vez parecía irritado.

—Por Hades, Segismundo, ¿cómo puede ser? Una cosa es que un carnero o dos estén enfermos, ¿pero todos?

—Yo solo puedo decir lo que veo —respondió el sacerdote con voz grave—. Observa tú mismo.

—Seguro que el hígado está impecable —predijo el legado, supervisando contra toda costumbre las acciones del sacerdote.

Segismundo retorció el cuchillo en el cuerpo del carnero hasta alzar por fin una mano ensangrentada, en cuya palma

descansaba el gran órgano reluciente del animal. Al verlo, el legado dio un paso atrás y los oficiales lanzaron un grito de consternación. Arminio pestañeó. En lugar de presentar su habitual tonalidad violácea oscura, el hígado que sostenía el sacerdote era pálido y moteado de manchas rosas. Solo un mentiroso, o un loco, podía afirmar que era un hígado normal.

—¿Qué significa esto? —preguntó el legado.

—No estoy seguro —respondió el sacerdote—, pero no es un buen augurio para el emperador, al que deseo que los dioses protejan para siempre; quizá sea su imperio el que esté en peligro.

—¡Sandeces! —exclamó el legado con expresión beligerante—. Seguro que estos carneros provienen del peor rebaño en cincuenta millas a la redonda. Sacrifica a otro y no pares hasta encontrar un hígado sano.

—De acuerdo —accedió Segismundo con una inclinación de cabeza—. Traedme otro carnero.

Arminio observó a los oficiales y legionarios allí congregados. Las palabras del legado les habían acallado, pero muchos parecían descontentos. Cuando el hígado siguiente y los dos próximos también salieron mal, el desasosiego se generalizó. Hasta sus hombres estaban preocupados y, en

cierto modo, también él. ¿Cómo era posible que hubiera tantos carneros enfermos?

Finalmente, Segismundo declaró favorable el augurio del último sacrificio, pero no conformándose con ello, el legado hizo llamar al granjero que había vendido los animales a sus oficiales. En cuanto Arminio lo vio, el raciocinio se impuso sobre toda superstición: harapiento, sucio y más raquítico que un pollo desplumado, el hombre no inspiraba confianza alguna. Los ánimos mejoraron después de que el legado humillara al granjero públicamente y lo acusara de suministrar animales de mala calidad a sus

oficiales.

A pesar de ello, Segismundo seguía teniendo el semblante preocupado. De pronto, Arminio tuvo un momento de inspiración: los queruscos era tan supersticiosos como los romanos; por lo tanto, ¿qué mejor manera de ganarse a las tribus que relatando lo sucedido en el templo? Para que la historia resultara más convincente, bastaba con excluir al granjero y al último carnero sano. Esta era la señal que había estado esperando. «Gracias, Gran Donar», pensó agradecido. Además, podía tantear a Segismundo. Sabía que el sacerdote siempre había sido leal a Roma y que su rama de los queruscos no se llevaba

bien con la tribu de Arminio, pero conseguir su apoyo resultaría muy útil.

Arminio tuvo la certeza absoluta de que había llegado el momento de actuar cuando el sacerdote sacrificó los carneros que habían llevado sus hombres. Los tres animales alcanzaron su fin sin resistencia y sus órganos estaban sanos. En vista de ello, Segismundo anunció que los meses siguientes serían muy fructíferos para los miembros de la unidad de Arminio y sus familias. Felices con el augurio, sus hombres se arremolinaron alrededor del sacerdote para expresarle su agradecimiento.

El germano aprovechó el momento

para llenar una bolsa de monedas antes de acercarse él también.

—Los dioses nos serán favorables este verano; te agradezco mucho tus augurios —comentó, apretándole la bolsa contra la mano. «No sabes cuánto», añadió para sí.

Segismundo notó el peso del monedero y sonrió.

—Eres muy generoso.

«Tengo que aprovechar este momento», se dijo Arminio. Si Segismundo hacía correr la voz entre las tribus de que los dioses estaban enfadados con Roma, podía cumplirse su deseo de derrotar a las legiones de Varo.

—¿Realmente crees que todo ha sido culpa del granjero? —inquirió, señalando con el pulgar a los carneros muertos.

—¿Por qué lo preguntas? —replicó Segismundo alerta.

—Parecías incómodo cuando el legado echó las culpas al granjero.

Segismundo indicó con la mirada a los acólitos y al resto de los presentes.

—Es mejor que hablemos de este tema en privado. Acompáñame dentro.

Arminio había estado en el interior del templo en numerosas ocasiones, pero jamás cesaban de impresionarle las

lámparas de aceite con soportes de bronce que cubrían las paredes y arrojaban una luz dorada sobre la estrecha sala. Al igual que el altar, la decoración y las estatuas eran impresionantes, sobre todo la figura de Augusto, cuya altura sin el pedestal era el doble de la de un hombre. Esta escultura era considerada una de las imágenes más fieles del emperador, que aparecía vestido de general: sin casco, con una ornamentada coraza, con *pteryges* y botas de media caña. Representado con el ceño fruncido, mirada penetrante y la mandíbula encajada, parecía un líder nato, un hombre capaz de liderar al ejército en la

batalla y obtener la victoria a cualquier precio. Un dios, casi.

Arminio contempló la escultura con desprecio, pues Augusto ya no presentaba ese aspecto. Ahora era un anciano al que calentaban el lecho en invierno con piedras calientes para que no se resfriara.

Aunque resultaba evidente que no había nadie en la estancia, Segismundo echó un vistazo arriba y abajo para cerciorarse antes de hablar.

—Diga lo que diga el legado, hasta el más inútil de los granjeros es capaz de criar unos animales sanos. ¿Acaso no te preocuparía a ti que todos los animales de tu ofrenda estuvieran

enfermos menos uno?

—Desde luego —reconoció Arminio—. Además, ¿es posible que un último carnero sano borre los malos augurios de los anteriores?

—Es imposible.

El querusco inspiró hondo. Se hallaba ante una encrucijada: un camino le ayudaría a cumplir su plan, pero el otro le delataría ante los romanos. La única manera que tenía de elegir la ruta correcta —o incorrecta— era mostrando sus cartas. De pronto se le ocurrió que Segismundo se hallaba ante la misma encrucijada, puesto que podía pensar que Arminio era fiel a Roma. Consciente de la ironía de la situación, soltó una

carcajada.

—¿He dicho algo gracioso? —
inquirió el sacerdote, ladeando la
cabeza.

—¡Me hace gracia que los dos
hablemos con tanta cautela tratando de
adivinar la posición del otro!

—¿Es eso lo que estamos haciendo?

—Sabes que sí, Segismundo.

El sacerdote soltó una risita.

—Quizá... Me pregunto cómo
reaccionaría el legado si le explicara mi
sueño de anoche.

—¿Qué sueño? —inquirió Arminio
intrigado.

—En mi sueño vi a un águila dorada
como la del estandarte de la legión... —

Segismundo hizo una pausa y miró a Arminio antes de continuar—. Ardía en llamas.

Arminio sintió que un atisbo de esperanza prendía en su interior.

—Es una imagen muy potente. ¿Crees que es una señal de los dioses?

—Sin duda alguna, ya que tuve la visión en una arboleda sagrada de los sicambrios. Ayer fui al otro lado del río por un asunto oficial —explicó Segismundo—, se me hizo tarde y el sacerdote del campamento me invitó a pernoctar. Cuando se puso el sol, decidí ir a la arboleda para intentar comunicarme con Donar. Fui solo, como siempre. Empecé a orar y bebí un poco

de cerveza de cebada. Al principio no pasó nada y, al cabo de un rato, me quedé dormido.

Arminio le escuchaba con atención, el pulso acelerado.

—El sueño del águila ardiendo era tan real, tan vívido, que me desperté sobresaltado empapado de sudor. Fue Donar quien me envió la visión, estoy seguro de ello. Y lo sucedido hoy con la ofrenda no hace más que confirmarlo.

Ambos hombres se miraron un largo rato hasta que Arminio rompió el silencio.

—Tus palabras me alegran el corazón. Llevo demasiado tiempo sirviendo a Roma, demasiado tiempo

cruzándome de brazos mientras el imperio maltrata al resto de las tribus. ¿Acaso no somos hermanos todos los queruscos? ¿Y no son también nuestros hermanos los catos, marsos y angrivarios? Tienen mucho más en común las tribus entre sí que con los romanos.

—Es un razonamiento lógico — afirmó Segismundo con seriedad—. ¿Tienes algún plan?

Las palabras del sacerdote le hicieron olvidarse de la prudencia.

—Mi plan es forjar una alianza entre las tribus para expulsar de una vez por todas a las legiones de Roma al oeste del río.

Segismundo lo escuchó con semblante sorprendido y preocupado a la vez.

—No es un propósito modesto.

—Mi parte de la tribu está conmigo y espero que también lo estén los catos y los usípetas y, si tú te pusieras de mi lado o, mejor todavía, hicieras correr la voz sobre tu sueño y lo sucedido con los carneros, podrías convencer al resto de los queruscos de que se unieran a nosotros. ¿Qué me dices?

Segismundo no respondió. Arminio aguardó impaciente, apretando los puños. ¿Acaso se había equivocado al juzgar al sacerdote? «Por todos los demonios —maldijo furioso—, antes le

cerraré la boca para siempre que dejar que me delate al legado». No sabía cómo saldría indemne de asesinar a Segismundo en el templo. Echó un vistazo en derredor y comprobó que seguían solos. Arminio se volvió levemente para que no le viera aproximar la mano a la empuñadura de la espada.

—Donar es quien te ha enviado hasta mí.

El fervor en la voz del sacerdote era inconfundible. Arminio dejó caer la mano y se volvió hacia él.

—¿Eso crees?

—¿Por qué si no han sucedido todas estas cosas? El sueño, los carneros

enfermos y, ahora, tú y tu plan.

—¿Me ayudarás, entonces?

—Pongo a Donar por testigo —
replicó Segismundo con solemnidad.

—Te estoy muy agradecido —
declaró Arminio, estrechándole la mano
con fuerza.

—Ven a verme esta noche a mis
apostentos y hablamos.

—Ahí estaré —respondió Arminio
con una amplia sonrisa.

El querusco abandonó el templo tras
haber conseguido su primer aliado. Era
como si lo hubiera enviado el
mismísimo dios del trueno.

«Ahora solo me falta convencer a
los jefes de las tribus y ya tendré un

ejército», pensó.

La mera idea le embargó de emoción. Hasta había pensado en el lugar y el momento perfectos para tender una emboscada a las legiones de Varo.

Arminio estaba impaciente por poner en marcha su plan.



El centurión veterano Lucio Cominio Tulo aguardaba de pie junto a la carretera, cerca del arco de la puerta principal de Vetera. El campamento fortificado tenía forma rectangular y se extendía novecientos pasos a lo ancho y seiscientos a lo largo. Vetera era una base romana desde hacía más de veinte años y era el hogar de su legión: la XVIII. Fundada por Augusto medio siglo antes, durante la guerra civil que le llevó al poder, la legión XVIII había

servido primero en Aquitania antes de ser destinada al Rhenus. Tulo había sido transferido a esa legión quince años antes, al ser ascendido al centurionazgo.

Pam, pam. Los soldados comenzaron a desfilar liderados por el portaestandarte. La centuria de Tulo constaba de seis hombres a lo ancho y doce a lo largo —la unidad nunca estaba al completo— y la cerraba Fenestela, su *optio*.

Mientras pasaba revista, el centurión se cuidó mucho de adoptar una postura adecuada: los hombros echados atrás y la jabalina en el ángulo correcto. Tulo supervisó con atención los equipos de sus hombres en busca de cualquier

defecto o indicio de desgaste. Ya había detectado casi todos los fallos antes, cuando había reunido a sus legionarios frente a los barracones y había descubierto una armadura suelta por aquí o un casco sin una anilla por allá. No había visto nada lo bastante importante como para detener la marcha. Los implicados habían sido debidamente amonestados y arreglarían el equipo a su regreso de la patrulla. De lo contrario, recibirían un duro golpe de su vara —el *vitis*— en la espalda.

De vez en cuando, Tulo desviaba su atención hacia las impresionantes fortificaciones del campamento. Aunque había sido su hogar en la última década

y media, nunca se cansaba de contemplar sus defensas, que rezumaban toda la confianza y seguridad del poder de Roma. Por un lado, estaba el doble foso con estacas afiladas en el fondo, al que seguía un terraplén creado con la tierra del foso, cuya altura era superior a la del más alto de los soldados a caballo y, por el otro, la muralla de piedra construida encima de este, que era todavía más alta y cubría todo el perímetro del campamento.

La luz del sol destellaba sobre los cascos de los centinelas que vigilaban la muralla. Los soldados apostados en las torres gemelas de la puerta principal contemplaron a Tulo con la superioridad

que les otorgaba la altura y que el centurión estuviera de patrulla, lo que les hacía inmunes a cualquier posible reprimenda. Tulo sonrió divertido al recordar sus tiempos de soldado, cuando había actuado de modo similar. Siempre y cuando los centinelas estuvieran atentos, y parecían estarlo, no suponía ningún problema.

Incluso en tiempos de paz era importante estar alerta. Tulo siempre lo estaba, tanto en su vida diaria como en el desempeño de sus funciones. Hacía años que no tenían problemas con las tribus al este del río, pero cada vez que sus legionarios salían de patrulla, iban armados y equipados para la batalla.

De mediana edad y corpulento, Tulo estaba en excelente forma física. Bajo el casco de centurión lucía el cabello castaño y era un hombre atractivo, pese a la mandíbula alargada y las cicatrices del cuerpo. Cuando su *optio*, Marco Craso Fenestela, se aproximó, lo saludó con la cabeza y comenzaron a caminar juntos hacia el frente de la unidad, con la vista clavada en los legionarios.

Tulo miró un momento a Fenestela por el rabillo del ojo. Le divertía que su *optio* y él fueran de aspecto tan opuesto. Mientras que él era corpulento, el otro era delgado; él musculoso, y el otro fibroso. Además, el rizado cabello rojizo de Fenestela era más largo de lo

establecido en el reglamento y sus facciones eran —como le gustaba bromear a Tulo— irregulares. Tampoco ayudaba a su fealdad la poblada barba pelirroja. En cualquier caso, a Tulo le importaba un comino el aspecto de Fenestela. Su *optio* y él habían servido juntos durante años y se habían salvado la vida mutuamente en numerosas ocasiones. Confiaban el uno en el otro ciegamente.

—¿Contento? —preguntó Tulo.

—Sí, señor —respondió Fenestela levantando la vista de la columna—. Los hombres tienen buen aspecto.

—¿Incluso los más novatos? —inquirió Tulo mientras se aproximaban a

dos filas de reclutas nuevos.

Al centurión le divirtió observar que, pese a brillarles el casco y el equipo de lo mucho que los habían pulido y de marchar de manera correcta, los soldados evitaban cruzarse con su mirada.

—Siguen avanzando —murmuró Fenestela.

—Mira a Piso, camina desgarrado.

Tulo tenía la vista clavada en el soldado más alto de la segunda fila de nuevos reclutas. Aunque estaba lejos del centurión, era fácil detectar su paso desgarrado y el escudo a la espalda que le colgaba formando un ángulo extraño.

—Está aprendiendo, señor —dijo

Fenestela—. En un par de meses lo tendrá todo dominado.

—Sí.

Satisfecho con los progresos de Piso tras haber superado la dura instrucción inicial, Tulo volvió la vista a las plateadas aguas del Rhenus. El río discurría a sus espaldas por la derecha y continuaba paralelo a la carretera, a un centenar de pasos de distancia. Trescientos pasos más allá, pasaba junto al *vicus*, el asentamiento civil situado detrás del enorme campamento militar. Cerca del *vicus*, unas grandes islas cubiertas de árboles interrumpían el curso fluvial e impedían a Tulo ver la otra orilla desde su posición actual. Al

otro lado del río se extendía la Germania Magna, que era a donde se dirigían.

—No me gusta ir allí —protestó Fenestela con una mueca de desagrado.

—Siempre dices lo mismo, pero te recuerdo que las tribus hostiles a Roma viven a cientos de millas al este. Las que habitan cerca de aquí han aprendido que no deben meterse con nosotros después de veinte años de duras lecciones.

—Sí, señor —respondió el *optio* con tono dubitativo.

Tulo no dijo nada más. No era la primera vez que hablaban del tema. Según Fenestela, el centurión era

demasiado confiado, mientras que este pensaba que el *optio* era demasiado cínico. Cuanto más tiempo dominaba Roma un territorio, menor era la probabilidad de que surgieran problemas. Hacía casi cinco años que no se producía ninguna revuelta importante cerca del Rhenus. Si las cosas seguían así, podía acabar su carrera militar en tiempos de paz. La idea le resultaba muy atractiva, quizá por el hecho de haber visto morir a tantos de sus soldados en plena batalla.

Por mucho que le atrajera la idea de retirarse, también pensó que echaría de menos la locura del combate, la adrenalina corriendo por las venas y la

estrecha relación de fraternidad con los soldados. Aceleró el paso e indicó a Fenestela que lo siguiera.

—¿Tomaremos la ruta habitual, señor? —inquirió un soldado desde las profundidades de las filas.

—Sí, cruzaremos el puente en el *vicus* y continuaremos por la carretera del este siguiendo el río Lupia unas diez millas antes de regresar. —Tulo detectó las miradas de soslayo de los legionarios y sus gruñidos—. Es una marcha fácil, son poco más de veinte millas —añadió, guiñando el ojo a Fenestela.

El *optio* le devolvió el guiño.

—Como no llevan el equipo

completo, señor, quizá prefieran correr.

Se oyeron más quejas.

—Buena idea —dijo Tulo—.

Podemos volver al campamento a marcha rápida.

Los soldados no tardaron en morder el anzuelo.

—¿Es eso necesario, señor? —preguntó una voz sin rostro.

—No lo sé —respondió Tulo mirando a Fenestela. El gruñido del soldado invisible fue secundado por muchos—. Depende de si me dais motivos para ello —advirtió Tulo ante la mirada divertida del *optio*.

Sus palabras acallaron todas las protestas en un tris.

El centurión no tenía ninguna intención de que sus hombres regresaran al campamento a marcha rápida, pero no les hacía ningún daño pensar que existía esa posibilidad. La incertidumbre les mantendría alerta. Tulo dejó pasar las últimas filas de la centuria y se detuvo a hablar con el *tesserarius*, el más joven de sus oficiales, el cual confirmó que no había rezagados. Satisfecho, Fenestela y él retomaron sus posiciones.

El conjunto de viviendas, negocios y establos que se extendía a las afueras del *vicus* era un reflejo de los modestos orígenes de ese asentamiento urbano, unos orígenes que sus habitantes deseaban olvidar. De hecho, en esos

momentos solo hablaban de demoler todos los prostíbulos y chozas y de construir nuevos edificios, así como una muralla alrededor de todo el perímetro. Tulo no deseaba que se produjeran dichos cambios porque con ellos desaparecería la naturaleza fronteriza de esa población, y esa parte de Germania acabaría resultando idéntica a cualquier lugar de Italia o Hispania. Además, se le atragantaba la idea de que unos petimetres sentados a la mesa de una cara posada pudieran mirarle por encima del hombro.

Si el maldito puente sobre el Rhenus se hubiera construido en línea recta al este del campamento en lugar de al pie

del asentamiento, sería imposible que sucediera algo así. Sin embargo, tenía sentido desde un punto de vista táctico por la posición elevada del campamento detrás del *vicus*. Como consecuencia de ello, los soldados no tenían más remedio que atravesarlo para cruzar el río, lo cual ralentizaba su paso de forma inevitable, ya que en cuanto los legionarios eran avistados, todos los tenderos, posaderos, curanderos, timadores, vendedores ambulantes y prostitutas se acercaban al camino para ofrecer su mercancía. Tulo ya podía ver cómo se acercaban, entre ellos una mujer de mejillas sonrosadas que pregonaba las bondades de sus

deliciosas salchichas caseras.

Por muy centurión veterano y comandante de cohorte que fuera, Tulo carecía de toda jurisdicción sobre la población civil, pero ya tenía a punto su *vitis* en la mano. Si alguien se mostraba demasiado entusiasta, no tendría problemas en atizarle con la vara.

Continuaron caminando, los tachones de las sandalias retumbando sobre los adoquines. Pasaron por las cabañas miserables donde vivían los más pobres de entre los pobres. Algunos mocosos harapientos contemplaron con ojos como platos a los legionarios armados.

—¿Me das un *as*? —se atrevió a preguntar el más osado de todos a nadie

en concreto.

La pregunta fue como la primera gota de un chaparrón y el resto de los chiquillos comenzó a perseguir a los soldados con las manos extendidas.

—¿Tiene un poco de pan, señor?

—¡Una moneda, señor, una moneda!

—¿Quiere tirarse a mi hermana, señor? ¡Es muy guapa!

Pocos hombres hicieron caso de esta primera oleada. Acostumbrados a la estrecha supervisión del centurión, respondieron sin detenerse.

—¿Un *as*? ¡Pero si no tengo ni uno para mí! —replicó Piso.

—¿Cómo voy a malgastar mi dinero en unos mocosos como vosotros? —dijo

otro soldado.

—¿Tu hermana? Si se parece a ti, seguro que tiene las manos y los pies de pato.

Poco a poco, entre insultos pero con tranquilidad, los chiquillos fueron retirándose, pues conocían bien el dolor que causa un puntapié de las sandalias tachonadas.

Cuando llegó la siguiente oleada de pedigüños, Tulo suspiró con la vara de nuevo preparada.

—¡Pan recién salido del horno!
¿Quién quiere pan?

—¿Un trago de vino para los valientes soldados? ¡Vino de la mejor cosecha!

—¡Pero qué chicos tan guapos! ¿No tienes tiempo para un pequeño meneo? ¡Por tres sestercios te dejo darme un beso!

La oferta provenía de una prostituta que no estaba tan demacrada como el resto. Tulo percibió el titubeo en el paso de los legionarios más próximos a ella, por lo que se plantó a su lado en un santiamén.

—Ahora están ocupados. ¡Lárgate!

La mujer lo miró con lascivia y se bajó el escote para mostrar los pechos todavía turgentes.

—¡Seguro que un centurión como tú tiene dinero para tocar esto y mucho más!

—¡Largo, te he dicho! —repitió Tulo al tiempo que levantaba la vara sin perder de vista el escote.

La prostituta frunció los labios con aire seductor y se retiró a la puerta de su choza, desde cuyo umbral continuó invitando a los soldados a entrar.

Tulo la dejó estar. Sabía que tanto Fenestela, que se encontraba en la tercera fila, como el *tessarius* al final de la centuria se asegurarían de que nadie rompiera la formación. Si no fuera por sus oficiales, a Tulo no le habría sorprendido que alguno de los hombres hubiera intentado echar un polvo rápido. Sabía que eso sucedía en otras unidades sin que el centurión se percatara de

nada, o al menos eso había oído murmurar por las noches al calor de la hoguera.

Al final, no fue necesario que Tulo hiciera uso de la vara. El enjambre de mercaderes acabó diluyéndose en cuanto se adentraron en el *vicus* propiamente dicho, donde las viviendas y las tiendas eran de más categoría y donde muchos legionarios, y no pocos oficiales, tenían a sus mancebas. Mientras avanzaban, seguían lloviendo ofertas a los soldados para comer, beber vino, comprar armas o adquirir bagatelas para sus mujeres, pero ningún comerciante se interpuso en su camino. En un momento dado, la tropa estalló en carcajadas cuando dos

fornidas germanas con trenzas —tal vez hermanas— descubrieron a sus hombres en medio de la centuria y les increparon por no haberles pasado ni un denario en el último mes. Además de llamarlos miserables bastardos y decirles que no hacía falta que regresaran del otro lado del río, les prohibieron volver a pisar sus casas si no llevaban el dinero. Cuando los aludidos se excusaron diciendo que no habían recibido la paga todavía, los abucheos y silbidos de sus camaradas se sumaron al jolgorio.

—¡Seguid avanzando! —rugió Tulo.

La orden acalló tanto a las mujeres como a sus hombres, que obedecieron contentos de librarse del rapapolvo. En

ocasiones, Tulo echaba de menos no tener a una mujer, pero ocuparse de su centuria y de una cohorte de seis centurias no le dejaba tiempo para nada. Cuando le apremiaba la necesidad, ahora con menos frecuencia que antes, visitaba los mejores burdeles de Vetera. Cuando se retirara, ya tendría tiempo de buscar a una esposa joven y formar una familia. Hasta entonces, estaba casado con el ejército.

Los edificios más próximos al foro eran imponentes construcciones que pertenecían a los ricos mercaderes que habían hecho fortuna con el comercio en el Rhenus. Al contemplar las lujosas viviendas, Tulo se preguntó si habría

sido más feliz vendiendo vino y vasijas de plata y cerámica a cambio de ganado, esclavos y cabello de mujer, los productos de Germania que más se valoraban en Roma. Podría haber amasado una fortuna y ser el propietario de una gran casa con calefacción, letrina y baño particulares y un patio. Mientras pensaba en ello, un veterano vestido con una ajada túnica militar lo saludó orgulloso con el puño del brazo derecho desde la acera. Tulo le devolvió el saludo y se avergonzó de plantearse una vida distinta a la de soldado. La camaradería surgida de toda una vida en la legión no tenía precio. El dinero era algo secundario y siempre lo

sería. En cualquier caso, su pensión de centurión le daría de sobras para vivir. Seguro que, a juzgar por su aspecto, recibiría más que el pobre veterano que le había saludado. Tulo rebuscó una moneda para él en la bolsa del cinturón y le lanzó un denario. El hombre se lo agradeció de forma efusiva.

«Júpiter, el Mayor y Mejor, permíteme que finalice mis días en pleno uso de mis facultades físicas y mentales —suplicó Tulo— y, si ello no fuera posible, concédeme al menos una muerte rápida». Acto seguido, frotó el amuleto fálico que llevaba al cuello. ¿Por qué le habían asaltado de repente pensamientos tan tristes en un día tan

hermoso?, se preguntó mientras descendía por la calle que conducía al río.

—¿De patrulla, señor? —inquirió el centinela jefe, uno de los ocho legionarios apostados delante de una caseta junto al puente, que era vigilado de día y de noche.

—Sí. Lucio Cominio Tulo, centurión veterano, segunda cohorte de la legión XVIII.

—La contraseña, señor.

—Roma Victrix.

El soldado saludó y lo dejó pasar.

Tulo encabezó la marcha hacia la otra orilla. El puente de piedra abarcaba un tramo del río de ciento cincuenta

pasos y era lo bastante ancho como para alojar dos carros o una fila de ocho legionarios. A continuación, en medio del río, yacía una estrecha isla salpicada de manzanos silvestres, donde un grupo de soldados de permiso bromeaba mientras pescaba en la ribera más próxima al *vicus*. Un poco más adelante, una grulla bebía agua en la orilla. Un camino pavimentado cruzaba el islote y llevaba a otra isla mediante un puente de mayor tamaño, tras el cual había un tercer puente que desembocaba en la carretera de la orilla este. La construcción de este último puente había sido una pesadilla, recordó el centurión. En ese tramo del río las aguas corrían

rápidas y profundas y varios hombres habían muerto ahogados al montar los grandes pilares de madera que formaban sus cimientos. En mitad del puente había una placa conmemorativa en honor a la unidad que lo había erigido y que veneraba al emperador Augusto con las palabras *Pontem perpetui mansurum in saecula* («He construido un puente que durará para siempre»). «Tú no hiciste nada, el puente lo levantamos nosotros con el sudor de nuestra frente», pensó Tulo enfadado, que consideraba que lo correcto hubiera sido grabar en la placa los nombres de los legionarios fallecidos en su construcción, pero ese no era el modo de proceder de Roma ni

del ejército. Así eran las cosas.

El segundo puesto de vigía se hallaba en la sección más ancha del río, a unos quinientos pasos. Dado que se encontraba en el lado germano, era bastante mayor que su homónimo del otro lado y albergaba a media centuria. Tulo estaba a punto de llegar al final del puente cuando vio un carro tirado por unos bueyes que no parecían nada contentos: los animales bramaban sin parar y se negaban a caminar en línea recta, pero los perdió de vista cuando un comerciante con dos carros repletos de esclavos de mirada ausente pasó por delante. En cuanto volvió a tenerlo a la vista, Tulo comprobó que el conductor,

un soldado a juzgar por su aspecto, había sido obligado por los legionarios de la garita a retirar su vehículo del puente. Su conversación plagada de comentarios groseros llegó hasta Tulo.

—¿Y tú eres legionario? ¡Si no eres ni capaz de controlar a un par de bueyes!

—¡Vete al infierno! —replicó el hombre—. No es culpa mía, el problema es que huelen al maldito oso.

Tulo y sus soldados contemplaron la rudimentaria jaula de madera atada al carro. El soldado y sus acompañantes eran *ursarii* y su cometido era apresar osos para el anfiteatro de madera que había cerca del campamento. La caza de animales salvajes era un entretenimiento

habitual en la guarnición y, para asegurar el suministro regular de bestias, se había delegado en algunos soldados la captura de osos, lobos y ciervos en los bosques al este del río. Tulo consideraba que era mucho más divertido cazar en el bosque, pero esta era una manera fácil de tener contenta a la tropa, lo cual era muy importante.

—¡Vamos, Júpiter, el oso no puede tocarte! ¡Marte, un paso más! —instó el *ursarius*, acariciando las cabezas de los animales—. Ya casi estamos. Solo nos quedan tres puentes más y cruzar el *vicus*. Pronto estaréis de regreso en vuestro establo.

Tulo ignoró las tribulaciones del

ursarius y procedió a saludar al oficial del enclave. Sin embargo, nada más iniciar la conversación, fueron interrumpidos por los berridos de los bueyes.

—Un momento —se excusó Tulo. Se acercó al carro—. ¡Soldado!

A pesar de la algarabía, el *ursarius* le oyó.

—¿Sí, señor?

—¿Nombre?

—Cesorinio Amausio, señor.

Ursarius de la legión XVIII.

—En nombre de Hades, ¿por qué están tan asustados estos animales?

—Son bueyes nuevos, señor. Es la primera vez que llevan una jaula con un

oso. Estarán más tranquilos en cuanto hayan descansado y les haya hablado un poco.

Los legionarios no tardaron en soltar varios comentarios sobre la relación de Amausio con sus animales y el *ursarius* alzó los puños en un gesto amenazador.

La situación no era culpa del *ursarius*, pensó Tulo.

—¡Basta! —gritó el centurión alzando la *vitis*.

Las burlas de los soldados cesaron de inmediato y Ammausio lo miró agradecido.

—Este oso ofrecerá un magnífico espectáculo, señor. Es el doble de grande que cualquier ejemplar que haya

visto antes.

—Si es así, seguro que será impresionante —comentó Tulo, preguntándose cuán peligroso habría sido cazarlo.

El repiqueteo de unos cascos anunció la llegada de una tropa de unos sesenta jinetes. Encapados, con barba y armados con escudos y lanzas, trotaban hacia el puente sin orden ni concierto. Tulo entornó los ojos ante esa conducta tan habitual de los germanos.

—Que esperen a que mis hombres crucen el puente. Esta carretera es nuestra, no suya.

—Ahora mismo les doy el alto —se ofreció el oficial dando un paso

adelante.

Pero antes de poder mediar palabra, los acontecimientos se precipitaron cuando unos jinetes se acercaron a la jaula atraídos por la curiosidad. Al verlos, el oso se asustó y se abalanzó rugiendo sobre las rejas, lo que alarmó a los bueyes, que se encabritaron y empujaron a Amausio a un lado, que perdió las riendas. Los animales echaron a correr por un terraplén de gravilla al lado de la carretera. El ángulo de descenso obligó al carro a tomar otro camino que lo desequilibró y provocó que volcara en cuestión de instantes.

Amausio increpó a los bueyes en

vano.

A pesar de llevar la armadura completa y de estar acompañado de sus casi ochenta legionarios, Tulo no pudo evitar dar un respingo cuando el oso escapó de la maltrecha jaula. Amausio no había exagerado. Era un ejemplar magnífico de un denso pelaje marrón amarillento y con una gran cabeza redonda y orejas pequeñas. El único objetivo del animal era escapar de ahí, por lo que hizo caso omiso de los bueyes y los soldados y se precipitó hacia la arboleda más cercana.

—¡Malditos germanos! —gritó Amausio ante las risas de los soldados. Tulo tampoco pudo evitar una sonrisa—.

Id a buscar las redes y las cuerdas — ordenó el *ursarius* a sus compañeros—. Quizá podamos atraparlo.

«Me alegro de no estar en su lugar», pensó Tulo. La idea de perseguir y capturar a un gran oso furioso le parecía horrenda. Además, aunque lo atraparan, después tendrían que encontrar la manera de transportarlo al campamento porque la jaula había quedado destrozada.

El centurión pensó que los germanos se quedarían de brazos cruzados contemplando el espectáculo, pero su líder —un hombre corpulento de cabellera negra— les ordenó que se separaran y persiguieran al oso.

—Las guardias no suelen ser tan entretenidas, señor —rió el oficial.

—Las patrullas tampoco, pero no me parece correcto quedarnos aquí sin hacer nada mientras los germanos ayudan a capturar al oso.

—Pero si son ellos quienes asustaron al animal, señor.

—Da igual. Vamos a quedar muy mal si no hacemos nada —insistió Tulo volviéndose hacia la centuria—. ¡Fenestela! ¡Ven aquí!

Tulo dejó al *optio* al mando y salió en pos del oso con quince de sus hombres. Para su gran sorpresa, los germanos habían conseguido que abandonara su escondite detrás de unos

abedules y lo tenían acorralado en un cerco de lanzas y caballos. Cada vez que el oso intentaba huir, los jinetes se lanzaban a la carga y el animal retrocedía. Vagando de un lado a otro furioso, el oso trataba de superar las defensas en vano. Mientras tanto, Amausio departía con el jefe germano y sus compañeros aguardaban expectantes redes en mano.

Tulo se aproximó a los dos hombres sin que advirtieran su presencia.

—¿Puedes atraparlo? —preguntó el jinete al *ursarius* en un latín con un marcado acento germano.

—Si lo hemos hecho una vez, podemos volver a hacerlo —confirmó

Amausio—. Lo más peligroso será atarlo bien para trasladarlo hasta el anfiteatro.

—Entonces, ¿ya puedo ordenar a mis hombres que se retiren? —preguntó con una sonrisa.

—¡No!

—Estaba bromeando —sonrió el germano.

Amausio soltó una risita arrepentida y apesadumbrada.

Tulo aprovechó la situación para anunciar su presencia con un carraspeo.

—¿Puedo ayudar en algo?

Amausio miró a Tulo y luego al germano, que sonrió, y de nuevo al centurión.

—Sí, señor. Gracias, señor. Sería perfecto que los soldados pudieran colocarse entre los caballos para cubrir ese hueco con los escudos.

—Muy bien. ¿De lo demás te encargas tú?

—Sí. Le echaremos la red en cuanto estén todos en posición, señor —respondió Amausio sin quitarle ojo al oso—. Tenemos que actuar rápido o intentará escapar y acabará con una herida de lanza.

Tulo dio las instrucciones pertinentes a sus soldados.

—Procurad salir ilesos de esta aventura, hermanos —les instó. Sus palabras arrancaron alguna risa

nerviosa.

Tulo agarró el escudo que llevaba a la espalda, se cuadró de hombros y ocupó su lugar en el círculo. Cuanto antes acabaran con todo aquello, mejor, pensó.

Para su gran alivio, los *ursarii* atraparon al oso enseguida. En cuanto todos estuvieron en sus puestos, Amausio y sus compañeros entraron en acción: mientras uno distraía al animal provocándole con una lanza, los otros se acercaban por detrás con una cuerda. Estos últimos frenaron en seco la feroz reacción del oso ante la provocación de la lanza con una cuerda lanzada con certeza al cuello y tensada al instante, a

la que siguió una pesada red que le cubrió de pies a cabeza. El animal trató de rasgarla con las patas delanteras, pero no tardó en quedar enredado en ella. A continuación, los hombres se acercaron con varias cuerdas y Tulo se maravilló ante la manera en que le agarraron las extremidades y las inmovilizaban con nudos correderos. Uno de los soldados recibió un zarpazo en el brazo, pero esa fue la única herida causada por el animal mientras lo ataban como a una gallina gigante lista para echar a la cazuela.

Satisfecho, Amausio se volvió hacia Tulo y el jefe germano.

—Queda claro que sabes cómo

apresar a un oso —dijo Tulo con respeto.

—Ese es mi oficio, señor. Agradezco mucho la ayuda de ambos. Ahora cortaremos unas ramas para llevarlo hasta la carretera y después solicitaré un carro para trasladarlo al campamento.

El guerrero observó a la bestia.

—Mi gente caza a los animales en el bosque. No entiendo qué sentido tiene apresarlos para luego matarlos ante miles de personas.

Amausio hizo una mueca de desacuerdo, pero tuvo la prudencia de no responder y procedió a despedirse de los oficiales con un saludo.

—Es una costumbre romana — explicó Tulo—. Yo también prefiero la caza, pero existe una mayoría de personas a la que le gusta contemplar este tipo de espectáculo desde la seguridad de su asiento en el anfiteatro. Seguro que alguien habrá en tu tribu que también lo preferiría.

—Seguro —rió el germano—. Por mucho que yo me rodee de guerreros, eso no significa que todos los hombres de mi tribu lo sean.

Tulo no pudo por menos que admirarse de la fuerza extraordinaria que emanaba el germano: tenía las piernas como troncos y la camisa de lana le resaltaba los músculos de los

brazos y el tórax. El broche de plata y las borlas amarillas de la capa que lucía sobre los hombros revelaban su alto linaje.

—¿A qué tribu perteneces?

—Soy querusco —respondió con orgullo—, pero de la rama de la tribu que es amiga de Roma —añadió con un guiño.

—¡Ya! —replicó Tulo. Algunas tribus queruscas habían sido indomables enemigos del imperio hasta pocos años antes—. ¿Por casualidad eres uno de los hombres de Arminio? —inquirió, pues un centurión amigo suyo tenía una elevada opinión de ese oficial germano por el valor mostrado en los tres años

de campaña bélica en la Panonia, una guerra que todavía no había tocado a su fin.

El germano soltó una carcajada y Tulo se percató de su error al instante.

—¡Tú eres Arminio!

—Sí —respondió el querusco tendiéndole la mano.

—Lucio Cominio Tulo. Tulo.

—¿Centurión veterano? —inquirió Arminio, señalando el casco de Tulo.

—Así es. Y tú debes de ser prefecto auxiliar, por lo que, en puridad, debería dirigirme a ti como señor.

Arminio soltó una risita.

—No hace falta. No estamos en un desfile militar, ¿verdad?

A Tulo le gustó el talante afable e informal del germano.

—¿Dónde estás destinado?

—Estoy al mando del *ala* de la legión XVII en Ara Ubiorum.

El campamento de Ara Ubiorum albergaba dos legiones y se encontraba a más de cincuenta millas de allí, en la orilla oeste del Rhenus, pero Tulo estaba habituado a que los germanos tomaran la ruta más larga del norte, por el otro lado del río.

—¿Estás de permiso?

—Sí, a mis hombres y a mí nos dieron permiso hace diez días y ahora debemos incorporarnos de nuevo a la XVII antes de que comience la marcha

de Germania en verano.

Tulo asintió. Tenía sentido.

—Varo quiere hablar conmigo.

Publio Quintilio Varo, gobernador de Germania y comandante de cinco legiones, llevaba algún tiempo instalado en el campamento de la legión XVIII preparando la próxima campaña. Tulo lo conocía de vista y lo había oído hablar en varias ocasiones, pero jamás le había sido presentado.

—¿Conoces a Varo?

—Nos llevamos bien —respondió Arminio, encogiéndose de hombros.

Tulo no pudo evitar cierta irritación ante el hecho de que el jefe germano tuviera una relación de amistad con su

comandante supremo y él no, cuando era un veterano oficial romano de más de veinticinco años de servicio. De todos modos, no era de extrañar. El cuerpo de caballería de Arminio era similar en tamaño a una cohorte. Además, el querusco pertenecía a la alta nobleza de su tribu, era ciudadano romano y, como bien sabían todos, gozaba del título honorífico de ecuestre, algo que exasperaba un poco al centurión. Solo un poco.

—Pues cuando Varo haya acabado de hablar contigo, ven a mi barracón y compartiremos una jarra de vino.

—Te tomo la palabra —respondió Arminio con una sonrisa—. Hasta luego.

«Conque este es Arminio —pensó Tulo mientras observaba al querusco alejarse a caballo—. Aunque se esfuerza demasiado por caer bien, parece un tipo simpático».



Publio Quintilio Varo estaba sentado a una mesa del despacho del legado, Cayo Numonio Vala, estancia de la que se había apropiado a su llegada. El gobernador lucía una exquisita túnica roja, pero su aspecto era muy corriente: de baja estatura, tenía una mata escasa de pelo gris rizado y una barriga incipiente. A pesar de estar rodeado de lujosos muebles de madera maciza, caros bustos del emperador y ornamentados candelabros, se sentía

como en una prisión.

—¿Ya hemos terminado? —preguntó a sabiendas de que era imposible que hubieran acabado con todos los documentos y tablillas que todavía se apilaban sobre la mesa.

Su secretario, Aristides, un orondo esclavo griego que llevaba tanto tiempo con él que ni siquiera recordaba cuánto, suspiró.

—No, mi amo. Solo hemos revisado la mitad.

Varo se frotó los ojos cansados.

—Si hubiera sabido que mi vida iba a estar regida por tanto documento, jamás me hubiera dedicado a la vida militar —protestó.

Aristides, que continuaba de pie detrás del gobernador, a su izquierda, guardó silencio.

—No me mires así —dijo Varo, volviendo la cabeza de repente.

Aristides ni se inmutó.

—¿Cómo, mi amo?

—Con esa mirada de incredulidad en la que arqueas la ceja izquierda.

Al esclavo le tembló levemente la comisura de los labios.

—No sé a qué te refieres, mi amo.

—Mentiroso, lo que pasa es que no te he pillado a tiempo porque me conoces demasiado bien —sonrió Varo.

—Si no fuera así, mi amo, después de tanto tiempo, sería un verdadero

inepto —respondió Aristides petulante.

—Lo cierto es que no tengo motivos para estar infeliz —reconoció Varo—. Cuando regresé a Roma de Siria, me quejaba porque no tenía nada que hacer, así que no cabía en mí de júbilo cuando Augusto me ofreció el puesto de gobernador de Germania hace poco más de dos años. Soy gobernador de una de las provincias más importantes del imperio y esto —dijo, dando un palmetazo a los documentos de la mesa— es mucho mejor que estar ocioso y escuchar las quejas constantes de mi esposa por el precio que le cobra la modista por los vestidos.

—Eres más feliz cuando trabajas, mi

amo.

—Tienes razón. Venga, ve a buscarme un poco de ese vino galo que tanto me gusta y remataremos los documentos que me quedan enseguida.

A pesar del tono enérgico de su amo, resultaba revelador que comenzara a beber apenas pasado el mediodía. No obstante, fiel a su discreción de siempre, Aristides guardó esos pensamientos para sí y solicitó al esclavo de la puerta que trajera el vino.

Una vez terminada la primera copa, Varo ya había respondido a varias cartas de Lucio Nonio Asprenas, el legado de Mogontiacum, el campamento situado a doscientas quince millas de Vetera, río

arriba. Asprenas, sobrino de Varo, era un administrador y comandante competente y sus comunicaciones consistían en informes y peticiones fáciles de resolver. Varo dictaba las respuestas a Aristides, que escribía notas en cursiva en una tablilla de cera que después pasaba a su formato definitivo. Acto seguido, Varo lidió con la siguiente pila de documentos, formada por reclamaciones de los jefes de algunas tribus locales y lejanas, la solicitud de un médico por parte de un comandante de Aliso y la petición de hierro y bronce del oficial veterano del fuerte de Confluentes. Además, un comerciante de Bonna se quejaba de las

extorsiones que sufría en manos de los soldados cuando transportaba sus mercancías. «Cuando protesté — escribía el comerciante—, recibí una paliza en la calle como si fuera un perro callejero y, cuando acudí a quejarme al comandante del campamento, se me rio en la cara. Por todo ello, yo, ciudadano romano, me dirijo a ti, Publio Quintilio Varo, representante del mismísimo Augusto, para reclamar justicia».

—Por todos los dioses, ¿cómo puedo resolver esto? —exclamó Varo frustrado.

De nuevo, Aristides guardó silencio. Le gustara o no, el comerciante decía la verdad. Era una práctica habitual entre

los soldados que custodiaban las carreteras del imperio cobrar un tributo a los comerciantes y maltratar a los que se oponían a ello. Él lo sabía. Varo lo sabía.

El gobernador permaneció pensativo un instante.

—Escribe al comandante del fuerte de Bonna y dile que reciba a este comerciante con respeto y escuche sus acusaciones una segunda vez. En el caso de que se demuestre que tiene razón, se le deberá devolver todo lo robado con dinero de la guarnición; de no ser posible demostrar sus acusaciones, deberá amonestar a los soldados de forma no oficial y exigirles que no sean

tan puñeteramente avariciosos. Después, escribe al comerciante para expresarle nuestro pesar por su descontento con el trato recibido de mis tropas, pero no reconozcas ante él que han actuado mal. Asimismo, infórmale de que he solicitado al comandante que se reúna con él de nuevo para escucharle de manera imparcial. —Varo esperó a que Aristides hubiera acabado—. ¿Lo has apuntado todo?

—Claro, mi amo —respondió el esclavo con un pequeño suspiro.

—Bien. —Varo lanzó una mirada asesina a la pila de correspondencia que quedaba pendiente—. Reconozco que echaré de menos las comodidades de un

campamento permanente, pero estaré encantado de abandonar este sitio.

—¿Estás pensando en la marcha del verano hacia el este? —preguntó Aristides sin disimular su desagrado.

—Sí. Serán tres meses de buen tiempo y buena caza durante los cuales será difícil que me llegue ninguna misiva oficial. Aunque habrá que seguir llevando la contabilidad, no será nada comparado con lo que hay que hacer aquí. De hecho, podrás llevarla casi toda tú. Cuando regresemos en otoño, nos esperará una montaña de documentos, pero me da igual. —Varo vio el semblante de Aristides y rio—. Seguro que cuando estemos fuera podrás

seguir disfrutando de tus baños calientes, al menos de vez en cuando. Por muy esclavo que seas, reconocerás que cuido bien de ti.

—Sí, mi amo, te estoy muy agradecido —repuso el griego relajando el ceño.

—Y tampoco he olvidado mi promesa. Cuando finalice mi período como gobernador, te concederé la manumisión. Me has servido bien y es lo mínimo que puedo hacer por ti.

—Publio Quintilio Varo, eres el mejor amo que un esclavo puede tener —dijo Aristides con una reverencia y una sonrisa de oreja a oreja—. Te lo agradezco.

—¿Estás ahora más contento con este viaje a los más remotos parajes de Germania? —inquirió Varo con una sonrisa.

—¿Se librará alguna batalla?

Varo no menospreció a Aristides por tener miedo. El griego era un hombre de letras, no un soldado.

—Lo dudo. Todo parece muy tranquilo en la otra orilla. Además, nos acompañarán más de diez mil legionarios y ninguna tribu hostil en sus cabales se acercará al campamento.

—Muy bien, mi amo —respondió el esclavo satisfecho.

—Bueno, pues ahora volvamos al trabajo. —Varo tomó una tablilla de

madera y rompió el sello del cordel que unía las dos partes—. Esta carta es del comandante de Fectio que, para variar, tiene buenas noticias y no me pide nada.

—¿Qué dice, mi amo?

—Me comunica que casi toda su flota de trirremes, birremes y transporte de tropas está en condiciones de navegar y que la pone a mi disposición durante los próximos meses a la espera de mis órdenes. —Varo se frotó el labio con un dedo—. Es una lástima que no tenga motivos para llamarlo este verano. No importa; es mejor disponer de barcos que no necesito que no al revés.

—Es cierto. ¿Deseas responderle?

—Sí. Felicítale por tener la flota a

punto y dile que, como no tengo ningún plan específico para ella en estos momentos, deberá continuar patrullando en el mar y las vías fluviales como hasta ahora. Infórmale también de la marcha que emprenderemos hacia el este con las legiones XVII, XVIII y XIX este verano. En cuanto hayamos cobrado todos los tributos y haya finalizado la cosecha, regresaremos al Rhenus y al campamento de invierno, así que puede esperar mi visita a partir de entonces.

Mientras Varo esperaba a que Aristides acabara de anotar sus instrucciones, alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo el gobernador.

Uno de los dos legionarios

apostados en la entrada pasó y saludó.

—Está aquí el nuevo tribuno para verte, señor.

—¿Otra vez? —Varo enarcó las cejas y se volvió sorprendido hacia Aristides. El esclavo, diplomático, se encogió de hombros—. Hazle pasar.

Acto seguido, entró el tribuno, que se encaminó hacia la mesa del comandante y se detuvo a unos pasos para saludar en la posición de firmes.

—¡Tribuno mayor Lucio Seio Tubero, señor!

—Tribuno. —Varo estudió los ojos azules, rizos rubios y barbilla cincelada de Tubero, que llevaba la coraza y las botas tan bruñidas que parecía a punto

de desfilar. «Un físico atractivo y un equipo resplandeciente no hacen al soldado», pensó Varo. «Sé más justo», se amonestó un instante después, «este es su primer destino. Es joven y entusiasta y quiere demostrar su valía. Yo también era así».

—¿Es un mal momento, señor? — preguntó Tubero al ver las montañas de documentos sobre la mesa.

—Nunca es buen momento para un gobernador, Tubero, quizá tú mismo te des cuenta algún día.

El comandante tenía por costumbre averiguar todo lo posible acerca de sus nuevos oficiales antes de su llegada. Con tan solo 17 años, Tubero era

realmente muy joven para ser tribuno mayor, pero había recibido una buena educación y, lo que era más importante todavía, su padre era amigo de Augusto, lo cual explicaba que hubiera sido destinado a la legión XVIII como segundo al mando. Si Tubero no se metía en líos y mostraba ciertas aptitudes durante la siguiente década de servicio, y su familia no perdía el favor del emperador, era muy probable que acabara siendo gobernador de una provincia. Varo esperaba que Tubero resultara fácil de llevar. Ya tenía suficiente trabajo como para tener que ocuparse de un chiquillo mimado.

—Si no es un buen momento, señor,

yo...

—Quédate —ordenó Varo—.

Siempre se agradece poder hacer una pausa de las tareas administrativas.

—Gracias, señor.

—¿Qué asunto te trae hasta mi puerta?

—Ya llevo aquí unos días, señor...

—Tubero titubeó.

—¿Te has instalado bien? ¿Son satisfactorios tus aposentos?

—Todo muy bien, señor.

—¿El legado te está complicando la vida?

—No, señor. Me ha ayudado mucho y me ha explicado bien todas mis tareas.

—¿Algún centurión ha sido insolente

contigo? —Era habitual que los centuriones veteranos no vieran con buenos ojos a los jóvenes aristócratas que llegaban de Roma para darles órdenes—. ¿O quizás alguno de los tribunos jóvenes?

—No es eso, señor.

—¿De qué se trata, entonces? — preguntó Varo repentinamente interesado.

—Todo está muy tranquilo, señor. No parece haber ningún... conflicto.

«Ya empezamos», pensó Varo divertido.

—Eso es bueno, tribuno. La paz es algo muy valioso que permite al imperio avanzar con sus planes sin problemas.

—Claro, señor, pero es que...

—¿Quieres un poco de acción? — preguntó Varo, recordando sus primeros años en el ejército.

—¡Sí, señor!

El comandante hizo caso omiso del resoplido de Aristides.

—Vas a estar aquí al menos un año, tribuno. Es decir, tendrás mucho tiempo para desenvainar la espada en alguna afrenta u otra. —Tubero asintió ante sus palabras con el semblante ensombrecido —. ¡Ay, qué impaciente es la juventud! —exclamó el gobernador al tiempo que pensaba que nada tenía que perder por contentar al tribuno. Al fin y al cabo, era un joven con muchos contactos—. ¿Qué

te gustaría hacer? ¿Dirigir una patrulla al otro lado del río?

A Tubero se le iluminó la cara.

—Eso sería magnífico, señor, gracias.

—De acuerdo, pues llevarás una carta con mis últimas órdenes para el comandante del campamento de Aliso. Son dos días de marcha sencilla hacia el este a lo largo del río Lupia. Como pasarás por varios asentamientos, podrás conocer un poco mejor los parajes y las tribus de Germania. No deberías sufrir ningún percance. En cuanto hayas entregado las cartas y recibido la respuesta del comandante, regresarás aquí.

—Mi más sincero agradecimiento, señor.

—Con una cohorte deberías tener más que suficiente. Hablaré con Vala para que te encomiende un centurión de confianza.

Tubero se sonrojó levemente.

—No necesito que nadie me lleve de la mano, señor.

—Seré yo quien juzgue eso, tribuno. Mantener la paz imperial en Germania es mi responsabilidad, no la tuya.

—Sí, señor —respondió Tubero claramente descontento—. ¿Tienes a alguien en mente, señor?

—De hecho, sí. Estaba pensando en un centurión veterano, se llama Tulo.

¿Por casualidad has tratado ya con él?

—No, señor. —Con esas dos simples palabras el joven consiguió transmitir su enorme desprecio por toda persona con un rango inferior al suyo.

Varo empezaba a impacientarse.

—Dos cosas, tribuno. En primer lugar, es tu deber conocer a todos los comandantes de cohorte de la legión XVIII y lo ideal sería que conocieras también a todos los centuriones. No hace mucho que estás aquí, pero deberías haber oído hablar de Tulo. Es un oficial muy condecorado y apreciado con más de veinticinco años de servicio a sus espaldas. Todos le tienen en gran estima, desde el legado

Vala hasta el último de los soldados rasos. Por lo que he oído, es uno de los hombres más queridos de la legión. — Varo comenzó a perder los estribos al percatarse de la mueca de desinterés de Tubero, mueca que casi todos los jóvenes sabían adoptar a la perfección —. Tratarás a Tulo con todo el respeto que se merece. ¿Está claro?

Tubero carraspeó.

—Sí, señor.

—En segundo lugar, tengo un consejo para ti: si vas con esos aires de superioridad por ahí, harás muy pocos amigos y muchos enemigos. Aquellos que están por debajo de tu rango deben obedecerte, pero si los tratas mal, te

complicarán la vida porque cumplirán tus órdenes con la máxima lentitud posible o bien las olvidarán. ¿Me has entendido?

—Sí, señor —murmuró Tubero.

—Bien. Recibirás las órdenes para la patrulla al anochecer. Puedes retirarte —ordenó el comandante. Devolvió el saludo del tribuno con sequedad.

Una vez solos, Varo se dirigió a Aristides.

—Los jóvenes se piensan que lo saben todo, ¿eh?

—Siempre ha sido así, señor.

—Yo era igual, supongo, y tú también —suspiró—. De todos modos, si se le atempera bien, es probable que

Tubero acabe siendo un buen soldado.

—Desde luego, señor.

—Te dictaré las órdenes para Tubero y Tulo más tarde. Ahora será mejor que acabemos con todo esto — dijo Varo, dando una palmada a los documentos— o no saldremos de aquí hasta el amanecer.

Era media tarde y los rayos de sol iluminaban el claro del bosque donde acampaban Arminio y sus hombres, próximo a la carretera del este que conducía de Vetera al fuerte de Aliso. Detrás de las tiendas, donde pastaban los caballos, habían apilado los

estandartes, cascos, cotas de malla, espadas, lanzas y escudos. Algunos soldados hablaban y cocinaban sentados en mantas mientras otros se entretenían con luchas o recolectaban leña y agua. En un abedul cercano, un mirlo graznaba para protestar por la presencia de intrusos en su territorio.

Arminio estaba sentado junto a la hoguera con varios de sus guerreros cuando se aproximó un centinela con semblante contento.

—Maelo está aquí —anunció.

—Dile que venga.

El jefe querusco había estado esperando a su mano derecha, que había partido de Ara Ubiorum pocos días

después que él. Mientras aguardaba a Maelo, se inclinó sobre el caldero que, suspendido de un trípode, se cocía al fuego. El estofado de carne de venado era de un ciervo que había abatido con una flecha hacía unas pocas horas. La res muerta seguía colgada de una rama en un árbol cercano.

—¡Hola, Arminio!

Maelo se acercó a grandes zancadas y se fundió en un abrazo con el querusco. El resto de los guerreros no se levantó para recibirlo, pero lo saludaron con respeto. De cabello castaño y estatura mediana, el recién llegado era fuerte como una roca.

—¡Qué bien huele! ¿Qué es?

¿Venado?

—Sí, hemos ido a cazar —respondió Arminio, señalando el cadáver de un ciervo.

Tras charlar de manera breve sobre la caza de la jornada, Maelo lo miró con expresión seria.

—¿Con qué jefes has hablado ya? —inquirió en voz baja.

—Solo con los catos y los usípetas.

—Bueno, nos queda tiempo para hablar con el resto más adelante, cuando las legiones marchen hacia el este. ¿Y qué tal te fue con ellos?

En lugar de responder, Arminio indicó con la mirada a los presentes.

—¿Qué te parece si damos un

paseo? —sugirió Maelo al captar el significado de su gesto.

—Buena idea —convino Arminio, que removi6 el estofado con una cuchara y prob6 un poco—. Est6 bueno, no dejes que se queme —orden6 a uno de sus hombres antes de coger un par de rollos de hilo de pescar y unos anzuelos de su tienda—. Sígueme —dijo a Maelo—. Aqu6 cerca hay un arroyo donde podemos pescar carpas y, con suerte, salmones.

—¿Vamos a comer salm6n adem6s de venado? Te sigo.

Ambos caminaron en silencio hasta hallarse a una distancia prudencial de los soldados.

—¡No deberías haber comentado nada hasta que estuviéramos solos! ¡Estos hombres se relacionan a diario con los romanos! —riñó Arminio a Maelo.

—Pero son todos guerreros de tu clan.

El querusco pareció tranquilizarse, pero no tardó en volver a la carga.

—Imagina lo que podría suceder si estuvieran al otro lado del río emborrachándose en una taberna o contrayendo la sífilis en un burdel. La lengua de los hombres se afloja cuando tienen la tripa llena de vino o cuando una puta los deja secos. Aunque nadie suele prestar atención a las habladurías

de un borracho, solo nos falta que un romano oiga algo sospechoso para que llegue a oídos de Varo y nuestro plan se esfume de un plumazo.

—No volveré a decir ni media palabra —prometió Maelo.

Arminio le dio una palmada amistosa en la espalda. Pocos hombres había en los que confiara tanto como en Maelo, que le había salvado la vida en más de una ocasión.

Cuando llegaron al río, prepararon los anzuelos y echaron las cañas al agua.

—Explícame cómo te ha ido con los jefes. ¿Cómo te recibieron? ¿Traes buenas o malas noticias? —preguntó Maelo.

—En general, son buenas —
respondió Arminio—. Como era de
esperar, no hizo falta que dijera mucho
para convencer a los catos. Creo que sus
jefes ya estaban planificando algo
porque me acusaron de ser un querusco
advenedizo que pretendía robarles todo
el protagonismo. Yo conservé la calma y
alabé hasta la saciedad sus habilidades
como guerreros. Además, les prometí
que podrían actuar con plena libertad en
cuanto comenzara la batalla.

—¿Crees que esperarán?

—Creo que sí. Sus sacerdotes
afirman que los augurios son buenos y
que los catos se beneficiarán de alzarse
contra Roma con nosotros. Un jefe

anciano me defendió diciendo que conozco bien las costumbres del imperio y la forma de luchar de sus soldados, por lo que estoy capacitado para tender la mejor de las emboscadas y causar numerosas bajas entre los romanos.

—¡Yo también lo creo! —exclamó Maelo—. Varo confía en ti y, en cuanto comiences a llenarle la cabeza de historias sobre rebeliones de las tribus, seguro que desviará las tropas del camino.

—Pero necesito al menos a cuatro tribus de nuestro lado —objetó Arminio, mordisqueándose una uña—. Varo no emprenderá la marcha hacia el este sin el apoyo de dos o tres legiones.

—Ya tenemos a tres.

—Dos.

—¿A los usípetas no les convenció tu plan?

—Al principio pensé que los jefes nos apoyarían, pero sometieron la decisión a votación y la mayoría votó en contra.

—¡Vaya! ¿Fue por causa de la animadversión que sienten hacia los catos?

—Solo en parte —contestó Arminio—. Ya les dije que no era necesario que se relacionasen entre sí y que incluso podían acampar por separado y luchar en zonas diferentes, pero el mayor problema es que sus tierras lindan con

Vetera.

—Ya. Eso significa que, cuando las legiones crucen el río, será su pueblo el que muera primero y que sus aldeas serán las primeras en caer pasto de las llamas —apuntó Maelo.

—Uno de los sacerdotes dijo que nos apoyaría si podíamos garantizarle la victoria. De no ser así, prefería actuar con prudencia.

—Es comprensible, pero nada hay seguro en esta vida.

—Salvo la muerte y los tributos romanos —sentenció Arminio.

Ambos hombres rieron con amargura.

—Si los usípetas no apoyan nuestra

causa, es probable que tampoco lo haga el resto de las tribus —concluyó Maelo al cabo de un rato.

—Es cierto, pero contamos con el apoyo de Segismundo. Sus palabras y el sueño del águila ardiendo acabará por convencerlos. Estoy seguro de ello —afirmó Arminio.



Tulo se encaminó hacia el *principia*, situado en el centro del campamento. Al reconocerlo o identificar su rango de centurión por el penacho que lucía en el casco, los centinelas lo saludaron y le abrieron paso. Por el camino se cruzó con un par de oficiales a los que saludó sin detenerse a hablar pero, al llegar al patio, cayó en manos de uno de los tribunos de la legión XVIII, un tipo muy hablador al que le gustaba seguir las normas al pie de la letra. Sin más

remedio que aguantar su tediosa cháchara interminable, Tulo no consiguió zafarse de él hasta que le prometió que encargaría unas capas de invierno de repuesto para toda la cohorte y que se aseguraría de que el resto de los centuriones veteranos hiciera lo mismo.

Dado que los tribunos tendían a recordar otras tareas de «vital» importancia en cuanto uno se alejaba de su lado, Tulo se apresuró a interponer entre ambos a un grupo de secretarios cargados con montañas de documentos, a los que siguió hasta que se dispersaron, uno a uno, hacia sus oficinas respectivas, momento en el que

se encontraba lo bastante lejos del tribuno como para recorrer con tranquilidad la vía que conducía a la entrada principal, cuya fachada constituía el muro trasero del patio.

Las enormes puertas revestidas de hierro permanecían abiertas de par en par de la mañana a la noche. Solo se cerraban en las horas de oscuridad o cuando se celebraban reuniones importantes. La presencia de centinelas no se debía a cuestiones de seguridad, sino que tenía por objeto recalcar la relevancia del edificio. El centurión devolvió el saludo de los centinelas con una inclinación de cabeza y entró.

La amplia estancia estaba dominada

por una doble hilera de enormes columnas que sostenían el techo de izquierda a derecha, entre las que se intercalaban varias estatuas de Augusto y de su familia. En la sala había tres legionarios vestidos con túnica y cinturón que barrían el suelo y un sacerdote que oraba ante la efigie de mayor tamaño del emperador. También pasó por su lado un oficial de intendencia con aires de grandeza al que acompañaban dos soldados que llevaban un cofre pesado. Nadie prestó mayor atención a Tulo —pese a tratarse de un oficial de alto rango—, pero al centurión no le importó, pues no estaba allí para conversar con nadie, fuera cual

fuese su rango. Se encontraba allí para presentar sus respetos al águila de la legión, como tenía por costumbre hacer siempre que salía de patrulla.

Pisó con cuidado el suelo de mosaico para no hacer demasiado ruido con las botas y se dirigió hacia la parte posterior donde se encontraba el santuario. Los lados del doble arco de piedra estaban custodiados por sendos legionarios, que adoptaron la posición de firmes al ver a Tulo.

—Centurión —murmuró uno de ellos.

—¿Hay alguien dentro? —preguntó Tulo, echando un vistazo.

Existía una regla tácita de que debía

permitirse a los soldados estar solos en ese lugar sagrado, aunque no siempre fuera posible.

—Estás de suerte, señor. El *aquilifer* acaba de marcharse.

El soldado que tenía encomendada la misión de portar el águila imperial siempre visitaba el santuario una vez al día.

Tulo entró en la estancia, feliz de tener el lugar para sí. Numerosas lámparas de aceite iluminaban el techo y las paredes de estuco y hacían refulgir los emblemas de oro y plata de las astas de los estandartes que estaban apoyadas contra la pared y que reproducían imágenes del emperador, así como

discos, manos, puntas de lanza y coronas de laurel, entre otros objetos. Junto a las astas se encontraban las insignias bordadas de los destacamentos y el magnífico estandarte de caballería. Finalmente, situada en el centro, con amplio espacio en derredor para recalcar su importancia, se alzaba el águila de la legión sobre un pedestal de madera de palisandro. Su figura personificaba los valores de la legión XVIII. Era una visión sobrecogedora.

Por regla general, Tulo no era supersticioso ni confiaba demasiado en los dioses, pero en esa sala se sentía diferente. Cada vez que la visitaba, se

apoderaba de él un respeto reverencial. El silencio —en el santuario no se hablaba salvo que fuera imprescindible— y los destellos refulgentes de los numerosos objetos de metal precioso ayudaban a recrear ese efecto. También eran motivos de orgullo los estandartes de las centurias y las cohortes, así como los emblemas conmemorativos de cada batalla en las astas. De todos modos, lo que a Tulo le producía un profundo sobrecogimiento era la majestuosa presencia del águila.

La figura era de oro macizo y su tamaño era mayor de lo que un hombre era capaz de sostener con ambas manos. El ave estaba inclinada hacia delante

sobre el pecho y una corona de laurel dorada le rodeaba las alas que, alzadas hacia atrás, casi se tocaban entre sí. Con el pico abierto y su penetrante mirada, emanaba arrogancia. Era como si conociera su propósito y lo que representaba. «¿Y tú, Tulo? —parecía decir—. ¿Me seguirás hasta la muerte? ¿Me protegerás a toda costa?».

«Sí —respondió el centurión con los ojos cerrados—. Lo juro ante todos los dioses del panteón. Desde el día que me alisté, he dedicado mi vida a honrarte a ti y a mi legión».

Tulo esperó nervioso una respuesta mientras contaba los latidos de su corazón: diez, veinte, cincuenta. Pero el

águila no respondió. Nunca respondía. A pesar de ello, tuvo la certeza de que había oído su promesa y que lo protegería durante la patrulla. El centurión alzó la vista para volver a contemplar su figura.

«Eres un verdadero soldado de la legión XVIII. Eres uno de los míos», parecía decirle con los ojos.

Y eso era todo lo que quería ser.

El golpeteo de las tachuelas contra los adoquines y de las cotas de malla contra los escudos era música para los oídos de Tulo. Cabalgaba junto a su centuria, que estaba en tercera posición dentro de

la columna. Su posición privilegiada sobre el caballo le permitía controlar todo lo que sucedía en los extremos y a los lados de la marcha.

El paisaje estaba salpicado de viviendas germanas separadas por tierras de cultivo. El centurión vio a varios niños vigilando los rebaños de vacas y ovejas y divisó cerca de una arboleda a una docena de hombres con el tórax desnudo talando árboles.

Ya era la segunda jornada de patrulla y estaban bastante cerca de Aliso. Todo había ido bien, aunque el nuevo tribuno se había mostrado muy ansioso desde el inicio. Se asemejaba a un perro de caza, siempre olfateando en

busca de una presa. No obstante, había escuchado —aunque reticente— los consejos de Tulo y, lo que era más importante, los había seguido, para gran alivio del centurión. La víspera antes de partir, Varo le había remitido una misiva en la que expresaba su deseo de que no se produjera ningún incidente desafortunado durante la patrulla. A pesar del rango superior de Tubero, estaba claro quién era el responsable de la misión.

Tulo ignoraba dónde se encontraba Tubero en esos momentos, pero aunque ello significaba que no habría nadie para vigilarlo y evitar que se metiera en líos, le daba exactamente igual. Había algo en

el tribuno que le molestaba sobremanera. No sabía si era su actitud condescendiente o su mueca incrédula cada vez que Tulo expresaba una opinión. Fuera lo que fuese, le irritaba su presencia, si bien le preocupaba lo que pudiera estar tramando. «No te preocupes —pensó—. No es más que un gallito que se pavonea con sus finas galas como si fuera el mismísimo emperador y que intenta impresionar a las tribus al tiempo que murmura comentarios despectivos sobre ellos».

Tras una primera jornada sin incidentes, habían pernoctado a unas veinte millas del Rhenus, en un campamento construido durante alguna

campana de antaño y que ahora aprovechaban las tropas que pasaban por ahí. Era una parada popular entre los soldados porque sus elevados terraplenes de tierra y profundas trincheras les ahorran la ardua tarea de erigir un campamento después de un día de marcha. El trabajo ligero y una noche de sueño ininterrumpido les había dado energía renovada, por lo que avanzaban a paso ligero. A juzgar por los hitos de piedra junto a la carretera, Tulo estimó que marchaban a más de cuatro millas por hora. Esa era la velocidad que se esperaba de los legionarios, pero con frecuencia no se exigía porque implicaba un mayor

desgaste. Sin embargo, si los soldados se notaban frescos y se sentían cómodos a ese ritmo, no sería Tulo quien los frenara.

Si bien nunca lo reconocería — excepto ante Fenestela—, Tulo agradecía tener una montura y no verse obligado a caminar. En los últimos tiempos se había acostumbrado a cabalgar durante las marchas a causa de sus dolores de espalda y articulaciones y, aunque hubiera sido capaz de seguir el ritmo, más tarde lo habría pagado con creces. No en vano casi todos sus legionarios eran como mínimo quince años más jóvenes que él.

A pesar de la comodidad del

caballo, Tulo estaba impaciente por llegar a Aliso. Al igual que el campamento de la noche anterior, era una de las paradas predilectas de los legionarios por su gran tamaño y los innumerables barracones vacíos. Construido también para campañas previas, era lo bastante grande como para albergar a toda una legión. Sin embargo, su guarnición actual constaba de una cohorte y dos *turmae* de caballería. Ni siquiera la segunda cohorte adicional de Lucio Cedicio, el nuevo prefecto del campamento, habría llenado todos los barracones. En Aliso todos gozarían de una cama y un techo esa noche, un lujo que solía escasear en

las patrullas.

—Atención, hermanos. Se acerca el tribuno —anunció un legionario unas filas más adelante.

A Tulo le irritó que los soldados rectificaran su postura y pusieran la espalda recta y los hombros atrás a consecuencia de las reprimendas de Tubero, que todavía no había hecho comentario alguno sobre la centuria de Tulo. Si lo hacía, el veterano centurión no estaba seguro de poder morderse la lengua.

Tulo contempló al tribuno mientras avanzaba hacia él dejando una estela de pequeñas nubes de polvo a su paso. Iba acompañado de dos oficiales y un

escribano. Al aproximarse, se abstuvo de nuevo de cualquier comentario sobre sus hombres.

—Centurión —le saludó al aproximarse.

—Señor, ¿alguna novedad interesante?

—Hemos cabalgado hasta el fuerte. Es una construcción de grandes dimensiones y su ubicación es muy favorable: está cerca del río Lupia y su posición elevada ofrece una buena vista de los alrededores.

—Así es, señor —corroboró Tulo, pensando que uno tenía que ser ciego para no percatarse de las ventajas que ofrecía la ubicación del fuerte—.

¿Esperan nuestra llegada?

—He ordenado al centinela que informe a Lucio Cedicio de nuestra inminente llegada —afirmó al tiempo que arrugaba la nariz ante los legionarios con ese gesto que tanto molestaba a Tulo—. Aunque la llegada solo será inminente si estos gandules se dignan caminar a una velocidad decente.

El centurión se mordió el labio antes de contestar.

—Están avanzando a más de cuatro millas por hora, señor.

—¿Acaso la legión XVIII no se enorgullece de la calidad de sus soldados?

«Menudo capullo pomposo estás

hecho», pensó Tulo antes de responder.

—Así es, señor.

—Entonces, ¿por qué no caminan más rápido?

—Porque yo no se lo he pedido — replicó Tulo, que se ahorró añadir «y porque aquí mando yo». Antes de que el tribuno tuviera tiempo de abrir la boca para protestar, el centurión lo interrumpió—. Todavía quedan dos millas y media hasta Aliso y esto es una patrulla rutinaria, señor. Como no tenemos que entregar ningún mensaje urgente de Varo al prefecto, no hace falta que los hombres caminen más rápido. Además, imaginemos que de repente se produce una situación de emergencia,

los dioses no lo quieran, y no les quedan fuerzas para batirse en retirada. Eso es algo que no podría perdonarme jamás. ¿Y tú, podrías?

—Supongo que no. Que sigan al mismo ritmo, entonces —espetó malhumorado.

—Sabias palabras, señor —replicó Tulo en tono diplomático.

Tubero lo fulminó con la mirada.

—En cualquier caso, no hace falta que yo les espere. Voy a regresar al campamento y entregaré a Cedicio las misivas de Varo.

—Muy bien, señor.

«¡Qué alivio!», pensó Tulo en cuanto el tribuno se marchó.

El legionario Marco Piso y sus siete compañeros de *contubernium* estaban encantados porque les habían asignado una estancia en un barracón situado en un extremo de la hilera, el más alejado del barracón del centurión. Aunque sería imposible escapar a su escrutinio, al menos serían alertados de su visita con tiempo.

Piso, un hombre de altura considerable, fue el último en entrar en el barracón, situado a cierta distancia de la puerta principal de Aliso. Dejó las armas en una minúscula estancia frente al dormitorio y fue en busca de un lecho.

Para su disgusto, el único que no estaba ocupado por un soldado o su equipo era una litera superior. Entornó los ojos y se dispuso a subir, pero se golpeó la cabeza con fuerza contra el techo bajo.

—¡Por el culo peludo de Júpiter! —gruñó, dejándose caer sobre el camastro.

—Primero hay que quitarse la armadura, idiota —explicó uno de sus compañeros desde la litera opuesta.

—Quería descansar las piernas primero —protestó Piso.

—¿Estás cansado después de una marcha tan corta? —inquirió Vitelio, burlón, desde la litera inferior.

A Piso no le caía muy bien Vitelio,

pues tenía una lengua mordaz y le hacía sentir que no formaba parte del *contubernium*. Incluso le había llegado a decir una vez que no era un soldado de verdad.

—No es eso, pero me apetecía tumbarme, eso es todo —replicó Piso.

—A mí también me apetecía, pero antes me he sacado la cota de malla.

—Pues esa es la única parte del cuerpo que no me duele —comentó Piso frotándose el chichón creciente de la cabeza.

—Siempre te estás quejando —dijo Vitelio.

En ese momento intervino a favor de Piso uno de los veteranos del

contubernium, que siempre había sido amable con el nuevo recluta desde su llegada a la legión unos meses antes.

—¡Mira quién fue a hablar! Yo todavía me acuerdo de cuando pillaste ladillas en el burdel más barato de Vetera y te pasaste meses quejándote y sin dejarnos dormir por las noches de tanto rascarte.

Las risas ahogaron las protestas airadas de Vitelio y Piso miró agradecido a Afer, un hombre peludo y rollizo que procedía de una de las zonas más duras de Mutina. El veterano respondió a su mirada con un guiño. Piso aprovechó el momento de distracción para saltar de la litera y

guardar el equipo. Se desabrochó el cinturón y estaba inclinado para sacarse la cota de malla, cuando notó la presencia de alguien a su espalda. Convencido de que sería Vitelio que quería meterse con él, dio media vuelta con los puños en alto.

—Tranquilo, hermano —dijo Afer levantando las manos.

—Lo siento. Pensaba que eras...

—Ya lo sé. No hagas caso a Vitelio. Es un cabrón amargado, pero en plena batalla es bueno tenerlo cerca. —Afer se rio ante la mirada incrédula de Piso —. No es broma. En Illyricum me salvó el pellejo cuando yo ya veía acercarse al barquero por el Estigia para llevarme

consigo. Vitelio acabó con dos soldados enemigos y resultó herido. Y, antes de que me lo preguntes, no es algo que solo haga por los viejos camaradas, sino también por los nuevos reclutas. Si estás en su *contubernium* cuidará de ti, al igual que el resto de nosotros. Lo único que pasa es que tiene un sentido del humor interesante.

—¿Interesante? ¡Ja!

—Deja que te ayude con eso —se ofreció el veterano extendiendo las manos.

Piso intentó de nuevo quitarse la cota de malla, pero esta vez contaba con la ayuda de Afer, que agarró el borde y tiró de él hasta que tuvo la prenda justo

por debajo de los hombros. Llegados a ese punto, todo era más fácil. Con un gruñido, Piso logró pasarla por la cabeza. A continuación, se apoyó sobre los talones para no perder el equilibrio y dejó caer la cota de malla en el suelo con un estruendo.

—Gracias.

—¿No tendrás vino? —preguntó Afer por encima del hombro mientras regresaba al dormitorio.

—Ojalá.

—¿Y si nos traes un poco?

Piso deseaba echarse en la cama, pero estaba muy agradecido a Afer por su ayuda. Sopesó la bolsa que le colgaba del cinturón y juzgó que tenía

monedas suficientes para invitar a todos. Por suerte había sido prudente con el adelanto que había recibido al alistarse, ya que todavía tardarían en recibir la siguiente paga.

—De acuerdo —aceptó, atrapando al vuelo el odre vacío que Afer le lanzó—. Pero ya no me volverá a tocar invitar hasta que todos y cada uno de vosotros, cabrones, hayáis comprado vino para todos.

Piso hizo caso omiso de los silbidos e insultos de sus compañeros mientras se abrochaba el cinturón, se ajustaba la túnica y comprobaba que llevaba el puñal. Los improperios entre compañeros eran algo habitual en el

ejército, al igual que entre sus amigos de infancia en el norte de Italia. Antes de poner un pie fuera, Piso se cercioró de que Tulo no se encontrara a la vista. Aunque no estuviera haciendo nada malo, el centurión siempre encontraba algún fallo en su aspecto o su equipo.

Una vez fuera, reconoció a varios legionarios de su patrulla. Mientras algunos encendían la hoguera para la cena, otros aprovechaban la luz exterior para reparar su equipo. También vio a dos hombres jugando a los dados en el suelo ante un corrillo de amigos y, por otro lado, a un par de soldados luchando rodeados de legionarios que hacían apuestas sobre el ganador. Piso se sintió

tentado de quedarse e incluso apostar, pero le pudo la sed.

—¿Sabéis dónde puedo encontrar vino? —preguntó.

—Mira en las avenidas de los barracones de la guarnición —le aconsejó un legionario—. Seguro que hay alguien vendiendo allí.

Piso le dio las gracias y se dirigió a la puerta principal, hacia la zona donde residían los soldados del fuerte. Al girar en la esquina de la *via praetoria*, se cruzó con un *optio*. Aunque no fuera de su unidad, el joven desvió la mirada y suspiró aliviado en cuanto el oficial hubo pasado. Piso siempre había sido un poco patoso, quizá debido a su altura,

pero nunca había importado demasiado hasta que se alistó en el ejército, donde todo debía hacerse de una manera determinada; de lo contrario, era amonestado por Fenestela y Tulo. En cualquier caso, tenía la sensación de que ya empezaba a dominarlo todo mejor: su ropa y equipo siempre estaban limpios y listos para usar, llevaba el uniforme de la manera correcta, seguía bien el paso en la marcha y había aprendido a utilizar las armas.

Piso no tardó en encontrar lo que buscaba: un fenicio de pelo cano y piel bronceada que vendía todo tipo de productos en una parada cercana a la entrada del campamento.

—¡Soy el único mercader fenicio en Germania! —anunciaba orgulloso el comerciante a viva voz.

Tenía desde pequeños recipientes con salsa de pescado y aceite de oliva hasta paquetitos de tela con hierbas aromáticas y especias exóticas, como pimienta negra, cilantro y comino, pero, sobre todo, tenía vino. Piso escuchó con paciencia al mercader mientras le describía sus mejores caldos, cuyo precio no se podía permitir, hasta que por fin le llenó el odre con el vino más barato que, sin embargo, era mucho más caro que en Vêtera. Cuando protestó, el fenicio se encogió de hombros.

—El vino no llega hasta aquí por sí

solo, ¿sabes? Hay muchos costes de transporte. ¿Acaso ves a alguien más vendiendo vino o estos productos tan maravillosos?

Piso dio un resoplido resignado. El vino que había comprado parecía vinagre, pero el comerciante tenía razón: no había nadie más vendiendo en la zona. «Seguro que ha hecho un trato especial con un oficial de la guarnición», pensó mientras le pagaba.

—¿Puedo ofrecerte además un poco de pimienta? —preguntó el fenicio, pasándole la mano extendida con el condimento bajo la nariz.

Piso percibió su fuerte aroma acre que no se había podido permitir probar

en meses.

—Hoy no podrá ser.

El fenicio encogió su amplia sonrisa y retiró al instante la pimienta de su vista, como si temiera que se la fuera a robar.

—Cuando la necesites, aquí estaré, amigo.

Pertrechado con el vino, Piso tomó rumbo hacia los barracones tratando, en vano, de no pensar en los deliciosos alimentos con los que se había criado en su región, desde las lentejas hasta el jamón ahumado, pasando por el pescado fresco, panes, pasteles y dulces de todo tipo y muchos más condimentos que los que ofrecía el fenicio. Rememoró la

escalopa de ternera con pasas que servían en uno de los mesones locales, plato que solo había podido probar una vez, pero cuyo recuerdo le hacía la boca agua. Absorto en tales pensamientos, el joven no vio al fornido legionario que venía por su camino y chocaron de frente. Piso se tambaleó hacia atrás y se llevó la mano a la cabeza dolorida.

—¡Idiota patoso! ¡Mira por dónde vas! —le insultó el otro.

—Disculpa, iba despistado —se excusó Piso.

Al joven se le cayó el alma a los pies cuando descubrió que el soldado, un legionario de la guarnición, iba acompañado de dos amigos, que se

colocaron uno a cada lado de su interlocutor para cerrarle el paso.

—¡No me digas! —espetó el legionario—. Seguro que ibas soñando con que tu centurión te endiñaba la polla por el culo.

—Tranquilo. —Trató de calmarle Piso, que hubiera deseado que Tulo estuviera cerca para oírlo, pero ni estaba su centurión ni ninguno de sus compañeros de tienda o unidad—. Ha sido culpa mía, ya te lo he dicho. Lo siento.

—¡No me importa lo que digas, maricón! No me gusta que vayas caminando por aquí con tu vino como si fueras el amo del lugar —exclamó y,

rápido como un rayo, le arrancó el odre de las manos—. ¡Estamos de suerte, chicos! —dijo a sus amigos—. ¡Está a rebosar!

—Devuélvemelo —exigió Piso alargando la mano. El legionario lanzó el pellejo a uno de sus compañeros y, cuando Piso se volvió hacia él, este se lo pasó al otro. Parecían unos abusones que hubieran robado el juguete de un niño—. ¡Es mío! —protestó Piso airado—. ¡Lo he pagado yo!

—Este es el precio que se paga por ser tan tonto —rió el legionario girando sobre sus talones.

Piso cerró los ojos. No sabía qué hacer. Si intentaba recuperar el vino,

recibiría una paliza, pero si dejaba que se marcharan, sus camaradas —sobre todo Vitelio— le recordarían la humillación sufrida durante días.

El joven esperó a que el trío se volviera antes de lanzarse a la carga. Corriendo con los brazos extendidos, apartó a un lado a los compañeros del legionario, pero chocó contra la espalda de este con más fuerza de la prevista y ambos cayeron al suelo, con Piso encima. El legionario soltó un gemido de dolor. Sorprendido y aliviado de no estar herido, Piso agarró el pellejo y se puso de pie. Uno de los amigos intentó propinarle un puñetazo, pero lo esquivó y el puño le pasó por encima de la

cabeza.

—¡Atrapadlo! ¡Agarrad a ese hijo de puta! —rugió el legionario desde el suelo.

Sin un instante que perder, Piso echó a correr en dirección al barracón, pero estaba tan ansioso por huir que no vio el pie preparado para ponerle la zancadilla y se desplomó en el suelo. Primero se golpeó el hombro izquierdo y, a continuación, la cara. El dolor le sacudió el cerebro. Aturdido, permaneció tumbado, totalmente indefenso, mientras sus enemigos se acercaban. Aunque era consciente de que iba a sufrir, jamás había experimentado tanto dolor como el

provocado por ese primer puntapié en la cabeza con una sandalia tachonada. Recibió un segundo golpe en la cabeza, y a continuación, una lluvia de patadas en las costillas y la barriga. Le entraron náuseas y dio una arcada.

—Machacád bien a este maricón, pero hacedlo rápido o nos pillaré un oficial —ordenó el legionario.

—O yo —dijo una voz que Piso, aturdido, no identificó.

—¿Quién eres? ¿Un amigo suyo? ¡Lárgate o también recibirás! —amenazó el legionario.

—¿Ah, sí? —rió la voz—. ¿Piso? ¿Puedes levantarte?

La urgencia en la voz de su salvador

consiguió penetrar en la neblina que le envolvía el cerebro. Con un tremendo esfuerzo, Piso logró sentarse y vio, pasmado, que Vitelio se había encarado solo a los tres soldados. La daga en la mano de su compañero explicaba el titubeo del trío, puesto que solo uno de ellos iba armado. Piso recogió el vino —no pensaba abandonarlo— y se apartó de sus agresores para ponerse al lado de Vitelio.

—Saca el puñal —susurró Vitelio.

Piso obedeció.

—¡Escuchad, ratas de alcantarilla!

Mi amigo y yo nos vamos a marchar con el vino y vosotros os vais a quedar quietecitos si no queréis acabar vuestros

días con un cuchillo en el vientre — amenazó Vitelio dando un paso atrás, seguido de Piso.

El legionario miró a sus amigos.

—¡Vamos! ¡Podemos con ellos!

—Ve tú —dijo el más enclenque—.

Yo no pienso morir por un pellejo de vino.

—Yo tampoco —dijo el tercero.

—¡Que os den por culo! —gritó el legionario a Piso y Vitelio—. ¡Que no os vea otra vez por aquí u os arrepentiréis!

—¡Vete a la mierda! —espetó Vitelio mientras seguía retrocediendo sin perder de vista a los legionarios.

Piso imitó a su compañero. Unos pasos más y estarían a salvo. Al cabo de

un momento, los tres soldados decidieron marcharse en la otra dirección, no sin antes dedicarles varios gestos obscenos.

—¿Estás bien? —preguntó Vitelio.

—Estoy bien —respondió Piso tambaleante y con la vista nublada.

Vitelio le agarró un brazo y se lo pasó por encima del hombro para sostenerlo bien.

—Apóyate en mí, hermano. Esos cabrones no volverán. Caminaremos poco a poco hasta el barracón. Seguro que un poco de vino te sienta bien, ¿eh?

Piso rio a pesar del dolor.

—Suena muy bien. ¿Habías salido a buscarme?

—Sí. Estabas tardando mucho y todos nos moríamos de sed, así que decidí ir en tu busca.

—Me alegro de que lo hicieras. Te lo agradezco mucho.

Vitelio le dio una palmada en la mano.

—Tú estás en mi *contubernium* y yo en el tuyo. Por mucha mierda que nos echemos, es importante cuidar de los nuestros.

Sus palabras tuvieron un efecto balsámico sobre Piso que, por vez primera, se sintió como un legionario de verdad.



Había caído la noche en Aliso y los legionarios de la cohorte de Tulo ya habían sido asignados a sus barracones. Mientras los otros cinco centuriones cenaban con los oficiales del campamento, Tulo y Tubero habían sido invitados a cenar en el *praetorium* con el prefecto Cedicio y con el comandante habitual del fuerte, Granio Marciano.

La presencia de Cedicio en el fuerte tenía por objeto cubrir las necesidades del ejército de Varo en el verano,

cuando este pasara por Aliso a la ida y a la vuelta de su campaña en el este. El comportamiento de Tubero hasta ese momento había sido ejemplar, tanto que Tulo empezó a pensar, después de varias copas de vino, que el tribuno no era más que un joven oficial que anhelaba demostrar su valía y dar una buena impresión.

Por mucho que el fuerte hubiera visto días mejores, la construcción era más lujosa que la de los aposentos de Tulo en Vêtera: el mosaico de los suelos hubiera encajado a la perfección en la casa de cualquier ecuestre en Italia, el agua de una fuente repiqueteaba en el patio central y las pinturas de escenas

míticas en las paredes de las estancias de mayor tamaño eran de las mejores que había visto en el Rhenus. De todos modos, ni Cedicio ni Marciano eran hombres dados al ceremonial y, en vez de usar los divanes en los que con toda seguridad se tumbaron los huéspedes del anterior anfitrión, habían relegado esos muebles a un extremo del comedor y los habían sustituido por una mesa sencilla, pero práctica, rodeada de varias sillas. El rostro de Tubero delató su sorpresa ante esa disposición tan informal, pero tuvo la prudencia de no decir nada. Cedicio, que había sido *primus pilus* o centurión jefe de la legión XVIII durante muchos años, era ahora el prefecto de

Aliso. En teoría, el rango de Tubero era superior pero, en la práctica, la cosa era muy diferente, aunque Cedicio tampoco le daba importancia alguna.

Al llegar, los acompañó a la mesa como un buen anfitrión y les sirvió el vino mientras Marciano repartía las copas.

Las aceitunas del principio no eran muy frescas, pero estando tan lejos de Italia, no era de extrañar, pensó Tulo. En cualquier caso, el queso local y el vino —excelente— habían compensado con creces su sabor insípido, al igual que la posterior pierna de jabalí servida con ajo y romero.

Los cuatro oficiales dieron buena

cuenta del asado en silencio. Cuando hubo acabado su plato, Cedicio mojó un poco de pan en la salsa y se lo metió en la boca.

—Por todos los dioses, qué bueno está —suspiró y alargó la mano para arrancar un poco de piel de la carne—. La piel tostada es lo mejor.

—Desde luego, señor —convino Marciano.

—También es mi parte favorita, señor —reconoció Tulo mientras se servía un pedazo más de carne.

—La carne está deliciosa —añadió Tubero.

—Pero supongo que no es tu carne favorita, ¿verdad, tribuno? —rio

Cedicio.

—Realmente la caza no es lo mío —
reconoció.

—Pues será mejor que te
acostumbres a ella. No hay muchos
lirones en esta orilla del río.

Marciano soltó una carcajada y Tulo
tomó un sorbo de vino para disimular su
sonrisa.

—¡No soy un remilgado! —protestó
Tubero sonrojándose—. El lirón
tampoco me gusta.

—Lo celebro —dijo Cedicio—.
Jamás he entendido cómo la gente puede
comer roedores. Yo creo que es pura
afectación. Comer lirones es como
comer ratas, aunque estas tienen más

carne. En fin, si la caza no es lo tuyo, ¿qué te gusta?

—Prefiero el pescado. Por lo que he oído, el salmón en esta zona es muy bueno, aunque no he tenido oportunidad de probarlo todavía.

—Lo es. Y las anguilas también son muy buenas. Pero basta de hablar de comida. ¿Qué noticias hay de Illyricum? ¿Es cierto que la guerra ha llegado a su fin?

Todos miraron a Tubero a la espera de una respuesta, sobre todo Tulo, que había servido allí más de un año.

—Es cierto. Después de tres años, esas son las noticias que llegaron a la capital justo antes de partir yo —

respondió el tribuno, contento de ser el centro de atención—. Tiberio y Germánico derrotaron a los últimos rebeldes hace apenas dos meses.

—Excelente noticia. ¡Por el emperador! —exclamó Cedicio alzando la copa.

Tulo brindó con él. En parte se sentía decepcionado por no haber estado en Illyricum para la victoria, pero lo importante era que había sobrevivido a la herida que lo tuvo casi seis meses fuera de servicio antes de poder regresar a Vetera con su legión.

Todos bebieron de sus copas.

—Dicen que Augusto está tan contento con Tiberio que le ha

concedido el título de emperador honorífico y celebrará su triunfo cuando regrese a Roma.

—¡Cómo han cambiado las cosas! —murmuró Cedicio con un guiño a Marciano y Tulo.

Marciano apenas logró disimular su alegría, pero Tulo procuró mantener una expresión neutral. Carecía de motivos para pensar que el joven tribuno fuera un espía de Roma, pero en los asuntos relativos a la familia imperial, lo más prudente era mantener la boca cerrada. No sería él quien mencionara el desprecio que Augusto siempre había mostrado por su hijo adoptivo, Tiberio, del cual había llegado a decir:

«Desventurado pueblo romano, ser masticado por unas mandíbulas tan lentas». A Tulo, sin embargo, le gustaba Tiberio. Aunque no lo elegiría como compañero de borracheras, era un hombre de fiar y, lo más importante, un general que se preocupaba por sus soldados.

—Es magnífico que Augusto le otorgue dicho reconocimiento. Tiberio es un militar de gran valía. —Tulo vio la mirada de incompreensión de Tubero y se explicó—. Hace cuatro años, poco después de haber sido adoptado por Augusto, Tiberio fue gobernador de Germania y lideró dos campañas en el Rhenus.

—Claro, claro. Ahora me acuerdo...

—dijo Tubero atribulado.

—Llegamos hasta el río Albis y pasamos el invierno en Germania —recordó Tulo—. El año siguiente hubiéramos derrotado a Marbod si no se hubiera interpuesto la revuelta de la Panonia.

—Tiberio reunió a diez legiones, ¿verdad? —inquirió Tubero con brillo en los ojos.

—Así es, señor. Cuatro eran de esta provincia. Fue un espectáculo magnífico, ¿verdad, señor? —preguntó Tulo a Cedicio.

—Sí, fue sobrecogedor —convino Cedicio—. Es una lástima que no

podiera llevarse a cabo la última campaña, que se anuló a cinco días de su inicio.

—¿Cuál es el plan de Varo para este verano? —preguntó Tubero—.

¿Llegaremos hasta el río Albis?

—No lo creo. El campamento se establecerá en Porta Westfalica. ¿No es así, Tulo?

—Eso he oído, señor.

—¿Y las tribus de la zona están tranquilas? —inquirió el tribuno, recorriendo a todos los presentes con la mirada—. ¿Hay posibilidades de lucha?

—Es como un cachorro de león —rio Cedicio.

—Lleva así desde que salimos del

campamento, señor. Ansía un poco de acción —afirmó Tulo—, lo cual es siempre buena señal en un nuevo oficial —agregó diplomático.

—Es cierto —concedió Cedicio para gran satisfacción de Tubero—. Sin embargo, siento decepcionarte, tribuno. Que yo sepa, las tribus emplazadas entre aquí y el río Visurgis están tranquilas. La tarea principal del ejército consistirá en recaudar tributos mientras Varo preside juicios y resuelve pequeñas disputas.

—¡Yo no he venido a Germania para estudiar jurisprudencia! —exclamó airado el tribuno dejando de lado toda prudencia, quizás a consecuencia del

vino.

«¡Qué desvergonzado!», pensó Tulo.

—Con todos mis respetos, tribuno mayor, harás lo que se te ordene —rugió Cedicio adoptando de nuevo el papel de *primus pilus*—. Sea cual sea la orden.

—Claro. Mis disculpas —dijo Tubero, sonrojándose.

Cedicio se tranquilizó.

—Si hay algo que he aprendido en el ejército, Tubero, es a esperar lo inesperado. Uno siempre tiene que estar preparado para la lucha, por poco probable que parezca. De esa manera, cuando surja, y en algún momento surge, se está preparado.

—No olvidaré este consejo, gracias

—respondió Tubero escarmentado.

Cedicio alzó la copa a modo de saludo.

—Puede que ya sea viejo, pero sé algunas cosas sobre la guerra, al igual que Tulo y Marciano.

—De lo contrario, menudos soldados estaríamos hechos, señor —rio Tulo.

—Por cierto, señor. Tengo una noticia que podría ser de interés para el tribuno. Uno de mis oficiales me ha comentado que hoy había un comerciante en el campamento que hablaba de unas trifulcas provocadas por los téncteros.

Tulo aguzó el oído. El territorio de los téncteros estaba a cierta distancia de

Aliso, pero cerca del Rhenus.

Cedicio frunció el ceño.

—¿Y qué decía, Marciano?

—Al parecer, unos téncteros están robando ganado a los usípetas. Según el comerciante, empezaron hace unos diez días por robar en la zona limítrofe con las tierras de los usípetas, pero ahora se han adentrado más en su territorio. En el último asalto murió un par de hombres y se dice que habrá represalias.

Tubero parecía confuso ante sus palabras, por lo que Tulo le aclaró la situación.

—El robo de ganado es un problema constante en Germania, tribuno. De hecho, los jóvenes guerreros se ganan el

honor robando animales de otras tribus. En los últimos años, los jefes han ido interviniendo para que la situación no se escapara de las manos, pero no siempre lo han conseguido y a veces nuestras tropas han tenido que ayudar a restaurar el orden.

Tubero parecía un niño al que acababan de ofrecer un dulce.

—¿Dónde se han producido los incidentes? —preguntó a Cedicio.

—A demasiada distancia para que investiguemos el asunto sin permiso —contestó Cedicio—. Informaré a Varo al respecto y, si el gobernador lo considera oportuno, se enviará un destacamento.

—Quizá pueda ser yo quien dirija

esa unidad —sugirió Tubero.

—Será Varo quien decida la táctica a seguir —respondió Cedicio.

La decepción volvió al semblante de Tubero y Tulo se apiadó de él. Un oficial con iniciativa era un activo valioso para la legión.

—Si Varo decide enviar una patrulla, es posible que el gobernador te permita liderarla si así lo solicitas —dijo.

—Ojalá sea así —repuso Tubero alzando la copa—. ¡Que Fortuna me permita liderar la patrulla!

A la mañana siguiente, Tulo se

arrepintió de haber descansado tan poco la noche anterior. Cedicio había insistido en que continuaran bebiendo hasta que se retiró la comida. Marciano, un beodo de primer orden, obedeció encantado y Tubero deseaba causar buena impresión, por lo que las protestas de Tulo fueron en vano. Aunque no estaba seguro, creía recordar que al dejarse caer en la cama ya tocaba la tercera guardia y que la trompeta de madrugada sonó, a su pesar, pocos momentos después.

Cuando se levantó, sudoroso y con la boca seca, fue directo a los baños y saltó a la piscina de agua fría. Al cabo de un rato, pasó a la sala caliente antes

de regresar de nuevo al *frigidarium*. Sintiéndose un poco más despierto, dio varios tragos de agua y se colocó la armadura antes de pasar revista a la cohorte que, por orden de Fenestela y el resto de los centuriones, ya había formado en el amplio espacio entre los muros y los barracones, preparada para regresar a Vetera. Mientras supervisaba la formación de tres centurias a lo ancho y a lo largo, observó que algunos hombres estaban para el arrastre, pero la mayoría tenía buen aspecto. Dado su propio estado, decidió no decir nada. Ya evaluaría a los soldados durante la marcha, pero mientras mantuvieran el ritmo, pasaría por alto las resacas.

Fue un consuelo que cuando Tubero hizo acto de presencia —tarde—, este tuviera los ojos enrojecidos y el rostro pálido. El centurión fingió no notarlo.

Sin embargo, cuando Cedicio acudió a despedirse, tenía el aspecto de un hombre la mitad de joven que él y parecía que no hubiera probado ni una gota de vino en toda la noche.

—Nos vemos en verano —se despidió el prefecto—. Que los dioses nos guíen por el buen camino hasta entonces. Buena suerte, tribuno.

—Gracias, señor —respondió Tubero con una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—¿Listo, señor? —preguntó Tulo al

tribuno.

Tubero asintió con expresión seria.

—¿Llevamos las cartas de Cedicio para Varo?

—Las tiene mi suboficial.

—Muy bien, señor. ¿Con tu permiso, entonces?

Tubero hizo un leve gesto para indicarle que podía continuar.

Tulo lo miró contento. Seguro que el tribuno permanecería callado durante todo el viaje. El centurión ordenó a los soldados que dieran media vuelta en dirección a la puerta. Cuando Tubero y su comitiva pasaron junto a las cuatro filas de la cohorte, las centurias les siguieron en perfecto orden, con los

portaestandartes al frente y los centuriones a caballo a su lado. Los soldados de Tulo se encontraban en primera posición, pero no se unió a ellos todavía, sino que esperó a que toda la unidad estuviera en marcha para, a continuación, despedirse de Cedicio.

—Gracias por la hospitalidad, señor.

—Por tu aspecto diría que te hubiera ido bien dormir un par de horas más. Y Tubero... bueno... ya no quedan hombres como los de antes, ¿verdad?

—Me recuperaré, señor. Tubero también. El aire fresco nos despejará.

Cedicio asintió con una inclinación de cabeza.

—Hasta la próxima, Tulo —se despidió.

—Adiós, señor.

Tulo guio su montura hacia la cohorte, agradecido de nuevo por no tener que caminar.

La mañana transcurrió sin incidentes. Para paliar los efectos de la resaca, Tulo bebió con frecuencia de los dos odres de agua que solía llevar. Llegado el momento inevitable de detenerse para orinar, descabalgó e hizo caso omiso de los comentarios burlones que le acompañaron mientras se apartaba a un lado del camino. El centurión

consideraba que, en determinadas circunstancias, era aceptable que los soldados se metieran con su oficial. Si Julio César había tolerado que sus hombres corearan «que los maridos de Roma vigilen a sus mujeres porque el adúltero calvo regresa a casa», ¿por qué iba a molestarse él si sus tropas se metían con el tamaño reducido de su vejiga? ¿Qué más daba, si le respetaban y siempre obedecían sus órdenes?

Sin embargo, Tubero no estaba acostumbrado a ser el blanco de las bromas de los soldados. Al cabo de un rato, cuando Tulo cabalgaba solo con los ojos cerrados soñando con una de sus putas favoritas haciendo lo que tan

bien sabía hacer, los gritos airados del tribuno lo sacaron de su ensueño.

—¡Tulo! ¡TULO!

—¿Sí, señor? —Totalmente despierto y con la puta olvidada, Tulo divisó el rostro sudoroso de Tubero a unos diez pasos—. ¿Qué sucede, señor?

El tribuno se sonrojó y carraspeó mientras tiraba de las riendas del caballo para que mirase al frente. Cuando el centurión estuvo a su lado, se inclinó hacia él con mirada cómplice.

—No me encuentro bien.

—Cuánto lo siento, señor.

—Hace un momento me han entrado náuseas y he tenido que bajarme del caballo para vomitar a un lado de la

carretera.

—Me sabe mal, señor, estas cosas pasan. ¿Te encuentras mejor ahora? —preguntó, reprimiendo una sonrisa a sabiendas de lo que iba a suceder a continuación.

—No necesito tu compasión, centurión —espetó Tubero, fulminando con la mirada a los legionarios que pasaban, uno de los cuales había soltado una risilla burlona.

—No, señor —respondió Tulo, adoptando esa expresión de incompreensión tan habitual entre los soldados cuando fingían no comprender las palabras de su oficial.

—¡Tus hombres se han burlado de

mí! Mientras yo vomitaba a un lado del camino, iban soltando comentarios del estilo «¿demasiado vino anoche, tribuno?» o «¡qué típico! ¡Un oficial que no sabe beber!».

—Eso es terrible, señor —convino Tulo solícito.

—Hasta hubo uno que se ha atrevido a decir «me gustaría verlo en combate, tribuno» —chilló Tubero—. Es insufrible. ¡Indignante!

—¿Viste a los soldados que hicieron tales comentarios, señor? —inquirió Tulo sabiendo cuál sería la respuesta.

—¿Acaso tengo ojos en la nuca?

—No, señor.

—Tienes que hacer algo —susurró

Tubero—. No puede tolerarse semejante desprecio.

—A mí tampoco me gustó la primera vez que me sucedió, señor —explicó Tulo ante la mirada de sorpresa de Tubero—. Nos pasa a todos, señor, incluso a Varo.

—¡Es una falta de disciplina intolerable!

—En una marcha se aplican otras reglas, señor. Estas bromas no hacen daño a nadie y ayudan a pasar el tiempo. —Tubero no parecía convencido por sus palabras—. Piensa que esos cerdos llevan toda la mañana metiéndose conmigo por la frecuencia con la que debo orinar. Cada vez que me bajo del

caballo tengo que oír comentarios tales como «el centurión vuelve al ataque», «seguro que tiene la vejiga del tamaño de una manzana» o «apartaos, hermanos, Tulo está a punto de inundarlo todo». Yo lo tolero, señor, porque me hace humano a sus ojos. Evidentemente, eso no significa que no deban cumplir mis órdenes. En ese sentido, no les doy de margen ni medio pelo de vello púbico, pero lo demás forma parte del ritual de la marcha.

El tribuno guardó silencio un instante antes de asentir con la cabeza.

—De acuerdo, centurión. Por esta vez disculparé los comentarios burlones de los hombres, pero si vuelve a

sucedier, mandaré a letrinas a toda la maldita cohorte durante un mes entero. ¿Queda claro? —A pesar del sudor que le cubría la frente, la mirada de Tubero era de una determinación inquebrantable.

—Sí, señor.

—Ya puedes volver a tu puesto, centurión —ordenó Tubero antes de dirigirse al trote al frente de la columna.

Tulo observó al tribuno mientras se alejaba y pensó que quizá su antipatía inicial por el joven estaba justificada, aunque debía admitir que su reacción no había sido del todo incorrecta. Se necesitaba mucho valor para llevar la contraria a un centurión veterano. Quizá,

después de todo, Tubero resultara ser un buen líder. Tulo hizo acopio de los últimos vestigios de su buena voluntad y decidió darle una oportunidad. Era mejor pensar eso que imaginar todas las otras cosas en las que podía acabar convirtiéndose el tribuno.

La calma volvió a reinar en la patrulla y, al cabo de unas millas, Tulo juzgó que había llegado el momento de hacer un alto en el camino para comer.

Las centurias situadas delante y atrás debían permanecer en guardia en la carretera y comer de pie. Mientras tanto, las cuatro centurias del centro de la columna se dispersaron en un campo recién labrado, se desataron los escudos

y devoraron el pan con aceitunas. Tubero se acercó con expresión irritada, pero no intervino.

—No tengo hambre —espetó cuando Tulo le ofreció algo de comer.

El tribuno no tardó en marcharse de nuevo con su séquito para controlar el camino.

—¡Qué bien que se haya ido! —Tulo oyó que decía un soldado.

Fenestela, sentado a su lado, soltó una risita. Tulo no podía por menos que estar de acuerdo con ambos, así que fingió no haber oído nada.

La comida le ayudó con la resaca, pero le dio sueño. Al cabo de un rato se levantó, no sin gran esfuerzo pensando

que ya tendría tiempo de dormir cuando acamparan por la noche, y ordenó a los soldados que regresaran a la carretera.

—Ya solo nos quedan unas ocho millas —comentó a su *optio*.

—Lo más duro ya está, señor —sentenció Fenestela como hacía siempre tras la pausa de la comida.

La cohorte reemprendió la marcha y Tulo comenzó a soñar de nuevo con la prostituta del *vicus*, aunque siempre atento al camino y a la conversación de los soldados, que parecían de buen humor.

Avanzaron una hora más hasta que, cerca de Vêtera, se oyó un grito asustado.

—Dile al *optio* que se prepare para entrar en acción. Corre la voz hasta el final —ordenó Tulo al legionario más cercano.

El centurión llamó al trompeta y cabalgó al trote hasta el frente de la columna, donde no tardó en avistar a los tres jinetes que se aproximaban.

—¡A las armas! ¡A las armas! —bramó Tubero.

A pesar de no ver a nadie persiguiéndolos, el centurión notó un nudo en el estómago.

«Por Hades, ¿qué habrá pasado?», se preguntó.

—Toca el alto —ordenó al trompeta. Antes de que el trompeta acabara de

tocar la orden, todos los soldados se habían detenido.

—Centuria delantera, soltad la carga y ponedla en el suelo, junto a los pies. ¡Preparad las jabalinas! —bramó Tulo por encima del hombro—. ¡No os mováis hasta que dé la orden!

El centurión esperó a que Tubero se acercara. Se alegró de ver que el tribuno parecía ileso y sus compañeros también.

Tubero tiró de las riendas del caballo y se detuvo junto a Tulo.

—Prepara la cohorte para la batalla.

—¿Qué sucede, señor?

—A casi media milla de la carretera me he cruzado con unos ladrones de ganado. Téncteros se llamaban, ¿no?

—Así es, señor —respondió Tulo sin poder evitar una punzada de preocupación—. ¿Se puede saber cómo has sabido que eran téncteros?

El tribuno lo miró enojado.

—Son una veintena de jóvenes guerreros. Conducían el ganado al sur y, cuando les he preguntado quiénes eran y adónde iban, me han insultado. Eso ya me basta para saberlo.

La preocupación de Tulo fue en aumento. Había muchos germanos que no sentían simpatía alguna por los romanos, sobre todo si el romano en cuestión era un oficial arrogante.

—¿Entendiste lo que te decían, señor?

Tubero lo miró con irritación creciente.

—No, no lo entendí. En fin, quiero que dos centurias avancen en fila doble. El enemigo se halla cerca de la carretera, pero hay margen para que los hombres se desplieguen y los rodeen.

«Los cuatrerros no suelen actuar a plena luz del día», pensó Tulo, pero no le correspondía a él cuestionar las acciones del tribuno.

—¡Las dos centurias delanteras! ¡Preparados para avanzar! —rugió el centurión—. ¿Cabalgarás conmigo, señor?

—Sí —respondió el joven desenvainando media espada que, para

gran horror de Tulo, estaba cubierta de sangre. El tribuno rio ante su cara de sorpresa—. Pareces sorprendido, centurión.

—¿Te han atacado?

—No, pero me acerqué al que tenía más próximo, al que me estaba insultando. Me parece que no me tomó en serio hasta que le abrí en canal, del cuello a la cintura, pero para entonces ya era demasiado tarde —explicó Tubero soltando una risita.

Tulo notó la rabia que comenzaba a encenderse en su interior.

—¿Has matado a alguno más, señor?

—Por desgracia, no. Dos de ellos me lanzaron sus jabalinas y pensé que lo

mejor sería regresar y reunir a los hombres.

Tulo rogó a los dioses que los germanos fueran realmente cuatreros téncteros; de lo contrario, no quería ni pensar en las consecuencias, puesto que muchas tribus no se tomaban muy en serio las leyes romanas.

—Muy prudente, señor. Varo no estaría nada contento si regresara sin un tribuno —dijo, disimulando su inquietud.

—Pero seguro que estará encantado de que haya puesto fin al problema de los cuatreros y los usípetas.

—En el caso de que sean ellos los responsables de los robos de ganado,

señor. Varo será el primero en felicitarte —replicó Tulo ignorando la mirada enojada de Tubero.

«Porque si no lo son, Varo te mandará de regreso a Roma deshonorado y a mí me cortará los huevos y me los servirá en bandeja de plata», pensó el centurión.

—¡Vamos! —instó Tubero—. Hay que avanzar rápido o los cuatros abandonarán el ganado y huirán.

—Sí, señor —respondió Tulo antes de volverse al trompeta—. Encuentra al centurión al mando de la tercera centuria. Dile que el resto de la unidad debe seguirnos a paso rápido. —A continuación se dirigió a los legionarios

que estaban a sus espaldas—. ¡Las primeras dos centurias que me sigan, en fila doble!

Si los germanos no habían caído en la cuenta de que Tubero y sus compañeros formaban parte de un grupo de mayor tamaño, pronto lo adivinarían, pensó Tulo ante el estruendo que provocaban ciento cincuenta soldados corriendo con la armadura puesta.

Al centurión no le sorprendió que, llegados al lugar del enfrentamiento, los germanos ya hubieran puesto pies en polvorosa, pues los divisó dirigiéndose al sur a toda prisa. A Tulo se le aceleró el corazón: al huir se habían convertido en presa, tuvieran o no razón en el

altercado con el tribuno.

—Si una centuria avanza hacia la izquierda, señor, podemos cortarles el paso cerca de esos árboles, junto al río. La otra centuria puede avanzar por la derecha. Si se escapa alguno, no tardaremos en atraparlo y, si alguno es lo bastante estúpido como para dar media vuelta, se topará con el resto de la cohorte.

—Muy bien —convino Tubero—. Intentemos mantener con vida al menos a un par de ellos para interrogarlos antes de crucificarlos —ordenó. Al acto se lanzó al galope en pos de los guerreros acompañado de sus suboficiales.

—¡Señor! —llamó tras él Tulo.

Pero el tribuno no se detuvo.

«¿Por qué tiene que ser tan estúpido e impulsivo? Espero que no lo alcancen con una jabalina», pensó Tulo. Por mucha antipatía que le tuviera, Tulo no deseaba que le pasara nada al tribuno. Además, el centurión no quería ser objeto de una de las famosas amonestaciones públicas de Varo.

Tulo dio las instrucciones pertinentes a sus hombres tras decidir que él dirigiría la centuria de la derecha y pondría en manos del otro centurión la de la izquierda.

Los hombres se adentraron en los campos donde las vacas habían estado pastando antes de la llegada de Tubero.

Divisó el cadáver del hombre caído en manos del tribuno: su cuerpo yacía sobre el verde prado rodeado de un charco de sangre. Tulo pasó lo bastante cerca como para ver que Tubero casi había partido el cuerpo por la mitad y sintió cierto respeto hacia él. Estaba claro que el joven no era remilgado manejando la espada. Al cabo de unos pasos, el prado verde se abría a un campo de cebada, detrás del cual distinguió dos granjas. Tulo soltó una maldición. El ganado había aplastado buena parte del cereal y el tránsito de sus hombres empeoraría la situación. Seguro que los granjeros —usípetas— culparían a los romanos por la

destrucción de su preciada cosecha.

En cuanto se aproximaron a las viviendas, dos hombres de las tribus salieron furiosos de sus casas para impedirles el paso. Vestidos ambos con túnicas y calzas oscuras, con barba y desarmados, gritaban y agitaban los brazos furiosos, pero no en la dirección de los cuatreros, sino de Tulo y sus hombres.

El centurión percibió la tensión creciente entre los legionarios.

—¡Alto! Tranquilos, hermanos. Son solo un par de granjeros, unos granjeros muy enfadados. Que nadie levante un dedo sin que yo lo diga.

En lugar de agarrar con la mano

derecha el puño de la espada, Tulo la levantó y se la mostró a los hombres mientras cabalgaba hacia ellos. Aunque los hombres no cesaron de hablar y no se movieron, al menos bajaron la voz. Tulo tenía un conocimiento suficiente del dialecto local para saber que los granjeros no estaban contentos con ellos.

—¡Calma! —ordenó—. Explicadme lo que ha pasado. Poco a poco.

El mayor de los dos, un hombre con barba gris y los ojos llorosos, miró a su compañero, que por fin calló.

—Cosechas arruinadas... hambre en invierno... persiguen al ganado... un hombre asesinado... ¿y para qué? —dijo el anciano—. ¿Para qué? —repitió,

escupiendo saliva.

Tulo se sentía cada vez más inquieto.

—Esos guerreros os han robado el ganado, ¿verdad? Son ladrones téncteros, ¿no? —preguntó ansioso.

Sus palabras fueron recibidas con una mirada de desprecio.

—¿Téncteros? Esos jóvenes son usípetas, como yo. Conducían el ganado a nuevos pastos cuando ese loco les atacó sin motivo alguno. ¡Y mató a uno! Solo contaba con dieciséis veranos. Su cuerpo está allá.

—¿Seguro que son usípetas? — insistió Tulo, sintiéndose idiota por preguntarlo de nuevo.

La pregunta provocó una nueva

mirada de desdén.

—Varios son parientes míos o suyos —dijo, señalando a su compañero—. ¿Te basta con eso?

Tulo apretó la mandíbula. «Júpiter, te ruego que no permitas que esta situación se vuelva un Hades», suplicó.

—Por el momento, sí.

—¡Los usípetas no están en guerra con Roma! ¿Acaso no lo sabe el idiota ese que atacó a los chicos? —se lamentó el anciano.

Tulo no respondió, solo pensaba en el imbécil de Tubero, que no se había molestado en preguntar. Alguien tendría que salir en su busca para que no matara a más inocentes, si no lo había hecho ya.

«Maldito seas, Tubero», susurró Tulo para sí. Él mismo tendría que ocuparse del asunto.

—¿Has entendido lo que ha pasado? —preguntó al otro centurión, un tipo fiable llamado Valens.

—Creo que sí, señor —contestó Valens atribulado—. Los guerreros son usípetas, no téncteros.

—Así es. Sígueme lo más rápido posible. Voy a intentar impedir que Tubero provoque una revuelta tribal él solito —ordenó antes de salir en busca del tribuno.

Cuando por fin los alcanzó, sus peores

temores se hicieron realidad. Tres jóvenes más habían caído víctimas de Tubero y sus suboficiales: uno había muerto y los otros dos estaban tan malheridos que Tulo dudaba de que sobrevivieran. No le cabía la menor duda de que si el resto —unos quince muchachos de aspecto temeroso— no hubiera formado un círculo para protegerse con las lanzas, Tubero habría acabado con la vida de alguno más. El tribuno cabalgaba alrededor del grupo —a una distancia prudencial de las jabalinas— bajo la atenta mirada de sus suboficiales.

—¡Perros asquerosos! ¿Me tenéis miedo o qué? Esperad a que lleguen los

soldados. ¡Todos moriréis! ¡Sois una panda de cobardes y ladrones!

—¡Señor! —gritó Tulo. El resto de los oficiales saludó al centurión, pero el tribuno no pareció oírlo—. ¡SEÑOR!

Tubero dio media vuelta y esbozó una amplia sonrisa lobuna.

—¡Tulo! Veo que estás impaciente por derramar sangre enemiga. No temas, te he reservado unos cuantos.

Tulo se aproximó lo máximo posible al tribuno, sin prestar atención a su reacción exasperada cuando sus muslos se tocaron.

—Señor —dijo en voz baja—, no son ladrones de ganado.

—¡Claro que lo son, centurión!

Tulo se acercó más.

—No, señor, no lo son. Son unos usípetas que conducían el ganado a nuevos prados.

«Como bien habrías podido averiguar si te hubieras molestado en preguntar, estúpido cabrón», hubiera deseado añadir el centurión.

Una expresión de rabia e incertidumbre tiñó los ojos de Tubero.

—¿Estás seguro?

—He hablado con los propietarios de las granjas y estos muchachos son parientes suyos.

—Debe de haber algún error. Cuando cabalgué hacia ellos, empezaron a gritar y salieron huyendo.

Tulo apretó los dientes.

—Supongo que se asustaron, señor, al ver a un romano armado que cargaba contra ellos y les chillaba en un idioma que no entienden.

Tubero digirió sus palabras en silencio, pero no tardó en recuperarse de la noticia.

—Bueno, tampoco es tan grave que haya unos usípetas menos en el mundo —declaró con aire despreocupado.

—Los usípetas no están en guerra con Roma, señor. Los jefes de las tribus interpretarán este incidente como un ataque injustificado. Dirán que los muchachos fueron asesinados y Varo no estará nada contento.

De repente, los ojos de Tubero brillaron como los de una serpiente que vigila a una presa.

—¿Qué le explicarás a Varo?

Tulo se percató en ese instante de que el tribuno no era de fiar.

—Le explicaré lo que ha pasado, señor. Nada más.

—Espero que eso sea todo, centurión.

Dicho esto, Tubero dio media vuelta y se marchó dejando a Tulo solo para lidiar con la situación.



Era un día muy caluroso con pocas nubes en el cielo. Arminio estaba sentado en el suelo delante de su tienda con las piernas cruzadas haciendo dibujos en la arena con la punta del puñal. Sentado a su lado de cuclillas estaba Maelo y, de pie junto a ellos, había un tercer guerrero. A su alrededor, las tiendas de las tropas de Arminio formaban los lados largos de un rectángulo abierto, mientras que el lado corto lo ocupaban los establos. El lado

abierto daba a una de las múltiples avenidas del creciente campamento temporal que había surgido a las puertas de Vetera a partir del momento en que Varo había convocado a las tropas en el Rhenus. A pesar del elevado número de tiendas, el campamento estaba tranquilo puesto que casi todos los hombres se habían encaminado a las tabernas y los prostíbulos en cuanto habían recibido permiso para ello.

—Repítemelo todo otra vez —ordenó Arminio.

—Durante la última luna un grupo de jóvenes téncteros ha estado robando ganado de los usípetas y estos pensaban tomar represalias, pero los romanos de

Aliso supieron del último robo antes de que pudieran actuar así que, cuando una patrulla romana que regresaba a Vetera se topó con unos usípetas que llevaban el ganado a nuevos pastos, uno de ellos, Tubero, según parece, el nuevo tribuno, los confundió con los ladrones téncteros y ordenó un ataque en el que murieron varios de ellos. Por suerte, un centurión descubrió que los muchachos eran realmente usípetas e impidió un baño de sangre —explicó el guerrero.

—¿Y se han disculpado?

—No, que yo sepa.

—¡Malditos romanos! ¿Es así como tratan a los hombres de las tribus que están en paz con Roma? —espetó

Maelo.

—Calma, Maelo —tranquilizó Arminio a su amigo con mirada glacial—. Te agradezco mucho la información —dijo al guerrero—. Supongo que ahora irás a tomar un trago. O dos.

—Sí —admitió el guerrero, sonrojándose.

—Pues te ruego que me hagas un favor. Antes de emborracharte, recorre tantas tabernas como puedas y asegúrate de que todos los guerreros oyen tu relato.

—Cuenta con ello, Arminio.

En cuanto el guerrero se hubo marchado, Arminio se volvió hacia Maelo.

—Lamento la muerte de esos muchachos, pero también es un regalo del cielo.

—Sus muertes darán motivo a los usípetas para unirse a nosotros.

—Así es —respondió Arminio apretando los labios—. Es lo mejor que podía pasar.

—Pero...

—Ojalá esos jóvenes no hubieran perdido la vida. Tú sabes más que nadie lo mucho que siento su muerte, pero si ello nos asegura el apoyo de los usípetas y del resto de las tribus, ¿acaso no habrá valido la pena?

Hubo un momento de silencio.

—Maldita sea, sí, es cierto —

reconoció Maelo, sacudiendo la cabeza.

—Cuando llegue el momento, vengaremos su muerte con sangre romana.

—Cuando llegue el momento... Al igual que tú, tengo la sensación de llevar toda la vida aguardando el momento de golpear a los romanos donde más les duele.

—Sí, hace mucho tiempo, pero la espera pronto llegará a su fin.

La cercanía de unos pasos dio por concluida la conversación. Al cabo de un rato, apareció ante ellos un joven legionario proveniente del campamento.

Con la cara sudorosa por el calor que producía llevar el equipo completo

en pleno verano, el joven se detuvo al ver a Arminio y Maelo.

—Señor. —Saludó de forma rutinaria a Arminio.

—Saludos —respondió Arminio, molesto por el hecho de que un soldado de rango inferior le mostrara su desaprobación con tanta claridad.

—Busco a Arminio de los queruscos, señor.

—Soy yo, ¿qué deseas? —respondió Arminio, satisfecho de ver al soldado sonrojarse avergonzado.

—Varo solicita tu presencia en el *principia* a la hora nona, señor. Desea realizar una investigación oficial sobre el incidente con los supuestos cuatrerros.

Maelo se puso tenso, pero el legionario no pareció darse cuenta.

—Dale las gracias a Varo de mi parte y dile que estaré encantado de asistir.

—Muy bien, señor —respondió el legionario, que se retiró con un saludo.

—¿Supuestos cuatreros? ¿Piensan que robaban su propio ganado? —siseó Maelo enojado.

—Tranquilo, hermano. Varo tiene que mantener las apariencias, si no sería como reconocer que el tribuno ha asesinado a unos muchachos inocentes.

—¡Pero eso es justamente lo que ha hecho!

—Tú y yo lo sabemos. El centurión

que intervino lo sabe. Y Varo seguro que también, pero no echará mierda sobre uno de los suyos, sobre todo tratándose de un tribuno, sin escuchar primero lo sucedido.

—Me apuesto mi mejor espada que, después de haber escuchado todas las versiones y de quedar claro que el oficial actuó de forma injustificada, Varo no castigará a ese hijo de puta, o al menos no como se merece. Hundirle la cabeza en el barro y aplastarla con un zarzo de mimbre no es suficiente castigo para él —dijo Maelo, haciendo referencia al método empleado en las tribus germanas para ejecutar a los delincuentes.

—Tienes razón. —Arminio se levantó y se sacudió el polvo de las calzas—. Pero puedo hacer que Varo sienta tanta vergüenza ajena que decida compensar con generosidad a las familias de los fallecidos. Entonces, seguro que los usípetas se enfurecen ante tamaña farsa de justicia y todos y cada uno de sus guerreros decidirán participar en la emboscada.

—¡Por Donar, cómo ansío que llegue ese día! —exclamó Maelo.

—Paciencia, hermano, cada vez está más cerca —vaticinó Arminio.

Varo estaba irritado. Irritado por la

reunión que se había visto obligado a convocar, irritado con Tubero, el causante de todo, e irritado por lo mucho que estaba tardando en arreglarse.

El gobernador apartó de un palmetazo la mano del esclavo del *pteryges* del hombro izquierdo.

—¡Por todos los dioses, ya deberías haber acabado!

El esclavo inclinó la cabeza y dio un paso atrás. Con ojo crítico, Varo contempló su reflejo en el largo espejo de bronce que había junto al soporte de la armadura. Se había bañado y afeitado, la coraza estaba resplandeciente, la banda roja de su cargo estaba en el lugar

correcto, la ornamentada espada colgaba del ángulo adecuado y en los pies lucía unas relucientes botas de piel de media caña.

—¿Qué opinas? —preguntó sin apartar la vista del espejo.

—Tienes un aspecto magnífico, mi amo —dijo Aristides—. Eres el gobernador perfecto, de pies a cabeza.

—Todavía no. Me falta una cosa: el casco, por favor —solicitó con un chasquido de los dedos.

El esclavo se apresuró a buscar el casco con forro de fieltro y penacho de crin.

Tras abrocharse el casco y contemplar su imagen de nuevo en el

espejo, Varo lanzó una mirada inquisitiva al esclavo.

—Eres la viva personificación de Roma, mi amo —declaró el griego.

—¡Ah, Aristides! Eres capaz de seducir a cualquiera con tus lisonjas — se burló Varo, aunque feliz por el cumplido—. Será mejor que me dirija ya al *principia*. No quedaría bien que los usípetas llegasen antes que yo. ¿Vala está listo?

—Te espera en el patio, mi amo.

—Bien. —Varo rozó con la mano las estatuillas que ocupaban el altar situado junto a la cama. «Ancestros míos, os pido vuestra ayuda para que todo salga bien», suplicó mientras trataba de

aplacar la inquietud que crecía en su interior.

El gobernador se dirigió hacia la puerta del dormitorio y Aristides se le adelantó para abrirla con una reverencia.

—Mi amo.

Varo le correspondió con una cordial inclinación de cabeza, pero la expresión de su rostro cambió en cuanto salió al pasillo: se tornó seria, incluso intimidante. Cuando el legionario de guardia le saludó, fingió no verlo. Si bien respondió al saludo cordial del legado Vala con una breve sonrisa, ignoró a la guardia de honor formada por diez legionarios del *praetorium* que

se pusieron firmes en cuanto vieron aparecer a los dos oficiales. Acompañado del legado, Varo siguió a los legionarios por la avenida que conducía al *principia* sin dignarse mirar ni a derecha ni a izquierda. Su actitud era fruto de una pose deliberada: hasta el término de la reunión, Varo deseaba ser visto como el gobernador de Germania, designado por el mismísimo Augusto, y merecedor del más profundo respeto.

Cuando cruzaron el monumental arco de entrada del cuartel general, el *optio* de guardia rugió una orden y los centinelas se pusieron firmes. Vala se detuvo a saludar al oficial, pero Varo

entró sin más.

En el patio hervía el bullicio habitual: había varios grupos de dos o tres oficiales hablando entre sí mientras los soldados y esclavos correteaban de un lado a otro. Varo hizo caso omiso de los saludos de todos y se adentró en el gran salón.

Comprobó satisfecho que los biombos que tapaban la entrada del santuario habían sido retirados de acuerdo con sus órdenes y que habían colocado más luces en la sala, que multiplicaban los destellos de oro y plata. Como era natural, el águila dorada —el talismán máspreciado de la legión XVIII— era la figura que más llamaba la

atención. Todos y cada uno de los elementos que la componían, desde su elegante forma hasta las alas alzadas y los rayos que agarraba infundían respeto, pensó Varo. Por el águila. Por la legión. Por Roma.

Más de una docena de oficiales esperaba al pie de la tarima central: los tribunos y los diez centuriones más veteranos, incluido Marco Celio, el *primus pilus*. Al igual que Varo, todos lucían sus mejores galas. Entre ellos también se encontraban Tubero y Tulo, situados en extremos opuestos del grupo. A Varo no le sorprendió que fuera así, pues los informes que había exigido que le remitieran después de la patrulla

destilaban cierta animosidad entre ambos. La irritación volvió a hacer presa de Varo al ver a Tubero. El tribuno acusaba a Tulo de haber bebido en exceso, pero no cabía la menor duda de que la actuación del tribuno había sido imprudente e injustificada y que había provocado la muerte de cuatro inocentes.

Solo de pensarlo, Varo notó la bilis que le subía a la boca. Si Tubero fuera un soldado raso, ya habría recibido — como mínimo— varios azotes y, si hubiera sido un suboficial o un centurión, lo habría degradado a soldado raso. ¿Por qué tenía que ser un tribuno mayor cuyo padre era amigo de

Augusto? Varo estaba enfurecido. Si Tubero recibía algo más que un golpe en los nudillos, el gobernador se arriesgaba a ser amonestado por el emperador, y ese no era un riesgo que deseaba correr, por muchos jóvenes que hubieran muerto. Varo ya había decidido que las familias de los muchachos deberían conformarse con una generosa compensación monetaria y la promesa de que un incidente como aquel no volvería a repetirse.

Tubero trató de hablar cuando Varo se aproximó a él, pero cerró la boca en cuanto el gobernador sacudió la cabeza con fiereza.

—Si te lo ordeno, deberás admitir

que lo sucedido es una tragedia... de lo más lamentable y que es necesario compensar a las familias de los muchachos. Sin embargo, en ningún momento te disculparás, ¿queda claro?

—Sí, señor. Yo...

Varo lo cortó en seco con un gesto de la mano.

—Tulo, quisiera hablar contigo, por favor. —El gobernador se complació ante la mirada rabiosa del tribuno cuando el centurión subió a la tarima.

—A tu servicio, señor.

Varo miró al centurión de arriba abajo con satisfacción. Tulo no solo inspiraba confianza, sino que además era un soldado valiente, como bien

demostraban sus torques de oro, *phalerae* del pecho y brazaletes de plata.

—He leído tu informe.

—Sí, señor. —El tono de Tulo era neutral.

—Y el de Tubero también, claro. El tribuno te acusa de haber bebido en exceso la noche anterior y de no estar en condiciones para desempeñar tus funciones el día en cuestión. Según él, habrían muerto menos hombres si hubieras cumplido sus órdenes más rápido. —Varo guardó silencio unos instantes antes de continuar—. ¿Son ciertas estas acusaciones?

—Es cierto que bebí una cantidad

considerable de vino, señor, pues Cedicio nos invitó a cenar. Creo que le conoces, ¿verdad?

—Sí, Cedicio es un buen oficial.

—Y un gran aficionado al vino, señor.

Varo carraspeó.

—No puedo decir que no lo sea.

Tulo parecía satisfecho con su respuesta.

—En cualquier caso, señor, no reconoceré que no estaba en condiciones de desempeñar mis funciones, señor. De hecho, hasta el incidente de los usípetas, la patrulla discurrió con total normalidad. Los otros centuriones podrán corroborarlo.

Varo ya había hablado con los otros oficiales presentes ese día, pero no hizo mención de ello a Tulo, ni tampoco le dijo que sus versiones coincidían con la suya, puesto que no estaba seguro de si le habían contado la verdad o de si simplemente habían deseado encubrir a un superior por el que sentían lealtad.

—¿Tubero también cenó contigo y Cedicio?

—Sí, señor, y con Marciano, el comandante habitual de Aliso. El tribuno mostró gran interés cuando este habló de los cuatreros téncteros.

—Supongo que encontrarse con ellos sería el sueño de cualquier oficial nuevo. ¿Tubero bebió mucho durante la

cena?

—No lo recuerdo, señor.

—Ya veo —comentó Varo divertido ante una mentira tan obvia—. ¿Y cómo estaba a la mañana siguiente?

—Me dio la impresión de estar bien, señor —respondió Tulo con la mirada fija en un punto por encima del hombro derecho de Varo.

La respuesta del centurión ayudó al gobernador a sacar varias conclusiones. Para empezar, Tubero se había emborrachado tanto como Tulo, pero dada su menor experiencia en esas lides, al día siguiente debió de vomitar hasta la primera papilla, mientras que el centurión solo estuvo levemente

indispuesto. Las acusaciones de Tubero no eran más que un vano intento de encubrir su error. Sin embargo, pese a que las alegaciones del tribuno podían acarrearle un castigo, Tulo se negaba a pagarle con la misma moneda. La actitud de ambos decía mucho de su carácter.

—Gracias, centurión. Puedes retirarte.

Varo ordenó a Vala, a los seis tribunos de la legión XVIII y al *primus pilus* que se dispusieran cerca de la entrada del santuario a la espera de los jefes usípetas. Tulo y el resto de los centuriones se colocaron delante de la tarima. El propósito de Varo era impresionar e intimidar a los visitantes

con la estatua de Augusto, la veintena de oficiales vestidos de gala y la media centuria de legionarios de la primera cohorte situados alrededor de la sala junto a los magníficos estandartes. El gobernador contempló los preparativos con satisfacción. Los generales que conseguían elegir el campo de batalla y aprovechaban el terreno en su propio beneficio solían ganar muchas batallas. Con esa disposición, Varo cumplía ese propósito. Para hacerse con la victoria, ya solo necesitaba desplegar sus fuerzas, que en esa ocasión consistían en buenas palabras y, en su caso, en la actitud convenientemente humilde de Tubero.

Poco después, el *optio* que

custodiaba la puerta entró en la sala seguido de los jefes usípetas y, para sorpresa de Varo, Arminio. El hecho de que acompañara a los usípetas era toda una declaración de intenciones, pero no por ello se abstuvo de acercarse para saludarlo.

—Gracias por tu invitación, gobernador.

—Arminio —acertó a decir Varo, azorado por la situación.

—Los usípetas no están contentos —susurró el querusco en latín.

—Veré lo que puede hacerse para remediar la situación —espetó Varo—. Se hará justicia según las leyes de Roma.

La conversación se vio interrumpida por el *optio*, que pasó a presentar a los caudillos germanos, momento que Arminio aprovechó para regresar a su lado ante la rabia contenida de Varo.

—Bienvenidos a Vetera. Soy Publio Quintilio Varo, gobernador imperial de la provincia de Germania —comenzó diciendo, pero se detuvo ante las miradas de incomprensión de numerosos rostros—. ¿Alguno de vosotros habla latín?

Solo dos caudillos asintieron.

—Yo traduciré para ellos —dijo el que estaba más cerca de Varo, un pelirrojo de complexión delgada.

—En caso necesario, yo también

puedo traducir del germano al latín y viceversa —se ofreció Arminio.

Varo echaba humo por las orejas ante la actitud de Arminio. Deseaba reprenderlo y ordenarle que actuara como el ciudadano romano que era, pero no hubiera quedado bien así que, en vez de ello, sonrió.

—Muy bien, pero quizá sería mejor empezar dando la palabra a los jefes usípetas para que expliquen su versión de los hechos.

En cuanto les tradujeron las palabras del gobernador, varios usípetas comenzaron a chillar.

Varo llevaba suficiente tiempo en el cargo como para haber aprendido algo

de su idioma y distinguió que se repetían una y otra vez las palabras inocente y asesinato, así como improperios varios. Al cabo de un rato, el pelirrojo logró calmar a sus congéneres.

—Yo hablaré en nombre de todos, gobernador —anunció.

Varo inclinó la cabeza como si no hubiera entendido ninguno de los insultos.

—Procede, por favor.

En un tono tranquilo, el pelirrojo contó al gobernador que los veinte jóvenes vivían cerca de la calzada romana y habían recibido instrucciones de sus padres de trasladar el ganado a unos nuevos pastos a unas pocas millas

de distancia. Se trataba de una labor sencilla que los muchachos se prestaban a hacer de buen grado porque era remunerada con cerveza de cebada.

—Sin embargo —explicó el pelirrojo—, lo que debiera haber sido una agradable jornada de trabajo estival se convirtió en un violento incidente cuando un oficial romano —y en ese momento miró a Tubero— cabalgó hasta ellos y les empezó a gritar en latín, lengua que ninguno conocía.

»Acto seguido, sin previo aviso, el oficial se acercó al muchacho que tenía más próximo y le clavó la espada sin más. En respuesta al ataque, algunos jóvenes arrojaron sus lanzas al oficial y

le obligaron a retirarse. Asustados, los muchachos huyeron del lugar, pero no tardaron en ser perseguidos por soldados a pie y a caballo.

»Posteriormente, murieron tres jóvenes más, uno en el acto y dos de heridas mortales. Si no llega a ser por la intervención de un centurión que demostró tener dos dedos de frente, solo Donar sabe las vidas inocentes que podrían haberse perdido —concluyó el pelirrojo, cuyas palabras fueron acompañadas de varios gruñidos airados de sus compañeros—. ¡Lo sucedido es un ultraje! Hace años que los usípetas vivimos en paz con los romanos. Os vendemos nuestros

productos y ganado, pronto pagaremos el nuevo tributo y no damos ningún problema al imperio, pero ¿cómo nos lo pagáis? ¡Asesinando a nuestros jóvenes!

—¡El asesino debe morir! —aulló uno de los jefes en un latín con un fuerte acento germano.

El resto se unió a su grito.

—¡Entregadnos al asesino para que se haga justicia! —exigió otro.

Arminio guardó silencio sin quitarle los ojos de encima a Varo, a Tubero, que parecía aterrorizado, y a los usípetas.

El gobernador alzó las manos y el clamor por fin cesó.

—Gracias por el relato —agradeció Varo al pelirrojo—. Tras haber leído los

informes de los dos oficiales de mayor rango que estuvieron presentes ese día, he llegado a la conclusión de que la intervención se debió a que el oficial en cuestión confundió a los jóvenes con unos cuatrosos téncteros. Pretendía atrapar a unos ladrones. —El gobernador fingió no ver la expresión de incredulidad en el rostro del pelirrojo —. La agresividad de su respuesta ante sus preguntas iniciales le llevó a pensar que realmente eran unos cuatrosos y, dado que no se rindieron, el oficial fue en busca del resto de la tropa. Es lamentable que murieran más jóvenes antes de clarificarse que no eran téncteros. A la vista de este incidente tan

lamentable, deseo expresar mis condolencias a las familias de los jóvenes fallecidos y ofrecerles una generosa compensación. —Varo calló para que sus palabras pudieran traducirse.

En cuanto los jefes entendieron el significado de lo que acababa de decir el gobernador, armaron un gran jaleo. No eran tan tontos como para blandir las armas, pero levantaron los puños y lanzaron improperios a Varo y Tubero.

Impertérrito, el gobernador esperó a que se calmaran los ánimos.

—¿No están satisfechos tus compañeros? —preguntó al pelirrojo.

—¡Es injusto, gobernador! ¡Estamos

hablando de asesinatos a sangre fría! ¡El culpable debe ser castigado!

—Y lo será —afirmó Varo, complacido ante la expresión de alarma de Tubero, cuya actitud engreída era necesario enmendar—. Yo me encargaré de ello.

—¡Queremos que se nos entregue al asesino!

—Sabéis muy bien que no lo haré. Se trata de un noble romano y de un militar de alto rango.

—¿Esta es tu última palabra?

—Sí —respondió Varo con mirada gélida.

—No es justo, existe una ley para los romanos y otra para el resto —

protestó el pelirrojo antes de traducir todo a sus compañeros, que no tardaron en dar rienda suelta a su descontento—. ¿Cuánto se pagará por la vida de cada hombre?

Antes de que Varo pudiera contestar, Arminio intervino.

—Yo había pensado que dos mil denarios por muchacho sería una cifra apropiada.

Cogido de nuevo por sorpresa por el querusco, Varo contempló al pelirrojo comunicar entusiasmado la suma a sus compañeros.

—¿Qué más podemos hacer sino aceptar? —Varo creyó entender lo que decía uno de los jefes, lo cual apaciguó

un poco su enfado.

—Mis compañeros continúan descontentos, pero aceptan la cifra de dos mil denarios por cada uno de los muchachos muertos con una condición: que jamás vuelva a ocurrir algo así — declaró el pelirrojo al cabo de unos instantes.

Varo esbozó en el acto su sonrisa de político, vacía y sin sustancia.

—Os doy mi palabra como gobernador de Germania que los usípetas, un pueblo que siempre ha cumplido la ley, podrán vivir en paz a partir de ahora. Ahora mismo ordeno que os entreguen el dinero para que podáis partir con él.

—De acuerdo —aceptó el pelirrojo con una breve inclinación de cabeza.

Mientras los usípetas hablaban entre sí, Varo se volvió hacia Vala.

—Comunica a los oficiales que pueden retirarse, pero que los soldados se queden de guardia hasta que los usípetas se hayan marchado. —Acto seguido se dirigió a Arminio, que estaba hablando con el pelirrojo y los demás —. ¿Podemos hablar un momento?

Arminio acudió al lado del gobernador con una sonrisa.

—Yo diría que el resultado ha sido satisfactorio, ¿no?

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —siseó Varo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Arminio con fingida inocencia.

—¡Has entrado en la sala con los usípetas! ¿Qué mensaje estás dando si haces eso? Tú eres un aliado de Roma. ¡Un ecuestre!

—Mis disculpas, gobernador. No ha sido adrede, te lo puedo asegurar. Llegaba tarde y me he encontrado con ellos por casualidad. Hemos empezado a hablar y me han dicho que les intimidaba venir aquí y que les preocupaba que no se hiciera justicia. Así que me he ofrecido a acompañarlos y, además, les he asegurado que eres un hombre justo y muy íntegro.

—¡Tampoco estabas autorizado a

ofrecerles dos mil denarios! —espetó Varo—. ¡Es abusivo!

Arminio inclinó la cabeza.

—Perdona mi atrevimiento, gobernador. Quería que los usípetas tuvieran la sensación de que se les trataba con respeto. Sospechaban que no les entregarías a Tubero, por lo que era necesario apaciguar su orgullo herido de algún modo. Pensé que la única manera sería ofreciéndoles una suma generosa.

—Pero no era necesario que fuera tan elevada. Me apuesto lo que quieras que habrían aceptado la mitad.

Arminio tuvo la decencia de sonrojarse ante sus palabras.

—Me disculpo de nuevo,

gobernador. Intentaba ayudar, pero debería haberme callado.

La humildad de Arminio mitigó el enojo de Varo, aunque lo más importante era el hecho de saber que había conseguido preservar la paz, ese bien tanpreciado, por un precio relativamente pequeño.

—De acuerdo. Demos el asunto por zanjado —suspiró.

—Gracias, gobernador. A modo de disculpa adicional, ¿puedo tentarte con una cacería al otro lado del río? Mi suboficial ha descubierto una zona donde abundan los jabalíes y los ciervos. Sería divertido y te permitiría escapar de toda la burocracia por un

día.

Varo estaba a punto de rechazar el gesto conciliador del germano, pero cambió de opinión.

—¿Por qué no, maldita sea?

—Excelente. Si no tienes inconveniente, también me gustaría invitar al centurión Tulo. ¿Te iría bien dentro de dos días?

—Sí —respondió Varo, que por fin sonrió—. Gracias, Arminio.

—El placer es mío, gobernador. Acudiré a buscarte al *praetorium* poco después del amanecer —dijo el querusco antes de despedirse con media reverencia y marcharse.

Varo contempló a los usípetas

mientras abandonaban el gran salón de forma ruidosa y desordenada. «Si todos los germanos fueran como Arminio, el mundo sería un lugar más civilizado y la vida sería más fácil para todos», pensó.



Esa noche, Piso, Afer y Vitelio se hicieron con una de las mejores mesas de la taberna, la que estaba junto a la pared del fondo, la cual les permitía apoyar la espalda mientras bebían y contemplar a todo el mundo. El local era muy popular entre las tropas porque era propiedad de un legionario veterano, un granuja de nombre Claudio que, en deferencia a los soldados, tenía la costumbre de fiar. Como resultado de esta práctica nada habitual en el resto de

los establecimientos del *vicus*, la taberna de Claudio siempre estaba llena a rebosar. No importaba que el vino fuera malo y la comida peor, ni que las putas fueran tan finas como el culo de un oso ni que las letrinas siempre desbordaran, cualquier soldado sabía que podía beber allí aunque no recibiera la paga hasta tres meses después.

Los tres amigos, todos presentes en la controvertida patrulla, sabían que Varo había interrogado a Tulo esa mañana y que se había reunido con los usípetas. Llevaban todo el día discutiendo el tema o, mejor dicho, Afer y Vitelio no paraban de hablar de ello mientras Piso escuchaba. Aunque ya se

sentía aceptado en el *contubernium*, prefería reservarse su opinión cuando se trataban temas importantes.

—Seguro que Varo hará más caso a Tubero que a Tulo —repitió Afer por enésima vez—. Es indignante que haga más caso a un tribuno novato que a un centurión veterano.

—No será la primera vez, ni la última, que pasa una cosa así —replicó Vitelio.

La larga mesa vecina estaba ocupada por una docena de legionarios que, pese a ser muy ruidosos, estaban tan cerca de los tres amigos que uno de ellos los oyó y se volvió para intervenir en la conversación. El hombre llamaba la

atención por su inconfundible nariz aplastada: se la había roto tantas veces que se asemejaba a una masa de pan.

—No os preocupéis, Varo tiene tomada la medida a ese capullo arrogante de Tubero.

—¿Estuviste esta mañana en el *principia*? —preguntó Piso.

—Sí, todos nosotros —respondió el soldado señalando a sus compañeros, que en esos momentos decidían cuál sería la siguiente taberna que visitarían —. Tubero intentó hablar con Varo antes de que llegaran los usípetas, pero el gobernador lo cortó en seco. Después interrogó a Tulo un buen rato. ¿Es vuestro centurión? —preguntó el

legionario. Los tres amigos asintieron con la cabeza—. No logré oír lo que decían, pero tuve la impresión de que Varo se creyó lo que dijo Tulo.

—¡Qué buena noticia! —exclamó Vitelio, alzando el vaso.

Afer y Piso brindaron con él.

—Soy Marco Ayo, segunda centuria, primera cohorte —se presentó su vecino antes de sacar unos dados de hueso gastados—. ¿Echamos una partida?

—Ayo —lo llamó uno de sus compañeros.

—¡Déjame en paz! —gruñó Ayo.

—Luego no digas que no te he avisado —replicó el legionario—. Este hombre es capaz de ver dos moscas

sobrevolando una mierda y apostar cuál se posará primero. El problema es que casi nunca acierta.

—¡Lárgate! —insistió Ayo en tono amigable—. ¿Qué me decís? —preguntó de nuevo.

—Yo me apunto —aceptó Piso. Sacó sus dados—. ¿Afer?

—¿Por qué no?

—Solo se aceptan monedas pequeñas —dictaminó Ayo al tiempo que apilaba sobre la mesa varios *asses* y otras monedas de poco valor.

Vitelio fue a buscar otra ronda y jugó un rato hasta que perdió varias partidas. Afer tuvo mejor suerte, aunque después de varias rondas de vino, acabó la

partida como la había empezado. A Piso tampoco le iba mucho mejor, pero cuando sus amigos sugirieron cambiar de taberna, prefirió no moverse.

—Seguro que pronto me sonreirá la suerte.

—Claro —convino Ayo con un guiño.

Afer miró a Piso y señaló con la mirada a los compañeros de Ayo y, acto seguido, la puerta. Piso entendió que le decía que era mejor que se fueran todos juntos de ese lugar.

—Solo seis tiradas más —suplicó—. La diosa Fortuna está de mi lado esta noche.

—¿Estás seguro? Yo no lo tengo tan

claro —replicó Afer, pero se acomodó en su sitio dispuesto a esperar a su compañero, al igual que Vitelio—. Pero después, nos vamos —advirtió.

—¿Por qué no subimos la apuesta a cinco *asses*? —propuso Ayo—. Un sestercio.

Piso decidió aceptar.

—De acuerdo. —El joven sopló los dados y tiró—. ¡Dos seises!

Ayo enarcó las cejas y jugó. Sacó un tres y un dos.

—Para ti. —Ayo empujó cinco *asses* hacia su contrincante.

Piso se envalentonó.

—¿Jugamos a doble o nada?

—¿Por qué no? Pero esta vez tiro yo

primero. —Ayo echó los dados, que dieron varias vueltas hasta mostrar un cuatro y un cinco—. ¡Ja!

Piso repitió el truco de soplar los dados y fue recompensado con un cinco y un seis.

Con menos simpatía que antes, Ayo le entregó dos sestercios.

—¿Otra vez? ¿Doble o nada? — propuso Ayo.

Piso miró a Afer, que negó con la cabeza.

—Sí —aceptó Piso.

Para su gran alegría, ganó esa partida y las dos siguientes. Sus amigos no daban crédito a su suerte, y Ayo tampoco. Su buen humor se esfumó con

su dinero y miró a Piso con el ceño fruncido.

—Estoy empezando a creer que eres un bastardo tramposo. Seguro que usas dados trucados.

—¡No es verdad! —protestó Piso.

Afer se inclinó hacia él.

—Piso, es hora de irse.

—No pasa nada —le tranquilizó Ayo con un gesto de la mano—. Todavía nos queda una tirada.

—¿Apostamos un sestercio? —preguntó Piso. Ese era todo el dinero que le quedaba a Ayo sobre la mesa.

—No. —Ayo escarbó en su bolsa y sacó dos cierres curvados de bronce, de los empleados para sujetar el pliegue de

los hombros de la cota de malla—. Te apuesto estos dos cierres contra todas tus ganancias.

Los cierres, muy bonitos y de buena calidad, valían mucho más de lo que había ganado Piso. Uno tenía grabado en el reverso la inscripción M AIVS IFABRICII y, el otro, M AII I) FAB, para indicar que pertenecían a Marco Ayo, de la centuria de Fabricio, primera cohorte.

—Pero si gano yo y alguien me ve con ellos, me acusarán de ladrón — objetó Piso.

—Puedes rascar mi nombre fácilmente e inscribir el tuyo encima. De todos modos, no te preocupes, porque vas a perder. —Ayo agitó los dados y

los tiró—. No está mal: dos cuatros.

Piso estaba a punto de tirar sus dados cuando Ayo le ofreció los suyos.

—Usa estos.

Piso tenía claro que si los rechazaba, habría pelea, así que se encogió de hombros y aceptó los dados de hueso. Los agitó bien con una mano y los echó sobre la mesa. El primer dado se detuvo en el canto: era un cuatro. Sin embargo, el segundo cayó al suelo. Piso miró a Ayo, que sonrió con una expresión desagradable.

—Tiro inválido —sentenció.

—De acuerdo —aceptó Piso que, al agacharse a recoger el dado, se disgustó al comprobar que era un seis.

En el tiro siguiente, Piso agarró los dados con ambas manos, los agitó y los arrojó. El corazón le latió con fuerza mientras los dados se deslizaban por la mesa hasta detenerse junto a los brazos cruzados de Ayo.

—Has sacado un cuatro y un cinco con mis propios dados. ¡La diosa Fortuna es una vieja cabrona! —se lamentó Ayo.

—Quizás haya más suerte la próxima vez. —Piso cogió los cierres y la última moneda de Ayo y se levantó para evitar posibles líos—. Hasta la próxima.

Durante las dos horas siguientes, los tres

amigos deambularon por las calles del *vicus*, comieron un plato de comida grasienta en una taberna de fachada abierta y tomaron un par de tragos más. Ayo y sus camaradas no habían dado señales de vida y Piso casi se había olvidado de ellos. Había relatado la historia de su fortuna varias veces y estaba a punto de contarla de nuevo, cuando Afer no pudo resistirlo más.

—Piso, nosotros también estábamos allí, te hemos visto ganar una y otra vez. Has tenido mucha suerte, pero no hace falta que te pases toda la noche explicándolo.

—Vale —replicó Piso un tanto molesto, aunque su disgusto desapareció

diez pasos después, cuando divisó uno de los mejores lupanares del *vicus*. El letrero de la entrada mostraba un falo pintado y había una prostituta semidesnuda que invitaba a los transeúntes a pasar—. ¿Tenéis monedas suficientes para entrar aquí? —preguntó a sus compañeros.

—Si invitas tú, sí —replicó Afer.

—Si tú invitas, yo también voy —convino Vitelio.

—¡Idos a la mierda! —gruñó Piso, dando media vuelta—. No voy a desperdiciar mis ganancias en vosotros.

Sus compañeros estuvieron tomándole el pelo mientras avanzaban por la calle. Ninguno de ellos se percató

de que Ayo y varios de sus compañeros salían en ese momento del burdel; cuando los reconocieron llamaron al resto del grupo que estaba en una taberna de enfrente. Como una jauría de perros en pos de un gato, los legionarios acecharon sigilosos a los tres amigos.

De repente, Piso oyó a Vitelio, que se había rezagado un poco, aullar de dolor. En ese mismo instante, un carro tirado por bueyes y cargado de ladrillos surgió de una calle lateral y separó a Vitelio de sus amigos. Desesperado por llegar hasta él —estaba claro que lo estaban agrediendo por las maldiciones y los gemidos de dolor—, Piso pasó a gatas por debajo de las ruedas

delanteras y traseras del carro. Al llegar al otro lado, lo único que alcanzó a ver fue un montón de piernas que propinaban puntapiés a una figura tendida.

—¡Vitelio!

Piso avanzó, agarró las pantorrillas del hombre más cercano y lo tiró al suelo. A continuación, tumbó a un segundo hombre del mismo modo y logró dar un puñetazo a otro en los testículos. A sus espaldas oyó varios gritos y golpes y dedujo que Afer estaba haciendo lo propio, pero los enemigos no tardaron en percatarse de su presencia y, al cabo de un instante, Piso se encontró rodeado de cuatro legionarios y distinguió entre ellos a

Ayo, cuya cara iluminaba la luz de las antorchas en la fachada de una taberna.

—¿Qué pasa? ¿Creíais que podíais burlaros de la primera cohorte y que no pasaría nada? —gritó Ayo.

«Eso es lo que ha dicho a sus amigos para que nos agredan», pensó Piso. Era inútil protestar y de nada serviría resistirse, pero no podía permanecer cruzado de brazos.

—¡Vete al infierno, Ayo! —chilló antes de abalanzarse sobre el legionario de la nariz rota, al que propinó dos puñetazos, uno en la barriga y otro en la cara.

Sin embargo, recibió un golpe en un lado de la cabeza que lo detuvo en seco.

Piso vio las estrellas y cayó de rodillas. Acto seguido, los golpes comenzaron a llover por doquier. Antes de que el dolor se apoderara de todo su ser, pensó que Vitelio había sido mucho más eficiente que él salvándole el pellejo en Aliso. El pobre Afer también estaba recibiendo palos por todos los lados y todo porque no le había hecho caso y se había negado a abandonar una partida de dados.

Una patada en el abdomen le dejó sin aire en los pulmones y un dolor irresistible le inundó la cabeza. Tuvo una arcada y vomitó vino rancio, casi ahogándose con su propio vómito. ¡Pam! Una costilla rota. Alguien le clavó la

sandalia en el brazo y los tachones le desgarraron la carne. Si hubiera podido, Piso habría gritado, pero sin aliento y paralizado por la patada en el vientre, no podía hacer nada más que quedarse tumbado en el suelo, indefenso como un bebé.

De pronto, sin motivo aparente, cesaron los golpes.

El alivio inicial fue reemplazado por el temor de que sus agresores planearan hacerle algo peor.

—En nombre de Hades, ¿qué coño está pasando aquí? —rugió una voz.

Piso rodó sobre un lado y gimió por el dolor que le causaba moverse. Abrió los ojos hinchados, pero no vio nada

más que un montón de pies que se movían.

¡Crac! Era el sonido inconfundible de una *vitis*. Hubo un alarido de dolor.

—¡Contéstame, maricón!

—¿Tulo? —pensó Piso. Un rayo de esperanza atravesó la nebulosa de su cerebro.

—No es más que una pelea, señor. Se nos ha ido un poco de las manos, eso es todo.

¡Crac! La *vitis* golpeó de nuevo y arrancó otro aullido.

—¿Se os ha ido un poco de las manos? ¡Pero si sois ocho, nueve, no, diez contra tres! ¡Pero qué clase de hombres sois!

Crac, crac, crac. Sonaron más chillidos.

—¡Todos contra la pared! ¡MOVEOS, HATAJO DE MARICONES!

Mientras los legionarios desfilaban hacia la pared, Piso rodó hacia el otro lado y, para su gran alegría, vio a Afer cerca. Aunque le corría sangre por la frente y tenía un ojo cerrado, fue capaz de esbozar una mueca sonriente.

—¿Dónde está Vitelio? —preguntó Piso.

Afer señaló a su amigo tumbado en el suelo a unos pasos de distancia. Piso se tranquilizó al ver que el pecho le subía y bajaba. Quizás estuviera malherido, pero no estaba muerto.

—Por todos los dioses, tenía que haberme imaginado que eras tú — exclamó Tulo, tendiéndole una mano—. ¿Puedes levantarte?

—Creo que sí, señor. —Piso aceptó la mano y se levantó tambaleante, pero comenzó a marearse y se agarró al hombro de Tulo—. Disculpas, señor — murmuró.

—Agárrate a mí, idiota —ordenó Tulo con un tono más suave de lo habitual. Lo condujo hasta el carro—. Apóyate aquí.

Piso se agarró al tablón como un náufrago a un tronco en el mar.

Afer consiguió ponerse en pie por sí solo y se acercó a Vitelio.

—¿Cómo está? —preguntó Tulo.

—No estoy seguro, señor. Está inconsciente.

Tulo frunció el ceño y miró a Piso.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Es todo por culpa de una partida de dados con uno de esos soldados, señor. Me parece que no le ha hecho ninguna gracia perder esto —dijo al tiempo que abría la bolsa y sacaba los cierres para que los viera Tulo.

—Júrame que estás diciendo la verdad.

—Te lo juro por mi madre, señor. — Tulo soltó un gruñido—. Que Júpiter me parta con un rayo si miento, señor — añadió Piso, aguantando la respiración

mientras el centurión examinaba los cierres por delante y por detrás.

A continuación, Tulo se acercó a los legionarios, una hilera de figuras oscuras alineadas contra la pared de la taberna.

—Resulta que estos hombres a los que estabais moliendo a palos pertenecen a mi centuria, así que será mejor que tuvierais un buen motivo para agredirlos —advirtió Tulo—. Mi soldado me dice que todo esto se debe a una partida de dados en la que uno de vosotros perdió todo su dinero y estos cierres.

—¡No ha sido por eso, señor! —protestó un legionario—. ¡Han insultado

a la primera cohorte!

—¿Ah, sí? ¿Y qué han dicho?

Se hizo un breve silencio.

—Pues no estoy seguro, señor. Fue Ayo quien nos avisó.

—¿Ayo eres tú? —preguntó Tulo.

—Sí, señor.

—Explícame lo que dijeron.

Ayo comenzó a enumerar una ristra de insultos creíbles para unos soldados, desde que los de la primera cohorte eran unos blandengues y unos cobardes hasta que huían de las peleas y eran una desgracia para la legión.

—¿Continúo, señor?

—No, me basta con eso, legionario —interrumpió Tulo—. Ahora, ¿puedes

explicarme por qué tres soldados insultarían a un grupo que les supera claramente en número?

—No... no lo sé, señor. Supongo que era la típica cháchara de borracho.

—Cháchara de borracho, ya — repitió Tulo acercando su cara a la de Ayo—. Quizá sea típico de algunos hombres cuando beben, pero conozco bien a mis soldados y, aunque les guste el vino y puedan ser muy estúpidos, ¡no son unos cretinos! —Acto seguido, le metió los cierres por la nariz y se los extrajo. Ayo aulló de dolor—. Aquí pone MARCO AYO DE LA PRIMERA COHORTE. ¿Ese eres tú?

—Sí, señor —respondió Ayo

agarrándose la cara con la boca medio tapada.

—¿Y has perdido estos cierres en una partida de dados contra ese hombre?
—inquirió Tulo señalando a Piso.

—Sí, señor...

—¿Cuántos años llevas en la legión?

—Doce, señor.

—Si algo he aprendido en mis años de centurión es que cuando un soldado se apuesta una parte de su equipo, sobre todo si es un veterano, es porque tiene un problema. Y mi instinto me dice que ese es tu caso. —Ayo no respondió—. ¿Tengo razón?

—Quería recuperar mi dinero, señor —murmuró Ayo—. Y los cierres.

—Eso me parecía a mí —espetó Tulo que, acercándose a una antorcha, sacó una tablilla de cera y un estilete—. Quiero que vengáis todos uno a uno y me digáis vuestro nombre, rango, centuria y centurión.

Piso disfrutó viendo desfilar a los diez legionarios por delante de Tulo para comunicarle sus datos y mostrarle cualquier cicatriz, marca de nacimiento o tatuaje que pudiera facilitar su identificación. Ninguno se atrevió a preguntar cuál sería su castigo. En cuanto hubo acabado, Tulo se dirigió a Afer.

—¿Cómo está Vitelio?

—Ha vuelto en sí, señor, dice que no

está tan mal.

A Piso le pareció ver una expresión de alivio cruzando el semblante de Tulo.

—Tenéis suerte de que se haya despertado, cabrones —gritó a Ayo y el resto—. ¡Largaos! Mañana pondré al corriente de todo a vuestro centurión. — Tulo los dispersó a golpe de *vitis*.

Piso se alegró de ver que al hombre al que había golpeado en los huevos le costaba caminar.

Su alegría duró el tiempo que el centurión necesitó para examinarles y descartar que hubieran sufrido lesiones graves. Hecha la comprobación, procedió a abroncarles con fuerza.

—¿Cómo podéis ser tan idiotas de

jugar contra un soldado que va acompañado de media centuria? ¡Mis legionarios no se enzarzan en peleas callejeras! ¿Qué clase de soldados sois?

Piso y sus amigos escucharon la reprimenda en silencio y no protestaron cuando Tulo les comunicó que tendrían prohibido salir del cuartel durante un mes y que, además, durante ese tiempo se encargarían de la limpieza de las letrinas, ni tampoco se quejaron cuando les prometió marchas de entrenamiento adicionales en cuanto el médico les diera el alta. Cuando por fin terminó la perorata, los miró a todos con dureza.

—Fuera de mi vista —ordenó—.
Regresad a vuestros barracones.

Piso y Afer agarraron a Vitelio por los costados y se acercaron al carro. El conductor, que había observado pasmado el altercado a cierta distancia, volvió a ponerse al mando del vehículo.

—Piso —gritó Tulo. El soldado se volvió—. ¿Valía la pena esto por el dinero ganado?

A Piso le dolía todo y suponía que a sus amigos también, sobre todo al pobre Vitelio.

—No, señor.

—La próxima vez que quieras jugar a los dados, piénsatelo dos veces, ¿vale? Los de la primera cohorte son unos hijos de puta arrogantes, pero son unos tipos duros.

—Sí, señor. No sabes cuánto te agradezco que te cruzaras en nuestro camino.

Afer y Vitelio también expresaron su agradecimiento.

—Sí, es una gran suerte que os encontrara —reconoció el centurión y, acto seguido, hizo entrega de los cierres a Piso ante su mirada atónita—. Después de semejante pelea, sería injusto que perdieras lo ganado —declaró el centurión con una risita.



Tulo y el resto de la comitiva partió de Vetera al amanecer. El cielo resplandecía azul, soplabla una agradable brisa y el rocío bañaba la hierba a ambos lados del camino. Varo iba vestido como Tulo, con una sencilla túnica de color blanco marfil y unas resistentes sandalias tachonadas. En lugar de la espada, llevaba un puñal en el cinturón. Alguien que no lo conociera, jamás hubiera adivinado que tenía ante sí al hombre más poderoso de toda la

provincia, pensó Tulo y sospechó que Varo estaba disfrutando de esa sensación, así como de la posibilidad de olvidarse por un día de las obligaciones rutinarias del ejército, al igual que Tulo. Ese día no tendrían que lidiar con soldados malcarados, pomposos oficiales de intendencia u oficiales arrogantes como Tubero.

Arminio iba acompañado de Maelo y de una docena de hombres, dos de los cuales conducían un carro con seis perros enjaulados. Ante la insistencia de Vala, Varo llevaba una centuria de legionarios para su protección personal.

Si ya era bastante difícil perseguir a un jabalí vestido de civil, todavía lo era

más cuando se iba ataviado con armadura, escudo y jabalina, pensó Tulo, pero la idea de la escolta le había parecido bien. Por mucho que Arminio fuera un fiel aliado de Roma, Tulo todavía no le conocía lo suficiente. Además, muchos habitantes al este del Rhenus veían en el gobernador la figura de un opresor.

Seguidos de los legionarios y guerreros, Arminio y Maelo guiaron a Varo y Tulo hacia una zona del bosque situada a unas ocho millas del puente. Tulo conocía bien el lugar de vista, pues había pasado por allí en innumerables ocasiones de camino a Aliso u otros destinos más lejanos, pero nunca había

salido de la carretera. De hecho, siempre había pensado que el bosque era un lugar propicio para tender una emboscada. Si por él fuera, habría cortado los abedules que flanqueaban la carretera a fin de reducir las posibilidades de que el enemigo cayera de repente sobre una patrulla. Sin embargo, como el legado había determinado que se trataba de una zona de bajo riesgo, Tulo no había dicho nada al respecto. De todos modos, a pesar del buen ambiente que reinaba y de la perspectiva atractiva de una buena cacería, no pudo evitar sentir cierta inquietud al internarse en el bosque.

—¿Cómo es posible que estos

árboles no hayan sido talados para hacer fuego o para ampliar los pastos? — preguntó a Arminio—. Acabamos de pasar por un asentamiento.

—Los usípetas creen que les traería mala suerte —aclaró Arminio al tiempo que se tocaba el pequeño amuleto en forma de martillo que llevaba al cuello—. Esta tierra es sagrada, pertenece a los dominios de Donar, el dios de los truenos.

—¿Donar es un dios importante para ti? —preguntó Tulo al observar el gesto supersticioso de Arminio.

La expresión de los ojos grises de Arminio se tornó seria.

—Sí, lo es. ¿Y tú? ¿Veneras a algún

dios en concreto?

—No, a ninguno. Rindo mis respetos a Júpiter, Marte y Mitra, pero no confío en ellos para que me saquen de ningún lío, ni tampoco en la diosa Fortuna. Solo confío en mis soldados y en esto — explicó Tulo señalando el *gladius* que llevaba en el cinturón.

—Es muy sensato de tu parte. —Si Arminio se sorprendió de que el centurión llevara la espada de cacería, no dijo nada—. ¿Y tú, gobernador?

—Yo creo que los dioses están en todas partes, pero que no suelen interactuar con los humanos. Por eso pienso que lo mejor es confiar en aquello que puedes ver con tus propios

ojos —respondió Varo.

—Si el bosque pertenece a Donar, ¿es buena idea cazar en él? —inquirió Tulo.

—Siempre que entremos en el bosque con respeto en nuestro corazón y realicemos una ofrenda por todo aquello que cacemos, el dios de los truenos estará contento. Al menos eso afirman nuestros sacerdotes.

Maelo murmuró algo ininteligible en germano y Tulo, al que le gustaba estar al tanto de todo, lanzó una mirada inquisitiva a Arminio.

—Maelo dice que, sin embargo, no sería buena idea entrar en la arboleda sagrada, sobre todo vosotros, romanos

—tradujo Arminio con una sonrisa.

—Es comprensible —aceptó Varo—. No tengo ningún deseo de molestar a tu dios, Arminio. Esperemos que la suerte nos acompañe y que los animales también se mantengan alejados de ella.

—Es curioso, pero no suelen adentrarse allí.

—Será por el olor a sangre —sugirió Maelo, en latín esta vez.

Arminio y Maelo intercambiaron una mirada que Tulo no supo interpretar, pero que no hizo más que incrementar su inquietud.

—¿Cuándo empezaremos?

—Este es un buen sitio —respondió Maelo—. He visto muchas huellas de

jabalíes y ciervos por aquí cerca.

Los hombres desmontaron y apartaron los caballos del camino, los legionarios se detuvieron a la espera de órdenes y el carro paró al frente de la columna. En cuanto las ruedas del vehículo dejaron de girar, comenzó el coro incesante de aullidos y ladridos. Cuando se abrieron las jaulas, los perros saltaron y a duras penas permitieron a sus cuidadores que les colocasen las correas. Los canes se dividían en dos tipos: por un lado, un trío lanudo de pelo gris, excelente para perseguir ciervos y, por el otro, tres perros robustos de cabeza ancha y enormes mandíbulas especialmente

criados para cargar contra los jabalíes.

—Están más excitados incluso que nosotros —observó Varo sonriente.

—Sí, señor. —La perspectiva de la cacería también resultaba muy atractiva para Tulo, que echó un nuevo vistazo a los árboles sin ver nada. «No hay nadie allí. Además, contamos con el apoyo de una centuria. Relájate y disfruta de la cacería», se dijo—. ¿Qué hacemos con los hombres, señor?

—Ya le dije a Vala que de nada servirían en el bosque, pero insistió en que mi cargo de gobernador exige que lleve una escolta en todo momento. Creo que podemos dejarlos aquí y recogerlos a la vuelta.

Sorprendido ante la actitud despreocupada de Varo, Tulo recordó las palabras de Cedicio: «Hay que esperar lo inesperado y estar siempre preparado para la lucha». Arminio solo llevaba unos pocos hombres consigo, pero eran germanos, no romanos. No podía garantizarse su lealtad.

—Disculpa, señor, pero estoy de acuerdo con Vala. Deberíamos llevar al menos unos cuantos legionarios.

—¿Pero qué puede suceder? —preguntó Varo frunciendo el ceño—. Estamos a las puertas de Vetera y nos acompañan los guerreros de Arminio.

—No hay razón para preocuparse, Tulo —murmuró Arminio.

—No estoy preocupado, pero creo que sería buena idea —respondió Tulo con una sonrisa para evitar ofender al querusco, aunque para sí pensó que, por muy aliado de Roma que fuera, prefería contar con sus hombres para cubrir tanto sus espaldas como las del hombre más importante de Germania.

Tulo se detuvo a descansar bajo la amplia sombra de un enorme abedul.

—¿Agua, señor? —preguntó al gobernador ofreciéndole uno de los dos odres de agua que llevaba.

—Tengo la garganta más seca que el lecho de un río de Judea. —Varo se secó

la frente con la manga de la túnica y dio un buen trago—. No hay nada como el sabor de la piel del odre, ¿eh? Me recuerda a mis tiempos de campaña.

—¿Va todo bien? —preguntó Arminio acercándose.

—Estamos bien, no como esos pobres desgraciados —respondió Tulo señalando a los legionarios—. Yo me conformo con no regresar a casa con las manos vacías.

—Quizá Donar no quiera que cacemos nada hoy —sugirió Varo—. ¿Tú qué crees, Arminio?

—Yo creo que nuestra persistencia se verá recompensada. Este es un lugar perfecto para encontrar jabalíes —

afirmó Arminio, señalando un árbol caído cuyo tronco partido estaba cubierto de hongos—. Les gusta hurgar en busca de insectos y gusanos. También hay una ciénaga cerca del río y, cuando hace calor, les encanta revolcarse en el barro. Y si al final no encontramos un jabalí, seguro que damos con algún ciervo.

—Espero que los dioses nos permitan encontrar algo pronto porque tengo un hambre atroz —comentó Varo.

—Probad esto —dijo Arminio ofreciéndole una tira de un material oscuro que sacó de la bolsa del cinturón.

Varo lo ojeó con suspicacia.

—Por todos los dioses, ¿qué es eso?

—Carne de oso seca.

—Siempre hay una primera vez para todo —comentó Varo antes de probarlo. Tulo, que conocía bien la carne de oso, contempló divertido al comandante mientras mascaba sin descanso—. Menos mal que conservo casi todos los dientes porque esto es como roer un cuero viejo —dijo una vez que hubo tragado la carne—. De todos modos, es una carne sabrosa. ¿Es de un oso que mataste tú?

—Sí —afirmó Arminio fingiendo que clavaba la lanza en un oso imaginario—. Fue duro de pelar. Mató a cuatro perros antes de que lograra acabar con él.

—Tienes todo mi respeto. Los osos son unas criaturas aterradoras. Jamás he matado ninguno y no creo que quiera acercarme lo suficiente para probarlo.

—Vuestra valentía y experiencia con la lanza os ayudarían a salir airoso — declaró Arminio.

Varo aceptó el cumplido satisfecho, pero a Tulo le provocó cierta inquietud. «Arminio es un hombre carismático, pero también se le podría tildar de zalamero», pensó.

¡BUUUUUUUU! ¡BUUUUUUUU!

Al oír el sonido de los cuernos, los tres hombres interrumpieron la conversación al instante y se volvieron hacia el lugar de donde provenía.

—Han encontrado algo —anunció Arminio—. Será mejor que nos demos prisa antes de que se escape.

—Seguidnos lo más rápido posible —ordenó Tulo al legionario más cercano, que asintió con poco entusiasmo.

Dejaron atrás la escolta y Tulo volvió a temer una posible emboscada. Tras el reciente altercado con los usípetas no resultaba descabellado pensar que una docena de guerreros armados pudiera aparecer detrás del próximo roble o abedul. Arminio y él no podrían resistir solos un ataque de ese tipo y el gobernador de Germania moriría. Tulo apartó la imagen de su

cerebro. «Los usípetas no saben que estamos aquí, relájate», se dijo.

El trío comenzó a correr hacia el lugar de donde procedía el sonido de los cuernos.

Dada su juventud y forma física, Arminio no tardó en ponerse en cabeza, mientras que Tulo prefirió mantenerse en último lugar para guardar las espaldas de Varo y permitir que el gobernador marcara su propio ritmo. Tras descender por un terraplén y cruzar el lecho seco de un río, llegaron a un terreno cubierto de robles y abedules. Siguieron avanzando y Tulo soltó una maldición cuando la punta de la lanza quedó atrapada en una rama y notó un tirón en

la muñeca, pero no tuvo tiempo de comprobar si se la había torcido. Oyó a Arminio gritar que estaban cerca y esquivó el golpe de una rama que Varo había apartado a un lado, pero no logró esquivar una segunda, cuyas espinas le arañaron la mejilla. Los dedos se le tiñeron de sangre cuando se tocó la cara, pero no dejó de correr.

A unos trescientos pasos, Arminio se detuvo para asegurarse de que iban por buen camino. Tulo agradeció la pausa. El calor y la humedad del bosque estaban haciendo más mella en él de lo que estaba dispuesto a admitir y, aunque Varo había aguantado bien hasta ese momento, también comenzaba a acusar

el esfuerzo: el sudor bañaba su rostro enrojecido y respiraba con dificultad con un movimiento rápido del pecho que se asemejaba al del fuelle usado por los herreros para avivar el fuego.

—¿Estás bien, señor?

—Estoy bien... solo necesito descansar un momento.

Tulo retrocedió unos pasos para ver si les seguía la escolta pero, tal y como temía, no había ni rastro de los legionarios. En ese momento, se descubrió a sí mismo agarrando la empuñadura de la espada, pero la soltó en cuanto dio media vuelta para reunirse con sus compañeros de cacería, pues no deseaba que adivinaran su inquietud.

Maelo apareció junto a Arminio.

—Es un jabalí, un macho de gran tamaño —anunció—. Los perros le dieron alcance, pero ha escapado. Debéis apresuraros si queréis atraparlo.

Los guerreros lanzaron una mirada a Varo, que hizo un gesto con la mano.

—Continuad, yo ahora voy.

—Solo tenéis que seguir el ruido —sonrió Arminio.

El jefe querusco salió en pos de Maelo y su oscura vestimenta no tardó en fundirse con el color de los árboles.

—¿Dónde están los legionarios? —preguntó Varo como si hubiera leído el pensamiento a Tulo.

—Vienen detrás, señor. Pronto nos

darán alcance —respondió el centurión sin saber si estaba en lo cierto.

—Esto es mucho más duro de lo que me imaginaba. Tengo que hacer más ejercicio; cuando te pasas el día sentado a una mesa resolviendo asuntos, es muy fácil engordar —se lamentó Varo enjugándose la frente—. En fin, será mejor que nos pongamos en marcha o no cazaremos nada. Pasa tú primero.

Al final, todo fue más rápido de lo previsto. Cuando dieron alcance a la cacofonía de ladridos, aullidos y chillidos, Tulo vislumbró varias figuras corriendo de un lado a otro a través de

los árboles.

—Prepárate, el jabalí puede aparecer en cualquier momento —avisó Tulo.

—¡Cuidado! —advirtió Arminio.

Al cabo de unos instantes, el jabalí apareció ante su vista como un rayo. Grande, con joroba y cubierto de un tupido pelaje, era del tamaño de un carro, pero salió de los árboles más rápido que un corredor lanzado a toda velocidad. Los colmillos salientes en la boca llena de saliva confirmaban que era un macho. Ladrandos sin cesar, los tres perros le pisaban los talones.

Tulo sonrió divertido y decepcionado a la vez. El jabalí pasaría

a tan solo una cincuentena de pasos de él, pero si no frenaba, era como si se encontrara a más de una milla. El centurión era bastante hábil con la jabalina, pero era imposible lanzarla desde su posición con la potencia y precisión necesarias para alcanzar a un animal de ese tamaño, por lo que volvería a desaparecer en el bosque y debería reanudarse la persecución.

Sin embargo, el centurión no había contado con los perros ni con Varo, que hizo acopio de sus últimas reservas de energía cuando uno de los canes frenó el avance del animal hincándole los dientes en la pata trasera derecha. Varo aprovechó el momento y corrió hacia

delante con la lanza en ristre ante la mirada sorprendida de Tulo, que no dudó en hacer lo propio: en el fragor de la batalla, un hombre que titubea está perdido.

El jabalí se había revuelto furioso contra su atacante y le clavó un colmillo. El can gimió de dolor y lo soltó, pero antes de que huyera la presa, otro perro lo mordió en la cadera. El animal chilló y se volvió para embestirle en la cabeza y el cuello. Volaron gotas de sangre por doquier, pero en lugar de soltarlo, el perro apretó más fuerte. Ese era el momento que habían esperado sus dos compañeros, que se abalanzaron sobre el jabalí y lo mordieron donde pudieron.

Tulo todavía se encontraba a una quincena de pasos de la masa caótica de animales, pero Varo estaba más cerca y acertó a clavar la lanza en el cuello del jabalí y no en el de un perro, aunque el centurión no hubiera sabido decir si fue cuestión de suerte o precisión. El animal se retorció para liberarse de la lanza y casi se la arranca de las manos, pero Varo aguantó la presión. Cuando Tulo los alcanzó, apuntó a la espera de su oportunidad y, llegado el momento, le clavó el arma en la barriga. Desesperado, el jabalí chilló, pero no se rindió y, con un movimiento rápido de los colmillos, rasgó la barriga de uno de los perros, que cayó al suelo gimiendo.

Acto seguido, el jabalí se centró en el perro que quedaba, momento que aprovechó Varo para hundirle más la jabalina en el cuello e instar a Tulo a hacer lo mismo, que empujó la lanza con tanta fuerza que pensó que saldría por el otro lado. El centurión se hallaba mucho más cerca de lo deseado del jabalí y sus colmillos ensangrentados, tanto que su hedor penetrante se le clavó en la garganta. Si conseguía romper las jabalinas, podía herirlos o matarlos.

Una tercera jabalina alcanzó al animal con un fuerte impacto. A Tulo no le avergonzó sentir alivio ante la llegada de Arminio. A pesar de las tres lanzas y de los dos perros que llevaba clavados

en el cuerpo, el animal se negaba a morir. No cesó en su empeño hasta que la lanza de Varo le penetró el pecho por completo y, tras varias sacudidas, el jabalí por fin murió escupiendo sangre por la boca.

Incapaces de resistir el peso muerto del animal, los hombres soltaron las lanzas y el jabalí se desplomó en el suelo. Conscientes de su hazaña, sonrieron de oreja a oreja.

—Buen trabajo, señor —dijo Tulo.

—¿La primera jabalina es tuya? Muy bien, gobernador. Este animal debe de pesar más que tres hombres juntos.

—Pero no fui yo quien detuvo su avance, sino ese pobre desgraciado —

puntualizó Varo, señalando al perro que yacía en el suelo destripado y que Maelo estaba a punto de sacrificar.

—No importa. Hay que tener mucho valor para atacar a un jabalí de este tamaño y aguantar solo hasta que llegue otro cazador —reconoció Arminio, que se volvió hacia sus hombres y les habló en su lengua. Tulo captó las palabras «el primero en clavar la lanza», que fueron acogidas con entusiasmo por los guerreros. El querusco arrancó su lanza ensangrentada del cuerpo del animal y la alzó al cielo—. ¡Varo! —clamó.

—¡Varo! ¡Varo! ¡Varo! —corearon los guerreros.

Olvidándose por un momento de los

usípetas, Tulo se unió al coro. Varo tenía fama de ser un hombre valiente y expeditivo y ahora lo acababa de demostrar. Sin duda alguna, el gobernador era un buen líder, lo cual hacía más creíble la ristra interminable de cumplidos que le rindió Arminio.

No obstante, Tulo seguía desconfiando del querusco. La vida le había enseñado que las personas que se esfuerzan demasiado por ganarse la simpatía de los demás siempre tienen un motivo encubierto. ¿Cuál sería el de Arminio?

Estaba a punto de ponerse el sol y el

calor había remitido cuando el grupo llegó al Rhenus. Junto a la carretera, varios niños cargados con cañas y ristras de peces observaron el paso de los soldados, mientras cachorros famélicos trataban de ahuyentarlos en vano. A su paso, una anciana anunciaba en pésimo latín que las verduras de su tenderete eran las mejores de toda Germania.

Montado a caballo, Tulo encabezaba la columna junto a Varo, Arminio y Maelo, con los que había compartido varios pellejos de vino. El centurión se notaba algo ebrio, pero no era de extrañar si se tenía en cuenta que, aparte de una tira de carne seca que le había

ofrecido Arminio, no había comido nada desde el amanecer. Además, había sudado a mares durante la cacería. Tulo pensó que no hubiera podido aguantar hasta el final del día si hubiera sido uno de los desafortunados legionarios que les acompañaban o uno de los guerreros que arrastraron el jabalí muerto hasta la carretera. El problema era que se hacía viejo. «Deja de decir tonterías —se amonestó—. Algunos de los nuevos reclutas hubieran sido incapaces de seguir el ritmo de hoy».

—Tulo.

—Sí, señor —respondió el centurión, esforzándose por centrar su atención en el gobernador.

—Esta noche cenarás conmigo —
repitió Varo—. Arminio y Maelo nos
acompañarán.

—Será un honor, señor.

—Voy a necesitar tu apoyo. Arminio
dice que debo comer uno de los
testículos del animal por ser el primero
en clavarle la lanza.

Tulo miró incrédulo al querusco.

—Así lo marca la tradición —
respondió Arminio con una sonrisa—.
El cazador más valiente debe saborear
la parte más valerosa del jabalí.

—Tú también lo probarás —advirtió
Varo—, pero el otro testículo es para
Tulo.

Al oírlo, el centurión escupió el vino

que estaba a punto de tragar. Arminio soltó una carcajada ante su reacción.

—Señor... —acertó a decir Tulo.

—Te prometo que habrá buen vino para acompañarlo.

—Entonces, Arminio, dado que tú has sido el artífice de esta cacería, también deberás probar un bocado del mío —replicó el centurión.

—Muy bien —aceptó sonriente el querusco.

Tulo guiñó un ojo, satisfecho con su pequeña venganza contra Arminio. En realidad, no le importaba demasiado tener que tomar unos bocados de correoso testículo, pues era un precio pequeño que pagar a cambio de probar

los magníficos vinos de Varo.

Sin embargo, el buen humor del centurión se esfumó al divisar a un jinete que galopaba hacia ellos a toda velocidad desde Vetera. Nadie cabalgaba tan rápido si no tenía un motivo urgente y, según la larga experiencia de Tulo, el motivo nunca solía ser bueno.

—Se acerca un mensajero, señor.

Varo torció el gesto.

—Todavía no hemos cruzado el río y ya me llama el deber.

El gobernador se adelantó al grupo y, con un gesto tajante de la mano, ordenó al jinete que se detuviera.

Tulo distinguió las siglas SPQR en

uno de los flancos del animal, lo cual confirmaba su teoría del mensajero. Por mucho que Augusto fuera el primer emperador, esa marca —un vestigio del pasado de la República— todavía era usada por los mensajeros, que llevaban mensajes oficiales a lo largo y ancho del imperio y cambiaban de montura varias veces durante sus viajes. Era posible que la noticia que estaba a punto de leer Varo fuera un mensaje procedente de Roma, del mismísimo Augusto.

El mensajero parecía molesto por haber sido detenido.

—Busco a Publio Quintilio Varo — anunció.

—Y lo has encontrado —contestó

Varo sarcástico.

El mensajero lo miró atónito.

—Mis disculpas, señor. No te había reconocido.

Varo hizo un gesto impaciente.

—¿Quién te envía y qué noticias traes?

—Vala me ha ordenado que te encontrara lo antes posible, señor. Nos han llegado noticias de que un grupo de usípetas ha cruzado el río en un punto situado entre Vetera y Asciburgium. Han saqueado varias granjas y avanzan hacia el oeste.

Varo soltó una maldición.

—¿Cuántos son?

—No está claro, señor, pero al

menos varios centenares.

—¿Algo más?

—Vala ha dicho que era demasiado tarde para enviar las tropas, señor. Además, sabía que estabas a punto de regresar de la cacería y que desearías tomar una decisión al respecto.

Varo despidió al mensajero con órdenes para Vala, que debía organizar una reunión con los oficiales de mayor rango.

—Al parecer, a los usípetas no le satisfizo mi decisión. Tendremos que darles una lección —explicó Varo a Tulo.

—Sí, señor —convino el centurión apesadumbrado.

—No bebas más vino. Tú tampoco, Arminio.

—¿Deseas que participe en el ataque, gobernador?

Tulo creyó detectar un tono de reticencia en la voz del querusco y se volvió hacia él, pero la expresión de su rostro era totalmente neutral.

—Sí, y tú también, Tulo —respondió Varo—. Tubero dirigirá las tropas, así tendrá la oportunidad de aprender de vosotros la forma de hacer bien las cosas.



Arminio recibió furioso la noticia de las incursiones de los usípetas. A Varo no le quedaba más remedio que responder a los ataques con represalias, pero ¿por qué había tenido que ordenarle que acompañara a los legionarios en esa misión? Los usípetas eran sus aliados — secretos o no— y, si los caudillos averiguaban que sus guerreros habían muerto a manos de los hombres de Arminio y que el propio jefe querusco estaba implicado, se esfumaría para

siempre cualquier posibilidad de cooperación.

Si la suerte de los asaltantes dependiera de Arminio, los mataría a todos, pero Varo deseaba tomar prisioneros y los legionarios cumplirían sus órdenes.

Lo único que podía hacer Arminio era ordenar a sus hombres que mataran a tantos como fuera posible con la esperanza de que los que fueran capturados e interrogados no revelaran nada. La situación era arriesgada, pero debía confiar en que los jefes usípetas no descubrieran que había participado en la misión.

Por lo menos, a Arminio le quedaba

el consuelo de que la respuesta contundente de Varo avivara las llamas del resentimiento de las tribus hacia Roma y las que se habían mostrado reticentes estuvieran más dispuestas a unirse a la causa de Arminio.

Arminio trató de convencerse de que los usípetas no sabrían nada de su participación en las represalias de Varo. Su ambiciosa alianza y su plan acabarían por hacerse realidad.

Al día siguiente, Arminio cabalgaba hacia Asciburgium por la carretera del sur. Llevaba tanto tiempo a caballo, que empezaban a dolerle las posaderas. Casi

todos sus hombres se habían adelantado a explorar el terreno, pero él se hallaba al frente de las tropas con dos *turmae*, seguido de Tulo y sus legionarios. Arminio había empezado a contar los hitos de la carretera cuando partieron de Vetera, y aunque su mal humor le había hecho perder la cuenta, por el dolor de nalgas dedujo que llevaban más de diez millas en marcha. El paisaje en esa zona era muy llano. A su izquierda discurría el río, mientras que a su derecha se extendían los amplios prados y algunas granjas. A partir de ese momento, la labor de avanzadilla de sus guerreros sería de vital importancia, puesto que desconocían el paradero de los usípetas.

Cuando los localizaran, la victoria estaba asegurada. La tropa romana, formada por dos cohortes y la mitad de la unidad de caballería de Arminio, aplastaría sin problemas a la banda de usípetas rebeldes. Sin embargo, asegurarse de que los jefes usípetas no se enteraran de que sus aliados queruscos habían participado en el ataque de represalia romano, era harina de otro costal.

Al cabo de un rato, Tulo se aproximó a Arminio. El querusco estaba impresionado con la preparación, disciplina y obediencia de sus legionarios. Tulo era un buen centurión que predicaba con el ejemplo y estaba

convencido de que sus hombres le seguirían a ciegas a todas partes. En otras palabras, era un hombre con el que merecía la pena entablar una amistad y, por otro lado, al que debía vigilar de cerca. Aunque el centurión no comprendió el comentario que murmuró Maelo al principio de la cacería, se percató de la mirada que había intercambiado con Arminio sobre el olor a sangre. Tulo no confiaba del todo en él, pensó Arminio con una sonrisa.

—¿Has visto algo? —preguntó Tulo en tono amistoso.

—Todavía no, pero es solo cuestión de tiempo que mis hombres den con ellos. He sugerido al tribuno que

salieran en *turmae* individuales a explorar el territorio para cubrir más terreno, y tienen órdenes de retirarse sin ser vistos en cuanto divisen a los usípetas —explicó Arminio, a quien complació el gesto de aprobación de Tulo.

—¿Dónde está el tribuno?

—Insistió en acompañar a mis hombres.

Era obvio que Tulo no sentía especial simpatía por Tubero, lo cual no era de extrañar después de lo sucedido en la patrulla de Aliso. De todos modos, Arminio tomó nota de la información para futuras ocasiones.

Los hombres cabalgaron un rato en

silencio.

—¿Crees que estos ataques cuentan con la aprobación de los jefes usípetas? —preguntó Tulo de pronto.

—Si es así, son unos idiotas —respondió Arminio con convicción—, pues este tipo de acciones siempre se atajan a la fuerza.

—Todo el pueblo usípetas sufrirá las consecuencias.

—Así es —respondió Arminio. «Pero si mi alianza no se ve afectada, no me importa», pensó.

Durante el silencio subsiguiente, el querusco observó que Tulo se frotaba una cicatriz ajada en la pantorrilla izquierda.

—¿Una herida antigua? —inquirió.

—Sí. Nunca te recuperas del todo tras una herida así. Si me hago masajes regularmente y recuerdo estirar la pierna cada mañana, no me da tantos problemas, pero ya no puedo caminar como antes. Tras unas millas, tengo la sensación de que algo me aprieta dentro del músculo.

—Es el tejido cicatricial.

—Eso mismo dice el médico. No se puede hacer nada, salvo mantener el músculo lo más flexible posible — confirmó Tulo—. Seguro que tú también has sufrido alguna lesión.

Arminio se llevó la mano al ornamentado casco.

—Tengo una buena cicatriz en la coronilla, cortesía de la *falx* de un guerrero en Illyricum. Por suerte, la hoja era de mala calidad y se rompió contra el casco.

—La *falx* es un arma temible. Yo he visto a más de un soldado con un agujero de *falx* en la cabeza por el que les salía parte del cerebro. Tuviste mucha suerte, está claro que los dioses estaban de tu lado.

—No me cabe duda alguna de que Donar me acompañaba —afirmó Arminio tocando el amuleto en forma de martillo—. Después de ese día, me compré el casco más caro que me pude permitir. Bajo el cabello trenzado y las

decoraciones de plata, hay una capa de bronce de medio dedo de grosor.

—Debe de pesar mucho.

—Al final del día, me duelen los hombros y el cuello —reconoció Arminio—. Pero acabas por acostumbrarte.

—¿Y de qué sirve quejarse si estamos todos en el mismo barco de mierda? —rio Tulo acompañado de Arminio.

«Empiezo a caerle bien. Eso es bueno», pensó Arminio.

Varias horas más tarde, Tubero regresó al frente de una de las *turmae* de

Arminio. Estaba pletórico porque su grupo había sido el primero en avistar a los usípetas, en un asentamiento a unas cuatro millas de distancia.

—Ordené a los hombres que se retiraran en cuanto los avistamos, aunque me hubiera encantado lanzar un ataque en ese mismo instante.

—Ha sido lo más sensato, tribuno.

—Pero todavía hay tiempo para organizar un ataque —propuso Tubero entusiasmado.

Arminio comprobó la posición del sol y pensó que, si lanzaban un ataque a esas horas, algunos guerreros podían escabullirse en la oscuridad y, si se habían percatado de la participación de

los queruscos en el ataque...

—Tu entusiasmo resulta contagioso, tribuno.

—¿Tú también deseas atacar ahora?
—sonrió Tubero.

—Sí, pero quizás el plan funcione mejor al amanecer.

—¿Por qué? —preguntó Tubero con el ceño fruncido.

—Porque ahora todavía habrá algún usípetas sobrio, pero si lanzamos el ataque mañana después de que se hayan pasado la noche bebiendo lo que hayan encontrado, no sabrán lo que pasa hasta que sea demasiado tarde y todo se habrá acabado en una hora.

—¿Y qué pasa con los habitantes del

asentamiento? —reflexionó Tubero frotándose el labio con el dedo.

—La mayoría habrá muerto ya, así que una intervención ahora no marcará ninguna diferencia. Sin embargo, si esperamos hasta mañana, reduciremos el número de bajas. Imagínate lo contento que estará Varo si, además de cumplir la misión con éxito, apenas pierdes a un puñado de hombres.

Tubero asintió.

—Además, tribuno, los usípetas deben haber cruzado el río en barco. Si los barcos desapareciesen, no tendrían ninguna posibilidad de escapar. Si una centuria o dos acudiera al río...

—Podría ordenar que les prendieran

fuego al amanecer —exclamó Tubero—. Cuando las trompetas anuncien el ataque.

—Es un plan excelente, tribuno —afirmó Arminio.

Tubero sonrió como si hubiera sido todo idea suya.

Arminio se adentró en los campos de cebada con Maelo a su derecha, como siempre, y con sus hombres formando un semicírculo a su alrededor. Las expresiones de los guerreros eran feroces y entusiastas. Les acompañaba todavía el aire fresco de la noche, pero el cielo sin nubes auguraba que se

repetirían las altas temperaturas de los días anteriores. Habían cabalgado con enorme precaución y rodeado el asentamiento a pie para llegar con tiempo suficiente antes de que Tubero ordenara que sonara la trompeta. El sol comenzaba a asomar con timidez por encima de los manzanos y avellanos que cubrían la orilla derecha.

Arminio estaba a punto de dar a sus hombres las órdenes finales y algo más.

Se mordió el labio. El momento había llegado antes de lo que hubiera deseado. Incluso estos hombres, que pertenecían a su propia tribu, podían desvelar su secreto más tarde y todo su trabajo, todos sus planes, todo con lo

que había soñado desde niño, podía desvanecerse por un comentario indiscreto ante un soldado romano en Vetera.

Maelo percibió su inquietud y se inclinó hacia él mientras acariciaba el cuello de su montura.

—Arminio, son fieles a ti de todo corazón —murmuró—. No hace falta que les expliques todo, solo lo suficiente para que comprendan por qué es necesario que mueran los asaltantes. No dudarán en hacerlo. Tampoco ha existido nunca un gran amor entre los queruscos y los usípetas.

—Tienes razón —convino Arminio poniendo la espalda recta y echando los

hombros atrás—. Necesito deciros algo —anunció, dirigiéndose a los hombres.

Los guerreros guardaron silencio.

—Por mucho que nosotros, los queruscos, sirvamos a Roma, en nuestros corazones somos hombres libres. ¿No es cierto?

—¡Sí! —rugieron los guerreros.

Arminio se tocó el casco plateado.

—A pesar de las apariencias, jamás me ha gustado servir a Roma, ni jamás me ha gustado seguir las órdenes del emperador, sobre todo si esas órdenes están relacionadas con nuestra tribu o el resto de las tribus. Además, no quiero pagar el nuevo tributo. ¿Quién soy yo? ¿El empleado anónimo de un taller?

Más voces expresaron su acuerdo.

—En la vida de un hombre llega un momento en que la esclavitud ya no es aceptable.

Los hombres lo miraron con curiosidad y creciente inquietud.

—No todos los perros de caza adoran a su amo, Arminio, pero cumplen sus órdenes —interrumpió un guerrero—. Si un perro muerde a su amo, sabe que acabará con un cuchillo en el cuello.

—Sobre todo si el perro duerme a su lado —añadió otro.

—Tenéis razón. Los auxiliares como nosotros que se rebelan contra Roma son castigados con la máxima severidad. Sin embargo, si los romanos sufrieran una

derrota catastrófica, si perdieran miles de soldados de una vez, seguro que moriríais de viejos en lugar de en sus manos o en el circo. ¿Por qué? ¡Porque después esos romanos hijos de puta no se atreverían a cruzar el maldito río!

A los hombres les gustó la idea, pero seguían intranquilos.

—Estás hablando de una rebelión, Arminio —dijo el guerrero que había mencionado a los perros de caza.

—Eso mismo, hablo de una rebelión, así de simple —afirmó Arminio, complacido ante el gesto de aprobación de varios hombres al escuchar sus palabras—. Yo ya estoy harto del yugo romano. Soy un hombre libre, pero a

pesar de ello estoy obligado a pagar el maldito tributo. Soy el jefe de los queruscos, pero lucho con las legiones contra pueblos por los que no siento animosidad alguna. Ha llegado el momento de cambiar las cosas. Ha llegado el momento de ser mi propio amo. Ha llegado el momento de levantarse y luchar. ¿Estáis conmigo? — preguntó Arminio, la mirada clavada en sus hombres.

—¡Yo sí! —exclamó Maelo alzando el puño.

—¡Y yo! —gritó para gran satisfacción de Arminio el guerrero que había mencionado a los perros de caza.

Los hombres a su alrededor también

expresaron su acuerdo y, al cabo de unos instantes, como las rocas que caen tras desprenderse la primera piedra en un corrimiento de tierras, el resto de los guerreros se unió a ellos.

Arminio alzó las manos.

—Os agradezco vuestro apoyo, hermanos, pero es importante que los usípetas no os oigan.

—En nombre de Donar, ¿por qué no? ¡Deberíamos despertarlos para que luchen con nosotros contra los romanos! —exclamó un guerrero.

Varios hombres opinaron lo mismo, pero guardaron silencio en cuanto Arminio empezó a hablar de nuevo.

—Me encantaría poder hacer eso,

pero no es aquí donde atacaremos a los romanos, ni tampoco ahora. Somos demasiado pocos y mi objetivo no es eliminar a dos cohortes, sino a tres legiones. El ataque de hoy debe seguir adelante y, en la medida de lo posible, todos los usípetas deben morir — declaró Arminio. Sus palabras fueron recibidas con consternación—. La cuestión es que los jefes usípetas ya han aceptado unirse a nuestra causa, pero si descubren que hemos participado en este ataque y asesinado a algunos de sus hombres, por mucho que sea por orden de los romanos, me dirán que me meta la rebelión en el culo. ¡Eso si tengo suerte! —Le satisfizo ver que sus palabras

provocaban algunas risas entre los hombres—. Necesitamos que varias tribus se unan a nuestra causa, pero si los usípetas se retiran, la posibilidad de que el resto de las tribus colabore desaparecerá para siempre en el fango de la ciénaga.

Silencio.

—Con todo el dolor de mi corazón os digo que hoy tenemos que cumplir las órdenes de Varo y que, además, debemos evitar que nadie en la otra orilla se entere de nuestra participación en el ataque. Si es posible, todos los asaltantes deben morir —explicó Arminio, sentado erguido sobre el caballo y con un enorme nudo en el

estómago.

Transcurrieron unos instantes. Nadie habló. Arminio permaneció callado con expresión adusta.

—Júranos que, si hacemos lo que nos pides, nos entregarás a miles de esos hijos de puta —exigió el guerrero de los perros de caza—. Júranos que podremos lavar con sangre romana la mancha de hoy.

Cientos de miradas se posaron en Arminio. «Donar, ayúdame», suplicó. Si se equivocaba con sus palabras, los perdería.

—Pongo a Donar por testigo que yo, Arminio de los queruscos, con vosotros a mi lado, daré a los romanos una

lección que jamás olvidarán. Su sangre correrá en el río y sus aullidos de dolor se alzarán al cielo. Miles de ellos morirán y, entre ellos, Varo. Arrebataremos los estandartes del águila y sacrificaremos a sus oficiales ante el dios del trueno. En Roma, el emperador temblará ante la noticia. ¡Y sus legiones jamás volverán a pisar nuestras tierras! ¡Jamás volverán a aplastar a nuestra gente!

—Yo quiero vivir para ver ese día. Cuenta conmigo —declaró Maelo, fiel como siempre.

—¡Y conmigo! —gritó el guerrero de los perros de caza.

Y así fue como sus hombres pasaron

de estar inquietos y reticentes a mostrarse feroces y sedientos de sangre. Era como si les hubiera pasado por encima la mano de un dios.

—¡Cuenta conmigo, Arminio!

—¡Y conmigo!

—¡Estamos contigo!

Al cabo de un instante, sonaron las trompetas del norte.

Arminio sonrió. Había convencido a sus hombres justo a tiempo.



Tulo aguardaba al frente de la cohorte en un campo de farro y mijo.

Los legionarios situados a su izquierda estaban en medio de un campo de espelta y, los de su derecha, en uno de lentejas. El asentamiento se encontraba al norte, a casi media milla de distancia. Más allá de los campos de cultivo se divisaban docenas de casas con techos de paja. Un zorro cruzó el sendero que separaba su campo del siguiente y miró inquieto a los seres que

invadían su territorio.

Habían llegado hasta allí sin incidentes, por lo que Tulo sospechaba que los usípetas también habrían matado a los perros, ya que incluso a esa distancia lo normal era que su presencia hubiera provocado un coro histérico de ladridos. Sin embargo, solo un gallo solitario les había dado la bienvenida.

Tampoco vio salir humo de los tejados de las casas, lo cual significaba que no había ninguna mujer preparando gachas para el desayuno ni horneando pan. Ni tampoco se veía a los niños conduciendo las vacas al prado o escapándose al río con los amigos. Tulo tuvo el convencimiento de que todos los

habitantes de la aldea habían muerto y que los usípetas dormían la mona tras haber pasado la noche bebiendo la cerveza y el aguamiel que encontraron a su paso. Tulo trató de borrar de su mente la suerte que habrían corrido los aldeanos. Su infortunio y la falta de previsión de los usípetas permitirían a los romanos resolver ese asunto sin mayor dilación.

Tulo había desplegado a los legionarios en seis centurias a lo ancho con treinta pasos de distancia entre cada unidad y, aunque el resto de los centuriones eran veteranos, Tulo decidió supervisar la cohorte una última vez para comprobar que los legionarios

estaban listos y recordarles que debían tomar prisioneros. Algunos parecían nerviosos y muchos rezaban. Era normal. La mayoría tenía el semblante serio y asentía con breves inclinaciones de cabeza a sus palabras como para asegurarle que harían bien su trabajo. En cuanto Tulo retomó su puesto en el extremo derecho de la primera fila de su centuria, sonó el tronar inconfundible de las trompetas al norte, al otro lado del poblado. Tubero y Bolano, el comandante de la otra cohorte, estaban listos y seguro que Arminio y sus hombres también. A pesar de su opinión ambivalente sobre el querusco, Tulo sabía que haría un buen trabajo.

Como siempre le sucedía antes de una batalla, notó un nudo en el estómago. Para tranquilizarse, realizó su plegaria habitual. «Gran Marte, protégenos con tu escudo a mí y a mis hombres. Juro realizar una ofrenda en tu honor si la mayoría de nosotros salimos de esta». Hacía mucho tiempo que el centurión había aprendido a no pedir a su dios que todos sus soldados sobrevivieran.

—¡Ahora! —ordenó tocar a los dos músicos que tenía a su lado. Su sonido se unió al de las trompetas de Bolano y le siguieron los cuernos de Arminio—. ¡Desenvainad las espadas! ¡Marcha rápida! —bramó Tulo.

Las tropas iniciaron la carga. Los

cultivos a medio crecer que jamás serían cosechados fueron aplastados por cientos de sandalias tachonadas. Tras cruzar un estrecho sendero para los carros, los soldados se adentraron en un campo de arveja que también acabó aplastado bajo sus pies. Un cerdo solitario que se había zafado de los usípetas huyó soltando varios chillidos. En la aldea seguía sin observarse movimiento alguno. Tulo miró las otras centurias, pero no intentó alinear su primera fila con la de la siguiente unidad porque carecía de todo sentido.

Esta vez no iban a entablar una batalla cara a cara donde los legionarios se detenían a una corta distancia del

enemigo para lanzar las jabalinas, sino que la típica configuración de la aldea, con edificios de diferente tamaño que se arremolinaban alrededor de un montículo empalizado y formaban rectángulos irregulares, implicaba que la unidad perdería su formación en cuanto entraran. Cuando eso sucediera, Tulo solo podría controlar a la decena de hombres que tuviera más cerca. Si deseaba comunicar instrucciones básicas al resto de la cohorte, debería recurrir a las trompetas.

Divisaron un cadáver a un centenar de pasos del primer edificio. El hombre estaba tumbado boca arriba y, a juzgar por sus sandalias llenas de barro y la

túnica gastada, se trataba de un granjero. Al pasar por su lado, se levantó un enjambre de moscas que se había posado sobre la mancha de sangre que tenía entre los omóplatos. Poco después, los cadáveres comenzaron a sucederse uno tras otro: hombres, mujeres, niños y ancianos, ni siquiera los animales se habían salvado. Tulo vio a un cachorro de perro con el cráneo aplastado junto a un niño de unos cuatro años y volvió la vista al otro lado, pero el horror era tan inmenso que era imposible esquivarlo. Lo peor era ver lo que habían hecho los usípetas con las mujeres, independientemente de que fueran abuelas desdentadas o niñas demasiado

pequeñas como para tener la menstruación, las habían violado antes de asesinarlas. Los vestidos levantados ocultaban el terror que debía desfigurar sus rostros, pero las atroces heridas en sus cuerpos y los muslos ensangrentados fueron suficientes para que a Tulo le subiera la bilis a la boca.

—¡A muerte! —rugió con todas sus fuerzas—. ¡A muerte!

—¡A MUERTE! ¡A MUERTE! —gritaron los soldados.

Ya estaban cerca de las casas cuando el primer guerrero usípeta apareció en el umbral de una vivienda, despeinado y con los ojos somnolientos. Tulo lanzó un rugido y se lanzó a la

carrera. El guerrero lo contemplaba boquiabierto cuando el *gladius* le atravesó el vientre con tanta fuerza que la punta asomó por la espalda. Los aullidos de su víctima llenaron los oídos de Tulo mientras le arrancaba la espada. Una embestida tan potente a menudo provocaba que la hoja del arma quedara atrapada en la columna del enemigo, lo cual podría haberse traducido en una muerte muy estúpida para Tulo. Por fortuna, los otros tres usípetas que había en el interior de la casa estaban tan ebrios como su amigo agonizante.

Tulo entró en la casa como un torbellino: arreó un puntapié en la cara a uno de los guerreros y aplastó la cabeza

del otro con el borde de hierro del escudo cuando intentó incorporarse. Uno de los legionarios que le pisaba los talones despachó al tercer guerrero mientras el centurión daba la estocada final en el pecho a los dos hombres que había aturdido. Dentro y fuera. Sangre por todas partes. Dentro y fuera. Más sangre. Tulo estaba a punto de rematar a su primera víctima cuando vio por el resquicio de la puerta al niño pequeño con el cachorro muerto. Con una mueca, Tulo soltó al moribundo y le pasó por encima.

—Dejad que agonice —ordenó.

Había ocho soldados esperando en la puerta; el resto se había dispersado,

como era de prever. El caos reinaba por doquier. Junto a una hoguera que todavía ardía con rescoldos, había una veintena o más de somnolientos usípetas a los que rodeaba más del doble de legionarios. Los guerreros murieron sin tiempo de agarrar las lanzas. Otro grupo que se había quedado dormido cerca corrió la misma suerte. Los romanos entraron en todas y cada una de las casas derribando las puertas de madera a patadas. En cuanto entraban, sonaban los chillidos de los guerreros que eran despertados por las espadas romanas.

Algunas casas de la aldea eran elevadas y se sostenían sobre cuatro columnas de madera, así que, cuando

unos legionarios descubrieron unas hachas en un taller, buscaron una casa llena de usípetas y comenzaron a talar una de las columnas. En cuanto la estructura empezó a tambalearse, el enemigo trató de escapar por la escalera situada junto a la puerta. Dos usípetas murieron en el intento y el resto decidió recluirse dentro. Al cabo de unos momentos, la columna se partió y la casa se desplomó. Los guerreros que sobrevivieron al derrumbe fueron rematados por los legionarios en cuanto trataron de huir de los escombros.

La táctica tuvo tanto éxito que fue emulada en otras casas. Era una manera cruel de morir, pero Tulo no intervino.

En vista de las atrocidades cometidas por los usípetas, no le importaba la manera en que murieran. Lo único que deseaba Tulo era reducir al mínimo las bajas de sus soldados y capturar algunos prisioneros, aunque todavía no había decidido cuántos, por lo que sus hombres podrían continuar bañando sus espadas en sangre usípeta durante un rato más.

No todos los guerreros opusieron tan poca resistencia. Cuando las columnas de humo provenientes del río anunciaron la destrucción de los barcos, muchos usípetas se agruparon y trataron de huir del poblado. Mientras sus hombres los contenían, Tulo divisó a su *optio*. La

sangre que le salpicaba la cara le afeaba todavía más, pero lo importante era que estaba ileso, por lo que Tulo suspiró con un alivio mayor del que jamás reconocería.

—¿Qué ha pasado?

—Tubero ordenó conducir a los usípetas a la empalizada porque, según él, era un buen lugar para atraparlos, pero muchos no estaban todo lo asustados que nos hubiera gustado y cerraron la puerta del recinto. Ya hemos perdido a cinco o seis hombres intentando entrar para abrir la puerta.

Tulo soltó una maldición.

—¿Cuántos crees que hay ahí dentro?

—Unos cincuenta, señor, o quizá más.

—¿Has visto a Bolano o a Arminio?

—Bolano está avanzando hacia el rectángulo de la izquierda, señor, y la última vez que vi a Arminio estaba hablando con Tubero.

El centurión se maldijo por no haber advertido a Tubero de que el enemigo podía usar la empalizada como posición defensiva.

—¿Cuántos hombres tienes?

—Quince de nuestra centuria, señor. Están vigilando la puerta.

—Llévate también a estos legionarios y a un trompeta. Rodea la empalizada lo mejor posible. Yo voy a

reunir a un par de centurias y me uniré a ti.

—¿Tendrás suficiente con solo un trompeta, señor?

—¡Desde luego! Vamos, ¡largo! —respondió Tulo tajante.

—Muy bien, señor. —Fenestela se volvió hacia los nueve soldados de Tulo —. Ya habéis oído al centurión, pedazo de gandules. ¡Seguidme! —ordenó el *optio* mientras los hombres le pisaban los talones.

Tulo ordenó al trompeta que tocara a retirada una vez y no demasiado fuerte para no atemorizar a los soldados que se hallaban más lejos. Al poco rato se congregaron ante él dos centuriones,

varios suboficiales y más de un centenar de legionarios. Tulo les explicó el motivo por el cual los había convocado y procedieron a seguirle entusiasmados.

En la empalizada vio a Tubero con unas dos centurias. A juzgar por el número considerable de legionarios que yacía alrededor de la puerta, dedujo que no habían logrado entrar. Tulo rogó que ninguna de las bajas fuera de su centuria.

Los usípetas no parecían dispuestos a rendirse sin más.

El centurión ordenó a sus soldados que formaran junto a los de Tubero y fue a averiguar cuál era la situación.

Encontró a Tubero sermoneando a Bolano, que parecía muy descontento.

No había señales de Arminio por ninguna parte.

—Veo que has traído más tropas.

Bien —comentó Tubero al verlo.

—Sí, señor, casi dos centurias.

—Tomaremos la puerta en el siguiente ataque, entonces. Por ahora disponemos de cinco escaleras, así que necesitamos buscar media docena más.

—¿Ya has lanzado un primer ataque, señor? —preguntó Tulo recorriendo con la mirada los cadáveres de los legionarios junto a la puerta.

—Sí, ordené el ataque en cuanto llegué —espetó Tubero.

Por el número de muertos, estaba claro que el asalto había fracasado, lo

cual también confirmaba la expresión descontenta de Bolano.

—¿El ataque no tuvo éxito, señor?

—No —contestó Tubero apretando los labios.

—Los usípetas están defendiendo la empalizada con uñas y dientes —explicó Bolano—. Ya han muerto ocho legionarios y varios están heridos. He sugerido al tribuno que fuéramos al campamento en busca de las catapultas.

—¡Al diablo con las catapultas! —gritó Tubero—. Se necesitaría medio día para transportarlas hasta aquí. Voy a lanzar otro ataque ahora. Nuestros hombres cuaduplican o quintuplican en número a esos cerdos. Es imposible que

se nos resistan.

Tulo respiró hondo.

—Quizá tengas razón, señor, pero como los usípetas ya han visto el humo de los barcos y saben que los superamos en número, van a luchar con todas sus fuerzas hasta el final porque no tienen nada que perder, lo cual puede causar muchas bajas entre nuestras filas.

—¿Qué estás tratando de decirme, centurión? —inquirió Tubero poniendo especial énfasis en la última palabra.

—Que es innecesario sufrir tantas bajas en un ataque, señor.

—¡Yo estoy al mando aquí! ¡Yo...

Tulo perdió la paciencia.

—El gobernador Varo me ha

incluido en esta misión por mi experiencia, señor, y un asalto frontal no es la única opción.

—¿Me estás diciendo cómo debo hacer mi trabajo, centurión? —profirió Tubero.

—No, señor —contestó Tulo apretando la mandíbula.

—Bien.

—Quizá debiéramos intentar lo que... —comenzó a decir Bolano, pero Tubero le interrumpió.

—Los usípetas carecen de hombres suficientes para defender todo el perímetro —explicó, como si nadie más se hubiera percatado de ello—. Tulo, toma a un grupo de soldados y llévalos

al otro lado. Escalad la empalizada, atacad a esos cabrones por la retaguardia y abrid la puerta.

Tubero había entrado en razón, pensó Tulo. El centurión adivinó por lo que había empezado a decir Bolano que la idea original provenía de Arminio.

—Muy bien, señor —respondió Tulo, que no estaba preparado para el aguijón envenenado que estaba a punto de clavarle Tubero.

—Llevarás contigo a veinte hombres.

«¿Veinte? —se alarmó Tulo—. Arminio jamás hubiera recomendado atacar con un grupo tan reducido».

—Cuarenta sería mejor, señor.

—¿Qué pasa? ¿No consideras que tus hombres estarán a la altura? —se burló Tubero.

—Yo no he dicho eso, señor —protestó Tulo.

—Bien, pues entonces llevarás a veinte hombres.

—Es insuficiente, señor —intervino Bolano.

—Si quiero tu opinión, Bolano, ya te la pediré —replicó Tubero—. Vamos, rápido, centurión, no tengo todo el día —añadió el tribuno dedicando una dura mirada a Tulo.

—Señor —saludó Tulo. «Vete al infierno, maldito mocososo arrogante», pensó—. ¿Iniciarás el ataque cuando

empiece la lucha?

—Por supuesto.

Irritado consigo mismo por no haber sido capaz de mantener su genio bajo control, Tulo se marchó pensando que, gracias a Tubero, veinte hombres y él visitarían el Hades antes de lo previsto.

A pesar de su irritación, Tulo no metió prisa a los soldados. Eran todos veteranos y sus vidas eran demasiado valiosas como para desperdiciarlas por la rabieta de un tribuno novato. Si tenían que morir, al menos se aseguraría de que iban bien armados y pertrechados con todo lo necesario para la misión. Para

escalar la empalizada de forma rápida y segura, necesitaban más escaleras. Tulo agradeció que muchas casas fueran construcciones elevadas y fue en busca de cuatro escaleras en las viviendas que continuaban en pie. En cuanto las tuvieron, atravesó de nuevo la aldea con Fenestela y los veinte legionarios. Esta vez sus calles también estaban repletas de cadáveres usípetas. Regresaron a los campos que habían cruzado horas antes y Tulo esperó que los guerreros de la empalizada no estuvieran haciendo guardia o, al menos, que estuvieran demasiado lejos para avistarlos.

Fenestela no había cuestionado las órdenes del tribuno ante los hombres,

pero llevaba el suficiente tiempo al servicio de Tulo para poder preguntarle al respecto en privado. El centurión le explicó lo sucedido en voz baja.

—Mi objetivo era evitar una pérdida de vidas innecesaria, pero ese capullo no quiso escucharme. Seguro que solo piensa en la gloria que le deparará esta victoria. Cuanto más rápido consiga el triunfo, mejor sonará en su informe a Varo. El problema es que perdí la paciencia, Fenestela, y le dejé claro que quien está al mando soy yo y no él. Por eso nos ha encomendado esta maldita misión suicida.

—A mí me hubiera pasado lo mismo, señor. El tribuno es un cabrón

muy astuto —sentenció Fenestela y escupió—. Aunque fracasemos, esos guerreros no podrán resistir eternamente, así que, pase lo que pase, Tubero se llevará la gloria. En lo que concierne a nosotros, es cuestión de hacer lo que nos manda sin morir en el intento. ¡Así lo cabreadremos más!

—Eres incorregible, Fenestela —dijo Tulo de todo corazón.

—No sé qué quieres decir exactamente con eso, señor, pero me lo tomaré como un cumplido.

Tulo rio.

—Significa, Fenestela, que no hay nadie que prefiriera tener a mi lado en estos momentos.

—Lo mismo digo, señor —
respondió Fenestela con una sonrisa que
lo afeó más que nunca.

Tulo se alegró al descubrir que había un
pequeño hayedo con el suelo cubierto de
carpes al noroeste de la aldea.
Desconocía si se empleaba para
ceremonias sagradas, pero lo cierto era
que se hallaba muy cerca de la
empalizada y era perfecto para esconder
a los hombres mientras Fenestela y él se
aproximaban a la empalizada para
investigar. Ocultos detrás de una enorme
haya, observaron en silencio la parte
superior de la empalizada. En su interior

se oía un clamor considerable, pero parecía proceder del otro extremo, de la puerta.

—Si hay centinelas, no hacen muy bien su trabajo —comentó Tulo.

—Deja que eche un vistazo, señor —propuso Fenestela señalando las ramas sobre sus cabezas—. De niño, era muy bueno trepando a los árboles.

—Pero de eso hace bastante tiempo —comentó Tulo divertido mientras Fenestela se quitaba los cinturones y se desprendía de la cota de malla y la *subarmalis*, la prenda que llevaba debajo.

—¡Qué alivio! —exclamó el *optio* mientras agitaba los brazos para que le

corriera el aire por debajo de la túnica de lana empapada de sudor.

—¡Sube ya! —gruñó Tulo. Juntó las manos para darle un empujón hasta la primera rama.

Una vez allí, no tardó en llegar hasta la segunda y la tercera. Tulo contempló su ascenso con los nervios a flor de piel. Si los usípetas descubrían su presencia, sería imposible lanzar un ataque sorpresa. Para su gran alivio, no oyó ningún grito, pero no se tranquilizó hasta que Fenestela bajó del árbol.

—¿Y bien?

—Hay un par de guerreros patrullando el terraplén. Pronto los veremos pasar.

—Esperaremos a que pasen, entonces. Tú vigíalos mientras te cambias y yo iré a buscar a los hombres.

A su regreso, Fenestela le confirmó que los centinelas habían pasado y que no se habían percatado de su presencia.

—Pasaron hace un instante, señor.

—Será mejor que nos pongamos en marcha ya.

Tulo no perdió el tiempo hablando con los soldados. Todos sabían ya lo que tenían que hacer. Llamó a los hombres de las escaleras y el pulso se le aceleró de repente, como solía ocurrirle antes de una batalla. «Fortuna, te ruego que me concedas un seis doble en esta partida», suplicó.

El grupo cruzó el campo hasta el pie de la empalizada, que tenía la altura de un hombre y medio. Varios soldados maldijeron las zarzas y las espinas que se clavaban en las manos. Tulo recorrió con la vista la parte superior de la empalizada, pero no logró ver nada.

—Subid lo más rápido posible —ordenó a los legionarios—. Nos reagruparemos al otro lado y correremos hacia la puerta como si Cerbero nos pisara los talones y estuviera a punto de pegarnos un bocado en el culo. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

A pesar del peligro, Tulo se alegró de ver que la mayoría de los hombres

sonreía.

Eran cuatro escaleras. Cuatro hombres abrirían el camino. Cuatro hombres serían los que arriesgarían primero sus vidas, entre ellos Tulo y Fenestela. Los otros dos eran legionarios que se ofrecieron antes de que Tulo pidiera voluntarios. El resto formó una fila detrás de las escaleras. Las filas eran cortas, muy cortas. Tulo notó un nudo en el estómago. «Maldito seas, Tubero, será mejor que ordenes el ataque en cuanto comience la lucha». El centurión comenzó a subir. A su lado, los otros tres hombres hicieron lo mismo. Un peldaño. Dos. Tres y la cabeza de Tulo casi asomaba por el

borde puntiagudo del terraplén de madera. En ese instante se dio cuenta de que el penacho rojo de su casco ya sería visible y anunciaría su presencia a gritos. Con el corazón latiéndole tan fuerte como el martillo del herrero sobre el yunque, colocó los pies en el último peldaño, agarró las estacas con ambas manos y saltó al otro lado sin comprobar si había algún guerrero cerca.

Aterrizó en una estrecha pasarela y los pulmones se le llenaron del olor de la madera no tratada. Se le pusieron los pelos de punta. En esos momentos estaba tan indefenso como un bebé caído de la cuna. Clavó las rodillas en el suelo y se levantó. Para su gran alivio, no

había guerreros cerca. La empalizada rodeaba un gran montículo cubierto de hierba. Al otro lado distinguió la puerta y, a su lado, multitud de guerreros. Estaban demasiado lejos, a unos trescientos pasos o más, para saber el número exacto. En cualquier caso, superaban con creces el número de sus hombres. La pasarela retumbó al caer encima Fenestela y los dos legionarios. Tulo se asomó al borde de la empalizada para ordenar al resto que saltara.

—¡Moveos! ¡Moveos!

Para cuando el último de los hombres saltó la empalizada, Tulo, Fenestela y el resto ya habían

descendido hasta el suelo del recinto. Por imposible que pareciera, seguían sin ser vistos. Los hombres prepararon los escudos y esperaron a que los últimos soldados se unieran a ellos. Para templar los nervios que tenía a flor de piel, Tulo se dedicó a estudiar el amplio recinto, que era el típico lugar de reunión de la aldea donde se celebraban las ceremonias religiosas, las bodas y las celebraciones. La única estructura era un altar de piedra delante del montículo de tierra. Tulo apretó la mandíbula. No había lugar donde esconderse de camino a la puerta.

—Acercaos —ordenó—. Nuestro cometido es muy sencillo: debemos

correr hasta la puerta tan rápido como los atletas en las Olimpiadas. Los guerreros se percatarán de nuestra presencia antes de que lleguemos, pero debemos seguir corriendo a toda costa. En cuanto alcancemos la puerta, la abriremos para que entren nuestros hermanos.

Tulo pensó que no llegarían tan lejos, pero era imprescindible que se mostrara seguro ante sus hombres.

—¿Los demás atacarán en cuanto oigan el fragor de la lucha? —preguntó un soldado.

—Así es —contestó Tulo, aunque no se fiaba para nada del cabrón de Tubero—. Pero no vamos a necesitar su ayuda,

¿verdad?

—¡No, señor! —replicó Fenestela—. ¡Daremos a esos cabrones su merecido!

No todos los soldados mostraban la misma seguridad que Fenestela. De hecho, algunos parecían realmente aterrorizados, pero Tulo no tenía tiempo para animarlos.

—Formad, ahora. Cinco filas a lo ancho y cuatro a lo largo. Yo ocuparé mi puesto habitual. *Optio*, tú irás en la última fila, a la izquierda. —La parte no hablada de la tarea de Fenestela era evitar cualquier retirada, aunque de nada serviría en aquel recinto, pensó Tulo con cinismo—. ¡Desenvainad las espadas!

¡Seguidme!

Tulo echó a correr con veintiún soldados a sus espaldas. Comenzó a contar los pasos, como hacía siempre en todas las batallas. Contar le ayudaba un poco a no pensar tanto en el hecho de que podía morir a manos de los hombres contra quienes cargaba.

Un poco.

Diez pasos. Veinte. Treinta. Cuarenta. Cincuenta. Por ahora nadie había dado el grito de alarma. Ni los guerreros de la puerta ni los centinelas de la pasarela. ¿Dónde se habían metido los centinelas? Tulo no miró a ningún lado, tenía la vista clavada en el grupo principal de guerreros. Tenía la boca

seca, pero el sudor le corría por la frente, y se la secó con el brazo derecho. Sesenta pasos. Setenta. Por todos los dioses, ¿estaban sordos y ciegos los usípetas?, pensó. El centurión no pudo evitar sentir un atisbo de esperanza. ¿Acaso el ruido exterior amortiguaba el sonido de sus pasos?

Cuando llevaban noventaún pasos, Tulo oyó un grito excitado y luego otro. Les habían visto. Se arriesgó a mirar a izquierda y derecha. Uno de los centinelas daba saltos en el terraplén como un gato sobre ascuas y gritaba a viva voz. Tulo posó la vista en la puerta y los hombres que la defendían. Varias cabezas se volvieron incrédulas, pero

nadie se había movido todavía.

—¡NO OS DETENGÁIS! ¡NO OS DETENGÁIS! —ordenó.

Satisfecho de que un buen número de usípetas estuviera atrapado en la empalizada, Arminio se había llevado a Maelo y a una docena de sus mejores hombres para calibrar la situación en el resto de la aldea. El carácter unilateral de la lucha y la falta de prisioneros eran muy gratificantes. El fragor de la batalla había contagiado a los legionarios y a sus guerreros, tal como él mismo había esperado, pensó Arminio con satisfacción. La batalla no tardaría en

tocar a su fin y, con suerte, casi no habría prisioneros. Había llegado el momento de regresar al lado de Tubero.

A su llegada a la empalizada, Bolano dedicó un saludo amable al querusco, mientras que Tubero se limitó a saludarle con un gesto altivo de la cabeza.

«¡Qué capullo! Pero puede resultarme útil en un futuro», pensó Arminio.

—¿Todo bien? —preguntó Bolano.

—Sí, los usípetas que todavía resisten en la aldea serán aplastados muy pronto.

—Estos tampoco aguantarán mucho —afirmó Tubero señalando la

empalizada con la mirada.

Arminio se fijó en los legionarios que yacían junto a la puerta y que antes no estaban. «El chico sigue sin usar la cabeza», pensó.

—¿Has ordenado ir a buscar las catapultas, tribuno?

—¡Por el amor de Júpiter! Ya me lo preguntaste antes y Tulo también — espetó Tubero—. No he ordenado que las traigan porque deseo acabar con todo esto antes de que se ponga el sol. Tulo y veinte legionarios han entrado por la retaguardia y abrirán la puerta.

—No son muchos hombres, tribuno.

—Son suficientes si ordeno un ataque en cuanto comience la lucha —

replicó Tubero con gesto altanero.

Arminio hizo caso omiso del tono engreído de Tubero y de la probabilidad de muerte para Tulo y sus hombres. Sabía que al final los romanos acabarían tomando la empalizada de un modo u otro. Además, en esos momentos había cientos de legionarios disponibles y no podía controlar el número de prisioneros que capturarían, pero le preocupaba que los usípetas pudieran escapar por la pared posterior de la empalizada que estaba sin vigilar. Debía intervenir si quería asegurar el éxito de su misión. Por ello bajó la voz para dirigirse a Tubero y proteger su frágil ego.

—Está claro que hay que tomar esa puerta, tribuno, pero me preguntaba si no sería más eficaz realizar un ataque desde varios puntos. —Tubero hizo una mueca, pero no impidió que Arminio le explicara el modo en que sus hombres podían dividirse y ponerse de pie sobre los caballos para saltar la empalizada por diferentes puntos—. Pase lo que pase, la misión será un éxito, tribuno, pero con mi táctica conseguirás que mueran menos legionarios. Sería una terrible pérdida que muriera un centurión veterano. Varo...

—Sí, ya entiendo lo que dices —reconoció Tubero sonrojándose—. Ordena a tus hombres que inicien el

asalto cuando suenen las trompetas.

—Es un buen plan, tribuno —dijo Arminio inclinando la cabeza con fingido respeto—. Ya has oído al tribuno, Maelo. Da las órdenes a los hombres. —Maelo asintió—. No quiero que escape ni un usípetas, ¿lo has entendido? —añadió en germano.

—Sí —respondió Maelo antes de hacer dar media vuelta al caballo y marcharse.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Tubero.

—Le he dicho que has depositado tu confianza en nuestros hombres y que no deben fallar —mintió.

Incluso cuando inclinaba la cabeza

en un gesto de aprobación Tubero conseguía transmitir su desdén por el querusco.

A Arminio le daba igual. La mayoría de los guerreros usípetas no tardaría en morir y ya se encargaría en Vetera de los prisioneros que fueran capturados. Así su secreto estaría a salvo. Y si el precio que debía pagar para conseguir su objetivo era aguantar la arrogancia de Tubero, la aguantaría.



Tulo contó cien pasos. Ciento cinco. Ciento diez y la vieja lesión de la pantorrilla izquierda empezó a protestar. El centurión ignoró los pinchazos de dolor y la presión en el pecho. A los ciento treinta pasos, los guerreros de la puerta se lanzaron a la carga de manera desordenada gritando y blandiendo las lanzas. La distancia entre los dos grupos se estrechó con rapidez. Tulo y sus hombres no bajaron el ritmo.

A los ciento sesenta pasos tuvo que

admitir que la puerta estaba demasiado lejos. No podían llegar antes de que los guerreros les dieran alcance. «Mierda —pensó Tulo—. Mierda». Los legionarios no aminoraron el paso. El centurión sabía que eran capaces de mantener la velocidad hasta el final, pero él no. El dolor de la pantorrilla era insoportable y tenía dificultades para respirar. Debería vivir con las consecuencias de cubrir menos terreno o, mejor dicho, morir.

—¡Aminorad la marcha! —graznó Tulo.

El centurión respiró hondo varias veces y escupió bastante mucosidad. Había perdido la cuenta, pero no

importaba. Los usípetas se encontraban a cincuenta pasos y cada vez estaban más cerca. A medida que se aproximaban, se iban abriendo en un amplio círculo que pronto envolvería al pequeño grupo de Tulo. La puerta se encontraba al menos a ochenta pasos, pero a todos los efectos era como si estuviera en Judea. Si Tubero no se la tuviera jurada, ese era el momento de lanzar el ataque, pero Tulo no oyó nada en el otro lado de la empalizada. Estaban solos.

—¡ALTO! —Tulo miró a la izquierda y vio a cuatro legionarios. Por encima del hombro distinguió que se formaban tres filas. Entre los cascos y las caras

enrojecidas vislumbró a Fenestela, todavía en posición. Al centurión le invadió un enorme sentimiento de orgullo. Muchas tropas se habrían negado a cargar contra una muerte segura, pero sus hombres lo habían hecho y con orden—. Todavía podemos llegar a la maldita puerta —gritó—. ¡Formad un cuadrado! Cinco hombres a lo ancho, cuatro a lo largo y dos en el interior. Fenestela, colócate en la esquina opuesta a la mía. —Tulo dejó que sus hombres decidieran quién se enfrentaría primero al enemigo y quién actuaría de reserva. Acostumbrados a adoptar esta forma durante la instrucción, obedecieron rápidamente—.

¡Adelante! ¡Y hasta la puerta caminando al paso! ¡Ya!

Los legionarios no llevaban jabalinas, pero muchos de los guerreros tampoco. El ataque por sorpresa les había llevado a coger solo una lanza al despertarse, en lugar de dos o tres como era habitual. La tormenta de proyectiles que solía preceder a un combate cara a cara sería mucho más ligera y muchas menos lanzas acabarían clavadas en los escudos. A los treinta pasos —la distancia de tiro perfecta—, llegó la ráfaga.

—¡Alzad los escudos! —bramó—. ¡Caminad!

¡Pum! ¡Pum!

Tulo constató aliviado que no había recibido ningún impacto en el escudo.

De pronto oyó un gemido de dolor detrás de él y notó un peso muerto sobre la espalda.

«Hemos perdido uno», pensó Tulo.

—¡Seguid caminando! —ordenó.

Los soldados avanzaron diez pasos más en formación y dejaron atrás el cuerpo del legionario al que había alcanzado una lanza en el cuello. Eran veintiún legionarios con veinte escudos. Una segunda ráfaga de proyectiles más cercana redujo la cifra a veinte y, después, a dieciocho. Estaban rodeados. Los guerreros se acercaban dando gritos y con las lanzas preparadas para el

ataque. Tulo notó que se le volvía a acelerar el corazón después de que hubiera bajado el ritmo tras la carrera.

El centurión retrocedió un paso y medio y giró a la derecha, de manera que la esquina del cuadrado se redondeó. Así protegía mejor su flanco derecho. Tulo notó un cosquilleo en la mano y relajó la presión sobre la empuñadura de la espada. «Tranquilo — pensó—. Mantén la calma».

—Ya sabéis cómo funciona esto, hermanos. Manteneos juntos. Cuidado con las lanzas y apuntad al vientre.

Los guerreros más cercanos se hallaban a diez pasos. Tres de ellos corrían hacia Tulo: un joven de aspecto

nervioso que todavía no tenía edad para afeitarse; un hombre delgado y de barba negra que, por su parecido con el joven, debía de ser su padre, y una bestia peluda que aparentaba tener el cerebro de un perro senil. Tulo hubiera podido luchar contra los dos primeros juntos y luego contra el grandullón, pero pelear contra los tres a la vez era pedir demasiado. Notó la bilis que le subía por la garganta.

Deseoso quizá de demostrar su valentía, el joven atacó primero con la lanza en la mano, que apuntaba a la cara de Tulo.

—¡Lanza! —rugió Tulo,
agachándose detrás del escudo y

rogando que el soldado de detrás hubiera oído su advertencia.

La lanza silbó por encima de su cabeza y, acto seguido, tuvo a tiro el cuerpo inclinado del joven, que seguía la inercia del arma. Tulo solo tuvo que clavarle la espada en el abdomen, no a demasiada profundidad, sino la suficiente para cortar los intestinos. El joven cayó al suelo ensangrentado, gimiendo como un niño. La mano, sin fuerza, soltó la lanza.

—¡Tu hijo morirá gimiendo a tus pies! ¿Qué te parece? —gritó Tulo en germano.

Enfurecido, el hombre adelantó al grandullón y golpeó el *scutum* de Tulo

con su escudo hexagonal e intentó clavarle la lanza. Tulo conocía ese movimiento y, como era más pesado que el germano, dobló las rodillas y se protegió con el escudo, pero no contaba con que la lanza golpeará el casco y la punta se quedara atrapada en el soporte del penacho de crin. El golpe le empujó la cabeza hacia atrás. El dolor en el cuello fue insoportable, pero Tulo mantuvo el escudo firme porque sabía que, si lo soltaba, moriría.

El hombre tiró de la lanza varias veces entre improperios. Cada vez que tiraba de ella, sacudía la cabeza de Tulo y le causaba un inmenso dolor hasta que, de pronto, sin previo aviso, la punta de

la lanza se soltó. El guerrero emitió un grito triunfal y echó el brazo atrás para volver a atacar. En ese instante, Tulo respiró hondo e hizo acopio de la fuerza necesaria para adelantar el pie izquierdo y lanzar un contragolpe con el *scutum*. El usípeta se tambaleó y Tulo se adelantó con rapidez para clavarle la espada en el pie. El centurión regresó al cuadrado mientras el enemigo se alejaba sangrando y gritando.

Tulo se preparó para enfrentarse al grandullón, pero el guerrero había retrocedido varios pasos, al igual que los hombres a su lado. Tulo miró a derecha e izquierda y atrás por encima del hombro. Había usípetas heridos,

muertos y moribundos en toda la plaza. El resto retrocedía, pero no los habían vencido. Esa era la manera germana de luchar: ataque, retirada, ataque, retirada. En cualquier caso, sus hombres tenían la oportunidad de avanzar.

—¡Hacia la puerta al paso! ¡AHORA!

Tulo dejó a cuatro legionarios en el suelo sin saber si estaban vivos o muertos y siguió avanzando. Eran como un banco de peces amenazado por un depredador. Los guerreros más cercanos retrocedieron sin romper la formación, pero varios comenzaron a cantar de nuevo el *barritus*, el famoso canto de guerra germano.

«Malditos sean, pero hay que

reconocer que son valientes —pensó Tulo—. Ninguno lleva armadura, pero siguen luchando contra nosotros».

—¡Continuad caminando!

Diez pasos. Quince. Veinte. La puerta estaba lo bastante cerca como para ver la enorme barra de madera que bloqueaba las dos hojas de la puerta. Se necesitarían al menos seis hombres para levantarla, seis hombres que no podrían luchar mientras tanto. «¿Qué más da?», pensó Tulo al oír que el líder de los usípetas, un hombre corpulento que lucía una capa a cuadros rojos, bramaba varias órdenes e instaba a sus guerreros a atacar de nuevo.

—¡Por Roma, hermanos! ¡POR

ROMA!

—¡ROMA!

El clamor ralentizó un poco a sus enemigos, pero solo un poco, pues podían palpar la victoria, ya que triplicaban en número a los legionarios. Los guerreros se lanzaron al ataque con las largas jabalinas preparadas. El grandullón peludo miró a Tulo de nuevo y corrió hacia él mientras soltaba una ristra de maldiciones. Sus brazos se asemejaban a gruesas ramas de árbol y Tulo notó la boca seca. Un tiro certero de esa lanza contra su escudo o su cuerpo acabarían con él.

—¿Tu madre se folló a un oso o tus padres eran animales? —vociferó con la

esperanza de haber usado las palabras correctas.

La bestia hizo una mueca furiosa y cargó contra Tulo, que se inclinó hacia delante con la rodilla izquierda en el suelo. Con la cabeza por debajo del borde del escudo y asomando por un lado, Tulo le clavó la espada antes de que chocaran. El guerrero aulló de dolor. El centurión empujó la espada con todas sus fuerzas, pero el impacto lo tambaleó hacia atrás. El guerrero cayó sobre él y lo tumbó de espaldas. Su peso muerto lo presionaba contra el suelo y le impedía moverse. Solo podía mover el brazo derecho, por lo que asestó una nueva estocada para rematar al usípeto.

La sangre caliente le salpicó la mano. El guerrero gimió y Tulo le clavó la espada varias veces, hasta que no pudo agarrar más la empuñadura de marfil. No estaba seguro de si el hombre había muerto, pero su peso sobre el escudo le impedía levantarse, así que relajó el cuerpo y cerró los ojos. Oyó el sonido de la batalla: gritos furiosos, golpes de escudos y gemidos de dolor.

Su mente comenzó a apagarse poco a poco.

—Creo que el centurión sigue vivo
—gritó una voz.

Tulo notó que el peso de la bestia desaparecía de su cuerpo y de pronto vislumbró la fea cara de Fenestela.

—¿Descansando, señor?

—Sí —afirmó Tulo sin que se le ocurriera nada mejor que decir.

—¿Estás herido, señor?

—Sin aliento, eso es todo —respondió y dejó que el *optio* le ayudara a ponerse en pie.

Tulo comprobó que los usípetas volvían a retroceder. Quedaban nueve legionarios, además de Fenestela y él. No eran suficientes, pero todavía no había indicios de ningún asalto del exterior. A pesar de haber sufrido numerosas bajas, aún quedaban unos cuarenta guerreros y la puerta se hallaba a unos treinta pasos.

—Tan cerca y tan lejos —comentó

Fenestela con amargura.

De pronto, Tulo sintió que una locura fruto de la desesperación se apoderaba de él y se envalentonó.

—Podemos lograrlo. Es imposible que resistan a una cuña si actuamos con rapidez.

La expresión en el rostro de Fenestela delataba su incredulidad, pero en lugar de discutir apretó los dientes.

—¿Qué decís, hermanos? ¿Enseñamos a estos salvajes cómo luchan los soldados de verdad?

A Tulo se le hinchó el corazón de orgullo ante el grito de aprobación de los legionarios. Ellos también sabían que la cuña no era más que su manera de

elegir el modo de morir.

—Buenos chicos. ¡A formar!

Tulo estaba agotado, pero se colocó en la punta de la cuña. Era la posición más peligrosa, pero él era el centurión.

Tulo no oyó el grito procedente de la empalizada y comenzó a avanzar con sus soldados. A su derecha, Fenestela lanzaba insultos a los usípetas. A su izquierda, un legionario medio desdentado que llevaba diez años en su centuria murmuraba lo que iba a hacer con el siguiente guerrero que se acercara a su espada. Tulo notó la presencia del resto sin necesidad de mirar: un grupo cansado y sudoroso de soldados manchados de sangre que estaba

dispuesto a seguirle hasta la muerte.

—¡Ahora! —gritó. Comenzó a correr.

Tulo clavó la mirada en un guerrero con largas trenzas y un escudo azul ovalado. «Mátalo y sigue avanzando — se dijo—. No pienses en nada más».

Por fin Tulo percibió los gritos o, más bien dicho, las voces de alarma. Aminoró el paso y observó que dos usípetas gritaban y señalaban hacia arriba en la puerta. Tulo no pudo oír lo que decían, pero sintió un atisbo de esperanza. Fue entonces cuando vio una figura que saltaba por encima de la empalizada. Era uno de los guerreros de Arminio. Y, después, otro. No tenía ni

idea de por qué estaban atacando los auxiliares en lugar de los legionarios, pero poco le importaba.

—¡Alto!

Los soldados obedecieron, pero pudo percibir su confusión.

—¿Por qué, señor? —le preguntó Fenestela al oído.

Tulo señaló con la espada hacia arriba. Los usípetas gritaron horrorizados al divisar a los queruscos que descendían por la empalizada. Cinco, ocho, doce. Había guerreros por todas partes. ¿Cómo podían estar subiendo tantos a la vez?, se preguntó Tulo, pero rio al darse cuenta de la respuesta. Esos cabrones astutos estaban

usando los caballos. Observó los rostros de los usípetas que les bloqueaban el camino y dejó que el pánico se apoderara de ellos al ver a los auxiliares matar a los centinelas y saltar a la plaza.

—Si atacamos ahora, se dispersarán.

—Esperamos la orden, señor —dijo Fenestela.

Tulo lanzó la orden y comenzaron a avanzar. Para su gran alegría, los guerreros se esfumaron como la neblina de la mañana antes de salir el sol. Tres de los más valientes se mantuvieron en posición de espaldas a la puerta, pero Tulo y sus soldados acabaron con ellos con renovada energía. A continuación,

dejaron los escudos en el suelo y envainaron las espadas para levantar la enorme barra de madera que bloqueaba la puerta. Tulo oyó el sonido de las empuñaduras de las espadas que golpeaban la puerta por fuera. La diosa Fortuna seguía de su lado, pensó mientras sus hombres y él levantaban la barra y abrían las puertas de par en par. Una oleada de queruscos casi lo tumbó al suelo y se hizo a un lado. Feliz de que se encargaran de los usípetas que quedaban, Tulo se apoyó contra la pared y cerró los ojos. Estaba muy cansado.

—Veo que sigues vivo.

Tulo abrió los ojos al oír la voz de Arminio.

—Apenas. No lo estaría si no llega a ser por tus hombres.

Era extraño sentirse agradecido a alguien en quien no confiaba plenamente, pero lo estaba.

Arminio respondió con una breve inclinación de la barbilla.

—Me sorprende que Tubero te diera tan pocos hombres, pero lo más extraño es la manera en que miraba y escuchaba como un zorro delante de un gallinero cuando empezó la lucha. No sé cuándo tenía previsto lanzar el ataque.

Tulo notó la rabia que crecía dentro de él. El hijo de puta de Tubero había deseado su muerte.

—¡Señor! ¡Los queruscos están

matando a todos los usípetas! —advirtió Fenestela a Tulo al tiempo que miraba a Arminio.

El jefe querusco se encogió de hombros.

—Su sangre por la vuestra.

Tulo se frotó los ojos. ¿Acaso deseaba Arminio que no quedara ningún usípeta vivo? Si era así, en esos momentos no le importaba.

—¿Has olvidado que esos pedazos de mierda nos iban a meter las lanzas por el culo? —preguntó a Fenestela.

—Es verdad, al infierno con ellos. Realmente no importa, ¿verdad?

—No, no importa —convino Tulo, feliz de estar vivo.

Ninguno de los dos percibió la expresión de satisfacción en los ojos de Arminio.

Cuando la patrulla regresó a Vetera, Tulo permitió a los soldados que se retiraran a los barracones. Después de soltar el equipo, muchos fueron directos a los baños. Afer y el resto del *contubernium* decidió hacer lo mismo, menos Piso.

—Voy al hospital a ver a Vitelio. Quiero ver cómo está.

—No es una herida muy grave. ¿Por qué no vas después de los baños? — sugirió uno de sus compañeros.

—Prefiero ir ahora.

—Dile que vuelva pronto. Echo de menos su sarcasmo —dijo Afer.

—Descuida.

A Piso le sabía mal que Tulo hubiera seleccionado a Vitelio para participar en el ataque sorpresa ordenado por Tubero antes de que su amigo hubiera tenido tiempo de recuperarse por completo de la paliza de Ayo y sus amigos. Se sentía culpable porque pensaba que, si Vitelio hubiera estado en plena forma, no le habrían herido. Piso decidió pasar primero por intendencia y comprar un poco de vino. Aunque era ilegal vender el vino del ejército, siempre se podía comprar si uno estaba dispuesto a pagar

lo suficiente. Pertrechado con una jarra supuestamente del mejor vino de Sicilia, se dirigió al *valetudinarium*.

El hospital del campamento era un gran edificio cuadrado que daba a la *via principia*, junto a la puerta norte. Constaba de un gran vestíbulo y dos grupos de estancias situadas alrededor de un patio central con un pasillo circular cubierto. El pasillo unía todas las salas y permitía al personal médico y a los pacientes moverse sin estar expuestos a los elementos. Aunque la tasa de supervivencia de muchas enfermedades y heridas era buena, no era un lugar que uno deseara visitar salvo por necesidad. Piso había acudido

dos veces por pequeños problemas: la primera vez por una inflamación de los ojos y, la segunda, por una torcedura de la muñeca.

Al cruzar el umbral del hospital percibió el penetrante olor del *acetum*, el desinfectante utilizado por los médicos. A Piso no le desagradaba el olor. La entrada estaba llena de soldados heridos. Los más graves gemían de dolor o yacían inmóviles como si ya estuvieran muertos. «Pobres desgraciados», pensó Piso. Solo los heridos leves parecían contentos de estar allí. En la sala había varias camillas preparadas para transportar a los heridos después de haber sido

examinados por los médicos. Piso recorrió la sala con la mirada, pero no vio a Vitelio. Antes de continuar, se detuvo un instante a observar a un médico detenerse ante un legionario con una gruesa venda alrededor del muslo.

—¿Vienes de la patrulla, soldado?
—preguntó el médico.

—Sí, señor.

—¿Qué te ha pasado?

—Una lanza germana, señor. Un guerrero me tumbó y me arrancó el escudo de la mano. Yo le clavé la espada, pero ese cerdo consiguió asestarme una puñalada antes de morir.
—El legionario hizo una mueca de dolor cuando el médico palpó el vendaje—.

La pierna me sangraba como una cabrona, perdón, quiero decir que sangraba mucho, doctor. Tuve suerte porque un compañero me ató una tira de piel y la sujetó con un trozo de madera.

—¿De qué color era la sangre?

—Rojo intenso, señor. Salía a borbotones.

El semblante del médico se nubló.

—Debió de cortar la arteria.

¿Cuándo te quitaron la tira de piel?

—Nuestro ordenanza médico me lo quitó en cuanto se acabó la lucha, señor. Quería comprobar si todavía salía sangre y sí, salía muy rápido, así que me la colocó de nuevo. Después fue pasando cada hora para aflojarlo. Me

dijo que así se evitaba que la pierna quedara muerta. Me siguió sangrando hasta la tarde, pero desde entonces ya no más.

—¿Algún dolor? —El legionario hizo una mueca y el médico replanteó la pregunta mientras inspeccionaba los bordes del vendaje—. ¿Notas punzadas de dolor similares a las de un dedo cuando se infecta?

—No, señor.

—Bien. Por lo que veo, la piel no está descolorida. Lo mejor es que dejemos el vendaje hasta mañana —sentenció el médico antes de volverse al ordenanza—. Llévale a una sala de heridos leves. Si lo desea, puede tomar

cinco gotas de jugo de amapola dos veces al día. Apúntale en la lista para que lo examine de nuevo por la mañana.

—Sí, señor.

El médico pasó al siguiente paciente y Piso agarró al ordenanza por el brazo.

—Acaban de traer aquí a uno de mis camaradas.

—Medio mundo tiene un camarada aquí en estos momentos —replicó el ordenanza—. ¿Qué tipo de herida ha sufrido?

—Una herida en el brazo.

—Ha tenido suerte. Si no lo ves por aquí, espera a que los camilleros trasladen a este hombre —dijo señalando al paciente que el médico

acababa de examinar— y síguelos. Hay dos salas de heridos leves, si no está en una estará en la otra.

—Gracias.

Cuando llegaron los camilleros, Piso los siguió por el pasillo central. Primero pasaron por el lado largo del edificio y, a continuación, por el corto. En la primera parte se encontraban las oficinas, el almacén y los habitáculos del personal médico, además de dos salas de curas y las salas de los heridos graves.

A juzgar por los gritos de dolor que oyó y las instrucciones bruscas del médico que decía «¡dadle más jugo de amapola!» y «pasadme la puñetera

pinza, ¡ya!», Piso dedujo que en ese instante se estaba realizando una intervención difícil y arriesgada. El olor a sangre y orina le recordó a los muertos de la aldea y apretó el paso.

Mientras los camilleros instalaban al legionario en la primera sala, Piso aprovechó para asomar la cabeza por la segunda: era una estancia pequeña y oscura con un aspecto casi idéntico al de un barracón para ocho. Todas las literas estaban ocupadas, pero no vio a Vitelio. Piso volvió a la primera sala y por fin divisó a su amigo, que contemplaba con una mueca de desagrado al soldado que estaba instalado en la litera de abajo. A juzgar por el equipo que se hallaba en el

suelo, la litera había pertenecido a Vitelio hasta ese momento.

—Aquí estás —sonrió Piso.

—Ya me había acomodado cuando resulta que esta cama la necesita otro paciente.

—La herida de este hombre puede empezar a sangrar en cualquier momento —explicó el camillero—. ¿Quieres estar en la litera de abajo si empieza a desangrarse?

—Claro que no —concedió Vitelio.

—Muchas gracias, hermano —agradeció el soldado de la herida en la pierna.

Vitelio le restó importancia al asunto con un gesto de la mano buena.

—¿Has venido a ver cómo estaba?

—preguntó a Piso.

—Sí, y para traerte esto.

Vitelio sonrió al ver la jarra de vino que alzaba Piso en la mano.

—Eres un buen compañero.

Tomemos un trago.

Piso no encontró ningún vaso, así que bebió de la jarra. Al probar el vino, hizo una mueca.

—Está claro que no es el mejor vino de Sicilia —sentenció—, pero no importa. —Pasó la jarra a Vitelio, que vertió una cantidad considerable en su garganta sin tragar—. ¿Cómo tienes la herida?

Vitelio le mostró el vendaje nuevo

que lucía en el brazo derecho.

—Según el médico, el arma debía de estar muy afilada porque la hoja entró y salió con mucha facilidad. Me ha limpiado la herida dos veces con *acetum*, ¡cómo escuece el cabrón! Y me ha dicho que estaré aquí dos o tres días, el tiempo suficiente para descartar una infección. Después, tendré que venir varias veces para que me cambien el vendaje. No me puedo quejar, supongo.

—Has tenido suerte. —Piso agradeció a los dioses no haber sido elegido por Tulo para esa parte del asalto.

—¿Dónde están los demás?

—En los baños.

—Me lo imaginaba. El médico ha dicho que no puedo bañarme hasta que la herida haya cicatrizado.

—Es un buen consejo. El sudor, la suciedad, la sangre y el aceite de los masajes no son buenos para una herida —recordó Piso que había dicho un médico una vez a su padre.

—¡Y no nos olvidemos de los capullos que orinan en los baños! —intervino el soldado con la herida en la pierna—. Siempre hay alguno de esos.

—Uno de mis compañeros de tienda se cagó una vez en el *caldarium* —añadió un soldado de otra litera—. Dijo que había comido una carne que le había sentado mal, pero eso no le libró de la

zurra que le dimos.

Todos rieron.

—¡Menuda fiesta hay aquí! —
exclamó Tubero, que entró en la sala
seguido de un suboficial y un esclavo.

—¡Señor!

Todos los que podían mantenerse de
pie se pusieron firmes. El soldado con
la herida en la pierna y otro saludaron
desde las literas.

—Disculpas, señor, es difícil
levantarse.

—Tranquilo, hay disculpa para los
heridos.

A pesar del tono jocoso de Tubero,
nadie olvidó su rango y todos lo
siguieron con miradas nerviosas y

sonrisas tensas mientras caminaba de un lado a otro.

—¿Alguno de vosotros participó en el asalto contra los usípetas?

Aunque no era de sorprender que el tribuno no reconociera a los hombres que había dirigido en la lucha, a Piso le irritó este hecho.

—Yo, señor —dijo Vitelio.

—Yo también, señor —añadió el legionario con la herida en la pierna.

—Yo también, señor —dijo Piso.

Tubero se fijó en la jarra de vino.

—Veo que has traído bebida para tus camaradas. Me gusta. —Tubero alargó la mano y el esclavo le entregó una pequeña ánfora—. Este gran vino de mi

propia bodega también es para los valientes que han resultado heridos al servicio del imperio. Habéis luchado bien. Roma está orgullosa de vosotros.

Los soldados corearon su agradecimiento y Vitelio aceptó el obsequio.

—Espero verte muy pronto. ¡No valen excusas! —advirtió.

Con esas palabras el tribuno se fue.

«Capullo pomposo», pensó Piso y supo por la cara de Vitelio que su amigo opinaba lo mismo, pero no conocían al resto de los soldados lo suficiente como para arriesgarse a hacer ningún comentario.

—Este es el tribuno que se volvió

loco en la misión de Aliso, ¿no? —
inquirió un soldado de mediana edad
con una venda en la cabeza.

—Así es —respondió Piso.

Los dos amigos intercambiaron una
mirada.

—He oído que, si no llega a ser por
él, los usípetas nunca hubieran lanzado
un ataque al otro lado del río. Dicen que
mató a cuatro de sus guerreros sin
motivo alguno.

Piso se olvidó de la prudencia.

—Así es.

—Sí —murmuró Vitelio.

—¿Y cómo ha actuado en esta última
patrulla de la que acabáis de volver? —
preguntó el soldado con la venda en la

cabeza.

Piso notó las miradas de siete hombres posadas sobre él.

—Quizás ha sido un poco temerario.

—¡Y una mierda temerario! Lo único que le importa es la gloria —soltó Vitelio—. Ordenó un ataque contra una posición defensiva sin que los hombres estuvieran preparados y muchos murieron antes de que se percatara de su error o, mejor dicho, antes de que interviniera nuestro centurión y le explicara cómo se hacen bien las cosas. Pero ni siquiera entonces atendió a razones y una veintena de nosotros fuimos enviados a atacar al enemigo por la retaguardia cuando tendría que haber

mandado como mínimo a media centuria. Nosotros dos —señaló al soldado con la herida en la pierna— y otros siete de nuestros camaradas tenemos suerte de estar aquí.

Los hombres hicieron muecas al escuchar sus palabras y rogaron a los dioses que jamás les tocara servir a las órdenes de Tubero.

Vitelio percibió la preocupación en el rostro de Piso.

—Lo que he dicho es verdad. Además, todos somos camaradas aquí. Bueno, ¿vas a pasar el vino a nuestros amigos o qué?

Piso trató de convencerse de que no había nada malo en cotillear un poco y

pasó el vino.

—¿Y el vino bueno? —preguntó el soldado con la venda en la cabeza.

Vitelio respondió con un gesto obsceno.

—Ya has oído al tribuno, este es solo para nosotros tres porque hemos arriesgado nuestras vidas por Roma.



Varo se acomodó en el sillón y miró el candelabro dorado del techo mientras pensaba en lo que le había explicado Tubero. Hacía poco que la patrulla había regresado a Vetera y el tribuno no tardó en acudir a su despacho en la casa del legado Vala. Más tarde solicitaría los informes de Tulo y Bolano, pero el relato del tribuno parecía bastante claro. En la mente del gobernador quedaba alguna duda, pero la aclararía después con los dos centuriones. Aunque Tubero

fuera un mocoso arrogante y mimado procedente de la capital, había que reconocer que tenía cierta habilidad. La misión no había sido difícil, pero la había sabido completar a lo grande.

—Quemar los barcos fue una buena idea —felicitó Varo a Tubero.

Tubero se sonrojó.

—Gracias, señor. La medida resultó ser innecesaria al final, pero en ese momento parecía lo mejor.

—¿Cuántas bajas hemos sufrido?

—Treinta y un legionarios, señor, y diez auxiliares. La mitad son heridos. Acabo de visitarlos en el hospital y los médicos dicen que la mayoría...

—Son más de las que esperaba —

dijo Varo frunciendo el ceño por primera vez.

Tubero se sonrojó todavía más.

—Más de la tercera parte de los legionarios muertos perdieron la vida cuando el centurión Tulo trató de abrir la puerta de la empalizada desde dentro.

—Es una lástima. Sus soldados son veteranos y son difíciles de sustituir — comentó Varo mientras admiraba de nuevo el candelabro. «El legado Vala tiene muy buen gusto», pensó. Ni él ni Aristides, que estaba ordenando unos papeles, se percataron de la expresión de alivio en el rostro de Tubero.

—Sí, señor.

—¿Y dices que hay una docena de

prisioneros?

—Correcto, señor. Por desgracia, no hay ninguno de alto rango.

—Era de esperar. Los jefes de las tribus son como los centuriones: son los primeros en ponerse en peligro porque predicán con el ejemplo, como tú bien sabes.

—Sí, señor —replicó Tubero.

—¿Las tropas han actuado como debieran? ¿Y los queruscos de Arminio?

—Nuestros hombres sí, señor. Los queruscos fueron... —Tubero titubeó antes de continuar— un poco indisciplinados. Podríamos haber capturado más prisioneros si no llega a ser por ellos. Arminio se disculpó ante

mí después, me dijo que sus hombres habían perdido el control.

—No es de extrañar —declaró Varo encogiéndose de hombros—. No me gusta referirme al pueblo de Arminio como bárbaros porque son nuestros aliados y, por regla general, son muy agradables de tratar. Pero no son romanos. Arminio es más civilizado. Lo sucedido no es culpa suya. Creo que no existe ningún líder en el mundo capaz de controlar a su gente durante una batalla. Eso es algo que debes recordar cuando te enfrentes a las tribus germanas: carecen de toda disciplina, pero son más bravos que los leones.

—Lo recordaré, señor.

—¿Ya has iniciado los interrogatorios?

—Sí, señor. Por ahora, nada interesante. Todos los prisioneros niegan que sus jefes estuvieran implicados en el asalto.

—¿Ha muerto alguno ya? —preguntó Varo.

—Creo que no, señor.

—Pues es hora de que cambie eso. Asegúrate de que dos de ellos, al menos dos, mueren durante el interrogatorio. Deben morir de forma violenta y es importante que el resto de los prisioneros lo vea.

Tubero parpadeó.

—Sí, señor.

Detrás de Varo, Aristides emitió un pequeño sonido de desaprobación.

Al gobernador le divirtió que ninguno de los dos estuviera de acuerdo con la acción.

—Por desagradable que parezca, tribuno, se trata de un método de eficacia probada. Cuando un prisionero ve destripar a un compañero delante de sus ojos, se le afloja la lengua muy rápido.

Tubero hizo una breve inclinación de barbilla.

—Muy bien, señor. Te comunicaré cualquier nueva información de inmediato.

—Puedes irte. —Tubero ya estaba

en la puerta del despacho cuando Varo lo llamó de nuevo—. Tribuno.

—¿Sí, señor?

—Buen trabajo.

Tubero se sonrojó.

—Gracias, señor.

Varo contempló satisfecho la marcha del joven tribuno. Por experiencia sabía que los halagos escasos eran los que mejor funcionaban. Entonces percibió a Aristides a sus espaldas.

—Desapruebas el uso de la tortura.

—No me gusta la tortura, mi amo, no.

—¿Tampoco crees que sea aceptable si la información obtenida permite salvar vidas romanas? —No hubo

respuesta y Varo continuó—: Yo también considero que es una práctica repugnante, pero mis largos años en el poder me han enseñado que nada hay blanco o negro. Por regla general, las cosas son de una oscura tonalidad gris, lo cual significa que la tortura es aceptable si sirve para obtener información útil.

—Me alegro de no tener que tomar jamás este tipo de decisiones, mi amo.

Por una vez, Varo envidió la posición de su esclavo, aunque eliminó el pensamiento de su mente al instante.

—Seguro que me has preparado algunos documentos para firmar mientras espero la llegada de Tulo y

Bolano. No hace falta que contestes —
rio Varo—. Dámelos.

—Sí, mi amo —obedeció Aristides.

Mientras firmaba los documentos, Varo pensó de nuevo en la conducta de Tubero desde su llegada. No era inusual que los nuevos tribunos fueran jovencitos mimados y altivos que requerían una estrecha supervisión durante su primera etapa de servicio y, después del incidente con los muchachos usípetas, Varo estaba convencido de que Tubero era un buen ejemplo de ello. Sin embargo, le tranquilizaba su actitud en la misión de asalto. Tubero todavía tenía mucho que aprender, pero había hecho un buen trabajo y, con un buen guía,

podía convertirse en un buen líder. Cuando eso sucediera, seguro que el emperador vería con muy buenos ojos a Varo. Antes de ser nombrado gobernador, Varo se había dedicado muchos años a la política y no descartaba volver a ella. Por lo tanto, lo mejor era que actuara de mentor de Tubero en lugar de menospreciar sus iniciativas.

Sonó una llamada a la puerta y uno de los centinelas anunció la llegada de los centuriones.

—Que entren —ordenó Varo.

Aristides procedió a retirar las cartas de la mesa sin necesidad de que el gobernador le dijera nada y regresó a

su puesto, sentado a una pequeña mesa al fondo de la estancia.

En cuanto los hombres cruzaron el umbral, Varo se puso en pie a modo de deferencia. El gobernador siempre tenía tiempo para conversar con los centuriones, pues constituían la columna vertebral del ejército. Además, solían ser buenos hombres. Sobre todo este par.

—Tulo. Bolano. Bienvenidos.

Ambos saludaron.

—Gobernador.

—Descansad, no estamos en un desfile. —Varo cogió una jarra de fino cristal azul de la mesa—. ¿Vino?

Los centuriones se miraron.

—Yo también beberé un poco —les tranquilizó.

—Gracias, señor, yo tomaré un poco —aceptó Tulo.

—No seré yo quien se quede fuera, señor —añadió Bolano—. Gracias.

—Excelente. —Varo sirvió una cantidad generosa en las tres copas y se las entregó—. Por el emperador, que reine durante muchos años.

—Por el emperador —repitieron Tulo y Bolano.

Todos bebieron de sus copas.

—Por una misión fructífera —brindó Varo por los centuriones—. Buen trabajo.

—Gracias, señor —respondieron.

—Aunque nosotros no estábamos al mando, señor —añadió Tulo.

—Ya sé que Tubero estaba al mando, pero un tribuno necesita rodearse de oficiales con experiencia, sobre todo después de ese primer incidente que tuvo. En cualquier caso, dado el éxito de la misión, me imagino que Tubero actuó con corrección, ¿no es así?

Tulo y Bolano intercambiaron otra mirada. Varo dedujo que ambos habían acordado de antemano lo que dirían ante el gobernador. Aunque no le sorprendió que así fuera, le irritó la situación.

—¡Vamos! ¡Aquí somos todos amigos! Podéis hablar libremente sin

miedo a represalias.

—Tubero dirigió bien la patrulla, señor —declaró Bolano—. No tengo grandes quejas.

—¿Y pequeñas? —Bolano se mostró incómodo—. ¡Vamos, dímelo! —ordenó Varo.

—Durante la lucha, algunos usípetas lograron atrincherarse en la empalizada de la aldea, señor. La respuesta de Tubero fue impetuosa y, en lugar de asaltar la plaza por diversos puntos a la vez, ordenó un ataque frontal sobre la puerta que fracasó y provocó la muerte de ocho legionarios.

Aunque Bolano no lo hubiera dicho explícitamente, Varo entendió por sus

palabras que habían sido muertes innecesarias. «De todos modos, pudo haber sido peor», pensó el gobernador.

—Después, Tulo, Tubero te ordenó que te introdujeras en la empalizada por la retaguardia, ¿no?

—Eso fue idea mía, señor — contestó Tulo.

—¿No lo sugirió el tribuno?

—No, señor.

Varo observó que Bolano asentía con la cabeza. Al gobernador le enojó que Tubero hubiera omitido este detalle, pero no le sorprendió. Quizás él tampoco lo hubiera dicho en la etapa inicial de su carrera militar.

—Ya veo. Y fue durante tu asalto

cuando se produjo el mayor número de bajas, ¿no? —Tulo y Bolano volvieron a mirarse y Varo se preguntó si la misión realmente había sido tan fácil como Tubero se la había pintado—. ¿Es así o no?

—Es correcto, señor —contestó Tulo.

—¿Se debió a un problema de comunicación? —inquirió Varo.

—Supongo, señor.

—¿No llevabas un trompeta?

—No, señor.

Eso había sido un fallo por parte de Tubero, pensó Varo.

—Bolano, tú estabas en el exterior de la empalizada. ¿Qué pasó?

—Creo que el tribuno no se dio cuenta de la importancia de distraer la atención de los usípetas sobre Tulo y su grupo, señor. Por fortuna, Arminio estaba cerca para aconsejar a Tubero, que entonces ordenó el ataque. Después, Tulo abrió la puerta y vencimos a los guerreros restantes.

Por lo tanto, se había tratado de una distracción por parte de Tubero, decidió Varo o bien, como decía Bolano, el tribuno no había sabido juzgar el momento perfecto para ordenar el ataque. Era una suerte que también hubiera enviado a Arminio en esa patrulla.

—Me alegro de que hayas

sobrevivido, Tulo. Tu muerte habría supuesto una gran pérdida para la legión y el imperio.

—Gracias, señor —agradeció Tulo y alzó la copa.

Varo estaba a punto de repasar con ambos centuriones los preparativos de la campaña de verano cuando Tulo carraspeó como si quisiera añadir algo.

—¿Qué sucede? —preguntó Varo.

—Estoy descontento con los pocos prisioneros que capturamos, señor. Los guerreros de la empalizada eran nuestra mejor opción, pero los hombres de Arminio los aplastaron como si arrasaran un campo de trigo.

A Varo le llamó la atención que

Tubero también hubiera mencionado este hecho.

—Simplemente perdieron el control —explicó, decidido una vez más a que la respuesta más sencilla era la correcta.

Tulo carraspeó de nuevo.

—Me pregunto si no fue Arminio quien ordenó a sus hombres que actuaran así, señor.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa? —preguntó Varo con el ceño fruncido.

—No lo sé, señor —reconoció Tulo con expresión incómoda—. Tuve la impresión de que quizá mataban a los usípetas con más celo del necesario.

—¿Quizá? ¿No estás seguro? ¿No tienes pruebas que respalden tu teoría?

—No, señor.

—Salvo que tengas pruebas de algún tipo, centurión, te sugiero que mantengas la boca cerrada —le amonestó Varo.

—Sí, señor.

—Ahora, hablemos de los preparativos para la marcha hacia el este.

Varo constató con satisfacción el interés mostrado por los centuriones. Estaba claro que él no era el único que deseaba salir del maldito campamento. Después de una segunda copa de vino, les agradeció su presencia y se marcharon.

—¿No crees que han sido muy opacos al hablar de Tubero? —preguntó

Varo a Aristides en cuanto se alejó el sonido de las sandalias.

—Así es, mi amo.

«Así que no eran imaginaciones mías», pensó Varo.

—Lo están encubriendo.

—No sé qué decirte, mi amo — replicó Aristides, siempre diplomático.

Lo mejor era ser pragmático, decidió Varo de nuevo. La misión había cumplido el objetivo de eliminar a los asaltantes y capturar prisioneros. Tenía demasiadas cosas de las que preocuparse sin tener que pensar además en Arminio e investigar todos los detalles de la misión. Estaba claro que los hombres de Arminio habían perdido

el control y que Tubero se había precipitado y había olvidado los principios básicos de un asalto planificado en su ataque inicial. Ambas cosas eran fáciles de remediar. Hablaría con Arminio la próxima vez que se vieran.

—Búscame el manual sobre tácticas de asedio —ordenó a Aristides—. Escribe una nota a Tubero recomendándole su lectura y yo la firmaré. Envíalo todo a sus aposentos.

—Sí, mi amo.

Un problema menos, pensó Varo, pero su satisfacción solo duró el tiempo que necesitó Aristides para regresar con una pila de documentos. Varo los

contempló con mirada asesina. Por cada problema que solucionaba, salían seis en su lugar.

«Júpiter, ayúdame a emprender la marcha pronto», suplicó.

Alguien llamó a la puerta.

Varo, que seguía sentado a la mesa del despacho, levantó la vista resignado.

—Adelante.

—Arminio está aquí para verte, señor —anunció el centinela.

—Por una vez recibo una visita agradable. Dile que pase.

—Gobernador —saludó Arminio.

—Qué alegría verte, Arminio. —

Varo se levantó para estrechar la mano del querusco—. ¿Quieres un poco de vino?

—Nunca digo que no a una copa de vino —respondió con una amplia sonrisa.

—Aristides, ¿puedes ocuparte de ello, por favor? —Varo ofreció una silla al querusco—. Te agradezco lo que hiciste en la patrulla.

Arminio lo miró sorprendido.

—Simplemente cumplí con mi deber.

—Me refería al consejo que prestaste a Tubero durante el asalto a la empalizada.

—¡Ah! Cualquiera hubiera hecho lo mismo.

—Quizá, pero salvaste la vida de Tulo y de varios legionarios. —Varo alzó la copa que le acababa de entregar Aristides—. Por ello te doy las gracias.

Arminio aceptó el brindis con una breve inclinación de la cabeza.

—Gracias por incluirme en la misión.

—Es una lástima que fuera imposible capturar a más prisioneros.

El semblante de Arminio se nubló.

—Si te refieres a la actuación de mis hombres en la empalizada...

—Sí, a eso me refiero —confirmó Varo en tono gélido—. Tulo dice que podrían haberse capturado más.

—Tiene razón. Mis guerreros se

volvieron locos —reconoció Arminio con una mirada de disculpa—. Uno de mis mejores hombres murió en la aldea y la visión de tantos legionarios muertos ante la puerta de la empalizada tampoco ayudó. De todos modos, no puedo más que disculparme, gobernador. Mis hombres te han fallado. Yo te he fallado —admitió estrujándose las manos.

Había sido un error genuino, decidió Varo de nuevo. Estaba claro que Arminio no mentía.

—Asegúrate de que no vuelva a pasar.

—Te doy mi palabra.

Varo sonrió y dio el asunto por zanjado.

—Por cierto, si el motivo de tu visita es tentarme con otra jornada de cacería, me temo que tendré que rechazar la oferta porque mi conciencia, o mejor dicho Aristides, no me permite aceptar.

—¿Así que eres tú quien lleva al gobernador por el camino de la rectitud?

—No me necesita a mí para eso, señor. No soy más que un pobre esclavo.

—Eres indispensable, eso es lo que eres —declaró Varo.

Aristides murmuró unas palabras de agradecimiento y, con una pequeña reverencia, se retiró a su mesa.

—Veo que estás muy ocupado.

Varo señaló la montaña de

documentos en la mesa.

—Tengo el doble de trabajo de lo habitual porque nos marchamos pronto de campaña y debo dejarlo todo listo antes de irnos.

—No sé cómo lo haces, gobernador. Yo odio la burocracia que conlleva el cargo de oficial. Gracias a Donar, yo también dispongo de un escribano. Si no fuera por él, tendrías al oficial de intendencia cada día aquí quejándose de mí, señor. ¿Y por qué es necesario rellenarlo todo por triplicado?

—Así funcionan las cosas desde que Augusto devino emperador —rio Varo—. Todos los recursos y propiedades del imperio deben ser contabilizados.

—Pues entonces no hay más remedio que hacerlo así —aceptó Arminio con resignación—. Por Augusto —brindó.

Varo brindó con él y dejó la copa sobre la mesa.

—Algo me dice que no has venido a verme solo para hablar de la compleja burocracia militar.

—¡Ja! Me conoces bien, gobernador. De hecho, me estaba preguntando si tienes previsto castigar a los usípetas por el asalto a la aldea o, mejor dicho, si has decidido cuál será el castigo que impondrás a los usípetas por ese ataque.

—Todavía no. Hemos interrogando a los prisioneros y todos afirman que abandonaron sus aldeas sin el

conocimiento de sus jefes.

—¿Y les crees?

—Sí, el interrogatorio fue muy duro.

—Ya veo.

—Por eso he llegado a la conclusión de que el castigo habitual de quemar poblados y matar a sus habitantes sería contraproducente. Nuestro objetivo es pacificar el territorio de Germania, no echar más leña al fuego. Sin embargo, el asalto no puede quedar impune. Aunque los jefes no supieran lo que sus guerreros se traían entre manos, debieron haberlo sabido. Los jefes de las tribus tienen una responsabilidad para con Roma y deben evitar que su gente actúe como salvajes fuera de la

ley.

—¿Significa eso que les impondrás un tributo?

—Sí. Todavía no he decidido cuánto, pero será un importe considerable que dependerá del número de muertos en la aldea y del número de soldados romanos y auxiliares que fallecieron en el ejercicio de su deber. ¿Por qué lo preguntas?

—Pensaba que quizá podrías incluirme en la patrulla que comunicará su castigo a los usípetas, ya sea a golpe de espada o mediante una carta que exija el pago de más tributos.

—Eres un gran servidor del imperio, Arminio —declaró Varo satisfecho—.

Muy bien. Tú estarás a cargo de la patrulla.

—Gracias, gobernador. ¿Cuán grande deberá ser la patrulla?

—Muy grande. Si bien no vamos a atacar las aldeas, los usípetas deben ver —y temer— la fuerza de Roma. Llevarás a toda tu unidad y, además, te asignaré tres cohortes. Tulo, a quien ya conoces, será tu segundo de a bordo.

—Tulo es un buen centurión. ¿Y Tubero?

Varo escudriñó el rostro de Arminio en busca de indicios de sarcasmo, pero no detectó ninguno y se relajó.

—Se trata de una misión delicada, por lo que prefiero enviar a soldados

veteranos.

—Entendido. ¿Cuándo partiremos?

—El mensaje debe comunicarse lo antes posible. Mañana o pasado mañana a más tardar.



Al día siguiente, el sol se puso en todo su esplendor tiñendo el cielo del oeste con un sinfín de tonos rosados y rojizos. Arminio y Maelo estaban sentados delante de una pequeña hoguera junto a la tienda del primero. El resto de sus guerreros también descansaba al fuego de varias hogueras, pues ese día había sido más frío de lo habitual.

A su derecha, detrás del espacio que ocupaba su unidad, cientos de legionarios hacían lo propio. Un

montículo de tierra a la izquierda de Arminio marcaba el terraplén sur del campamento temporal.

—Deja que vaya en tu lugar —rogó Maelo, cuya infelicidad era patente incluso a la escasa luz de la hoguera.

—Esto es algo que solo puedo hacer yo —replicó Arminio—. Yo soy el jefe, no tú.

—Al menos deja que te acompañe.

—Iré yo solo.

Tulo había elegido la ubicación del campamento, a menos de media milla del asentamiento principal de los usípetas. Todavía no habían hablado con los jefes de la tribu.

De hecho, el encuentro estaba

previsto para la mañana siguiente, pero Tulo había sugerido acampar cerca, con el beneplácito de Arminio, para que los usípetas mantuvieran la incertidumbre toda la noche. El centurión era un hombre inteligente, pensó Arminio, pues era una medida intimidatoria eficaz. En cualquier caso, lo más importante era que ello le permitiría reunirse en secreto esa misma noche con los caudillos usípetas.

—¿Y qué pasará si los jefes se han enterado de nuestra participación en el ataque contra los asaltantes usípetas? —inquirió Maelo.

—No habrán oído ni media palabra.

—¿Cómo lo sabes? No parecían muy

satisfechos cuando han venido a echar un vistazo.

—¿Acaso estarías tú muy contento si aparecieran ante tu puerta dos mil romanos pocos días después de que tus guerreros quebraran la paz imperial?

—Supongo que no —reconoció Maelo—. Pero eso no significa que no sepan nada.

—Si lo saben, me torturarán y me matarán —replicó Arminio en un tono neutral.

—Por eso mismo debes dejar que te acompañe, para protegerte.

—Dos lanzas no serían suficientes, Maelo, y tú lo sabes. Tú también morirías y eso no tiene sentido.

Tampoco puedo llevarme una escolta porque debo saltar el terraplén sin ser visto. Los romanos no deben enterarse de que he abandonado el campamento. Además, si apareciera acompañado de muchos hombres, los usípetas desconfiarían de mí.

—No me gusta el plan, Arminio.

—Debo reunirme con los jefes antes de mañana, antes de que Tulo les revele el castigo impuesto por los crímenes de sus guerreros. Es más probable que acepten el tributo si entienden que Varo confía en mí y que lo tengo todo previsto para la emboscada. En otras palabras, si saben que no tendrán que esperar mucho para cobrarse su venganza. —Maelo no

parecía convencido—. ¿Qué opciones tengo si no? Cuando iniciemos la marcha hacia el este con Varo, tendré muy pocas posibilidades de ganarme el apoyo de otras tribus. Esta es una oportunidad perfecta para consolidar nuestra alianza con los usípetas. Si no lo hago ahora, ¿cuándo quieres que lo haga?

—Tienes razón —convino Maelo mientras azuzaba el fuego con fuerza con una rama.

Ambos hombres contemplaron las chispas resultantes, los puntos de luz que se encendían y apagaban ante sus ojos.

—Apagaremos las vidas de los romanos como se apagan estas chispas. Piensa en eso durante mi ausencia.

—Que Donar te proteja.

—En su nombre actúo. —Arminio

pensó en las ofrendas que había presenciado de niño y su recuerdo le dio fuerzas—. ¿Tienes la cuerda?

—Sí, aquí.

—Ya es oscuro. Es hora de ponernos en marcha.

Los hombres ya habían elegido con anterioridad el punto del terraplén por donde escaparía Arminio. Las cuatro puertas del campamento, situadas en el centro de cada uno de sus cuatro lados, estaban vigiladas a todas horas, mientras que unos centinelas patrullaban la parte superior del muro. Arminio, Maelo y tres guerreros más se acercaron con

sigilo hasta el punto escogido, que se encontraba entre una esquina y una puerta del campamento. Al aproximarse, Arminio notó que se le aceleraba el corazón porque una cosa era hablar de salir del campamento a hurtadillas y otra, muy distinta, hacerlo. Si los descubrían, recibirían un duro castigo. «Mucho peor —pensó Arminio—. Tulo sospecharía, con razón, que se trata de traición».

Arminio decidió escapar antes de que le fallara el valor.

—¿Listo? —preguntaron los tres guerreros.

—Sí —susurró.

—Que los dioses te guíen en tu

camino —le deseó uno de los guerreros.

—Y a vosotros también. Procurad desempeñar vuestro papel de forma convincente. ¡Adelante!

Maelo y él contemplaron a los tres hombres caminar tambaleantes y hablando a voces hacia la esquina por donde no tardó en aparecer un centinela que les dio el alto. Arminio aguardó a que conversaran unos momentos antes de indicar a Maelo que le aupara al terraplén. Una vez arriba y con los nervios a flor de piel, Arminio se arrodilló y alargó la mano a su amigo para que subiera. No sonó ningún grito de alarma. Maelo se desenrolló la cuerda que llevaba atada a la cintura y

la soltó por el otro lado del muro.

—Es demasiado arriesgado que intente volver a entrar en el campamento —susurró Arminio—, así que envía una *turma* a buscarme al amanecer, cuando se abran las puertas. Di a los hombres que les esperaré junto a los árboles que flanquean la carretera del oeste, a unos quinientos pasos de aquí. Si Tulo te pregunta dónde estoy, dile que necesitaba rezar a nuestros dioses.

Arminio esperaba que eso fuera bastante para acallar las sospechas del centurión, puesto que estaba claro que Tulo no confiaba en él, sobre todo después de su comentario sobre los prisioneros usípetas.

Maelo asintió con la cabeza y clavó el pie en el terraplén. Acto seguido, Arminio saltó al otro lado agarrado a la cuerda. Tras esquivar las estacas puntiagudas, descendió al foso. En cuanto tocó el fondo, dio un tirón a la cuerda y se marchó sin esperar a que Maelo la retirara. A partir de ese momento, ambos estaban solos. Arminio salió del foso y anduvo a gatas unos instantes. Para su gran alivio, no oyó nada. Ni Maelo ni él habían sido descubiertos.

La primera parte de la misión había sido un éxito.

Eso significaba que estaba a punto de empezar la parte peligrosa.

En el camino hacia la aldea de los usípetas, rogó a Donar que le protegiera.

Antes de llegar a la primera vivienda, un centinela le dio el alto a lo lejos.

Un hilo de sudor recorrió la espalda de Arminio.

—Soy un amigo —respondió en voz baja—. Soy Arminio de los queruscos.

—¡Estas no son horas de visitar a nadie! —exclamó el centinela, que surgió de la oscuridad con una lanza en la mano—. Y mucho menos si tenemos en cuenta quién eres y con quién te codeas —dijo mientras escudriñaba el rostro y el fino ropaje de Arminio—. Te vi antes con tus guerreros en compañía

de los malditos romanos.

—Soy amigo de los usípetas.

El centinela hizo una mueca.

—No creo que haya muchas personas que estén de acuerdo con esa afirmación. Veo que vas desarmado. ¿Crees que eso me impedirá clavarte la lanza en el vientre?

—No llevo la espada porque no quería tropezar con ella al saltar por encima del muro del campamento. Los romanos no saben que estoy aquí. Necesito hablar con tus jefes de inmediato.

El centinela, que era dos palmos más alto que Arminio, volvió a gruñir, pero la lanza no se movió.

—Están todos durmiendo.

—Pues despiértalos.

—Tú no eres usípeta; no puedes darme órdenes —espetó el centinela, pero Arminio detectó un tono de incertidumbre en su voz.

—Dime, ¿quién quieres ser? ¿El guerrero que despierta a sus jefes para una importante reunión nocturna, por intempestiva que sea, o bien el centinela que mató a un visitante que traía un mensaje importante? Decide qué prefieres ser, pero espabila.

El centinela soltó una maldición, pero pidió a su compañero, que dormitaba contra un muro de la casa contigua, que le sustituyera.

—Te advierto que, si me has mentido, te cortaré los huevos.

—Limítate a llevarme ante tu jefe.

El centinela murmuró varias maldiciones mientras conducía a Arminio por el asentamiento, que estaba formado por casas y talleres de distintos tipos intercalados con huertos. Se oyeron los ladridos de unos perros y Arminio divisó a varios guerreros armados frente a las puertas de algunas casas, lo cual era un indicio claro de la inquietud que sentían los usípetas ante la cercanía de los legionarios, aunque de poco les habría servido si los romanos hubieran decidido atacar, puesto que sus tropas superaban con creces en número

a las de los usípetas.

Pon fin se detuvieron ante una casa que daba a una parcela cuadrada de tierra pisada: un punto de encuentro. Por lo tanto, la casa debía de pertenecer a un jefe. Estaba claro que los argumentos de Arminio habían convencido al centinela, ya que después de lanzar varias imprecaciones y mantener una conversación susurrada con el guardia de la puerta, este desapareció en el interior de la vivienda. Al poco rato apareció el propietario de la casa con una antorcha en la mano. Arminio dio las gracias en silencio cuando reconoció al jefe, pues era el pelirrojo que había traducido para sus compañeros en

Vetera. No se trataba de ningún idiota impulsivo.

El pelirrojo levantó la antorcha para iluminar las caras de Arminio y el centinela.

—¡Realmente eres tú, Arminio! Pensaba que el centinela se había vuelto loco —exclamó sorprendido.

—No está loco. —Arminio dio un paso adelante hacia el arco de luz.

—Hay que tener mucho valor para venir aquí después de lo sucedido.

Arminio lo miró con inquietud. ¿Estaba al corriente el jefe pelirrojo de lo que había pasado en el asalto?

—Yo soy amigo de los usípetas y espero poder serlo siempre —declaró

Arminio al tiempo que alzaba las manos con las palmas extendidas.

—¡Dile eso a los guerreros que yacen muertos al otro lado del río! — replicó el pelirrojo—. ¡Cogedle!

«Por todos los dioses, ¡lo sabe!», pensó Arminio tratando de no sucumbir al pánico. No se resistió cuando los guardias le agarraron por los brazos, pero no estaba preparado para el puñetazo rápido que el pelirrojo le propinó en el vientre. Arminio se quedó sin aire en los pulmones y notó una explosión de dolor. Las piernas le temblaron y, si no llega a ser por las manos que lo agarraban, se habría caído de rodillas. El querusco vio las estrellas

y notó la bilis en la garganta.

—Cuatrocientos de nuestros guerreros, muertos. Lo mejor de la tribu, nuestro futuro, desaparecido para siempre. —El pelirrojo levantó la cabeza de Arminio por el pelo—. Voy a disfrutar mucho oyendo tus gritos de camino al infierno. Haremos que sea un viaje largo.

Arminio intentó hablar, pero tuvo una arcada. El dolor en el estómago era tan intenso como el que había sentido cuando recibió el golpe de la *falx* en la cabeza.

—Llévadlo dentro —ordenó el pelirrojo—. Atadle y amordazadle. Cuanto menos veneno salga de la boca

de esta serpiente, mejor.

Arminio tuvo varias arcadas hasta que le salieron gotas de saliva por la boca. Cuando levantó la mirada, el pelirrojo ya no estaba. El centinela alto le soltó el brazo y lo miró decepcionado.

—Ya sabía yo que ibas a dar problemas.

Arminio abrió la boca para protestar, pero el guardia se le adelantó y lo amordazó con un paño sucio, que le anudó detrás de la cabeza para evitar que hablara. A continuación, le ataron las manos detrás de la espalda, tan fuerte que gimió de dolor. Sin más preámbulos, lo empujaron hacia el

interior de la casa y lo tiraron al suelo junto a la chimenea. El querusco notó que la oscuridad se apoderaba de su cerebro y la aceptó aliviado.

Arminio recibió un puntapié en la barriga, en el mismo punto que el puñetazo, y el dolor le hizo volver en sí. Cuando abrió los ojos fatigados, vislumbró al centinela alto inclinado sobre él.

—Sigues con nosotros, bien.

Su compañero procedió a incorporarlo.

Arminio estaba sentado en medio de un semicírculo de hombres, a la mayoría

de los cuales reconoció de la reunión de Vetera, cuando fueron a protestar ante Varo por el ataque injustificado de Tubero.

Todos parecían enojados. Sus rostros eran duros. Eran los rostros de unos hombres que conocían su traición. Arminio notó una nueva punzada de miedo en su estómago maltrecho, un miedo gélido que le recorrió la columna y le enfrió el corazón. Nadie parecía dispuesto a dejarlo hablar y, si no podía hablar, moriría. Y todos sus esfuerzos habrían sido en vano. La idea le sublevó.

—Dejadme hablar, por favor — intentó decir.

Sin embargo, lo que se oyó fue:
«Eaaaae aaaa oaoooo».

—Una víbora no puede morder con la boca cerrada —sentenció el pelirrojo.

—Seguro que lo intenta cuando le clave esto —dijo un hombre que estaba calentando un atizador al fuego.

—¡Buena idea! Después le meteré una lanza por el culo.

—Aquí no —protestó el pelirrojo—, mi familia duerme a unos pasos, pero el sacerdote dice que podemos llevarlo al bosque.

—Sí, es buena idea. Puede iniciar su camino al infierno en la arboleda sagrada.

Arminio sabía que, en cuanto

estuviera en el bosque con un sacerdote, tendría muy pocas posibilidades de explicarse. A los devotos de Donar les gustaban demasiado las ofrendas de sangre como para preocuparse de hablar con sus víctimas. Los jefes estaban furiosos porque pensaban que Tulo iba a atacarlos a la mañana siguiente, dedujo Arminio, que miró al pelirrojo con la esperanza de que se volviera hacia él.

«He venido a ofreceros la venganza. Quítame la mordaza», explicó con los ojos.

El pelirrojo no se volvió hacia él.

«Donar, soy tu servidor fiel, siempre lo he sido, concédeme el honor de tender una emboscada a los romanos en

tu bosque», suplicó Arminio.

Sus esperanzas se desvanecieron por completo cuando el centinela alto y el guerrero lo empujaron hacia la puerta.

—¡Esperad! —ordenó el pelirrojo.

Los hombres se detuvieron y Arminio comenzó a rezar con más fuerza que nunca.

—Quizá las cosas no sean tan sencillas como parecen —reflexionó el pelirrojo.

Sus palabras fueron recibidas con enojo.

—¡Está más claro que el agua! —protestó un hombre—. Arminio nos prometió que podríamos vengarnos de los romanos, pero no hizo nada por

impedir la masacre de nuestros guerreros y, además, ha venido con sus tropas para hacer vete a saber qué con nosotros. ¡Es un mentiroso! ¡Todo lo que dice es una mentira podrida!

Arminio repitió para sí las palabras del hombre, que había dicho que el querusco no había hecho nada por detener a los romanos, y sintió esperanzas por primera vez. ¡Nadie sabía que había participado en la matanza!

—Yo soy el primero que estaré encantado de matar a Arminio, pero no nos hace ningún daño oír lo que tiene que decir —declaró el pelirrojo.

—¿Para qué perder el tiempo? —

gruñó otro jefe—. Este hijo de puta tiene un pico de oro. Seguro que intenta convencernos de que no pudo hacer nada.

—Quizá, pero dime, ¿por qué se iba a molestar en venir aquí en plena noche si no es para decirnos algo importante? Arminio no es ningún tonto.

No hubo una respuesta inmediata.

—Sí, dejad que hable —opinó un jefe de cejas pobladas—. Si no nos gusta lo que dice, siempre podemos volver a taparle la boca.

Arminio se tranquilizó un poco cuando el pelirrojo se le acercó para deshacer el nudo de la mordaza.

—Gracias —murmuró con los labios

secos.

El pelirrojo no respondió.

—¿Qué es lo que querías decirnos?

—preguntó.

—Para empezar, los romanos no han venido para atacar la aldea. —Arminio oyó los suspiros de alivio y supo que había acertado empezando por esa información—. Están aquí para informaros de los tributos punitivos que os ha impuesto Varo.

—¿Lo juras? —preguntó el jefe de las cejas pobladas.

—Lo juro por mi vida, por la vida de mi padre y por la de su padre. A Donar pongo por testigo de que los romanos solo han venido con tantas

tropas para intimidaros. —Sus palabras parecieron satisfacerles, por lo que continuó—. Varo no desea echar más leña al fuego, pero los tributos que os exige son muy elevados y habrá quien no pueda pagarlos.

—¿Y qué pasa entonces? —preguntó el pelirrojo.

—Los romanos son, ante todo, pragmáticos. Quien no tenga dinero también puede pagar con ganado, cereales o esclavos, lo que sea. —Una lluvia de gritos furiosos cayó sobre Arminio, pero el querusco no se amedrentó y elevó la voz—. Además de estos tributos punitivos, tendréis que pagar los tributos anuales, que se

recaudarán dentro de tres meses.

Los usípetas se enfurecieron todavía más y el pelirrojo tuvo que imponer orden.

Cuando volvió a reinar el silencio, el jefe pelirrojo se volvió a Arminio con una mirada gélida.

—Mañana ya nos hubiéramos enterado de esta desagradable noticia, así que dínos cuál es el verdadero motivo de tu visita.

—Lo que tengo que deciros es solo para vuestros oídos —declaró Arminio. Miró al centinela alto y al guerrero que estaban apostados en la puerta.

El pelirrojo les ordenó que salieran fuera con un movimiento de la cabeza.

—Aunque entiendo las razones que impulsaron a vuestros jóvenes guerreros a organizar un asalto en la otra orilla, lo cierto es que se precipitaron. —Arminio observó que algunos jefes estaban de acuerdo con sus palabras, lo cual era un buen principio—. Los romanos no tolerarán jamás este tipo de incursiones porque les haría parecer débiles. Me sentí muy agradecido cuando Varo no me eligió para participar en la patrulla y después lamenté mucho conocer la suerte de vuestros guerreros, pero el hecho de que se tomaran tan pocos prisioneros pone de manifiesto su valentía.

Había llegado el momento de

descubrir lo que realmente sabían los jefes. Si lo acusaban de mentiroso, no tardaría en tener el cuchillo del sacerdote clavado en el pecho. Arminio observó los rostros de los jefes con el corazón en un puño.

—¿Deduzco que torturaron a los prisioneros? —preguntó el pelirrojo y Arminio respiró.

—Sí.

—¡Malditos romanos! ¿Y qué dijeron?

—Todos y cada uno de ellos juraron que sus caudillos no sabían nada del asalto. —La expresión de alivio en el rostro de los jefes no hizo más que ratificar la versión de los prisioneros—.

Sin embargo, y por desgracia, su respuesta es un arma de doble filo. Por un lado, si Varo hubiera creído que habíais ordenado el asalto, todos estaríais muertos ya y vuestra aldea ardería en llamas. Por el otro, como realmente cree que no sabíais nada, os impone el castigo de los tributos que os he comentado.

—Así que, si lo sabíamos, mal, y si no lo sabíamos, también mal —gruñó el jefe de las cejas pobladas.

—Si lo hubiéramos sabido, estaríamos muertos y, por no saberlo, nos arruinarán —corrigió el pelirrojo con sarcasmo—. Es una pequeña diferencia que vale la pena tener en

cuenta.

—Y no olvidéis los tributos anuales que se recaudarán pronto —añadió Arminio. La desesperación de los jefes ante los tributos había eclipsado la rabia hacia él, por lo que había llegado el momento de plantear sus argumentos—. No perdáis la esperanza, no todo está perdido. Recordaréis que hace un tiempo acudí a vosotros con la idea de un plan, que consiste en atacar a Varo y sus legiones durante la marcha de este verano hacia el este. Mi objetivo es, con la ayuda de Donar, eliminarlos de la faz de la tierra. —Arminio hizo una pausa para estudiar la reacción de los jefes. Nadie le pidió que se callara y al menos

dos asintieron con la cabeza, aunque ninguno de los dos era el pelirrojo—. Los brúcteros ya apoyan la causa de los queruscos y los catos pronto se unirán a nosotros. Con este plan no solo podréis vengar a los guerreros muertos, sino también rebelaros contra los tributos tan injustos que os impondrán mañana. Además, se trata de una venganza que llegará pronto. El ejército de Varo partirá hacia el este el próximo mes. Lo sé porque Varo me considera un aliado fiel. Un hombre de fiar. Un amigo. — Prueba de ello era el hecho de que el gobernador hubiera aceptado la excusa de que sus hombres habían perdido el control contra los usípetas.

Arminio tenía la sensación de haber convencido a la mitad de los jefes, pero le preocupaba que, a pesar de todo, acabaran por doblegarse ante Roma y que aceptaran pagar los nuevos tributos aunque fueran una sangría para ellos. «He matado y he mentido para llegar hasta aquí. ¿Qué más da una mentira más?», pensó y se dispuso a hablar de nuevo.

—En los últimos días he recibido la noticia de que los marsos y angrivarios también lucharán con nosotros. Las fuerzas conjuntas de seis tribus pueden aplastar a los romanos como si fueran hormigas. Con los usípetas de nuestro lado, seremos invencibles.

Consciente de la importancia de no sonar desesperado, Arminio dejó que los jefes digirieran sus palabras.

Transcurrieron unos instantes que para Arminio fueron como una eternidad.

—¿Cuántos soldados tendrá Varo?
—inquirió por fin el jefe pelirrojo.

—Tres legiones y algunas unidades auxiliares. Ninguna de las unidades está al completo, nunca lo están, así que en total calculo que serán unos quince mil hombres.

—¿Y cuántos hombres crees que puedes reunir tú? —preguntó de nuevo el pelirrojo.

Arminio entendió su necesidad de

preguntar. Cuando uno está a punto de arriesgar la propia vida y las vidas de todo su pueblo, tiene derecho a conocer hasta el último detalle. Además, lo importante era que estaba haciendo preguntas, lo cual era positivo.

—Yo calculo que unos veinte mil guerreros.

—En un campo de batalla abierto, esa superioridad es insuficiente — afirmó el pelirrojo y varios jefes asintieron.

Arminio tenía la respuesta preparada.

—Es cierto, pero mi intención no es luchar contra los romanos cara a cara. El valor, la velocidad y la agilidad son

los puntos fuertes de nuestros guerreros y, si tendemos una emboscada a Varo, podremos aprovechar al máximo nuestras fortalezas. Nuestras tropas serán como los enjambres de mosquitos que nos invaden en verano, pero mucho más letales. Atacarán a los romanos en el bosque y, antes de que puedan reaccionar, escapan hacia la seguridad de los árboles. La idea es que, juntos, podremos repetir el ataque una y otra vez hasta que no quede ningún romano vivo.

—¡Me gusta el plan! —gruñó el jefe de las cejas pobladas.

—¡Y a mí!

—¡Y a mí!

—¡Cuenta conmigo, Arminio!

Esa era la reacción que Arminio había esperado desde un principio. El pelirrojo no se unió al clamor generalizado, pero tampoco frenó el entusiasmo de los otros jefes. Simplemente esperó hasta que sus compañeros hubieron guardado silencio.

Los temores de Arminio surgieron de nuevo. Si el pelirrojo hablaba en su contra, el resto cambiaría de opinión tan rápido como los vientos en otoño.

—¿Y bien? —preguntó tratando de sonar seguro de sí mismo—. ¿Estás con nosotros?

A modo de respuesta, el pelirrojo se acercó a Arminio y le cortó las ataduras

con un puñal.

—Lucharé a tu lado junto con el resto de los usípetas —respondió con una sonrisa maliciosa.



Tulo estaba en su tienda, ultimando los preparativos antes de dirigirse a la aldea de los usípetas. Se acomodó la cota de malla para que colgara por encima del cinturón dorado. Aunque la táctica desmejoraba su aspecto porque le marcaba la barriga, le ayudaba a transferir parte del peso muerto de la malla a las caderas. Si no lo hacía así, acabaría con las rodillas destrozadas al final del día. Llevaba el cinturón y la espada. Había bruñido el metal de la

funda de la espada y del casco y limpiado la cota de malla. Tulo no había permitido que nadie lo hiciera por él. Ese día tenía que impresionar a los usípetas y hacerles entender que los legionarios romanos debían infundir temor. Tenían que comprender que, si el emperador daba la orden, su pueblo sería aplastado.

Tulo miró con ojo crítico los brazaletes que lucía en las muñecas, así como las múltiples *phalerae* que le colgaban del pecho, de un arnés de piel. Las piezas de oro, plata y bronce brillaban en reconocimiento de su valor. Tulo consideraba que, en al menos la mitad de los casos, simplemente había

hecho lo que haría cualquier soldado, pero sus acciones habían sido vistas por un tribuno o un legado. En tres ocasiones, su único objetivo había sido reducir el número de bajas entre sus hombres. Quizá dos de ellas realmente se debían a actos valerosos, según había revelado en una ocasión a Fenestela. Además, llevar las condecoraciones estaba pasado de moda, pero a Tulo le sorprendió la reacción vehemente de su *optio*.

—¡He perdido la cuenta de las veces que te has metido en lugares de los que huiría la mayoría de los soldados! Para eso se necesita tener pelotas, señor. Pelotas de verdad. Así que será mejor

que lleves esas condecoraciones con orgullo, señor.

Tulo sonrió al recordarlo.

El centurión peinó el penacho de crin del casco y se arrepintió de no haberlo teñido antes de abandonar Vetera, pero lo llevaría a teñir a la vuelta. De todos modos, los bárbaros estarían demasiado ocupados oyendo sus gritos para notarlo.

—¿Señor? —Era la voz de Fenestela.

—Voy. —Tulo cogió la *vitis* y se reunió con su *optio*, cuyo equipo y casco brillaban tanto como los de él—. Vas perfectamente vestido para la ocasión.

—Igualmente, señor —sonrió

Fenestela.

—¿Los hombres están listos?

—Sí, señor. Las tres cohortes se han congregado ante el *intervallum* según tus órdenes. La caballería también.

—¿Ya ha regresado Arminio?

En la reunión previa con los oficiales, Maelo le había informado de que su superior había acudido a una arboleda cercana para rezar a sus dioses. Aunque a Tulo le irritó no haber sido informado, cosa que Arminio debería haber hecho, no le sorprendió. Como el querusco era el comandante de la patrulla, no podía protestar. Tampoco se le ocurrió preguntar a los centinelas cuándo se había marchado Arminio.

—Sí, señor.

—Bien. Acompáñame —ordenó

Tulo. Se encaminaron hacia el *intervallum*—. Sugerí a Arminio que el plan siguiera igual, es decir, avanzaremos hasta quedarnos a cien pasos de la aldea y nos desplegaremos en una fila de una cohorte de largo, con los caballos en los flancos. A continuación, sonarán las trompetas y veremos lo que hacen.

—Poco podrán hacer, señor —rio Fenestela divertido.

—No hay que dar nada por supuesto, *optio*.

—Ya lo sé, pero tienen que estar muy locos para hacer otra cosa que no

sea tumbarse en el suelo y mostrarnos el cuello como perros sumisos.

—Sí, eso mismo creo yo que harán, pero hay que estar alerta. Un perro apaleado puede seguir mordiendo.

Los romanos no tardaron en formar delante del asentamiento de los usípetas. Las cohortes se desplegaron en tres centurias a lo ancho y dos a lo largo, con un espacio de veinte pasos entre cada unidad. Los jinetes de Arminio se distribuyeron a lo largo de los flancos, curvándose como las alas de un ave de presa. La centuria de Tulo ocupaba un lugar de honor, en la primera fila de la

cohorte central. Aunque Arminio era el comandante de la tropa, había dicho que su lugar estaba con la caballería, por lo que sería Tulo quien comunicaría el ultimátum de Varo.

Sentado en su montura, Tulo se encontraba a la derecha de sus hombres y, junto a él, un portaestandarte y un trompeta. El centurión estaba convencido de que numerosos ojos habían seguido sus movimientos desde el asentamiento, pero aparte de un par de niños que se habían acercado por curiosidad, no habían visto a demasiadas personas. De vez en cuando, se veía alguna figura corretear de una casa a otra y asomar la cabeza por una

esquina. El humo de las chimeneas indicaba que el asentamiento no había sido abandonado.

Tulo apenas había distinguido temor en el rostro de sus hombres cuando les había arengado de manera similar a la que hacía antes de una batalla. Estaban allí para servir al emperador y servir a Roma, les había dicho. Estaban allí para asegurar que reinaba la paz en Germania. Estaban allí los unos para los otros. Todos eran valientes, todos cumplirían su deber y todos lucharían con valor en caso necesario.

—No creo que esos salvajes nos ataquen —había revelado a las tropas—, más bien se cagarán encima y harán

lo que se les diga.

Los hombres rieron ante sus palabras y clamaron su nombre cuando el centurión les prometió una ración extra de carne y vino esa noche.

Tulo recorrió el asentamiento con la mirada, pero no vio indicios de que se hubiera planificado ningún tipo de resistencia. La calma era inquietante, pero era fruto del miedo de los usípetas, decidió Tulo, lo cual suponía una ventaja para ellos.

—¿Listo? —preguntó.

El trompeta asintió.

—Toca lo más fuerte posible.

Tulo había dado instrucciones al trompeta de que tocara las notas que se

empleaban para anunciar la llegada de un general en un desfile. Los usípetas desconocerían su significado real, pero entenderían que estaban siendo convocados.

Cesó el tronar de la trompeta.

No hubo ninguna respuesta inmediata.

Tulo se fijó en el punto donde la carretera conducía hacia la aldea y recorrió las casas con la mirada de derecha a izquierda, pero no vio nada.

Transcurrieron unos instantes y los jefes continuaron sin hacer acto de presencia. Irritado, Tulo ordenó al trompeta que tocara de nuevo. Si no aparecían pronto, tendría que enviar a un

mensajero.

Su rabia amainó cuando vio aparecer a un grupo de hombres entre los edificios. Eran una veintena, insuficientes para suponer una amenaza. No obstante, el centurión pudo palpar la tensión entre los legionarios a medida que los guerreros se acercaban.

—Tranquilos —ordenó.

Tulo cabalgó solo hacia el grupo de usípetas. Con la espalda recta y talante seguro, quería demostrarles que los soldados romanos no temían a nadie, pero en realidad tenía la boca seca y el corazón le latía con fuerza.

«No se atreverán a hacerme daño — se dijo—. Si lo hacen, todos en la aldea

morirán, y lo saben».

El centurión reconoció a muchos de los jefes que habían acudido a Vetera para hablar con Varo, entre ellos el pelirrojo. El grupo incluía a seis guerreros que debían constituir, con toda seguridad, la guardia de honor. También había algunos esclavos que llevaban lanzas adicionales para sus amos.

Los usípetas parecían ofendidos, pero Tulo recordó a los aldeanos que habían muerto en manos de sus jóvenes guerreros. Si los hubieran mantenido bajo control, no estarían allí, pensó sin acordarse de Tubero, cuya estupidez había sido la causa de todo.

—No os acerquéis más —gritó Tulo

cuando los usípetas se hallaron a quince pasos.

Los jefes se detuvieron con expresión resentida.

Tulo no habló. Dejó que sufrieran un rato al ver el número de soldados que le acompañaban.

—¿Has venido a destruir la aldea?
—preguntó el pelirrojo.

Tulo no respondió de inmediato. Observó complacido que el miedo sustituía al resentimiento en los ojos de muchos jefes. Al verlos así, desaparecieron sus dudas sobre una posible lucha o emboscada. Los usípetas se doblegarían y pagarían los tributos de Varo.

—Hoy no, por clemencia del gobernador —respondió y volvió a guardar silencio.

El pelirrojo escuchó las preguntas murmuradas por los jefes mientras se movía y alternaba el peso de una pierna a otra.

—Entonces, ¿por qué habéis venido?

—Ya sabes por qué.

—Por lo que hicieron nuestros guerreros —reconoció el pelirrojo.

—Así es. El gobernador Varo me ha mandado con un mensaje para vosotros —anunció Tulo en su mejor germano, aunque para evitar malentendidos, retomó el latín y habló poco a poco para que el pelirrojo pudiera traducirle.

»Como ya sabréis, los asaltantes fueron liquidados y los supervivientes, vendidos como esclavos. Sin embargo, el asunto no se acaba aquí. El emperador no tolera ni tolerará que se quebrante la paz imperial. No lo tolerará jamás. En consecuencia, vuestra tribu debe ser castigada. Varo ha decidido que el precio que debéis pagar por el asalto es un tributo. Un elevado tributo.

El pelirrojo encorvó los hombros al oír las palabras del centurión.

«Bien —pensó Tulo—. Seguro que estos perros aprenden a no volver a quebrantar la paz en el futuro».

—¿Lo habéis entendido?

El pelirrojo tradujo sus palabras

pero, a diferencia de lo sucedido en Vetera, donde los jefes habían respondido con gritos de consternación, esta vez inclinaron la cabeza y se encogieron de hombros fatigados. Algunos le lanzaron miradas de odio, pero era de esperar. Lo contrario hubiera resultado sospechoso.

—Lo entendemos —declaró el pelirrojo cansado, con voz de anciano—. ¿A cuánto asciende el tributo?

—En el combate contra vuestros guerreros murieron cuarenta y un soldados romanos y auxiliares. Veinte resultaron heridos. En total cuatrocientos ochenta y siete aldeanos fueron asesinados. Varo ha establecido

un precio por cada soldado muerto de trescientos denarios, la mitad para los heridos. Además, tenéis que pagar cien denarios por cada aldeano asesinado. El importe total asciende a... —Tulo hizo una pausa antes de soltar el mazazo—, sesenta y cuatro mil denarios.

Cuando el pelirrojo tradujo sus palabras, se desató el caos, pero nadie hizo ningún gesto amenazador contra Tulo.

El centurión contempló al grupo con expresión gélida hasta que se restauró un poco la calma.

—Tienes que comprender, centurión, que nuestra gente no usa el dinero como los romanos —explicó el pelirrojo—.

No somos ricos. Este impuesto nos arruinará.

—Ese no es mi problema —espetó Tulo—. Tendrías que haber pensado en las consecuencias antes de autorizar el asalto.

—¡No sabíamos lo que iban a hacer! —gritó el pelirrojo.

Tulo sonrió sin compasión.

—El gobernador Varo también aceptará como pago del tributo ganado, esclavos, pieles e incluso cabello de mujer. Llevadlo todo a Vetera y un funcionario determinará su valor.

Tulo observó la expresión de repugnancia y rabia impotente que se había apoderado del pelirrojo y sus

compañeros. Quizá se había rebajado demasiado al mencionar el cabello de sus mujeres, pero había una gran demanda de ese producto en Roma, donde era usado para fabricar pelucas. Podían recaudar mucho dinero de esa manera.

El pelirrojo habló con el resto de los jefes.

—¿Cuánto tiempo tenemos para pagar el tributo?

—Varo desea percibir la mitad de ese importe en siete días, es decir, treinta y dos mil denarios. Y tenéis hasta el final de la cosecha para pagar el resto, además del tributo anual. Un poco más de tres meses en total.

El pelirrojo hizo una mueca de dolor.

—¿Qué sucederá si no podemos pagarlo todo en este plazo?

—Los soldados regresarán para cobrarlo a la fuerza.

No era necesario añadir que, para cubrir la deuda, tomarían como esclavos tantos habitantes como fuera necesario.

El pelirrojo tradujo la respuesta para sus compañeros y a Tulo le satisfizo ver la expresión de resignación en los jefes.

—Aceptamos el impuesto de Varo —confirmó el pelirrojo al cabo de un rato.

—Sabia decisión —declaró Tulo—.

Además, quiero que enviéis al campamento setenta ovejas en el plazo de una hora.

El pelirrojo abrió la boca para protestar y volvió a cerrarla.

—Así se hará.

Tulo estaba a punto de dar media vuelta cuando un altercado que se produjo detrás del grupo de usípetas le llamó la atención. Uno de los jefes estaba gritando a un esclavo y clavándole el dedo en el pecho una y otra vez. No era asunto del centurión y, en otras circunstancias se hubiera marchado, pero el esclavo le recordaba a un legionario gravemente herido que se había visto obligado a abandonar en

Illyricum, cuando Tulo y sus tropas habían caído en una emboscada y tuvieron que retirarse. La decisión de abandonar al legionario, un hombre al que había conocido durante años, se debió a la lluvia de piedras que lanzaban los enemigos y que estaban provocando graves y crecientes bajas entre sus hombres. Aunque había tomado la decisión correcta, los gritos angustiados del legionario todavía le perseguían a veces en sueños. Tenía la esperanza de que el hombre hubiera muerto bajo una roca y no en manos del enemigo, pero nunca lo sabría.

El jefe usípeta empezó a golpear al esclavo en la cabeza y el pecho con los

puños cerrados. Al final, el esclavo se defendió y propinó un puñetazo a su amo, pero los grilletes de los tobillos le hicieron caer al suelo. Su amo, enfurecido, le propinó un puntapié y procedió a desenvainar la espada.

Tulo no pudo soportarlo más y, sin pensarlo, azuzó a su caballo. El pelirrojo y el resto del grupo lo contemplaron pasar boquiabiertos. Tulo se acercó al jefe, un hombre corpulento con tatuajes en los bíceps y el esclavo miró sin entender nada. El usípetas imprecó al centurión, que enfurecido separó al amo del esclavo con el caballo.

—Tu esclavo se viene conmigo —

dijo en latín y, después, lo repitió en germano.

—¡Este cerdo es mío, no tuyo! —gruñó el jefe acercándose a Tulo—. Puedo hacer con él lo que me dé la gana.

El centurión apartó al hombre de un empujón con el pie.

—Considéralo parte del tributo que debéis pagar al gobernador. —Tulo miró al esclavo—. ¿Hablas latín?

El esclavo lo miró sin entender nada.

—Ven conmigo —ordenó Tulo al germano—. Ahora eres mío.

Los ojos del esclavo mostraron sorpresa y algo más —quizá gratitud—, pero se levantó con rapidez y se colocó

al lado de Tulo.

Su amo, a quien los jefes de su alrededor habían ayudado a recuperar el equilibrio, se acercó a Tulo con la espada en alto. El resto del grupo observó la escena con creciente tensión.

Tulo notó un nudo en el estómago. Había actuado de forma impetuosa y, si daba un paso en falso, los usípetas se abalanzarían sobre él como una jauría de perros hambrientos sobre un hueso. Miró al esclavo y el miedo en sus ojos y las heridas en todo el cuerpo le reafirmaron en su decisión. El esclavo sufría maltratos de forma regular.

—¡Si me pones una mano encima o tocas a este hombre, a los dioses pongo

por testigo que ordenaré a mis soldados que destruyan la aldea! —gritó en latín—. ¡Tradúceselo! —ordenó al pelirrojo.

Al oír las palabras del pelirrojo, el hombre corpulento se volvió con lentitud y escupió un enorme gargajo en su dirección, que cayó a los pies del esclavo.

—¡Que te jodan! —gritó Tulo en germano.

El jefe usípeta gruñó una respuesta y volvió a alzar la espada.

—¡Vamos, capullo! —le instó Tulo, a punto de perder los estribos.

El pelirrojo hizo gestos al jefe y le murmuró algo. Tulo captó las palabras «demasiado arriesgado».

Al final, con el rostro enrojecido por la rabia, el hombre retrocedió varios pasos.

—Le has tratado con gran deshonor —comentó el pelirrojo—. Los esclavos son propiedad de sus amos y pueden hacer con ellos lo que les plazca.

—En mi pueblo también —dijo Tulo.

—En tal caso, ¿por qué le robas este esclavo?

—Porque me apetece —contestó Tulo con tono gélido. No tenía ninguna intención de explicarle su verdadero motivo.

—Así es como funcionan también las cosas en Roma —replicó el

pelirrojo enojado.

—¡Mira quién habla! Te recuerdo que tus guerreros asesinaron a aldeanos inocentes al otro lado del Rhenus — espetó Tulo.

—Actuaron así porque... —El pelirrojo titubeó—. Da igual, no tiene sentido discutir contigo.

—No, no tiene sentido. Si no pagáis el tributo, sufriréis las consecuencias — amenazó Tulo—. Sígueme —ordenó al esclavo.

Tulo dio media vuelta y regresó junto a sus hombres con el esclavo pisándole los talones al son de los grilletes.

Después de reunirse con Arminio, Tulo esperó una hora —como medida intimidatoria adicional— antes de ordenar el regreso a Vetera de las tropas y las setenta ovejas. Varo los recibió a su llegada y se mostró complacido con las noticias recibidas.

—La próxima vez se lo pensarán dos veces antes de dejar que suceda algo así. Buen trabajo, Arminio, centurión. La situación estará más apaciguada cuando marchemos hacia el este. Mi objetivo es que partamos en los idus del mes. Asegúrate de que la cohorte está preparada, Tulo. Tus hombres también, Arminio.

Los preparativos podían esperar hasta el día siguiente, pensó Tulo, que estaba apoyado en el umbral de la cocina con un vaso de vino en la mano mientras contemplaba a su nuevo esclavo encender el fuego. Su semejanza con el legionario que abandonó no se limitaba a su rostro o cabello negro, sino que también era, al igual que él, joven, de baja estatura y cuerpo fibroso. Después de quitarle los grilletes en la fragua de la legión —Tulo no estaba dispuesto a tener un esclavo con grilletes, aunque existiera el riesgo de fuga—, le había ordenado que preparara la cena. Ignoraba si el hombre sabía cocinar, pero al menos le daba algo que

hacer. Tulo no tenía claro qué quería hacer con él. Ya tenía un sirviente, un viejo galo cascarrabias de nombre Ambiorix, que era su esclavo desde que llegó a Vetera. Ambiorix llevaba dos días en cama con fiebre, pero cuando regresara al trabajo, no le haría ninguna gracia ver al recién llegado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Tulo en germano.

El esclavo echó una rama más al fuego.

—Degmar —respondió sin volver la cabeza.

En lugar de enfurecerse ante su falta de respeto, sintió cierta admiración. El hombre tenía pelotas.

—Degmar. ¿A qué tribu perteneces?

—A los marsos —respondió, esta vez de cara a Tulo.

Los marsos vivían al este de los usípetas, entre los ríos Lupia y Rura. En el pasado habían sido hostiles a Roma, pero en esos momentos estaban en paz con el imperio.

—¿Cómo acabaste de esclavo?

Degmar hizo una mueca.

—Hace dos años, fuimos a una aldea usípetas a robar ganado. Los centinelas dieron la alarma, todos los guerreros se levantaron y nosotros huimos. Yo tropecé y me caí, como un niño. Me capturaron por ser tan patoso.

—Qué mala suerte.

—Fue culpa mía, de nadie más —
reconoció, encogiéndose de hombros.

Los dos años de cautividad debían de haber sido duros, pensó Tulo compasivo.

—Antes, en el poblado, no estabas obligado a intervenir, pero lo hiciste. Te estoy agradecido, mi amo.

Incómodo, Tulo le restó importancia al asunto con un gesto de la mano.

—¿Puedo saber por qué lo hiciste?

—Te pareces a un soldado mío. —
Los gritos del legionario volvieron a resonar en sus oídos, pero los bloqueó —. Murió.

Degmar miró a Tulo un momento sin parpadear y se volvió a ocupar del

fuego.

—Estoy agradecido de parecerme a él. Seguro que ser tu esclavo será mejor que lo que he tenido que soportar con los usípetas.

Tulo no deseaba un segundo esclavo y sabía que Ambiorix protestaría ante la idea. Pensó en el antiguo amo de Degmar y se preguntó si le irritaría saber que su antigua propiedad era un hombre libre.

—¿Dejaste mujer e hijos en tu tribu?

—Mujer —respondió Degmar, y la emoción nubló por un instante sus ojos—. Estaba esperando nuestro primer hijo cuando me capturaron. Solo Donar sabe si sobrevivió al parto. Si es así, es

probable que se haya vuelto a casar. Es muy guapa.

Tulo tomó una decisión.

—¿Por qué no vas en su busca?

Degmar frunció el ceño.

—Sé que eres mi amo, pero te ruego que no te burles de mí. Ahora soy tu esclavo.

—No es ninguna burla. Prepárame una buena cena y te concederé la libertad. Prepararé los documentos para que te dejen pasar por los controles del puente. Después, puedes esquivar el territorio de los usípetas y dirigirte al sur, a la tierra de los marsos.

Degmar lo miró incrédulo.

—¿Y por qué harías algo así? ¿Por

una cena?

Tulo pensó de nuevo en el legionario al que abandonó a su suerte.

—Porque estoy de buen humor, por eso. Aunque también dependerá de lo que me prepares para cenar, ¿eh?

Degmar rio. Era la primera vez que el esclavo bajaba la guardia y Tulo sonrió.

—Tu oferta es muy generosa, pero no puedo aceptarla.

—¿Tan mal cocinas?

—Te debo la vida. Mi amo amenazaba con matarme.

—¿Por qué?

—Tenía muy mal genio. —Degmar se levantó la túnica para mostrarle el

vientre.

Tulo se horrorizó ante las innumerables cicatrices, viejas y nuevas. Algunas parecían quemaduras.

—¿Pero por qué querría matarte?

—No soy un buen esclavo. No sé mantener la boca cerrada —sonrió—. Cuando me pegó fue porque dije que los usípetas eran unos gusanos cobardes por aceptar el tributo.

Tulo sonrió divertido, sorprendido de que Degmar repitiera algo así a un romano que todavía tenía la potestad de acabar con su vida.

—¿Tu pueblo no se hubiera arrodillado ante mí?

—En vista de tus tropas, supongo

que sí. Aunque no sienten ningún amor por Roma, no son tontos —reconoció Degmar—. ¡Pero a él no le iba a decir eso!

Tulo rio.

—Eres único, Degmar de los marsos. Si no aceptas mi oferta de libertad, ¿qué quieres hacer?

—Si me aceptas, seré tu sirviente y guardaespaldas. Ya sé que tienes a soldados que te sirven, pero yo seré como tu perro de caza. Dormiré ante tu puerta, te guardaré las espaldas y te protegeré de cualquier traición.

—¿Aunque sea romano?

Degmar se encogió de hombros.

—Romano o no, me has salvado el

pellejo.

Tulo sintió un respeto renovado hacia Degmar.

—¿Y cuánto tiempo propones servirme así?

—Hasta que haya saldado mi deuda.

Tulo jamás había buscado ese tipo de protección, pero Degmar deseaba saldar su deuda con él. El guerrero marso era un hombre de honor, pensó Tulo, y rechazar su oferta sería una falta de respeto. «Me estoy haciendo mayor. Soy un sentimental».

—De acuerdo, acepto tu oferta.

—Muchas gracias —dijo Degmar con una leve inclinación de cabeza.

Ese era el máximo reconocimiento

que jamás obtendría de él, pensó Tulo divertido. Los germanos eran muy diferentes de los romanos. A pesar de la manera en que se habían cruzado sus caminos y a pesar de la posición de superioridad de Tulo, el guerrero se dirigía a él —casi— como a un igual. Lo más divertido era que al centurión le traía sin cuidado.

Observó a Degmar mientras preparaba la carpa que le había regalado un centurión de la cohorte. Tulo todavía ignoraba si sabía cocinar, pero parecía bien preparado para la lucha.

De pronto, una imagen de Tubero acudió a su mente. Con un enemigo tan

feroz en las altas esferas, quizá no le iría mal tener a un hombre como Degmar a su lado.

SEGUNDA PARTE



Verano, 9 d. C.

CAMPAMENTO
ROMANO DE PORTA
WESTFALICA,

CENTRO DE GERMANIA



Un fino haz de luz que entraba por un pequeño hueco situado entre la puerta y el marco despertó a Varo. Se movió inquieto, consciente de que hacía demasiado calor bajo la manta. «Maldita sea —pensó, negándose a abrir los ojos y reconocer el inicio de otra jornada más—. ¿Con qué documentos me torturará hoy Aristides? ¿Qué oficiales y jefes de clan acudirán a quejarse a mi despacho?». Sería lo mismo de siempre, solo que en un día

distinto, como de costumbre.

Un leve olor a polvo, que no solo notaba en su dormitorio sino en todos sus aposentos, le recordó que se había despertado en Porta Westfalica, no en Vetera. El mal humor de Varo se desvaneció de repente. Abrió los ojos y se incorporó con una sonrisa. ¡Estaba en Porta Westfalica! Ahí tenía unas obligaciones más livianas. La grandiosidad marchita y las paredes pintadas de rojo oscuro de su habitación, que habían estado de moda hacía por lo menos cinco años en Roma, no le importaban lo más mínimo; como tampoco que la falta de ocupantes habituales y, como consecuencia de ello,

la falta de calefacción durante el invierno, hubieran provocado la aparición de manchas de humedad en las esquinas. Las habían limpiado pero el olor permanecía. Eso y las numerosas grietas del yeso eran testigos de su estancia estival y por ello se alegraba.

Varo abrió la puerta y agradeció la calidez del sol que inundó la habitación. Incluso tuvo la impresión de que la temperatura era superior que en Vetera. Dio un paso al exterior y devolvió el saludo del centinela con un asentimiento cordial. Igual que otras estancias, el comedor y la cocina, su dormitorio daba a un gran patio con columnas, dominado por un jardín de hierbas, manzanos y

varias estatuas. Todos ellos habían visto tiempos mejores. Por mucho que fueran los aposentos del comandante, el lugar tenía un ambiente cochambroso, como una villa de verano en Capri que llevara años sin usarse.

Aparte del *principia*, se habían erigido pocos edificios permanentes. Porta Westfalica solo se ocupaba en verano, por lo que no tenía demasiado sentido construir barracones o similares hasta que el lugar pasara a ser un campamento fijo. La gran casa se había convertido en el hogar de Varo desde su llegada hacía un mes y lo continuaría siendo hasta su partida. Cada día hacía que los esclavos encendieran la

chimenea en todas las habitaciones que tenían una y que limpiaran a fondo el lugar. El edificio no tardaría demasiado en estar como nuevo, pensó.

Como su esposa se había negado a acompañarle, como siempre, entre esas cuatro paredes gozaba de la libertad de hacer lo que le viniera en gana, como dormir el día entero o beber toda la noche. Varo sonrió. No quería comportarse como un tribuno soltero y despreocupado otra vez pero estaba bien saber que podía hacer lo que le placiera sin que le dieran la lata. También era el amo del exterior: gobernador de toda la región, cuya misión era controlar a las tribus, velar por el cumplimiento de las

leyes romanas y el pago de los tributos. Vetera estaba a apenas cien millas al oeste, distancia que producía a Varo una enorme satisfacción. Solo una parte de los mensajes y misivas oficiales que le suponían una cruz en Vetera llegaban a aquel remanso de paz. No era casualidad. Los importantes sí que llegaban a Porta Westfalica, pero el resto se gestionaba al momento, pues Varo había autorizado al comandante del campamento de Vetera para que abriera todas y cada una de las cartas, con lo que así al menos durante el verano se reducía sobremanera el dolor de cabeza que le producían.

Respiró hondo el aire fresco del

amanecer. Se sentía cinco años más joven.

Se volvió al oír unos pasos detrás de él.

—Buenos días, Aristides.

—Buenos días, mi amo. —Aristides ya estaba vestido y con el pelo lubricado.

Varo no pudo evitar bromear; sabía que a su esclavo no le gustaba su aposento, ni su cama ni casi nada. Ni siquiera los baños, sobre todo los baños, estaban a la altura.

—¿Has dormido bien?

Aristides hizo una mueca.

—He descansado de forma pasable, mi amo, gracias. ¿Y tú?

—He dormido como un bebé. Ahora estoy hambriento. —Varo dio una palmada y al cabo de un instante un esclavo salió de la cocina—. Quiero mesa y sillas aquí fuera —añadió, señalando un lugar soleado en el centro del patio—. Y comida, mucha comida.

—Enseguida, mi amo. —El esclavo desapareció enseguida.

—Disfruta del desayuno, mi amo —dijo Aristides.

Varo lanzó una mirada a su escriba, que también se dirigía a la cocina. Aristides tenía por costumbre desayunar con los demás esclavos, situación que Varo sabía que detestaba. No era de extrañar. Los esclavos domésticos eran

de distintas razas, individuos analfabetos que desdeñaban al cultivado griego. Movidó por la comprensión, y porque no le apetecía compartir el pan con la mayoría de los soldados rasos, Varo se planteó invitar a Aristides a desayunar con él pero enseguida se quitó la idea de la cabeza. Su manumisión era inminente pero tampoco hacía falta dar a Aristides un trato que no le correspondía, como compartir mesa con su amo. «El hecho de que lleve conmigo la mitad de mi vida no le convierte en mi amigo», pensó Varo.

Tras una ajetreada mañana recibiendo

visitas, Varo almorzó agradablemente con Vala, su asistente: un hombre concienzudo de mediana edad con una calva reluciente. La que inicialmente fuera una copa de vino para regar la comida, carne de venado asada con salsa de ciruelas, se había convertido en dos y luego tres. Varo había tenido la sensatez de parar en ese momento pero el rubor cálido que lucían él y Vala al salir a caballo del gran campamento en dirección al poblado local resultaba lo bastante elocuente. La expresión desaprobatoria y las protestas de Aristides por no haber acabado con los documentos pendientes no habían bastado para disuadir a Varo de echar un

vistazo al emplazamiento propuesto para el foro.

—Eso puede esperar —dijo a Aristides—. Volveré en una hora.

Aristides se había retirado al despacho de Varo frunciendo los labios a modo de respuesta silenciosa.

Varo y Vala iban seguidos de una centuria de legionarios que ofrecían protección y dejaban constancia del estatus del gobernador. Vala estaba pontificando sobre algo concerniente a la relación entre Tiberio y Augusto. Varo desconectó, ayudado por los efectos del vino y el entorno de Porta Westfalica, que le fascinaba. La ubicación del campamento era poco habitual pues no

se había erigido en un lugar privilegiado, como una colina o un punto que tuviera buenas vistas, sino que se encontraba en la orilla del río Lupia. El motivo era coherente: desde Vetera podía transportarse equipamiento, comida y provisiones hasta allí, así que tenía que estar bien defendido.

Varo se alegró al ver que una flota de barcazas de tamaño considerable se acercaba por el oeste. Lo más probable es que transportaran una cantidad de grano suficiente para alimentar a los legionarios durante unos días, medio mes o incluso más tiempo. Así el jefe de intendencia le dejaría tranquilo.

—¿Qué opinas, señor? —preguntó

Vala.

Varo se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que le preguntaba Vala.

—¿Sobre qué? —dijo, sin mirar a su subalterno a la cara.

Se produjo un breve silencio durante el que Vala debió de preguntarse dónde tenía la cabeza su superior.

—Sobre si la desavenencia entre Tiberio y Augusto se habrá zanjado para siempre, señor.

—No tengo ni idea, Vala —reconoció Varo, que ya estaba harto de la cuestión porque era uno de los temas favoritos entre los oficiales—. No estoy en Roma y, aunque lo estuviera, no estaría al corriente de esa información.

No olvides que buena parte de lo que oímos son cotilleos, habladurías que nos llegan desde la capital, pero que se van distorsionando cada vez que se cuentan. Son tan fiables como el parloteo de un borracho que se acoda en el mostrador de una taberna. Interesante, a menudo. Divertido, a veces. Pero no hay que creérselo.

Habían llegado a las afueras del poblado, situado a poca distancia al este de Porta Westfalica. Se encontraron con la habitual aglomeración de puestos a ambos lados del camino de tierra. Carpinteros y herreros que anunciaban sus negocios junto con alfareros y zapateros. Había comerciantes de

aceitunas y vino de Italia e Hispania, cerámica de la Galia y pieles de animales que habían cazado en la zona. A juzgar por lo que pregonaban los vendedores de tinturas y pócimas, vendían curas «al mejor precio» para ampollas, músculos doloridos, dolor de espalda, infecciones de orina y todas las enfermedades venéreas habidas y por haber. Los legionarios que estaban de permiso y que hablaban con un suministrador de esta última pócima hicieron todo lo posible para no mirar a Varo a la cara cuando pasó a caballo. Sus esfuerzos no funcionaron con los soldados que acompañaban al gobernador. Les inundaron con un coro

de burlas y silbidos y sus compañeros estaban demasiado avergonzados como para rebotarse. Los guardaespaldas de Varo sonrieron abiertamente pero no intervinieron.

Varo fingió no darse cuenta de lo que pasaba. Las prostitutas y las enfermedades que eran propensas a contraer eran tan antiguas como la humanidad, igual que sus clientes. Intentar acabar con esa actividad era tan inútil como empujar agua colina arriba. Además, no era su obligación asegurarse de que los soldados estuvieran lo bastante sanos para el desempeño de sus funciones sino de otros oficiales de rango inferior al de él.

Un poco más adelante le llamó la atención la selección de ámbar que ofrecía un comerciante mientras pregonaba a viva voz que la mujer que recibiera tal regalo amaría a su hombre para siempre. Varo admiró la pieza de mayor tamaño del mostrador, de un color naranja dorado y del tamaño de su puño cerrado, y se preguntó si a su mujer le gustaría. Siguió cabalgando sin detenerse. Regatear a un vendedor no era propio de su condición, aparte de que el hombre cuadruplicaría el precio en cuanto se diera cuenta de quién era Varo. Tal vez enviara a Aristides a echar un vistazo y ver si podía comprarlo por un precio razonable. Si la pudiera

engarzar en un collar, pendiente o brazalete, mucho mejor.

A medida que se acercaban al centro del pueblo dejó de pensar en regalos para su esposa.

—Han estado trabajando —dijo, señalando unas bonitas casas de piedra. Con el frontal abierto, ocupado por comercios de más categoría y las escaleras laterales que ascendían hasta la planta superior, suponían un claro contraste con las chozas de madera que utilizaban los vendedores que acababan de dejar atrás—. No recuerdo haberlas visto el verano pasado.

—Creo que estás en lo cierto, señor. Dentro de unos años, esto será una

ciudad con guarnición como mandan los cánones.

—¿Has estado en Pons Laugona? Es impresionante. —Las responsabilidades propias de su cargo habían llevado a Varo a ese asentamiento varias veces. Yacía junto al río Laugona, a unas cincuenta millas al este del campamento de Confluentes.

—Todavía no he tenido ocasión, señor.

—Es como una ciudad del imperio, la verdad. Hay bloques de pisos, fábricas de cerámica, estatuas y objetos de metal. Se ha construido un acueducto. Por ahora solo el centro de la población dispone de agua corriente, pero eso

cambiará. Pero los más inspiradores son el foro y el edificio municipal, sobre todo. Mide cincuenta pasos por cuarenta y cinco, con un patio central y anexos de un tamaño considerable. También hay una estatua dorada enorme de Augusto, que en Roma no se vería fuera de lugar.

—Entonces los lugareños se están esforzando —dijo Vala.

—Sí —repuso Varo.

Se acercaban al espacio abierto que era la ubicación propuesta para el foro. Cuando vio a un grupo de líderes de la población a quienes ya conocía, incluidos los empalagosos que no le habían caído bien, se dijo que tenía que alabar su entusiasmo y no desdeñarlo.

Su energía tendría el mismo efecto que lo ocurrido en Pons Laugona. Todo por el bien del imperio. Ya fuera por el vino que había tomado o por la facilidad con la que se convertía en político, Varo notó que su enojo se desvanecía. Alzó una mano y desplegó una amplia sonrisa.

—¡Saludos!

Los dignatarios, caudillos de uno u otro rango, se aproximaron. Le saludaron.

—¡Gobernador, nos honras con tu presencia!

—Bienvenido a nuestro modesto asentamiento, gobernador Varo.

—Que Donar te bendiga, gobernador.

—Gobernador, qué gran placer. —
Aelwird, el hombre corpulento que más
había agotado su paciencia, se colocó al
frente e hizo una reverencia. El cabello
largo y grasiento le enmarcaba el rostro.
El tufo acre a olor corporal le llegó al
cabo de un instante y Varo tuvo que
esforzarse sobremanera para no
retroceder asqueado. Si bien a Aelwird
le había dado por vestir una túnica
romana y sandalias, todavía no se había
percatado de que los baños regulares
eran tan buenos para el alma como para
la interacción social.

—Aelwird, ¿conoces al legado
Vala? ¿Mi segundo al mando?

—Todavía no he tenido el placer. —

Aelwird volvió a inclinarse hasta la cintura, lo máximo dada su gordura—. Es un gran placer para mí conocerte, legado Vala.

—Saludos, Aelwird —repuso Vala con una inclinación de cabeza. Miró rápidamente a Varo, que le musitó:

—Un adulator de primer orden.

Vala hizo una mueca.

—Aquí están mis compañeros del consejo. —Aelwird, que no había oído el comentario, señaló a sus acompañantes y recitó una lista de nombres germanos. A medida que los nombraba, cada uno de los hombres hacía una reverencia.

Varo no se esforzó lo más mínimo en

recordar sus nombres. Ellos sí que le reconocían a Vala y a él, y eso era lo que importaba.

Flanqueado por Aelwird a la derecha y Vala a la izquierda, y seguidos por el resto del consejo, se acercaron adonde se concentraba la actividad.

—Le he hablado a Vala de Pons Laugona —dijo Varo—. No me extraña que queráis emular lo que se ha erigido allí o incluso mejorarlo.

Aelwird sonrió como un mocoso al que se acaba de dar una moneda.

—No he visto el foro de Pons Laugona, pero dos de mis colegas sí. Por supuesto que queremos mejorar lo que tu consejo ha hecho construir,

gobernador.

Los demás empezaron a murmurar y a Varo no le quedó la menor duda de que había oído las palabras «esos téncteros asquerosos». Se le había olvidado. Esos hombres eran brúcteros, con un puñado de queruscos, si no recordaba mal.

—¿La rivalidad entre tribus tiene algo que ver con ello? —preguntó, sonriente.

Aelwird soltó una risita.

—Tal vez, gobernador, pero no temas. Nuestro principal deseo es que nuestro hogar se convierta en la ciudad romana más oriental de Germania. Cuando se construya, queremos que la noticia de la lealtad de sus súbditos

aquí, tan lejos de la capital, llegue a oídos del emperador.

Varo y Vala regresaban adonde habían dejado los caballos cuando el primero se fijó en un grupo de hombres que esperaban a la izquierda, cerca de los obreros que cavaban los cimientos del edificio municipal. Los recién llegados —porque Varo estaba seguro de que antes no estaban— contrastaban claramente con Aelwird y sus acompañantes, que vestían al estilo romano. Cada uno de aquellos hombres iba ataviado con la vestimenta tradicional tribal. Algunos llevaban el

pecho al aire, pero lo que sorprendió a Varo fue que todos fueran armados. Las viviendas situadas cerca de Porta Westfalica todavía no constituían una ciudad y, por consiguiente, ahí no imperaba la ley que prohibía las armas en el interior de los límites de la población, pero había pocos residentes que llevaran algo más que un puñal. Seguro que en su casa tenían lanzas y otras armas pero no resultaban evidentes en la calle.

—¿Has visto a esos? —preguntó a Vala.

—Les acabo de ver, señor —repuso Vala entrecerrando los ojos—. Me estaba planteando llamar a la escolta.

—No. Daría la impresión equivocada. Vayamos hasta nuestros caballos y entonces fingiremos entretenernos ajustando los sudaderos y las riendas. —Varo lanzó otra mirada al consejo—. ¿Aelwird? Otra cosa.

Aelwird se le acercó rápidamente.

—¿Sí, gobernador?

—Esos hombres de las tribus, los que nos están mirando —dijo Varo sin mirar—. ¿Les conoces?

Aelwird lanzó una mirada al grupo.

—Sí, son queruscos. Conozco a unos cuantos, gobernador, sí. —Frunció el ceño, vaciló, pero no dijo nada más.

—¿Qué ocurre? —preguntó Varo.

—Son cotilleos, gobernador, nada

de lo que debas preocuparte.

—Eso ya lo decidiré yo. Cuéntame.

—El grupo ha venido al pueblo a comerciar. Han acampado cerca y beben en las tabernas cada noche. Unos cuantos han estado alardeando de... — Aelwird se calló unos instantes antes de continuar—... que iban a tender una emboscada a tus legiones. —Lanzó una mirada de descontento a Varo primero y luego a Vala—. Lo habría mencionado de no ser porque pensé que no valía la pena molestarte, gobernador. Sus fanfarronadas no son más que lo que se escucha en una taberna, o alrededor de la hoguera, cualquier noche del año. Ya sabes lo que pasa cuando los hombres

beben en exceso.

«¿Es posible adular tanto y no ser sincero?», se preguntó Varo, que lanzó otra mirada a los hombres de las tribus.

—¿Alguno de ellos tiene rango?

—Por lo que me han dicho, ni uno. Son guerreros jóvenes, que quieren impresionar. Llenos de energía.

Varo observó a los guerreros con más detenimiento que antes y se dio cuenta de que la mayoría no tenía barba. Lanzó una mirada a Vala, que se encogió de hombros.

—No parecen peligrosos, señor —masculló.

Los guerreros eran la excepción, más que la regla, pensó Varo. La

mayoría de los lugareños estaban satisfechos con la romanización, bastaba con ver la construcción que estaban haciendo.

—Son cosas de la juventud —le dijo a Aelwird—. Yo también fui así, tiempo atrás. Seguro que tú también, Vala, ¿no?

Vala sonrió.

—No te llevaré la contraria en ese sentido.

Aelwird se sintió aliviado.

—Cuando era más joven y bebía, tendía a exagerar, sí, e incluso a mentir sobre lo que había hecho. —Se inclinó más cerca de Varo—. Si quieres, puedo detener a algunos e interrogarlos. Con una buena paliza sabremos si su historia

es cierta.

Varo barajó esa posibilidad antes de negar con la cabeza.

—No será necesario. Arminio... ¿le conoces? —Aelwird asintió y Varo continuó—: Es aliado de Roma pero también querusco. Según él, en los últimos meses apenas ha habido un murmullo de descontento entre su pueblo con respecto al imperio.

—He escuchado lo mismo de otros auxiliares —corroboró Vala.

Aelwird desplegó una amplia sonrisa.

—Sin duda es el sentimiento que domina en mi tribu. El mandato de Augusto nos aporta paz y prosperidad.

Sí, todos tenemos que pagar tributos al tesoro imperial, pero las ventajas de formar parte del imperio compensan el precio con creces.

Si quedaba alguna duda en la mente de Varo acerca de la necesidad de interrogar al grupo de guerreros, el último comentario de Aelwird hizo que se disipara. Pensó que quienes decían que los germanos eran unos absolutos bárbaros eran cortos de mente. En el plazo de una generación, toda la región devendría otra próspera parte del imperio, al igual que la Galia o Hispania. Se impulsó para subir al caballo.

—Muchas gracias por la visita y

felicidades por tus planes para el pueblo. Presenta una solicitud para formar un consejo antes de que llegue la época de la cosecha y me encargaré de que se apruebe lo más rápido posible.

—Tienes mi agradecimiento eterno, gobernador. —A Aelwird le faltó poco para besar la bota de Varo.

Varo se despidió con la mano de forma benévola mientras se marchaba a caballo. Para cuando llegaron adonde estaba la escolta, el grupo de hombres había desaparecido por una calle lateral. Varo sintió que no había de qué preocuparse. «Si una centuria les infunde el temor a los dioses, ¿qué harán tres legiones?», se preguntó.



—Por Donar, ¿dónde están?

Era la mañana siguiente al viaje de Varo al emplazamiento del nuevo foro en Porta Westfalica y Arminio estaba de mal humor. Acababa de llegar al campamento después de pasar dos días fuera. ¿Acaso era demasiado tiempo como para pretender que las cosas salieran tal como estaba planeado? Recorrió un par de veces el perímetro del pequeño claro moteado por el sol. Una docena de sus hombres le

observaban en silencio entre los hayedos, fuera de su camino. No estaban lejos de la población, pero el grupo se había internado lo suficiente en el bosque como para no ser avistado desde la carretera que conducía al suroeste, hacia Pons Laugona y otros asentamientos romanos. Los caballos estaban atados cerca, también fuera de la vista de los demás.

Lanzó una mirada furibunda a Osbert, que es a quien tenía más cerca.

—No lo sé —repuso Osbert con voz calmada.

—Ha pasado mucho tiempo. Ve a buscarlos —ordenó Arminio—. ¡No! ¡Quédate donde estás! —espetó tras una

breve pausa—. No quiero que ningún oficial romano se plantee qué está haciendo un auxiliar solo en la carretera.

Osbert no se había movido.

—De acuerdo. Es mejor no levantar sospechas de ningún tipo.

—Lo cual han olvidado esos imbéciles de jóvenes queruscos que se han ido de la lengua en las tabernas de Porta Westfalica. Parte de lo que han dicho ha llegado a oídos de Varo, ¿lo sabías?

—Sí. Me lo dijiste. —Osbert volvió a hablar con voz queda.

—Menos mal que Varo los tomó por unos borrachos deslenguados. Si se los hubiera llevado para interrogarlos... si

el imbécil de mi hermano Flavio se hubiera enterado de esto...

—Pero Varo no hizo tal cosa. Y Flavio sigue sin saber nada —replicó Osbert—. Tranquilízate.

Arminio dio un paso hacia él.

—¿Qué has dicho?

La tensión creció en el ambiente pero nadie más se inmiscuyó. Los guerreros tenían derecho a desafiar a su jefe en cualquier momento, pero los que osaban contrariar a Arminio no solían sobrevivir.

—Ya me has oído, Arminio —dijo Osbert—. No vas a conseguir nada enfadándote.

—Esto no se lo permitiría a

demasiados hombres —sentenció Arminio con voz suave, pero con un tono frío como el hielo.

—Yo no soy como los demás —repuso Osbert, sacando pecho.

Se hizo el silencio un instante antes de que Arminio volviera a hablar.

—No lo eres y, en este caso, resulta que tienes razón. En esta situación, es obligado el autocontrol. Tengo ganas de cortarles los huevos cuando lleguen y hacérselos comer enteros, pero me abstendré.

Los hombres se echaron a reír y el ambiente se relajó.

—A lo mejor no vuelven —continuó Arminio—. Seguro que ya saben, o

sospechan, que han sido unos bocazas y que por eso los he convocado a una reunión.

—Si van a los romanos... —empezó a decir Osbert.

—Si ocurre tal cosa quizá tengamos que abandonar el campamento a toda prisa. Pero dudo de que ocurra. Son jóvenes, menos responsables que tú o que yo. Maelo les habrá infundido el temor de los dioses. El hecho de saber que los capturarás y los matarás con un zarzo de mimbre hace obedecer a la mayoría de los hombres. —Arminio inclinó la cabeza—. ¡Escuchad! Están aquí. —En cuanto se hizo el silencio, se llevó una mano a la oreja. El sonido

inconfundible de los jinetes y los caballos reverberaba desde la carretera. Aunque nadie les veía, todos se pusieron tensos y acercaron la mano al arma.

Cuando Maelo apareció solo en el claro, se produjo una exhalación conjunta. Alzó una mano a modo de saludo a Arminio, que ya se había colocado a su lado.

—¿Y bien?

—Están conmigo —dijo Maelo—. Tuve que dejarles las cosas bien claras, pero han venido.

—¿Todos ellos?

—No. —Maelo frunció los labios y escupió—. Tres estaban de ronda en el asentamiento. Buscamos en las tabernas

y en los burdeles pero fue en vano. Inútiles de mierda.

—¿Han huido con los romanos? —
inquirió Arminio.

—El cabecilla cree que no. Piensa que están en algún antro que no encontramos, durmiendo la borrachera.

Arminio olvidó su ira.

—Ve a buscar al resto.

Maelo desapareció por donde había venido y regresó poco después con otra docena de hombres de Arminio, entre los que había cinco guerreros desarmados y desastrados. Tenían los ojos enrojecidos, iban despeinados, llevaban las túnicas manchadas y era obvio que tenían resaca. Sin embargo,

empalidecieron al reconocer a Arminio. No opusieron resistencia cuando Maelo y sus compañeros les obligaron a cruzar el claro amenazándoles con las lanzas.

—Saludos —dijo Arminio en tono agradable.

Respondieron a coro con voz amortiguada aunque ninguno se atrevió a mirarle a los ojos.

—¿Tenéis idea de por qué estáis aquí? —preguntó.

—Sí —repuso un joven guerrero de unos veinte años moreno y peludo—. Porque nos fuimos de la lengua en Porta Westfalica.

—Algo es algo —reconoció Arminio—. Me gustan los hombres

sinceros. Dime qué dijisteis. Qué dijeron tus compañeros. No omitas ni el más mínimo detalle.

—Habíamos ido al poblado para calibrar el tamaño del campamento romano —empezó a decir el guerrero—. En los pueblos todo el mundo habla de tu emboscada, de lo buen guerrero y líder que eres y de la gloria que obtendrán quienes participen en ella.

A Arminio le pareció buena señal que las expectativas fueran altas. El sacerdote Segismundo estaba haciendo bien su papel.

—Entonces, ¿quieres participar en la emboscada? —tanteó.

—¡Por supuesto que sí! No se me

ocurre nada mejor.

Arminio observó el rostro de los compañeros del guerrero mientras se hacían eco de aquella ferviente promesa. Costaba saber si decían la verdad, pues lo más obvio era el miedo que tenían, pero no era de extrañar que aquel grupo hubiera ido a espiar a las fuerzas a las que se enfrentarían dentro de poco.

—¿Y por qué no os marchasteis en cuanto hubisteis visto el campamento?

El guerrero volvió a sonrojarse.

—Ya que habíamos ido hasta allí, pensamos que no nos iría mal un par de tragos. Brindar por lo que haríamos cuando llegara el momento... de la emboscada.

—Me imagino la escena. Una jarra de vino tras otra y al cabo de un rato ya no os acordasteis de nada más. ¿Me equivoco? —preguntó Arminio sarcástico.

—Sí, más o menos. No recuerdo quién fue el primero en mencionar la emboscada. En aquel momento tuvo su gracia, hablar del tema cerca del campamento romano.

—¿Había algún legionario en la taberna?

—No. Me aseguré de eso antes de que empezáramos a beber.

Arminio miró con fijeza al guerrero pero este no apartó la mirada.

—Continúa —instó Arminio.

—No recuerdo todo lo que dijimos. Llegados a ese punto yo ya estaba bastante borracho. Hablamos de la sorpresa que se llevarían los romanos y de a cuántos legionarios mataríamos cada uno y del botín que nos llevaríamos. —Avergonzado, el guerrero bajó la mirada—. Fue una temeridad.

—Es normal que los guerreros jóvenes como vosotros seáis fanfarrones y eso no va a cambiar. No tiene nada de malo. Lo que es una estupidez mayúscula es que mencionarais tales cosas borrachos en una taberna contigua al ejército que queremos destruir. — Arminio exhaló un suspiro al imaginar

cómo habría reaccionado Tulo si hubiera escuchado a los jóvenes por casualidad—. Vuestros comentarios podrían haber puesto en peligro toda la iniciativa, podrían haber dado al traste con un plan que llevo años ideando, antes siquiera de que empezara. ¿Tienes idea de lo mucho que me enfurece esto? —dijo esta última frase en un tono iracundo.

El guerrero se encorvó todavía más. Sus compañeros movieron nerviosos los pies de un lado a otro. Los hombres de Maelo y Arminio, que los rodeaban, estaban preparados. Bastaba una sola palabra para que los jóvenes fueran abatidos a golpes.

Arminio pensó en las distintas opciones que tenía: matarles y enviar un mensaje a sus pueblos diciendo que, quien cometa la misma estupidez, correrá la misma suerte. La segunda opción sería matar solo a uno o dos y liberar a los demás para que propaguen a los cuatro vientos el castigo recibido. Una tercera posibilidad sería que sus hombres dieran una buena paliza a los guerreros y los despacharan con una advertencia.

Arminio decidió que no bastaba con una paliza, que había que matar a unos cuantos. Recordó la curiosa práctica romana del diezmado, de la que había sido testigo en una ocasión: los

legionarios condenados se habían dispersado y huido durante una batalla.

En cuanto se acordó de ello, dejó de estar tan convencido de ejecutar a algunos jóvenes. ¿Cómo es que se había vuelto tan romano?, se preguntó Arminio. Los guerreros germanos que huían del enemigo tenían que vivir avergonzados de sus actos y marginados de sus tribus hasta que volvían a demostrar su valentía. Este castigo no solo era eficaz sino que era mucho menos salvaje que hacer que unos hombres mataran a sus compañeros con garrotes o a puñetazos.

El delito de los jóvenes no era ni mucho menos tan grave como mostrar

cobardía en una batalla. El hecho de que se hubieran ido de la lengua podría haber tenido consecuencias catastróficas pero, a juzgar por la decisión de Varo de no hacer nada, parecía que ellos y él habían quedado indemnes. Arminio se preguntaba cuál era su mejor opción.

—¿Los matamos? —sugirió Maelo.

Varios guerreros jóvenes empezaron a rezar en voz alta.

—Se lo merecen —repuso Arminio con dureza. «Que piensen que esa es la suerte que correrán».

—Danos la orden —instó Maelo, escarbándose las uñas con un puñal largo.

La hoja le dio una idea perfecta a

Arminio. Se acercó a los prisioneros desenvainando su propio puñal. Al verle, los prisioneros intercambiaron miradas de desdicha.

El cabecilla fue uno de los pocos que no retrocedió. Se puso tieso a medida que la hoja se le acercaba a la cara.

—Tengo todo el derecho del mundo a mataros por lo que habéis hecho — sentenció Arminio.

—Cierto. —El guerrero miró a Arminio de hito en hito—. Maelo conoce a mi familia. Pido que le digáis que morí bien.

Arminio situó el extremo del cuchillo en la mejilla del guerrero, justo

debajo del ojo. Los demás jóvenes intercambiaron miradas horrorizadas. Al comienzo, la víctima se limitó a parpadear un poco pero Arminio dejó la hoja ahí hasta que la frente empezó a perlársele de sudor.

—En vez de quitarte el ojo antes de matarte, quizá debería cortarte la lengua —dijo, bajando la hoja en dirección a los labios del guerrero—. Así impediré que hables cuando no te toca, incluso en el Hades.

El joven tenía ya la cara empapada de sudor pero no retrocedió.

—Mátame y acabemos de una vez —masculló.

«Este sí que es un verdadero

guerrero», pensó Arminio. Uno de sus compañeros también lo parecía. El resto... en fin... también lucharían por él después de lo que estaba a punto de hacer. Levantó el puñal ligeramente y abrió la mejilla del guerrero con un movimiento rápido de muñeca. No era una herida profunda ni larga pero sí suficiente para dejar una cicatriz de por vida. El guerrero soltó un gemido de dolor pero no se movió, preparado para aceptar lo que Arminio quisiera hacerle.

—Todos vosotros tendréis esta marca —anunció Arminio, acercándose al siguiente guerrero. Al darse cuenta de que quizá no iba a morir, el hombre enderezó la espalda y se preparó.

Arminio le rajó la mejilla. Otro gemido.

—No será solo un castigo sino la marca de que lucharéis en mi emboscada —informó Arminio. Vio su sorpresa y sonrió—. Supongo que seguís queriendo participar, ¿no? ¿Seguís queriendo manchar las lanzas con sangre romana?

—¡Sí! —exclamó el cabecilla, seguido de sus compañeros.

—Excelente —dijo Arminio mientras le rajaba la cara a otro hombre. Le rajó la cara a un cuarto guerrero y luego al quinto. A pesar del dolor, su alivio resultaba evidente. Pero entonces Arminio pilló a uno de los hombres sonriendo complacido. Maldijo para sus

adentros. La raja no bastaría. Sin pensárselo dos veces, plantó cara al hombre que había sonreído—. ¿Te parece gracioso?

El pánico afloró en la mirada del guerrero.

—No, yo...

No pudo decir más porque Arminio le clavó el puñal en el pecho. Retorcó la hoja a uno y otro lado para asegurarse. Cuando la extrajo, unas gotas de sangre caliente le salpicaron la mano y la túnica. El guerrero cayó a sus pies como un saco de trigo. Dio una patada antes de quedarse quieto. A su alrededor empezó a formarse un charco de sangre. Sus compañeros lo miraron

horrorizados.

Arminio les hizo pensar que por un momento no habría nada más. Retrocedió con el puñal ensangrentado a un lado y recorrió con mirada furibunda al resto de los guerreros.

—¿A alguien más le parece divertida esta situación? —Nadie respondió—. Que sepáis que seréis de los primeros guerreros en atacar a los romanos.

Sus palabras sentaron como proyectiles de plomo caídos del cielo. Los jóvenes guerreros sabían que la orden equivalía a una sentencia de muerte, pero acabar luchando en una batalla era preferible a acabar con un

puñal clavado entre las costillas en aquel claro.

—No obstante, antes de eso algunos de mis hombres os llevarán al lugar de la emboscada —explicó Arminio—. Ayudaréis a levantar el terraplén que nos ocultará de los romanos. También habrá grupos de hombres de otras tribus. Os ordeno que vayáis con ellos, explicuéis qué ha pasado aquí y por qué estáis marcados de este modo. —Aquello era la sorpresa final. Si algún guerrero no cumplía la orden, siempre se le consideraría un cobarde por culpa de la cicatriz. La única otra opción era abandonar a su tribu y convertirse en un paria, sin amigos. Aquello también

equivalía a la pena de muerte para la mayoría de los hombres.

El cabecilla fue el primero en responder. Dio un paso adelante con la cabeza bien alta y con un chorro de sangre en la mejilla.

—Por el poderoso Donar, portador del trueno, juro cumplir todas tus órdenes. Que el Dios me abata si no las cumplo.

Arminio inclinó la cabeza ligeramente.

Los compañeros de los guerreros pronunciaron juramentos similares uno por uno.

En cuanto acabaron, Arminio los despachó.

—Ya os enteraréis del momento del encuentro. Será poco después de la cosecha. Mantened las lanzas afiladas.

Para cuando llegó al gran campamento situado en el exterior de Porta Westfalica, Arminio ya había tomado una determinación. Pensaba visitar a Varo e invitarle a ir a cazar ciervos. Con el día entero por delante, tendría infinidad de oportunidades de averiguar si tenía motivos para estar preocupado.

Como estaba absorto en sus pensamientos, hasta el último momento no vio a la mujer que estaba en cuclillas junto al camino. Llevaba la cabeza

cubierta con un chal de lana y se la oía sollozar. Arminio frenó dado lo inusual de la situación. Maelo y sus hombres le imitaron. Arminio lanzó una mirada a los centinelas más cercanos, un par de legionarios que estaban encorvados sobre los escudos.

—¡Eh, vosotros! ¿Qué ocurre? — preguntó en latín.

Al darse cuenta de su rango, los soldados se tensaron con presteza.

—Esta zorra imbécil se acercó a la puerta hace dos horas, señor. Quería hablar personalmente con el gobernador —dijo el de mayor edad, un hombre con barba de dos días. Su compañero, que era bajito y delgado, resopló—. Por

supuesto, no la dejamos entrar — continuó el legionario barbudo—. Pero no quería aceptar un no por respuesta. Al final, el oficial a cargo de la guardia ha salido y le ha dejado las cosas claras. Ella gritaba que uno de nuestros muchachos había violado a su hija y que algo había que hacer, que había que localizarle y castigarle.

Arminio lanzó una mirada a la mujer, que seguía sollozando sin cesar. Había que reconocer que si fingía, estaba hecha una gran actriz.

—¿Qué ha hecho el oficial?

El hombre hizo un gesto de desprecio.

—Formuló unas cuantas preguntas,

señor, sobre lo ocurrido. Si había habido algún intercambio monetario, cómo se llamaba el hombre, en qué centuria servía, etc. Ella se ha enfurecido y se ha puesto a gritar que su hija no era ninguna prostituta. ¿Cómo íbamos a saber cuál era el nombre del cabrón o de la unidad si no lo había dicho? «Exijo hablar con Publio Quintilio Varo», repetía ella una y otra vez.

—¿Accedió a llevar el asunto más allá? —preguntó Arminio a pesar de que sabía la respuesta.

El centinela le dedicó una mirada de incredulidad.

—No, señor. Le lanzó unas cuantas

monedas y le dijo que se largara.

—Es más de lo que yo le habría ofrecido, señor —comentó el segundo legionario—. Me duele la cabeza de tanto oírla. —Escupió en dirección a la mujer—. Márchate antes de que te obliguemos —dijo en un mal germano.

La gran desconsideración de los soldados encolerizó a Arminio. Entregó las riendas a Maelo, desmontó y se agachó al lado de la mujer.

—Cuéntame lo ocurrido —murmuró en lengua germana. Ella no respondió y le tocó el hombro. La mujer retrocedió con un gemido—. No voy a hacerte daño —dijo él—. Soy de las tribus, como tú.

El chal se movió ligeramente y

asomaron un par de ojos aterrados.

—¿Quién eres?

—Soy Arminio, uno de los jefes de la tribu de los queruscos. Tú también pareces de esa tribu.

Leve asentimiento. El recelo había sustituido al miedo.

—¿Estás al servicio de los romanos?

—Sí, pero eso no significa que no quiera luchar contra las injusticias.

Se apartó el chal. El rostro bañado en lágrimas de la mujer presentaba surcos de preocupación, nuevos y viejos, y los mechones de pelo alborotado eran más blancos que rubios. Tenía arañazos en las mejillas, la marca

de sus uñas, pero aun así tenía una belleza fuera de lo común. Cuidada y con unos cuantos años menos, pensó Arminio, sería despampanante. Casi seguro que su hija también lo fuera, lo cual explicaría parte de lo sucedido.

Arminio no prestó atención alguna al caballo que se aproximaba, dado que por aquel lugar pasaban jinetes constantemente, hasta que el animal se detuvo detrás de él.

—¡Apártate de mi camino! —bramó una voz conocida: la de Tubero. Arminio se enfureció pero no alzó la mirada.

—Saludos, tribuno —dijo Maelo.

—Ah, Maelo. No te había

reconocido. —La agresividad de Tubero desapareció casi por completo.

—Apartaos. Dejad pasar al tribuno —ordenó Maelo en lengua germana.

Arminio decidió quedarse de pie mientras Tubero y su escolta se marchaban a caballo. Tubero puso cara de sorpresa al reconocer a Arminio y ver a la mujer que había detrás de él. Frunció el labio ligeramente pero no hizo ningún comentario.

—Arminio —dijo con un asentimiento cortés.

—Tribuno. —Arminio vio pasar a Tubero y pensó: «Menudo pedazo de mierda. Los cabrones romanos como tú me confirman que hago lo correcto».

»No le hagas ni caso a ese cerdo despreciable —masculló, regresando al lado de la mujer—. De alta alcurnia, pero sigue comportándose como si hubiera nacido en un estercolero.

La mujer le dedicó una sonrisa conmovedora.

Arminio dejó de lado su ira y habló en tono suave y calmado.

—Cuéntame lo que le pasó a tu hija.

—Lle-llegamos aquí ayer. Con la lana de nuestras ovejas para vender. Para cuando la acabamos de vender, ya era tarde así que busqué acomodo en una posada. Era un lugar sórdido pero el casero nos aseguró que no nos pasaría nada. De todos modos y para evitar

problemas, nos retiramos después de tomar algo. Sin embargo, uno de los soldados que estaba ahí bebiendo debió de ver a mi hija. No llevábamos mucho rato dormidas cuando abrió la puerta de un empujón. —Se secó las lágrimas que acababa de derramar—. Grité pero uno de sus amigos estaba fuera para evitar que alguien ayudara. Acercó un cuchillo al cuello de mi hija mientras... mientras... —Un gemido quebrado escapó de sus labios.

Arminio apretó los dientes. Los crímenes de ese tipo eran habituales dentro y alrededor de los campamentos romanos. Lo más normal era que los culpables quedaran indemnes porque los

oficiales de alto rango estaban más interesados en proteger a los suyos que en hacer justicia. Arminio volvió a pensar que ciertas leyes servían para los dirigentes y otras para los súbditos. La respuesta del oficial de guardia, y en concreto las monedas que le había lanzado, era más de lo que la mujer habría esperado.

—Siento el daño que ha sufrido tu hija —dijo al final.

—¿Me ayudarás? —Por primera vez hubo esperanza en su expresión.

Arminio hizo un esfuerzo para mirarla a los ojos.

—Será prácticamente imposible encontrar al soldado que lo hizo... sin

un nombre, sin una unidad.

—Gayo. Estoy segura de que su amigo lo llamó Gayo —dijo ella enseguida.

—Es uno de los nombres romanos más habituales —repuso.

—Tenía la cara picada de viruela.

—Hay muchos hombres que tienen esas marcas.

Dio la impresión de que ella notó que vacilaba.

—Mi hija... ¡tiene quince años! Todavía sangra por lo que le hizo ese bruto. Tienes que hacer algo. Por favor, ¡te lo ruego!

A Arminio se le nubló la vista al recordar a su tía, que debió de correr

una suerte similar antes de ver cómo torturaban a su hijo hasta matarlo y antes de que la mataran a ella. Dio un apretón a la mujer en el brazo hasta que ella lo miró a los ojos.

—El hombre que violó a tu hija pagará por lo que hizo. Confía en mí. Te juro por el poderoso Donar que se hará justicia.

—¿Cuándo? —preguntó ella en un susurro.

—Pronto, no puedo decir más.

—Esperaré —dijo la mujer, dándose palmadas en la cara para secarse las lágrimas—. ¿Cómo sabré que ha recibido su castigo?

—No puedes hablar de esto con

nadie, ¿lo entiendes? Con nadie — ordenó Arminio en voz baja.

—Descuida. Lo juro por la vida de mi hija.

—Por mi vida y como me llamo Arminio de la tribu de los queruscos, sabrás que se ha hecho justicia con ese hijo de puta.

Ella abrió unos ojos como platos.

Arminio anhelaba decirle que el violador, y todos sus compinches, serían pronto pasto de los cuervos pero, si lo decía quizá pusiera en peligro su plan.

—Se enterará todo el mundo — afirmó él.



El día había sido largo y caluroso, tras encabezar su cohorte para patrullar veinte millas hacia el este, pero ya había acabado, pensó Tulo con satisfacción. No había visto nada inusual. Los legionarios habían sido bien recibidos en los pueblos por los que habían pasado. Cierto que el recibimiento había sido tibio pero había aumentado en cordialidad en comparación al momento de su llegada, dos meses antes. En general, la acogida que les dispensaban

había ido mejorando con los años. Tulo llegó a la conclusión de que iban progresando, que las tribus iban acostumbrándose al mando romano. Hasta el cínico de su *optio* Fenestela había comentado que los lugareños se mostraban más receptivos.

La cohorte regresó a Porta Westfalica bajo el sol abrasador de la tarde. Todos los campos de cultivo que flanqueaban la carretera estaban llenos de hombres y mujeres recolectando, personas de ambos sexos desnudos hasta la cintura bajo un sol cegador. Los soldados de Tulo estaban encantados de ver tantos pechos desnudos y no pararon de silbar y de soltar comentarios

obscenos. Los hombres de las tribus les respondieron con insultos, pero Tulo no intentó silenciar a sus hombres. Si una mujer iba por ahí medio desnuda, ¿qué otra cosa podía esperar?

Al llegar al campamento, Tulo hizo romper filas a la cohorte. Había supervisado a su centuria mientras se despojaba del equipamiento y se había tomado su tiempo para alabar a los hombres que habían encabezado la marcha o que iban bien guarnecidos. A continuación, se había dirigido a su tienda, donde le esperaban Ambiorix y Degmar. Tenía gracia, pero la disputa que había imaginado que se produciría entre sus dos criados nunca se había

producido. Uno era galo y el otro germano, uno mayor y el otro joven, pero habían entablado una amistad curiosa que se basaba en compartir las obligaciones. Ambiorix encendía el fuego y cocinaba, y era una de sus tareas preferidas. Sin embargo, el resto, hacer la colada, limpiar las armas y armaduras y dormir junto a la entrada de la tienda, lo dejaba en manos de Degmar.

En cuanto Tulo se lavó con el cubo de agua del río que le trajo Degmar, se acomodó en el exterior de la tienda en un viejo taburete. Había estado en campaña con él muchas veces, le gustaba sentarse en él, vaso de vino en mano, y observar a los soldados con ojo

benévolo pero alerta. Sin embargo, en esta ocasión Ambiorix y Degmar le llamaron la atención. Más bien el segundo, que parecía estar de un humor de perros.

Como supuso que se habían peleado, Tulo se dispuso a aguzar el oído. Ambiorix estaba ajetreado preparando la cena. A juzgar por el olor que emanaba de la olla puesta al fuego, Tulo supuso que se trataba de un estofado de pescado. Degmar estaba sentado al lado con las piernas cruzadas y las *phalerae* de Tulo sobre las rodillas para sacarle brillo a los ornamentos con un trapo.

—¿Quieres probar? —Ambiorix le tendía una cuchara de madera—. Me

parece que le falta un poco de sal.

Degmar emitió un gruñido que tanto podía ser un sí como un no.

Ambiorix frunció el ceño.

—¿Qué has dicho?

—Lo que tú quieras. Me da igual —
masculló Degmar en su precario latín.

—¡No pagues tu mal humor conmigo! Ya hemos decidido que te toca a ti limpiar su equipo.

—No es por eso —dijo Degmar,
frunciendo el ceño.

—¿Entonces qué pasa? —inquirió
Ambiorix.

Degmar no respondió; se esmeró tanto en sacarle brillo a una de las *phalerae*, que a Tulo le pareció que iba

a desgastarla.

Tulo se olvidó de Degmar durante un rato cuando Fenestela vino a informar de un legionario que se había quedado cojo durante la marcha.

—Le he enviado al médico. Piso no es el mejor soldado pero no es ningún gandul —dijo Fenestela.

Tulo se echó a reír.

—¿Ha sido Piso? Debería haberlo sabido.

—Va progresando, tal como dijiste —opinó Fenestela—. Lento pero seguro.

—¿Un poco de vino? —Tulo alzó la jarra.

—¿Por qué no?

—Degmar, otra copa —pidió Tulo.

Degmar se acercó con un recipiente para Fenestela, que enarcó las cejas al ver su expresión iracunda.

«No son imaginaciones mías», pensó Tulo.

—¿Por qué estás de mal humor?

Degmar hizo una mueca.

—No tiene importancia. —Bajó la mirada, hacia ambos lados, evitando a Tulo.

A Tulo le picó la curiosidad. Aparte de Ambiorix y Fenestela, nadie más podía oír lo que decían.

—No es propio de ti estar de tan mal humor y es incluso más raro que no quieras que nadie se entere de que hablas conmigo. Suéltalo.

Degmar se puso en cuclillas, lo bastante cerca como para hablar en murmullos. A Fenestela le sorprendió que se tomara tales confianzas, pero Tulo no hizo ningún comentario. Le seguía haciendo gracia que Degmar no le llamara «amo», pero que le sirviera como un perro de caza fiel. Llegado el caso, Tulo tenía la corazonada de que Degmar moriría por defenderle.

—Cuéntame —le dijo en lengua germana.

—Ha sido hace un rato, junto a las líneas de los auxiliares —empezó a decir Degmar.

Aquello no era extraño de por sí.

—¿Os habéis puesto a fanfarronear?

Degmar hizo una mueca.

—Más o menos. Me he tomado un odre de vino con algunos queruscos que conozco. Al marcharme, me he parado junto a las cuadras. Tienen buenas monturas. Ha pasado un rato. Estaba asomado a la barandilla; los queruscos debían de pensar que me había marchado y han empezado a hablar entre ellos. —Lanzó otra mirada furtiva a su alrededor.

Tulo nunca había visto a Degmar tan nervioso.

—¿Qué oíste?

—No he pillado todo lo que decían, estaban demasiado lejos, pero era algo acerca de una reunión de las tribus y una

emboscada. Lo mencionaron varias veces. Al igual que el nombre de Arminio.

Como prácticamente no había visto al líder querusco desde su llegada a Porta Westfalica, Tulo había mantenido a raya las sospechas. Pero ahora la alarma se disparó en su cabeza.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Quizás estuvieran hablando sobre los dolgubnos, o alguna otra tribu hostil, incluso sobre algo del pasado —dijo Tulo, obligándose a usar la lógica. Escudriñó el rostro de Degmar—. No parece estar de acuerdo.

—No —respondió Degmar con

vehemencia.

—¿Por qué?

—Hubo algo... —Degmar se esforzó por expresar lo que quería decir antes de soltar varias palabras en su propio idioma.

A Tulo le pareció entender una de ellas.

—¿Furtivo?

—Sí, furtivamente. Así se comportaban. Quedó claro cuando un guerrero se acercó a los establos al cabo de un momento y se sorprendió al verme. También estaba enfadado, aunque intentó disimular. «¿Escuchando a hurtadillas?», preguntó. Me llevé la mano a una de las orejas y le dije que

era sordo de ella desde niño. Que había estado admirando los caballos, nada más. Dio la impresión de que me creía pero me di cuenta de que me observaba cuando me marchaba.

—Con esto no vamos a ninguna parte. ¿No tienes nada más?

Degmar negó con la cabeza con el ceño fruncido.

En boca de otros hombres, Tulo se habría tomado a risa esa historia, pero aquello era poco propio de Degmar y por ello le llamaba la atención.

—¿En qué estás pensando?

—La lógica me dice que no eran más que habladoras, que fardaban acerca de cómo les gustaría actuar, o de lo que a

otras tribus les gustaría hacer.

—¿Y la intuición?

Degmar miró a Tulo de hito en hito.

—Me dice que Arminio traicionará la confianza de Varo. Ese cerdo planea algo. Quizás una emboscada, quizás una alianza con otras tribus.

Tulo volvió a plantearse si la extraña sensación que le había causado Arminio se basaba en hechos. Casi le parecía demasiado espantosa para ser verdad.

—Gracias por decírmelo.

—No te lo crees —dijo Degmar con una mueca.

—Yo no he dicho eso —repuso Tulo, que no deseaba sincerarse ante un

subordinado.

Degmar bajó la mirada.

—Tenía que haberme callado.

«Ha demostrado que se preocupa por mí», pensó Tulo, sintiéndose mal.

—Sé amable con esos queruscos — dijo—. A ver si te enteras de algo más.

Degmar se encogió de hombros y se levantó.

—Sospecharán de mí, pero lo intentaré.

Tulo observó a Degmar mientras regresaba junto a Ambiorix y la hoguera.

A partir de ese momento, fue incapaz de quitarse de la cabeza la historia de Degmar. Al cabo de un rato, Tulo se dio cuenta de que había pasado por alto un

hecho crucial: a Degmar le importaban un carajo todos los romanos, menos él. Atacar las legiones de Varo le produciría tanta alegría como al más bárbaro de los guerreros queruscos. Eso implicaba que había abordado a Tulo por ser su vasallo, porque estaba convencido de que se produciría algún ataque de forma inminente.

¿Acaso Arminio era capaz de tal traición?, se preguntó Tulo. Hacía años que luchaba para Roma y había recibido varias condecoraciones por su valentía. Varo confiaba en él sin reservas. Todo el mundo consideraba que el querusco era una persona íntegra y de fiar. Que él supiera, él era el único a quien le

costaba un poco soportar el carisma de Arminio, su carácter campechano le resultaba un tanto forzado.

Recordó entonces un instante durante la cacería de jabalíes, cuando Maelo había hecho un comentario a Arminio sobre el terreno sagrado en el que estaban. Poco después le había hecho otro, cuando Arminio había sugerido que Varo no necesitaba escolta. «Quizás entonces me di cuenta de algo —pensó Tulo— y quizá mi preocupación acerca de la matanza de los usípetas en la empalizada no estuviera fuera de lugar».

No obstante, si tenía razón, sobre todo acerca de esto último, ¿por qué en nombre de todos los dioses lo había

hecho Arminio? A Tulo no se le ocurría ningún motivo plausible, es decir, hasta que se replanteó la posibilidad de que Degmar hubiera oído por casualidad algo importante. Si Arminio estaba creando una alianza entre tribus, tenía sentido que los usípetas, que vivían cerca del Rhenus, formaran parte de la misma. Ese supuesto explicaría que Arminio quisiera liquidar a todo el grupo de ataque. Si los jefes de clan se hubieran enterado de la implicación de sus hombres, los usípetas se habrían retirado de la coalición. También habrían informado a otras tribus de la traición de Arminio y le habrían fastidiado el plan.

Por eso habían tomado tan pocos prisioneros, pensó Tulo. Todo encajaba a la perfección. Por increíble que pareciera, Arminio debía de estar planeando una emboscada. La emoción del momento se le pasó enseguida pues, sin pruebas, le resultaría imposible convencer a sus superiores de la culpabilidad del querusco. Aunque fuera capaz de convencer a uno solo de los tribunos, también habría que convencer a Varo y, a sus ojos, Arminio era incapaz de tal fechoría. Cuando Tulo había sugerido que la matanza de los usípetas en la empalizada quizás había sido deliberada, Varo no había querido saber nada. Tulo no podía recurrir a nadie

más, aparte de Fenestela, cuyo rango inferior implicaba que era incluso menos influyente.

Tulo llegó a la amarga conclusión de que la única opción que le quedaba era escuchar, observar y aguardar.

El viaje en sí le parecía una pérdida de tiempo, por lo que Arminio cabalgó rápido hacia el lugar de la emboscada, situado a unas catorce millas al noroeste de Porta Westfalica. A varias millas del campamento, había pasado a un camino de cabras desde la carretera principal para ir campo a través para que los legionarios que vigilaban los enclaves

situados a intervalos regulares a lo largo de la ruta principal que llevaba a Vetera no le vieran. En cuanto el caballo había empezado a dar muestras de cansancio, había salido al camino por el que conduciría a las legiones de Varo en un futuro próximo. Los dioses mediante, añadió para sus adentros.

Gracias a su rango elevado, nadie se había fijado en él cuando salió solo del campamento romano. Para los soldados rasos y los oficiales de bajo rango, un prefecto auxiliar no levantaba sospechas. Los oficiales de alto rango, como los legados y los comandantes del campamento, quizá le hubieran mirado con recelo, pero no estaban por ahí y ni

siquiera se habían percatado de su marcha. Varo quizá se hubiera preguntado adónde iba, pero en los últimos días Arminio se había encargado de mencionar lo enferma que estaba su madre. Cuando había pedido permiso para visitarla, Varo le había respondido que se marchara siempre que quisiera. «Siempre y cuando hayas cumplido con tus obligaciones oficiales, me da igual —le había dicho Varo—. No permaneceremos mucho más tiempo en la zona. Cuida de tu madre».

Arminio iba a llevar a Varo a cazar al día siguiente, lo cual formaba parte de su plan para hacer creer al gobernador que era un buen amigo, un verdadero

aliado de Roma. Entonces tendría muchas oportunidades de irle con el cuento acerca de lo mucho que le había subido la fiebre a su madre, lo cual la había debilitado pero había marcado el comienzo de su recuperación. Por supuesto tendría que volver a visitarla, y así podría seguir supervisando la construcción del terraplén que formaba parte integral de su plan.

A Arminio le satisfizo ver montones de hombres trabajando entre los árboles a la izquierda del estrecho camino, prueba fehaciente de que las distintas tribus habían respondido a su demanda de mano de obra. Se dio cuenta de que su intención original de permanecer en

el lugar, alentando y engatusando a los grupos variopintos, no tenía razón de ser. Arminio sabía que era positivo porque, de lo contrario, no habría podido poner a prueba ni la amistad ni la confianza de Varo hasta tal extremo. Maelo podría haber hecho ese trabajo pero su ausencia habría levantado sospechas al cabo de un día o dos. Había resultado mucho más sencillo inventarse la necesidad de un soldado raso de alejarse del campamento y por ello había asignado el trabajo a Osbert, otro de sus hombres. Aunque no era de alto rango, Osbert era fuerte, no le asustaba el trabajo duro y dominaba varios dialectos tribales. Además, tenía

carisma. «No tanto como yo —pensó Arminio, dando rienda suelta a su arrogancia—, pero poco le falta».

Enseguida encontraría a Osbert, pero lo primero era supervisar la construcción del terraplén y dejarse ver. En cuanto dio de beber al caballo y lo ató con una cuerda larga a una estaca para que pudiera pastar, Arminio se encaminó a la sección más próxima de la fortificación. Tal como había ordenado, estaba a entre treinta y cuarenta pasos del sendero. Pocos hombres advirtieron su presencia. Quienes repararon en él no lo reconocieron desde lejos, lo cual brindó a Arminio la oportunidad de

observarles.

Eran fieles al método de trabajo que les había encomendado pero lo habían perfeccionado y mejorado. Arminio llegó a la conclusión de que había sido un gran acierto elegir a Osbert. Los hombres trabajaban con una diligencia propia de las legiones cuando construían carreteras. Algunos grupos movían tierra, mientras otros construían fortificaciones o excavaban para hacer los canales de desagüe en la parte de atrás. Entre los árboles que había más atrás, unos guerreros armados con hachas cortaban ramas que se utilizarían posteriormente para disimular el terraplén. Arminio observó complacido

que a algunos hombres se les había asignado la labor de ir a buscar agua al arroyo más próximo.

El terraplén no tenía las líneas rectas que tanto gustaban a los romanos pero daba igual. Serpenteaba a lo largo del camino con una altura superior a la de un hombre alto, irregular pero más o menos en paralelo. Ahora que no estaba terminado, pasaba desapercibido a un viajero poco curioso, pero cualquiera que se acercara a mirar vería la imponente estructura artificial de inmediato. No obstante, Arminio llegó a la conclusión de que se había erigido en el lugar adecuado. Si estuviera más atrás, sus guerreros estarían demasiado

lejos de los romanos para sorprenderlos con una emboscada.

Todavía quedaba tiempo para conseguir que todo aquello resultara prácticamente invisible. En cuanto terminara el trabajo duro, se colocaría una valla de mimbre delante y las ramas cortadas encima. Las plantas que crecían entre las fortificaciones y el sendero, que no se había tocado, también tenían un mes más para crecer.

—¡Arminio!

—¡Es Arminio!

El grito hizo que se volvieran varias cabezas. Los hombres bajaron azadones y palas y dejaron los haces de hierba cortada en el suelo para arremolinarsen a

su alrededor.

Arminio se aprestó a sonreír.

—¡Ya veo que habéis estado trabajando duro!

Al cabo de unas horas seguía recorriendo el gran terraplén. Había procurado pasar un rato con miembros de cada grupo tribal y de hablar con el máximo de hombres posible. Era lógico que los angrivarios estuvieran allí, dado que su territorio se encontraba en las proximidades, pero ahí había hombres de los usípetas, los brúcteros e incluso los catos, cuyas tierras estaban situadas a más de cien millas al suroeste.

Si Arminio hubiera necesitado alguna prueba de lo entusiasmadas que estaban las tribus con su plan y de su predisposición para participar en él, allí estaba. La época más importante del año era la de la cosecha, cuando se obtenía el alimento que consumiría una familia durante el invierno. Sin embargo, ahí estaban, cientos de ellos, partiéndose la espalda para construir las fortificaciones que él les había pedido. Les había dicho que el trabajo les sería de gran utilidad, lo cual había recibido una gran ovación. Los dichosos romanos no advertirían su presencia hasta que fuera demasiado tarde.

Arminio conversaba con un pequeño

grupo de chaucios, tribu que todavía no se había declarado a favor de su causa, cuando apareció Osbert. Arminio dedicó una mirada a Osbert para demostrarle que le había visto y siguió felicitando a los guerreros por su duro trabajo. Los terraplenes estaban bien contruidos, con la altura y profundidad adecuadas. Les dijo que las zanjas de desagüe de la parte posterior eran ingeniosas; evitarían inundaciones en caso de que cayeran las típicas lluvias otoñales. Los guerreros se ablandaron ante sus elogios y le ovacionaron cuando les agradeció el deseo de actuar cuando el resto de los suyos no estaban dispuestos a ello.

—Cuando volváis con los vuestros

—continuó Arminio—, hacedles saber cuántas tribus trabajan codo con codo. No os olvidéis de decirles lo extraordinarios que son los terraplenes y lo bien que nos ocultarán. Deben saber lo estrecho que es el sendero y que lo entrecruzan arroyos y la ciénaga traicionera situada al otro lado. ¡Es el lugar perfecto para tender una emboscada a Varo y sus legiones!

A los chaucios les encantó aquello y blandieron las herramientas como si fueran lanzas mientras prometían a Arminio que regresarían con toda la potencia de su tribu. Satisfecho, Arminio se colocó junto a Osbert. Se dieron la mano y él sujetó a Osbert por el hombro.

—Habéis realizado un progreso excelente. Estoy en deuda contigo. Si seguís así, los terraplenes estarán acabados en...

—Diez días, si todo va bien. — Osbert acabó la frase por él.

—¡Bravo! —exclamó Arminio—. Es mejor de lo que había imaginado.

—Me encantaría llevarme el mérito, Arminio, pero lo que se habla cada noche junto a la hoguera no es de mi capacidad de persuasión, sino del nuevo tributo y del castigo injusto impuesto a los usípetas. Los guerreros se refieren a ti como al líder que nos liberará de las cadenas que Augusto nos quiere imponer. A sus ojos, tú eres el hombre

que liberará esta tierra de la plaga romana.

Arminio se animó todavía más. El esfuerzo que había hecho para ganarse a las tribus había dado sus frutos. No obstante, seguiría mezclándose con los guerreros que trabajaban, dándose un baño de multitudes, por decirlo de alguna manera, y reconociendo su aportación. Cuando el trabajo estuviera hecho y los guerreros regresaran a su casa antes de la emboscada, elevarían sus alabanzas al cielo. A Arminio no se le ocurría un modo mejor de asegurar que sus tribus mantuvieran su promesa para con él.

En el plazo de un mes tendría cientos

de lanzas bajo su mando.

Ahí.



Varo soltaba juramentos en Porta Westfalica. Ir al *principia* había sido un error. Aristides le había prometido que no tardaría nada en firmar las órdenes de otro envío de grano antes de ir a cazar, pero la cosa no siempre era tan sencilla. Los oficiales habían hecho acto de presencia uno tras otro sin parar, cada uno con una petición urgente sobre la que Varo debía tomar una decisión. Los soldados de una cohorte pedían «dinero para clavos» para cambiar las

tachuelas que necesitaban tras haber realizado una patrulla más larga de lo normal. Un asentamiento situado a diez millas de Porta Westfalica decía carecer de dinero para pagar los tributos imperiales que debían. Había acusaciones de corrupción entre los capitanes de los barcos que transportaban mercancías a lo largo del río desde Vetera; en vez de suministros de guerra se les acusaba de transportar productos valiosos, como aceite de oliva, para comerciantes sin escrúpulos.

Aquello no era más que el comienzo de los infortunios que llenaban los oídos de Varo. Muchas mulas sufrían de eccema de verano provocado por los

enjambres de mosquitos que se cernían sobre los establos. El veterinario jefe no sabía qué hacer. Un brote de gonorrea en dos centurias de la XIX había afectado a cuarenta y un soldados, que estaban en el hospital del campamento. A Varo le había sorprendido que todos los enfermos culparan a una prostituta, una «belleza» que respondía al nombre de Venus. Los campesinos locales se quejaban de que los legionarios mataban al ganado a la mínima para obtener carne. Los almacenes de un oficial de intendencia habían sufrido un robo y habían desaparecido dos ánforas de salsa de pescado.

Remordido por la conciencia, Varo

había lidiado con estos problemas uno por uno. Como era de esperar, la mayoría no podía solucionarse allí mismo. Necesitaba más información para poder tomar una decisión. Los centuriones que estaban al mando de los hombres que pedían «dinero para clavos» tendrían que emitir informes oficiales acerca del estado de las sandalias de la tropa antes de la patrulla. Al asentamiento menesteroso se le concedería medio mes para encontrar el dinero que debía antes de que los soldados registraran el lugar con potestad para confiscar los bienes que hiciera falta. Se convocó a los capitanes deshonestos de los barcos a una vista

que Varo tendría que presidir. Se consultaría a los veterinarios de las tres legiones acerca de tratamientos mejores para los eccemas, etc.

En varias ocasiones Varo estuvo a punto de acabar con la fila de hombres que tenía ante el escritorio, pero enseguida aparecían más. Estaba frustrado. El trozo de cielo que veía desde la ventana estaba cada vez más despejado y notaba el calor que irradiaban los rayos de sol que iluminaban el suelo a sus pies. El amanecer había dejado paso a la mañana. Arminio, que había vuelto de visitar a su madre enferma, había insistido en que era preferible que se

marcharan temprano del campamento. «Estaremos fuera todo el día, y suele hacer tanto calor como el día que mataste al jabalí», le había dicho. Varo pensó que las posibilidades de encontrar a un ciervo grande se esfumarían enseguida porque él no tendría ganas de caminar penosamente por el bosque bajo un sol abrasador. Tomó una decisión rápida.

—Aristides.

El griego estaba en su lugar habitual, a su lado.

—¿Señor?

—Averigua por qué está aquí cada uno de estos oficiales. A no ser que sea cuestión de vida o muerte, que esperen a

que llegue Vála.

—Por supuesto.

Varo miró de reojo a Aristides mientras este trajinaba detrás del escritorio, tablilla y estilo en mano. Le divertía ver cuánto gozaba su escriba en momentos como ese, cuando tenía verdadero poder, por pasajero que fuera, sobre hombres de una posición social superior a la de él. La discreta tos del tribuno que tenía delante, Tubero, devolvió a Varo al asunto que tenía entre manos: un brote de disentería en la XVIII.

—Vuelve a hablarme de la gravedad del asunto.

Tubero dio un codazo al médico que

le acompañaba, un griego de calva incipiente con una gran verruga en una mejilla.

—Todavía no es muy grave, gobernador —respondió—. Solo han muerto tres hombres, pero la situación se agravará considerablemente si no se aísla de inmediato a la cohorte afectada.

A Varo le entraron ganas de gritar: «¿Por qué pasa esto ahora?». La disentería era una enfermedad grave.

—Hazlo de inmediato pero coloca las tiendas cerca de la muralla del campamento. Haz que los hombres sanos de la cohorte caven la zanja y trasladen las tiendas.

Varo pensó que no podía hacer gran

cosa más pero que quizá fuera preferible no ir de caza. Si la enfermedad se propagaba más...

Era como si Tubero hubiera percibido su renuencia a quedarse.

—Puedo controlar la situación, señor —declaró—. Lo supervisaré todo y te informaré al caer la tarde.

Varo vaciló. «¿Cuán difícil es aislar una cohorte?», se preguntó antes de decir con una sonrisa:

—Excelente, tribuno. Lo dejo en tus manos. Hablaremos de nuevo más tarde.

—Salió de detrás del escritorio. Con expresión confundida, los oficiales se pusieron firmes—. Tal como estáis —dijo, pasando rápidamente por su lado

—, Aristides tomará nota de vuestras peticiones y Vala se encargará de ellas después.

—Señor... —protestó un centurión veterano, pero Varo ya se había marchado. Los últimos vestigios de su sentimiento de culpa se esfumaron en cuanto perdió de vista a los oficiales. Se pasaba la vida esclavo de las demandas de los demás. El mundo no iba a acabar si desaparecía durante un día, la cohorte con disentería no moriría al completo y sus legiones no se desmoronarían. Estaría de vuelta en su escritorio al día siguiente y, si hacía falta, se quedaría allí hasta que liquidara el trabajo pendiente. Ni siquiera la idea de ese

infierno en vida bastó para restarle brío al paso de Varo cuando salió del *principia*. El sol tampoco estaba tan alto y había un poco de nubosidad desplazándose desde el este. El día no sería demasiado caluroso y Arminio era un hombre de palabra: todavía estaría esperando a Varo, junto a las hileras de tiendas.

El buen humor de Varo se disipó en cuanto estuvo a unos cincuenta pasos del cuartel general.

—¡Gobernador! ¡Gobernador Varo!
—llamó una voz. Varo se detuvo encorvando la espalda. El oficial que le había llamado, un *optio* a juzgar por su aspecto, enseguida se le acercó

corriendo. La intención de escabullirse tomó fuerza de nuevo, echaría una reprimenda a ese advenedizo en un abrir y cerrar de ojos, antes de volver a flaquear. El jefe de clan musculoso y de pelo entrecano que pisaba los talones al *optio* no era sino Segestes, líder de una parte de la tribu de los queruscos. Segestes era un aliado fiel de Roma, lo cual lo convertía en un activo valioso, pero también era un bocazas grosero que no hacía más que divagar y al que encantaba oír su propia voz. Varo lo despreciaba.

—¡Gobernador! —llamó Segestes—. Quiero decirte una cosa, si es posible.

Varo, que deseó tener la capacidad de tornarse invisible, decidió optar por la diplomacia. La sonrisa, el saludo cordial, el tono amable.

—Segestes, qué inesperado placer. En circunstancias normales te invitaría a tomar un vaso de vino pero tengo un compromiso ineludible...

—Eso puede esperar —interrumpió Segestes.

Varo intentó armarse de valor. Independientemente de que fuera o no aliado, o ciudadano de Roma, no iba a permitir que le hablaran de ese modo, y menos un hombre que se parecía a uno de sus esclavos domésticos ancianos e hirsutos.

—¿Quieres que nos libremos de él, señor? —preguntó el soldado que encabezaba su escolta con una expresión esperanzada en los ojos.

Varo estuvo a punto de dar la orden, pero Segestes se le adelantó.

—Mis disculpas, gobernador — declaró—. No pretendía ofenderte. Necesito hablar contigo urgentemente.

Varo hizo un gesto a su escolta.

—Retírate.

El *optio* se hizo a un lado para dejar pasar a Segestes. De cerca se veía que tenía la frente perlada de sudor. Inclino la cabeza hacia Varo.

—Gobernador.

—Segestes. Cuánto tiempo —mintió

Varo—. ¿Qué te trae por el campamento esta hermosa mañana y con tanta prisa?

Los ojos desorbitados de Segestes se posaron primero en el escolta de Varo y luego en el *optio*.

—Tenemos que hablar, a solas. Aquí hay demasiados oídos. ¿Y si vamos al cuartel general?

Varo recordó la cola de oficiales.

—Ni hablar.

Segestes adoptó una expresión de dolor e incluso profunda aflicción.

—Lo que tengo que decirte es solo para tus oídos, gobernador. Por favor.

Varo estaba a punto de negarse, pero la humildad y angustia atípicas que mostraba Segestes le picaron la

curiosidad.

—Espera aquí —ordenó a su escolta. El soldado estuvo a punto de poner objeciones pero Varo lo silenció con la mirada—. Tú también —ordenó al *optio*—. Ven conmigo, Segestes, si hablamos en voz baja, nadie nos oirá.

El descontento de Segestes se redujo un poco y caminó al lado de Varo a lo largo de la *via praetoria*. Todos les observaban con expresión incrédula a su paso. Los soldados rasos, los oficiales de bajo y alto rango; a todos les costaba creer que el gobernador de Germania paseara por el campamento con un jefe de tribu. Varo se planteó si se había precipitado al dejar atrás a su escolta o

permitiendo que Segestes llevara espada. Descartó la idea de inmediato. Segestes, que era un hombre anciano en baja forma física, no estaba ahí para asesinarle.

—Te traigo noticias calamitosas —
masculó Segestes.

Varo sintió una gran desazón interna.

—Continúa.

—Arminio es un traidor.

A pesar de la sorpresa, Varo siguió andando. Hizo caso omiso de la mirada de sorpresa de un mulero y observó a Segestes.

—Un traidor, Arminio.

—A los dioses pongo por testigos de que es verdad.

—¡Arminio es tan leal como tú! Ha servido al imperio desde niño, ha luchado con las legiones durante casi una década. A Augusto le pareció bien elevarlo a la clase equestre. —Varo se sabía la lista de logros de Arminio de corrido.

—Ha hecho todo eso —convino Segestes—, pero también es un hijo de perra traicionero y conspirador. Tiene planeado atacar a tus legiones cuando regresen a Vetera.

—¿Has perdido el juicio? — Algunos hombres volvieron la cabeza y Varo se dio cuenta de que había alzado la voz. Se inclinó más hacia Segestes—. Lo que estás diciendo es... una locura.

—Quizá lo parezca, gobernador, pero es cierto. Todo.

—¿Cómo has conseguido esta información?

—Un guerrero en el que confío, al que conozco de toda la vida, oyó a Arminio hablando con Inguiomerus, intentando convencerle de unir fuerzas. Parece ser que Arminio lleva algún tiempo reclutando a caudillos de las tribus. Como sabe lo leal que le soy al imperio, ese cerdo no me lo propuso. La idea de veinte mil lanzas tras su estandarte quizás atraiga a otros jefes, pero no a mí —afirmó Segestes con gesto altivo.

Inguiomerus lideraba a otra facción

de la tribu de los queruscos. Varo opinaba de él lo mismo que de Segestes: leal. Aquella desagradable revelación le parecía una pesadilla.

—¿Veinte mil guerreros?

—Eso es lo que dijo. Aparte de su bando de queruscos, los catos y los brúcteros están con él, al igual que los usípetas. Los angrivarios y los marsos también.

A Varo le pareció que aquella era la prueba fehaciente de que el informador de Segestes mentía, o que el viejo desvariaba.

—¿Pretendes que me crea que seis tribus se han aliado? Arminio es muchas cosas, pero no tiene poderes mágicos

como para convencer a esos hombres de que olviden *vendettas* que se remontan a generaciones pasadas.

—El guerrero que me lo dijo no mentía.

—Daría más peso a tus palabras si trajeras ante mí a alguien que corroborara lo que dices —le desafió Varo—. Al guerrero en persona, quizá.

Segestes ensombreció el semblante.

—No vendría.

—A lo mejor es porque te lo has imaginado —insinuó Varo.

—Soy viejo pero no estoy chocho —protestó Segestes—. ¡Se arriesgaba demasiado si me acompañaba!

—Cené con Inguiomerus hace

apenas una semana —dijo Varo—. Es difícil imaginar una velada más placentera o a un aliado de Roma más fiable.

—Las apariencias engañan, gobernador. Corres un gran peligro. — Segestes sujetó a Varo por el brazo.

Varo observó la mano de Segestes como si fuera una boñiga de caballo recién caída. Como se dio cuenta de que había ido demasiado lejos, Segestes le soltó.

—Tienes que escucharme.

—¡No tengo por qué hacer nada! — espetó Varo—. No eres quién para darme órdenes, viejo.

—Sin Arminio las tribus perderán

cohesión. Encadena a ese cabrón por lo menos —suplicó Segestes.

La idea de encarcelar a Arminio por el testimonio de un hombre, aunque se tratara de un aliado, le parecía inconcebible.

—No pienso hacer nada de eso. Arminio no solo es leal a Roma sino que es mi amigo.

Segestes se echó a reír.

—Con amigos como ese, no te hacen falta enemigos.

Varo se paró en seco.

—¡Basta ya! Espabílate para volver a la entrada. —Hizo un gesto a su escolta y regresó hacia el *principia* dando grandes zancadas. Iba a reunirse

con Arminio y cazar a un buen ejemplar de ciervo.

Tulo se montó en el caballo en el extremo de la plaza de armas más allá del perímetro del campamento para instruir a su cohorte. Los movimientos eran una rutina muy antigua que se realizaba entre cada tres y cinco días, allá donde estuvieran. El hecho de que hubieran realizado las mismas maniobras cientos de veces no significaba que no tuvieran que seguir practicando; eso es lo que bramaba cada vez que oía a un soldado que se quejaba. Si había una guerra, podían excusarse,

pero no era el caso, así que más valía que se callaran o sentirían el peso de su *vitis* en la espalda. Tulo se habría preocupado más si no se hubieran quejado, dado que eso y su dura respuesta formaban parte del ritual.

Los gritos que oyó junto a la puerta le hicieron apartar la vista de los legionarios que trabajaban arduamente. Entrecerró los ojos y distinguió a varios hombres de las tribus que se marchaban del campamento. Hacía meses que no había problemas, pero eso no significaba que no pudieran producirse entonces. Tulo se disponía a llamar a una centuria de legionarios a su lado cuando finalizó el altercado. Unos diez

hombres de las tribus lanzaron una salva de insultos a los centinelas y se marcharon a caballo. Tulo observó al grupo a medida que se acercaba. El líder era un hombre mayor fornido y de pelo entrecano, un caudillo, y el resto eran sus acólitos, guerreros profesionales, hombres seguros con armas y armaduras de buena calidad. Tulo no reconoció a ninguno de ellos. El líder estaba muy ocupado descargando la ira que se había apoderado de él en la puerta. Tulo oyó el nombre de «Varo» y el equivalente germano de «idiota», y entonces los hombres de la tribu pasaron de largo.

A Tulo le picó la curiosidad. Indicó

a Bolano que se hiciera cargo de sus hombres durante un rato y se acercó cabalgando a la puerta principal. Ahí encontró a la dotación de centinelas habitual y a un *optio* aturullado. Cuando Tulo frenó el caballo en vez de pasar al interior, no fue capaz de disimular su consternación. Se puso firme.

—Señor.

—¿Quién es el que acaba de pasar?

—preguntó Tulo.

Una mirada de desdén.

—Segestes, señor, un jefe de la tribu de los queruscos.

Tulo conocía las distintas facciones de la tribu de Arminio pero nunca había visto a Segestes.

—¿Por qué estaba tan enfadado?

—No lo sé a ciencia cierta, señor.

Hace un rato apareció en la puerta pidiendo hablar con Varo. No ha habido manera de quitárnoslo de encima, así que al final lo he llevado personalmente al *principia*, pero sin sus guerreros, claro está. Justo cuando aparecíamos Varo salía de sus aposentos y han mantenido una breve conversación que no ha ido bien. Segestes se ha puesto a hablar a gritos, pero al final Varo ha perdido la paciencia y le ha ordenado que se marchara. Segestes ha estado mascullando todo el camino, pero no he captado más que alguna palabra suelta. Sin embargo, no dejaba de mencionar a

Arminio, eso sí que lo he oído. Según Segestes es un traidor, una serpiente poco fiable.

Tulo recibió las palabras como si provinieran de un túnel largo y oscuro.

—Repíte eso.

El *optio* parpadeó.

—No paraba de decir que Arminio es un cerdo traicionero, señor, cosas así. No tengo ni idea de por qué.

La sospecha inicial de Tulo se mezcló con la historia de Degmar en su cabeza pero mantuvo la compostura.

—¿Y el altercado de la puerta?

—Eso no ha sido gran cosa, señor. Cuando los hombres de Segestes han visto lo enfadado que estaba, han

soltado unos cuantos insultos a mis chicos, que les han devuelto la pelota. Segestes ha controlado a los suyos enseguida y se han marchado, sin dejar de quejarse de Varo. —El *optio* se quedó mirando a Tulo, que se había marchado en dirección al campamento —. ¿Qué he dicho, señor?

—No temas, *optio*, me has contado todo lo que necesitaba saber —le gritó Tulo.

Pediría audiencia a Varo. La historia medio encubierta que Degmar había oído por casualidad no ofrecía ninguna prueba concluyente pero el comportamiento de Segestes confirmaba su veracidad. Tenía que actuar.

Tulo se llevó una gran decepción en el *principia* al descubrir que Varo ya se había marchado y no regresaría hasta el atardecer, o incluso hasta el día siguiente. Pidió una tablilla y un estilo y dejó una nota breve al gobernador acerca de lo que Degmar le había contado y de que había oído a Segestes gritando cosas parecidas. Acababa de lacrarla cuando se llevó la desagradable sorpresa de que Tubero apareciera en el patio, seguido de un médico. Frunció el ceño.

—Centurión Tulo.

—Tribuno. —Tulo saludó de modo profesional pero con indiferencia y, con un movimiento despreocupado, bajó las

manos con las que sostenía la tablilla y el estilo a los costados.

—¿Qué te trae por aquí, lejos de tus hombres?

—He venido a ver al gobernador Varo, señor.

Una sonrisa forzada a modo de respuesta.

—No está aquí.

—Eso acabo de descubrir, señor — dijo Tulo, intentando disimular su irritación.

—El sitio está vacío, a excepción de unos cuantos secretarios. Cuando Varo se ha marchado, todo el mundo se ha dedicado a sus menesteres. ¿Para qué querías verle?

—Nada importante, señor —mintió Tulo—. Ya volveré en otra ocasión.

Tubero hizo un gesto de desprecio y se marchó, seguido rápidamente por el médico.

«Imbécil», pensó Tulo, que volvió a saludar. Miró a su alrededor y vio a un secretario que pasaba por ahí.

—Oye tú.

El secretario, un joven esquelético, se señaló a sí mismo con un dedo manchado de tinta.

—¿Yo, señor?

—Ven aquí.

El secretario obedeció arrastrando los pies.

—¿Trabajas para el gobernador

Varo?

—Sí, señor. Bueno, para Aristides, su escriba. Para los dos.

—¿Aristides está por aquí?

—No, señor. Ha ido a darse un baño.

«Dichoso griego», pensó Tulo.

—Dale esto. Dile que es una nota para Varo del centurión Tulo, ¿queda claro?

El secretario miró de la tablilla a Tulo y viceversa.

Tulo rebuscó en la bolsa refunfuñando. Lanzó una moneda de plata al aire.

—Esto si la llevas a manos de Aristides o de Varo.

—Dalo por hecho, señor. —La moneda desapareció en algún lugar de la túnica del secretario. Se sujetó la tablilla contra el pecho huesudo.

—Pues ponte en marcha, entonces.

Tulo pensó que si las acusaciones de Segestes respaldaban la historia de Degmar, Varo por fin actuaría. Satisfecho por haber hecho lo suficiente, observó al secretario entrando rápidamente en un despacho cercano.

Tulo estaba a punto de llegar otra vez a la plaza de armas cuando Tubero regresó al *principia* de mal humor, acompañado todavía del médico.

—Sin el sello oficial de Varo, el dichoso jefe de intendencia no nos quiere entregar las medicinas y el equipamiento que necesitamos —bramó.

—Podría haber vuelto a buscarlo, señor —dijo el médico.

Tubero le lanzó una mirada de desprecio.

—Yo no me fiaría.

Entró rápidamente en el despacho de Varo, dejó atrás a un par de soldados que barrían el suelo y a un secretario que llevaba manojos de misivas de una sala a otra. De todos modos, en el lugar no reinaba el alboroto habitual. En el escritorio de Aristides había otro secretario que pasaba cifras de un

documento a otro. Se sobresaltó al ver entrar a Tubero.

—¡Señor!

—Tribuno Tubero. Estoy buscando el sello de Varo.

—Está aquí, señor. —El secretario abrió un cajón y le pasó el sello, un trozo de latón macizo en cuya base estaban grabadas un águila imperial y las palabras «QUINTILIO VARO».

Tubero lo cogió con un gruñido. Ya casi se había vuelto para marchar cuando algo le hizo mirar de nuevo al secretario.

—¿Qué tienes en la otra mano?

El secretario se sonrojó.

—Nada, señor.

Tubero notó su renuencia con la velocidad de un depredador que huele la sangre.

—Es una tablilla.

—Sí, señor.

—¿Quién la ha escrito? ¿Para quién es?

—Me la dio un centurión, señor. Para el gobernador Varo. Me ha dicho que le dijera que era del centurión Tulo —explicó.

El nombre hizo poner rígido a Tubero.

—Dámela.

El secretario vaciló al principio pero luego obedeció.

—Se la daré a Varo en persona —

prometió Tubero mientras se la guardaba. Llegó a la conclusión de que aquel era el motivo de la presencia de Tulo ahí. ¿Por qué le había mentido? Lo descubriría más tarde, en cuanto leyera la misiva. Después, Tubero decidió que la tiraría.

Habían pasado toda la mañana y por lo menos media tarde siguiéndole el rastro al ciervo. A pesar de la nubosidad parcial y de la protección de los árboles, el día había sido caluroso y bochornoso. Acalorado, sudoroso y sin hablar mucho con el resto de los cazadores, Varo se había centrado en

seguir el rastro del ciervo y en ser uno de los primeros en arrojarle una lanza en cuanto se le presentara la ocasión.

Maelo encabezaba la partida de caza y fue quien vio a la presa mientras pastaba en un claro. Cuando Varo le puso los ojos encima, le impresionó que Maelo se controlara y no abatiera al animal personalmente. El ciervo era un ejemplar magnífico, tenía el cuello ancho como un toro y era alto como un caballo grande. Tenía más de diez astas en cada uno de los cuernos grandes y curvados. Varo pensó entusiasmado que su cabeza sería la comidilla de todos los banquetes. En todos los años que llevaba cazando, nunca había matado a

una bestia tan majestuosa.

Tardó una eternidad en acercarse con suficiente sigilo para lanzar una flecha. Varo era consciente de que tanto Arminio como Maelo, los únicos que le acompañaban, podrían haber abatido al ciervo mucho antes que él. Se habían abstenido porque él era el invitado. Resuelto a recompensar su generosidad con una flecha bien dirigida, se quedó mortificado cuando, a cincuenta pasos del ciervo, pisó una ramita. Hinchando las aletas de la nariz, el poderoso ciervo miró a uno y otro lado y clavó la mirada en su dirección.

—Disparemos las flechas todos a la vez —indicó Arminio, moviendo los

labios—. Es nuestra única posibilidad.

Fue una medicina amarga de tragar. Nunca había destacado por su puntería y Varo estaba al límite del alcance de las flechas. De todos modos disparó y un instante después de que su flecha silbara en el aire, lo hicieron las de los dos queruscos. Volaron tan rápido que no parecieron más que dos rayas negras. El ciervo ya había echado a correr para cuando las flechas cayeron, pero dos le alcanzaron, una en el costado y la otra en el pecho. La última flecha, que Varo sospechó que era la suya, se quedó corta. Su presa se internó a toda velocidad en el bosque aparentemente ilesa.

—¡Hades! —masculló Varo—. Lo siento, Arminio. No soy tan buen cazador como vosotros.

—Tonterías —repuso Arminio—. Y además le has alcanzado.

—Me halagas. Mi flecha es la que no ha llegado.

—Yo no estaría tan seguro.

Varo hizo una mueca de negación.

—¿La flecha del pecho será mortal?

—No lo sé. Depende de la profundidad a la que haya llegado la punta. Es posible que el ciervo se desplome, pero quizás esté a millas de aquí. Suelta a los perros, Maelo.

Maelo se escabulló siguiendo el sendero por el que habían venido. A

bastante distancia un grupo de guerreros había mantenido a los ruidosos perros de caza lejos de la presa. En esta ocasión, ningún legionario acompañaba a Varo. Vala habría protestado, al igual que los demás oficiales de alto rango, pero ninguno lo sabía. Había sido una decisión un tanto infantil, al igual que el deseo de Varo de huir de sus obligaciones, pero había decidido cazar con su amigo Arminio sin escolta. Y ahí estaban, internados en el bosque, a solas. A Varo no le preocupaba lo más mínimo; le molestaba más haber alertado al ciervo de su presencia. Dio un sorbo de vino aguado del odre que llevaba colgado al hombro y se lo tendió

a Arminio.

—Cuando lleguen los perros, les seguimos, ¿vale?

—Podemos seguirles pero no es seguro que vayamos a encontrarlo antes del atardecer. Nuestra mejor opción es dejarle el trabajo a Maelo y a los hombres que van con los perros. Tú y yo regresaremos a Porta Westfalica, a mi tienda, donde nos aguarda un ánfora del mejor vino italiano. Lo estaba reservando para celebrar nuestro éxito durante la caza, pero no creo que suponga ningún problema abrirlo antes. Con un poco de suerte, Maelo traerá el ciervo. —Arminio dio un buen trago y le devolvió el odre—. ¿Qué me dices?

El orgullo de Varo le hizo responder.

—Había pensado en quedarme de caza hasta que acabemos.

—Yo también, pero no tiene ninguna gracia pasarse horas sudando en el bosque con una jauría de perros ruidosos. Ya hemos cumplido con nuestra obligación, ¿no crees?

—Tu argumento resulta convincente —reconoció Varo—. Regresemos, pues.

—Apuesto a que Maelo volverá con el animal muerto para que tengamos tiempo de hacer una cena digna del emperador. Por supuesto, la cabeza será para ti. —Arminio levantó una mano para acallar las protestas de Varo—. No voy a permitir que sea de otro modo.

Ninguno de nosotros es capaz de decir con certeza de quién era la flecha que le alcanzó. En todo caso, eres mi invitado de honor además de amigo.

—Gracias. —Varo sonrió en señal de aceptación. Descartó la idea de hablarle de lo que había despotricado Segestes. Sacarlo a colación resultaría insultante para Arminio, un hombre noble.



Tubero leyó la tablilla de Tulo por la noche, agotado después de supervisar el traslado de las tiendas de los soldados de la cohorte aquejada de disentería. Ni por asomo podía haberse imaginado el contenido. Si ya de por sí la idea de que Arminio fuera un traidor le resultaba chocante, la revelación de que supuestamente pretendía tender una emboscada al ejército lo resultaba todavía más. Antes de leer la nota, Tubero se habría reído ante tal

sugerencia ridícula. Sin embargo, ahora no paraba de darle vueltas al asunto, por descabellado que pareciera. Tulo no era santo de su devoción pero el centurión veterano no era ningún imbécil. No habría escrito una misiva como aquella si no estuviera convencido de que Arminio era un traidor.

Si la corazonada de Tulo era correcta, pensó Tubero cada vez más contento, haber interceptado la misiva le brindaba la oportunidad de llevarse el mérito. ¿Qué otro comienzo más rutilante podía tener su carrera que malograr un plan tan malvado? El desafortunado episodio de los pastores usípetas quedaría relegado al olvido. Su

iniciativa llegaría a oídos de su exigente padre e incluso de Augusto, en Roma. Todo el mundo conocería su nombre.

A Tubero no le preocupó no tener ningún sirviente germano capaz de escuchar «por casualidad» la conversación de los guerreros de Arminio sobre la emboscada. Si Varo pedía ver al «testigo» de Tubero, podía servirse del comerciante fenicio que vendía vino en el campamento. El anciano era un mentiroso de tomo y lomo; el día antes, Tubero lo había pillado en falta cuando había pedido un vino caro gracias a que sabía el precio de venta. Tubero sospechaba que a cambio de unas cuantas monedas de oro

aquel hombre sería capaz de vender a su propia madre. Hacerle jurar que había oído sin querer a un grupo de queruscos sería pan comido.

Tubero controló su entusiasmo creciente. La teoría de Tulo no seguía siendo nada más que eso, una teoría. No había pruebas, tan solo la palabra de dos hombres de las tribus, uno, un sirviente medio canalla, y el otro, un caudillo que quizá tuviera motivos para desacreditar a Arminio. Si Tulo se equivocaba, entonces Tubero se arriesgaba a una deshonra monumental por sacar el tema a la luz. En ese caso, su intención de contárselo a Varo podía dar al traste con su carrera. Tubero

decidió entonces que lo mejor era optar por la discreción. Sacaría el tema a colación ante Varo de un modo indirecto y vago. Si el gobernador se mostraba receptivo, continuaría. Si no, pues la conversación terminaría antes de empezar sin que Varo se percatara.

No obstante, a la mañana siguiente las esperanzas de gloria de Tubero quedaron reducidas a cenizas. Había visitado a Varo con anterioridad, y este le había recibido en sus aposentos. El buen humor de Varo enseguida se había convertido en irritación cuando Tubero le insinuó que quizás Arminio fuera desleal. Mientras Varo se deshacía en elogios para Arminio, tuvo el acierto de

cambiar de táctica. Maldiciendo en su interior, probó otra estrategia y mencionó las habladurías que había oído en el campamento acerca del descontento de las tribus.

Varo también había desdeñado esa teoría aduciendo que sus fuentes no le habían dicho nada de eso. Entonces había sonreído y le había dicho a Tubero que no se preocupara, que la misión de localizar al grupo de ataque de los usípetas no sería su única experiencia de combate durante el año de su destino. Consciente de que había que engañar a Tulo y que más valía ser discreto que valiente, Tubero dedicó una sonrisa de disculpa a Varo y le dio las gracias por

su comprensión.

Tubero se sintió aliviado por no haber sido descubierto y enfadado por haber estado a punto de quedar en ridículo, y decidió lanzar la tablilla a la trinchera que hacía las veces de letrina más próxima a sus aposentos.

Transcurrieron dos días sin que hubiera respuesta de Varo. Arminio era tan visible como siempre e instruía a sus hombres en el exterior del campamento o lideraba las patrullas, lo cual resultaba lo bastante elocuente. Tulo no tenía forma de saber si Varo había recibido su misiva, pero la moneda que

había entregado al secretario debería haber bastado. Así pues, ¿por qué no había hecho nada? A Tulo le consumía una creciente frustración. Lo mínimo que Varo podía haber hecho era preguntarle lo que sabía. Como no quería actuar de forma inapropiada para su rango inferior, decidió aguardar con la esperanza de que el paso de los días acabara trayéndole a un mensajero que lo convocara ante Varo.

Pero tal convocatoria no se produjo.

Al final, Tulo se vio obligado a actuar tras un encuentro fortuito con Arminio. Había transcurrido una semana y Tulo estaba junto a la entrada principal del campamento, hablando con el

centurión que estaba a cargo de los centinelas, que era un viejo amigo. La pareja quedaba fuera del campo de visión de quienes se acercaban a las defensas, por lo que Tulo oyó la voz de Arminio antes de que este le viera. A juzgar por el tono del querusco, estaba enfadado. Por algún motivo desconocido para Tulo, se llevó un dedo a los labios para interrumpir a su amigo y se trasladó a la entrada. Asomó la cabeza por el otro lado del muro al ver a Arminio montar con un grupo de sus hombres. Sus gestos airados confirmaron el mal humor que tenía. Resultaba frustrante que Tulo no fuera capaz de distinguir las palabras de Arminio, pero su interés, su

sospecha, aumentó todavía más cuando el querusco acalló a sus hombres en cuanto se acercaron. ¿Por qué había hecho tal cosa?, se preguntó Tulo. La mayoría de los romanos apenas entendía unas pocas palabras en lengua germana.

A pesar de que Tulo sospechaba de Arminio, era ilógico atribuir un motivo malévolo a sus actos. Más frustrado todavía, Tulo regresó junto a su amigo explicándole entre risas que le había parecido oír a algunos de sus hombres regresando de una patrulla y había querido enterarse de lo que decían.

Tulo no habría hecho nada más, pero la reacción exagerada de Arminio al cabo de un momento le hizo cambiar de

opinión enseguida. Al entrar en el campamento, Arminio saludó a Tulo como un amigo al que hacía veinte años que no veía. Sustituyó el ceño fruncido de antes por una sonrisa radiante.

—Hace mucho tiempo que no compartimos un odre de vino. Ven a mi tienda esta noche y le pondremos remedio a la situación —exclamó. Tulo le había dado las gracias con un murmullo y pensó: «Ese cerdo trama algo. Tengo que hablar con Varo».

Tulo no sabía a ciencia cierta cuál era la mejor hora para visitar a Varo; si era demasiado temprano el gobernador quizá se enfadara; si era demasiado tarde Tulo tendría que competir con el

sin fin de oficiales que presentaban sus peticiones al gobernador. Presentarse a la hora de comer se consideraría descortés y Varo dedicaba las tardes a más documentos y a otras obligaciones propias de su cargo. Al final, Tulo decidió que ningún momento era mejor que otro. Convencido de que Varo le escucharía, se dirigió al *praetorium* a la hora del almuerzo.

Varo estaba ahí, lo cual era un comienzo excelente. En cuanto el centinela de la puerta delantera informó de la presencia de Tulo, fue recibido sin más dilación, lo cual también resultó esperanzador. Tulo tampoco tuvo que esperar demasiado en el atrio, pero eso

no impidió que le sudaran las palmas de las manos o que se le revolvió el estómago. El escriba Aristides, hombre al que Tulo conocía poco pero que parecía buena persona, le acompañó ante Varo.

—Está de buen humor —anunció Aristides en cuanto entraron en el patio central—. El cocinero ha preparado un estofado de venado con la carne de un ciervo que Varo ayudó a Arminio a abatir.

A Tulo le entraron ganas de dar un puñetazo contra la pared. Arminio estaría presente en la reunión, aunque no estuviera allí en persona. No podía hacer nada para evitarlo, así que puso la

espalda recta y pasó los dedos por el penacho del casco para asegurarse de que las plumas estaban bien rectas.

—Tienes buen aspecto, señor —susurró Aristides.

Tulo le dedicó una sonrisa forzada. Estaban acercándose a Varo, sentado a una mesa que dejaba constancia de un buen ágape: fuentes con pan, hortalizas, carne y pescado y jarras de vino. Varo alzó la vista cuando Aristides anunció a Tulo. Le indicó que tomara asiento con una sonrisa.

—Muchas gracias, señor. —Tulo recobró cierta esperanza. Aquello era todo un honor.

—¿Un poco de vino? —ofreció

Varo.

—Un poco, señor. Todavía no han concluido mis obligaciones para la jornada.

Varo le dedicó una mirada aprobatoria.

—Aristides, encárgate.

Tras brindar por el emperador, los dos hombres charlaron de temas banales durante un rato. Varo preguntó por la unidad de Tulo, si estaba contento con el desarrollo del verano, y si estaba preparado para la marcha de vuelta a Vetera. En circunstancias normales, a Tulo le habría incomodado estar en presencia del gobernador, en la situación actual se sentía muy mal y se

limitaba a responder con monosílabos. La conversación no tardó en decaer.

—Me imagino que no has venido a intercambiar cumplidos —dijo Varo en tono jovial pero autoritario.

Tulo carraspeó e hizo todo lo posible por calmar el palpitar de su corazón.

—No, señor. Estoy aquí para hablarte de Arminio.

Varo se sorprendió.

—¿Arminio? ¿Qué pasa con él?

Tulo se sintió como si estuviera tambaleándose al borde de un acantilado pero no había vuelta atrás, a no ser que se inventara un cuento en ese mismo instante, lo cual le parecía imposible de

hacer en esos momentos, puesto que tenía la mente en blanco.

—Hace algún tiempo que sospecho de él, señor.

—Lo recuerdo —le interrumpió Varo—, te parecía que sus hombres eran demasiado sanguinarios.

—Sí, señor. —Tulo avanzaba con dificultad—. Hace unos días te envié un mensaje con mis consideraciones.

—No he recibido ningún mensaje.

Tulo parpadeó. «Vaya imbécil el secretario —pensó—. ¿De verdad pensaba que no lo comprobaría?».

—Qué raro, señor. Permíteme que me explique. —Hizo caso omiso de la expresión desaprobatoria de Varo lo

mejor que pudo y continuó—: No es nada concreto, una mirada por aquí, un comentario por allí. Para mí, es demasiado amable, señor, demasiado amigo de nosotros los romanos. Por muy ecuestre que sea, el hombre pertenece a su tribu. Cuando está con sus guerreros es una bestia distinta a cuando está con nosotros.

Varo alzó una mano para interrumpirle.

—Suelta ya lo que hayas venido a decirme.

Tulo obedeció, con la boca seca y preocupado por que sus esfuerzos fueran en vano pero decidido a plantear la cuestión.

Varo escuchó en silencio y con los labios apretados.

—¿De eso se trata? —preguntó cuando Tulo hubo terminado.

—Sí, señor. —Tulo miró a Varo de hito en hito.

—Tu valor es encomiable —declaró Varo con voz gélida—. Te presentas aquí, aceptas mi hospitalidad, te bebes mi vino y luego tienes la cara dura de emitir acusaciones infundadas y descabelladas acerca de un amigo mío, un hombre que es un servidor leal del emperador. ¿Quieres hacerme creer no solo que Arminio es un traidor, sino que planea aniquilar a mi ejército?

—Mi única intención es servir al

imperio en todo momento, señor —
protestó Tulo.

—La valía de Arminio queda fuera
de toda duda. Augusto en persona la ha
reconocido —espetó Varo
enfureciéndose—. ¿Acaso pones en
duda el criterio de nuestro emperador?

—Por supuesto que no, señor —
repuso Tulo, que se dio cuenta de que
había perdido el tiempo yendo allí.

—Si tuvieras ni que fuera el indicio
de una prueba, quizá me dignara
escucharte, pero te presentas ante mí con
nada. ¡Nada! —Varo señaló la puerta
con los brazos rígidos—. Márchate,
antes de que pierda los estribos.

—Señor. —Resignado, enfadado e

impotente, Tulo se levantó e hizo el saludo típico de los desfiles. Ya casi había llegado a la puerta cuando Varo le llamó.

—Centurión.

—¿Señor?

—Como tu hoja de servicios hasta el momento ha sido ejemplar, fingiré que esta reunión nunca ha tenido lugar. A cambio, te ordeno que no hables de esta conversación ni de Arminio con nadie. Nadie. ¿Entendido?

—Entendido, señor. —«Encontraré al secretario y le daré una patada en el culo», pensó Tulo.

Varo no malgastó más saliva con él y se limitó a hacer un gesto de despedida.

A pesar de la decepción, Tulo regresó a su tienda un tanto aliviado por el hecho de saber que no sufriría una degradación, ni un castigo por su comportamiento impulsivo. No obstante, esa constatación no le quitó el sabor amargo de la boca ni la aflicción en el pecho. Arminio era intachable, irrefutable. A Tulo no le quedaba más remedio que observar y aguardar.

Y rezar para que esa corazonada fuera equivocada.

A lo largo de los días cálidos y soleados que siguieron, Tulo estuvo preparando a la cohorte para el viaje de cien millas

de regreso a Vetera. Había que proveerse de la cantidad adecuada de grano y carne para cada hombre, lo cual suponía peleas constantes con los oficiales de intendencia, pues parecían tener una predisposición innata para negarse a entregar alimentos o productos que estuvieran a su cargo. Había que examinar a los hombres que estaban enfermos o heridos a diario. Las plazas en los convoyes de bagaje para los hombres que no podían marchar estaban muy solicitadas porque ningún centurión quería tener que ordenar a los soldados que cargaran con un compañero hasta Vetera.

Era necesario comprobar el equipo

de forma constante para asegurarse de que todo estaba en perfectas condiciones. Tulo prestaba atención especial a las sandalias de los hombres y a los tachones de hierro que decoraban las suelas. Los soldados tendían a no cambiarlos tan a menudo como hacía falta porque tenían que pagarse los tachones de su propio bolsillo. Consciente de ello, Tulo inspeccionaba el calzado de sus hombres cada dos días antes de una marcha larga.

No tuvo ocasión de buscar al secretario raquíptico al que había pagado para que entregara el mensaje. ¿Para qué? Varo le había escuchado y se había negado a dar crédito a sus palabras. A

pesar de la carga de trabajo, se mantenía al corriente de las noticias que llegaban al campamento y de las actividades de Arminio. Si Arminio tramaba algo, se le daba muy bien disimularlo. Según el centurión veterano de la cohorte destacada junto a las hileras de las tiendas de Arminio, los auxiliares queruscos no hacían otra cosa que cumplir con sus obligaciones y, al igual que todos los demás en el vasto campamento, prepararse para la marcha hacia Vêtera. Tulo podría haber atribuido un motivo malévolo al hecho de que los queruscos evitaran a Degmar, si bien el guerrero marso no había conseguido más información, pero eso

también podía deberse a alguna banalidad, como la actitud agresiva de Degmar o el hecho de que no fuera querusco.

En todo caso, Tulo no tenía tiempo para cavilaciones. Qué había pasado con su mensaje para Varo; por qué Varo no quería ni oír hablar de las malas intenciones de Arminio. Por qué no se habían producido altercados. Si resultaba que Degmar había escuchado comentarios sin importancia y si Segestes intentaba desacreditar a Arminio. Cada noche, Tulo se tumbaba en su camastro, exhausto, y quedaba sumido en un sueño profundo del que no recordaba nada. Las trompetas le

despertaban al amanecer y se dedicaba a la montaña de trabajo que tenía por delante. Hasta la tarde anterior a la supuesta partida de las legiones de Porta Westfalica, con el trabajo por fin hecho, Tulo no tuvo ocasión de pensar en Arminio. Como sabía que haría falta por lo menos un milagro para evitar que el ejército marchara, sus preocupaciones volvieron a intensificarse. Lo que tuviera que suceder, sucedería en los días siguientes.

Él y Fenestela estaban sentados junto a la hoguera en el exterior de la tienda de Tulo, con las capas sobre los hombros para protegerse del frío vespertino, vasos de vino en mano. No

se había sincerado antes con su *optio* debido al profundo cinismo de Fenestela para con los no romanos, y los germanos en concreto. Había sido preferible guardarse sus sospechas acerca de Arminio a estar escuchando sus comentarios diez veces al día. Pero entonces Tulo decidió que no perdía nada contándoselo todo.

—¿Tienes ganas de regresar a Vetera? —preguntó Fenestela.

—Sí. No tiene precio poder contar con un colchón decente en el que dormir, o una almohada en la que apoyar la cabeza. Y cuando llegue el invierno, no basta con unas mantas. Lo que hace falta es un brasero en la habitación y un techo

sólido sobre la cabeza.

—Cuánta razón tienes —convino Fenestela—. Ya no nos hacemos jóvenes.

«Ni jóvenes ni viejos —pensó Tulo —, si Arminio se sale con la suya».

—Tengo que contarte una cosa.

Fenestela entrecerró los ojos. Se recolocó la capa y asintió.

—Soy todo oídos.

Tulo volvió a comprobar que estuvieran solos antes de contárselo todo a Fenestela: desde la incómoda sensación que había tenido al conocer a Arminio en Vetera, hasta las miradas que le había visto dedicar a Maelo y, después, lo que le había contado

Segestes.

—Ya sabes lo que oyó Degmar, por supuesto.

La expresión de Fenestela había ido tornándose cada vez más colérica.

—¡Ese cabrón desgraciado!
¡Follacabras atrofiado!

Tulo sonrió. El hecho de que alguien le creyera le hacía sentir bien, aunque fuera alguien tan resentido como Fenestela.

—Le contaste todo esto a Varo ¿y no te creyó?

—¿Por qué iba a pensar que existe una verdadera amenaza? No tengo ni una sola prueba concluyente de lo que he dicho.

—Cada cosa por separado, quizá —reconoció Fenestela—, pero todas juntas encajan como las *tesserae* del suelo del baño de un noble.

Tulo masticó esas palabras pero no le gustó su sabor.

—De todos modos, podría tratarse de una coincidencia. Tienes que reconocerlo.

—Puede ser —musitó Fenestela—. Esperemos que lo sea. De lo contrario podríamos estar a punto de meternos en un lío descomunal. ¿Podrías volver a abordar a Varo?

—¿Y qué le digo? —planteó Tulo, enormemente frustrado—. «Disculpa, gobernador, pero mi *optio*, un veterano

de confianza, comparte mi opinión de que Arminio es un traidor».

La dentadura de Fenestela brilló en la penumbra.

—Te echaría de su despacho de tal patada que ni siquiera te darías cuenta de que habías llegado.

—Eso, como mínimo. Sin pruebas no puedo volver a irle a Varo con el cuento.

Fenestela soltó otra sarta de improperios.

—Si Arminio trama algo y no hacemos nada, muchos hombres perderán la vida.

A Tulo le hervía la sangre.

—Es cierto.

—¿Qué podemos hacer entonces?

—Esperar lo mejor. Pedir a los dioses que nos demuestren que nos equivocamos al pensar que Arminio es un traidor y, de todos modos, ir con sumo cuidado de camino a casa. Tenemos que estar preparados para la traición, justo hasta el momento en que crucemos el dichoso puente sobre el Rhenus.

—Seguro que será el día en que más contento estaré de notar el entarimado bajo mis pies.

—Yo igual. —Tulo dio otro sorbo al vino. Todo iría bien, pensó. Quizá se equivocara acerca de Arminio.

En ese momento advirtió el disco

luminoso que se alzaba por encima de las tiendas. Se le puso la piel de gallina. En el momento de la cosecha, la luna solía tener un profundo color blanco o amarillo, a veces con un veteado anaranjado. Era raro que estuviera teñida de rojo. En circunstancias normales, Tulo no daba tanta importancia a los fenómenos naturales pero aquella luna parecía ser obra de los dioses. Le dio un codazo a Fenestela.

—Mira el cielo.

Fenestela profirió un juramento.

—No es un buen presagio.

—No. Pásame el vino.

—Toma.

Tulo levantó el odre casi vacío y vertió lo que le pareció era la mitad de lo que quedaba en el vaso antes de devolvérselo.

—¿De dónde has sacado este vino?
No está mal.

—Del viejo fenicio.

—¿El viejo bribón que estaba en Aliso?

—Ese mismo. Casi todo lo que vende es peor que el vinagre malo, pero se guarda unas buenas reservas de vino decente. Me ha parecido que sería un regalo, siendo esta nuestra última noche aquí en Porta Westfalica.

Tulo desechó la idea de que aquella podía ser su última noche aquí y en

cualquier otro sitio, burlándose de sí mismo al recordar al adivino delirante que había conocido en Mogontiacum hacía quince años.

—¿Crees que está durmiendo? Tengo intención de quedarme levantado un buen rato.

—Yo también —reconoció Fenestela—. Al fenicio no le importará que le despertemos. Para los de su calaña, el dinero es más importante que dormir. Ya voy yo.

Tulo estuvo cavilando mientras esperaba a Fenestela. Fue barajando distintas posibilidades, sobre todo la idea descabellada de matar a Arminio esa misma noche y zanjar el asunto con

unos cuantos golpes de espada. Sería sencillo y nada difícil de conseguir. Existía la posibilidad de acabar muerto a manos de los guerreros de Arminio, por supuesto. Aunque sobreviviera, habría consecuencias. Varo lo echaría de las legiones de forma poco honrosa, como mínimo.

Al cabo de un rato, Tulo desechó la idea. Aparte de lo que supondría para su carrera, matar a un hombre de forma subrepticia no era propio de él. Exhaló un suspiro entrecortado. Aparte de no hacer nada, lo cual iba en contra de su naturaleza, la única opción que le quedaba era arriesgarse a provocar el enojo de Varo abordándolo de nuevo.

Era un panorama incluso más desalentador que antes. Por la mañana Varo estaría dedicado a la logística necesaria para poner en marcha a su ejército. Los oficiales de todos los rangos dependerían de él, pidiéndole órdenes e informándole de problemas de todo tipo. La intervención de Tulo, en público, ante una muchedumbre, sería tan bien recibida como una alcantarilla desbordada en una calle por la que el emperador estuviera a punto de pasar.

De todos modos, tenía que hacer algo.

Agradeció que Fenestela regresara poco después. Tulo estaba tan sediento como si hubiera cruzado el desierto

sirio sin un odre de agua. La resaca quizá menguara sus posibilidades de convencer a Varo pero necesitaba aliviar su ira y frustración. Emborracharse con Fenestela, su amigo más antiguo, era la mejor opción para ello y la única manera de mantener a raya a sus demonios.

Ni que fuera por una sola noche.



Arminio había dormido poco. A pesar de todos sus esfuerzos, se había pasado la noche intentando pensar en detalles que podían habersele escapado y preocupado por si Varo se daba cuenta de lo que tramaba antes de que él y sus guerreros cabalgaran por última vez. La falta de sueño tenía que haberle dejado cansado y con los ojos escocidos, y propenso a perder los estribos. Sin embargo, aquel era un día extraordinario. Cuando el primer rayo

de luz se coló en la tienda, Arminio se levantó de un salto y de lo más animado. «Mañana cumpliré mi promesa —pensó—. Donar tendrá su ofrenda de sangre».

Arminio se encaminó al centro del espacio rectangular que formaban las tiendas de sus hombres, tiritando un poco por el frío de la madrugada y, por qué no reconocerlo, por los nervios. Una fina línea roja marcaba el horizonte por el este, señal de que el amanecer estaba próximo. El cielo, preñado todavía de estrellas, estaba prácticamente despejado. No había viento. Sería otro espléndido día de otoño, pensó, igual que los siete o más días anteriores.

No eran las mejores condiciones

para una emboscada —la niebla o la lluvia eran preferibles—, pero quizá cambiaran más tarde o al día siguiente. De todos modos, si su única queja era el buen tiempo, se consideraría un hombre afortunado. «Donar —rezó Arminio—, apiádate de nosotros. Haz que Varo y sus hombres no sospechen hasta que sea demasiado tarde».

No le sorprendió que apareciera Maelo. Se abrazaron.

—¿No podías dormir? —preguntó Arminio.

—No mucho. ¿Y tú?

—Igual.

—Ya descansaremos cuando acabe —dijo Maelo con una sonrisa—.

¿Nuestro plan sigue siendo el mismo?

—Sí. Dejamos el campamento a la cabecera de la columna, siguiendo el protocolo. Es importante que nos alineemos lo suficientemente delante de los demás auxiliares como para que no nos vean. A media mañana, como habremos «oído» la «noticia» del malestar reinante entre los angrivarios en boca de un viajero que pasaba por allí, volvemos cabalgando e informamos a Varo.

—¿Y si no te cree? —preguntó Maelo, siempre tan receloso.

—No podrá resistirse —aseguró Arminio—. El territorio de los angrivarios está muy cerca y si Augusto

se enterara de que Varo ha pasado al lado de un levantamiento tribal sin molestarse en investigar, tendría que pagar un precio muy alto.

—Eres un cabrón muy listo.

En otro momento, el comentario habría hecho sonreír a Arminio, pero se sentía más supersticioso de lo normal.

—Eso ya me lo dirás dentro de unos días, cuando hayamos triunfado. Hasta entonces, reza todo lo que puedas.

Maelo palpó su amuleto en forma de martillo.

—¿Y esta tarde nos reunimos con las otras tribus?

—Sí. A Varo no le extrañará que quiera hacer un reconocimiento de la

ruta que tenemos que seguir. Con la ayuda de los dioses, para cuando caiga la tarde nos habremos reunido con los demás aliados. Las legiones de Varo seguirán marchando hacia el norte, más lejos de sus caminos. Mañana caeremos sobre ellos.

Desde las líneas de las legiones sonó una trompeta. Se le unió una segunda y luego una tercera. Al cabo de unos instantes se oyeron muchas más, rasgando el plácido ambiente con su llamamiento estridente.

—Ya empieza —declaró Arminio, enderezándose—. Despertemos a los hombres.

Aturdido por el vino que había bebido con Fenestela, Tulo se había encaminado al *principia* antes del amanecer, donde tuvo la mala suerte de toparse otra vez con Tubero. El tribuno parecía estar a punto de ir a desfilas: armadura resplandeciente, botas brillantes y el penacho del casco recién teñido. Frunció el ceño al ver a Tulo.

—¿Noche de alcohol, centurión?

—Bebí un poco, señor, igual que tú, probablemente —respondió Tulo, maldiciendo por dentro su incapacidad para morderse la lengua. Él y Fenestela eran iguales en ese sentido, a cuál peor.

—No pruebo el vino antes de una

marcha importante —declaró Tubero con petulancia—. Mientras que tú parece que hiciste una competición con Baco... y perdiste.

Un centurión que pasaba por allí dedicó una mirada desaprobatoria a Tulo, pero a este le faltaron fuerzas para reaccionar o para mencionar lo que Tubero había bebido cuando estaban en Aliso.

—Estoy bien, señor —afirmó, con la intención de seguir adelante.

Tubero le impidió el paso.

—¿Adónde te crees que vas?

—A hablar con Varo, señor.

—¿No sabes lo ocupado que está el gobernador en estos momentos?

Tulo montó en cólera.

—Después de pasarme la vida entera en el ejército, tengo mejor idea que tú, señor. —Pronunció la última palabra con retintín.

Los centinelas no daban crédito a sus oídos y Tubero se sonrojó.

—¿Cómo te atreves a ser tan impertinente?

—Te pido disculpas, señor —dijo Tulo, maldiciendo para sus adentros.

—Ya hablaremos de esto más adelante. ¡Regresa a tu unidad! Varo no desea hablar contigo.

El mal sabor de boca que notó Tulo no se debía al vino que había bebido. Lo más probable era que Varo no hubiera

hecho caso de su advertencia pero ahora no lo sabría nunca, y todo por ser un bocazas. Tenía ganas de entrar en el *principia* igualmente, pese a que eso sería motivo suficiente para que el tribuno ordenara que lo arrestaran.

—Sí, señor.

Si Tubero no hubiera estado allí, Tulo habría considerado nada más y nada menos que intervención divina el hecho de que Varo saliera por la puerta en ese preciso instante. En la situación actual, no hizo más que aumentar su desazón. A pesar de la manada de oficiales que le rodeaba, Varo vio a Tulo y sonrió.

Tulo dio un paso adelante y le llamó.

—¡Gobernador!

Pero Tubero intervino.

—Me estoy librando de este centurión, señor. Se ha presentado con el cuento de que quería hablar contigo pero, como ves, está hecho un asco. Le he ordenado que regrese a su cohorte.

Varo observó a Tulo y frunció el ceño. Sus oficiales hicieron lo mismo.

—Pues sí que se te ve zarrapastroso, centurión —dijo Varo—. Es un muy mal comportamiento para un veterano de tu talla, especialmente en un día como hoy.

—Estoy bien, señor —protestó Tulo.

—Más te vale —dijo Varo con acidez—. ¿Qué te trae por aquí?

Tulo hizo todo lo posible por hacer

caso omiso de la hilera de rostros desaprobatorios. Era su última oportunidad.

—Es por Arminio, señor.

—¡Otra vez no! —espetó Varo—. Ya me has dado tu opinión sobre él. No quiero volver a oírla. Arminio es un aliado romano de probada confianza y punto. Si te vuelvo a oír difamándole, puedes ir contando con acabar tu carrera en el ejército. ¿Entendido?

—Sí, señor —repuso Tulo con la vista clavada en el suelo.

—Lárgate de mi vista —ordenó Varo.

Cuando Tulo se marchó, derrotado, vio con el rabillo del ojo que Tubero

sonreía. Enseguida oyó los comentarios que murmuraban los demás oficiales. Se sintió más descreído que nunca. ¿Por qué se había molestado siquiera? La ruta del ejército estaba decidida y, si su corazonada se cumplía, iba directa al Hades.

Arminio y sus hombres habían cabalgado poco más de seis millas hacia Vetera antes de llegar a una intersección, donde un camino de cabras se cruzaba con la carretera en dirección norte-sur. Arminio frenó el caballo y observó el tramo que iba hacia el norte con ademán pensativo. Aquel era el lugar elegido, lo

había visitado varias veces el año anterior. Le parecía irreal, a la vez que vivificante, estar ahí con las legiones de Varo a apenas dos horas de distancia.

Hacía rato que no había ni rastro de la otra caballería auxiliar, una unidad de galos, lo cual era justo lo que había deseado. Los galos no habían mostrado ningún interés por acelerar el paso cuando los jinetes de Arminio los habían adelantado.

—¿Qué prisa hay? —habían gritado algunos en mal latín—. Vetera no se va a mover de donde está.

En el ejército había reinado el mismo ambiente relajado antes de que las legiones salieran de Porta

Westfalica, lo cual había alegrado de un modo siniestro a Arminio. «¿Por qué no?», pensó. El verano había terminado, era el momento de la cosecha, de la recaudación de los tributos. No había habido problemas entre las tribus. Había llegado el momento de regresar a sus bases en la orilla occidental del Rhenus y de disfrutar allí de la tranquilidad del invierno.

La misma actitud impasible reinaba en el *contubernium*, los ocho soldados encargados de vigilar el cruce. Tres estaban sentados al calor de una hoguera en el exterior de la tienda, mientras que el resto estaba en el cruce con aspecto aburrido. Saludaron a gritos a los

hombres de Arminio, que respondieron con amabilidad. El más veterano, que aparentaba una edad similar a la de Tulo, se acercó con aire desenfadado a saludar a Arminio.

—¿Haciendo un reconocimiento, señor?

—Sí, tengo intención de ir por allí.
—Arminio señaló hacia el norte.

El legionario se encogió de hombros.

—Poca gente toma esa ruta, señor, apenas unos cuantos granjeros locales. Dudo de que encuentres nada interesante.

—Probablemente no —convino Arminio con una sonrisa de resignación

— Pero incluso cuando no hay nada que ver, hay que ir a reconocer el terreno, ¿no? Igual que un centinela tiene que hacer guardia, independientemente del hecho de que no vaya a pasar nada.

—No me estoy quejando, señor —matizó el legionario, riendo entre dientes.

—Ni yo —dijo Arminio, sonriendo y pensando: «si supieras el motivo por el que estoy aquí»—. Nos vemos a la vuelta. —Dirigió el caballo hacia el camino e indicó a sus hombres que le siguieran.

Al cabo de dos millas llegó a otro cruce, en el que un sendero incluso más pequeño se cruzaba con el camino por el

que iban. Tal como Arminio esperaba, ahí les aguardaba un grupo de guerreros marsos. Era la última tribu a la que había convencido, hacía apenas un mes. Tal hazaña era motivo de orgullo para él, dado que sus respectivos pueblos habían vivido muchos enfrentamientos amargos a lo largo de la historia. El precio era elevado: una de las águilas de las tres legiones sería para los marsos cuando terminara la matanza. Sin embargo, ni siquiera ese premio rutilante había convencido a todos los marsos. A juzgar por la expresión recelosa de los guerreros que esperaban, pertenecían a la categoría de los indecisos.

Arminio desplegó una amplia sonrisa y desmontó.

—¡Saludos, hermanos!

La mayoría de los guerreros no le hicieron ni caso o se limitaron a soltar un gruñido. Los jinetes de Arminio farfullaron enfadados y uno escupió. Arminio les lanzó una mirada furibunda y se controlaron.

Un hombre espigado con dos trenzas que le caían sobre los hombros se separó del grupo de marsos.

—¿Eres Arminio?

—Sí. ¿Y tú...?

—Ecco. —Se quedó mirando la mano de Arminio antes de estrechársela —. Hace horas que estamos aquí.

Arminio, un tanto irritado, pensó que Ecco no tenía por qué estar molesto. Le resultaba imposible predecir el momento exacto de su llegada y el guerrero marso tenía que ser consciente de ello.

—Me alegro de que vinierais — dijo, inclinando la cabeza—. Tus jefes sabían el camino que había escogido, pero no quería que hubiera ningún margen de error cuando llegara el momento. Miles de guerreros han respondido a mi llamada pero de todos modos necesitaremos vuestras lanzas.

Ecco realizó un sonido evasivo. Miró arriba y abajo del estrecho camino y dedicó una mirada de descrédito a

Arminio.

—¿Vas a llevar a las legiones por ahí?

Arminio notó la mirada de los compañeros de Ecco clavada en él, pesada como las plomadas que arrastran las redes de los pescadores a las profundidades. Adoptó una postura de seguridad y alzó la voz para que todos le oyeran.

—Sí, voy a llevarlas. Hoy mismo.

Ecco frunció el labio.

—¿Por qué iban a planteárselo siquiera?

—Comprendo tu aprensión, amigo.

—Arminio señaló las hayas y los carpes que flanqueaban ambos lados—. Este

camino no es bueno para ningún ejército. Los legionarios no pueden marchar siguiendo su formación normal. La caballería no podrá desplegarse, incluso tendrá que desmontar en algunos sitios. Los carros y la artillería... bueno, puedes imaginarte lo difícil que será viajar por aquí. Y con respecto a lo que pasará cuando lleguemos al primer arroyo...

—Además, hay ciénagas más adelante —dijo Ecco.

—Cierto —convino Arminio, sonriendo—. Luego el camino rodea una colina.

—Estas cosas ya las sabrá Varo por sus exploradores. Por separado, son un

buen motivo para que haga ir al ejército por la carretera de Vetera. Combinadas... pues... solo un loco o un tonto iría por este camino —declaró Ecco, lanzando una mirada a sus compañeros, de los que recibió su aprobación.

—Varo no está loco. Ni es tonto —declaró Arminio—. Pero lo mejor de todo es que es mi amigo. El hombre confía en mí como si fuese de su familia. He forjado una relación estrecha con él a lo largo de los últimos meses; le he llevado a cazar, y he compartido suficiente vino con él como para botar un barco de guerra. Para él soy un romano más, un noble como él. ¡Lo cual

soy, a todos los efectos! ¿Acaso el emperador —Arminio escupió esta palabra— Augusto en persona no me concedió el estatus de ecuestre hace unos años? La idea de que yo sea un traidor es descabellada para Varo.

—Aun así, ¿por qué iba a acceder a dejar la carretera principal?

Arminio rodeó amistosamente a Ecco con el brazo y le satisfizo ver que no intentaba zafarse de él.

—Porque yo, su principal explorador, cabalgaré desde aquí con noticias urgentes. Diré poco acerca del sendero. En cambio, le diré que los angrivarios se han alzado contra Roma para protestar por el nuevo tributo. La

tentación que tendrá Varo de machacar a una tribu pequeña, cuyo territorio yace tan cerca de la ruta de su ejército, le resultará tan irresistible como una ciruela madura a una avispa.

Ecco no lo acababa de ver claro.

—¿Por qué tomarse tanta molestia? Podríamos atacar a las legiones de Varo en la carretera principal. Se rumorea que casi veinte mil lanzas se han unido a tu causa. Con estas cantidades, la victoria está asegurada.

—Nada de eso. No seré yo quien infravalore a los romanos. —Arminio habló con desenfado para evitar ofenderle—. Dejemos que las legiones tomen este camino estrecho porque no

podrán ir en formación y la caballería y la artillería no les servirán; no tendrán forma de retroceder ni de ir hacia los lados y entonces la victoria será mucho más probable. —Hizo un guiño conspiratorio a Ecco—. ¿Has visto los terraplenes?

Ecco negó con la cabeza.

—A unas cuantas millas más allá, las demás tribus han estado construyendo fortificaciones a lo largo de un lado del camino. Miden cientos de pasos, son más altas que un hombre y quedan ocultas por los árboles. Detrás de ellas pueden esconderse miles de guerreros. Cuando se dé la señal, atacarán a los romanos desprevenidos

con la velocidad y la fuerza de un corrimiento de tierras. —Arminio miró a Maelo para recibir una confirmación.

—Dice la verdad, pongo a Donar por testigo —dijo Maelo—. Son dignos de ver, Ecco. Los romanos no se darán cuenta de nada hasta que sea demasiado tarde.

—El tiempo también está cambiando. —Arminio alzó la vista. La parte de cielo que resultaba visible por encima de los árboles era de un amenazador tono gris oscuro—. Se avecina lluvia. Las legiones no tardarán en convertir esto en un barrizal. ¿Te he convencido ya, Ecco?

Para cuando Arminio y sus hombres hubieron regresado a la vanguardia, constituida ese día por la legión XIX, ya casi era el mediodía. Ordenó a sus seguidores que viajaran a la cabeza del ejército como antes y continuó, seguido de Maelo. Los legionarios que marchaban ocupaban todo el ancho del camino, lo cual obligó a la pareja a cabalgar por la estrecha franja de terreno que había a un lado. Como iban en contra del flujo general, atrajeron un sinfín de miradas curiosas de los soldados que marchaban y preguntas por parte de los centuriones y *optiones*. Siguiendo con su actitud amable a pesar

del deseo creciente de hacer lo contrario, Arminio repartía sonrisas por doquier y repetía:

—Traigo noticias para el gobernador, solo para él.

La gran cantidad de civiles que había a lo largo de la columna le animó. Había vendedores ambulantes de comida y bebida, que habían estado abasteciendo al ejército a lo largo del verano y que caminaban arriba y abajo a lo largo de las filas de legionarios, vendiendo vino aguado, pan y salchichas. También había mujeres, esposas de hecho o prostitutas, que cargaban fardos de ropa y cazos, y grupos de niños gritones que corrían y

jugaban a pillar. En el espacio que quedaba entre las cohortes había carretas cargadas de bagaje, hombres heridos y lo que parecían los efectos personales de más de un oficial. Arminio incluso vio a un adivino que prometía a quien quisiera escucharle que sabía leer el futuro según el vuelo de unos cuervos o la forma de las nubes en el cielo. Se animó todavía más. Todo lo que veía iba en contra del reglamento militar. A los no combatientes, mujeres, niños, comerciantes y el resto de los zarrapastrosos que seguían a un ejército, se les prohibía caminar con los legionarios, sobre todo en la vanguardia. Se suponía que todos los vehículos

tenían que viajar con el convoy de bagaje, mucho más atrás en la columna.

Por lógica, la siguiente parte de tropa de la columna debería haber sido de diez soldados de cada centuria de las tres legiones, mil ochocientos hombres, cargados con las herramientas necesarias para excavar un campamento en marcha. No había ni rastro de ellos. Su ausencia era comprensible, pensó Arminio con sombría satisfacción, porque Varo y sus legados esperaban que el ejército utilizara los terraplenes temporales construidos cerca de la carretera en años anteriores y, posteriormente, partes de los campamentos permanentes como Aliso.

En cuanto diera la «calamitosa» noticia y las legiones empezaran a viajar en otra dirección, necesitarían un campamento temporal para la noche. Los grupos de trabajo tendrían que salir de cada legión y enviarse hacia allí. Aunque esto se hiciera en cuanto hablara con Varo, el lugar no estaría listo cuando llegara el cuerpo principal del ejército. No era nada del otro mundo, pensó Arminio, pero empezaría a desasosegar a las tropas romanas.

A los ingenieros, que tenían que haber estado tras quienes levantaban los campamentos, tampoco se les veía por ningún sitio. No era de extrañar: el ejército viajaba por una carretera

pavimentada, que iba directa a Vetera. Sin embargo, en cuanto la columna se desviara de ese camino, la situación cambiaría. El primer arroyo profundo haría detener al ejército hasta que los ingenieros y su equipo pudieran avanzar.

Al menos los carros tirados por bueyes que transportaban el bagaje de Varo y de la mayoría de los oficiales de alto rango iban en el sitio correcto. Eran un grupo de veinte o más vehículos muy cargados con ejes chirriantes, conductores sudorosos y pasajeros que se las habían ingeniado para ir sobre ruedas, escoltados por delante y por detrás por media cohorte de legionarios. Arminio avistó a Aristides en la parte

traseira de un carro con una mueca de descontento. Llevaba un pergamino enrollado en cada mano e intentaba en vano espantar el enjambre de moscas que revoloteaban alrededor de su cabeza.

—¿Disfrutando del viaje? — preguntó Arminio. Aristides se sorprendió al verlo y negó con la cabeza con vehemencia.

—Me están comiendo vivo.

—El ganado atrae a las moscas. Sal de ahí y marcha con los legionarios — sugirió Arminio, perfectamente consciente de que el escriba no estaba preparado para caminar veinte millas al día.

Aristides le dedicó una mirada siniestra.

—Me quedaré donde estoy.

—Como quieras —dijo Arminio mientras Maelo se reía a gusto.

Siguieron cabalgando y enseguida vieron a la primera cohorte de la legión XIX, la protección que Varo había designado para la marcha de regreso a Vetera. Esas tropas suponían un claro contraste en comparación con los soldados que les precedían. Los estandartes, armaduras y cascos relucían bajo el sol e iban en unas filas rectas y ordenadas como si las hubiera trazado un carpintero con una regla. La marca regular de sus sandalias tachonadas

añadía una cadencia profunda al clamor general. Eran dignos de ver y volvieron a recordar a Arminio por qué intentaría evitar por todos los medios una confrontación directa con las legiones. Los guerreros germanos eran luchadores valerosos que no temían a la muerte, pero estar codo con codo con legionarios en la batalla no era buena idea.

La actitud más vigilante de la escolta de Varo quedó corroborada cuando les pidieron que se identificaran.

—¡Alto ahí! ¡Identificaos! —bramó un centurión desde la primera fila.

Arminio alzó una mano en señal de paz.

—Soy Arminio de los queruscos, comandante del *ala* adjunta a la XVII. Traigo noticias urgentes para el gobernador Varo.

Bastaron unas cuantas palabras para que Arminio y Maelo pudieran pasar más allá de los legionarios que marchaban. Un nutrido grupo de jinetes pisaba los talones a los soldados. A pesar de su confianza, a Arminio se le revolvió el estómago cuando vio a Varo rodeado de sus suboficiales. Si su historia no resultaba convincente, su plan quedaría desbaratado.

Lanzó una mirada a Maelo y se asustó. Su segundo al mando tenía la cara empapada de sudor, aparte de los

ojos desorbitados, igual que un cordero en manos de un matarife a punto de ser degollado.

—En nombre de Donar, ¿qué te pasa? —siseó Arminio.

—Se dará cuenta. Varo se dará cuenta de lo que tramamos.

—¡Que no, coño! —Arminio sonrió y saludó a Varo, que le había visto—. A sus ojos somos aliados de confianza probada. Para él es inconcebible que le traicionemos. —Maelo tragó saliva, asintió pero mantuvo la misma expresión de pánico. Varo les hacía señas a veinte pasos de distancia—. Contrólate, Maelo, o te aseguro que te corto los huevos y te los hago tragar.

Maelo se pasó un brazo por la cara y esbozó una sonrisa forzada.

—¡Arminio! —llamó Varo.

—Saludos, gobernador —dijo Arminio, adoptando un tono sombrío.

La sonrisa de Varo se desvaneció.

—¿Ocurre algo?

«Donar, ayúdame», rogó Arminio. Volvió grupas para colocarse a la derecha de Varo y cabalgar en la dirección de la marcha. Maelo hizo lo mismo, con la cabeza gacha. El ejército no se detenía para nadie.

—En cierto modo, sí —dijo Arminio—. Hemos encontrado a un comerciante que huía hacia al sur durante el reconocimiento. Nos ha informado de

que una gran cantidad de angrivarios se han alzado contra Roma.

Varo frunció el ceño.

—¡En nombre de Júpiter! ¿Por qué?

—El nuevo tributo, por lo que parece.

—¡Los tributos nos fastidian a todos! Resistirse a ellos es como intentar contener la lluvia —declaró Varo con voz hastiada.

—Si todo el mundo fuera consciente de ello, el mundo sería un lugar más sencillo —convino Arminio.

—Los angrivarios viven al norte de aquí, no están lejos, ¿verdad?

—Entre treinta y cuarenta millas de aquí, no más. —Con el corazón

palpitante, Arminio tenía una imagen clavada en la mente: un anzuelo de hierro, decorado con un grueso gusano que se hundía delicadamente bajo la superficie de un río. A escasa distancia, un bonito ejemplar de trucha lo observaba atentamente. «Muérdelo», pensó Arminio. «Está ahí para ti».

—Tu segundo al mando, Maelo creo que se llama, ¿está bien? —preguntó Varo—. Tiene mal aspecto.

Arminio lanzó una mirada despreocupada por encima del hombro a Maelo. Fue un leve consuelo ver que ya no tenía el rostro empapado de sudor, pero sí que tenía la cara de un color ceniciento. Arminio hizo un gesto

desdeñoso.

—El tonto de él comió pescado anoche, gobernador. ¡Pescado que se supone que provenía del mar! Lleva desde el amanecer pagando por esa insensatez. Soltando por delante y por detrás, continuamente.

—Basta, Arminio —ordenó Varo—. Tengo más asuntos de los que preocuparme que la descomposición de Maelo. Cuéntame con todo lujo de detalles lo que te dijo el viajero.

Arminio sintió un gran alivio. Se cuidó de no añadir detalles concretos a su informe ficticio. Un transeúnte inocente no se fijaría en la cantidad de guerreros ni cosas así.

—El hombre estaba aterrado —
concluyó—. Por casualidad seguía en la
zona y me ha contado lo que sucedía
antes de dirigirse al sur.

—¿Cuán numerosos son los
angrivarios? —inquirió Varo.

—No son muchos. Suponiendo que
hasta los chiquillos y los ancianos
cogieran una lanza, apuesto a que
sumarían unos tres mil quinientos
guerreros. Quizá cuatro mil —respondió
Arminio.

—¿El viajero mencionó algo acerca
de las tribus vecinas?

Arminio pensó que Varo no tenía ni
un pelo de tonto. No quería llevar a sus
soldados hacia un levantamiento

generalizado.

—No, nada.

Varo siguió cabalgando sin responder y a Arminio se le revolvió el estómago. Bajo el sol reluciente su historia parecía muy poco creíble. Tenía ganas de seguir hablando para convencer a Varo de actuar, pero temía hablar demasiado. Sin embargo, le costaba igualmente guardar silencio.

El corazón le dio un vuelco cuando oyó las arcadas de Maelo, que iba por detrás. Arminio se aferró al sonido como un mendigo desnutrido que se abalanza ante un chusco de pan.

—Te dije que no te comieras ese pescado —dijo—. El mar está a más de

cien millas al norte. Eso debería bastar para disuadir a cualquier hombre.

—Lo sé —repuso Maelo con un gemido.

—Es un momento aciago para un alzamiento —declaró Varo—. ¿Qué esperan conseguir a estas alturas de la temporada?

Arminio notó el reguero de sudor que le recorría la espalda. El momento habitual para hacer incursiones o iniciar una guerra era el final de la primavera o comienzos de verano, cuando había meses de campaña por delante.

—Por lo que sé de los angrivarios, no son muy racionales —dijo en tono confiado—. El corazón impulsivo es

propenso a vencer a la mente fría, dicen entre las tribus. Incluso ahora, yo por instinto reaccionaría igual que los angrivarios. Mi formación romana es la que me permite contenerme, pensar antes de actuar.

Varo le observó con una sonrisa.

—Sea cual sea el motivo, su traición no puede pasarse por alto. Es una suerte que nos hayamos enterado tan pronto, antes de que tengan ocasión de convencer a otras tribus para su causa. Imagina también qué difícil, e impopular, hacer dar la vuelta al ejército cerca de Vetera. Ahora lo único que tenemos que hacer, ¿qué es? ¿Tomar una ruta hacia el norte?

Arminio tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar de entusiasmo, y se limitó a hablar con voz calmada.

—Correcto, gobernador. Podemos seguir el camino en el que mis hombres y yo encontramos al viajero.

—Bien. —Varo ya estaba llamando a sus oficiales y ordenando a sus ingenieros que llevaran el máximo de equipo posible a su posición habitual. Había que reunir a sus legados para debatir la mejor estrategia a seguir contra los angrivarios. Había que informar a toda la columna del cambio de ruta y de los motivos para ello. Aunque no se preveía contacto con el enemigo antes de un día o más, había

que aumentar las medidas de seguridad —. Quiero que todos los hombres estén alerta —ordenó Varo. Se volvió hacia Arminio—. De nuevo estoy en deuda contigo.

Arminio hizo un gesto de incomodidad.

—Cumplo con mi obligación.

—Como siempre, lo has hecho bien.

Ahora, sin embargo, es mejor que regreses junto a tus hombres. Deja a algunos para asegurarnos de que la vanguardia escoge el camino adecuado hacia el norte, pero tengo que pedirte que lleves a los demás por delante para ver qué encuentras. Es posible que los angrivarios hayan enviado grupos de

ataque al sur.

—Sabia decisión —dijo Arminio—. También tendré que enviar jinetes a buscar a los pocos hombres que no han salido esta mañana.

—Haz lo que tengas que hacer, Arminio —repuso Varo, despidiéndolo con un gesto de la mano—. Si se produce alguna noticia urgente, infórmame de inmediato. Si no, déjalo para esta noche, en el campamento.

—Muy bien —convino Arminio. «La próxima vez que te vea, te clavaré un puñal en el cuello», pensó—. Vamos, Maelo.

—¡Arminio! —llamó Varo cuando se habían alejado una docena de pasos.

Arminio notó cómo Maelo se ponía rígido detrás de él. Se volvió con una sonrisa de seguridad en el rostro.

—¿Sí?

Varo alzó una mano.

—No te has despedido.

—Perdona por las prisas. Es que deseo comenzar la patrulla lo antes posible. Adiós.

«Gracias, gran Donar», pensó Arminio, que sintió un gran alivio mientras seguía cabalgando.

—Por todos los dioses, cuánto me alegro de que haya pasado.

—No eres el único —masculló Maelo.

—Tenía que haberte dejado con los

hombres. Eres un guerrero, no un espía. —Arminio esbozaba una sonrisa, medio en broma, medio en serio—. De todos modos, te habría cortado los huevos igualmente si nos hubieras delatado, que lo sepas.

—Bien merecido me lo habría tenido —reconoció Maelo.

Hicieron ir a los caballos al trote y se dirigieron hacia la vanguardia. Aunque nadie los cuestionó, Arminio no se relajó. La situación todavía podía torcerse. A Varo podían asaltarle las dudas y enviar a un mensajero a reclamarle. No tenía ni idea de dónde estaba Tulo, pero si el centurión los veía, quizás hiciera algo. Igual que el

imbécil de Tubero, si es que aparecía. Tampoco era probable que Flavio les viera, dado que cabalgaba al final de la columna, pero Arminio también estaba atento por si veía a su hermano. Al final, dejaron atrás a los legionarios de la vanguardia y a la caballería gala y llegaron a la seguridad que les ofrecía la carretera abierta. Fue entonces cuando los acontecimientos de la hora anterior empezaron a parecer reales.

Después de tantos años, había llegado el momento de vengarse.



Poco después del amanecer Varo estaba sentado en una cómoda banqueta en una de las estancias compartimentadas de su gran tienda, provista de mullidas alfombras y lámparas de aceite en soportes dorados. Le envolvía el sonido de las órdenes y de los gruñidos al levantar el mobiliario, pues estaban desmantelando la estructura al completo, preparándola para la marcha diaria, pero él se encontraba en un pequeño remanso de paz. El bosque que les había

rodeado desde que se desviarán de la carretera principal el día anterior ya no se veía, lo cual era un placer. Varo ya había visto árboles suficientes para el resto de su vida.

—¿Un poco de pan, señor? — preguntó el cocinero de Varo, un veterano severo que le acompañaba desde su nombramiento como gobernador.

Varo, que no había dormido bien, meneó la cabeza con irritación. Ya no se quitaba de la cabeza la inminente marcha del día por el estrecho camino que Arminio había especificado. El trayecto de la tarde anterior había resultado difícil y desagradable. Las

lluvias nocturnas habían empeorado las condiciones todavía más. Varo pensó que menos mal que las legiones no tenían que viajar lejos.

Consciente del estado de ánimo de su señor, el cocinero se retiró en silencio con la bandeja de pan ácimo recién horneado.

—Aristides —dijo Varo.

El griego se levantó corriendo de su escritorio y de la montaña de documentos que le rodeaba.

—¿Señor?

—¿Ha habido noticias de Arminio?

Aristides era perfectamente consciente de que su señor sabía que no, pues el cocinero era el único visitante

que habían tenido desde la última vez que Varo preguntara. Se rascó una de las múltiples picadas que tenía en la cara y en los brazos y, al cabo de un momento, preguntó:

—No, señor. ¿Salgo afuera a preguntar a los guardas?

—Sí. Envía también a un soldado a la puerta principal, por si ha llegado allí. Haz que comprueben también las líneas auxiliares para ver si hay alguno de los jinetes que se quedaron atrás ayer.

—Señor.

Varo observó cómo Aristides se retiraba. Varo no sabía a ciencia cierta hasta qué punto el griego comprendía

sus tribulaciones acerca de la ausencia de Arminio. Su única preocupación eran las dichas picadas, pensó Varo, celoso. «Yo tengo que preocuparme de un ejército entero y de encontrar y subyugar a una tribu de malditos germanos».

El olor a vino caliente le hizo volver al presente. El cocinero había reaparecido, por propia iniciativa, con una copa de plata de la que emanaba vapor.

—He pensado que quizá te apetecería un poco de vino —dijo—. Es de tu cosecha favorita, calentado y algo diluido. Además le he añadido un poco de miel.

Varo no pudo evitar sonreír.

—Buen hombre. —Dio un sorbo y brindó en dirección al cocinero—. Es perfecto.

—Si te apetece otra copa, llámame. Mantendré el brasero encendido hasta el último momento. —El cocinero se retiró a la cocina, situada en la trastienda.

En cuanto recuperó el buen humor, Varo decidió que Arminio se habría retrasado por algún motivo; quizá no hubiera podido localizar a algunos de sus hombres, pero seguro que aparecería en algún momento del día. Incluso cuando Aristides regresó para informarle que no había ni rastro del querusco y que sus últimos jinetes se

habían marchado antes del amanecer para explorar el camino que tenían por delante, Varo se mantuvo exultante. ¿Acaso Arminio le había defraudado alguna vez? Una segunda copa de vino, aunque más pequeña, le animó todavía más. Se enfundó su uniforme de general completo: peto de bronce, fajín rojo, tahalí, buena espada y casco con penacho. Por último se colocó la capa color carmesí y salió de la tienda con la cabeza bien alta. El barro chapoteó bajo sus botas. Por la noche había llovido incluso más de lo que le había parecido, lo cual resultaba un fastidio porque enlentecería su avance por el camino estrecho.

Sus legados, Numonio Vala entre otros, y Lucio Egio y Ceonio, los comandantes del campamento, le aguardaban en el exterior. Le recibieron con sonrisas y saludos.

—Bonita mañana para ir a la caza de tribus rebeldes, señor —declaró Vala.

Varo alzó la mirada. La mayoría de las nubes que habían anegado el terreno hacía unas horas se había disipado. Un sol pálido asomaba por encima de las copas de los árboles por el este. No era seguro que el día se mantuviera seco pero ya hacía tiempo que Varo había llegado a la conclusión de que mejor era ser positivo.

—Pues sí. Informadme.

Le dijeron que ese día se había seleccionado a la legión XVIII para que formara la vanguardia. La caballería gala la precedería. Para evitar los problemas del día anterior, los ingenieros marcharían detrás de las primeras dos cohortes de la XVIII para poder entrar en acción cuando se necesitaran sus servicios.

—Tal como sabes, señor, algunos de los no combatientes y carros han viajado junto a los soldados —dijo Vala—. ¿Quieres que vayan separados como si estuviéramos de campaña?

Todas las miradas se centraron en Varo, que sonrió para desestimar la propuesta.

—Los angrivarios son una tribu pequeña que vive a más de treinta y tres millas de distancia. No veo motivos para viajar como si tuviéramos miedo. Además, quizás en algún punto necesitemos soldados para ayudar a los carros a pasar por los arroyos y tal. ¿Algo más? ¿No? A vuestras posiciones, entonces.

Al final de la mañana, el buen humor de Varo se estaba agotando. Poco después de que el ejército hubiera dejado el campamento, el viento había traído nubarrones que se habían vaciado encima del bosque y de la columna que avanzaba lentamente. Aunque el aguacero no había sido continuo,

prácticamente no había parado de llover. La fuerza del viento seguía yendo en aumento y trayendo más nubes y lluvia del norte. Si bien estaban más protegidos que en la llanura por los árboles que flanqueaban ambos lados, no había forma de escapar de las precipitaciones que caían del cielo. Lo único que podían hacer los hombres era encorvar la espalda y seguir cabalgando, o caminando.

Varo podría haber pedido un carro cubierto, pues incluso había una litera oficial en algún lugar del convoy de bagaje, pero no quería que lo tomaran por un general «blando» incapaz de soportar lo que aguantaban sus soldados.

Era importante dar ejemplo. Sin embargo, llegado el momento no iba a privarse de pedir una capa nueva y seca. La lana cubierta de aceite podía repeler la lluvia durante un buen rato, aunque acabara igualmente empapada. Varo compadecía a sus legionarios porque solo tenían una capa. Para cuando acabara la jornada, serían como ratas desaliñadas y mojadas. Y el olor de las tiendas... Varo arrugó la nariz solo de pensarlo. El hedor de los hombres que habían marchado veinte millas cargando un equipo pesado era, como poco, acre, pero si encima estaban confinados a una tienda con la lana húmeda la peste aumentaba con creces.

La tromba de agua y tantas pisadas, de hombres y animales, había convertido el camino forestal en un barrizal. A Varo el barro le había llegado hasta los espolones del caballo. Los legionarios de su escolta tenían el dobladillo de las capas sucio y las pantorrillas marrones. El grupo de esclavos que seguía a Varo y a sus oficiales, que en su mayoría no iban protegidos contra la lluvia, estaban calados hasta los huesos. Por mal que estuviera la situación ahí, cerca de la vanguardia, caviló Varo, las cosas estarían mucho peor en otras zonas de la columna. Lo más probable era que los carros que llevaban la artillería se quedaran atascados e incluso parados.

Varo notó que su mal humor y su frustración iban en aumento, pero no podía hacer nada aparte de conducir a su ejército hacia delante. Era necesario lidiar con la amenaza de los angrivarios y no había manera de dar la vuelta. Su ejército era como un gran carro que hubiera bajado por un estrecho callejón. Lo que Varo no sabía era la longitud del callejón. Arminio debía de saberlo pero no había ni rastro de él. Varo se preguntó dónde estaría y qué estaría haciendo por enésima vez esa mañana. Ordenó a un mensajero que fuera a la vanguardia y preguntara a la caballería restante, los galos, acerca del terreno que quedaba al norte.

—Quiero saber dónde termina el dichoso bosque —dijo al jinete—. ¡Lo antes posible!

Recibió la información que deseaba de una fuente inesperada poco después, no del mensajero sino de Tubero, que estaba desaliñado y empapado, y que fue a su encuentro.

—Los galos han cabalgado más de cinco millas y media por delante de la vanguardia, señor —informó—. Hay algún que otro claro y un par de ciénagas, pero parece que el bosque continúa durante un buen trecho.

—Entiendo. —Varo asimiló la información y reprimió el impulso de despotricar y bramar, de vapulear a

Tubero por no decirle lo que él quería oír. «Mantén la compostura», se dijo. «No nos vamos a morir porque un día haga mal tiempo. Ni por estar en un bosque»—. ¿Por qué estabas con la vanguardia?

—Quería saber lo que pasaba, señor.

Varo sonrió en señal de aprobación.

—Una actitud digna de encomio.

—Cuesta mantener la calma cuando estás atrapado al final de la fila, señor, ya sabes cómo es.

—Has identificado una de las situaciones más molestas para un ejército en movimiento. Como comandante, suele pasar que uno no

tenga ni idea de lo que pasa. ¿Qué has descubierto?

—No gran cosa, señor. Los ingenieros están trabajando duro. Cortar árboles y ensanchar el camino es fácil pero construir puentes lleva su tiempo. Según su centurión veterano, ya han construido dos esta mañana. Mientras hablamos están trabajando en el tercero.

—¿Hay más cursos de agua?

—Cuatro o cinco, señor, según los galos. Pero todos menos uno son vadeables a pie. Los carros pasarán con ayuda de los soldados.

—Más vale eso que nada, supongo —dijo Varo—. Pero ni por asomo recorreremos hoy veinte millas.

—No, señor —corroboró Tubero.

—¿Alguien ha visto a Arminio?

—Me parece que no, señor.

—Si se ha topado con algún problema, debería habérselo notificado —se quejó Varo—. Tal vez se haya enfrentado a un grupo de angrivarios.

—¿Crees que es posible que nos haya abandonado, señor? —se atrevió a decir Tubero.

—Hace muchos años que Arminio es aliado de Roma. Regresará pronto, ya lo verás —repuso Varo con brusquedad.

—Lo que tú digas —repuso Tubero con expresión incómoda—. Con tu permiso, me marcharé.

—Sí, sí —dijo Varo, recordando

cómo había descartado la sutil puesta en duda de la lealtad de Arminio—. De todos modos, antes de que te vayas...

—¿Señor?

—¿Qué haces con un casco de la caballería? —preguntó Varo, señalándolo.

—¿Esto? —Tubero se dio un golpecito en el yelmo ornamentado que llevaba colgado del cinturón—. Fue un regalo de mi padre, señor, antes de mi marcha de Roma. Lo más probable es que nunca lo lleve en una carga, pero me gusta pensar que quizá lo haga algún día.

Era un poco extraño que un tribuno llevara un casco como ese pero no iba en contra del reglamento, pensó Varo.

Mientras veía a Tubero marcharse, tuvo la sensación de que su estado de ánimo se hundía un poco más en el barro. Sin embargo, dejó de preocuparse poco después cuando se enteró de que los ingenieros habían terminado el puente. Según el mensajero, el camino estaba despejado a lo largo de otras dos millas, por lo que Varo pensó que la situación iba mejorando.

Se animó todavía más cuando al cabo de un rato dejó de llover. Las nubes se dispersaron y permitieron que la calidez del sol inundara el bosque y a los romanos empapados y embarrados. Varo aprovechó la oportunidad para cambiarse la capa y para comer un

pedazo de pan con queso. En cuanto estuvo seco por primera vez desde hacía horas y con la panza llena, decidió que había sido injusto con Arminio. El querusco no había complicado la ruta hacia los angrivarios. Tampoco había causado la lluvia ni convertido el terreno en un barrizal. La moral seguía alta, tal como ponía de manifiesto la canción subida de tono que los legionarios que estaban más cerca habían empezado a cantar. Los ingenieros garantizarían que el ejército mantuviera el ímpetu. Varo pensó que con toda probabilidad no alcanzarían a recorrer las veinte millas deseadas y que quizá fuera tarde cuando montaran el

campamento, pero el día terminaría bien.

Piso se encontraba a poca distancia del camino, ensanchando la ruta del ejército que se aproximaba junto con sus compañeros y los soldados de otra centuria. Dos de las centurias que estaban al mando de Tubero estaban desplegadas en formación abierta entre los árboles, en busca de señales de los angrivarios. El resto de la cohorte de Tulo estaba con los ingenieros, que calibraban el siguiente arroyo, a casi un tercio de milla por delante. A pesar de las advertencias de que se mantuvieran

alerta, pocos hombres pensaban en el peligro de una emboscada. Los angrivarios vivían a muchas millas de distancia y el ejército estaba compuesto por tres legiones. Había que ser tonto o estar loco para atacar a una fuerza como aquella. De todos modos, Piso dejó su equipo cerca de donde estaba trabajando. Según el reglamento, un hombre debía tener el escudo y la jabalina a entre cinco y diez pasos de donde trabajara, y los oficiales de la unidad lo aplicaban de forma estricta.

Mojado, apestando a sudor pero aliviado por haber dejado su equipo, rodeó el haya para decidir dónde asestar el primer hachazo. Agradeció que se

tratara de un ejemplar joven, pues algunos de los que estaban a apenas unos pasos si uno se adentraba en el bosque eran tan gruesos como él o incluso más. Según los cálculos de Piso, aquel tenía veinte años por lo menos. Tenía la altura de cinco hombres y el tronco del grosor de su muslo.

—¡Te estoy viendo, Piso! —bramó Tulo desde la carretera.

Piso dio un respingo. ¿De dónde narices había salido?, se preguntó. Se suponía que Tulo tenía que estar con los ingenieros, amargándoles la vida.

—¡No estás aquí para admirar a los árboles sino para cortarlos! —gritó Tulo—. ¡Empieza a usar el hacha o notarás

mi *vitis* en la espalda!

—Sí, señor —respondió Piso en voz bien alta, intentando ignorar a Vitelio, que se estaba partiendo de la risa junto a otra haya. Afer, que estaba a su derecha, también se reía.

—Cabrones —masculló Piso, esperando que Tulo también les riñera para así tener ocasión de burlarse de ellos. Pero no tuvo suerte en esta ocasión. Tulo siguió caminando, lanzando palabras de aliento y amenazas según el momento a otros soldados. Piso se centró en su haya. Calculó dónde asestar el golpe para que al caer no hiciera daño a nadie. Dio el hachazo previo balanceo de cadera. El extremo

del hacha se hundió de un golpetazo de forma satisfactoria. Piso echó los brazos hacia atrás y volvió a darle. Golpetazo. En esta ocasión, la hoja cayó a varios dedos del primer golpe. Maldijo, apuntó mejor y golpeó en el mismo sitio de la primera vez. Enseguida abrió una buena cuña por lo que ya no podía errar el golpe. Piso fue cambiando de lado al llegar a la mitad del tronco y cortó hasta que los músculos del brazo le ardieron. Cuando el árbol cayó, miró en derredor para ver si sus esfuerzos habían sido suficientes para Tulo, pero el centurión ya no estaba.

—Siempre emplea la misma táctica —dijo Vitelio—. Se queda lo necesario

para que pienses que sigue mirando y entonces se larga. De todos modos, mejor no relajarse porque volverá antes de que te des cuenta.

Piso no veía a Tulo ni hacia arriba ni hacia abajo del camino. Apoyó el extremo del hacha en el suelo y se secó el sudor de la frente.

—¿A lo largo de cuántas millas calculas que tendremos que hacer esto?

Vitelio balanceó el hacha. Golpetazo.

—¿Y yo qué sé? No he estado en este lugar dejado de la mano de los dioses en mi vida. Seguiremos dándole al hacha hasta que Tulo nos diga. Al menos es diferente a marchar.

—Cierto —reconoció Piso a regañadientes. Se preparó para partir el tronco y dejarlo lo más a ras posible del suelo. Así los hombres que marchaban podrían pasar por encima sin problemas.

—¡Alarma! —bramó una voz a su izquierda—. ¡Dad la voz de alarma!

Piso se quedó petrificado y entonces miró a Vitelio, que había vuelto la cabeza en dirección al grito y a Afer, que ya había soltado el hacha y cogido el escudo. Piso le imitó. No había tiempo de retirar la funda de cuero, que pesaba mucho por culpa de la lluvia que había absorbido. Desenvainaron las espadas; Piso se acercó con sigilo al lado de Afer, donde enseguida se les

unieron Vitelio y el resto de su *contubernium*. Otros legionarios se apiñaron pero sin un oficial para dirigirlos nadie intentó formar una hilera bien hecha. Piso se esforzó al máximo para mantener la calma a pesar de que reinaba cierta sensación de pánico en el ambiente, pues todos los legionarios eran conscientes del peligro de luchar en formación abierta. Si un enemigo se les acercaba rápido, penetrarían por los huecos como un río por un dique a medio hacer.

Por entre los árboles de la izquierda se veía a los soldados que habían estado haciendo guardia retirándose de forma desordenada.

—¡Alarma! —gritaban muchos de ellos—. ¡Angrivarios!

A Piso le entraron náuseas. Miró detrás de él para ver hacia dónde correr si surgía la necesidad.

—Quieto —gruñó Afer.

Avergonzado, Piso clavó la mirada en los centinelas. Con un poco de suerte podrían agruparse cuando se juntaran, pero eso dependería del momento en que el enemigo atacara.

—¡Más cerca! ¡Más cerca! ¡En formación!

La llegada de Tulo tuvo un profundo efecto tranquilizador. Los hombres sabían qué hacer; se sosegaban cuando un líder asumía el control de la

situación. Piso y sus compañeros se desplazaron de lado hasta que se juntaron con los legionarios de otro *contubernium*. El resto de los compañeros hizo lo mismo a ambos lados. Tulo se colocó entre Piso y Vitelio.

—¿Qué ves? —preguntó.

Piso entornó los ojos.

—Solo a nuestros hombres, señor.

—No distingo una mierda, aparte de mis soldados —reconoció Tulo—. ¿Vitelio?

—Nada, señor —dijo Vitelio un tanto avergonzado.

Tulo hizo sonar el silbato para llamar la atención.

—¡Eh, tú, el de la malla oxidada! —
bramó—. ¿Qué está pasando? ¿Dónde
están los angrivarios?

Se produjo una pausa momentánea
antes de que el centinela al que se había
dirigido respondiera.

—No hay ni rastro de ellos, señor.
Quizás haya sido un oso.

Desde la línea defensiva se oyeron
gritos de descrédito, y de alivio, si es
que los compañeros de Piso sentían lo
mismo que él.

—¿Un oso has dicho? —exclamó
Tulo, cuando estalló una risa
generalizada.

—Sí, señor —fue la respuesta
azorada—. Estaba convencido de que

era un guerrero, por eso di la voz de alarma, pero cuando todo el mundo ha empezado a gritar, se ha ido como un rayo por entre la maleza, como una roca colina abajo. Es imposible que fuera un hombre, señor.

—¡Maldito imbécil! —dijo Tulo. Se oyeron más risas—. Permaneced en vuestras posiciones —ordenó. Avanzó con paso decidido hacia el soldado que había avistado al oso. Hablaron y entonces Tulo se internó en el bosque, espada y escudo en mano. A pesar de que era poco probable que los angrivarios hubieran llegado, Piso no se relajó hasta que Tulo regresó y anunció —: Si un hombre de la tribu que sea es

capaz de dejar una boñiga tan grande y apestosa, yo soy Alejandro Magno.

Los hombres intercambiaron miradas divertidas y aliviadas por todas partes.

—Se acabó la diversión, gusanos — advirtió Tulo—. Bebed un poco de agua y de vuelta al trabajo. La vanguardia os alcanzará si no vais con cuidado y no pienso dejar que un tribuno me desuelle vivo porque sois unos vagos de mierda y no acabáis el trabajo. ¡Para cuando regrese, quiero todos los árboles a ras de suelo! Los que estáis de guardia, manteneos ojo avizor. ¡No quiero más falsas alarmas! ¿Me habéis oído?

—Sí, señor —gritaron los legionarios.

—Manos a la obra, canallas, porque quedan todavía muchos árboles — anunció Tulo, haciendo caso omiso del coro de quejidos que le siguieron por el camino.

Piso dejó el tronco del primer árbol a poco menos de la altura del tobillo antes de tomarse un respiro. Entonces lanzó una mirada a Tulo y vio que el penacho de su casco desaparecía por el norte. Un *optio* se acercaba desde la otra dirección, por lo que no tenía demasiadas opciones de hablar.

—¿Quién ha sido el imbécil que ha dado la voz de alarma? —preguntó.

—Me parece que ha sido Julio *el Narigudo* —respondió Vitelio.

Piso se rio por lo bajo, agradeciendo nuevamente tener un nombre poco común. Había tantos hombres con nombres habituales, como Julio, Marco, Quinto, etc., que había que distinguirlos por su segundo o tercer nombre, o con un mote.

—¡Narigudo! —gritó—. ¡No vamos a permitir que olvides a ese oso!

La respuesta amarga del Narigudo quedó ahogada por un coro de risotadas, silbidos y gritos.

—¡Oso! ¡Oso!

Piso sonrió y disfrutó de la camaradería. Aunque al poco empezó a llover otra vez, siguió animado. No era más que agua y por la noche podría

secarse junto a la hoguera en el campamento. Cortarían los árboles que encontrarán por el camino y cruzarían los arroyos de un modo u otro. En uno o dos días darían una buena tunda a los angrivarios y, acto seguido, regresarían a Vetera. Cuando estuvieran de vuelta en el cuartel, tendría tiempo de grabar su nombre en los cierres de bronce que le había ganado a Ayo jugando a los dados. Entre una cosa y otra, Piso había olvidado hacerlo antes de marcharse de Porta Westfalica. Aunque era poco probable que alguien viera el nombre de Ayo grabado en el dorso de los cierres, y Tulo podía dar fe de que los había ganado en caso necesario, a Piso le

incomodaba utilizarlos. Por eso los llevaba en la bolsa desde la noche que había ganado a Ayo. En cierto modo, los cierres habían empezado a asemejarse a un amuleto de la buena suerte, motivo por el que Piso quería conservarlos.

Palpó su forma irregular por encima del cuero de su bolsa.

«Fortuna, soy tu fiel servidor. Protégeme, como siempre», rezó.



Piso estaba harto de los árboles. Hayas. Carpes. Robles. Había visto cantidad suficiente para el resto de su vida. Había perdido la cuenta del número que había cortado o ayudado a talar. Le dolían los brazos como cuando había hecho la instrucción y se veía incapaz de dar muchos más hachazos sin antes descansar. También estaba harto de las zarzas. Crecían por todas partes, bien densas. Iba lleno de arañazos por culpa de los espinos.

Por suerte para él, todo el mundo estaba igual, lo cual significaba que Tulo percibiría el agotamiento general y no pensaría que eludían sus obligaciones. Durante la pausa para el almuerzo, el centurión ordenó que los legionarios que habían estado de centinelas ocuparan el sitio de quienes se habían dedicado a ensanchar el camino para el ejército. Piso sintió una enorme gratitud hacia Tulo. Estar alerta de la presencia de osos y de guerreros angrivarios, que todos consideraban poco probable que aparecieran, resultaría fácil en comparación con cortar árboles.

El breve descanso resultaba más

apetecible que la idea de una comida fría. Los hombres se pusieron en cuclillas o se sentaron sobre los troncos caídos sin preocuparse por la humedad de las capas y túnicas empapadas. Algunos incluso se tumbaron bajo los árboles, donde el terreno estaba un poco más seco. Pocos hablaban y, si lo hacían, era para quejarse de Varo, que les había ordenado marchar por aquel infierno terrenal en vez de por el camino que llevaba a Vetera, que era su destino.

—Lo que necesita un hombre en un día así es sopa o, por lo menos, vino caliente —se quejó Vitelio, partiendo un trozo de pan y metiéndoselo en la boca.

El resto de los miembros del

contubernium, que estaban sentados alrededor de una roca más bien plana que les servía de mesa, mostró su acuerdo sin disimulos. Los cascos, los forros de fieltro, los balancines, el equipo, las jabalinas y los escudos yacían desperdigados a sus pies.

—Para eso hace falta una hoguera — comentó Piso al tiempo que señalaba la tierra empapada y los árboles mojados —. En este lugar de mierda ni siquiera Vulcano sería capaz de encender una.

El comentario hizo reír a unos cuantos.

Entonces Tulo apareció de repente, como de costumbre. No había ni rastro de Degmar, su criado marso, pero eso no

sorprendió a Piso. Lo más probable es que estuviera reconociendo el terreno. Las crines del penacho del casco de Tulo habían caído hacia ambos lados, como un anciano que se hace la raya en medio, y tenía la capa empapada, igual que los demás, si bien seguía conservando su porte seguro.

—Hombres —dijo a modo de saludo.

—Señor. —Piso y los soldados se dispusieron a levantarse, pero Tulo les indicó que no se movieran.

—No hay necesidad de moverse. Se os ve muy cómodos. —Los legionarios soltaron una risa obligada y él sonrió. De todos modos, no duró. Piso sintió

una punzada de desasosiego cuando Tulo ensombreció el semblante—. ¿Estáis alerta?

—Sí, señor.

—Por supuesto que sí, señor.

—Puedes confiar en nosotros, señor.

Un asentimiento severo.

—Bien. Olvidaos del error que ha cometido el Narigudo con el oso. Si veis algo extraño esta tarde, ¡gritad! Quiero que los hombres que están en la parte delantera de la columna os oigan. Os prometo que no habrá reprimenda si se trata de una falsa alarma. Prefiero estar informado de algo de lo que no necesito preocuparme que al contrario, ya me entendéis.

Más adelante, Piso se preguntaría cómo era posible que Tulo hubiera hecho una declaración tan oportuna.

Sin previo aviso, una ráfaga de lanzas cayó por entre los árboles que quedaban a su izquierda y nublaron la visión de Piso como una mancha de rayas largas y negras. Al cabo de unos instantes, cayó una nube similar desde la derecha. A continuación se oyó una sucesión de crujidos fuertes, seguidos de una lluvia de piedras, que silbaban hacia los romanos como un enjambre de abejas iracundas. Desprevenidos, sin los escudos, los legionarios cayeron como moscas. Dos de los compañeros del *contubernium* de Piso se desplomaron

muertos en el barro, sin siquiera tener tiempo de gritar. Una lanza se clavó en el árbol que tenía detrás mientras otra chocaba contra el suelo, a los pies de Afer. Detrás de Tulo, un legionario profirió un sorprendido «ooohhhh» cuando una piedra le machacó la frente y cayó como un títere desechado por un niño. Piso y sus compañeros se quedaron boquiabiertos porque no daban crédito a sus ojos.

Una mula rebuznó cerca. No era el típico rebuzno de queja sino un grito hondo y angustioso. Otra mula hizo lo mismo y luego otra más, mezclándose con los gritos y chillidos de los hombres que llenaban el ambiente a su alrededor.

Piso se sintió aturdido, mareado, paralizado.

Tulo gesticulaba de pie.

—¡Levantaos, gusanos, si queréis sobrevivir! ¡Coged los escudos!

Atenazado por el miedo, temeroso de acabar con una lanza entre los hombros, Piso se acercó como pudo a su *scutum*. No tenía tiempo de quitarle la funda de cuero pero lo alzó y miró hacia la izquierda. Sintió una nueva oleada de miedo cuando otra lluvia de lanzas cayó zumbando desde atrás, desde los árboles del otro lado. También cayeron piedras desde la izquierda, desde la derecha y desde encima. A diez pasos un legionario cayó abatido bramando por

su madre.

—Emparéjate con otros —vociferó Tulo, que estaba de pie y sin escudo en medio del camino—. Poneos espalda contra espalda, protegeos los unos a los otros. ¡Mantened la cabeza gacha! ¡MOVEOS!

Piso se apretujó contra Afer, mientras Vitelio y el Narigudo hacían lo mismo al lado. El mero hecho de hacerlo supuso un respiro aunque seguían sin llevar el casco puesto. Piso observó asombrado a Tulo caminando arriba y abajo y ordenando a los hombres que se unieran a él para formar una fila. Parecía ajeno a las lanzas que llovían a su alrededor. Y, en cierta

medida, su tranquilidad se contagiaba a quienes tenía delante. Poco a poco, hombre tras hombre, la fila empezó a tomar forma. Cuando amainó la tormenta de lanzas y piedras, se convirtió en una fila compacta, de quizá treinta parejas de legionarios que miraban a ambos lados en dirección al bosque oscuro convertido ahora en mortífero.

Unas cuantas lanzas sueltas volvieron a emerger de entre los árboles e hirieron a un soldado y mataron a un hombre herido.

Se oyó un fuerte crujido cuando un hondero disparó y una última piedra resultó visible y acabó chocando contra un árbol.

No le siguieron más.

—Manteneos firmes, hermanos —
gritó Tulo—. No ha terminado.

Los sorprendidos legionarios miraron a sus compañeros, a la matanza generalizada. Había cuerpos desperdigados por todas partes: boca abajo en el barro, con la mirada perdida en el cielo gris, apoyados en troncos de los árboles, despatarrados unos encima de los otros. Las lanzas que habían silenciado sus bromas para siempre sobresalían de su carne formando ángulos extraños, como púas de erizos. Se asomaban al aire desde el barro y sobresalían desde los troncos de los árboles: *frameae*, armas terribles que

todos los romanos reconocían. El asta tenía longitudes distintas, desde el brazo de un hombre a una vez y media su altura, y su hoja de hierro corta y afilada provocaba fácilmente heridas mortales. Las piedras caídas no dejaban tanto rastro. La mayoría había desaparecido en el barro aunque se veían algunas junto a los hombres que habían matado, piedras relucientes de aspecto inocuo cuyo tamaño no superaba al de un huevo de gallina.

La voz de Tulo rasgó el silencio con instrucciones para los legionarios.

—Avanzad, con cuidado. Coged los cascos y las jabalinas que podáis y volved adonde estabais.

Cuando Piso y sus compañeros se dispusieron a obedecer, empezó a oírse un zumbido terrible. Provenía de la boca de cientos de guerreros escondidos a ambos lados, un profundo sonido zumbante que ponía los pelos de punta.

El ruido no cesaba, hasta que a Piso se le erizó todo el vello de la nuca. El horrible sonido fluía y reflúa pero cada vez se oía con más fuerza, al igual que las olas de una marea creciente chocan con cada vez mayor intensidad contra un acantilado. Al final se convirtió en un rugido profundo, un grito creciente que amenazaba incluso con ahogar los sonidos de los legionarios y las mulas heridos.

Piso cogió su casco y una jabalina y volvió rápidamente adonde estaba antes. Sus compañeros le siguieron de cerca.

El sonido continuó sin tregua durante lo que pareció una eternidad. Justo cuando Piso pensó que ya no podía empeorar, los guerreros que zumbaban empezaron a golpear las armas contra el borde y los tachones de hierro de sus escudos. El golpeteo metálico se fundió con su grito de guerra formando una combinación aterradora.

¡ZUUUUMMMM! ¡ZUUUUMMMM!
¡Clash! ¡Clash! ¡Clash!

Piso sintió la necesidad acuciante de cagar y apretó las nalgas. Oyó a un hombre que vomitaba detrás de él. El

olor acre del vómito reciente le llegó al orificio nasal al cabo de un momento. Por todas partes se oían gemidos de temor y la hilera de legionarios empezó a flaquear.

—Si nos dispersamos, estamos perdidos —siseó Afer—. Quedaos donde estáis.

Piso obedeció, agradecido de que le dijeran qué hacer. Sin embargo, los legionarios que había tres sitios más allá no le habían oído o estaban demasiado asustados para oír. Uno se salió de la fila con el terror marcado en el rostro.

—¡Nos matarán a todos!

Tulo se abalanzó sobre él como una serpiente que sale de una madriguera

para atacar a un ratón desprevenido. Golpeó varias veces al soldado con la *vitis*, dos veces en el casco, en el pecho, en los hombros. No contento con ello, Tulo le atizó en la cara y le dejó una enorme señal roja en la mejilla.

—¡VUELVE A TU SITIO, GUSANO DE MIERDA! —bramó—. ¡A LA FILA, ANTES DE QUE TE DESTRIPE YO MISMO!

El legionario se retiró amilanado y avergonzado. Tulo lo fulminó con la mirada antes de dirigir los ojos, fríos como el hielo, al resto de los soldados. Pocos se atrevieron a mirarlo de hito en hito. Como si el enemigo quisiera escuchar a Tulo, las consignas y el golpeteo de las armas amainaron.

—¡Ese era su grito de guerra, panda de pichas flojas e inútiles! —gritó Tulo—. Se llama *barritus*, por si no lo sabíais. Sí, es espeluznante. Sí, es aterrador. Sí, uno tiene la impresión de que va a morir cuando lo oye. —Tulo caminó airado a lo largo de la fila, repasándolos de arriba abajo—. ¿Y QUÉ OS PASA? ¡SOIS SOLDADOS DE ROMA! ¡DE ROMA! ¿QUÉ MÁS OS DA EL CHILLIDO DE UN HATAJO DE BÁRBAROS HEDIONDOS? ¿EH? ¿EH?

—Nada, señor —gritó Afer.

Tulo dio un salto hacia atrás para colocarse delante de Afer.

—¿Qué has dicho? ¡No te oigo!

—NADA, SEÑOR. ME IMPORTA UNA

MIERDA.

Una sonrisa despiadada asomó al rostro de Tulo.

—Eso es. Ellos y su maldito grito de guerra nos importan una MIERDA, ¿verdad que sí? ¿VERDAD QUE SÍ?

—¡SÍ, SEÑOR! —bramaron Piso y los demás.

En ese momento Tulo tenía un escudo en un puño y una espada en la otra. Empezó a golpear la hoja contra el borde de hierro con una intensidad inusitada, al tiempo que canturreaba: «¡ROMA, ROMA, ROMA!».

Los legionarios le imitaron. Un poco más allá, Piso oyó a Fenestela entonando el grito y alentó a sus

hombres a hacer lo mismo. Cada vez que se repetía el sonido, el temor de los soldados se diluía un poco más, y aunque no les armaba de coraje, sí que les daba determinación. Cuando Tulo tuvo claro que se habían tranquilizado, dejó el martilleo. Piso y sus compañeros le imitaron y se lanzaron palabras de ánimo entre sí, cosas como: «Vamos a darles un buen merecido a esos cabrones». «¡Que vengan!». «¡Bárbaros asquerosos!».

—Preparaos, hermanos —instó Tulo desde su nueva posición en el centro de la hilera, en dirección a la parte derecha del camino—. Es posible que nos ataquen.

Esperaron.

Y esperaron.

Y esperaron.

No ocurrió nada. No hubo aluvión de lanzas y piedras. El *barritus* de los germanos no volvió a oírse ni tampoco les atacaron con armas. Los legionarios empezaron a intercambiar miradas de desconcierto. Si sus atacantes no se habían desvanecido, ¿qué demonios estaban haciendo?

Tulo volvió a aprovechar la tregua.

—Todo esto forma parte del plan de esos hijos de puta. Se han marchado, por el momento. Empezando por ti —y señaló al primer legionario de la fila—, uno sí y uno no, debe mantenerse en su

sitio. Los que no tenéis que romper filas e ir a ocuparos de los heridos. ¡Moveos!

Piso dejó la formación defensiva a regañadientes pero enseguida se centró en sus compañeros heridos, que en su mayoría necesitaban de atención urgente. Los más afortunados, con las costillas y extremidades magulladas por las piedras de las hondas o con heridas superficiales de las lanzas que les habían alcanzado de refilón, podían cuidarse solos. Bajo la supervisión de Tulo, que iba de un lado para otro y dirigidos por un oficial solitario que había aparecido, Piso y sus compañeros intentaron acomodar a los heridos de la mejor manera posible a pesar de la

humedad y la suciedad. Quedaba claro que algunos hombres no sobrevivirían y Piso se fue acostumbrando a ver al oficial dándoles un buen trago del frasco de jugo de amapolas. Pero enseguida dejó de pensar en el destino de los heridos y se centró en el de él y el de sus compañeros. Quienes les habían atacado, fueran quienes fuesen, se habían marchado, pero no había que descartar que volvieran. Sin embargo, el ejército estaba paralizado. Piso sintió otra oleada de temor. Eran como un banco de peces, dejado por la marea baja en un pequeño charco entre las olas: presa fácil.

—¿Qué vamos a hacer, señor? —

preguntó cuando Tulo volvió a aparecer.

—Esperamos órdenes —repuso Tulo, que ensombreció el semblante—. Nos dirán que nos pongamos en marcha y encontremos un lugar para acampar. Hacer planes acerca de qué hacer resultará más fácil detrás de las fortificaciones.

Afer se sumó a ellos.

—¿Nos han atacado los angrivarios, señor?

Tulo volvió a ensombrecer el semblante, pero Piso seguía sin tener ni idea de lo que pasaba por la mente de su centurión.

—Eso es lo que dirían muchos —reconoció Tulo antes de marcharse—.

Estad preparados para marchar en cuanto se os ordene.

Piso miró a Afer.

—¿Qué le pasa?

—No tengo ni idea. Lo que importa es que está aquí, ¿no?

—Sí —repuso Piso de forma sentida. Desde el final de la columna les habían llegado rumores de que se habían producido infinidad de bajas entre las demás unidades, de centuriones muertos, carros bloqueados y pánico generalizado entre los no combatientes. Lo que habían sufrido allí era poco en comparación y en buena medida era gracias a Tulo—. Que los dioses le protejan.

—Estoy de acuerdo —dijo Vitelio, alzando la vista hacia el cielo lleno de nubes grises.

Si los dioses oyeron sus plegarias, hicieron caso omiso de ellas, pues empezó a diluviar otra vez. La lluvia torrencial les bañó el rostro e intensificó el ya de por sí profundo abatimiento. Uno, dos y tres relámpagos centellearon entre las nubes. Al cabo de unos instantes, se oyó el retumbo de un trueno siniestro.

Costaba no creer que Júpiter estaba enfadado con ellos, pensó Piso, al ver su propio desasosiego reflejado en el rostro de sus compañeros.

Piso no pensaba que el bosque pudiera desagradarle todavía más, pero en las dichas horas siguientes que pasó empapado, acabó odiándolo con todas sus fuerzas. Se convirtió en el límite del mundo de los romanos. Era denso, verde y la humedad goteaba por todas partes, parecía no acabar nunca, milla tras milla de hayas, carpes, robles y árboles que Piso ni siquiera identificaba. Unos eran altos, otros más bajos, con el tronco grueso o fino, retorcidos y nudosos, enfermos, viejos y jóvenes, los unos junto a los otros, formando legiones desaprobatorias, centinelas en la entrada de otro mundo. A veces, Piso tenía la

sensación de que observaban a los legionarios cansados y sudorosos. Se trataba de una sensación de lo más inquietante, que evocaba pensamientos acerca de espíritus malignos, druidas y sacrificios de sangre en el bosque.

Muy de vez en cuando había ciénagas y los dichosos arroyos y ríos que había que vadear. El peligro que suponían las primeras resultó evidente cuando una mula que se había escapado de su cuidador salió en estampida y fue a parar a una de esas zonas, donde se hundió de inmediato hasta el corvejón. Rebuznando indignada, se esforzó por salir de ahí pero no consiguió más que hundirse hasta la panza. A pesar de sus

esfuerzos, acabó hundida en el barro hasta el cuello. A todos los que estaban cerca les llamó la atención, pero nadie hizo nada para ayudarla. Muchos soldados, que agradecían no estar allí atrapados, lanzaban insultos al desventurado animal. Piso se planteó clavarle una jabalina e intentar así acabar con su sufrimiento antes de que acabara muriendo ahogada lentamente, pero no tenía buena puntería y si Tulo o Fenestela le veían «desperdiciando» un arma, se lo reprocharían. Y tal como le recordó Afer, era una mula, no un hombre.

Los cursos de agua eran menos peligrosos que las ciénagas pero, aun

así, seguía habiendo muchas posibilidades de tropezar y caer por culpa de las piedras recubiertas de musgo viscoso que flanqueaban la orilla, aparte de lo difícil que era esquivarlas cargados con escudo, jabalina y un yugo aparatoso. Un legionario del *contubernium* que iba más adelantado que Piso y sus compañeros resbaló y se rompió una pierna y otros se torcieron el tobillo o se magullaron la rótula. A pesar de las maldiciones que proferían, los soldados se recordaron los unos a los otros que tenían la suerte de no estar a cargo de ningún carromato.

—Los pobres desgraciados de la artillería deben de estar maldiciendo a

Fortuna con todas sus fuerzas. Imagina intentar levantar un carro con una *ballista* a la espalda para pasar por aquí —dijo Vitelio mientras cruzaban uno de los arroyos más profundos con los que se habían encontrado.

A Piso poco pareció afectarle su relativa «buena suerte». En una hora apenas habían recorrido una milla.

Sus atacantes reaparecieron sin previo aviso, como espectros invisibles. El primer indicio de problemas fue el aluvión de lanzas y piedras que aterrizaron entre los legionarios. Los insultos se mezclaron con los gritos de dolor. Impasible, Tulo ordenó que lanzaran una ráfaga de jabalinas a un

lado del camino y luego al otro. No todos los soldados contaban con dos *pila*, pues habían descartado o perdido muchos durante la anterior emboscada, y sus esfuerzos denodados carecían de su potencia habitual, pero los gritos que se oyeron cuando cayeron los proyectiles pusieron de manifiesto que por fin habían hecho sufrir bajas al enemigo.

Se oyeron algunos gritos de entusiasmo, pero Piso no fue el único que se sintió aliviado cuando Tulo les ordenó que prosiguieran la marcha en vez de mantenerse firmes.

—Es de locos ponerse a esperar a que nos maten —bramó—. Seguimos avanzando. Ya encontraremos algún sitio

para montar el campamento.

Nadie opuso ninguna objeción. Los legionarios dejaron a los tres soldados muertos donde estaban, arrastraron al puñado de heridos lo mejor posible y marcharon fatigosamente. Los hombres que estaban a ambos lados protegieron a los del centro con los escudos. Todavía podían caer *frameae* y piedras de arriba pero había que correr ese riesgo. Los *scuta* empapados pesaban tanto que era imposible caminar más de veinte pasos, llevándolos levantados por encima de la cabeza.

El enemigo no tardó en aprovechar esa debilidad. Entonaron de nuevo el *barritus* y arrojaron las lanzas formando

arcos pronunciados, que cayeron rápidamente en medio de los apelotonados romanos, allá donde no podían errar el tiro. Dos de tales ráfagas abatieron a media docena de legionarios y los dejaron heridos o muertos. Maldiciendo, Tulo ordenó a los hombres del centro que dejaran los balancines y alzarán los escudos para defenderse. Les hizo seguir caminando pero acabaron avanzando a paso de tortuga por el estrecho camino por culpa del peso de sus *scuta* y del número de soldados a los que ayudaban a apoyarse o cargaban.

¡ZUUUUUUUUUM!

¡ZUUUUUUUUUUUM! ¡MMMMMMM! Se produjo una pausa y luego:

¡Clash! ¡Clash! ¡Clash!

El sonido se repitió una y otra vez.

Piso deseó poder bloquear aquellos sonidos escalofriantes, deseó poder enfrentarse a los hombres que los estaban matando. Así por lo menos podrían defenderse. Sin embargo, lo único que veía eran sombras en la profundidad del bosque. Perseguirlas sería un suicidio.

—¡Seguid avanzando, panda de inútiles! —gritó Tulo a los soldados que tenía delante, que se habían vuelto a detener.

—Han alcanzado a nuestro centurión, señor —gritó uno de los legionarios del medio.

—Mantened los escudos alzados —ordenó Tulo a sus hombres—. Vuelvo enseguida.

Piso y sus compañeros observaron anonadados a Tulo caminando, tranquilo como si estuviera de paseo por el foro, alrededor de una unidad que tenían delante. En cuanto los atacantes vieron el penacho de crin que llevaba en el casco, empezaron a arrojar lanzas y piedras.

Piso era incapaz de mirar. Cerró los ojos y rezó: «Marte, protégele, por favor».

Se llevó una buena sorpresa cuando Tulo volvió a aparecer como si nada poco después. Incluso se detuvo a

escasos pasos del muro de escudos de sus hombres para hacer gestos obscenos hacia el bosque y sus agresores ocultos.

—Que os den —gritó en lengua germana—. ¡Y a vuestras madres picadas de viruela!

Sus legionarios soltaron una fuerte ovación.

Se oyeron gritos airados desde los árboles y cayó un nuevo aluvión de piedras y lanzas.

Se oyó un fuerte ruido metálico cuando la piedra de una honda alcanzó a Tulo en la espalda, en la cota de malla. Piso oyó que el centurión profería un breve gruñido, pero Tulo enseguida recuperó su posición al frente de la

formación. Los legionarios cerraron filas con él de inmediato.

—¿Estás bien, señor? —preguntó Afer con el rostro contraído de la preocupación.

—Sí —dijo Tulo, que hizo una mueca de dolor ahora que los enemigos no le veían—. Me saldrá un buen moratón, eso es todo. —Los soldados de la parte delantera empezaron a moverse y Tulo gritó—: ¿Listos, hermanos? ¡Adelante, marchad!

A partir de ese momento, y a pesar de la lluvia de proyectiles y piedras y de la tromba de agua incesante que caía de los cielos, consiguieron avanzar considerablemente, en buena medida

gracias al camino, que empezó a discurrir en línea recta como una calzada romana. Tampoco encontraron más arroyos grandes sino riachuelos poco profundos por los que bastaba con chapotear un poco.

Al cabo de un rato, los guerreros que atacaban a Tulo y al resto de la vanguardia volvieron a retirarse. Aparecían y desaparecían de un momento a otro. No había forma de saber si empleaban la misma estratagema con el resto de la columna. Que Piso y sus compañeros supieran, seguía siendo atacada; la comunicación con otras partes del ejército era prácticamente inexistente, lo cual no

parecía preocupar a Tulo.

—Se nos ha ordenado que ubiquemos un campamento —dijo, como si estuvieran de instrucción cerca de Vetera—. Y eso es lo que haremos.

Contagió su actitud tranquila y terca determinación a sus hombres, incluido Piso. Empezaron a cantar una canción de marcha subida de tono, que Tulo alentó sumándose al coro con ganas.

La moral subió todavía más cuando apareció una colina baja a la izquierda del camino. Tras una breve reunión, Tulo y los demás centuriones decidieron que aquel sería el lugar donde se montaría el campamento. Enseguida se pusieron manos a la obra, al modo

tradicional, según el cual la mitad de los legionarios disponibles ofrecía una pantalla protectora alrededor del resto, que empezó a talar árboles y a excavar la zanja defensiva.

El respiro duró poco. Los enemigos reaparecieron en forma de gran horda coreando consignas desde el bosque poco después de que se iniciara la construcción. Era la primera vez que los romanos los veían bien. Presentaban un aspecto intimidante, cientos de hombres de las tribus fornidos y ataviados con túnicas y calzones de colores vivos, con escudos y lanzas pintados que avanzaban cantando el *barritus*. Los honderos iban detrás plantando una lluvia de piedras

mucho más adelante a medida que los guerreros avanzaban.

A pesar de la ferocidad de los germanos y de las pérdidas que habían infligido a los romanos hasta el momento, el hecho de verlos sosegó a los legionarios. Enfrentarse cara a cara con los asaltantes que llevaban horas asediándoles suponía un alivio. No eran ni espíritus del bosque ni demonios. Eran hombres, como ellos, que sudaban y sangraban si les clavaban una espada. Pocos llevaban armaduras y la mayoría solo tenía lanzas con las que luchar. Las legiones podían derrotarles y, de hecho, ya les habían derrotado muchas veces. Y, tal como Tulo y los demás centuriones

bramaban a sus soldados, no había motivos para pensar que no podían volver a derrotarlos.

El ataque fue corto y encarnizado, pero los legionarios hicieron retroceder a los guerreros y les infligieron un buen número de bajas. Imperturbables, los germanos se reagruparon y volvieron a atacar, pero cada vez entraban a escena más tropas romanas de la columna. Los oficiales enseguida hicieron entrar a los soldados en batalla, por lo que los guerreros retrocedieron por segunda vez. El tercer intento también fue fallido. Los hombres de las tribus se internaron en el bosque y desaparecieron.

Piso no compartió el júbilo

generalizado que invadió el lugar. A él también le alegraba el triunfo romano, pero había escuchado a Tulo hablando con Fenestela no hacía mucho y la conversación le había parecido de lo más desasosegante. Tulo no consideraba que los únicos que les atacaban fueran los angrivarios. En su opinión, había miles de guerreros más en el bosque, listos para abalanzarse sobre ellos. Las últimas palabras de Tulo resonaban en su interior una y otra vez: «Las tribus se han aliado. Esto solo puede ser obra de un hombre, de alguien que conoce las legiones de primera mano. A partir de ahora, nuestro objetivo es sobrevivir, así de simple. Lo importante es

conseguir que el máximo de nuestros hermanos salga con vida».

Piso pensó con un nudo en el estómago que aquello implicaba que Tulo estaba convencido de que morirían más hombres.

Muchos más.



Al anochecer, la gran mayoría de las tropas de Varo estaba a salvo tras las defensas inacabadas del vasto campamento situado en la ladera de la colina. Los hombres de las tribus no tenían un pelo de tontos, pensó Varo mientras salía de la tienda de mando. Se habían retirado no hacía mucho porque no estaban dispuestos a sufrir más bajas en un combate abierto. Como estaba convencido de que sus soldados podían tomarse un respiro durante la noche,

decidió salir a caminar por el campamento. La calamidad y las bajas que había sufrido su ejército aquel día habían dejado aturcidos a los soldados, a juzgar por los rostros desencajados que había visto al entrar en el campamento hacía un rato. El hecho de dar la cara quizá les levantara la moral.

El encarnizamiento de los ataques de la jornada implicaba que habría problemas por la noche. Por culpa de la gran cantidad de carros abandonados y mulas desaparecidas, buena parte de los hombres de Varo no tenía tiendas en las que pasar la noche ni leña seca para hacer hogueras. La lluvia incesante no les mataría, ni tampoco las bajas

temperaturas, pero esas privaciones añadidas minarían su confianza.

Varo pidió un carro que iba cargado con todas sus reservas personales de vino y empezó a recorrer las avenidas del campamento, acompañado de Aristides, que no iba muy contento, y de una veintena de soldados de la primera cohorte. A cada paso encontraban pruebas de que el desorden y el caos de la jornada continuaban. Ningún ingeniero con una *groma* había medido y trazado las calles más importantes, la *via principalis* y la *via praetoria*. Los ángulos rectos habituales que formaban entre sí no estaban por ningún sitio y resultaba evidente que estaban torcidas

desde las entradas. Había tocones por todas partes; era lo que quedaba del bosque que había cubierto la colina hasta hacía bien poco. Tenían tamaños distintos, desde los que suponían un peligro por estar a la altura del tobillo hasta otros mucho más fáciles de ver porque llegaban a la altura de la cintura. Varo se alegró al observar que se habían conservado las posiciones que ocupaba cada unidad, pero había demasiado pocas tiendas y menos de la cantidad esperada de mulas.

Los legionarios que habían tenido la suerte de localizar su equipo más pesado estaban en el interior de las tiendas, pero otros hombres estaban

apiñados de cualquier manera en el lugar donde deberían haber estado sus tiendas. Algunos apuntalaban los *scuta* y colgaban las capas para protegerse de la lluvia. Varios *contubernia* habían construido pequeños *testudos*, sirviéndose de la ladera de la colina como telón de fondo. Las ramas cortadas les sostenían los escudos y encima habían colocado mantas y prendas de repuesto. Varo les felicitó por aquella solución ingeniosa ante la falta de un lugar donde refugiarse. Resultaba conmovedor ver cuántos centuriones dejaban estar a los hombres bajo los pórticos de cuero de sus espaciosa tiendas o incluso en su interior.

Al poco, Varo decidió empezar a repartir el vino cuidadosamente. Eligió un lugar al azar y gritó:

—¡Ración de vino!

Le divirtió ver que la respuesta de los soldados fue más rápida y más drástica que si hubiera seguido el protocolo habitual y anunciado su presencia. Fueron a por todas, sin preocuparse del barro. Al comienzo nadie reconoció a Varo, que vestía la capa habitual de los soldados, sin el casco. Se arremolinaron a su alrededor, sonriendo mientras se empujaban y exigiendo saber qué oficial había autorizado el reparto de vino. Nadie prestó atención a la expresión de

desaprobación de Aristides y a sus quejas veladas por el exceso de confianza de los soldados.

—Yo —dijo Varo—. Son mis reservas.

Durante unos instantes, los soldados sudorosos y embarrados que le rodeaban se quedaron atónitos. Luego el asombro y la sorpresa se mezclaron con el temor. Los soldados que se habían apretujado contra Varo en su intento por conseguir un poco de vino retrocedieron con fuerza contra la multitud, mientras intentaban saludar y decir a sus compañeros quién había aparecido allí en medio.

—¡Gobernador Varo! Nos honras

con tu presencia —gritó un legionario con más voz que la mayoría.

«¡Es el gobernador!», «¡Por Júpiter, es Varo!», «¡Varo ha traído su propio vino para compartirlo con nosotros!», fueron algunos de los comentarios de incredulidad.

Se oyó una ovación, y luego otra.

Varo alzó las manos sonriente para pedir silencio.

—Ha sido un día duro para todos. Habéis hecho un buen trabajo, todos. Estoy orgulloso de vosotros. ¡Roma se enorgullece de vosotros!

Volvieron a ovacionarle.

—¡ROMA! ¡ROMA! ¡ROMA!

Era un sonido ronco y desafiante que

se elevó hacia el cielo oscuro hasta perderse entre las nubes.

—Mañana también será duro, os lo garantizo —continuó Varo cuando se calmaron—. Pero la marcha será más fácil. Abandonaremos el convoy de bagaje y saldremos del bosque. Ya lidiaremos con los angrivarios en otro momento. Nuestro destino serán los fuertes del río Lupia. En dos o tres días de marcha deberíamos llegar allí y estar a salvo.

A Varo le pareció que a los hombres les gustaba la idea y se alegró de ver que la expresión de los soldados volvía a estar llena de vida. Cuando dio la orden de que cada soldado recibiera un

segundo vaso rebosante de vino, bramaron más y más alto que antes.

—Os daría más —explicó Varo—, pero tengo a todo un ejército que contentar. —Entonces soltaron una carcajada y para cuando indicó al carro que volviera a ponerse en marcha, los legionarios incluso bromeaban entre sí.

Varo no había alcanzado a imaginar el éxito que cosecharía gracias al reparto de vino. Los soldados le recibieron entusiasmados en todas partes. Dio la impresión de que el hecho de que el gobernador en persona repartiera vino gratis tenía mucho más valor que la falta de unas cuantas tiendas. Lo que se suponía que iba a

llevar aproximadamente una hora pasó a ocupar buena parte de la noche. Al final, Varo frenó el entusiasmo. La reunión con sus oficiales también era vital.

—Aristides, acaba esto —ordenó.

En el rostro de Aristides se reflejaron todo tipo de insatisfacciones, pero se limitó a transmitir las con un quejumbroso: «¿Yo, señor?».

Varo tuvo que ponerse duro, aunque Aristides estuviera exhausto. El griego había recorrido a pie las últimas cinco millas porque el carro en el que iba había perdido una rueda. Sin embargo, no estaba muerto ni herido.

—Sí, maldita sea —dijo Varo—. No puedes luchar pero puedes hacer algo

útil. Para llegar a Vêtera necesitas la protección de estos soldados. Así pues, es vital que estén animados, ¿no te das cuenta?

—Sí, señor —repuso Aristides, tragándose el orgullo.

—Cuando acabes, requisa también el vino de los legados. Quiero que todos los soldados del dichoso ejército hayan tomado un vaso de vino antes de que suene la segunda guardia. Es una orden directa. Cualquiera que te lo intente impedir, tendrá que asumir las consecuencias.

Tamaño delegación de poder hizo que Aristides levantara el mentón.

—Me encargaré de que así sea,

señor.

Varo se encontró a más de cuarenta de sus oficiales esperándole en la tienda. Eran legados, comandantes del campamento, tribunos, centuriones veteranos y comandantes auxiliares. Si hubieran estado allí todos los centuriones veteranos, habrían sumado más de cincuenta hombres. La ausencia de más de diez hombres reflejaba las bajas que el ejército había sufrido aquel día. Vigorizado por el recibimiento que le habían dispensado los soldados, Varo apartó aquellas terribles pérdidas de su mente. Se abrió camino entre los

hombres allí congregados y se dirigió a su escritorio, dispuesto con su silla preferida y los portalámparas que siempre se llevaba de campaña.

En cuanto advirtieron su presencia, los oficiales interrumpieron sus conversaciones, sonrieron e hicieron el saludo para recibir a Varo. Enseguida notó sus deseos, expectativas y temores velados como un peso que le caía sobre los hombros, como un saco lleno de grano. Hizo un gran esfuerzo para liberarse de él.

—Os doy las gracias por venir. —
Llamó a un criado y ordenó que trajeran vino antes de acordarse de que lo había repartido. Contó lo que acababa de

hacer con una sonrisa. Dio la impresión de que a los hombres les parecía buena idea, lo cual le satisfizo.

Hacía ya tiempo que Varo había aprendido que su alto cargo tendía a garantizar el apoyo de los hombres, ya fuera de forma sincera o no. Sin embargo, en este caso le importaba que su gesto les pareciera buena idea. Iban todos en el mismo barco.

—Para empezar, quiero tener una idea aproximada de nuestras pérdidas. ¿Vala?

Vala empezó a hablar con un asentimiento sombrío. Cuando terminó, sus compañeros legados dieron su parte, seguidos de los comandantes auxiliares.

Varo escuchó en silencio mientras su furia iba en aumento al comprender la incapacidad de sus exploradores para evitar la emboscada. «¿Dónde demonios estás, Arminio?», se preguntó cuando el último oficial terminó de dar su informe.

—Es de imaginar que las bajas variarán entre unidades y legiones y que la caballería es la que más ha sufrido, dado que los caballos son un blanco fácil para las lanzas enemigas. Lo que resulta alentador es que no hayamos sufrido más bajas. —Varo lanzó una mirada a los centuriones que, a ojos de todos, eran el pilar del ejército. Cuando llegaba el momento de luchar cuerpo a cuerpo, eran imbatibles—. Os agradezco

vuestro liderazgo de hoy y el de vuestros compañeros oficiales. Los compañeros que han muerto o han resultado hoy heridos no caerán en el olvido, ni tampoco los soldados rasos que han perdido la vida.

Todos los centuriones sin excepción se mostraron satisfechos.

—Calculo que hemos perdido una décima parte de nuestra potencia total, quizás un poco más —continuó Varo—. Estas bajas son lamentables pero, teniendo en cuenta el elemento sorpresa, el mal tiempo y nuestra incapacidad para contraatacar, son aceptables. Lo más importante es que no se repita. La mejor forma de asegurarnos de ello es

salir del dichoso bosque, estar en terreno abierto. Esos bárbaros no se atreverán a atacarnos ahí, donde la armadura y armas superiores de nuestros legionarios resultan realmente útiles.

Los hombres mostraron su acuerdo con un fuerte rugido pero Ceonio, un oficial flaco cuyo uniforme siempre parecía quedarle grande, carraspeó.

—Has mencionado el bagaje, señor. ¿Tienes intención de dejarlo atrás? Con él no podremos luchar tal como dices.

—Esa es precisamente mi intención, Ceonio. Por la mañana abandonaremos el convoy de bagaje. El único equipo que cargaremos es el que los hombres puedan llevar a su espalda, y a los

heridos, por supuesto. Supongo que algunos tablones de los carros pueden servir para hacer camillas para ellos.

—¿Y la artillería, señor? —preguntó uno de los tribunos veteranos—. No queremos que esos bárbaros le pongan las manos encima.

—Por supuesto que no. Las *ballistae* y cualquier otra arma que dejemos atrás, incluyendo los extremos de *pila* de recambio, las hojas de espada, etcétera, deben romperse o dañarse para que queden inservibles. Quemad los carros. Destruid todo el grano que no nos llevemos. También hay que matar a las mulas, los hombres pueden comerse su carne esta noche. Emplead el aceite de

oliva para encender las hogueras. — Varo contempló los rostros que le rodeaban—. El equipo y las mulas pueden reemplazarse pero los hombres muertos no pueden resucitar. ¿Alguien no está de acuerdo?

—No, señor —dijeron a coro.

—¿Y los civiles, señor, y los que nos siguen? —preguntó Egio, un oficial zoquete con poco pelo y cano.

Varo, que de no esperárselo se habría quedado turbado, se convirtió en el centro de todas las miradas. Casi seguro que algunos oficiales tenían mujeres que seguían al ejército, pero aquello no era de su incumbencia.

—Las legiones marcharán en orden

de batalla —dijo con voz férrea—. Todos los no combatientes ocuparán el lugar que les corresponde, al final de la columna. Tienen que seguir el paso lo mejor que puedan.

Se hizo un silencio incómodo. Nadie quería imaginar la suerte que correrían quienes cayeran en manos germanas. Varo mantuvo la expresión glacial y nadie osó cuestionarle.

—Nos dirigiremos al Lupia y a las fortificaciones que hay a lo largo del camino que va al oeste. Me han dicho que es campo abierto en su mayor parte. Hay algunas ciénagas y pequeñas zonas boscosas, pero nada comparado con el camino que hemos seguido hoy. En dos o

tres días como máximo volveremos a estar en Vetera.

—Suenan bien, señor —dijo Egio con una sonrisa adusta ante el coro de voces que se mostraron de acuerdo.

Varo ya tenía la mente puesta en el momento posterior a su regreso a salvo. Si no tomaba alguna decisión drástica poco después de ese revés, Augusto le destituiría como gobernador rápidamente. A su edad y después de tamaño error tendría escasas posibilidades de redención. Le asqueaba pensar en una lenta decadencia en una villa costera, aguantando las quejas continuas de su mujer, mientras el mundo seguía funcionando sin él. Así pues, se

armó de valor.

—El tiempo no empeorará demasiado en el plazo de un mes, lo cual nos da tiempo para sofocar esta rebelión antes del invierno. Así pues, en cuanto nos hayamos reagrupado en la orilla occidental del Rhenus, tengo intención de ir a por los dichos angrivarios y eliminarlos de la faz de la tierra.

A sus oficiales les gustaron estas palabras y Varo rezó para que a Augusto también le gustaran.

—¿Crees que Arminio se ha perdido, señor? —Tubero fue quien habló.

Varo se fijó en que Tulo le observaba con detenimiento. Tulo ya

había mostrado sus reservas acerca de la lealtad de Arminio y había tenido el valor de planteárselo. ¿Acaso tenía razón? «Tonterías, lo que estás pensando es una tontería —se dijo—. Arminio acabará apareciendo o recibiremos noticias de su muerte en la batalla contra los angrivarios». Al amanecer se marcharían de aquel bosque sombrío y lluvioso, e huirían de sus agresores. En el plazo de unos días, aquel desastre no sería más que un recuerdo desagradable.

—Sí, eso creo —espetó—. Debe de haberle pasado algo a él y a sus hombres, o ya habría vuelto.

A Varo le resultaba más fácil ignorar la expresión glacial de Tulo que

desafiarle. Tomó aire con fuerza y exhaló lentamente.

—Mañana la caballería auxiliar y la infantería —dijo más tranquilo— se mantendrán más cerca de la vanguardia de lo normal. No quiero que ninguna unidad quede atrapada sola en caso de ataque enemigo. Tal como es habitual, mañana una legión distinta liderará al ejército. Nombro a la XVII. Todas las demás unidades ocuparán su puesto habitual en la columna salvo el bagaje, como es obvio. Emplearemos a diez jinetes de cada caballería de la legión como mensajeros para asegurarnos de que todos estamos al corriente de lo que pasa. —A Varo le agradó la

determinación que vio asomar a los ojos de sus oficiales—. Si mantenemos la cabeza fría y no interrumpimos la marcha, habremos superado lo peor mañana por la noche. Unos cuantos miles de hombres de las tribus no van a detener a tres legiones romanas, ¿no?

El rugido que se oyó, al igual que su misión de repartir el vino, demostró a Varo que sus seguidores no se daban ni por asomo por vencidos.

«Mañana será diferente», decidió. Un día mejor para todos ellos.

Arminio no se había propuesto ausentarse durante la primera parte de la

emboscada, pero había sido inevitable. Había tenido que coordinar a las tribus cuando se congregaron en el lugar acordado, varias millas al este de la columna romana, saludando a los jefes de clan como héroes conquistadores, asegurándose de que las viejas enemistades tribales no se reavivaban y garantizando que se dispersaban en las zonas asignadas. Había cumplido con su cometido a media tarde, momento en que lideró a sus cuatro mil guerreros queruscos, ansiosos y armados hasta los dientes, en dirección oeste, hacia el enemigo. Ya tendría tiempo por la noche de reunir a todos los caudillos.

A pesar de la lluvia incesante y del

fuerte viento, el entusiasmo de los hombres no flaqueó. Para los seguidores de Arminio, el tiempo inclemente era la prueba fehaciente de que Donar estaba de acuerdo con su emboscada. Arminio se sentía bendecido. Pese a haberse salvado por poco, la sospecha de Tulo, de la que era consciente, el riesgo que suponían los jóvenes guerreros borrachos, y la advertencia de Segestes, de la que se había enterado más tarde, había conseguido mantener su plan en secreto hasta el final. Dados los destellos de los relámpagos que rasgaban su campo de visión y de los truenos que le martilleaban los oídos, incluso a él le costaba no creer que su

plan recibía apoyo divino.

Primero llegaron al campamento de los usípetas y los sicambrios, formado por chamizos desperdigados hechos con ramas y hojas, tiendas pequeñas y pieles de animal sujetas entre árboles cercanos entre sí. A juzgar por los gritos y ovaciones con los que los recibieron, todo había ido bien hasta el momento.

—Bienvenido, Arminio —exclamó un guerrero enorme, blandiendo el estandarte de una cohorte—. Tenemos las lanzas bien ensangrentadas, pero hemos dejado a muchos romanos para ti y tus hombres.

—Mis guerreros os darán las gracias por ello —respondió Arminio, que se

fijó en los múltiples indicios del éxito contra los soldados de Varo. Muchos hombres llevaban cascos romanos y vio a un par de ellos jugando a amenazarse con unos *gladii*.

En aquel momento vio que el pelirrojo, que estaba en medio de un grupo de guerreros arremolinados alrededor de una chimenea improvisada cubierta con una piel de buey, le espiaba. Se le acercó.

—Bienvenido, Arminio.

Arminio desmontó y abrazó al pelirrojo.

—Ha ido tal como esperábamos, ¿no?

El pelirrojo echó la cabeza hacia

atrás y se rio, sin preocuparle la lluvia que le caía en la cara.

—¡Ha sido como si los dioses hubieran bajado a la tierra y luchado con nosotros! Los asquerosos romanos no tenían ni idea de que estábamos ahí hasta que les han caído encima las primeras lanzas y piedras. Tenías que haber oído cómo gemían, como cerdos en el matadero. Se han puesto incluso más patéticos cuando han oído el *barritus*. Han muerto a cientos y no ha caído ni uno de nuestros guerreros. Nos retiramos y les dejamos marchar un rato antes de volver a atacarles, con casi el mismo resultado. Hay que reconocer que esos cabrones siguieron avanzando y en

la colina en la que decidieron acampar han tenido una buena actuación. Ahí hemos perdido más hombres de los que deberíamos porque algunos de nuestros guerreros se han puesto gallitos con el éxito de la emboscada y han intentado atacar al enemigo de frente.

Enfadado por aquella desviación del plan, Arminio se dispuso a interrumpir, pero el pelirrojo no estaba dispuesto a permitirselo.

—Veo que meneas la cabeza —dijo, alzando la voz—, pero recuerda que no hace ni siquiera cuatro meses que murieron cuatrocientos de nuestros jóvenes. —Arminio hizo un gesto de disculpa y el pelirrojo adoptó una

expresión más comprensiva—. Para ti es fácil recordar lo disciplinados que son los romanos. Has luchado junto a ellos durante muchos años. Nuestros jefes consiguieron recuperar el control de los guerreros a tiempo cuando un par de cargas quedaron en nada. Lo mismo hicieron los líderes de los sicambrios. Dejamos a los romanos lamiéndose sus heridas y preguntándose qué demonios les había pasado.

—Hicisteis bien —declaró Arminio en tono cordial, consciente de que lo que mantenía aquella alianza era el mutuo odio hacia los romanos. Si intentaba ejercer algo más que una sutil autoridad sobre las demás tribus, se esfumarían

como estrellas en un cielo que se aclara. Unas cuantas docenas de guerreros muertos no supondrían ninguna diferencia en el tamaño del ejército—. ¿Cuántos hombres vigilan su campamento?

—Cuarenta. Están escondidos al lado de cada entrada. No puede salir ni una rata sin que nos enteremos.

—Buen trabajo —exclamó Arminio, pasando un brazo por encima de los hombros del pelirrojo.

—Quedan muchos miles de romanos vivos —declaró el pelirrojo—. ¿Las demás tribus cumplieron su promesa?

—También soy el portador de buenas, no, excelentes, noticias —

repuso Arminio, sonriendo—. Cuatro mil soldados queruscos han marchado hasta aquí conmigo. Los marsos están cerca, con todo su poderío. Igual que los angrivarios, los brúcteros y algunos chaucios. Los catos también han prometido ayudar, aunque quizá no lleguen antes de que hayamos masacrado a todos y cada uno de los romanos del ejército de Varo. Sin contarlos a ellos, seguimos teniendo a más de dieciocho mil guerreros en un radio de tres millas.

La expresión del pelirrojo se llenó de respeto.

—Nunca pensé que oiría hablar de tantas tribus unidas con un único objetivo. Cierto es que los dioses te han

bendecido con un pico de oro, Arminio de los queruscos. Y pensar que estuve a punto de matarte...

«Si tuvieras ni que fuera una ligera sospecha acerca del papel de mis hombres en la matanza de tus jóvenes guerreros —pensó Arminio— seguirías teniendo esa intención».

—Doy las gracias a Donar todos los días de que hayas sido lo bastante sabio como para dejarme hablar. Mi éxito se basa en gran medida en hombres como tú, al igual que el resultado final, cuando aniquilemos a las legiones de Varo y expulsemos a Roma de nuestras tierras para siempre.

Si el pelirrojo hubiera tenido cola,

entonces la habría meneado.

—¡Esto se merece un trago! Ven, hay cerveza al lado de mi hoguera. Los demás jefes de clan querrán escuchar tus noticias y preguntarte acerca de mañana.

Arminio dejó que el pelirrojo lo condujera hacia el grupo de guerreros. Estaba muy animado. Donar había tenido paciencia con él durante muchos años pero mañana por fin cumpliría su promesa.

Mañana.



Tulo se levantó al día siguiente cuando todavía estaba oscuro. Al salir de la tienda se encontró el mundo envuelto en un manto de neblina húmeda y fría. Ordenó reavivar las hogueras apagadas de inmediato. Parte del aceite que había que destruir estaba a mano, lo cual ayudó a que la leña húmeda prendiera. Para cuando sonaron las trompetas, ya se había cocinado una cantidad de carne de mula considerable para sus hombres.

Los soldados marchaban mejor con

la tripa llena que vacía, pensó con satisfacción mientras patrullaba por las filas observando el deleite con el que engullían la carne. Exhortó a todos los hombres a dar lo mejor de sí mismos ese día y ordenó a uno de cada tres que conservaran la herramienta que servía para hacer zanjas. Aquello iba en contra de las órdenes de Varo, que había dicho que se dejara atrás todo lo que no fueran armas, pero a Tulo le daba igual. Una cosa era prescindir de las pesadas tiendas de piel y del exceso de equipamiento, pero era una insensatez deshacerse de todas las herramientas con las que cavaban las defensas.

Tal como había ordenado Varo, la

XVII iba en vanguardia. Era habitual que la primera legión cambiara pero Tulo estaba de lo más descontento. Atrapado en medio de una columna de millas de largo, rodeado por ambos lados por infinidad de árboles o zonas cenagosas, él y sus soldados no tenían ni la menor idea de lo que estaba pasando. Aún peor, no tenían otra opción que seguir el barrizal que los demás iban dejando atrás. En un recoveco de la mente de Tulo, y aunque se resistiera a reconocerlo, estaba también la inquietante preocupación de que si la cosa salía realmente mal, él y sus hombres estarían atrapados. Enterró ese pensamiento lo mejor que pudo: la

resignación no le llevaría a ningún sitio. Hoy había que marchar. Sobrevivir. Proteger a sus tropas.

A pesar del malestar, al comienzo la cosa fue bien. Todos se alegraron de dejar el campamento temporal y las legiones se pusieron en marcha rápidamente. Los soldados con esposas y familia gruñeron y despotricaron aunque tenían que cumplir las órdenes de todos modos, como todos los demás. A los otros les resultó fácil dejar atrás a quienes no podían viajar rápido, incluso a los compañeros heridos en los pocos carros que se habían conservado. Sin embargo, a Tulo le alegró dejar de oír los gemidos de los bebés angustiados,

los lamentos de sus madres agobiadas y los quejidos de los hombres que sabían que los estaban abandonando a su suerte. A medida que las legiones dejaban la colina, las cortinas de humo de los carros en llamas vetearon el cielo y el ambiente se llenó del olor del aceite de oliva empleado para incendiarlos.

Sintieron un alivio inmenso al ver que no aparecían los guerreros de las tribus que los habían asediado el día anterior. Se animaron todavía más cuando los árboles fueron sustituidos por una zona de vegetación baja, similar a los terrenos que rodeaban Porta Westfalica. En terreno abierto podían acelerar el paso y pronto alcanzaron la

mitad de la velocidad que habrían alcanzado en una calzada romana propiamente dicha. Aquello suponía una gran mejora comparado con el paso de tortuga del día anterior y los hombres empezaron a cantar. Para cuando hubieron berreado las tres canciones preferidas, Tulo empezó a divertirse. Las había oído un millón de veces, pero cantadas a voz en grito seguían evocándole su juventud y las campañas en las que había participado como soldado raso de ojos bien abiertos.

Entonces el ejército se paró en seco.

Los soldados de Tulo seguían cantando pero él los hizo callar con un gesto. La parada no tenía ningún motivo

aparente, no había sonido de combate, ni oficiales que gritaran órdenes. No había hombres de las tribus a la vista a ningún lado de la cohorte. Quizás un río o arroyo les había hecho parar, aunque Tulo tenía la desagradable impresión de que en algún punto más adelante les habían tendido una emboscada.

Ordenó a sus soldados que se mantuvieran en alerta. El ambiente se tornó sombrío mientras esperaban con los escudos en alto. No ocurrió nada. Tulo bramó una pregunta a los legionarios de delante, la primera cohorte. Más allá de ellos estaban los legados y los tribunos, quienes tenían más posibilidades de saber qué estaba

pasando. Tras una breve pausa, le dijeron que tenían tanta idea como él, lo cual no mejoró precisamente su estado de ánimo.

El enemigo no aparecía. El tiempo fue pasando bajo una sucesión de aguaceros racheados y fuertes lluvias más alguna que otra visión de un sol amarillo pálido asediado detrás de las nubes perennes. Al final, Tulo ordenó a sus hombres que bajaran los escudos. No puede decirse que se alegraran pero por lo menos se quedaron más satisfechos, bebieron de los odres de agua y hablaron en voz baja entre ellos. Tulo escudriñó la zona y no encontró motivos de alarma, lo cual no evitó que

notara retortijones en el estómago como si tuviera diarrea. Le habría gustado hablar con Degmar pero no había visto ni rastro de él desde el día anterior, cuando se había ido a inspeccionar el terreno. Tulo esperaba que siguiera con vida.

Fenestela acudió en su busca con expresión avinagrada.

—¿Qué opinas, señor?

—Creo que esos bárbaros nos han tendido otra maldita emboscada más adelante. Lo único que podemos hacer es esperar hasta que la vanguardia los supere.

Fenestela mostró su acuerdo lanzando un escupitajo.

—Malditos salvajes folladores de cabras.

Tulo tomó una decisión repentina.

—Más vale que nos mantengamos ocupados, así los hombres no se preocuparán. Haz que hagan inventario de las jabalinas que nos quedan. Los hombres tienen que comprobar su equipo. —Tulo estaba a punto de añadir algo más pero se rio por lo bajo al ver la expresión sabihonda de Fenestela—. Ya sabes cómo va.

—Sí —respondió Fenestela, sonriendo complacido—. Yo diría que sí.

—Venga, largo. Infórmame cuando hayas acabado —ordenó Tulo con una

sonrisa y pensando que, pasara lo que pasase, Fenestela tenía que sobrevivir.

El mensajero tardó un rato en aparecer; sin sol era imposible calcular cuánto, pero Tulo pensó que había transcurrido menos de una hora. Estaba hablando otra vez con Fenestela e hizo una seña cuando el legionario se le acercó desde la dirección de la primera cohorte. La nariz pulposa del hombre, señal de haber recibido muchos puñetazos, le recordó algo pero hasta que no lo tuvo delante no cayó en la cuenta de dónde se habían conocido. Había sido en Vetera, la noche que Piso había ganado demasiadas partidas de dados.

—Centurión. —Nariz Rota le saludó sin demostrar que le recordara—. ¿Estás al mando de la cohorte?

—Sí. ¿Qué noticias traes?

—La vanguardia se ha encontrado problemas hace un buen rato, señor. Los bárbaros estaban esperando en otra zona boscosa. Según parece, eran miles, muchos más que ayer.

Si Varo hubiera estado allí, Tulo habría tenido que reprimir el deseo de destriparlo en ese mismo instante. «Arminio está detrás de este acto maléfico —pensó—. No me cabe la menor duda». El ceño fruncido de Fenestela puso de manifiesto que compartía su opinión.

—Continúa —le instó Tulo.

—La lucha ha sido encarnizada, señor. A las monturas de la caballería gala les ha entrado el pánico por la ráfaga de lanzas y piedras. Los galos han retrocedido y se han hecho un lío con las cohortes auxiliares, lo cual ha permitido que el enemigo atacara a discreción. Parece que casi los han aniquilado. La XVII también ha perdido a unos cuantos hombres pero al final han conseguido algún avance. Ahora esos salvajes se han retirado y las columnas vuelven a avanzar.

—¿Hay un plan de batalla? —preguntó Tulo, sabiendo que no lo habría en una situación tan desalentadora.

Nariz Rota se mostró azorado.

—El gobernador Varo ha ordenado que sigamos avanzando, a toda costa. Eso es lo que me ha dicho que te diga, señor.

—Muy bien.

Nariz Rota saludó e hizo ademán de marcharse, pero Tulo alzó una mano.

—Espera.

—¿Señor?

—¿Cómo te llamas?

—Marco Ayo, señor —respondió.

«Es él», pensó Tulo.

—¿Fabricio es tu centurión? —

Disfrutó viendo el desconcierto de Ayo al ver que disponía de esa información

—. ¿Y bien?

—Sí, señor.

—Perdiste un par de cierres de bronce hace algún tiempo, ¿verdad? Los de los hombros de la cota de malla. — Tulo notó que tardaba en reconocerlo. El temor asomó a continuación a los ojos de Ayo.

—Cierto, señor.

—Si oigo una sola palabra acerca de que hoy los soldados de la primera cohorte no lucharon como debían o incluso que huyeron, vendré a buscarte —advirtió Tulo—. Y esta vez no serán los cierres lo que te meteré por la nariz. ¿Entendido, mamón?

Ayo asintió.

—Pues entonces lárgate e informa a

quien toque.

Tulo notó la mirada de Fenestela mientras Ayo se retiraba. Masculló una explicación rápida.

—Daría lo que fuera por estar en medio de una pelea en una taberna en vez de dirigirnos a lo que nos espera — comentó Fenestela mientras las trompetas que iban por delante anunciaban el avance.

—Sí, eso estaría mejor. —Tulo lanzó una mirada sombría al cielo, que estaba más negro que nunca. Se avecinaba más lluvia, acompañada de rayos y truenos. En aquella situación tan desoladora, ni siquiera un cínico empedernido podía dejar de pensar que

los dioses estaban enfadados con ellos, que las deidades de los hombres de las tribus, poderosas en su territorio, suponían una amenaza real para la vida de todos los hombres del ejército de Varo.

«Júpiter, el mayor y mejor —pidió Tulo—, te suplico que nos protejas ahora, cuando te necesitamos. Que tu trueno aterrorice a nuestros enemigos y tus rayos los abata, sobre todo a Arminio».

Tulo y su cohorte fueron avanzando penosamente por el barro. Iban lentos, lo cual frustraba y aumentaba la tensión

entre los hombres. Tulo tampoco era ajeno a esa sensación. Cuando había amenaza de combate, los hombres odiaban mantenerse al margen, librando una batalla perdida contra las náuseas y la necesidad constante de vaciar la vejiga o los intestinos. Sin embargo, en aquella penumbra digna del río Estigia, donde la única iluminación procedía de los destellos de los relámpagos y el estruendo de los truenos impedía escuchar la voz de un hombre a más de cinco pasos de distancia, era difícil encontrar la voluntad de luchar.

Su lento avance, en fila, recordó a Tulo la forma como un molinero vierte el trigo en una rueda de molino. En

cuanto el chorro de grano caía, no había vuelta atrás sino un descenso hacia el agujero del centro de la piedra, una oscuridad breve y que todo lo abarcaba, y luego el olvido cuando la piedra superior pasaba por el fondo y molía el trigo hasta convertirlo en harina. La imagen mareó a Tulo. Hizo caso omiso de esa sensación lo mejor que pudo y decidió concentrarse en sus soldados, en su preparación y en su estado de ánimo. La responsabilidad que tenía para con ellos era una carga pesada pero era una buena forma de concentrarse.

—No desfallezcáis, hermanos — gritaba a intervalos regulares mientras caminaba a lo largo de su centuria—.

¡En Vetera os espera vino caliente!
Pagaré la primera ronda, para toda la
cohorta. ¡Pensad en eso mientras
marcháis!

A Tulo no le acababa de gustar
llenar el ambiente de palabras inútiles
pero le dio la impresión de que
reconfortaban a sus hombres. Tenían la
expresión recelosa, temerosa y muchos
rezaban en voz alta o frotaban los
amuletos en forma de falo. No obstante,
él iba asintiendo o meneando la cabeza,
como si quisiera decir: «Todavía no
estamos acabados».

Al final se acercaron a los árboles
donde se había producido la última
emboscada. Hacía rato que se oía el

sonido de la lucha —gritos, chillidos, el choque de armas—, incluso a pesar de los truenos. Todas las miradas estaban fijas al frente. Se frustraron al darse cuenta de que prácticamente lo único que veían era la parte posterior de la primera cohorte. Los únicos hombres con un campo de visión más amplio eran los de los extremos derecho e izquierdo; no paraban de describir a gritos lo que veían para responder a las preguntas de sus compañeros. Tulo no hizo nada para evitarlo. La información, por poca que fuera, equivalía a poder. Daba a los hombres que se sentían impotentes la idea de que tenían cierto nivel de control sobre lo que estaba ocurriendo.

Cuando no estaba dando órdenes, Tulo también miraba a lo lejos, donde las figuras que corrían resultaban visibles desde ambos lados de la columna. Supuso que eran hombres de las tribus que atacaban y se retiraban. «¡Que estén pronto al alcance de mi espada! —rogó—. ¡Que acabe de una vez esta puñetera espera!».

A doscientos pasos de los árboles, Tulo se quedó tan asombrado como todos los demás cuando les cayó encima otra emboscada. Entre fuertes gritos, varios grupos de guerreros se alzaron de entre la vegetación a ambos lados de los soldados. «Los cabrones estaban esperando aquí y nos han dejado pasar

de largo a miles», pensó Tulo alarmado. Estaban cerca, peligrosamente cerca. Su escondrijo estaba a unos treinta pasos, la vegetación de helechos, juncos lanudos y el romero de pantano que crecía allí apenas los separaba del camino y de la columna romana. Barbudos y ataviados con ropa oscura, blandiendo escudos y espadas, atacaron como una muchedumbre embarrada y desorganizada. El *barritus* sonó desde el centro, como el aullido de los demonios del Hades.

¡HUUUUUUMMMMMM!

¡HUUUUUUMMMMMM!

El cántico no alcanzó el volumen del día anterior —no había suficientes

hombres— pero el efecto fue el mismo. Los soldados de Tulo, que tenían vivo el recuerdo de lo que les había pasado a sus compañeros, se amilanaron ante aquel ataque inesperado. El miedo supuraba de su interior como el pus de un absceso sajado, y la formación flaqueó.

Tulo perdió la noción del tiempo. Dirigió la mirada a izquierda y derecha, detrás de él, y captó una serie de imágenes al azar: el terror reflejado en el rostro de un legionario que estaba cerca; otro hombre que había soltado el escudo; un tercer hombre que había caído de rodillas y parecía estar pidiendo clemencia a los dioses.

Fenestela iba repartiendo golpes con la hoja de la espada en la espalda de sus soldados, bramándoles que formaran una fila a ambos lados. Un imbécil había roto filas y corría hacia los germanos, desarmado. En momentos como aquel se perdían o ganaban las batallas. Si sus legionarios no se mantenían firmes entonces, los masacrarían.

Tulo estaba encolerizado. «No pienso morir aquí, joder —pensó—. Aquí no. Ahora no. Hoy no».

—¡MIRAD A LA IZQUIERDA! ¡MIRAD A LA DERECHA! ¡ALZAD LOS ESCUDOS! —bramó—. ¡FORMACIÓN CERRADA!

Giró hacia la derecha, dio un empujón al hombre que tenía delante y

rezó para que los legionarios que estaban detrás hicieran lo mismo o acabaría con una lanza clavada en la espalda. Los hombres de las tribus estaban cerca, a apenas veinte pasos. Tulo veía cómo enseñaban los dientes, el sudor que les perlaba la frente, los extremos afilados de sus *frameae*. Era arriesgado, pero:

—¡PILA! ¡YA!

No todos los soldados armados con jabalinas oyeron su orden ni respondieron a tiempo, solo algunos. Una modesta lluvia de astas salió de las filas romanas. Como estaban tan cerca, todas alcanzaron algo. Un hombre, un escudo, daba igual, pensó Tulo. La

ráfaga contuvo ligeramente la carga de los guerreros, lo cual era vital. El *barritus* se interrumpió durante unos instantes y Tulo aprovechó para gritar:

—¡DESENVAINAD LAS ESPADAS Y RESISTID!

Los hombres de las tribus no tenían ni un pelo de tontos. Ganaron velocidad y mantuvieron la cohesión. A menos de doce pasos por fin se separaron, el *barritus* sustituyó los gritos de odio. Cuatro de ellos fueron a por Tulo, sin duda porque llevaba el casco con penacho, o tal vez porque era el último de la fila. Le entró el pánico. Si iban con sigilo y atacaban entre las dos filas, sería el fin.

—¿HAY ALGUIEN DETRÁS DE MÍ? —
gritó.

Los síes que oyó como respuesta le supusieron un gran alivio. Todavía había algunos hombres desperdigados, los que habían estado en la columna de seis de ancho.

—¡HACIA DELANTE! ¡CERRAD EL HUECO! —bramó Tulo sin mirar si obedecían.

De vuelta a los enemigos. Dos hombres en la flor de la vida, hombro con hombro, los dos con lanzas, uno con un escudo hexagonal pintado de rojo y azul y el otro con el pelo recogido en una especie de moño en un lado de la cabeza. Un joven con la cara picada de

viruela, una túnica basta y armado tan solo con un garrote. Y el más peligroso de todos, un hombre fibroso de una edad similar a la de Tulo, armado con un escudo con el borde de hierro y una espada de aspecto peligroso.

—Encárgate del garrote —ordenó al legionario que tenía a la derecha.

—¡Sí, señor! —El soldado lanzó insultos al joven para llamarle la atención.

Tulo agachó la cabeza hasta situar los ojos a la altura de la parte superior del *scutum*. Se dio cuenta de que los dos que iban con la lanza le alcanzarían primero, mientras que el hombre mayor se quedaba rezagado, aguardando su

oportunidad. Los dos guerreros se le acercaron bramando como toros enfurecidos. ¡Puñalada! ¡Puñalada! Embistieron con las lanzas al mismo tiempo. Tulo dobló las rodillas, oyó que una lanza le pasaba silbando por encima de la cabeza y notó que la otra se le clavaba en el escudo. El golpe le hizo desplazarse hacia atrás; de no ser por el soldado que estaba detrás, que lo contuvo con el *scutum*, se habría caído. Tulo se levantó haciendo fuerza con los muslos, miró y hundió el *gladius* en el vientre del guerrero que le había clavado la lanza en el escudo. Actuó con precisión y exactitud. Se lo clavó, el ancho de una mano, lo retorció un poco

y lo extrajo. El hombre cayó mientras la túnica se le iba manchando de sangre y gritaba como un bebé al que retiran la teta antes de tiempo.

La lanza que colgaba del *scutum* de Tulo lo hacía poco manejable e imposible de sostener. No obstante, no tenía otro remedio porque el otro guerrero armado con lanza dirigía el arma a la cabeza de Tulo. El hombre mayor también se les había unido, blandiendo la espada adelante y atrás en un intento por encontrar un hueco en las defensas de Tulo. Con un dolor intenso en los músculos del brazo y desesperado, Tulo lanzó el escudo directamente al hombre de la lanza. Hizo

lo que siempre les decía a los reclutas que no hicieran y rompió filas y dio un salto hacia los guerreros, para aprovecharse de su confusión. El hombre de la lanza, que intentaba apartar el escudo de Tulo, ni siquiera lo vio venir. Tulo utilizó el hombro izquierdo para darle un golpe al hombre en el pecho, que le hizo caer hacia atrás. Tulo también golpeó en el diafragma desde el lado al guerrero de mayor edad. Él tampoco se esperaba el ataque de Tulo pero sin embargo consiguió esquivarle y evitar una herida mortal. El *gladius* acabó rasgándole la parte posterior de la túnica y no le dejó más que un hilo de sangre en el costado.

Profirió un silbido de dolor indignado.

Tulo se dio la vuelta hacia el hombre que había golpeado y consiguió clavarle la hoja en la parte inferior de la pierna y luego se retiró lo más rápido posible de cara todavía al enemigo. El guerrero mayor le siguió, como un gato a un ratón, y Tulo pensó: «Estoy acabado. Por mi culpa». Se hicieron amagos el uno al otro, lucharon y entonces, para el inmenso alivio de Tulo, el legionario que había estado a su derecha avanzó un par de pasos, profiriendo insultos, y obligó a los hombres de las tribus a retirarse.

Tulo recuperó su puesto en la fila, pidió un escudo y le dieron uno desde

atrás. No tuvo tiempo de dar las gracias al legionario que le había salvado ni de calibrar qué tal iban los demás soldados porque los guerreros volvían a atacar. Eran un tercio menos de los que habían sido, pero eso no les impedía avanzar. El guerrero mayor a quien Tulo había herido se contaba entre ellos. El hombre al que había herido en la pierna también estaba allí, lo cual ponía de manifiesto su valentía.

—¡ROMA! —gritó Tulo—. ¡ROMA!

Resultaba alentador que sus soldados respondieran con tanta fuerza y en tal número.

Tulo abatió al hombre de la pierna herida con la primera estocada pero,

mientras tanto, el guerrero mayor aprovechó para matar al legionario que tenía a la derecha. Con un grito animal, el guerrero dio un salto y ocupó el hueco que había dejado el soldado muerto. Varios hombres de las tribus hicieron lo mismo. Tulo tuvo la suerte de no tener a nadie delante porque, de lo contrario, lo habrían matado cuando se volvió a medias, dejó desprotegido el flanco izquierdo y clavó la espada en el primer cuerpo que vio, el de un guerrero que vestía una túnica azul marino. Miró desesperado a la izquierda, donde seguía sin haber nadie, y mató a un segundo hombre de la tribu.

Unas fuertes pisadas le hicieron

mirar al frente otra vez y se enfrentó primero a otro guerrero armado con un garrote y luego a un mozalbete tan delgado como su propia *framea*. Como imaginaba que los enemigos que habían roto las filas romanas le asestarían un buen golpe desde atrás, Tulo se puso al límite. Asestó una estocada salvaje en el vientre del guerrero del garrote y luego fue a por el mozalbete, que cayó en el viejo ardid de una finta en la cara con el escudo sin esperarse que Tulo le clavaría el *gladius* en el cuello. Con los dos contrincantes muertos o moribundos, Tulo tuvo un momento para recuperarse. De repente notó el dolor intenso que le envolvía el pecho, las dificultades para

respirar, el alivio por seguir con vida y no estar muerto.

No tenía más guerreros delante. Los demás parecían batirse en retirada. Tulo miró por encima del hombro y no vio a ningún hombre de las tribus, solo el rostro sudoroso, ensangrentado y sonriente de los legionarios.

—¿Están todos muertos?

—Sí, señor —repuso un veterano que llevaba con Tulo casi tanto tiempo como Fenestela—. O de camino. —Su cabeza desapareció de la vista, se oyó un gruñido, un gemido interrumpido y volvió a aparecer—. Ese era el último, señor.

—Buen trabajo. —Tulo lanzó una

mirada a la izquierda, donde la primera cohorte seguía marchando. Le entraron las prisas. Tenían que seguir avanzando si no querían quedarse rezagados. Miró a la derecha, a lo largo de la fila. El corazón se le llenó de orgullo. No tenía ni idea de cuántos de sus soldados habían perecido, pero habían resistido. ¡Habían tenido cojones para resistir!

—¿Vamos a por ellos, señor? — preguntó una voz.

Tulo contempló a los guerreros restantes, que se marchaban a toda prisa hacia el bosque. En otras circunstancias, en otras batallas, quizás habría optado por eso, pero no ese día. No le cabía la menor duda de que habría más guerreros

acechando entre los árboles, y ellos jugarían con ventaja en aquel lugar confinado y difícil.

—Dejemos que esos mamones se marchen. Ocupaos de los heridos; tratadlos si podéis. Quitad a los muertos cualquier pieza del equipo que necesitéis y rápido. Nos vamos enseguida.

Tulo recorrió la fila repitiendo las órdenes, calibrando las pérdidas y el estado de ánimo de sus soldados. Estaban ensangrentados y magullados. Seis de ellos no podrían salir de ahí y casi una docena tenía heridas de distinta gravedad. Eran pérdidas graves para un choque en una batalla que continuaba,

pensó Tulo, sobre todo si se habían repetido por todo el ejército. Sin embargo, la preocupación en aumento que sentía quedó contrarrestada por las amplias sonrisas que le dedicaron sus hombres y la promesa de que estarían listos para marchar en cuanto se ocuparan de los heridos.

Llegó a la conclusión de que, de un modo u otro, habían superado la prueba.

No obstante, Tulo no acababa de librarse del desasosiego cuando retomaron la marcha. Por el camino encontraron grupos de legionarios muertos —las bajas de la primera cohorte—. Los compañeros habían arrastrado a muchos a un lado, pero los

oficiales de la unidad tenían prisa por avanzar. Eso implicaba que Tulo y sus soldados debían apresurarse y, en muchos casos, dejar atrás los cadáveres embarrados y ensangrentados y, lo que es peor, a quienes todavía no habían sucumbido a sus heridas. La necesidad de comportarse así desanimó a los hombres de Tulo como un cubo de agua que se vacía sobre los rescoldos de una hoguera.

En vez de pronunciarse, Tulo ahorró saliva; más tarde tendrían necesidad de recuperar los ánimos, cuando el enemigo volviera a atacar. No dejaba de pensar en Arminio: cuando se habían conocido, cómo había encandilado a todo el

mundo, sobre todo a Varo. Era un hombre inteligente, un guerrero curtido en muchas batallas y un gran líder. No atacaría a una fuerza de tres legiones, ni siquiera con una emboscada, a no ser que tuviera un ejército a su mando. Era posible e incluso muy probable que los guerreros que les habían atacado hasta el momento no fueran sino una pequeña porción del ejército de Arminio. El resto estaba en el bosque que tenía delante.

Por donde tenían que pasar.

«Maldito sea Arminio por ser un cerdo traicionero», pensó Tulo, deseando estar de vuelta en Vetera, seco, caliente y a salvo.

En aquel momento, le pareció tan lejano como la luna.



Tulo no estaba contento. El terreno empezaba a ser un poco empinado y, aunque el camino no conducía directamente a lo alto de la colina, colocaba a sus hombres en una posición en la que podían ser atacados desde arriba. Como era de esperar, enseguida les cayó una buena ráfaga de piedras y *frameae*. Su cohorte y la primera, la única unidad que parecía estar con ellos a esas alturas, tuvo que repeler un fuerte ataque de cientos de nuevos guerreros.

Los escudos que llevaban estaban decorados de forma distinta que los atacantes anteriores, señal inequívoca de que pertenecían a otra tribu, lo cual reafirmó su convicción de que Arminio había reagrupado a más hombres aparte de a los de su propia tribu.

Tulo no tardó en perder a tres hombres en el enfrentamiento y en tener casi el doble de heridos; pérdidas que se repitieron más o menos por toda la cohorte. En cuanto el enemigo se hubo retirado, los romanos habían continuado la marcha, pues no tenía sentido perseguir a los guerreros. Los muertos se habían quedado donde estaban; los más afortunados de entre ellos con una

moneda en la boca que algún compañero le dejara a toda prisa. Tulo y sus hombres, desolados pero resueltos, avanzaron con dificultad por entre el barro, el viento y el aguacero constante.

A saber qué hora era, la mañana seguro que había pasado pero las nubes de tormenta reducían su mundo a una penumbra gris y preñada de lluvia, que impedía ser más concreto. Habían recorrido seiscientos pasos quizás y a su derecha el bosque empezó a perder densidad. Al principio no fueron más que unos cuantos huecos entre los árboles pero tras otros seiscientos pasos, durante los que no fueron víctimas de ningún ataque, el bosque se

acabó. A Tulo le entraron ganas de celebrarlo, pues el terreno abierto implicaba que estarían a salvo de ataques por lo menos desde uno de los flancos.

Sus esperanzas enseguida quedaron truncadas.

—Es una ciénaga —dijo a Fenestela, que había acudido a informarle de los heridos—. El cabrón de Arminio es incluso más listo de lo que me pensaba al haber escogido este lugar para atacarnos.

Los dos se pusieron a mirar deseando que Tulo estuviera equivocado, pero no cabía la menor duda. Después de doscientos o

trescientos pasos de matorrales y tras unos cuantos arbustos, el perfil del terreno cambiaba. Las zonas de brezo y helechos se sucedían unas tras otras hasta donde alcanzaba la vista. Entre ellas había incontables orejuelas de arroyo y las inconfundibles flores amarillas del epimedio, plantas que crecían cerca de zonas húmedas y cenagosas. Un urogallo profirió un tintineante chillido de resentimiento como si quisiera dejarlo claro.

Las implicaciones de lo que veían les quedaron claras con más rapidez que la velocidad de una piedra que se arroja a un pozo. Donde había árboles, el terreno era sólido. Un lugar malo para

luchar pero no imposible. Los hombres podían correr al bosque llegado el momento. Pero ¿una ciénaga?

Fenestela carraspeó y escupió un buen pedazo de flema al barro.

—Esto para ti, Fortuna, eres una vieja puta traicionera.

Cualquier otro día, Tulo, por muy cínico que fuera, le habría reñido por tal blasfemia. Sin embargo, en ese momento añadió más leña al fuego con otro buen escupitajo.

—Esa arpía demacrada está de malas con nosotros, de eso no me cabe la menor duda, joder.

Fenestela bajó la voz un poco más para que los soldados que marchaban a

su lado no le oyeran, aunque estaban todos absortos en su propia desgracia y no parecían darse cuenta de la ciénaga que les esperaba.

—¿Qué podemos hacer?

Tulo lanzó una mirada de reprobación a su *optio*.

—Sabes la respuesta tan bien como yo.

El relámpago que cayó justo encima de sus cabezas fue incluso más estruendoso que el anterior.

Los cielos se abrieron y dejaron caer un fuerte diluvio. Realmente parecía que los dioses se burlaban de

ellos. Los soldados que marchaban profirieron una serie de gemidos, fruto del agotamiento, la resignación y el desespero. Mojarse tenía un límite, pensó Tulo, pero los ánimos podían decaer y decaer hasta hundirse en el mismísimo barro. En ese momento, sintió que sus ánimos estaban por los suelos.

Era imposible decidir qué le desesperaba más. La preocupación persistente de sufrir un ataque, la posibilidad de perder a todos sus hombres, o de morir él. La idea de que el adivino de ojos desorbitados de Mogontiacum hubiera estado en lo cierto tantos años atrás. El fango marronáceo

que le chapoteaba entre los dedos de los pies a cada paso y la arenilla que no dejaba de entrarle en las botas abiertas por delante. El dolor punzante que sentía en la espalda y el de la pantorrilla, a causa de una herida antigua. El contacto con la lana fría y empapada rozando la piel que le chupaba la energía y que el viento penetrante empeoraba todavía más. El peso cada vez más cargante de la armadura. El hecho de que el escudo, listo para el combate en el puño izquierdo en vez de colgado a la espalda, parecía haberse convertido en un trozo de plomo por arte de magia. El pellizco en la piel que le causaba el mango de la espada al oscilar cada vez

que movía el brazo. El recorrido exasperante que seguía la lluvia desde el borde del casco hasta su frente, para acabar en los ojos que le escocían del sudor.

«Maldita sea —pensó Tulo—. A la mierda con este sitio húmedo y deprimente. A la mierda esta gente y sus costumbres bárbaras. A la mierda el tiempo. A la mierda el bosque. A la mierda el barro apestoso. A la mierda con Varo por ser un idiota y estar tan ciego. Y, sobre todo, a la mierda con Arminio por ser un capullo traicionero».

El hecho de despotricar para sus adentros le hizo olvidar la desdichada situación durante unos doscientos pasos.

Luego retomó la rutina entumecedora. Colocar un pie delante del otro, seguir el ritmo adecuado para mantenerse cerca de la primera cohorte. Secarse la lluvia de la cara. Mover la empuñadura de la espada, otra vez. Sujetar el extremo del escudo con la mano derecha a lo largo de veinte pasos, para descargar el peso que llevaba en el hombro izquierdo. Observar los árboles que tenía a la izquierda por si había rastro del enemigo y luego a sus hombres con la misma intensidad para calibrar su estado de ánimo. Soltar un gruñido a los rezagados para que espabilaran; lanzarle un grito a Fenestela para saber qué se cocía detrás de él.

Repetir el mismo proceso una y otra vez. Una y otra vez. Y una vez más.

Tulo arrastró así a su cohorte una milla más.

El ataque siguiente fue como un mazazo, mucho peor que los anteriores.

Por muy veterano y astuto que fuera, a Tulo le pilló por sorpresa. Igual que a sus soldados. ¿Quién iba a prever que los hombres de las tribus habían construido unos terraplenes enormes, protegidos con vallas de mimbre y ramas cortadas, detrás de las cuales se esconderían miles de ellos? Pues era exactamente lo que habían hecho, lo que Arminio, el genio, les había hecho hacer.

En un momento dado Tulo iba

avanzando penosamente, medio contando los pasos, medio escuchando los chistes verdes que contaban en la fila que tenía detrás y al cabo de un instante el mundo se llenó otra vez del sonido detestable del *barritus*. Se quedó atónito al ver aparecer varios grupos de guerreros a su izquierda que cargaban directamente contra sus asombrados soldados. Aparecieron más y más hasta que hubo cientos de enemigos que salían de unos huecos que, según advirtió Tulo demasiado tarde, era un terraplén artificial entre treinta y cuarenta pasos en dirección al bosque.

No había nada a su derecha, aunque fuera una ciénaga, Tulo volvió a

comprobarlo, lo cual ya era algo.

—¡ALTO! ¡MIRAD A LA IZQUIERDA!
¡FORMACIÓN CERRADA! —bramó. La voz se le quebró por el esfuerzo. Ya se estaba abriendo paso a empujones para colocarse a la derecha de la primera fila —. ¡COLOCAD A LOS HERIDOS DETRÁS! ¡RÁPIDO!

En esta ocasión, a pesar de ser menos hombres, pudieron formar una fila decente y lanzar los *pila* antes de que el enemigo estuviera al alcance del *gladius*. La escasez de jabalinas hizo que la ráfaga afectara poco al ataque en masa. Aproximadamente una docena de hombres de las tribus acabaron echándose hacia atrás y empujando a sus

compañeros, pero el resto siguió atacando sin pausa alguna, con las armas alzadas y gritando para demostrar el odio que sentían. Cinco guerreros desnudos iban en cabeza con el cuerpo embadurnado a franjas blancas y azules. En la cabeza de Tulo se disparó una alarma. Se había enfrentado en otras ocasiones con ese tipo de *berserkers* y sabía lo peligrosos que podían llegar a ser. Sus expresiones histéricas, gran envergadura física y la falta absoluta de miedo, por no hablar de su desnudez, infundían pavor. Encima no los iba a tener cerca de sus filas.

Tulo actuaba sin pensar. Colocó al legionario que iba detrás de él en su

puesto de un empujón y entonces se dirigió hacia la parte posterior de la formación. Debido a las bajas, los soldados solo estaban en fila de dos, lo cual resultaba desgarrador. Los heridos que no podían luchar, casi una veintena, daban una imagen patética. Los que podían sentarse erguidos se apoyaban los unos en los otros, armados con puñales y espadas, pero el resto estaban en el barro, empapados de orines, con las heridas sangrantes y gimiendo de dolor.

Tulo hizo caso omiso de la amarga realidad y se obligó a ir a paso de trote.

—¡CONTENED A ESOS HIJOS DE PUTA! —gritó una y otra vez—.

¡RESISTID!

A medida que se acercaba al centro seguía mirando por encima del hombro de sus hombres, para ver si veía a los *berserkers*.

Notó un sabor ácido en la boca cuando se dio cuenta de que no iba a llegar a tiempo al lugar en que atacaban la fila. Tulo pensó que Fortuna todavía no había acabado con él, al imaginar la sonrisa despiadada de la diosa mientras echaba los dados y le salía un doble seis imbatible. Si los *berserkers* se abrían paso, la batalla se convertiría en una matanza. Teniendo en cuenta que sus soldados ya estaban desmoralizados y se enfrentaban a más guerreros que antes,

romperían filas y huirían... hacia la ciénaga, donde acabarían abatidos o ahogados. Tulo apretó la mandíbula, consiguió acelerar el paso ligeramente y luego un poco más. En los instantes siguientes su vida iba a estar en juego, pero era un precio justo que pagar si podía evitar una huida a gran escala.

Se oyeron gritos enfurecidos y luego un choque ensordecedor. Los *berserkers* habían alcanzado a los legionarios que esperaban. Sus compañeros, que estaban ligeramente retrasados, mostraron su aprobación a gritos. Tulo, que seguía en la parte trasera, y a diez pasos del lugar del choque, veía perfectamente lo que sucedía. La fuerza con la que atacaron

los guerreros desnudos hizo retroceder a las dos filas romanas un par de pasos. Los gritos de cólera y terror competían con el sonido del hierro contra el hierro y los chillidos de los hombres. El ambiente se llenó del olor acre de la sangre, mezclado con sus acompañantes inevitables: orines y excrementos. Tulo oyó que un hombre vomitaba. El apremio se multiplicó. Todas las señales estaban ahí. En unos instantes sus peores temores quedarían confirmados. Así de rápido se inclinaba la balanza hacia uno u otro lado en una contienda.

El instinto y la experiencia que tenía en la batalla impidieron que Tulo intentara abrirse camino a empujones

hacia lo que quedaba de la formación de sus soldados. Ahí no había más que locura, pánico y hombres tan apretujados que era imposible empuñar una espada. Era una decisión despiadada, por culpa de la que algunos de sus soldados morirían, pero no se le ocurría nada más. Tulo se preparó, pidió ayuda a Marte, se apartó un poco de las filas que se balanceaban y alzó escudo y espada.

Un aullido de agonía, el grito desesperado de un compañero y un legionario que cayó hacia atrás desde la fila y se le vino encima. Le brotó sangre de la herida profunda que tenía en el cuello y enrojeció las placas de la

armadura. Se oyó un grito triunfante y el *berserker* que le había matado dio un salto hacia delante para situarse por encima de su víctima, apuntándole con la lanza para asestarle otro golpe.

Tulo le apuñaló una y otra vez antes de que el hombre se diera cuenta siquiera de que había alguien ahí. Tulo retiró la hoja lo más rápido posible, y volvió la cabeza para que el chorro de sangre no le salpicara la cara. Retrocedió arrastrando los pies y esperó.

Otro legionario murió de un modo similar al cabo de unos instantes. Igual que su asesino, a manos de Tulo. Repitió esa sencilla maniobra también con el

tercer *berserker* y empezó a pensar que quizá conseguiría lo imposible, pero los dos últimos atacaron a sus hombres a la vez. Tulo consiguió herir al *berserker* más cercano en el brazo izquierdo, pero no en el que empuñaba la lanza. El *berserker* fue a por él como un perro rabioso, enseñándole los dientes y gritando de dolor —¿o acaso era desprecio ante el esfuerzo de Tulo?—, y empujando la lanza hacia la cara y el escudo de Tulo. Este retrocedió, con la cabeza lo más cubierta posible por el *scutum*, y advirtió alarmado que el compañero del *berserker* estaba a punto de atacarle por detrás. Se armó de resignación. Lo había hecho bien,

teniendo en cuenta la edad que tenía, pero morir con una herida en la espalda era una forma muy poco honrosa de acabar sus días.

¡Bum! Tulo tuvo que olvidarse de su segundo enemigo cuando la lanza que el primer *berserker* le clavó en el escudo le obligó a retroceder un paso. Incluso con una sola mano, el hombre era fuerte como un oso. El extremo de hierro afilado atravesó las capas de madera y chocó contra la cota de malla a la altura del esternón. Se tambaleó a pesar de conseguir mantener bien sujeto el escudo. Cuando el *berserker* intentó arrancar la lanza, Tulo respondió empujando hacia delante con fuerza. El

guerrero se llevó una buena sorpresa cuando el impulso de Tulo le hizo girar hacia un lado. El movimiento hizo que Tulo estuviera lo bastante cerca para clavarle la espada en un lado del pecho. El hierro rechinó contra las costillas y luego el hueso ya no opuso resistencia cuando la hoja lo convirtió todo en picadillo.

El *berserker* murió al instante pero de alguna manera hizo acopio de fuerza suficiente para soltar la lanza y golpear a Tulo en la cabeza. El golpe le dio en el casco y le hizo ver las estrellas, a pesar del revestimiento de fieltro que le protegía el cráneo.

—¡Muérete de una vez! —gritó, al

tiempo que le clavaba la espada hasta tocar la carne con la empuñadura. Con un estremecedor grito ahogado y un reguero de espuma rosácea entre los labios, el hombre hizo lo que le pedía. Se despegó de la hoja de Tulo al caer.

Tulo dio un respingo al recordar al segundo *berserker*. ¿Por qué no estaba muerto? El guerrero había tenido tiempo más que suficiente para matarle. Volvió la cabeza y no vio a nadie durante unos instantes. Giró sobre sus talones y quedó asombrado al ver al segundo *berserker* caído boca abajo, con el pecho palpitante, casi a sus pies. Lo habían dejado lisiado de una pierna y en la otra le habían hecho un corte con una espada.

Detrás de él, dos de los legionarios heridos sonrieron como idiotas a Tulo, que se fijó en los *gladii* ensangrentados y rio con una mezcla de alivio y orgullo.

—Os lo agradezco —dijo.

Tulo les dejó que acabaran con el *berserker*. Recogió un escudo suelto y fue a llenar un hueco en la fila de sus soldados. Sus hombres casi habían conseguido cerrarla, pero no del todo. Tulo llegó en un buen momento y le encantó ver la alarma que su aspecto, con el casco con penacho puesto y bramando como un loco, causaba entre sus atacantes. Hacía un momento estaban atacando por el hueco que habían formado sus compañeros *berserkers*,

pero ahora lo ocupaba un centurión con pinta de loco.

—¡RESISTID, HERMANOS! —gritó Tulo—. ¡MANTENEOS JUNTOS!

A partir de aquel momento, el mundo de Tulo se convirtió en un túnel. Perdió toda noción del tiempo, la ubicación, el dolor que sentía en el cuerpo, cualquier otra cosa que no fuese el hombre que tenía a algún lado y el puñado de guerreros que tenía delante. Era mortificante ver que, a pesar de la muerte de los *berserkers*, los hombres de las tribus seguían atacando. Seguro que ese hecho les había minado la confianza, pensó Tulo, que obligó a sus músculos doloridos a seguir trabajando.

«Mantén el *scutum* alzado —pensó—. Elige un objetivo. Que se acerque. Agáchate, repele el golpe con la parte delantera del escudo o con el borde. Embiste ni que sea sin mirar. Clava la hoja, nota cómo la víctima intenta escabullirse en vano, oye sus gritos. Extrae la hoja, nota el manto de sangre en el antebrazo, asómate por encima del escudo para ver cómo cae tu oponente. Mira a ambos lados, comprueba que tus compañeros siguen con vida y luchan. Acércate a alguno. Grita a tus hombres que resistan, que se mantengan unidos. Brama el desafío a los hombres de las tribus, profiere los insultos que se te ocurran en germano y en latín. Parpadea

para quitarte el sudor que te entra en los ojos».

Así fue como Tulo mató a dos guerreros y compartió otro muerto con el soldado que tenía a la derecha, que había apuñalado a su contrincante a la vez. A esas alturas, respirar era una agonía y todos los músculos le temblaban del agotamiento. Por patético que pareciera, agradeció profundamente que los guerreros se retirasen sin previo aviso. Observó, jadeando y rezando a Marte para sus adentros, cómo se internaban al trote en el bosque y tras el terraplén, que tan bien les había ocultado. Los heridos y moribundos se quedaron atrás, y a Tulo le satisfizo ver

que no eran pocos. De todos modos, estaba preocupado. Sus bajas y las que había sufrido la cohorte y el ejército en general eran mucho más numerosas. No podían seguir perdiendo hombres de aquel modo.

No obstante, por el momento habían ganado algo de espacio para recuperarse. Tulo bajó la espada y dejó que el escudo cayera al suelo. Sintió cómo la lluvia, más suave entonces, le resbalaba por el rostro y lo agradeció. Respiró hondo y cerró los ojos contando hasta cinco. Diez. Por descabellado que pareciera en aquel lugar sangriento y lleno de muerte, le entró sueño. Tulo hizo acopio de la energía que le quedaba

y se obligó a separar los párpados pegajosos.

—¿Heridos? —preguntó a los soldados de cada lado. Uno estaba bien; el otro tenía una herida abierta en la mejilla izquierda pero aseguró que podía seguir luchando.

Sin dejar de mirar constantemente hacia los árboles, Tulo marchó hasta el final de la centuria para calibrar el número de bajas. Para su gran alivio, no eran tantas como podían haber sido. Habían muerto cinco —¡solo cinco!— legionarios y otros dos morirían en el plazo de unas horas. Otros seis hombres presentaban heridas leves. Por graves que fueran esas pérdidas, el ataque de

los *berserkers* podía haber acabado con todos. Le alegró sobremanera ver que Fenestela seguía con vida: estaba manchado con la sangre de otro hombre, tenía un corte en el cuello pero, por lo demás, estaba ileso. Tulo le dio un fuerte abrazo.

—Ya me he enterado de lo que les has hecho a esos cabrones desnudos, señor —dijo Fenestela con una sonrisa cuando se separaron. El respeto se reflejaba en sus ojos—. Hay pocos hombres capaces de hacer tal cosa.

—Estaba convencido de que era hombre muerto. Eso ayudó, seguro —reconoció Tulo, encogiéndose de hombros—. Marte ha sido bueno

conmigo. Igual que un par de hombres heridos, que lisiaron al último hijo de puta. De no ser por ellos, no estaría aquí. —La vista se le nubló durante unos instantes y se tambaleó.

—¿Estás bien, señor? —preguntó Fenestela, que le ayudó a mantener el equilibrio.

Tulo enderezó la espalda, hizo una mueca de dolor y se quitó de encima la mano de Fenestela.

—Sí, no me queda más remedio. ¿Hay algo para beber? Estoy seco, joder.

Fenestela pidió un odre de vino.

Un poco más vigorizado tras varios tragos de vino sin diluir, de la

Campania, por lo que parecía, Tulo mandó decir a las demás centurias de la cohorte que tenían que tratar con rapidez a los heridos y prepararse para la marcha. El mensajero no regresó con buenas noticias. Tres de los centuriones de Tulo informaron que habían perdido a la mitad de sus efectivos. Un cuarto centurión estaba muerto y el último no viviría ni una hora más. Maldiciendo el retraso que aquello produciría, y con la primera cohorte que ya se movía en la parte delantera, Tulo ordenó a las centurias mermadas que se unieran, formaran dos a pleno rendimiento y que lo hicieran con rapidez.

Después de eso y durante un tiempo,

dio la impresión de que Fortuna dirigía su mirada caprichosa hacia otro lugar y dejó que Marte protegiera a Tulo y sus soldados con su escudo. La tormenta amainó y la lluvia se convirtió en llovizna. Incluso había algún atisbo de sol por entre los huecos de las nubes. Se formó el arcoíris y su belleza supuso un contraste radical con el baño de sangre que había a ras de suelo. Desde algún lugar del páramo situado más allá de la ciénaga se oyeron los aullidos y trinos solitarios de los zarapitos. Cuando la única señal de los hombres de las tribus fue las cabezas que asomaban por encima del terraplén, los soldados de Tulo se reagruparon y se pusieron en

marcha.

Cuando llegaron a la altura de la primera cohorte, vieron que iba a paso de tortuga. Al cabo de poco tiempo se pararon por completo. La unidad volvía a ser víctima de un ataque. Cientos de guerreros salieron en tropel desde detrás de los terraplenes germanos, amenazando con arrollar a la primera cohorte dada la diferencia de número. Corroído por la preocupación, Tulo ordenó a sus cansados soldados que fueran en su ayuda. Al cabo de un rato consiguieron abrirse paso luchando hasta la parte posterior de la unidad, aunque perdieron a dos hombres. Si Tulo había pensado que la situación

sería más fácil teniendo a otra cohorte a un lado, se equivocó. Podría haber funcionado si la primera no hubiera perdido a tantos oficiales jóvenes y centuriones, pero es lo que había pasado. Desde su posición en el extremo derecho de sus soldados, contiguo a la primera, veía cómo los legionarios de la unidad iban debilitándose como la orilla de un río socavado por culpa de una inundación de invierno.

Era poco habitual mezclar tropas de dos cohortes distintas, pero en momentos desesperados se exigían medidas desesperadas. Durante un breve intervalo de tiempo, Tulo hizo que Fenestela ocupara su puesto en la

primera fila. Acto seguido, liderando a la mitad de su propia centuria, se abrió paso detrás de la primera cohorte a lo largo de una distancia corta y hacia delante, hasta situarse en el centro de la formación trastocada. Los legionarios de rostro ceniciento y hombros caídos le recibieron con distintos grados de descrédito y de agradecimiento patético. Sin embargo, también se pusieron rectos, que era lo que Tulo necesitaba. Intercaló a sus soldados con los de la primera, a lo largo de una fila de ocho hombres de ancho, y se colocó en el medio. Cuando apareció la siguiente oleada de guerreros, los legionarios mantuvieron una defensa sólida y

repelieron al enemigo.

Hicieron lo mismo una segunda vez y causaron estragos entre los hombres de las tribus. Durante las breves pausas entre ataques, Tulo fue capaz de determinar que su cohorte también resistía. El resto de la primera, a su derecha, era harina de otro costal. Una parte de la misma se mantenía firme, pero a juzgar por los sonidos y la situación —fuertes vítores del enemigo y un ataque más intenso—, otras secciones se estaban desmoronando o incluso habían sucumbido. Empezó a plantearse si había sido buena idea reforzar la primera, pues si la situación empeoraba mucho más, los soldados que

le rodeaban también se vendrían abajo. Si sucedía tal cosa, él y sus hombres morirían. O lo que era peor, Fenestela y el resto de su centuria asediada y, posiblemente, hasta toda la cohorte perderían la vida.

Así pues, Tulo sintió un gran alivio cuando, al cabo de un tiempo, contempló a los hombres de las tribus enemigas retirándose. No habían sido derrotados, pues muchos de ellos seguían paseando con aire desenfadado y lanzando insultos por encima del hombro a los romanos, pero se estaban retirando. Supuso que querían descansar y sintió la necesidad apremiante de hacer lo mismo. Se encontraba entre la espada y la pared.

Pronto se produciría otro ataque enemigo. ¿Debía quedarse donde estaba o regresar junto a sus hombres? O incluso, se planteó Tulo, ¿debía ir más allá de esos legionarios derrotados, lejos de la posición asignada, hacia donde estaba el águila de la legión? Era imprescindible que no se perdiera el estandarte dorado, y sus hombres quizá consiguieran conservarlo. Aquella amarga constatación hizo que Tulo dejara de lado la cautela y los reglamentos del ejército.

Ordenó a los soldados de la primera cohorte que dieran lo mejor de sí mismos y reagrupó a sus hombres, tres menos de los que había liderado, para

llevarlos de vuelta a su propia unidad. Fenestela lo recibió con un alivio desbocado.

—No nos vinimos abajo, señor, pero nos faltó poco. No vamos a poder resistir demasiado tiempo.

—Si nos quedamos aquí, seremos pasto de los cuervos al amanecer —convino Tulo. Señaló—: Mirad allí. —Había visto una zona de terreno seco a su derecha, en paralelo al camino, que aumentaba la distancia entre ellos y la ciénaga. Fenestela echó un vistazo y también se dio cuenta de la oportunidad que brindaba. Sin más preámbulos, Tulo llevó a sus soldados hacia allí, rodeando a la todavía inmóvil primera

cohorte. Recibieron las miradas de descontento de los legionarios e incluso un *optio* les gritó que no debían cambiar la formación sin recibir órdenes directas de Varo, pero a Tulo le dio exactamente igual.

Resultaba difícil saber dónde estaba el centro de la primera, dado que la cohorte había perdido su formación habitual. Aproximándose lo mejor posible, Tulo regresó al camino tras unos cientos de pasos. La punzada de desasosiego que había sentido por el águila se convirtió entonces en desvelo total. El número de bajas era horrendo. Había legionarios despatarrados por todas partes, muertos, heridos y entre

dos mundos. Las filas de las unidades tenían tantos huecos que parecían una red de pescar vieja que nunca se había remendado.

Sin embargo, no todos los centuriones estaban muertos y también había portaestandartes distribuidos por entre los soldados de la unidad. Lo que preocupaba a Tulo era que eran *signiferi*, los hombres que llevaban los estandartes de las centurias. No había ni rastro, en ningún sitio, del *aquilifer* y del águila que portaba.

—¿Dónde está el águila? —bramó Tulo a un *optio* que estaba ocupándose de los heridos.

El *optio* alzó la vista. El dolor y la

vergüenza de su rostro, aparte del reguero de lágrimas que le caía por las mejillas, lo decía todo.

—Ya no la tenemos, señor. La hemos perdido.

—¿Qué? —Tulo agarró al *optio* por el brazo y le plantó la cara en las narices—. ¿Cómo?

—Eran demasiados, señor. Fueron directos a por el águila, veinte *berserkers*, por lo menos. Nuestros centuriones hicieron lo que pudieron, nos empujaron hacia delante, hacia el lado, hacia todas partes para protegerla. Murieron tres de ellos, o quizá más, por defenderla. Veintenas de soldados rasos también. Yo soy uno de los pocos

optiones que quedan. —El hombre bajó la cabeza—. Tenía que haber muerto, habría muerto si no me hubieran dejado sin sentido durante un rato.

Aturdido y tambaleante, Tulo dejó al *optio* con su desgracia. Ordenó a su cohorte que se reagrupara y fue en busca de un oficial de mayor rango con la esperanza remota de que le refutara lo que el *optio* le había contado. La pérdida del águila resultaba casi incomprensible. Los hombres hacían lo que fuera —morir, quedar incapacitados, perder una extremidad— para evitar que un símbolo tan importante cayera en manos del enemigo. Es lo que habría hecho Tulo.

No recordaba la última vez que una legión había perdido un águila. Se convenció de que el *optio* estaba equivocado.

Hizo caso omiso de las expresiones abatidas y de derrota de los legionarios cercanos, pero su fantasía duró hasta que se encontró con el centurión Fabricio, de la segunda centuria, al que conocía y del que sabía que era un hombre excesivamente diligente por no decir otra cosa. Sin embargo, en esos momentos Fabricio presentaba el aspecto de un hombre que acaba de ver cómo asesinan a su familia con sus propios ojos: expresión perdida y el rostro de un gris enfermizo. Miró a Tulo

con cara de desconcierto.

—Tú no estás en la primera.

—No, soy Tulo. Centurión veterano, segunda cohorte.

—Ah. —Fabricio bajó la mirada con desinterés y toqueteó la empuñadura de su espada con las uñas ensangrentadas.

—¿Es verdad? —preguntó Tulo—. ¿Se ha perdido el águila? —No hubo respuesta—. ¡Respóndeme! —exigió Tulo, sin preocuparle que Fabricio tuviera un rango superior al de él.

—Sí, es cierto —masculló Fabricio, incapaz de mirarle a los ojos.

—He hecho avanzar a mis hombres lo más rápido posible. Podríamos

haber... —Tulo se calló. Las palabras vanas y las promesas vacías no iban a hacer que se recuperara el águila por arte de magia. Lanzó una mirada a los terraplenes y a los guerreros que gritaban encima de los mismos—. ¿Se la han llevado ahí?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace?

—No... no sé. No hace mucho.

Los pensamientos se agolpaban en la mente de Tulo. Si reuniera a todos sus hombres y a los soldados que los rodeaban, ¿podrían avanzar y cruzar las fortificaciones enemigas? ¿Podrían recuperar el águila? Observó a los legionarios que tenía más cerca y sus

esperanzas quedaron reducidas a cenizas. Todos parecían exhaustos. Su tropa tampoco estaba en mejores condiciones. Tales hombres eran incapaces de atacar una posición elevada, contra un número mayor de enemigos, confiando en vencer, y mucho menos recuperar un trofeo que se defendería con uñas y dientes. «Arminio, eres un cabrón —pensó—. Eres un cabrón indecente e intrigante».

Tulo nunca se había sentido tan amargado. Nunca había estado tan avergonzado. Resultaba irrelevante que no estuviera presente cuando les habían arrebatado el águila: pertenecía a la XVIII. Su legión, la unidad a la que

había dedicado quince años de su vida. Su humillación era incluso mayor porque la XVII y la XIX conservaban las suyas. Si sobrevivían a aquel infierno en vida, la XVIII estaría acabada. Las legiones sin águila se disolvían.

En aquel momento Tulo estaba abrumado por la desesperación. Deseó tumbarse en el barro y dejar que el mundo se desmoronase a su alrededor.

Sus hombres eran lo único que se lo impedía.

No podía irse al Hades sabiendo que los había abandonado. Tenía que hacer que su cohorte se pusiera en marcha. Quedarse ahí equivalía a morir.

—Que los dioses te acompañen —
dijo a Fabricio.

Fabricio no podía dar crédito a sus oídos y enseguida adoptó una expresión airada.

—¿Adónde vas?

—De vuelta a mi cohorte.

—¿Y qué pasa con el águila? —
exigió Fabricio—. ¡Hay que
recuperarla!

Tulo volvió a sentir vergüenza aun sabiendo que no había nada que hacer.

—Tu incompetencia y la de tus oficiales es la principal culpable de su pérdida —gruñó.

Fabricio escupió en el barro.

—Varo se enterará de esto.

—Le contaré personalmente lo que he hecho —replicó Tulo—. Que juzgue él quién ha hecho lo correcto, no tú, imbécil. Fíjate bien en lo que te digo: si te quedas aquí, moriréis todos. No podemos enfrentarnos a estos hijos de puta, al menos no del modo que nos gustaría. Nuestra mejor opción, nuestra única opción, es seguir avanzando.

Se marchó haciendo caso omiso de las órdenes de Fabricio para que se quedara allí. «Ojalá los dioses le hagan entrar en razón antes de que sea demasiado tarde», pensó Tulo. Apartó de su mente la suerte de la primera cohorte y del águila. En aquella situación catastrófica, su cohorte era lo

primero y todos y todo lo demás quedaba en segundo plano, con diferencia. Incluido Varo. Sobre todo Varo. «Se lo dije —recordó Tulo con una furia palpitante detrás de los ojos—. Ojalá me hubiera escuchado». Pero no le había hecho caso y ahí estaban, con cientos de hombres muertos y un águila perdida, y eso entre las filas de la XVIII. A saber la suerte que había corrido el resto del ejército.

Cuando apenas había recorrido un trecho, Tulo se encontró de bruces con la cruda realidad de sus oficiales veteranos y su escolta. Ya fuera porque

el enemigo se había dado cuenta de la cantidad de oficiales que estaban juntos —legados, tribunos y prefectos auxiliares— o por el hecho de que solo les protegía una cohorte, el ataque parecía haber sido incluso más virulento que el que habían dirigido contra sus soldados. Más de doscientos legionarios habían sido masacrados, entre los que Tulo contabilizó a cuatro tribunos, dos prefectos y varios centuriones. Era un alivio no ver a legados entre los muertos y advertir que los oficiales veteranos que habían sobrevivido no se habían entretenido por allí.

Observó los terraplenes del enemigo con respeto renovado.

Era como si los hombres de las tribus le hubieran visto mirar. Empezaron a entonar el *barritus* y varios guerreros asomaron de los huecos más cercanos de la fortificación para proferir insultos hacia el camino. Algunos incluso se bajaron los calzones para agitar los genitales ante los romanos. En otra situación, a Tulo se le habría ocurrido algún chiste que soltar. Sin embargo, observó a los hombres burlones con la cara larga y en silencio. Visto lo confiados que estaban, no tardarían en volver a atacar.

Tulo deseó con todas sus fuerzas poder llamar a la artillería de la legión. Detrás de los terraplenes, los enemigos

estaban apretujados como un banco de peces en una red. La batería de fuego continuada de las *ballistae* produciría infinidad de bajas y les obligaría a salir de las defensas, momento en que los legionarios podrían machacarlos. Sin embargo, Arminio lo había previsto haciendo ir a las legiones por aquel sendero estrecho y de mala muerte por el que no podían transitar los carros ni la artillería. Como consecuencia de ello y a pesar de estar a menos de cincuenta pasos, los hombres de las tribus eran invulnerables.

Tulo no había caminado mucho más cuando el enemigo empezó a proferir gritos de entusiasmo. Echó un vistazo y

distinguió a una silueta de espalda ancha que le resultaba familiar, vestida con una buena armadura y rodeada por un grupo de guerreros emocionados. Tulo estaba convencido de que era Arminio. Al cabo de un momento oyó su voz, lo cual corroboró que sus sospechas estaban fundadas. Le costó asumir esa amarga constatación, por esperada que fuera.

Sin embargo, fue mucho peor ver el águila de su legión blandida en alto al lado de Arminio. Relucía bajo los rayos débiles del sol de la tarde, burlándose del fracaso de la XVIII. Tulo estaba tan enfurecido que se le nubló la vista unos instantes. Cuando recuperó la visión

habían llevado el águila detrás de la fortificación enemiga, lo cual intensificó todavía más la sensación de pérdida.

Tulo hizo una promesa en silencio ahí mismo.

«Un día, mis hombres y yo reclamaremos y recuperaremos lo que nos pertenece, lo que pertenece a la XVIII. El águila volverá a ser nuestra. Lo juro por todo lo que es sagrado. Regresaremos».

Por el momento, no obstante, tenía que concentrarse en sobrevivir.



Arminio era incapaz de apartar la vista del águila. Había estado cerca de alguna y le había impresionado su belleza, pero nunca le había puesto las manos encima a ninguna ni la había visto en primer plano. Era típica del estandarte de una legión, con el águila dorada en posición adelantada y con las alas alzadas detrás. Los ojos y el pico abiertos otorgaban al águila una expresión fiera y autoritaria, que impresionaba y divertía a Arminio a partes iguales. «Ahora eres mía», pensó,

inclinando el bastón de madera para calibrar el peso del águila. Estaba fundida en oro, por lo cual era sumamente pesada.

Le habían traído el águila en cuanto había llegado a los terraplenes, de manos de Osbert, el mismo guerrero que se la había arrebatado al *aquilifer* moribundo. A Arminio le había encantado saber que la gloria se la llevaba uno de los suyos. Osbert había llegado acompañado de un grupo de guerreros que avanzaba a empujones entre vítores, pero no había permitido que nadie tocara el águila hasta que le fuera entregada a Arminio.

Arminio le había agradecido el gesto

pidiéndole que se quedara a su lado para que todos los hombres de su hueste vieran quién había conseguido tan insigne trofeo. Osbert seguía riendo de oreja a oreja y parecía ajeno a los pequeños cortes que tenía en los brazos y en el pecho que todavía le sangraban.

Después de hacer mofa de los legionarios machacados con el águila, Arminio recorrió casi seiscientos pasos del terraplén. Los guerreros reunidos tras las defensas recibieron el estandarte embelesados. Entonaron el *barritus* de forma espontánea, repitieron cánticos con el nombre de Arminio y prometieron a gritos tomar pronto las águilas restantes.

Su aparición ante los soldados de una cohorte romana distinta, que hasta ese momento desconocía que se hubiera perdido, también tuvo un efecto dramático. Osbert y sus compañeros emergieron de un hueco en las fortificaciones y gritaron para llamar la atención de sus enemigos. Arminio observó mientras los legionarios —que ya no estaban en formación ninguna— señalaban y gritaban consternados. Las filas irregulares incluso se tambalearon para alejarse de los guerreros triunfantes.

A Arminio le pareció que ver caer tan bajo a los arrogantes romanos era un espectáculo fascinante. Avanzaban a una

velocidad patética y no quedaba ni rastro de su impresionante marcha en formación. Llevaban las capas empapadas de agua de lluvia y salpicadas de barro, la armadura sin brillo y oxidada. Pocos llevaban jabalinas e incluso a menos les quedaba algo del equipamiento. Muchos lucían vendajes manchados de sangre o cojeaban. Los que tenían heridas más graves avanzaban con ayuda de sus compañeros. Los moribundos o quienes no podían seguir el paso quedaban abandonados a un lado del camino a intervalos regulares.

Arminio se dio cuenta de que los pocos oficiales romanos que quedaban

no presentaban mejor aspecto que sus hombres, lo cual resultaba revelador. Los centuriones, *optiones* y otros oficiales eran el pilar de una centuria, una cohorte y una legión. Lo habitual era que dieran ejemplo y, si fallaba ese liderazgo, los legionarios no tardaban en rendirse.

Arminio volvió a contemplar a los romanos con detenimiento y llegó a la conclusión de que ese momento ya había llegado. A todos los efectos, la XVIII había claudicado como fuerza con capacidad para luchar. En cuanto la XVII y la XIX corrieran la misma suerte, la victoria sería suya.

Ya la saboreaba.

Tulo caminaba fatigosamente. Un muro marrón verdoso más alto que un hombre —el terraplén enemigo— discurría a lo largo del camino sin fin, a veces a tan solo veinte pasos de los legionarios que marchaban. Detrás de él había una reserva aparentemente inagotable de guerreros, sedientos todos ellos de sangre romana. Cuando esos salvajes no atacaban, cantaban su *barritus* infernal o regaban a los legionarios con ráfagas de *frameae* desde lo alto del terraplén.

Ya hacía tiempo que los hombres de Tulo no usaban los *pila* y se habían acostumbrado a recoger los proyectiles

enemigos y a lanzarlos en parábola a sus propietarios cuando recibían la orden. El problema era que sus esfuerzos — atacar a un enemigo situado por encima de ellos con brazos ya cansados— causaban pocas bajas comparadas con las que sufrían ellos. Encolerizado, Tulo echó a sus soldados un rapapolvo durante un momento de descanso.

—¡Todos sabéis cómo lanzar una lanza, coño! Plantad el escudo. Escoged un objetivo. ¡No la lancéis hasta que os dé la orden! ¡Si lo hacéis así, mataréis enemigos! ¡Si las lanzáis como niños asustados a un perro salvaje, no daréis ni una!

La bronca funcionó. La siguiente vez

que Tulo indicó a sus hombres que lanzaran, más de media docena de guerreros cayó hacia atrás desde el terraplén, encima de sus compañeros. Eso hizo que los hombres de las tribus dejaran de encaramarse al terraplén para arrojar mejor las lanzas, lo cual redujo en cierto modo las bajas de Tulo, por lo menos cuando no había combate cuerpo a cuerpo, pero no era muy habitual.

Esa aciaga tarde él y sus hombres soportaron tres ataques encarnizados más, dos de ellos bajo un buen aguacero con más rayos y truenos. Murieron seis soldados más de su centuria y varios más resultaron heridos. El camino ya de por sí embarrado se transformó en un

pantano en el que los hombres se hundían hasta media pantorrilla, lo cual hacía que el combate fuera el doble de traicionero. Los cuerpos de los caídos, romanos en su mayoría aunque también había una buena cantidad de guerreros, yacían por allí, entre los árboles, desplomados encima de arbustos. Por culpa de la gran cantidad de sangre derramada, el barro estaba de un color rojo oscuro en vez de marrón. En un momento en que se dejó dominar por el sarcasmo, Tulo acabó con la cara en el barro después de tropezar con un cuerpo y le pareció que tenía el mismo color del buen vino siciliano.

Las mulas, los caballos y los

cadáveres humanos no eran lo único que podía causar una torcedura de tobillo. Había armas —*pila, frameae*, espadas — por todas partes. También había escudos, picos, ollas, cazos, mantas, etcétera. Tal como ponían de manifiesto los cadáveres y pertenencias de los civiles, no todos habían sido apartados de las filas del ejército. Ahí había un adivino con expresión de asombro que seguía aferrado a su lituo, el cayado propio de los augures. También había un comerciante, con la hucha vacía y destrozada a su lado. Una mujer con expresión perdida estaba sentada sobre el tocón de un árbol con un niño sin vida en la falda y un bebé crecidito que

berreaba entre sus brazos. Los lamentos del niño se mezclaron con el quejido patético de un cachorrito de perro mestizo que se había quedado junto a su amo muerto, un vendedor ambulante. A pesar de lo penoso de su situación, la mujer y el perrito hicieron que a Tulo le remordiera la conciencia. Hizo de tripas corazón y pasó de largo de ambos. Su responsabilidad consistía en cuidar de su centuria y de su cohorte, de nadie más.

Cuando la luz empezó por fin a atenuarse tanto que era difícil verse las manos delante de la cara, a Tulo le entraron ganas de gritar de alivio. Sin embargo, tenía la boca demasiado seca y

estaba afónico de tanto dar órdenes a voz en grito. Quedaba luz suficiente para ver cómo los hombres de las tribus se retiraban del terraplén y para recibir la información de que lo que quedaba de la vanguardia había elegido un lugar para montar el campamento nocturno. A Tulo, los trescientos pasos que hubo que recorrer para llegar al lugar elegido le parecieron un día completo de marcha. El cuerpo le dolía como si le hubieran golpeado con un martillo por todas partes. Le dolían los huesos, los músculos le temblaban de agotamiento y la vieja herida de la pantorrilla le pinchaba como si un médico borracho e incompetente se la hurgara. No obstante,

el final —del día, de sus tormentos— estaba a la vista durante las horas de oscuridad. Lo único que tenía que hacer era seguir moviendo las piernas y soltar unas cuantas palabras de aliento a sus hombres. Lo consiguió.

Tulo también hizo acopio de fuerzas para dirigir a su cohorte al centro de lo que sería el campamento, nada más que una zona de terreno abierto junto al camino, y hacer que sus soldados se protegieran como buenamente pudieran. Hasta que no lo hicieron no dobló las rodillas y se sentó, apoyando la espalda contra una roca lisa. No habría sido mala idea hacer algunos estiramientos, beber un poco de vino o agua y comer

algo, pero Tulo estaba demasiado cansado. Nunca se había sentido tan agotado. En cuanto cerró los ojos, se quedó dormido.

No soñó con los soldados que habían muerto sino con la mujer y sus hijos, uno muerto y el otro vivo, y el cachorrito que gimoteaba.

Tulo se despertó sobresaltado y por instinto se llevó la mano a la espada. Al darse cuenta de que estaba entre los suyos, en su «campamento», se relajó. Todavía no había anochecido por completo por lo que no podía haber dormitado demasiado. Cuando desapareció la luz del cielo, la única iluminación procedía de las hogueras

que se habían encendido. No había muchas debido a la escasez de leña seca. En el ambiente resonaban los gemidos de los heridos, que apagaban la conversación mortecina de los soldados.

—Todo se ha ido al Hades — masculló Tulo, incapaz de apartar a la mujer de su mente. ¿A qué altura del camino la había encontrado?

—Estás despierto. —Fenestela se cernió sobre él con cara de preocupación. Le tendió un odre de vino.

—Sí. —Tulo lo cogió y dio un par de tragos. A pesar de la acidez del vino, habría tomado más pero el odre estaba medio vacío y no era de él. Se lo

devolvió agradecido con un asentimiento.

—Confíaba en que descansaras un poco más. Hoy has estado bestial. Debes de estar exhausto.

—No había más remedio —dijo Tulo, a quien preocupaba no ser capaz de volver a hacer tamaño esfuerzo—. ¿Cuántos hombres han quedado ilesos en la centuria?

Fenestela dejó escapar una risa amarga.

—Cinco no están heridos. Un poco más de veinte con heridas leves o heridas que, según dicen, no les van a impedir luchar. Casi una docena con heridas más graves, muchos de los

cuales no sobrevivirán a la noche. El resto de la cohorte se encuentra en la misma situación, o peor.

Tulo asimiló la mala noticia lo mejor que pudo, apretando la mandíbula. La unidad al completo había quedado reducida a menos de la mitad de su fuerza. Se trataba de pérdidas brutales y si se habían repetido a lo largo del ejército, lo cual era probable, amenazaban la supervivencia de todos los hombres que estaban al mando de Varo. Por algún motivo volvió a pensar en la mujer y su hijo. Si seguían con vida, estaban ahí fuera, a oscuras. Pasando frío, hambre, mojados, solos. Tulo soltó un juramento y se levantó

maldiciendo de nuevo por culpa del dolor que sentía por todo el cuerpo. Tenía todos los motivos del mundo para no actuar pero no podía. No podía. Si se quedaba de brazos cruzados sería tan malo como el hijo de puta de Arminio.

—Vuelvo al camino.

Fenestela lo miró como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Por qué, señor?

Tulo sonrió. Cuando estaban solos, Fenestela tendía a llamarle «señor» solo si le parecía mal lo que Tulo hacía.

—Ahí abajo hay una mujer, con un niño. Y un cachorrito.

Fenestela lo miró con ojos desorbitados.

—Es una pena, señor, pero... eh, la verdad es que no es asunto tuyo.

—Pues yo he decidido que sí lo es, ¿entendido? Acompáñame si quieres. Di a los hombres que quiero cinco voluntarios. Solo voluntarios. Partimos de inmediato.

Fenestela entornó los ojos y se volvió.

—Loco como una cabra —dijo por encima del hombro.

Tulo hizo caso omiso del comentario, sobre todo porque Fenestela tenía razón. Pero pensaba hacerlo de todos modos. Si conseguía salvar a la mujer, en cierto modo compensaría la cantidad desorbitada de bajas que había

sufrido su cohorte. Habían muerto demasiados hombres. Estaba hundido. «Fortuna, eres una arpía desgraciada — pensó—. ¿Y qué coño has estado haciendo hoy, Marte? ¿Has dejado que Minerva te toque la flauta? Nos has abandonado. Más vale que mañana lo hagas mejor o no volveré a ofrecerte un sacrificio nunca más». Asombrado por la vehemencia de sus pensamientos e intranquilo por si los dioses le leían el pensamiento, Tulo se centró en estirar los músculos agotados y con calambres.

Al cabo de poco tiempo Fenestela regresó con cinco legionarios. Tulo se fijó en que estaban heridos y se le hizo un nudo en la garganta de la emoción.

—Habrían venido más, señor, pero les dije que solo querías cinco — explicó Fenestela, lo cual le hizo sentir todavía más orgulloso.

—¿Os ha dicho el *optio* lo que vamos a hacer? —Tulo recorrió a los soldados con la mirada y todos le respondieron con un asentimiento claro —. Apuesto a que hace rato que los enemigos se han retirado a sus tiendas y hogueras. Estarán tan hambrientos y agotados como nosotros. Es un trabajo fácil, nada más que una corta caminata en la oscuridad.

Dejaron escapar una carcajada pero se notó que era forzada. Estaban ahí y eso era lo que contaba, pensó Tulo.

Tampoco podía esperar que se pusieran a dar saltos de alegría.

—¿Cogemos antorchas, señor? — preguntó un legionario.

Tulo todavía no lo había decidido. Sin luz no verían un carajo pero, si llevaban antorchas, llamarían la atención de cualquier hombre de la tribu que rondara por ahí y eso no tendría más que una consecuencia. «Maldita sea — pensó—. Habrán regresado a su campamento. No pienso merodear por el camino como un niño asustado».

—Sí. Una delante, para mí, y otra detrás, para el último hombre. Eso es todo. Si oímos algo, podemos apagarlas rápidamente. —Lanzó una mirada a

Fenestela—. ¿Vienes?

—Ya me conoces, señor. Siempre estoy preparado para perder el tiempo.

—Fenestela alzó un brazo y enseñó un par de antorchas de madera.

Tulo dedicó una sonrisa tensa a su *optio*.

—Vamos.

Los centinelas de los límites del campamento los miraron con incredulidad cuando Tulo anunció adónde iba, pero se guardaron de llevar la contraria a un centurión veterano loco. El camino por el que habían venido no era difícil de seguir, teniendo en cuenta que estaba lleno de armas y cuerpos desperdigados por todas partes.

Estos últimos eran motivo suficiente para que aceleraran el paso, más que nada porque algunos seguían vivos. Cuando se dieron cuenta de que los suyos estaban por ahí, las pobres criaturas elevaron un lamento suplicando que los salvaran, que los llevaran a un lugar seguro o que pusieran fin a su sufrimiento. Consciente de que eso iba a ocurrir, Tulo ya había ordenado a sus hombres que dijeran que ayudarían a los que pudieran a la vuelta. A pesar de todos sus esfuerzos por tranquilizar a los heridos, la intensidad de sus gritos era considerable. Tal como Fenestela observó lacónicamente, había que ser sordo para no oírles.

Tulo no sabía si los hombres de las tribus de Arminio se habían marchado o si los tomaban por fantasmas, pero no había ni rastro de ellos. Siguió caminando, mirando cada árbol y arbusto para ver si veía algún indicio de la mujer y sus hijos. Por mucho que se esforzaba, no conseguía recordar el lugar exacto donde la había visto. En la oscuridad, cada planta mojada, cada árbol amenazador le parecían igual que el de al lado. Era imposible calcular el tiempo, por lo que contó sus pasos. A los mil, el punto en el que se había dicho a sí mismo que darían media vuelta, no había visto ni rastro, ni oído nada de su presa.

Tulo, con la visión borrosa por culpa del cansancio, pensó que tenían que volver. Tarde o temprano algún guerrero que quisiera saquear a los muertos les oiría. Iría a buscar a sus amigos, y entonces...

La imagen de la mujer acunando a su hijo vivo mientras el cadáver del otro se enfriaba a su lado volvió a acudir a su mente. Si sobrevivían a la noche, los hombres de las tribus los encontrarían a la mañana siguiente. El destino que les aguardaba era la esclavitud o algo peor.

—Maldita sea —susurró para sus adentros y luego en dirección a Fenestela—. Doscientos cincuenta pasos más.

Al cabo de trescientos pasos, Tulo se vio obligado a parar. Continuar era una locura. Era un milagro que hubieran llegado hasta ahí sin problemas. «¡Que te den, Fortuna! —pensó—. No pienso volver a hacer ninguna ofrenda, eres una zorra despiadada». Se volvió.

—Regresemos al campamento — dijo a Fenestela.

Fenestela no obedeció, lo cual dolió a Tulo.

—He dicho que regresemos.

—Escucha, señor. —Fenestela se inclinó hacia delante—. Oigo algo.

Tulo aguzó el oído y contuvo el aliento. Durante unos instantes lo único que oyó fue el gemido de algún pobre

desgraciado, pero luego, por increíble que le pareciera, oyó el gimoteo de un niño al que enseguida hicieron callar. El sonido procedía de debajo de los árboles, cerca de allí. Tulo se animó, pero debía ir con cuidado. Si la mujer se asustaba, quizá corriera a internarse en el bosque y allí no la encontrarían.

—No temas —dijo en latín—. Soy un centurión veterano del ejército romano. Busco a una mujer con un niño.

No hubo respuesta. Tulo indicó a Fenestela que él y los demás se quedaran donde estaban y caminó hacia donde creyó que provenía el sonido. Al cabo de quince pasos, se paró y repitió lo que había dicho. Tampoco recibió

respuesta pero no se produjo ninguna huida hacia la oscuridad. O había confundido el sonido o la mujer no se movía. Dio diez pasos más e intentó hacer que la mujer respondiera.

En esta ocasión oyó un sollozo que se ahogó de inmediato, pero subió la moral de Tulo. Estiró el brazo y dejó que la antorcha brillara en la oscuridad que le precedía. Entonces la vio, una silueta acurrucada bajo un tronco caído, un lugar lógico en el que guarecerse. Era la mujer que había visto y en sus brazos yacía una figura pequeña, su hija. Tulo se alegró al ver que el cachorrito también estaba allí, acurrucado a los pies de la mujer.

—Me llamo Lucio Cominio Tulo — dijo en voz baja y tranquilizadora—. Te he visto antes. Ven. Conmigo estarás a salvo.

Se levantó y se tambaleó seguida del cachorrito adormecido.

—Mi otro hijo... ha... —Se le quebró la voz.

—Lo sé —dijo Tulo—. ¿Dónde está?

—Lo he enterrado lo mejor que he sabido antes del anochecer, justo ahí.

A los pies de Tulo había una pequeña tumba, que no había visto. La mujer la había cubierto con piedras, lo cual bastaría, pensó. Los lobos y otros depredadores tendrían comida más que

de sobras en días venideros.

—¿Tenías una moneda que ponerle en la boca?

La mujer asintió.

—Encomendemos su alma a los dioses y marchémonos. —Ahora que la había encontrado, Tulo había empezado a inquietarse. Aquel sombrío bosque, entre los muertos y, muy posiblemente, el enemigo, no era lugar para los vivos. Cogió en brazos al cachorrito, que intentó lamerle la cara—. ¿Tu hija está ilesa?

—Sí, gracias a los dioses. La pobre criatura lleva horas dormida.

—Ya le buscaremos una manta en el campamento, y también a ti. —Hizo

ademán de marcharse pero la mujer le agarró del brazo.

—Ha... había perdido la esperanza. Has venido a salvarnos. Gracias.

—Sí, bueno —dijo Tulo, que se sintió satisfecho y azorado a partes iguales—. Más vale que regresemos al campamento antes de emocionarnos en exceso. —La condujo hasta sus hombres. Seguía exhausto y apenado por los soldados que había perdido y no muy seguro de los horrores que les traerían el día siguiente. Sin embargo, encontrar a aquella mujer cuyo nombre desconocía y a su hija, además del cachorro, le hizo sentir bien.

Tal vez los dioses no le hubieran

abandonado del todo.



Varo estaba sentado en su tienda sintiéndose abatido. La tenue luz que emitía el puñado de pequeñas lámparas de aceite en el suelo no conseguía ocultar el hecho de que la tienda había sido ideada para un *contubernium* de legionarios. En circunstancias normales, habría albergado a ocho hombres, pero en comparación con el amplio pabellón al que estaba acostumbrado en las campañas, le parecía minúscula. Debería sentirse agradecido, pensó, al

oír la lluvia que repiqueteaba sobre el cuero lubricado de la tienda. La mayoría de las tropas —las que habían sobrevivido, le recordó su conciencia— carecía de protección frente a la lluvia. Él disponía de una tienda por ser el comandante, pero era incapaz de apreciar su buena suerte. Varo se observó las manos y la suciedad bajo las uñas y se miró las salpicaduras de barro que cubrían todas las partes expuestas de su cuerpo. Se sentía sucio. Estaba mojado. Tenía hambre.

Sin embargo, todas esas sensaciones palidecían frente a la humillación que inundaba su ser. Jamás en la vida se había sentido tan mortificado. Tulo

había estado en lo cierto, lo cual hacía que la revelación de la traición de Arminio resultara todavía más devastadora. Con la excepción de Tulo, y quizá Tubero, Arminio los había engañado a todos, sobre todo a él, de la misma manera que un adulto artero engaña a un niño inocente para robarle los caramelos. «Soy un idiota», pensó Varo y dejó caer las manos sobre su regazo. Un completo idiota. No pensó que su ejército podía ser víctima de una emboscada cuando se desvió de la carretera para dar caza a los angrivarios.

Su ignorancia tampoco tenía excusa: había sido alertado no una, sino varias

veces, pero en lugar de hacer caso de las advertencias de Segestes y Tulo, se había reído de ellos o les había reprendido, o ambas cosas.

Sin embargo, ellos habían tenido razón, mientras que él había actuado como un perfecto idiota. Varo no se atrevía ni a pensar en lo que le diría el emperador, eso si llegaba a presentarse ante él para dar explicaciones, aunque ese era un tema en el que prefería no pensar en esos momentos.

Varo habría renunciado a toda su fortuna, que era considerable, a cambio de tener a Arminio encadenado ante él. Aunque de aspecto civilizado y carácter gregario, el querusco no era más que una

serpiente mentirosa y traidora. Su intención siempre había sido poner fin al control del imperio sobre Germania. La emboscada debió de requerir varios meses de planificación, pensó Varo. Conseguir reunir a todas las tribus — que no solían mantener una relación cordial entre sí— en un mismo lugar era un hito considerable que, muy a su pesar, merecía su respeto, al igual que su capacidad para mantener el plan en secreto y encontrar un lugar tan perfecto para la emboscada.

Varo recordó el sinfín de árboles que flanqueaban el camino y que habían confinado a los soldados e impedido que formaran. Todo había sido parte del

plan de Arminio. El estrecho sendero, del cual Varo se había reído porque aminoraba la marcha de las tropas, y el infernal barrizal en el que se había convertido. Todo ello había sido también designio de Arminio. La manera en que los legionarios se habían visto obligados a abandonar su equipo y, lo que es peor, su artillería. También eso era algo que había previsto Arminio. La maldita colina y los terraplenes de tierra. Al menos habría necesitado un mes para construirlos. Todo había sido planificado de antemano. La ciénaga que había impedido la retirada en esa dirección. También eso había formado parte del maléfico plan de Arminio.

Varo esbozó una amarga sonrisa al pensar que el tiempo, por lo menos, no había sido controlado por Arminio, pero la sonrisa se esfumó de su rostro cuando se le ocurrió que quizá los dioses queruscos —entre ellos Donar, el dios del trueno— habían intervenido a favor de los guerreros. En vista de la lluvia, los truenos y los relámpagos de los dos últimos días, no resultaba una idea tan descabellada.

—¿Mi amo? —sonó la voz de Aristides en la puerta.

—Adelante. —A Varo le había sorprendido, y aliviado, descubrir que su esclavo había logrado sobrevivir a la matanza.

Aristides desató el nudo de la puerta y entró con una bandeja en la mano.

—Te traigo comida, mi amo.

Fuera lo que fuese —parecía un guiso de algún tipo—, olía bien. A pesar de su abatimiento y pesadumbre, Varo estaba hambriento.

—Realmente sabes hacer milagros. ¿De dónde has sacado esto?

—Eres el gobernador, mi amo. Si alguien va a comer, eres tú, aunque sea en un sitio como este.

Varo alargó la mano para coger el plato y la cuchara. Visto de cerca, en los dos últimos días el rostro rollizo de Aristides se había transformado y mostraba una expresión ansiosa, además

de unas profundas ojeras y unas arrugas que no habían existido antes. Su esclavo no estaba hecho para la vida de campaña. Varo pensó que tendría que haberlo dejado en Vetera.

—Tienes mal aspecto. ¿Has comido? ¿Has encontrado un sitio para dormir?

—Varo se dio cuenta de lo estúpidas que eran sus preguntas en cuanto las formuló y no dejó que el esclavo le respondiera con una mentira—. Cómete este pan —dijo, señalando la media barra de pan de la bandeja.

—No, señor, yo...

—He dicho que te lo comas —ordenó Varo—. Y dormirás aquí, conmigo.

Aristides parecía a punto de llorar de gratitud.

—Gracias, mi amo.

El esclavo se abalanzó sobre el pan como un muerto de hambre. En cuanto hubieron acabado de comer, Varo entregó a Aristides un pequeño pergamino.

El griego lo miró sorprendido, sin entender lo que era.

—¿Qué es esto, mi amo?

—Disculpa la mala calidad del material. También falta el sello, pero el texto está claro y mi firma también.

El griego seguía sin comprender nada.

—Es tu manumisión —explicó Varo

con dulzura—. Te la entrego antes de lo prometido porque quería asegurarme de que la tuvieras antes de que...

A Varo se le atragantaron las palabras en la boca. Ignoraba lo que les depararía el día siguiente, pero estaba seguro de que los guerreros reanudarían sus ataques al amanecer. Una tremenda amargura se apoderó de Varo. Si los informes de las dos jornadas anteriores eran ciertos, la mitad de los soldados habían caído muertos o heridos. Y los fuertes romanos situados a orillas del río Lupia se hallaban todavía a muchas millas. ¿Qué posibilidades tendrían al día siguiente sus legionarios, desmoralizados y empapados, frente a

un enemigo que les superaba en número y que ya conocía el sabor de la victoria?

Varo pensó que el destino de Aristides —viejo, gordo e incapaz de luchar— era previsible y se sintió culpable.

El griego expresó su agradecimiento por la manumisión.

—Ojalá pudiera hacer más —replicó Varo—. Te recomiendo que mañana por la mañana busques al centurión Tulo. Dile que te envíe yo y pégate a él como una lapa. Si hay alguien capaz de escapar de este infierno es él.

—¿Tan terrible es la situación? —preguntó Aristides con los ojos como

platos.

—Sí —admitió Varo—. Ya has visto lo sucedido hoy. Más de la mitad de los soldados están muertos o heridos y nos encontramos lejos del río. Los guerreros de Arminio son como buitres carroñeros en busca de comida, lo que pasa es que esta presa sigue viva.

—¿No podemos coger unos caballos y huir?

Varo pensó que solo a un griego se le ocurriría huir. Sabía que era una afirmación injusta, pero no pudo evitar que fuera el primer pensamiento que le viniera a la cabeza.

—No, no es posible. Ordené a Vala que se llevara a todos los jinetes. —En

el fragor de la batalla, le había parecido una buena idea, dado que la caballería nada podía hacer en el bosque, sobre todo si estaba obligada a compartir los estrechos senderos con la infantería—. Y hace poco he sabido que todos han muerto tras caer en una emboscada.

El miedo se apoderó de Aristides.

—Estamos acabados —susurró.

—Busca a Tulo. Es un superviviente —repitió Varo. «Y es mejor hombre que yo», pensó. «Si le hubiera escuchado, miles de soldados seguirían con vida y miles no morirían mañana». Ese pensamiento le provocó un sabor amargo en la boca, amargo como la cicuta, un sabor que le llevó a tomar una

decisión.

—¿Y de qué me sirve esto si vamos a morir? —espetó Aristides a Varo al tiempo que agitaba la manumisión ante sus narices.

El miedo había dado paso a la rabia en el esclavo y su reacción merecía un castigo severo. Aristides jamás había actuado así en todos sus años de servicio, pero en vez de enfadarse, a Varo le divirtió que mostrara ese genio. Al fin y al cabo, quizás el griego fuera capaz de blandir una espada.

—Tulo es tu hombre. Es el único consejo que puedo darte —repitió Varo.

Aristides parecía a punto de decir algo más, pero la llegada a la tienda de

los oficiales de alto rango que todavía seguían con vida puso fin a la conversación. Con Vala muerto y otro legado herido, solo quedaba un comandante de la legión. Él y los ocho tribunos restantes más los dos prefectos de campo y un *primus pilus* se apretaron en la tienda de Varo. El calor pronto inundó el espacio, así como el intenso olor a lana húmeda, cuero y sudor rancio.

Varo les dio la bienvenida con talante sombrío.

—Me temo que no tengo ni vino ni comida que ofreceros. Me disculpo también por mis aposentos, que son más pequeños de lo habitual.

Tres de los hombres soltaron una risita, pero el resto simplemente lo miró con ojos cansados. Al igual que él, sus oficiales estaban cubiertos de barro y sin afeitarse. Todos tenían aspecto decaído, pensó Varo, que hizo acopio de toda su energía para convencerse a sí mismo de que, por desesperada que fuera la situación, debía existir una manera de atravesar el cerco germano. No era la primera vez que el ejército se enfrentaba a una situación tan difícil. Varo recordó la magnífica victoria que, contra todo pronóstico, Julio César había logrado en Alesia. Con esa imagen en su mente, el gobernador adoptó una expresión de gran determinación para

dirigirse a sus oficiales.

—¿Cuál es la situación de las legiones?

Uno a uno, los oficiales presentaron sus informes, la mayoría de los cuales se centraba en las bajas sufridas. Por si fuera poco, también tuvieron que lamentar la pérdida de un águila: el estandarte de la legión XVIII. Más de la mitad de los soldados estaban muertos o heridos. La pérdida de centuriones también era considerable, lo cual era un indicio claro de la crudeza de la lucha. De los ciento ochenta centuriones de las tres legiones, noventa y cinco habían muerto o estaban incapacitados para luchar. Por otro lado, aunque habían

dejado atrás a muchos heridos, su cifra en el campamento alcanzaba los dos mil hombres. Una buena parte de ellos podía caminar, si bien no deprisa, pero casi todos necesitaban ser acarreados o precisaban ayuda para andar. En total, podían combatir unos seis mil legionarios y unos quinientos auxiliares. Las cifras sonaban todavía más desalentadoras cuando se decía en alto. Nadie mencionó el número de guerreros a los que se enfrentaban, pero todos sabían que los superaban en número con creces.

Cuando el último oficial acabó de hablar, Varo se pellizcó el puente de la nariz en un intento por disipar el

agotamiento y el miedo que le embargaban. El gobernador se estrujó el cerebro.

—¿Qué podemos hacer, señor? —preguntó Tubero, que estaba presente en la reunión a pesar del vendaje ensangrentado del brazo izquierdo.

Todas las miradas se posaron sobre el gobernador, que notó, literalmente, cómo su peso caía sobre sus hombros.

—¿Crees que Arminio estaría dispuesto a negociar, señor? —preguntó Ceionio, que parecía más raquítico que nunca.

Hasta ese momento, nadie se había atrevido a mencionar el nombre del querusco, lo cual le irritaba tanto como

si lo hubieran anunciado a voces. No se atrevían a mencionarlo porque había sido él quien se había creído, a pies juntillas, la historia sobre la supuesta rebelión de los angrivarios.

—Arminio es un traidor, un hijo de la gran puta que no ha dado señal alguna de estar interesado en negociar. ¿Por qué me lo preguntas?

Ceionio vaciló antes de contestar.

—Podríamos rendirnos, señor. Quizá le interese cobrar un rescate por nosotros, señor.

Varios oficiales resoplaron ante la idea, pero nadie hizo callar a Ceionio. En lugar de ello, todas las miradas volvieron a posarse sobre el

gobernador.

Curiosamente, la debilidad de Ceionio actuó de acicate para Varo.

—¡Los romanos no capitulamos ante salvajes o bárbaros! ¡Eso sería rebajarnos a su altura! ¡Son poco más que animales! Seguiremos luchando, hasta el final si es necesario.

Ceionio agachó la cabeza y el resto aclamó sus palabras.

—¿Cuáles son las órdenes, señor? —preguntó Lucio Egio, todavía con fuego en los ojos.

—Los heridos que no puedan caminar podrán elegir entre morir en manos de sus camaradas o ser abandonados por la mañana. El resto de

los heridos tendrá que seguir el ritmo o sufrirán la misma suerte. Reagrupad a las centurias más debilitadas para formar unidades completas utilizando, en la medida de lo posible, hombres de la misma legión. Además, quiero un inventario detallado de las espadas, las lanzas y los escudos que tengamos. Antes de partir, todos los legionarios deberán ser equipados al completo.

—¿Cuándo partiremos, señor? — preguntó Tubero.

—No podemos retroceder ni dirigirnos a la ciénaga, y los bárbaros nos impedirán escalar la colina. Por lo tanto, solo nos queda una opción: la misma ruta sur-suroeste que hemos

tomado hoy hacia Lupia —respondió Varo, consciente de la decepción que reflejaron los rostros de sus oficiales. «Idiotas», pensó. «¿Acaso creían que iba a encontrar una nueva vía de escape por arte de magia? ¿O que era capaz de invocar la ayuda de los dioses?»—. ¿Está claro?

Los oficiales respondieron con voz queda, pero respondieron.

—Sí, señor.

—Muy bien, señor.

—Entendido, señor.

—Mañana debía ocupar la vanguardia la legión XIX, señor, pero ha sufrido más bajas que el resto —mencionó el último legado—, por lo que

he pensado que sería mejor que otra de las legiones ocupara su lugar.

Varo pensó de inmediato en la legión XVIII y en Tulo, al que tan injustamente había tratado. Por lo que sabía, el centurión seguía con vida. Si bien el combate del día siguiente al frente de la columna podía ser más duro, al menos sus soldados tendrían más probabilidades de escapar que el resto. Si Fortuna y Marte se ponían de acuerdo, un soldado tan valiente como Tulo se salvaría. Esta era la única manera que tenía Varo de resarcir al centurión por lo sucedido, aunque ignoraba si su gesto marcaría alguna diferencia.

—De acuerdo. La legión XVIII ocupará la vanguardia.

—Muy bien, señor.

—Ya podéis iros.

Varo deseaba quedarse a solas. No para dormir, puesto que sabía que sería incapaz de conciliar el sueño, sino para rezar y rogar a los dioses que al menos salvaran a algunos de sus legionarios al día siguiente. Sin su ayuda, temía que todos murieran.

Una vez más, notó un sabor amargo en la boca que le recordó a la cicuta. «La muerte de Sócrates no es para mí — pensó con la mano en la empuñadura de la espada—. Llegado el momento, abandonaré esta vida como un soldado».



Piso se levantó antes del amanecer. Todavía estaba oscuro y temblaba de frío. Tenía la capa empapada de agua, por lo que pesaba el doble de lo habitual, pero se consoló pensando que los miles de hombres que le rodeaban se encontraban en la misma situación. Todos estaban empapados y tenían frío, hambre y los pies doloridos. Muchos de ellos estaban heridos, y muchas de esas heridas acabarían siendo mortales si no recibían tratamiento en el hospital. Por

el raballo del ojo vio a un legionario levantado con un corte profundo en el pie izquierdo. En circunstancias normales, una lesión de ese tipo se consideraba leve, pero en la situación actual, donde rezagarse equivalía a morir, era tan grave como una herida en el estómago. El hombre utilizaba el *pilum* como muleta, pero cambiaba de posición de forma constante, incapaz de cargar el peso de su cuerpo sobre el pie malo por mucho tiempo.

«Pobre, es un cadáver andante», pensó Piso, que de repente tomó conciencia de lo penosa que era su propia situación. Quizás él —y todos— acabaran muriendo pronto sin que

podrían hacer demasiado para evitarlo.

En cuanto Tulo regresara de visitar al resto de la cohorte, sonarían las trompetas, si es que quedaba algún músico vivo, y abandonarían el campamento. Piso no pudo por menos que sonreír ante la ironía de denominar «campamento» al espacio donde se encontraban, donde solo había algunas tiendas, pero ningún foso defensivo ni terraplenes, puertas o avenidas. No era de extrañar que los germanos hubieran lanzado un ataque nocturno. Por fortuna, Piso y el resto de las tropas de Tulo habían dormido en el centro del ejército, pero se rumoreaba que más de doscientos soldados que habían dormido

en los extremos habían acabado muertos o heridos.

—¿Todo bien? —preguntó Vitelio con un pequeño codazo.

—Sí —respondió Piso, agradecido por la compañía—. Estoy vivo y, como tú dices, eso es lo que cuenta.

—Así es. Estamos aquí y estamos vivos y no habrá ningún germano que nos impida regresar a Vetera.

Un par de soldados mostró que estaba de acuerdo con un murmullo, pero la mayoría calló. A pesar de los esfuerzos de Tulo y Fenestela por mantener la moral alta, se encontraban abatidos. Piso nunca lo admitiría, pero si no hubiera sido por Vitelio, habría

tirado la toalla hacía tiempo. Los temores que había albergado desde la primera y terrible emboscada se habían hecho realidad. Tulo había tenido razón. Miles de germanos —al parecer de todas las tribus— habían atacado al ejército. Durante dos jornadas lluviosas, habían segado la vida de los legionarios del mismo modo que los granjeros segaban trigo. Las pérdidas para Piso habían sido terribles, de su *contubernium* original solo quedaban Vitelio y otro soldado.

El dolor por la pérdida de cuatro de los hombres, tres de ellos muertos y uno malherido, había sido terrible, pero la muerte de Afer era lo que realmente le

había dejado al borde de la rendición. El bueno de Afer —peludo, redondo como un barril, duro como una roca y con un gran sentido del humor— había constituido el pilar del grupo. Afer había cuidado de él desde el principio y también lo hizo al final, cuando murió por salvarle. Las lágrimas brotaron de los ojos de Piso al recordar al descomunal guerrero que le aplastó el escudo con un garrote. Mientras esperaba aterrorizado e impotente a que le asestara el segundo golpe, Afer se interpuso y lo recibió por él al tiempo que le clavaba el *gladius* en la barriga expuesta. Piso ni siquiera pudo darle las gracias. Cuando el combate aflojó, vio a

Afer muerto, los restos de masa cerebral que salían del casco mezclados con el barro.

—¡Muy bien, pedazos de mierda!

Tulo había vuelto.

Piso se puso recto y eliminó de su mente la horrible imagen del cráneo aplastado de Afer.

—No sé si lo sabréis, pero la legión XIX ha sufrido más bajas que la nuestra o la XVII. Por eso Varo nos ha concedido el honor de ocupar la vanguardia en el día de hoy —sonrió Tulo con gesto sombrío al observar las cabezas que asentían—. Veo que no sois tan estúpidos como parecéis, maricones. Si bien es cierto que hay más peligro al

frente, también significa que lideraremos el camino y marcaremos el ritmo. Y, lo que es más importante, llegaremos a uno de los fuertes antes que nadie.

Los hombres lanzaron un grito al oír sus últimas palabras. Aunque el grito carecía de la fuerza habitual, más valía eso que nada, pensó Piso, que rezó para que Tulo encontrara la manera de sacarlos de ese infierno.

En cuanto cesaron los gritos, Tulo habló de nuevo, esta vez con voz grave.

—Asimismo, Varo ha ordenado que los soldados que no puedan caminar elijan entre morir en manos de sus camaradas o quedarse aquí. Además, en cuanto nos pongamos en marcha, quien

no pueda mantener el ritmo se quedará atrás. Me duele que las cosas sean así. Yo no me hice soldado para matar a mis propios hombres, pero no puedo estar en desacuerdo con la orden del gobernador. Ya habéis visto de lo que es capaz el enemigo. Hoy las cosas no serán distintas. Presiento que hoy nos atacarán con una fuerza más numerosa y los hombres que no puedan seguir el ritmo, ralentizarán la marcha. No podemos permitir que eso ocurra o moriremos todos.

Se hizo un silencio incómodo durante el cual los hombres intentaron no mirar a sus camaradas heridos. Piso miró al legionario de la herida en el pie

y recibió una mueca feroz que le obligó a apartar la mirada al instante.

—Las trompetas sonarán en cualquier momento —continuó Tulo—, por lo que los heridos tendrán poco tiempo para decidir sobre un asunto tan importante. Por consiguiente, fingiré no ver a todos los heridos que intenten caminar. Si mantenéis el ritmo, llegaréis a un lugar seguro igual que los demás. Si os retrasáis, yo mismo acabaré con vosotros. Como queráis, hermanos.

Piso no miró a los soldados heridos cuando sonaron las trompetas.

—Que los dioses nos acompañen —dijo a Vitelio.

—Vamos a necesitar toda su ayuda

—murmuró Vitelio—. Yo he jurado donar a Marte la paga de un mes si consigo salir de esta.

—Por mí puede tener la paga de todo el trimestre —replicó Piso de corazón—. No te puedes llevar el dinero a Hades, solía decir mi padre, excepto la moneda que te ponen en la boca, y tampoco es que resulte muy útil.

—Excepto para el barquero —rio sarcástico Vitelio.

Los soldados iniciaron la marcha con lo que quedaba de la primera cohorte al frente.

El *barritus* comenzó a sonar antes de que traspusieran el umbral del campamento.

Los soldados se amedrentaron y comenzaron a maldecir. Los más valientes escupieron al suelo con desdén. Muchos comenzaron a rezar mientras frotaban sus amuletos fálicos. Al menos un hombre comenzó a llorar. Sus compañeros le obligaron a callar, pero su sollozo tuvo el efecto instantáneo de hundir la moral en el barro más de lo que ya se hundían sus pies.

El sonido del *barritus* fue en aumento.

Piso no sabía si eran imaginaciones suyas, pero tenía la impresión de que el

ruido era mucho más intenso y ávido de lo que había sido antes. No era de extrañar. Por mucho que los guerreros fueran unos salvajes, eran muy listos por utilizar ese sonido para intimidar, al igual que los galos de Aníbal hicieron en el lago Trasimeno. La historia de cómo los galos habían tocado sus *carnyxes*, unas trompetas verticales, en la niebla al inicio de la batalla era famosa. Su sonido sobrenatural había sembrado el miedo entre los legionarios y ayudado a los cartagineses a infligir una derrota aplastante a Roma.

A unos mil pasos de distancia, el soldado con la herida en la pierna gimió de dolor y salió de la formación.

—Que Marte os proteja, hermanos
—dijo con la cabeza gacha.

Todos respondieron con más bendiciones, pero nadie intervino. Nadie se ofreció a ayudarle a caminar. Hacerlo supondría arriesgar sus propias vidas.

—Que tu viaje sea rápido, hermano
—replicó Piso, que se sentía como un cobarde por no hacer nada.

El soldado no contestó.

—¡Centurión! —gritó—. ¿Me concedéis un instante de vuestro tiempo?

Era como si Tulo hubiera estado esperando su llamada, ya que salió de la formación al instante para dirigirse a su lado. Piso y Vitelio adelantaron al soldado mientras esperaba al centurión y

no vieron lo que sucedió después, pero intercambiaron una mirada ominosa, en silencio. Tulo no tardó en pasar de nuevo por su lado para retomar su posición al frente. Los amigos vieron cómo se limpiaba la espada en el dobladillo de la túnica e intercambiaron una nueva mirada en silencio. No tenía sentido decir nada.

Nadie más abandonó la formación, en parte porque los guerreros iniciaron el ataque con una lluvia de *frameae* y piedras al incesante son del *barritus*. Los legionarios se protegieron con el *scutum* lo mejor posible, pero aun así hubo varias bajas. Las piedras se colaban entre los huecos y las *frameae*

herían a los soldados o se clavaban en los escudos y, si los legionarios intentaban arrancarlas, se convertían en blanco instantáneo de los honderos. En esos casos, lo más prudente era esconderse en medio de la columna y buscar un escudo abandonado.

Poco después llegó el primer asalto: una oleada de guerreros apareció por detrás de los terraplenes, liderados por una docena de *berserkers* desnudos. Por suerte para Piso y Vitelio, atacaron a la unidad que tenían a sus espaldas, donde causaron cuantiosas bajas. Tulo y Fenestela se lanzaron a la carga seguidos de los hombres de su centuria y, tras matar a los *berserkers*,

consiguieron repeler el ataque. Sin embargo, no satisfecho con ello, Tulo pareció enloquecer y comenzó a perseguir a los guerreros que se batían en retirada.

—¡ROMA! —rugió.

Fenestela le pisaba los talones.

Piso notó un nudo en el estómago, pero no dudó en salir disparado tras ellos gritando a viva voz, al igual que el resto de los legionarios. Era como si todos supiesen que, si Tulo moría, acabarían enterrados en el barro, por lo que había que mantenerlo vivo a toda costa.

La manera en que repelieron al enemigo durante ese breve instante,

demasiado breve, revestía cierta belleza salvaje. Durante la persecución, acabaron con decenas de guerreros. Muchos recibieron estocadas por detrás mientras trataban de escabullirse por los huecos del muro de tierra, o bien eran empujados al otro lado con una fuerza fruto de la desesperación. En el ataque, los romanos usaron sobre todo las espadas, pero Piso también vio a camaradas con lanzas, puñales, herramientas para cavar e incluso garrotes. Eufóricos por esa paupérrima victoria, los soldados hubieran permanecido allí lanzando improperios a los guerreros mientras se reagrupaban detrás de los árboles, pero Tulo restauró

el orden a golpe de silbato y con pequeños toques de la espada.

Ya fuera por la pequeña victoria conseguida o porque habían matado a los *berserkers*, los guerreros les dejaron un rato en paz. Como la unidad a sus espaldas se había rezagado, Tulo ordenó un descanso que fue recibido con gran entusiasmo. Sin embargo, su alegría se tornó en desánimo cuando oyeron el fragor de la lucha feroz que se libraba al final del camino y las tormentas volvieron con furia renovada tras las intensas lluvias de las jornadas anteriores. Empapados como ratas de alcantarilla, agotados como remeros tras una intensa carrera y atemorizados como

los criminales en el circo antes de enfrentarse a los animales salvajes, los legionarios agradecieron ponerse en marcha de nuevo.

La primera cohorte también tuvo suerte y no encontró a nadie por el camino, lo cual permitió a la cohorte de Tulo avanzar a buen ritmo. Mientras caminaban, el centurión —que tenía la cara manchada de barro y de sangre— no cesaba de recorrer la columna de arriba abajo arengando a los hombres en un monólogo interminable. En opinión de Piso y Vitelio, lo que realmente mantenía en marcha a los hombres era el hecho de que Tulo fuera tan pesado.

Pero la tranquilidad tocó a su fin

cuando, al aproximarse a una curva, distinguieron el sonido inconfundible de un combate. La tensión y la inquietud se cernieron de nuevo sobre los legionarios, pero Tulo no aminoró la marcha.

—Parece que la primera cohorte vuelve a tener problemas —dijo Piso.

—Menuda sorpresa —se quejó Vitelio.

Al doblar la curva, a unos doscientos pasos, vieron a los soldados de la primera cohorte rodeados por una ingente masa de guerreros. Incluso a esa distancia quedaba claro que sus camaradas estaban luchando a la desesperada. Sonó el silbato de Tulo y

el toque de trompeta y los legionarios obligaron a sus cansadas piernas a caminar al trote.

Apenas habían recorrido la mitad de la distancia que les separaba de sus compañeros cuando sonó un chirrido ensordecedor. Una enorme haya a la izquierda del camino que cayó al suelo con un gran retumbo separó a los dos grupos de soldados. A la derecha del árbol se extendía una planicie, pero era terreno cenagoso. De pronto, surgieron del terraplén numerosos grupos de guerreros que se alinearon detrás del árbol caído, de cara a Tulo y sus hombres. A continuación, comenzó a sonar el *barritus* al tiempo que

golpeaban las lanzas contra los escudos. Piso los contempló angustiada, al igual que Vitelio.

—Estamos jodidos —sentenció un soldado en la fila de atrás.

—¡ALTO! —Tulo se volvió enfurecido—. ¡Te he oído! —bramó—. Si piensas así, tienes el camino a Hades asegurado, pero si decides luchar hasta el último aliento, quizá salgas de esta mierda de agujero. Imagina que este árbol es un pequeño muro de cualquier ciudad. Lo único que debemos hacer es pasar al otro lado para seguir nuestro camino. Por muy maricones que seáis, seguro que podéis escalar este arbolito, ¿no? —Nadie se rio, pero se oyó un

gruñido de asentimiento—. Cuando lleguemos al árbol, quiero que las dos primeras filas, doce hombres, formen un pequeño *testudo*. Los de la primera fila os apoyaréis en el tronco con los escudos sobre la cabeza, y los de la segunda fila os arrodillaréis detrás y haréis lo mismo. La tercera fila se dividirá en dos para proteger los extremos de la formación, y la cuarta fila vendréis conmigo. Cuando os lo ordene, levantaréis los escudos, escalaréis el árbol y saltaréis al otro lado sobre esos salvajes, que no sabrán lo que les ha caído encima. ¿Entendido? —preguntó Tulo caminando de un lado a otro sin apartar la vista de los rostros de

sus hombres.

—No funcionará —susurró Piso, que se encontraba en la cuarta fila con Vitelio. Aunque había oído decir que un *testudo* era capaz de soportar un carro tirado por bueyes, estaba seguro de que no eran más que cuentos de viejas. Aunque era cierto que los soldados pesaban menos, aun así...

—¿Tienes una idea mejor? —replicó Vitelio.

Piso no la tenía, así que cerró la boca.

—Cuando los últimos hombres hayan pasado al otro lado, la próxima centuria formará un nuevo *testudo* y podrán pasar nuestras dos primeras

filas, seguidas de la mujer y la niña en último lugar. A continuación, pasará la siguiente unidad, y así sucesivamente. No pararemos hasta que nos hayamos librado de estos cabrones y podamos mover el árbol. Fenestela, ¿lo has oído? —inquirió Tulo.

—¡Sí, señor!

—Pásalo —Tulo retomó su posición y los dirigió hacia el árbol, esta vez al paso.

El miedo que Piso había sentido durante las jornadas anteriores se multiplicó con creces. Notó que un hilo de sudor le recorría la espalda fría y mojada. Tenía el estómago hecho un nudo y una necesidad imperiosa de

orinar y cagar. A juzgar por el hedor que de pronto asaltó su nariz, algunos hombres ya habían hecho ambas cosas, pero Piso hizo acopio de sus últimas reservas de autoestima, dado que Tulo se había colocado a un lado de él y Vitelio al otro, y consiguió aguantarse.

Quedaban doscientos pasos hasta el árbol caído.

Doscientos pasos durante los cuales tuvieron que soportar el sonido incesante del *barritus*, que se repetía una y otra vez. Era como si todos los guerreros de Arminio hubieran escalado a la cima del terraplén para cantar o insultarlos. Sin embargo, no les atacaron ni tampoco les arrojaron lanzas, lo cual

incrementó el temor de Piso, puesto que eso significaba que los estúpidos bárbaros estaban esperando a que estuvieran delante del árbol.

Ciento cincuenta pasos. El sonido del combate al otro lado del árbol ya era lo bastante fuerte como para ser oído por encima del canto del *barritus*. Piso vislumbró varias cabezas y puntas de lanza que asomaban por la otra parte. Solo los dioses sabían cuántos hijos de puta había ahí detrás. Quizá centenares. Piso pensó que estaban a punto de saltar de las brasas al fuego. Ciento veinte pasos.

—Tenemos una ventaja sobre ellos, hermanos, y es que no se esperan esta

táctica —dijo Tulo—. Así que tenemos que lograr que funcione, maldita sea. Haced que funcione.

Nadie respondió.

Cien pasos.

Por primera vez, Piso se percató del cansancio evidente en el rostro de Tulo y se dio cuenta de que el centurión era humano. Tulo no podía conseguirlo solo, del mismo modo que ellos no podían lograrlo sin él.

—Así se hará, señor —aseguró Piso.

—Podéis contar con nosotros, señor —añadió Vitelio.

Varios hombres más murmuraron su acuerdo.

Tulo sonrió.

—Sois unos buenos chicos.

A sesenta pasos del árbol, comenzó a caerles una lluvia de piedras y lanzas por ambos lados. Algunos hombres gorjearon un grito antes de morir, mientras que otros chillaban tambaleantes. Los que resultaron ilesos imprecaron a los bárbaros mientras avanzaban agazapados detrás de los escudos. Cincuenta pasos. Cuarenta, treinta. Piso vio la cara de los guerreros. Algunos llevaban barba y, otros, bigote, mientras que otros eran tan jóvenes que eran imberbes. Los guerreros los miraban con odio mientras vociferaban insultos y gritos de guerra y entonaban el

barritus. Todos llevaban escudo y blandían una lanza, un garrote o una espada y todos amenazaban con matarlos de múltiples maneras. A sus espaldas, se extendían filas interminables de enemigos, todos los cuales deseaban acabar con los romanos. «Con nosotros», pensó Piso con un nudo en el estómago.

Veinte pasos.

Diez.

—¿Listos? —preguntó Tulo—.

Primera fila, segunda fila y tercera fila, ¡formad el *testudo*!

Piso no se atrevió a mirar a la izquierda, donde les esperaban más atacantes, ni detrás del árbol, donde los

guerreros saltaban impacientes de un lado a otro. Mantuvo la vista fija en los soldados de delante, que estaban alzando los escudos. «Vamos, por todos los dioses, acabemos ya de una vez con esto», rogó Piso, a punto de estallar de miedo.

—Cuarta fila, ¿listos? Empezando por la izquierda, ¡dos cada vez! ¡Vamos! —rugió Tulo.

Con la boca seca, Piso observó a los primeros soldados de su fila dar un paso adelante y subir a los escudos, que temblaron un poco pero se mantuvieron en posición. Los tachones de las sandalias retumbaron sobre el cuero mojado de los escudos. En cuanto

estuvieron en lo alto del tronco, se dejaron caer gritando a pleno pulmón.

Vitelio y Piso eran los siguientes.

El impacto de la lanza sonó tan cerca que Piso casi se cagó encima, pero al instante comprobó entusiasmado que no sentía ningún dolor. ¡No le había alcanzado! Al cabo de un instante, que le pareció eterno, se volvió hacia Vitelio, que tenía los ojos abiertos como platos y había soltado el escudo.

—Esa maldita lanza... me ha alcanzado justo... en el hombro.

—¡No! —chilló Piso, desesperado al pensar que los heridos que no podían avanzar morirían.

—¿Estás listo, Piso? —preguntó

Tulo, su aliento caliente en la oreja del legionario—. Vamos. ¡Ya!

—Vitelio... —comenzó a decir Piso.

—¡Salta de una vez! —ordenó

Vitelio—. Yo os seguiré.

Tulo le dio un empujón con el escudo. Piso soltó una maldición y comenzó a subir. El dolor y la rabia inundaban su ser. Tulo estaba a su lado. Los tachones de las sandalias resonaron sobre los escudos de sus compañeros, que apenas vacilaron bajo su peso, a pesar de que tanto Tulo como él eran hombres corpulentos. Seis pasos y ya estaban en lo alto del tronco. Las sandalias se agarraron bien a la corteza. Al otro lado, solo uno de los dos

legionarios seguía vivo. De espaldas al árbol, luchaba contra tres guerreros mientras una horda de germanos trataba de llegar hasta él. Piso sintió una punzada de culpabilidad al pensar que su demora podía haber provocado la muerte de su compañero.

—¡ROMA! —rugió Tulo, que saltó y golpeó la cabeza de un guerrero con el borde del escudo.

Piso empezó a seguir sus pasos, pero el miedo lo paralizó e intentó saltar sin arriesgarse demasiado. Aun así, chocó contra el hombro de un guerrero, que cayó bajo su peso. Piso aterrizó en parte sobre el enemigo y en parte sobre el trasero. Por suerte, el legionario que

venía detrás aterrizó delante de los dos y pudo frenar, al menos un instante, el ataque de los guerreros que avanzaban hacia ellos. El guerrero del suelo levantó la cabeza y Piso soltó el escudo para arrearle un puñetazo en la cara. Acto seguido, se puso en pie rápido, consciente de que si no lo hacía, moriría. A continuación, clavó la espada en la cara alzada del guerrero a sus pies. La hoja le atravesó la cuenca del ojo izquierdo, que escupió líquido vítreo, y la espada siguió su camino hasta el cerebro. El guerrero soltó un grito, quizá de sorpresa, y su cuerpo inerte se hundió en el barro.

Piso recuperó el *scutum* y se colocó

al lado del legionario que acababa de llegar. Hombro con hombro, los escudos lo más cerca posible, ambos lucharon como posesos. Por suerte, los enemigos eran tantos y estaban tan apretujados que la mayoría no podía alcanzarlos. Algunos ni siquiera podían blandir sus armas de lo apretados que estaban. Piso y su compañero trabajaron sin descanso.

Empujar. Clavar. Golpear con el escudo. Clavar. Pisar con la sandalia un pie descalzo. Piso mató o hirió a dos hombres, después a tres. Cuatro. Cinco. Incluso golpeó con la cabeza a un guerrero que se había acercado lo suficiente y le aplastó la nariz con dos golpes del borde del casco antes de

clavarle la espada en la barriga. El guerrero se desplomó entre gritos y el siguiente demoró su avance, lo que dio a Piso un momento de respiro para mirar a ambos lados. Se animó al ver a tres legionarios a su izquierda. Contra todo pronóstico, el primer soldado que había saltado seguía vivo a su derecha. Y, para su gran júbilo, a su lado divisó el casco de Tulo, que se movía arriba y abajo. El sonido de pasos a sus espaldas indicaba la llegada de más soldados.

Golpear. Clavar. Avanzar. Golpear. Clavar. Avanzar.

Paso a paso, fueron avanzando hasta formar un semicírculo a partir del tronco. Al cabo de un rato, los guerreros

retrocedieron y permitieron a los legionarios contar sus bajas —cinco muertos y el mismo número de heridos — y descansar un poco. El combate cuerpo a cuerpo era agotador. Cansados, los hombres se reclinaron sobre los escudos. El sudor resbalaba por sus caras y caía en el barro teñido de rojo. Los que tenían vino, bebieron y pasaron el pellejo. Más de uno aprovechó para orinar, ante las protestas de quienes acabaron con las pantorrillas salpicadas. La mujer estaba apoyada contra el árbol. Con los ojos cerrados, arrullaba a su hija. El cachorro, al que llevaba atado al pecho con una eslinga, observaba en silencio. Tulo caminó

entre los hombres dándoles palmadas en la espalda, felicitándoles por sus huevos de acero e instando a los recién llegados a pasar a la primera fila.

En lugar de descansar, Piso dejó el escudo y se encaramó de nuevo al árbol. Al pasar por encima, se le enganchó la bolsa en una rama. Piso soltó una maldición cuando se abrió y cayeron de su interior unas monedas y los cierres de bronce de Ayo, pero no se molestó en recuperarlos; tenía otras cosas más importantes en las que pensar. Además, la rabia que sintió ante la pérdida de sus posesiones se desvaneció en cuanto vio a Vitelio apoyado contra el gran tronco al otro lado, el hombro envuelto en un

trozo limpio de tela. Piso no sabía cómo su amigo se las apañaría sin escudo, pero le daba igual. Lo único que importaba era que estaba vivo. Piso lo ayudó a sortear el árbol y maldijo a los soldados que hicieron comentarios sobre los heridos que debían quedarse atrás.

La tregua en el encarnecido combate permitió al resto de la unidad pasar al otro lado del árbol, ante el cual ya hacía cola la siguiente cohorte mientras seguía luchando. En el lado de Piso, los enemigos volvían a congregarse junto al terraplén. Lo que más preocupaba al legionario era que la primera cohorte hubiera desaparecido y el tiempo que

necesitarían para cortar el árbol, cuyo tronco tenía el grosor de tres hombres. En esos momentos, ocho legionarios con hachas intentaban partirlo, pero Piso estaba seguro de que los guerreros descenderían sobre ellos como una jauría de perros salvajes antes de que lo lograran. El *barritus* comenzó a sonar de nuevo, cada vez más fuerte, y tres *berserkers* empezaron a correr delante de sus compañeros y a exhortarlos para que los siguieran. Piso trató de no sucumbir al miedo y se concentró en vendar bien el brazo de Vitelio con tela de su propia túnica.

Mientras tanto, alcanzó a oír la conversación que mantenían Tulo y

Fenestela.

—Perderemos a la mitad de los hombres, o más, si nos quedamos aquí defendiendo esta posición —comentó el *optio* con el semblante ensombrecido.

—Pero si no apartamos este maldito árbol o lo cortamos, todas las cohortes tendrán dificultades para pasar al otro lado —replicó Tulo.

—No será así si cada unidad resiste hasta que llegue la siguiente.

—¿Y qué probabilidades hay de que eso suceda? Los cabrones de la primera ya nos han abandonado. El resto de las cohortes hará lo mismo.

—En tal caso, ¿por qué deben morir por ellos nuestros hombres? —gritó

Fenestela.

—¡Porque eliminar este obstáculo implica salvar vidas! —espetó Tulo.

—¿Significa eso que los hombres deben seguir cortando el árbol mientras el resto los protegemos, señor? —inquirió Fenestela, que puso especial énfasis en la última palabra.

—Así es, *optio* —repuso Tulo haciendo lo propio.

—Como tú digas, señor.

—¿Listos, hermanos? —preguntó Tulo—. Estos salvajes se preparan para atacarnos de nuevo. ¡Cerrad filas! Segunda fila, apretaos contra la primera. Estos hijos de perra no deben atravesar nuestra posición. Los pobres soldados

que tenemos detrás confían en nosotros para que les despejemos el camino.

Las palabras de Tulo sonaban a sentencia de muerte, opinó Piso. Cientos de guerreros empezaron a cargar contra ellos y los legionarios de las hachas todavía tenían mucho trabajo que hacer. A su derecha se extendía la ciénaga y, por detrás, el camino estaba bloqueado por miles de legionarios. La única posibilidad de salvación se hallaba al frente, pero para ello debían defender esa posición. «Estamos todos condenados», pensó Piso, pero se avergonzó de pensarlo al mirar a Vitelio, que tenía todavía menos posibilidades de sobrevivir que él.

Piso ocupó su lugar en la segunda fila y se preparó para morir pero, para su gran sorpresa, el avance enemigo se detuvo de repente. Confusos, los legionarios se miraron entre sí y miraron a Tulo y cuando, finalmente, miraron atrás, vieron aparecer por encima del árbol a más soldados, liderados por un centurión de aspecto feroz cuyo casco había perdido su penacho.

El centurión se encaminó a Tulo.

—¡Justo a tiempo! Ahora seguro que logramos mantener a raya a esos cabrones.

—¿Mantenerlos a raya? —El centurión sin penacho soltó una carcajada y bajó la voz—. No hace

falta. La batalla está perdida.

A pesar de hablar bajo, muchos soldados lo oyeron, incluido Piso.

—En nombre de Hades, ¿de qué estás hablando? —preguntó Tulo.

—El último legado ha muerto. Lucio Egio también. Todos los tribunos, salvo dos, han muerto o han sido capturados. El cabrón de Ceionio se ha rendido.

Piso no daba crédito a sus oídos y Vitelio perdió el poco color que le quedaba en la cara. Los amigos se miraron aterrorizados.

—¿Y Varo? ¿Qué sabes de él? —preguntó Tulo.

—Está herido —respondió el centurión sin penacho, que hizo una

breve pausa antes de continuar—. Se rumorea que tiene intención de suicidarse.

—¿Y hasta qué punto es fiable esta información? —susurró Tulo.

—Las bajas son las que te comento. Me lo ha dicho un amigo que formaba parte de la escolta de los oficiales. Hace una hora, miles de guerreros los atacaron por segunda vez y casi acabaron con todos, soldados y oficiales. En cuanto a Varo, no estoy seguro, pero es lo que se rumorea. Allá detrás reina un caos absoluto. La disciplina solo se mantiene en las unidades donde los centuriones siguen con vida. Los soldados están corriendo

hacia la ciénaga, se están rindiendo y matando entre sí. Una segunda águila ha sido aprehendida. Se ha acabado, hermano. Ha llegado el momento de huir —declaró el centurión sin penacho. Con una palmada a Tulo en la espalda, se dispuso a seguir su camino.

El centurión lideró a sus hombres hacia delante y un grupo de guerreros se abalanzó de inmediato sobre ellos.

Piso y los soldados que habían oído la conversación esperaron inquietos, sin ganas ya de seguir luchando. El resto vio avanzar al centurión con sus soldados sin entender nada.

—¿Has oído lo que ha dicho? —
Piso oyó que Fenestela preguntaba a

Tulo.

—No hables tan alto.

—¡No podemos quedarnos aquí! —
susurró Fenestela.

—Es un rumor —replicó Tulo,
aunque con tono vacilante.

—¿Acaso deben morir todos los
hombres mientras esperamos a que se
confirme el rumor? El maldito Varo
tiene la culpa de que estemos aquí. Si te
hubiera hecho caso...

—Basta —ordenó Tulo—. Déjame
pensar.

—Pero que sea rápido, porque van a
atacarnos pronto.

Los momentos siguientes fueron los
más largos de la vida de Piso. Por

encima de los hombros y cabezas de sus compañeros divisó una nueva oleada de guerreros que avanzaba hacia ellos. Eran cientos de hombres y su número aumentaba con el goteo constante de refuerzos procedentes del terraplén. Al principio caminaban hacia ellos, pero luego aceleraron al trote y, al cabo de un instante, se lanzaron a la carga a toda velocidad, liderados por los *berserkers*, que eran seis. Piso vio a uno que sacaba espuma por la boca mientras otro blandía un garrote lo bastante grande como para aplastar un casco o partir un escudo en dos. El legionario que estaba delante de Piso comenzó a sollozar.

—¡Quiero irme a casa! ¡Quiero irme

a casa! ¡Quiero irme a casa!

—¡Cierra la boca! —gritó Piso, pero el daño ya estaba hecho.

Cundió el pánico y los hombres de la primera fila comenzaron a retroceder en el limitado espacio que tenían. El árbol estaba a tan solo diez pasos detrás de Piso que, a pesar de su miedo, empujó al soldado de delante para evitar que se retirara.

—¡NO RETROCEDÁIS, MARICONES!

Los soldados contemplaron boquiabiertos a Tulo, que se había plantado delante de ellos, sin nada que se interpusiera entre él y los guerreros.

Al ver a Tulo, los *berserkers* corrieron más rápido. Unos treinta pasos

los separaban de los romanos. El resto de los guerreros seguía a los *berserkers* en una gran oleada mortífera.

—Vamos a tomar ese camino, hermanos —explicó Tulo en voz alta, pero con tono tranquilo después de retomar su posición en la primera fila—. Pero para ello tenemos que librarnos primero de estos cabrones hijos de puta. ¿Podéis hacer eso por mí? ¿PODÉIS?

Veinticinco pasos.

—Sí, señor —gritaron Piso y el resto.

Veinte pasos.

—¡NO OS OIGO, MALDITA SEA!

Quince.

—¡SÍ, SEÑOR!

Diez.

—¡ROMA! —rugió Tulo.

Cinco.

Y entonces llegaron los guerreros.



Varo estaba rodeado de legionarios presionándose un trozo de túnica rasgada contra la herida que tenía en el muslo y observando cómo los últimos hombres de su cohorte luchaban por sobrevivir. Estaban en medio del camino, asediados por un grupo de guerreros que vociferaban. No había dejado de llover a cántaros desde el amanecer, por lo que germanos y romanos estaban mojados por igual. Hacía tiempo que el terreno estaba

empapado y el agua se acumulaba por todas partes. Formaba charcos en los surcos y pisadas que había en el barro. Se acumulaba alrededor de los cadáveres. Llenaba la curvatura de los escudos abandonados y los cascos vueltos del revés y goteaba en la boca abierta de los hombres muertos. Varo se dio cuenta de que la mayoría eran legionarios y le embargó cierta vergüenza. Los soldados del imperio. Los soldados de Augusto. Sus soldados.

Tenía que haber hecho caso a Tulo, pensó Varo por enésima vez. El cabrón de Arminio era el culpable de todo aquello.

Los retumbos ensordecedores de los

truenos iban acompañados de los destellos blanquecino-amarillentos de las nubes. Había tan poca luz que habría sido fácil pensar que se acercaba el atardecer, si bien Varo sabía que era poco más del mediodía. Con penumbra o sin ella, seguía distinguiendo la dichosa ciénaga. Discurría a su derecha, cerca, una masa de color verde pardusco de brezo, juncos lanudos, romero de pantano y epimedio. Por ahí no se podía ir a ningún sitio. A su izquierda tampoco tenían escapatoria. El muro del terraplén parecía no tener ni principio ni fin y tras él había una cantidad interminable de guerreros.

Por detrás de Varo la mayoría de los

legionarios parecían haberse dado por vencidos. Muchos intentaban huir, aunque para ello tuvieran que empujar a su escolta. Los guerreros les impedían el paso en manadas, presa fácil para sus *frameae*, oscilantes y cortantes. Otros soldados mataban a sus compañeros heridos o se clavaban ellos mismos la espada. Unos pocos seguían luchando, como los hombres que rodeaban a Varo, pero eran demasiado pocos, demasiado aislados. Pronto morirían, al igual que los hombres de su alrededor. Se preguntó si habrían matado ya a Aristides. Esperó que al menos el griego muriera de forma rápida, fuera cuando fuese. Lamentó no haberle dejado en

Vetera. Por lo menos su esposa estaba ahí, sana y salva. A pesar de lo quejica que era, le habría gustado verla a ella y a sus hijos ya mayores por última vez. Al pensar en su familia, a Varo le entró un tipo de miedo distinto. Su nombre sería difamado para siempre jamás y no le costaba imaginar que lo mismo le ocurriría a sus seres queridos, que eran inocentes. «Por todos los dioses, que no sufran por culpa de mis errores», suplicó.

—¿Cuáles son las órdenes, señor?

La pregunta se repitió dos veces más hasta que Varo se dio cuenta de que iba dirigida a él. Parpadeó y se centró. Tenía delante a un centurión

ensangrentado, con la espada llena de sangre y el escudo agujereado por culpa de las lanzas enemigas. Varo no le reconocía, lo cual resultaba un fastidio.

—¿Cómo te llamas?

El centurión frunció el ceño.

—Claudio Cornelio Antonio, señor.

Qué debemos...

—¿En qué cohorte sirves y en qué legión?

—¡Qué más da, señor! —exclamó Antonio, gesticulando hacia los guerreros que les rodeaban—. Creo que deberíamos intentar escapar. Tú, yo y una docena de hombres. Cámbiate la capa y el casco de comandante por el de un legionario normal. Ya nos

apañaremos.

—¿Huir? ¿Como un cobarde? —
Varo le dedicó una sonrisa triste—. El
gobernador imperial de Germania no
huye.

—No quedan muchas más opciones,
señor —dijo Antonio, que no consiguió
disimular la exasperación que sentía—.
Nos están masacrando. Estos legionarios
son valientes, pero no resistirán mucho
más.

A Varo le embargó una profunda
calma. No tenía ningún sentido que
murieran más soldados por defenderlo a
él.

—Ha llegado mi hora —dijo, al
tiempo que se desabrochaba el peto de

la armadura—. Ayúdame a quitármelo.

El centurión lo miró anonadado.

—Se han perdido por lo menos dos águilas. Todos mis oficiales de alto rango están muertos o han sido tomados prisioneros y la mayor parte de mi ejército es pasto de los animales salvajes. Se acabó —declaró Varo—. Considero que es preferible morir por iniciativa propia que en manos del enemigo.

—Señor, discrepo. Tú...

—¡Basta! —bramó Varo—. Cuando yo ya no esté, haz lo que quieras con tus soldados. Correr, rendirse o morir luchando, allá tú.

—Muy bien, señor. —Antonio se

dispuso a ayudar a Varo a quitarse la armadura.

—Incinera mi cadáver si puedes.

—Sí, señor. —El centurión observó impertérrito que Varo dejaba caer el peto y la parte posterior de la armadura en el barro y desenvainaba la espada.

Varo pensó entonces en la ironía que suponía que todavía no tuviera la hoja ensangrentada. Lo más cerca que había estado de matar a un enemigo había sido al guerrero que le había clavado la lanza en el muslo, pero un legionario anónimo había matado a su contrincante antes de que Varo tuviera ocasión de hacerlo.

Se arrodilló. La lluvia le refrescó el rostro sudoroso mientras contemplaba el

cielo ofreciendo una breve plegaria a Júpiter y otra a Marte. Se oyó el retumbo de un trueno, como queriendo decirle que solo le escuchaba Donar, el dios de los germanos. Varo no intentó pensar así y visualizó a su padre y abuelo, muertos ambos del mismo modo. Les pidió que no le dejaran hacer una chapuza, que es lo que había hecho con todo su ejército. Sujetó la empuñadura de marfil de la espada con ambas manos y colocó la hoja de forma que el extremo estuviera bajo la última costilla del costado izquierdo. El extremo afilado le entró un poco en la carne pero agradeció el dolor. Según le habían dicho, era el mejor sitio, cerca del corazón.

Se oyeron más gritos, el choque del metal contra el metal, el golpe sordo de algo pesado, ¿un garrote, quizás?, al partir un cuerpo. El borboteo de la sangre al llenar la garganta de un hombre. Antonio soltó un juramento, bramó a sus hombres que tuvieran los cojones de aguantar. Los sonidos y las muertes que implicaban llegaron hasta Varo como si hubieran pasado por un túnel largo y oscuro. En esos momentos, su mayor deseo era ir a algún otro sitio. Un lugar en el que olvidar el barro infernal, el derramamiento de sangre, sus soldados muertos y, sobre todo, su fracaso. Se dobló por la cintura. Si su estocada no bastaba, su cuerpo tenía que

deslizarse por la espada y acabar lo que había empezado.

Entonces notó ya la bilis en la boca, cómo se le aceleraba el corazón, casi como si quisiera huir de la espada. Varo apretó los puños alrededor del marfil y tensó los músculos. Con un esfuerzo sobrehumano, se clavó la espada más adentro. Notó una explosión de dolor candente en su interior, que eclipsó todas sus sensaciones anteriores. Varo empleó su último aliento para clavarse la hoja hasta lo más hondo y para caer hacia delante.

El barro le recibió con una velocidad espeluznante.

«Arminio», pensó.



Tulo no sabía cómo había logrado arrancar a algunos de sus hombres del tronco del árbol. Si hubiese habido más *berserkers*, habrían muerto todos allí. La mitad de los soldados de su centuria que habían sobrevivido habían caído antes de matar a los *berserkers* y de conseguir repeler su ataque. Pese a este pequeño éxito, sus enemigos no se habían retirado más que un par de docenas de pasos. No era necesario retirarse más. Sus hombres estaban

exhaustos, además de ser muchos menos, incluso para plantearse un contraataque. Pero los guerreros también eran humanos y habían sufrido muchas bajas. Después de haber sobrevivido a otra tormenta de hierro más, necesitaron un poco de tiempo para recuperar la respiración entrecortada, dejar descansar los músculos doloridos y orinar unas pocas gotas que dieron la sensación de valer tanto como el contenido de un ánfora.

Los guerreros de las tribus sabían que tenían todas las de ganar, por supuesto. Tulo y sus soldados necesitaban refuerzos mientras que sus enemigos solo requerían un descanso

antes de lanzarse de nuevo al ataque. De modo que, ignorando a los guerreros al acecho de la misma forma que un ciervo herido intenta no ver a los zorros que le persiguen, Tulo había empezado de nuevo a recorrer con paso cansino el sendero enlodado. No había habido tiempo de curar a los heridos ni de hacer otra cosa que ordenar a todo aquel que pudiese que le siguiera.

—Si queréis seguir viviendo, seguidme, joder —había dicho Tulo.

Menos de una veintena de hombres le había seguido, la gran mayoría con una herida como mínimo. Fenestela todavía estaba allí y Piso, el nuevo recluta, y su amigo Vitelio, que ya ni

siquiera podía sostener un escudo. Y lo más increíble de todo era que la mujer que había rescatado y su hija habían sobrevivido, igual que el cachorro. Eran muchos menos de lo que hubiese deseado, pero más valía eso que nada, se dijo Tulo. Un sentimiento de amargura se apoderó de él. ¿Cómo había llegado al punto de poder imaginar que aniquilasen a sus soldados?

Varios grupos del resto de la cohorte, formados por seis, diez y a veces más soldados, les seguían rezagados, pero Tulo no se detuvo para que se uniesen a ellos. Eso le correspondía a sus centuriones y a sus *optiones*, si es que seguían vivos. Él

solo estaba al mando de su centuria, únicamente de su centuria. Se trataba de una decisión radical, pero si intentaba salvar a más soldados, no lograrían sobrevivir. El árbol había sido la última gota. Una cosa tan sencilla, pero tan efectiva. «Arminio, hijo de perra», pensó.

Después de recorrer cien pasos, los guerreros todavía no se habían movido. Tulo les miró por encima del hombro. Quizá sus hombres y él estuviesen al fin de suerte. Quizás esos cabrones esperasen a los siguientes legionarios. Recorrieron cincuenta pasos más y sus esperanzas se vieron confirmadas. Tulo hizo acopio de todas las fuerzas que le

quedaban y llevó a sus hombres a una velocidad que se acercaba al galope. Poco después, se llevó una gran alegría al descubrir una inmensa formación rocosa a su izquierda que había evitado que el terraplén fuese continuo. Por lo que parecía, se extendía hasta bastante lejos. Quién sabía lo que había detrás, pero tener garantizado un respiro de los ataques enemigos parecía un regalo de los dioses. Tulo dejó que sus cansados soldados aminoraran la marcha, le vendó la pierna a uno de los hombres, repartió unas cuantas palmadas fuertes en la espalda, sonrió a la mujer, apretó el brazo de Fenestela. Pero no dejó de caminar. En ese pozo de desesperación,

detenerse equivalía a morir.

Su optimismo duró poco.

A lo largo de la parte más alejada de la formación rocosa aparecían más terraplenes. Sobre ellos, una muchedumbre de guerreros gritaba mientras disparaba las lanzas que llovían sobre lo que parecía que era la primera cohorte, o lo que quedaba de ella. Los montones de cuerpos en el camino eran la prueba de que la batalla no acababa de empezar. Tulo aminoró la marcha, se detuvo y luchó contra la desesperación que le invadía. Había maldecido a la primera cohorte por haberlos abandonado, pero también esperaba que hubiesen escapado. Ahí

tenía un aviso del destino que probablemente les esperaba.

Parecía como si el cuerpo de Tulo percibiese lo hundido que se sentía. Todo él empezó a protestar a la vez. Le dolían las caderas y los brazos le temblaban del cansancio. Sentía un dolor punzante en la base de la columna, como si un herrero iracundo le golpease con su martillo más pesado. De debajo del punto donde el proyectil de la honda había impactado en la cota de malla le irradiaban espasmos de dolor. Una bruja malvada le clavaba agujas en la vieja herida de la pantorrilla. Parecía que tenía los ojos llenos de arena, la boca y la garganta estaban secas y le dolían, su

rostro estaba cubierto de sudor. Lo que quería, lo que deseaba, era tumbarse y cerrar los ojos. El maldito adivino tenía razón, pensó. El barro sería el final de todos ellos.

—No seas cerdo y no me abandones.

—¿Qué? —disgustado porque no se había dado cuenta de que Fenestela se había acercado sigilosamente y sorprendido por lo que le había susurrado, Tulo se volvió. Su *optio* estaba tan cerca que le resultaba incómodo, la mirada comprensiva pero dura como una piedra. «Nota el miedo que siento», pensó Tulo, con la sensación de ser un viejo, un fracasado.

—Si te rindes, Tulo, estamos

jodidos. Jodidos. Todos —le susurró Fenestela—. Mira a los hombres. ¡Míralos solo una vez! Siguen marchando solo porque tú les diriges. Tú les infundes esperanza. Tú. Si tú no logras encontrar la forma de salir de esta mierda, es imposible que ellos la encuentren. Y por lo que respecta a la mujer y a la niña... estarán muertas al atardecer.

Fenestela tenía razón, pensó Tulo. Había observado a sus soldados de reojo desde que habían partido esa mañana, había visto cómo iban perdiendo la moral, poco a poco, un poco más con cada ataque sucesivo. Lo más probable es que estuviesen

sentenciados, pero debía a sus hombres no rendirse. Y a la mujer. ¿De qué había servido salvarla si ahora la abandonaba? Respiró hondo y enderezó la columna, que crujió.

—Te he oído. Seguimos adelante.

Fenestela pareció aliviado. Hizo un gesto brusco con la cabeza hacia los atribulados legionarios que iban delante.

—En mi opinión, nuestra mejor baza es evitar la lucha y pasarlos lo más rápido posible, con la cabeza gacha, siguiendo la orilla de la ciénaga.

Tulo contempló la vorágine y vio que Fenestela había sido muy perspicaz. Debido al temor a la ciénaga ambos bandos se habían mantenido alejados de

ella, lo que había dejado una estrecha franja libre de combatientes.

—Un buen plan —asintió—. Forma a los soldados en una fila. Iremos despacio hasta que toque el silbato, después a paso ligero al atravesar el campo de batalla. Ordena a todos que miren al suelo, no al enemigo.

—Sí. —Fenestela se disponía a marcharse, pero Tulo le alcanzó para detenerlo.

—Te... te agradezco lo que me has dicho.

—Tú harías lo mismo por mí.

A Tulo se le encogió el corazón.

—Seguro. Nos vemos en el otro lado.

—En el otro lado —repitió Fenestela guiñándole el ojo. Se marchó repitiendo las órdenes de Tulo.

—¿Preparados, hermanos? —preguntó Tulo, intentando vencer el miedo a que el endeble plan de Fenestela fracasase.

—Sí, señor —respondieron sus soldados con voz ronca—. Sí. Sáquenos de aquí, señor.

Con un toque grave de su silbato, Tulo encabezó la marcha.

Era imposible ir a paso ligero en la zona de combate, en algunos lugares tenían que vadear la orilla de la ciénaga y se hundían hasta las pantorrillas. Pero gracias a la ferocidad de la batalla y al

barro que los cubría de los pies a la cabeza, ni los guerreros de las tribus ni los legionarios se percataron de su paso por allí. A Tulo esto le recordó a unos ladrones que una vez robaron al mayor comerciante de vinos de Roma y se llevaron sus mejores vinos; se limitaron a reducir a los trabajadores que estaban en el interior del local y a cargar las ánforas en los carros aparcados en la calle, a la vista de todos. Muchas veces la gente pasa desapercibida si actúa con decisión, como si hubiese nacido para estar en el lugar.

Después de recorrer aproximadamente quinientos pasos, habían dejado atrás a la sentenciada

primera cohorte. Empezaron a aparecer huecos en el terraplén germano. Para sorpresa y alivio de todos, no estaban vigilados. Tulo se animó. Pese a su astucia, Arminio no era del todo capaz de inculcar la disciplina romana a sus aliados. Lo más probable era que los guerreros que habían sido asignados a estos puestos se habrían cansado de esperar la llegada de los legionarios y se habían marchado al campo de batalla.

Su presentimiento resultó ser acertado. Un poco más adelante se encontraron con los cuerpos de los últimos auxiliares, galos, repartidos a lo largo de un tramo del camino de unos cientos de pasos de longitud. Los galos

se habían mantenido juntos y habían provocado antes de morir muchas bajas entre los guerreros de las tribus. Ahora las únicas señales del enemigo que se veían eran los montículos de cadáveres. Tulo empezó de nuevo a albergar esperanza. Cuanto más avanzaban sin obstáculos, más probable era que hubiesen dejado atrás a los soldados de Arminio.

Su cinismo le hizo pensar que era demasiado bueno para durar y no se equivocó. Poco después, lo único que les salvó de ser descubiertos fue una suave curva en el camino. Al oír el ruido de unos hombres que se acercaban, Tulo forzó, empujó y maldijo

a sus soldados para que se apartasen del camino y se escondiesen detrás del terraplén enemigo. Si hubiese habido un solo guerrero en su puesto, hubiese acabado con ellos, pero solo se encontraron con charcos de agua, unas cuantas cortezas de queso desechadas y el olor a orines. Los hombres de Tulo se acurrucaron contra el muro de tierra y de hierba como si del lecho más blando se tratase, mientras él vigilaba a través de un hueco de la fortificación.

Tulo observaba con la boca seca el paso de centenares de guerreros que se dirigían al campo de batalla. Ni uno solo de ellos había mirado siquiera de soslayo donde ellos estaban, hasta que

la niña empezó a lloriquear. Tulo vio que uno de los guerreros que se encontraba al final del grupo volvía la cabeza. «Maldita mocosa», pensó, dándose media vuelta. La mujer ya le había tapado la boca a su hija y él gesticuló frenéticamente para que no se la destapase y que sus hombres también permaneciesen en silencio. El corazón le dio un vuelco cuando volvió a mirar: el guerrero se había separado del grupo y se acercaba despacio hacia donde ellos estaban. Un camarada le llamó; Tulo oyó que el hombre le respondía que había oído algo que seguramente no era nada, pero que tenía que cagar. Enseguida les alcanzaba.

Tulo no dejó de mirar por el hueco hasta que el riesgo de que lo viesen era demasiado grande. Todavía parecía que el guerrero estaba solo, lo que ya era algo. Tulo apoyó su espada en la pared de tierra, sacó el puñal y salió al otro lado del hueco. «Fortuna, he puesto a prueba tu paciencia más de una vez — pensó—, pero sé buena conmigo una vez más y te juro que te presentaré como ofrenda el mejor toro que pueda costearme». Con el puñal preparado y el corazón palpitando con fuerza, esperó. Escuchó.

Nada. Tulus inhaló y exhaló, inhaló y exhaló por la nariz. La espalda le dolía más. Seguía sin oír nada. ¿Había

decidido el guerrero vaciar su intestino delante del terraplén? Al ver una mirada inquisitiva en más de un hombre, señaló hacia fuera, se agachó con mímica y puso un dedo sobre los labios. Puede que todavía lograsen que no les descubriesen. Era posible que el guerrero no mirase detrás del terraplén.

El sonido inconfundible de pasos que se acercaban al hueco puso fin a esa esperanza.

Tulo apoyó la espalda contra la pared, maldiciéndose por ser idiota. Tenía que haberle dicho a Fenestela o a uno de los otros que esperase al otro lado, de modo que hubiese alguien para matar al guerrero entrara por donde

entrarse. Pero ya era demasiado tarde para eso. Tulo tenía que esperar que el guerrero volviese la cabeza hacia la derecha o, en caso de que mirara en su dirección, que tuviese suficiente tiempo para matarlo antes de que se pusiese a gritar para avisar.

Tulo tenía la palma de la mano empapada de sudor y soltó la empuñadura de la daga. Apretó el puño, aguzó el oído. El fuerte pedo que se oyó de fuera casi le hizo reír. El sonido del hombre que defecaba sonaba a diarrea y fue suficiente para abocarle a la acción. No iba a encontrar una oportunidad mejor. Asomó un poco la cabeza por el hueco, lo suficiente para comprobar que

el grupo de guerreros ya había pasado y no se veía, y así era, y después salió corriendo a la mayor velocidad posible. El guerrero estaba en cuclillas apoyado contra el terraplén, con los calzones bajados, el rostro con el ceño fruncido por la concentración. Se había percatado de su llegada demasiado tarde, había abierto la boca con expresión de terror demasiado tarde.

Una puñalada y otra. Una puñalada y otra. Con el mismo frenesí con el que un herrero golpea una espada al rojo candente para darle forma, Tulo clavó la hoja del puñal en el lateral del cuello y del pecho del guerrero. Cuatro, cinco, seis veces. La sangre que manaba de las

heridas caía en las manos de Tulo. Un grito ahogado salió de los labios de la víctima y Tulo le apuñaló dos veces más para asegurarse. Con un sonoro y último pedo, el guerrero se deslizó de lado hacia el suelo con una expresión de incredulidad en el rostro.

Tulo sintió náuseas, pero no por el olor penetrante de la sangre cobriza, sino por el fuerte hedor de la mierda fresca. Le bastó echar un vistazo rápido al camino —no vio más guerreros— para jurarle a Fortuna que el toro era suyo. Si lograba salir de esta, claro está. «Recuerda, Fortuna —pensó—. Que tengo que llegar hasta Vetera para poder cumplir mi promesa». No era sensato

hacer responsable a una deidad, pero la masacre había hecho que Tulo perdiese toda inhibición a ese respecto.

Si hubiese sido el cachorro el que hubiese hecho un ruido, quizá le habría cortado el cuello, pero Tulo no iba a matar a una niña, y más teniendo en cuenta que la había salvado. Casi parecía que la mujer lo sabía, pues le sonrió patéticamente cuando él instó a sus hombres a que saliesen de detrás del terraplén.

—A partir de ahora no dejaré que haga ruido —susurró.

—A ver si es verdad —repuso Tulo con semblante serio—. La próxima vez no tendremos tanta suerte.

Consciente de que su destino pendía de un hilo, Tulo ordenó a Piso, uno de los tres hombres que no estaban heridos, que se adelantase. Sus instrucciones eran que espíase a los guerreros de las tribus antes de que estos vieses al grupo, una difícil misión. Pero Piso se puso en marcha sin una palabra de protesta, lo único que hizo fue pedir que alguien estuviese pendiente de su amigo Vitelio. La batalla le había convertido en un soldado de verdad, pensó Tulo, con una pizca de orgullo.

Piso demostró su valía dos veces en las horas anteriores al anochecer, desandando el camino para avisarles de que unos guerreros se acercaban. La

primera vez se escondieron detrás del terraplén, pero la segunda no había adónde ir excepto a la ciénaga. Encogido detrás del inadecuado escondite que proporcionaban los matorrales de brezo, hundido con el lodo hasta el pecho, tumbado detrás de las matas de juncos lanudos, el aterrizado grupo esperó lo que pareció una eternidad hasta que los guerreros, muchos de los cuales parecían borrachos, continuaron su camino.

Cuando oscureció, Tulo escogió un lugar para pasar la noche. No era más que un denso bosquecillo de hayas situado a la izquierda del sendero, pero

a ciento cincuenta pasos de distancia, lo cual suponía que ninguno de los guerreros se acercaría hasta allí para orinar o defecar. El terraplén se había terminado hacía rato, por lo que volvían a encontrarse en el bosque. A pesar de la milagrosa escapada del pequeño grupo, Tulo estaba inquieto. En algún momento pasarían por allí grupos de guerreros y los descubrirían. La niña o el cachorro podrían delatarlos de nuevo. No tenían ni comida ni mantas. El agua se podía conseguir de los charcos que había por allí, pero sus maltrechos hombres necesitaban más que eso. Encender un fuego era demasiado peligroso, incluso aunque hubiesen

tenido leña seca. La lista de temores de Tulo era interminable y le roía las entrañas con un dolor incesante que nada tenía que envidiar a sus otros dolores.

También le preocupaba que había visto una bifurcación en el camino. No tenía ni idea de cuál era la ruta más rápida al Lupia y a un fuerte romano. Por la mañana tendría que decidir, y si tomaba la decisión errónea, el hecho de haber sobrevivido ese día no significaría nada.

Pese a todas sus preocupaciones, Tulo se quedó dormido en cuanto cerró los ojos.

Soñó con una matanza.

Luchaba a muerte contra dos *berserkers*. Igual que habían hecho ese día, el par se separó y uno le atacó por delante mientras el otro le rodeaba para colocarse a su espalda. Mientras luchaba contra el primer guerrero, se sentía incapaz de contener al segundo. Cuando chocó contra el oponente que tenía delante, sintió que alguien le sujetaba el brazo izquierdo. Tulo, que esperaba una hoja que le rebanase el cuello, se retorció, intentó volverse y escupió una maldición. Incluso si lograba detener al segundo guerrero, el

primero le destriparía donde estaba.

Una mano le tapó la boca.

—¡Tranquilo, soy yo, Fenestela!

Tulo se despertó con una desagradable sacudida. No le estaba atacando ningún *berserker*. Estaba tumbado de costado bajo un árbol, calado hasta los huesos. Fenestela estaba en cuclillas a su lado tapándole la boca. Tulo sacudió la cabeza para mostrar que le entendía y le apartó los dedos.

—Una pesadilla. Estoy bien — susurró—. ¿Qué sucede?

—Piso está aquí, señor. Estaba de guardia. Tiene a alguien con él.

El tono de Fenestela acabó de

eliminar la ofuscación de la mente de Tulo. Se incorporó con un gesto de dolor que provenía de todo su cuerpo.

—¿A quién?

Fenestela se inclinó para acercarse más.

—A ese guerrero tuyo, señor. Degmar.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Degmar? ¿Aquí?

—Sí. Está allí con Piso. —Fenestela señaló con el pulgar el extremo del bosquecillo.

Tulo se apresuró hacia allí con Fenestela, dando tropiezos con las raíces de los árboles y con los cuerpos tumbados de sus hombres que

descansaban. Espió a Degmar, que estaba en cuclillas mascando algo. Piso estaba de pie a su lado, repartiendo la mirada entre el terreno que llevaba hasta el camino y el guerrero marso. Degmar se levantó cuando Tulo se acercó; la blancura de sus dientes brillaba en la tenue luz.

—Dichosos los ojos —masculló Tulo, extendiendo la mano. Se estrecharon las manos con fuerza—. Dichosos los ojos —repitió Tulo sonriendo—. Me alegro de verte... vivo.

—No me sorprende que todavía estés aquí —repuso Degmar, con una sonrisa.

—La diosa Fortuna ha sido buena al menos con unos cuantos —añadió Tulo mientras miraba a sus soldados.

Degmar resopló.

—Has sido tú quien has conseguido traerlos aquí, no la diosa Fortuna.

«Es verdad —pensó Tulo—. Qué pena no haber podido salvar a más hombres».

—Pensaba que estabas muerto. —
Vaciló.

Degmar se rio antes de contestar:

—O que había huido, ¿eh?

—Me lo planteé. No habría sido tan extraño.

—Te hice una promesa. Eso no lo cambia la emboscada de Arminio. Hasta

que pague mi deuda, te seguiré.

Tulo sonrió.

—Debo decir que para que me hayas encontrado aquí, debes de ser mejor que todos los sabuesos con los que me he cruzado en esta vida.

—Si te soy sincero, ha sido por pura suerte. No conseguí encontrarte cuando acabé de reconocer el terreno y era muy peligroso para mí unirme a cualquier otra unidad: me hubiesen matado. Me escondí dos días más y después seguí al ejército. No servía de nada comprobar si estabas entre los muertos, había demasiados. Me imaginé que habías sobrevivido y seguí eludiendo la lucha. No fue difícil teniendo en cuenta cómo

voy vestido. —Degmar señaló la túnica y los calzones, típicos de cualquier guerrero germano—. Seguí caminando hoy al atardecer y presté atención por si encontraba a alguien que hablase en latín. Me crucé con varios grupos pequeños, pero en ninguno había oficiales de alto rango. Al final, empecé a buscar cobijo y llegué a este bosquecillo. Tu centinela me vio primero y me dio el alto en latín. Por suerte, fui capaz de responderle en el mismo idioma. Le di mi nombre y él me dijo que estabas aquí —Degmar se encogió de hombros—. Te diriges al Lupia, ¿no?

—Sí —repuso Tulo, pensando en la

bifurcación que había encontrado antes
— ¿Conoces el camino?

—Sí.

Por cansado que estuviera, a Tulo le entraron ganas de ponerse a bailar.

—Eso es más de lo que podía esperar. ¿Cuánto hay hasta Aliso?

—Cuarenta y ocho millas, quizá cincuenta. Es un viaje lento. Tres o cuatro días. Tendremos que tomar pequeños senderos a través del bosque. Las vías principales serán muy peligrosas.

Tulo ya se lo había imaginado pero, aun así, sintió una nueva punzada de miedo.

—¿Los guerreros de Arminio van a

atacar los fuertes locales?

—Por lo que he oído piensan incendiar todos los asentamientos romanos al este del Rhenus. Es muy posible que Aliso haya caído cuando lleguemos —explicó Degmar—. Si es que llegamos —añadió sin ironía aparente.

—Cedicio es un perro viejo y astuto —añadió Tulo, recordando la noche de primavera que Tubero y él pasaron con Cedicio y el vino que bebieron. Parecía que hacía una eternidad—. Será difícil tomar el campamento con él al mando.

El gruñido de Degmar fue evasivo.

—Que los dioses concedan que así sea. El camino entre Aliso y Vetera será

muy largo si tenemos que recorrerlo
solos.



Al final del tercer día, Arminio se había dado cuenta de la magnitud de su victoria, pero no lo asimiló del todo hasta la mañana siguiente, cuando inspeccionó a solas el campo de batalla. El contraste entre el ambiente desenfrenado y cargado de alcohol de los campamentos de las tribus y la calma del bosque más allá era muy marcado, pero ninguno tenía punto de comparación con la increíble carnicería con la que se encontró a lo largo de la

ruta que habían tomado los desventurados romanos. Su caballo, curtido en muchas batallas, fue el primero en protestar, respingando y desviándose a lo largo del camino. Su reacción no era del todo sorprendente, pensó Arminio, pues tenía las fosas nasales cargadas con el olor a sangre, a excrementos y al gas que llena los vientres de los hombres muertos, y las orejas llenas del zumbido de las moscas y del graznido discordante de los cuervos y las cornejas que se alimentan de los cadáveres.

Casi todos los guerreros muertos habían sido recogidos por sus camaradas para recibir sepultura, sin

embargo, los cuerpos de los legionarios yacían por todas partes, como la basura de una casa esparcida por un estercolero. A la mayoría de los soldados les habían arrebatado las armaduras y las armas, dejándolos con la humillación de abandonar este mundo vestidos con las túnicas o las prendas interiores. Boca abajo en la ciénaga, medio sumergidos en los charcos turbios, boca arriba mirando al cielo. Solos, en pares, en grupos, debajo de un caballo atravesado por lanzas, amontonados unos encima de otros como si fuesen un montón de juguetes desechados por un niño. Espalda contra espalda o en círculos, donde habían

luchado y habían muerto juntos, o en hileras, sus vidas sesgadas, una a una, al huir. Un pobre desgraciado todavía estaba de rodillas. Varias estocadas de una *framea* le habían abierto el cuello y Arminio se preguntó si le habían puesto en esa postura después de muerto, para reírse de su cobardía.

Era habitual ver muchas cabezas aplastadas, porque para los germanos se evitaba así que el alma abandonase el cuerpo del difunto. A montones de legionarios les habían sacado los ojos y aún más habían sido decapitados para después clavar sus cabezas en los árboles como símbolos de la victoria y también como un aviso. Las

mutilaciones no acababan ahí. Les habían arrancado las orejas a mordiscos. A algunos les faltaban las piernas o los pies, las manos e incluso los testículos. En varios lugares se habían erigido altares de piedra y allí habían quemado vivos a oficiales de alto rango. Todo lo que quedaba de sus cuerpos eran formas ennegrecidas y retorcidas. A Arminio la escena le provocó arcadas, aunque no lamentaba que hubiese pasado, como tampoco sentía que los legionarios hubiesen muerto de tantas otras maneras distintas, a cuál más brutal. Los innumerables cadáveres eran la prueba fehaciente de su sacrificio a Donar, la sangrienta

encarnación de su juramento, dispuestos de forma tan clara que a nadie se le podría pasar por alto el propósito de su muerte. Esta era la recompensa de Roma por su agresiva política en la región durante el último cuarto de siglo: justicia divina impartida por las lanzas de sus guerreros.

«En la capital del imperio considerarán que aquí se ha cometido una atrocidad», pensó Arminio, pero así era como su pueblo, «su» pueblo, trataba la muerte de sus enemigos. Por mucho que las tradiciones de los romanos fueran distintas, ellos eran los invasores, los malhechores, no él y los hombres de las tribus.

Lo que ellos habían hecho, lo que él había hecho, era aniquilar a Varo y a sus lobos, a los despiadados ejecutores del mandato de Augusto. En días subsiguientes, de acuerdo con las órdenes de Arminio, miles de guerreros saquearían y quemarían todos los asentamientos al este del Rhenus, para limpiar la región de la influencia romana. Se preguntó la rapidez con la que la noticia del desastre inicial, su emboscada, llegaría al emperador. No tardaría mucho: en caso de urgencia, los mensajeros imperiales recorrían distancias increíbles en un día. «Tiembla en tu palacio, viejo —pensó—. He aniquilado tres legiones de un

plumazo. Una décima parte de tu ejército. ¡Una décima parte!».

Resultaba frustrante que ante un éxito de semejante calibre, las tribus solo hubiesen conseguido dos águilas. La tercera había desaparecido y era esa la que había sacado a Arminio de su lecho. Su victoria, la derrota infligida a Roma, no sería completa sin la última águila. Las aves de oro eran el máximo símbolo del poder de Roma, el corazón palpitante de cada una de las legiones y, por lo tanto, uno de los más altos honores de la batalla que un jefe podía otorgar a sus aliados. Sin duda la cabeza de Varo era otro pero esa iba a ser enviada a Marbod, rey de la tribu de los

marcómanos, en un intento de ganarlo para que participase en la guerra contra Roma. Arminio había regalado el águila de la XIX a los brúcteros, que habían provocado muchísimas bajas en el ejército enemigo, y la de la XX, a los chaucios, que se habían aliado tarde, pero habían aportado seis mil guerreros. Sin el último estandarte dorado, no podía entregar a los marsos la recompensa que les había prometido. El águila no solo cimentaba su alianza, sino que también reconocía la valentía de la tribu. El hecho de que fuesen pocos guerreros no había sido óbice para que aniquilasen a los oficiales de alto rango y a sus escoltas, un momento clave en la

emboscada, cuando la resistencia romana se desmoronó sin solución.

Un intenso gemido llamó la atención de Arminio. No era la primera vez que oía un sonido así: las mujeres que seguían a sus guerreros ya habían llegado y se abrían camino entre los muertos, buscando dinero y otros tesoros. Si encontraban a alguien vivo, le asestaban una puñalada rápida entre las costillas. Esta víctima estaba recibiendo un trato distinto, pues no dejaba de gemir, un sonido continuo de agonía y desesperación. Picado por la curiosidad, Arminio dirigió su caballo hacia el lugar de donde provenía el sonido, un claro en el bosque muy cerca

de una parte del terraplén que él había construido. Al acercarse, el sol se reflejó en algo metálico situado en la base del terraplén y entonces vio la máscara de un casco romano de caballería, derecho, como podría estar la cabeza decapitada de un hombre. No había rastro del cuerpo principal del casco y la valiosa lámina de plata había sido arrancada de la máscara con un puñal. Los orificios que correspondían a los ojos en la ennegrecida pieza de hierro con forma de rostro humano parecían mirar a Arminio, que no pudo evitar apartar la mirada.

«Dioses, haced que esto pertenezca a Tubero», pensó. Arminio sentía una

intensa aversión hacia el tribuno. Para su frustración, no se había sabido nada de él, no se encontraba entre los altos oficiales que habían muerto o habían sido capturados. Arminio consideró que, por extraño que resultase, estaría bien que el joven y ambicioso aprendiz de político hubiese escapado, pues eso pondría de manifiesto lo adulator que era.

El hombre al que cuatro guerreros torturaban no era Tubero. Por la apariencia de su armadura y de su casco, que estaban a su lado, no era más que un legionario común. Arminio no sabía qué heridas había recibido en combate, pero desde que le habían descubierto le

habían cortado la lengua. Con los labios rojos, la sangre goteando de la boca, emitiendo un agudo y terrible gemido, estaba arrodillado delante de sus captores con las manos en alto en señal de clemencia.

Los guerreros estaban tan absortos que no se dieron cuenta de la presencia de Arminio. Eran usípetas, lo cual no le sorprendió. Mientras otros guerreros preferían dormir la borrachera, algunos jóvenes usípetas habían formado parte del destacamento de asalto que quería venganza.

—No te entiendo —dijo uno de los guerreros en tono de burla.

—Creo que quiere que le

devolvamos la lengua —añadió otro con una melena negra. Pasó una masa de tejido rojo por debajo de la nariz del legionario. El soldado retrocedió y gritó más fuerte.

—Al fin has dejado de silbar, víbora —le dijo el moreno.

Sus camaradas se partieron de risa.

El moreno fue el primero en ponerse serio.

—Sujetadlo —ordenó. Dos de sus compañeros cogieron al legionario por los hombros y contemplaron al moreno sacando aguja e hilo de una bolsa que llevaba a la cintura. Frunciendo el ceño de la concentración, el guerrero empezó a coser los labios del legionario. Los

gritos de su víctima alcanzaron nuevas cotas y se resistió tanto que el moreno le dio una bofetada.

—¿Quieres que también te saque los ojos? —amenazó.

El aterrorizado legionario sacudió la cabeza con vehemencia para decir que no.

—¡Entonces no te muevas! —El moreno se inclinó y acabó el trabajo. Por increíble que parezca, el legionario logró mantenerse quieto, aunque no pudo evitar emitir unos gemidos amortiguados. Cuando terminó, el guerrero moreno guardó la aguja y se frotó las manos.

—Puede que me haya quedado un

poco torcida, pero no está mal, ¿eh?

—Si me hago un agujero en la túnica, ya sé a quién recurrir —bromeó uno de sus compañeros.

—¡Saludos! —gritó Arminio.

Los guerreros se volvieron. Al reconocer a Arminio le aclamaron como el héroe conquistador que era. Arminio desmontó del caballo, aceptó sus palmadas en la espalda y sus calurosas alabanzas.

—¿Nos has estado mirando? —preguntó el guerrero moreno, señalando con el pulgar al legionario, que se había desplomado en el suelo. Tenía los ojos vidriosos de terror y fuertes sollozos sacudían su cuerpo. Además se había

orinado encima.

—Sí —repuso Arminio.

—Ahora le sacaré los ojos. —El guerrero moreno se rio cuando el legionario protestó con un grito ahogado —. Las promesas no significan nada para un romano, imbécil —añadió por encima de su hombro.

Arminio ocultó su desagrado, cada vez mayor, con una amplia sonrisa y la promesa de entregar a más romanos a los usípetas, lo cual fue de su agrado.

—Bueno, os dejo con él —se despidió Arminio cuando los guerreros volvieron a centrarse en el legionario. Los cuatro estaban tan absortos que apenas respondieron a su despedida.

Un grito desgarrador cortó el aire antes de que el caballo de Arminio diera unos pocos pasos. Inquieto, se movió de un lado a otro relinchando. Arminio lo calmó e ignorando el terrible sonido, partió. Al final se fueron apagando los gritos. Arminio no sabía si era por la distancia o porque el legionario había muerto. Le resultaba totalmente indiferente.

Fue pasando el tiempo, una o quizá dos horas, sin rastro de la esquivada tercera águila. Arminio acabó observando los rostros de los innumerables muertos, preguntándose si Flavio habría sobrevivido. A pesar de la antipatía que sentía hacia su hermano, en

el fondo esperaba que hubiese sido así. Pero no habría forma de saberlo. Arminio nunca volvería a cruzar a la orilla occidental del Rhenus, y si Flavio vivía, lo mismo se podía decir de él pero a la inversa. Decidió que, para él, su hermano estaba muerto desde ese mismo día y apartó a Flavio de su mente con férrea determinación.

Arminio encontró el lugar donde Varo se había suicidado y el ennegrecido pedazo de tierra donde sus asistentes habían fracasado en su intento de quemar su cuerpo. Contó treinta cadáveres de centuriones por lo menos. Se alegró al ver que ninguno era el de Tulo. Una parte de él quería que Tulo se

contara entre el puñado de hombres que según había oído habrían sobrevivido. Pero lo que le preocupaba era no tener el águila. Quizá los legionarios que habían escapado se hubiesen llevado la maldita águila.

Arminio se mordía la mejilla y no vio al cuervo que echó a volar desde el cadáver que yacía al lado de los cascos de su caballo. Su graznido agudo y de reprobación sorprendió de tal modo a su montura que esta retrocedió presa del pánico. Acabó cayendo de espaldas en el suelo como un niño que no ha montado nunca. Con el culo en el barro, salpicado de mierda de la cabeza a los pies, vio con desagrado que su caballo

se marchaba a buen paso. El cuervo se había posado en una rama cercana y le observaba con interés.

«Crooo», graznó como si estuviese satisfecho. «Cro, cro».

Arminio lanzó una mirada sarcástica al cadáver del que el cuervo se había estado alimentando, era el de un legionario al que ya solo le quedaba un ojo.

—No te estoy dejando comer, ¿eh?

«Crooo», graznó el cuervo.

—Todo tuyo. —Arminio se levantó y pensó: «Donar es quien ríe el último. Qué se le va a hacer, está en su derecho. Su pájaro, su cuerpo, su victoria».

Tenía un buen rato a pie hasta el

campamento, donde podría cambiarse de ropa, pero no importaba, decidió Arminio. Pensaría en otros regalos que recompensasen a los marsos por su ayuda. Quizá bastase con un par de estandartes de las cohortes y una imagen de Augusto.

Por el rabillo del ojo vio el brillo de algo metálico. Arminio volvió la cabeza y a unos treinta pasos de distancia vio un cuerpo que yacía boca abajo en la ciénaga. Era otro cadáver más, pero entonces se dio cuenta de que debajo del manto llevaba una armadura de escamas. En general, solo los centuriones y los portaestandartes llevaban este tipo de armadura y ninguno de los dos era de los

que huía. Creció su interés y se dirigió chapoteando hacia él. Qué más daba un poco más de barro en las botas.

No había rastro de un casco cerca del cuerpo, probablemente el soldado lo había tirado lejos para resultar menos visible al enemigo. Tampoco había ninguna señal de mutilación, lo que le hizo plantearse si el soldado había muerto a consecuencia de sus heridas. Esto quedó confirmado cuando puso el cuerpo boca arriba y vio una profunda herida en el muslo derecho. Arminio concluyó que se había desangrado o quizás el pobre desgraciado se había ahogado boca abajo en el barro.

Todavía no estaba claro si el

soldado era un centurión o un portaestandartes, pero daba lo mismo. «Ahora eres pasto de los cuervos», pensó Arminio, que dio una patada al cadáver con el pie para dejarlo como lo había encontrado. Sintió un intenso dolor en los dedos del pie cuando golpearon algo más duro que la armadura y la carne. Se quedó tan sorprendido que ni siquiera maldijo y tiró de la capa del legionario. Tardó un poco en desdoblar los pliegues de lana y el corazón le empezó a palpar con fuerza, como si estuviese a punto de entrar en la batalla. Cuando el manto cayó, apareció un águila dorada con las alas alzadas. Arminio levantó el

estandarte, recreándose en su peso y en el milagro que lo había llevado hasta sus manos. Cuando miró, el cuervo seguía observándole desde la rama.

Arminio se estremeció. Jamás había estado tan convencido de que un ser fuera un mensajero de Donar. Jamás le había sido ofrecida una prueba tan tangible del favor del dios del trueno. Con fervor, dio las gracias en silencio. Ahora cualquier cosa parecía posible. Donar respaldaba su objetivo de eliminar toda influencia romana del territorio de las tribus.

¿Qué más podía pedir?



Tulo y sus hombres pasaron cuatro días largos y lluviosos en marcha. Durante todo ese tiempo, estaban todos, sin excepción, empapados, helados hasta la médula y con más hambre que el perro de un ciego. Si no hubiese sido por la gran abundancia de moras y algún que otro conejo que cazó Degmar, no hubiesen tenido nada que comer. Dos de los heridos no pudieron soportar las duras condiciones y murieron mientras dormían. Tulo se quedó con quince

soldados, la mujer, su hija y el cachorro. Era un total patético, pero él no dejaba de decirse que era mejor que nada. Doce espadas — Vitelio y otros tres no podrían luchar en un mes como mínimo — que se podrían unir a alguna guarnición de Cedicio.

Sus posibilidades de llegar hasta Aliso recaían sobre los hombros de Degmar y Tulo se sintió todavía más agradecido de haberlo encontrado por casualidad. Si no hubiese sido por el buen sentido de orientación del marso, se habrían perdido. Degmar, que parecía no necesitar guiarse por el sol, que además estaba casi todo el tiempo escondido detrás de densas masas de

nubes, los llevó a través del bosque por estrechos caminos serpenteantes. Cuando se encontraban con terrenos cenagosos, parecía que siempre lograba encontrar un camino para atravesarlos por el que no corrían el riesgo de morir ahogados. Bordeaba las tierras de labranza al anochecer o al amanecer, cuando los lugareños dormían, para no despertar alarma. El único error fue cuando llevó al grupo a un camino más grande en dirección sudoeste. Pero el intento acabó al poco de empezar, cuando escaparon por los pelos de un grupo de guerreros angrivarios, que afortunadamente no les vieron.

A primera hora de la tarde del cuarto

día, Degmar les llevó hasta la cima de una colina baja. Según le dijo a Tulo señalando hacia el sur, probablemente estuvieran a una milla y media de Aliso. Tulo miró a través de la llovizna y maldijo. Fenestela escupió. Al otro lado de las copas de los árboles, en la dirección que señalaba Degmar, se elevaban columnas de humo. Había tantas, difuminadas, que no todas podían provenir del campamento.

—Están atacando el fuerte.

—Como dije que harían. —El rostro de Degmar reflejaba una mirada que quería decir «ya te lo dije».

Tulo soltó de nuevo unas cuantas imprecaciones sin gran miramiento, al

igual que Fenestela.

—¿Quieres que vayamos bordeando y después nos dirijamos hacia el río y sigamos río abajo unas cuantas millas? —preguntó Degmar—. Es posible que Arminio haya ordenado a unos cuantos guerreros que vigilen la carretera de Vetera, pero también puede ser que se concentren todos en Aliso.

Tulo recordó el sentimiento de angustia y culpabilidad que había tenido cuando huyeron del árbol caído.

—No. Si el fuerte todavía resiste y es posible encontrar la forma de entrar, entraremos.

—¿Estás seguro? —Degmar dejó claro con su expresión que le parecía

una locura.

—Sí, completamente.

Degmar se encogió de hombros.

—Quedaos aquí, voy a inspeccionar.

—Vamos de mal en peor. —La voz de Fenestela sonaba resignada.

—Quizá —repuso Tulo—. Pero no podemos dejarlos allí, ¿no crees?

—La verdad es que es muy tentador, pero supongo que no podemos.

—No, no podemos. —Tulo intentó no pensar que Vetera se encontraba a menos de cuarenta y cinco millas hacia el oeste. Morir aquí todavía resultaría más inútil que en el bosque. «Acuérdate del toro que te he prometido, Fortuna», pensó. «Será una bestia grande, con unos

buenos cuernos, el lomo ancho y unos cojones tan grandes que casi tocarán el suelo. Esa bestia será tuya cuando cruce ese puente. Ni un instante antes».

Degmar regresó con la noticia de que los guerreros de las tribus no habían rodeado completamente Aliso. Había visto una pequeña entrada en la muralla norte que parecía que no estaba vigilada. Esta información bastó para cimentar la decisión de Tulo de entrar en el fuerte. A última hora de la tarde, el grupo se acercó a hurtadillas a la parte norte de Aliso y se escondió en el bosque. Cuando ya casi era de noche, se

desplazaron hasta el borde del bosque. Los puntos de luz indicaban las fogatas del campamento enemigo, que se extendían desordenadamente hasta donde la vista alcanzaba. A través del frío aire otoñal llegaba el sonido de hombres hablando, riendo, discutiendo. Como también llegaba el olor, que todavía acentuaba más el hambre, de carne asándose.

A Tulo le hubiese gustado tener un buen plan de acción, pero eso era imposible. Lo que estaban a punto de hacer bordeaba la locura. Incluso si lograban cruzar el campamento enemigo sin ser vistos, se arriesgaban a que en el fuerte los confundiesen por atacantes.

Intentó vencer su nerviosismo. La otra posibilidad, tomar el camino que llevaba a Vetera, tampoco garantizaba un viaje seguro. Por lo que sabía, los guerreros de Arminio vigilaban toda la ruta.

Al cabo de varias horas, el campamento de los guerreros quedó tranquilo. La mayoría de las fogatas se había apagado. Parecía que había muy pocos centinelas, si es que había alguno. Degmar apareció al lado de Tulo.

—¿Listo? —susurró.

A Tulo se le cerró un poco más el nudo que tenía en el estómago. No había un «buen momento», «un momento propicio», pensó.

—Sí.

Salieron con sigilo, Degmar a la cabeza de la fila, seguido por Tulo y después por los legionarios. La mujer, la niña y el cachorro les seguían y Fenestela iba el último. Tulo esperaba que las capas de sus soldados disimulasen la armadura; además había ordenado a todos que se colgasen el casco del cuello, para así eliminar otro indicio revelador de su condición de romanos. Más ya no podía hacer.

Alcanzaron la posición enemiga sin dificultad, pero a partir de allí, la situación empezó a complicarse. Encontrar el hueco entre los grupos de tiendas de los guerreros y los cobertizos

que Degmar había espiado resultó ser casi imposible en la oscuridad. Como no podían detenerse durante mucho tiempo, pues llamarían la atención, tuvieron que cruzar parte del campamento, en dirección al contorno negro que era Aliso. Tuvieron la inmensa suerte de que los guerreros que todavía estaban despiertos no se hubiesen reunido alrededor de una hoguera grande, lo cual permitió que el grupo de Tulo no solo pudiese pasar, sino que además pudiese volver a orientarse.

Gracias al respeto que provocaban las ballestas de los asediados, había más de trescientos pasos entre las últimas tiendas enemigas y las murallas

del fuerte. Tulo sintió alivio al llegar a ese punto, aunque también se sintió muy expuesto. Cualquier guerrero que los viese de ahí en adelante, sospecharía de ellos. Un centinela romano que estuviese alerta podría dar la voz de alarma y quedarían atrapados en tierra de nadie. Por eso cuando Degmar le miró, le indicó que tenían que seguir andando.

—Con el mayor sigilo posible —le dijo entre dientes al primer soldado—. Pasa la orden.

Con la boca seca y el corazón palpitante, caminó sigilosamente detrás de Degmar. Doscientos pasos después, empezó a soñar que quizá lo lograrían. Sin embargo, tras otros veinte pasos, una

amortiguada maldición que le llegó de la parte posterior de la fila, se lo desmintió. Tulo detuvo a Degmar y al primer soldado y recorrió preocupado la fila preguntando:

—¿Ha sucedido algo?

Todos los soldados dijeron que estaban bien hasta que llegó a Fenestela.

—¿Qué pasa? —le preguntó Tulo.

—La mujer se ha ido.

Tulo volvió la cabeza para mirar al último legionario, que no se había dado cuenta de la marcha de la mujer.

—¿Dónde está?

—La cría soltó al cachorro y este escapó. La madre le dijo que se olvidase del maldito perro, pero la niña

salió detrás de él. La madre también — masculló Fenestela—. Al Hades con las dos.

Tulo miró hacia atrás, al campamento enemigo, pero no vio nada. Apretó la mandíbula. Ir tras la mujer supondría poner a sus hombres en peligro. Aunque le sabía mal, no podía hacer tal cosa.

—Hacia la muralla —ordenó.

A Tulo, los últimos ochenta pasos le parecieron los últimos pasos de un condenado cuando recorre el túnel que le llevará a la arena. Sin embargo, no oyeron protestas desde la parte superior de la muralla y pudieron cruzar el foso por una zona que los guerreros habían

rellenado con turba. A Degmar no le costó demasiado encontrar la puerta. Tulo lanzó una plegaria y la golpeó con el puño.

No hubo respuesta, de modo que la golpeó con la empuñadura de la espada. El ruido hueco del golpe fue fuerte, lo bastante fuerte para que se oyese. Tulo esperó con los nervios a flor de piel, pero para su inmenso alivio, un centinela respondió desde el interior antes que el enemigo. Tulo contestó en latín al desconfiado alto del centinela. Con rapidez le dijo quién era y para demostrar que era romano, le dio el apodo de Cedicio, «Marcha maratoniana», por su costumbre de

castigar a sus soldados haciéndoles recorrer largas distancias. El obediente centinela insistió en llamar a su oficial, no obstante la puerta se abrió y poco después entraron los soldados de Tulo.

Tulo se quedó atrás, incapaz de borrar de su mente a la mujer y a la niña. Sin que se lo pidiese, Degmar permaneció junto a él.

Los dientes de Fenestela brillaban en la oscuridad cuando alcanzó la entrada.

—Lo hemos conseguido —susurró.

—Sí. Quedaos al lado de la puerta.

Fenestela se dio cuenta enseguida de las intenciones de Tulo.

—¡Déjala!

—No puedo. Imagina lo que le harán si la encuentran.

—Eso no es problema tuyo.

Tulo desoyó a Fenestela y se adentró sigilosamente en la oscuridad con Degmar.

—Tendremos suerte si la encontramos —farfulló Degmar.

—Vuelve si quieres —replicó Tulo preguntándose por qué arriesgaba su vida una vez más.

Pero Degmar se quedó donde estaba y juntos se dirigieron con sumo sigilo a las posiciones enemigas. Por extraño que parezca, las alcanzaron sin incidentes, aunque todavía intentaban decidir dónde no merecía la pena

buscar. La mujer podría estar en cualquier parte del destartalado y desorganizado campamento y su hija, en otra parte. Pero Tulo no estaba dispuesto a regresar sin al menos intentar buscarlas. Consciente de que el riesgo a ser descubiertos aumentaba por momentos, recorrió con sigilo varias hileras de tiendas, en vano. Degmar recorría algunas zonas un poco más alejadas y regresaba de vez en cuando para informar de que tampoco había señales de la mujer.

Tulo ya se había dado por vencido cuando, quién lo iba a decir, oyó el gemido de un perro.

Aguzó el oído. Al cabo de unos

momentos se oyó el llanto sofocado de una mujer, y después una bofetada. Un hombre maldijo y Tulo pensó: «Tienen que ser ellas». Había recorrido quizás una docena de pasos en dirección al sonido cuando apareció Degmar puñal en mano.

—¿Has oído eso? —susurró.

—Sí. —Tulo desenfundó la espada.

La escena que se encontraron era patética. Un cobertizo de tres lados en cuyo interior había una hoguera que se estaba apagando. La niña, en cuclillas, con el cachorro en los brazos. Su madre tumbada boca arriba y entre sus piernas abiertas el culo al aire de un guerrero que subía y bajaba. Otros dos guerreros

miraban con una sonrisita en el rostro.

Los hombres que estaban de pie eran los que más peligro presentaban, pensó Tulo. Una rápida orden a Degmar y cayeron sobre la pareja como fantasmas vengadores. Los dos murieron antes de poder emitir más que un grito corto de sorpresa. Lo que Tulo no había previsto era que el guerrero que estaba violando a la mujer estuviera amenazándola con un puñal en el cuello. En el momento en que se dio cuenta de que sus camaradas eran atacados, le rebanó el cuello. Un instante después murió él con la espada de Tulo profundamente clavada en la espalda, pero ya era demasiado tarde. La única esperanza de Tulo era que la

mujer le hubiese oído decir: «Tu hija está a salvo». Vio que la luz de sus ojos se apagaba mientras Degmar le decía entre dientes que tenían que marcharse.

—Ven conmigo. —Tulo cogió del brazo a la niña que sollozaba y corrió hacia el fuerte.

Una vez más la oscuridad y la hora intempestiva se combinaron para ayudarles a alcanzar la muralla sin incidentes. Fenestela estaba esperándoles como le había ordenado y la puerta se abrió antes de que Tulo llamara por segunda vez.

—¿Y la mujer? —preguntó cuando entraron apresuradamente.

Tulo negó con la cabeza con

vehemencia.

«Has salvado a la niña —pensó—. Más vale eso que nada».

Pero esta certeza no logró mitigar su amargura.

Esa noche, Tulo volvió a estar invitado en el destartalado *praetorium* que Cedicio tenía en Aliso. Había acompañado a sus hombres a sus dependencias y había encargado a Fenestela que se ocupase de la niña traumatizada. A esto le había seguido un baño caliente y después se había vestido con la ropa limpia que le habían entregado. Ahora estaba en un entorno

civilizado y le servían comida sabrosa y bebidas. Los lujos, que siempre se agradecen, no lograron levantarle el ánimo. La mujer estaba muerta a pesar de todos sus esfuerzos y los miles de guerreros de los que habían logrado huir para entrar en el fuerte seguían fuera.

A la inquietud de Tulo no le ayudó la presencia, junto a dos comandantes de las cohortes de Cedicio, de Tubero. Herido, aturdido y con un ojo morado, pero Tubero al fin y al cabo. Hasta el momento ni siquiera se había dignado saludarle de forma oficial, pues se había limitado a soltar un gruñido cuando Cedicio le había anunciado. A Tulo eso le iba de perlas. Ya le sabía mal ver a

ese cabrón vivo cuando tantos otros hombres mucho mejores que él no lo estaban, como para encima tener que hablar con él. Si lo que había oído era cierto, Tubero había sobrevivido porque se había colocado junto a un *optio* veterano de la XVII, que había logrado arrastrarle a él y a siete soldados más hasta Aliso. En vez de mostrarse agradecido por su suerte, Tubero no paraba de hablar del bonito casco que había perdido. Al final, Cedicio le dijo que se callase.

La conversación se centró en lo que debían hacer y en cuándo sería el siguiente ataque enemigo. Tulo, consternado, preocupado y con los

huesos doloridos, no participó en ella. Pero Cedicio le observaba y se dio cuenta de su cara larga. Ordenó a un criado que le llenase la copa de vino y le dijo:

—Aliso todavía no ha caído, centurión, y no es probable que caiga pronto. Hemos conseguido hacer retroceder a esos bárbaros tres veces ya, con muchas bajas en cada una de ellas. Nuestras *ballistae* los siega como trigo y seguirán haciéndolo. Aparte de rellenar los fosos con turba cortada, esos hijos de perra imbéciles no tienen ni idea de cómo tomar una fortaleza, y eso no va a cambiar.

—Sí, señor. —Tulo sonrió.

Cedicio enseguida se volvió a enfrascar en la conversación con Tubero, y él se alegró de seguir callado. Se bebió un trago de vino. Estaba rico y le recordó a la noche que se había emborrachado con dos hombres hacía unos meses. Sin embargo, el placer se agrió cuando empezó a pensar en los brutales acontecimientos de los días anteriores.

Todavía seguían llegando otros rezagados de la batalla —el cordón de los guerreros de las tribus alrededor del fuerte estaba incompleto en muchos lugares, lo que permitía que los soldados se acercasen a la muralla al amparo de la oscuridad—, pero el total

no superaba los doscientos legionarios y unos cuarenta civiles. «Doscientos, de catorce mil quinientos», rumió Tulo. Su legión no había sido la única que había sufrido la deshonra de perder el águila. El enemigo se había llevado los tres estandartes.

Roma no había sufrido tamaña derrota desde hacía varias generaciones, quizá desde la batalla de Carrae, hacía más de sesenta años. Por fin empezaba a asumir la vergüenza de la derrota, mejor dicho, matanza. Y la mujer, ¿por qué no podía haber sobrevivido? Otro trago de vino y vació la copa. La levantó en el aire, pero apenas sintió alivio cuando el criado se la llenó de inmediato.

—No te emborraches, centurión.

Alzó la vista, Tubero le miraba con evidente desaprobación.

—No estoy borracho, señor.

—Pero vas por ese camino —repuso Tubero, con una mueca de desprecio—. Necesitamos estar alerta, ¿verdad, Cedicio?

«Ya empezamos —pensó Tulo—. He sobrevivido a una visita al maldito Hades para que este imbécil venga a regañarme».

—Déjale en paz —le ordenó Cedicio—. Ya has oído por todo lo que ha pasado Tulo. Es increíble.

—Yo también estuve allí —exclamó Tubero.

—Puede que sí, pero tú no estabas al mando de una cohorte que ha sido borrada de la faz de la tierra. Muchos de los hombres de Tulo llevaban años bajo sus órdenes y tú llevas en la XVIII... ¿cuántos meses?

Tubero se ruborizó.

—Tres.

—¿Hace falta que siga? Déjale que beba —ordenó Cedicio—. Tiene muchos fantasmas para honrar. Tú solo lamentas la pérdida de un casco.

Tubero parecía furioso. A pesar de que jerárquicamente estaba por encima de Cedicio, carecía de la seguridad suficiente para cuestionar al veterano oficial.

Tulo saludó a Cedicio, indiferente —incluso contento— de que esto incomodase todavía más a Tubero.

—Que todos y cada uno de ellos tenga un rápido pasaje al Elíseo, señor.

—Alzo mi copa para brindar por ello —repuso Cedicio mirando a sus centuriones veteranos, que enseguida le imitaron. Tubero, con el ceño fruncido, fue el último en hacerlo.

Después de beber, Cedicio miró a Tulo con clara determinación.

—Las murallas del campamento son resistentes. Tenemos buenas reservas de municiones para las *ballistae* y muchos suministros, pero no podemos quedarnos aquí. Sospecho que Arminio no tardará

en aparecer u otro ejército enviado por él. Cuando eso suceda, Aliso caerá. Tú lo conoces mejor que la mayoría, Tulo. ¿Qué opinas?

—Arminio es un cabrón inteligente, señor —contestó Tulo, que lamentó una vez más su fracaso para convencer a Varo de la traición de los queruscos y de no haber tenido una oportunidad para matar a Arminio durante la emboscada —. Creo que tienes razón. Mi criado, el guerrero que nos ha traído hasta aquí, oyó a miembros de las tribus enemigas que hablaban de incendiar los campamentos situados al este del Rhenus.

Todos se quedaron preocupados al

oír aquello, pero no se sorprendieron. Cedicio asintió con la cabeza.

—En ese caso la decisión ya está tomada. Tenemos que huir de aquí y dirigirnos a Vetera lo antes posible. Que los dioses nos concedan que llueva o incluso que caiga una tormenta en las próximas noches. Eso distraería al enemigo.

—¿Qué hacemos con los civiles, señor? —preguntó uno de los centuriones veteranos.

Tulo había visto los barracones en los que habían acomodado a los habitantes de un asentamiento cercano, pero no tenía ni idea de cuántos se habían refugiado en el campamento.

—No los voy a dejar aquí para que los masacren o para que acaben como esclavos —dijo Cedicio con el ceño fruncido—. Vienen con nosotros.

Esto dificultaría mucho más su huida, pero nadie protestó y menos Tulo, que vio a la mujer sin nombre muriendo ante él... y a su hija, que todavía vivía. Escucharon el plan de Cedicio, que implicaba partir en mitad de la noche por la misma puerta que Tulo había utilizado para entrar en Aliso. Las dos *turmae* de caballería encabezarían la marcha y actuarían a la vez como patrulla de reconocimiento y de vanguardia. Seguiría una cohorte, después los heridos y los civiles

custodiados por los supervivientes de la batalla, y Cedicio y la segunda cohorte ocuparían la retaguardia. Se trataba de un plan sencillo, aunque extremadamente arriesgado. Todos eran conscientes de que un solo centinela enemigo podría provocar su fracaso. Pero su otra opción, quedarse tras las murallas del fuerte a la espera de más ataques, todavía resultaba peor. Tenían que intentarlo.

—Si no te importa, me gustaría ir en la retaguardia contigo —intervino Tulo.

Cedicio lo observó unos instantes.

—Tú y tus hombres estáis exhaustos. No es ninguna vergüenza...

—Tenemos que hacerlo, señor —

repuso Tulo—. Por favor.

Cedicio suspiró.

—De acuerdo.

—Gracias, señor.

De esta manera, pensó Tulo, sus hombres y él quizá podrían salvar un poco de orgullo. Morir era una posibilidad nada desdeñable. Si pasase, sería enfrentándose al enemigo.

Ya no tendría que huir más.



Después del viento y la lluvia que había azotado al ejército de Varo, Tulo nunca hubiese pensado que volvería a agradecer tales condiciones meteorológicas. Sin embargo, al día siguiente por la tarde, se alegró de ver las nubes oscuras que se concentraban en el horizonte por el norte y del viento que se estaba levantando y que las desplazaría hasta Aliso. La posibilidad de escapar se acercaba, porque Fortuna había engatusado a Júpiter para que

conjurara una tormenta. Eso significaba que la diosa seguía queriendo el toro, o al menos es lo que anhelaba Tulo mientras intentaba disipar el miedo que le producía la idea de que hubiese relámpagos con la tormenta que pudieran delatarlos mientras salían sigilosamente de Aliso.

Poco después empezó a llover a cántaros. Cedicio, sonriente, reunió a sus oficiales de alto rango y les comunicó que si el mal tiempo continuaba se irían esa noche. Tulo difundió la noticia entre sus hombres que, como él, habían disfrutado de la comodidad de estar secos y calientes dentro de uno de los muchos barracones

que no se utilizaban. Recibieron la noticia en silencio, con una expresión de cautela y de miedo en el rostro. Pero ninguno protestó y cuando les preguntó si estaban listos consiguieron vitorear. El orgullo que Tulo sentía por ellos se acrecentó una vez más.

—Aseguraos de comer caliente — les aconsejó—. Un guiso o una sopa sustanciosa. Os ayudará a engañar el frío y os dará fuerzas para la marcha.

—Y cagalera también, señor, nos guste o no —exclamó Piso ante un coro de risas.

Tulo les dejó que disfrutasen de la broma y de los inevitables insultos inocentes, acerca de quién era el que

tenía más posibilidades de cagarse encima, que se soltaron después.

—Allá vosotros, hermanos, pero es mejor arriesgarse a ensuciar la ropa interior que resfriarse. Envolved las armas y la armadura lo mejor posible. Lo último que queremos es que a algún idiota la vaina le golpee la cota de malla en el momento menos indicado. Tiznaos la cara y las manos, también, y cualquier parte que quede al descubierto.

Dio la impresión de que lo entendían. Tulo estaba a punto de marcharse cuando vio en el fondo de la habitación a la niña que había rescatado. Se había quedado con sus soldados — ¿adónde iba a ir si no?—, pero no se

había reído de ninguna de las bromas. Estaba en cuclillas en su litera, totalmente aterrorizada. El cachorro también estaba allí, ajeno a las preocupaciones de todos los demás, moviendo las patas en su alegre sueño. Tulo iba a ignorarla, su vida sería más fácil si lo hacía, sin embargo, se acercó a ella casi sin querer. Hasta entonces ni siquiera le había preguntado el nombre de su madre y mucho menos el de ella. Nunca le había dirigido la palabra. Su razonamiento había sido duro pero sensato. Había pensado que se quedarían a mitad de camino y si no sabía nada de ellas todo resultaría más fácil. Pero la niña seguía allí y en cierto

modo eso demostraba su valía. Le dio una torpe palmadita.

—Sé fuerte. Lograremos escapar.

Adoptó una expresión de valentía y asintió con la cabeza.

—Quiero quedarme contigo — protestó—. Tú me rescataste.

—No puede ser. —Él la miró esperando que ella apartase la mirada, pero no lo hizo—. Iré en la retaguardia con mis soldados —le explicó en tono duro—. Más cerca del enemigo.

—¿Qué pasará si nos persiguen? ¿Nos volverán a atacar?

«Los niños siempre dicen la verdad —pensó Tulo—. Si eso pasa, a los hombres nos matarán. Tú acabarás de

esclava de los germanos». En voz alta dijo:

—Lograremos huir durante la tormenta. Para cuando los guerreros de las tribus se den cuenta, ya estaremos a medio camino de Vetera. —Tulo no estaba seguro de que le creyese, pero no sabía qué más decir—. Ten cuidado con el perro. —Y con una sonrisa que esperaba fuese tranquilizadora, la dejó con sus penas.

Mientras Tulo observaba la luz que se filtraba por el cielo, su preocupación fue en aumento. Había encontrado cierto consuelo agarrando la empuñadura de

marfil de su espada y desenfundándola de cierta manera. Había tardado una eternidad en limpiar la sangre de la hoja y la base del pomo seguía teniendo un color rosa pálido. Con manchas o sin ellas, estaba más afilada que nunca, ya se había encargado de que fuese así. Pasara lo que pasase, sus hombres y él harían pagar caro a cualquiera que obstaculizase su camino a Vetera.

Pero la noche transcurría con lentitud y Tulo cada vez se sentía más nervioso. No servía de nada revisar una vez más su equipamiento y sus armas, comprobar los ánimos de sus soldados, espiar el campamento enemigo desde la muralla del fuerte y mirar el tiempo.

Como había aconsejado a los demás, había comido un estofado de cordero, que le calentó el cuerpo un par de horas. Después, los nervios en el estómago le traicionaron y agradeció que ninguno de sus hombres estuviese en las letrinas cuando evacuó todo. Al final, reacio a que alguien viese su intranquilidad, caminó impaciente de un lado a otro de la gran sala del *principia* como si fuese un animal enjaulado antes de ser enviado a morir en el circo. El vacío del santuario que allí había, sin estandartes ni águila desde ya hacía mucho, parecía mofarse de él, pero Tulo prefería seguir seco y preocupado que sacar su desasosiego a la fuerte lluvia, donde se

arriesgaba a pillar un resfriado incluso antes de partir.

Habían transcurrido unas tres horas cuando Fenestela vino a buscarle.

—Ha llegado el momento —dijo—. Cedicio ha dado la orden.

El estómago de Tulo dio una última sacudida, pero ya no tenía nada más que evacuar.

—Al fin. Un remojón más y estaremos en Vetera. Te juro que no quiero volver a mojarme en la vida.

Fenestela se rio.

—Yo tampoco. Por fin tengo la capa seca.

—¿Los hombres están listos?

—Sí. Ninguno de los hombres con

heridas leves quiere viajar con el resto de los heridos. Dicen que prefieren arriesgarse con nosotros.

Tulo puso los ojos en blanco, pero le embargó el orgullo.

—¿Les has dicho que tendremos que abandonarlos si sucede algo?

—Sí, pero no han cambiado de opinión.

Tulo esbozó una sonrisa triste.

—Pues no hay más que decir.

Desde el momento en que se abrió la puerta y salieron los primeros hombres, el corazón de Tulo empezó a palpar como si fuese un pájaro encerrado. Desde atrás, donde estaba con Cedicio, no podía ver nada de lo que sucedía más

allá de la muralla, lo cual no hacía sino acentuar la tensión. De puntillas, como si eso le ayudase a oír mejor, escuchó, esperó y contuvo la respiración. Esperaba oír un chillido o un grito de alarma por parte del enemigo y que cundiese el pánico y se crease una situación de total confusión, pero no se oyó nada, nada más que las gotas de lluvia al caer sobre los cascos y el ruido de las tejas sueltas que movía el viento en los tejados de los barracones.

Un poco después, informaron de que la caballería y la primera cohorte habían pasado las tiendas del enemigo sin ser descubiertas, y que los civiles y los heridos estaban en camino. Eran buenas

noticias, como también lo era el hecho de que la lluvia siguiese martilleando. Más que relajarse, los nervios de Tulo se tensaron todavía más. Era un consuelo ver que incluso Cedicio estaba nervioso por la espera. Caminaba de un lado a otro, observando la puerta como si fuese la entrada al Hades y una multitud de demonios estuviese a punto de salir por ella.

Tras lo que pareció una eternidad, los hombres que les precedían empezaron a moverse, andando con suavidad para que las placas no golpearan el suelo. Detrás iban dos soldados de caballería que guiaban a sus caballos —mensajeros, por si Cedicio

los necesitaba—. Los soldados cruzaron la puerta andando y siguieron por un pequeño sendero que atravesaba los fosos defensivos. La mirada de Tulo iba de un lado a otro, buscando al enemigo, pero no vio nada. Pero eso no quería decir mucho, pues estaba tan oscuro como la boca del lobo. Iba a ser más fácil perderse que encontrar el camino entre las líneas de los guerreros de las tribus.

Un relámpago resplandeció entre las nubes e iluminó la zona con tal intensidad que parecía de día y permitió ver la expresión de miedo en el rostro de sus soldados, la cortina de lluvia, el barro debajo de sus pies y las tiendas y

los cobertizos del enemigo. Tulo vio que había muchísimos y que tendrían que pasar muy cerca de ellos. La oscuridad se cernió de nuevo, pero él se había animado un poco. Como él, los soldados que encabezaban la marcha habrían visto por dónde tenían que ir. Mientras hubiese más relámpagos —y el estruendo de los truenos parecía prometer más— no tropezarían con una tienda enemiga. Eso no significaba que los centinelas no los viesen, evidentemente, pero era algo.

Los instantes que siguieron fueron los más angustiosos de la vida de Tulo. Surreales, casi sobrenaturales por la oscuridad, el estrépito de los truenos, la

lluvia torrencial y los destellos cegadores de los relámpagos. Dificiles, por el barro, por la proximidad del enemigo y por la cantidad de soldados, todos intentando no tropezar con sus camaradas. Aterradores, por la locura que estaban llevando a cabo, por el número de germanos que les rodeaban, por la preocupación de que la tormenta amainase. En cualquier momento, los caballos podían asustarse por los truenos y empezar a relinchar o, peor aún, salir en estampida. Por encima de todo esto, estaba la cruda certeza de que sus destinos pendían de un hilo. De un hilo endeble y muy fino.

Avanzaron vacilantes, paso a paso.

Pasaron la zona principal de tiendas sin ver siquiera a un centinela. Pasaron las letrinas, evidentes por el olor. Tomaron un camino que describía una curva alrededor de la parte delantera del fuerte y dejaron atrás más tiendas y cobertizos. Después llegaron al camino principal de grava que salía de Aliso. Cuando hubieron recorrido unos cientos de pasos por ese camino se encontraron con lo que debía de ser un puesto de vigilancia: un par de tiendas al lado del camino y en medio, un hogar marcado con un círculo de piedras. Las tiendas seguro que estaban ocupadas, pero no había ninguna señal de sus ocupantes, aunque lo más probable es que

estuviesen dentro durmiendo. Tulo notaba la boca tan seca como la piel mojada, pero lograron pasar. No emergió ni un solo sonido de las tiendas; no hubo que recurrir a las armas. Nada.

Un poco más adelante, un segundo grupo de centinelas también estaba dormido y Tulo empezó a soñar que su audaz huida iba a pasar desapercibida.

Resultó irónico que quien sí les vio no fue un centinela de guardia, sino un guerrero que tenía que orinar. Tulo lo vio primero: una figura encorvada con una capa sobre la cabeza, que salía a trompicones de una tienda situada al lado del camino, totalmente ajeno a la fila de romanos que se acercaba a menos

de veinte pasos de distancia. En cuanto vaciara la vejiga y se volviese, era imposible que no los viera.

—Dos de vosotros conmigo. El resto seguid caminando —dijo Tulo entre dientes al soldado que estaba a su lado—. Pasa la información. —Desenfundó la espada y salió del camino para deslizarse hacia abajo en dirección al guerrero que orinaba. Dos legionarios le siguieron con paso firme. También le siguió Degmar, ágil como una gacela.

Llegaron demasiado tarde. La presa de Tulo había terminado de orinar, se sacudió el pene y se volvió. La hoja de Tulo se adentró directamente en el pecho desprotegido del guerrero, demasiado

rápido para que pudiese escapar pero no lo suficiente para evitar que gritase antes de morir. Enseguida se oyó un ruido proveniente de las tiendas cercanas. El corazón le latía a toda velocidad y Tulo se preguntó si había alguna posibilidad de que los cuatro matasen a todos los hombres que había en el interior. Si tenía alguna esperanza, se esfumó cuando salieron de la tienda primero dos y después, cinco guerreros bien armados. Antes de que Tulo tuviera tiempo de reaccionar, Degmar se situó entre ellos como si fuese un bailarín, dándole una puñalada a uno, después a otro y destripando a un tercero. Un grito del otro lado del camino anunció la

presencia de otros guerreros que Tulo no había visto. Tres guerreros más salieron de las tiendas que estaban cerca. Las últimas filas de la unidad de Cedicio pasaban por el camino. «Quedarse significa morir», pensó Tulo. Innesariamente.

—¡Retiraos! —gritó—. ¡Degmar!

Para su alivio, el marso obedeció. En el poco tiempo que les costó a los cuatro reunirse con Cedicio, que se encontraba en las filas de la retaguardia, la alarma ya había corrido como la pólvora. Unos cuantos centinelas tenían cuernos, que hacían sonar entusiasmados.

—Hemos matado a unos cuantos,

señor, pero eran demasiados —le explicó Tulo a Cedicio—. Lo siento.

—Lo hecho, hecho está —repuso Cedicio—. Menos mal que los has descubierto antes que nadie.

A pesar del viento y de la lluvia, Tulo oyó cómo se despertaba el campamento que tenían detrás. Unos miles de guerreros les seguirían. Su cansancio, que había remitido, regresó con una fuerza demoledora. Tulo se desembarazó de él. Sería capaz de soportar esta prueba. Tenía que ser capaz, por muchas razones. Sus hombres. La niña. Parecía una ridiculez, pero salvarla a ella y a su cachorro se había convertido en algo importante.

También estaba el ardiente deseo de recuperar el águila de su legión y de vengarse de Arminio. Muerto no podría hacer nada de esto. Vivo, existía alguna posibilidad.

En ese momento, los centinelas que se habían despertado corrieron hacia el camino y empezaron a disparar sus lanzas. Dos legionarios resultaron heridos, uno de muerte. Resultaba demasiado peligroso arriesgarse a que todos los hombres marchasen de espaldas, se arriesgaban a romperse los tobillos, de modo que Cedicio solo ordenó a los últimos soldados que se encarasen al enemigo. El resto tuvo que marchar cubriéndose la cabeza con los

escudos durante algún tiempo, hasta que los guerreros se quedaron sin lanzas. Aunque los guerreros todavía les seguían, los soldados empezaron a hacer bromas diciendo que al fin y al cabo, con los escudos, se protegían de la lluvia, y Tulo se sintió reconfortado. Si los soldados empezaban a pensar que podían esquivar a la muerte, la moral enseguida subiría.

A algunos de los legionarios les habían entregado bolsas con *caltrops* que provenían de las reservas del campamento. Siguiendo las instrucciones de Cedicio, empezaron a esparcir esas armas puntiagudas por el camino. Hicieron más bromas, esta vez

sobre cómo iban a agujerear los pies de los guerreros. Como esperaban, se oyeron alaridos de dolor cuando el enemigo desprevenido cayó en la trampa. Tras una rápida descarga de jabalinas, los guerreros se replegaron.

Los romanos marcharon durante un tiempo sin más persecuciones. La lluvia amainó, como si supiese que ya no se la necesitaba para encubrir la huida. Tulo regresó junto a sus hombres. Cedicio envió órdenes a la cohorte que encabezaba la marcha para que si era posible acelerase el paso, pero sin perder el contacto con los civiles y los heridos. Sin embargo, debido a los no combatientes, no hubo un gran cambio en

la velocidad de la marcha. Tulo se sentía como un cojo que intenta dejar atrás a un perro guardián que han soltado para que le siga a una milla de distancia. Los guerreros que corrían e iban pertrechados con armas ligeras podrían alcanzarles con facilidad.

Le alegró equivocarse. Pasaron un mojón y después otro. Cuando llegaron al tercero se quedó rezagado para hablar con Cedicio.

—¿Crees que están saqueando el campamento, señor?

—Una sagaz observación. Preferible a perseguir a mil legionarios en la oscuridad, ¿no? Hay mucho en Aliso que puede mantenerlos ocupados: vino,

comida, armas. Los ahorros de los soldados si se les ocurre levantar los tablones del suelo de los barracones.

—Dioses, dejad que se emborrachen —rogó Tulo pensando en los enormes barriles que había visto en uno de los almacenes, vasijas cerradas con anillas de hierro, casi tan altas como dos hombres, y tan anchas.

—Algunos de ellos no tendrán reparos en hacerlo. ¿Quién no iba a hacerlo si tuviese la oportunidad? — Cedicio soltó una risita malvada.

Sus esperanzas se vieron confirmadas en las horas que siguieron, pues recorrieron cinco millas, luego siete, desde Aliso. Llegó el amanecer y

de detrás de las nubes surgió un sol acuoso que levantó la moral general. Los soldados sacaron la comida que llevaban y la compartieron. Con hierba o sin ella, el pan que le pasaron a Tulo sabía delicioso. Lo acompañó con el buen vino que Fenestela había conseguido obtener.

El estallido del *barritus* se oyó lejos de la retaguardia, pero a Tulo le hizo estremecer. La expresión en el rostro de sus hombres también cambió.

—¡Ignoradlo, hermanos! —gritó—. Unas cinco millas más aproximadamente y llegaremos al siguiente campamento. En cuanto la caballería llegue allí enviarán refuerzos desde Vetera. ¡Todo

lo que tenemos que hacer es aguantar!

—¡Roma! —gritó un hombre, «¿era Piso?»—. Su grito fue como la chispa que cae en la maleza en un verano seco e inicia un fuego incontrolado.

—¡Roma! ¡Roma! ¡Roma! —bramaron los soldados de Tulo. Los legionarios de Cedicio se unieron a la salmodia y ahogaron el *barritus*.

El ardid de Tulo para levantar la moral de sus hombres había funcionado, pero solo podía ser una medida temporal. El enemigo les alcanzaría antes de llegar al siguiente campamento. No tenía ni idea de cuándo el pequeño grupo de caballería llegaría a Vetera — Cedicio había ordenado que partiese al

amanecer—, ni cuánto tiempo transcurriría hasta que enviaran una fuerza a rescatarlos. Incluso si conseguían llegar al campamento, ¿serían capaces de defenderlo con éxito? Cuando Degmar preguntó si podía apartarse del camino y espiar a los hombres que los seguían, Tulo se apresuró a decirle que sí. Saber cómo se organizaba el enemigo podía ser útil.

A continuación se fue a hablar con Cedicio, pues la preocupación le roía las tripas como un perro roe un sabroso hueso.

—Seis de mis soldados de caballería siguen al frente de la columna —le explicó Cedicio, sonriendo como

un loco—. Llevan trompetas.

Tulo negó con la cabeza, confundido y un poco frustrado.

—¿De qué sirven los instrumentos musicales, señor?

¡HUUUUMMMMMM!

¡HUUUUUUUUMMMMMMM!

El sonido del *barritus* resultaba de nuevo audible, a pesar de que los legionarios seguían gritando. Tulo miró hacia atrás por el camino y vio las primeras figuras —*berserkers*, no cabía duda— que corrían por delante de la masa de guerreros. Estaban más o menos a seiscientos pasos de distancia. Tulo sintió una amargura todavía más profunda que la que había sentido en

medio de la emboscada, cuando su muerte parecía inevitable. Había empezado a parecer posible sobrevivir y poder recuperar un día el águila de su legión. Que Arminio cayera bajo su espada.

Vetera estaba a unas treinta y siete millas, pero lo mismo daba que fuese Roma.

«Tranquilízate», pensó Tulo. Se fijó de nuevo en Cedicio y se preguntó cómo conseguía conservar la calma.

—Estoy reteniendo a un jinete hasta que el enemigo esté bien cerca — explicó Cedicio, señalando a dos jinetes que estaban en su posición—. Cuando alcance a los de las trompetas, estos las

harán sonar —hizo un guiño y añadió—: y avanzarán al galope.

—¡Ajá! —exclamó Tulo encantado—. Los germanos pensarán que son tropas que marchan desde Vetera para rescatarnos.

—Eso espero. Es un riesgo, por supuesto. Si hay unos pocos hombres sensatos entre el enemigo que tranquilicen a sus compañeros, estamos perdidos —reconoció Cedicio con expresión sombría—. Por otro lado, la mayoría estarán borrachos, gracias al vino que habrán encontrado en Aliso.

¡HUUUUUMMMMMM!

¡HUUUUUUUMMMMMMM!

El grito de los legionarios titubeó y

se apagó.

—¡Continuad la marcha, hermanos!
—gritó Cedicio—. No voy a dejar que nos ataquen por detrás. Pasadlo.

La orden recorrió la columna y los soldados mantuvieron el paso constante.

Lo que correspondía es que Tulo estuviese con sus hombres, más arriba en la fila, pero su orgullo le impedía moverse. Si iba a haber lucha, quería participar en ella. Lo único que había hecho durante los últimos siete días o más era huir. Aunque significase la muerte, iba a enfrentarse al enemigo.

Era como si Cedicio lo supiera, porque no dijo ni una palabra.

Tulo echó un vistazo. Los *berserkers*

estaban a unos seiscientos pasos aproximadamente y a buena distancia de sus compañeros.

Cedicio gritó una orden al último jinete, que espoleó a su caballo para que avanzase.

Poco después, Degmar apareció de entre los matorrales que había al margen del camino, jadeando después de la carrera. Informó de que les seguían varios miles de guerreros pero un número considerable parecían borrachos. Tulo le dio una palmada en el hombro y pasó a darle la buena noticia a Cedicio, que inmediatamente detuvo a la cohorte.

—Media vuelta —gritó Cedicio—.

Despliegue de las diez filas de retaguardia en tres líneas de veinte de frente. Fuera del camino, si es necesario. ¡JABALINAS PREPARADAS!

Tulo contó unos doce *berserkers* y se le revolvió el estómago. Esa cantidad de locos desnudos golpearía la formación de su ejército como un martillo contra un cristal. Por lo tanto, la ráfaga que ellos lanzaran era crucial.

—*Pilum* —ordenó levantando la mano, y le pasaron uno de un soldado de una fila posterior.

Cedicio también estaba ocupado. Probablemente hacía años que no había estado en la primera línea de batalla, pero no había olvidado los pequeños

detalles que infunden coraje a los soldados. Mientras caminaba decidido arriba y abajo diciendo a sus soldados que eran el orgullo de Roma, los mejores legionarios del imperio, Tulo sintió que su determinación se afianzaba. Lucharían por ellos y para vengar a sus camaradas, a quienes los hijos de perra que se acercaban por el camino habían matado de forma tan abyecta. No habría clemencia, bramó Cedicio, ni siquiera aunque un enemigo rogase piedad.

—¡Quiero que vuestras espadas queden cubiertas de sangre! ¡Quiero que matéis a todo salvaje hijo de perra que se os acerque! ¿Me habéis oído?

—¡Sí, señor!

Cedicio empezó a golpear el borde del escudo con el extremo de la jabalina.

Todos los soldados le imitaron.

Continuaron así hasta que los *berserkers* se encontraron a unos cien pasos. El resto de los guerreros estaba como mínimo al triple de esa distancia. Cedicio alzó bien alto su *pilum* y gradualmente se hizo el silencio.

—¡Las dos filas delanteras, jabalinas preparadas! —gritó Cedicio—. Cuando dé la orden, la tercera y cuarta fila pasarán sus *pila* hacia delante.

Tulo intentó no pensar en los huecos que había en una formación que dejaba

mucho que desear. En el camino, la anchura solo era de seis hombres. Siete soldados se encontraban de pie un poco más abajo a cada lado, en las zanjas que había al lado del camino y en el terreno desigual y cubierto de hierba que se extendía más allá. Sujetó con más fuerza el asta del *pilum* y pensó que tendrían que apañárselas así.

Cedicio siguió animando a sus hombres hasta que los *berserkers* estuvieron a cincuenta pasos. Presentaban una estampa temible: sus cuerpos pintados con rayas de pigmento blanco, las lanzas preparadas y los atroces gritos de guerra que salían de sus gargantas.

—Las dos filas delanteras, apuntad —gritó—. Escoged el objetivo. Lanzad cuando lo ordene.

Tulo se concentró en un enjuto *berserker* que era el más alto de todos.

—¡Listos! —gritó Cedicio—. ¡Disparad!

Tulo retrocedió y lanzó.

Cedicio estaba gritando incluso antes de que el montón de proyectiles alcanzase la parte superior del arco que formaban.

—¡TERCERA Y CUARTA FILA, PASAD LAS JABALINAS HACIA DELANTE! ¡RÁPIDO!

Tulo levantó la mano y recibió otro *pilum*.

Cayó la primera descarga, cuarenta jabalinas que golpearon a los *berserkers* como la fuerte lluvia golpea el trigo verde. Muchos de los guerreros cayeron, pero Tulo no los contó. Cedicio había ordenado otra descarga, corta esta vez. Arriba dos veintenas de *pila*, abajo de nuevo, sus puntas piramidales de hierro penetraron en los guerreros sin armadura como si fuesen cuchillos calientes al cortar queso.

Tulo se quedó mirando. Contó. Soltó una risa incrédula. Solo quedaban dos *berserkers* en pie y uno de ellos tenía una jabalina clavada en la pierna izquierda que lo había lisiado. Pero había que reconocer que no eran

cobardes. El hombre que no estaba herido cargó solo y su camarada le siguió renqueando.

La masa de guerreros que estaba detrás seguía avanzando, aunque la aniquilación de los *berserkers* había silenciado sus cantos de guerra y había hecho que aflojaran el paso; ahora solo caminaban.

Tulo cogió un *pilum* de un soldado que estaba detrás de él y lo lanzó desde quince pasos. El lanzamiento fue uno de los mejores que jamás había hecho. Alcanzó en el pecho al *berserker* que iba a la cabeza, y lo derribó como a un toro al que han golpeado con un pico y un martillo.

—¡Venga, gusano! —bramó Tulo al último *berserker*, que se había parado en seco—. ¡Ven y muere bajo el hierro romano!

El sonido de las trompetas romanas era inconfundible y sonaban a avanzada, a paso ligero.

Tulo se quedó sin aliento.

El *berserker* herido ladeó la cabeza. Escuchó durante un momento y después, arrastrando los pies, retrocedió, alejándose de los romanos.

Las trompetas se oían cada vez más cerca.

El *berserker* apretó el paso, gimiendo por el dolor que sentía al andar. Las primeras filas de guerreros

empezaron a flaquear.

—¡Roma! ¡Roma! ¡Roma! —
rugieron los legionarios.

Como si de un rebaño de ovejas asustadas se tratara, los guerreros dieron media vuelta y salieron corrieron. No pararon. No miraron hacia atrás o, si lo hacían, tenían una expresión aterrorizada.

Los vítores de los soldados se intensificaron. Se trataba de una victoria pírrica, pero una victoria que merecía la pena saborear.

Tulo respiró y sintió cómo el aire le llenaba los pulmones.

La astucia de Cedicio había dejado abierto el camino hacia Vetera y hacia la

seguridad. Él, Tulo, sobreviviría. Como también lo harían los soldados que quedaban y Fenestela. Y la niña. Incluso el cachorro. Se rio cuando las nubes se abrieron, dejando paso a los rayos dorados del sol que inundaron el paisaje empapado.

Nota del autor



Nadie puede discutir que Roma dejó una huella indeleble en la historia mundial, como república y como imperio. Durante su larga e insigne historia, destacan muchos acontecimientos, como por ejemplo las guerras contra Cartago, el declive del republicanismo y la ascensión al poder de Julio César, además de las vidas de varios emperadores: Augusto, Marco Aurelio y Constantino. Algunas de sus batallas todavía se recuerdan: la de las Horcas

Caudinas, Cannas, Zama, Carrae, Farsalia y Adrianópolis —luchas titánicas en las que Roma resultó vencedora o derrotada—. Sin duda, otro conflicto inolvidable fue la batalla del bosque de Teutoburgo, que tuvo lugar en el centro-norte de Alemania en el otoño del año 9 d. C. Supuso una derrota demoledora para el anciano Augusto, primer emperador del Imperio romano. No es algo que se conozca mucho en la actualidad, pero gran parte de Alemania, hasta el río Elba, fue pacificada por Roma en los veinticinco años anteriores a Teutoburgo. Este logro significativo cambió radicalmente cuando una ingeniosa emboscada ideada por

Arminio, un germano romanizado, y llevada a cabo por sus compatriotas, miles de guerreros de las tribus, exterminó a una décima parte del ejército permanente del imperio —tres legiones—, de un solo, y audaz, golpe.

He intentado recrear lo mejor posible los acontecimientos que tuvieron lugar en esos fatídicos meses de verano y otoño y ceñirme a los detalles históricos que se han conservado. Pido disculpas por cualquier error que haya podido cometer. Muchos de los personajes de este libro existieron, por ejemplo: Publio Quintilio Varo, Arminio, Lucio Seio Tubero, Cayo Numonio Vala, Lucio Nonio Asprenas,

Lucio Cedicio, Marco Celio, Ceonio, Lucio Egio, Segimer, Segestes, Marbod, Fabricio y Flavio. Incluso soldados rasos como Marco Ayo, Cesorinio Amausio y Marco Craso Fenestela también existieron. (Más sobre Ayo y sobre Amausio más adelante). El centurión Tulo es invención mía; también lo son Aristides, Maelo, Degmar y los soldados de la centuria de Tulo.

Es una lástima que prácticamente no se hayan conservado nombres tribales de esa época. Por necesidad inventé los de Osbert, Degmar y Aelwird. Espero que suenen auténticos, pues he utilizado raíces de nombres de los años oscuros

germanos. Arminio y Segismundo son versiones romanizadas de nombres germanos. El nombre verdadero de Arminio probablemente fuese «Armin» o «Ermin», no estamos seguros. Cuando empecé a escribir esta novela, escogí el segundo para nombrarlo cuando estaba entre los suyos y Arminio cuando estaba entre romanos. De hecho escribí toda la historia así. Pero mi editora fue categórica, y consideraba que utilizar dos nombres para un mismo personaje confundiría al lector. Hablamos largo y tendido sobre este punto, pero al final me convenció para que utilizase solo Arminio, excepto la vez que lo menciono en el prólogo. Espero que esto

no haya hecho que suene «demasiado romano».

El sangriento sacrificio del prólogo del libro es ficticio, pero el ritual que describe, sacrificios humanos realizados por las tribus germanas, no lo es. Se sabe que las tribus germanas sentían por Donar, dios del trueno, un aprecio especial. También hay constancia de que los sonidos emitidos por caballos sagrados eran importantes para los sacerdotes germanos. Por desgracia, no se conocen bien ni la forma de vida ni las costumbres de las tribus, pero según mi investigación, los detalles de su estructura de poder, las casas, las armas, la agricultura y la fauna y la flora de la

región que he descrito son fidedignos. Por ejemplo, el método de ejecución germano que consistía en utilizar una especie de zarzos de mimbre en las ciénagas está documentado. Como también lo están las grandes pinceladas sobre la infancia y la juventud de Arminio. La palabra *berserker* no se utilizaba en la época, pero no era inusual que algunos guerreros luchasen desnudos y encabezasen la lucha contra el enemigo.

La construcción de los imponentes fuertes romanos a lo largo del Rin se inició en las dos últimas décadas del siglo I a. C. Se conservaron durante muchos años y a veces incluso siglos.

Castra Vetera, donde Tulo estaba destinado, se erigía en la colina Fürstenberg, a escasa distancia al sur de la moderna ciudad alemana de Xanten. En la actualidad son tierras de labranza, pero su anfiteatro, que todavía se utiliza como teatro, puede visitarse. Cerca se encuentra el impresionante parque arqueológico situado en el emplazamiento de Colonia Ulpia Traiana, la ciudad que surgió después de Vetera. No es del todo seguro que la legión XVIII estuviese estacionada en Vetera, pero se considera probable debido a que la tumba de Marco Celio, el centurión más veterano de la unidad, se descubrió en la zona de Xanten. Su

tumba es el único monumento conmemorativo a un soldado caído en la batalla de Teutoburgo. En Vetera había puentes sobre el Rin que se extendían sobre las islas que se encontraban en medio del río. La inscripción que describo existe, pero en el puente de Alcántara, en España, un puente que todavía se conserva y que fue erigido por orden del emperador Trajano.

Es posible que en Mogontiacum (Maguncia) estuviese destinada la XIX, pero no está claro dónde estuvo la XVII. Se conoce la ubicación de muchos fuertes romanos en Alemania, pero no sus nombres. La ciudad de Haltern-am-See es posible que fuese Aliso, pero no

podemos estar seguros. El campamento llamado Porta Westfalica (un nombre moderno pese a que suene latino) puede que fuese el campamento de verano de Varo o, lo que es más probable, puede que no. La ciudad de Waldgirmes es el emplazamiento del asentamiento romano con el gran foro y los edificios municipales mencionados en el libro, pero el nombre que le he dado, Pons Laugona, es inventado (me pareció adecuado porque los romanos llamaban Laugona al río que pasa por allí).

El sacerdote Segismundo se alió con Arminio, que debió de ser un personaje muy carismático. Se nos ha dicho que los romanos, y en especial Varo, tenían

una confianza ciega en él. Pero no caigamos en la antigua percepción de que Varo era un hombre ingenuo, fácil de persuadir y con poco criterio. Tenía un buen historial político y militar y apenas unos años antes había sofocado una rebelión generalizada en Judea. Augusto no solía poner hombres en quienes no confiaba plenamente en puestos de poder, y el cargo de gobernador de Germania era uno de los más importantes del imperio.

El desastroso ataque de Tubero contra los jóvenes pastores y los acontecimientos que siguieron son ficticios. La campaña de verano de Varo en Germania, cuyos principales

objetivos eran recaudar impuestos y continuar con la romanización de la zona, es verídica. Se sabe que ignoró la advertencia de Segestes sobre Arminio. Los detalles de la fatídica marcha del ejército, desde la matanza de los soldados romanos en los puestos de vigía al margen del camino, hasta la imaginaria rebelión de los angrivarios y la ruta escogida por Arminio, son tan antiguos como describen los textos. No todas las tribus que aparecen estuvieron implicadas realmente, en realidad solo tres, pero para que Arminio tuviese tantos guerreros es inevitable que le ayudaran más tribus. El mal tiempo quizá fuese una invención de los

historiadores romanos que escribieron sobre la batalla, para hacer la escena más fatídica, más dramática, pero el norte de Alemania es proclive a fuertes tormentas en otoño y los sistemas de canalización que se han encontrado detrás de los terraplenes germanos en el campo de batalla de Kalkriese (pronto habrá más al respecto) dan peso a esta descripción.

Si sientes curiosidad por las referencias del encuentro de Tulo con un adivino quince años antes de la batalla, lee *The Shrine*, un relato corto que he escrito y que está disponible en versión digital gratis en Amazon y otras plataformas.

Que yo sepa, no existen pruebas de que los oficiales romanos utilizaran silbatos para transmitir órdenes. En su lugar se utilizaban trompetas de varios tipos. No obstante, se han encontrado silbatos por todo el imperio, también en los alrededores del fuerte de la legión en Regensburg, Alemania. No creo que sea muy exagerado poner uno en las manos de Tulo durante la batalla. Un silbato resultaría muy útil para llamar la atención de quienes estuvieran a apenas unos pasos.

La mayoría de los historiadores sostiene que el casco con visera de la caballería romana solo se utilizaba en los desfiles, fundamentalmente porque

impedía ver bien. Sin embargo, cada vez hay más recreadores históricos que cabalgan y entrenan con réplicas de estos cascos que dicen que es posible cargar y luchar con uno puesto. Basta con pensar en los caballeros medievales y en los cascos que llevaban en la batalla.

Me he ceñido a la cronología de la emboscada tal y como la conocemos y en la de los acontecimientos individuales que sucedieron en ella, como la forma en que atacaron los guerreros de las tribus, el cántico del *barritus*, la forma como los romanos desecharon el equipamiento, las pérdidas catastróficas de las legiones, el

intento fallido de Vala de escapar con la caballería, el suicidio de Varo y la pérdida de un águila en la ciénaga. Las horribles mutilaciones de los prisioneros romanos, incluida la del legionario a quien le cortaron la lengua, están descritas en las crónicas históricas. Aliso estaba sitiado, pero algunos supervivientes de la emboscada consiguieron penetrar en sus murallas. Cedicio era el comandante del fuerte y, gracias a su valentía, consiguió llevar a un lugar seguro a su guarnición y a algunos civiles durante una noche de tormenta. Su treta de hacer creer a los germanos que avanzaban refuerzos desde el Rin aparece en los anales de la

historia: una genialidad, donde las haya, fruto de la desesperación.

He disfrutado mucho incluyendo en la novela a personas de carne y hueso como personajes secundarios y también con el hecho de utilizar artefactos romanos que han sido descubiertos en esa zona de Alemania. He mencionado anteriormente a Cesorinio Amausio, un *ursarius* no de la XVIII, si no de la XIII, que fue posterior y que estuvo destacada en Colonia Ulpia Traiana y no en Vetera. Un legionario llamado Marco Ayo, de la centuria de Fabricio, perdió dos cierres de bronce de la armadura en el campo de batalla de Kalkriese, que fueron hallados a cierta distancia de allí, como

si se hubiesen caído de la bolsa de un hombre que huye. Que Piso los ganase jugando a los dados fue una invención mía. El casco de caballería que lleva Tubero y que después pierde está basado en la icónica máscara del casco que fue hallado en Kalkriese. Las especias que le ofrecen a Piso cuando va a buscar vino no son producto de mi delirante imaginación: en las alcantarillas de los campamentos romanos de Alemania se han encontrado granos de pimienta y semillas de cilantro, originarias de la India, que datan de épocas tan tempranas como el siglo XI a. C. Las grandes barricas de madera mencionadas en Aliso

pertenecen a la misma época de las encontradas en la cercana ciudad de Oberaden. Cedicio menciona que los soldados escondían las monedas que ahorraban debajo del suelo de las barracas; esto se basa en un ejemplo real que se exhibe en el museo de Haltern-am-See, con la vasija de barro incluida. Allí también se pueden ver abrojos, con sus destructivas púas, similares a los que utilizaron los legionarios en su huida.

Escribir novelas históricas es un verdadero privilegio, porque supone que una de mis grandes pasiones, la historia, es ahora mi profesión. En su mayor parte, mi trabajo es motivo de grandes

alegrías, por lo que me siento todavía más afortunado, pero está sujeto a una responsabilidad un tanto inesperada: ser fiel a la historia en la medida de lo posible. Esta responsabilidad ha ido creciendo desde que publiqué mis primeros libros y espero haberlo plasmado en mi escritura.

La he sacado a colación por varias razones, una de ellas es la cantidad de tiempo que he pasado vestido y pertrechado como soldado romano para entrenar y participar en dos largas caminatas benéficas. (Con un poco de suerte pronto podréis ver *The Road to Rome*, el documental de nuestra 2014#RomaniWalk narrado por *sir* Ian

McKellen en televisión. Aquí también tengo que mencionar y agradecer a los cientos de personas que tan generosamente donaron para nuestra campaña. El personaje de Maelo está vagamente inspirado en Gwilym Williams, ganador de una competición en la que participé durante la recaudación de fondos). Según mis cálculos, he recorrido a pie más de ochocientos kilómetros con el equipamiento y la armadura, que pesan entre quince y veintiséis kilos —el peso dependía de la fase de entrenamiento, del tiempo, de mi ánimo y de la energía que tuviese—. Esta experiencia me ha resultado de gran ayuda a la hora de

escribir y los detalles de las marchas son, casi todos, fruto de mi experiencia. Por ejemplo, creo (como lo creen muchas de las personas que recrean la historia) que los soldados romanos llevaban durante la marcha el escudo a la espalda. Resulta cómodo y además se puede soltar y agarrar para luchar en unos instantes. He intentado caminar con el escudo en la mano derecha, como lo hacen los legionarios plasmados en la columna de Trajano y en otros monumentos, y me ha parecido que resulta muy incómodo al poco de llevarlo. Colgarlo con una cinta en el hombro tampoco funciona. Así pues, considero que las representaciones de

los soldados que se hacían en la Antigüedad eran un recurso artístico para que el público viese mejor a los soldados y su equipamiento.

El combate real ya es otra cosa. Incluso aunque pudiese experimentar el miedo devastador y el salvajismo absoluto de una batalla, no querría hacerlo, aunque gracias a mi experiencia como estudiante de veterinaria en África, sé cómo matar a una cabra con un cuchillo afilado. No debe de ser tan diferente hacerle lo mismo a un ser humano, dejando a un lado consideraciones psicológicas. Cortar el cuello y clavar un puñal en la columna vertebral es más fácil de lo que parece.

Maldecir: no es de extrañar que a los romanos les gustase, y mucho, maldecir. Algunas de sus imprecaciones giraban en torno a la palabra «coño», que muchos consideran una de las peores palabrotas que existen. Por esta razón, en libros anteriores he tendido a emplear la palabra «joder» (aunque está menos atestiguada, existe un verbo en latín «*futuere*»). Sin embargo, en esta novela, he creído apto utilizar «coño», aunque con moderación. (También he puesto en boca de Tulo la palabra «hermano» cuando se dirige a sus hombres porque se utilizaba: existen ejemplos documentados de centuriones que se dirigían a sus soldados de esta

forma).

Para recrear la manera en que debieron de vivir me ha resultado útil viajar a los lugares o a las zonas donde se produjeron los acontecimientos históricos. He estado en casi todos los lugares que aparecen en mis libros y he caminado por ellos, lo cual me ha resultado de gran ayuda a la hora de redactar las diferentes escenas de la novela. Mientras escribo esto en noviembre de 2014, acabo de regresar de un viaje de ocho días por Alemania, en el que he recorrido en coche, en bicicleta y a pie más de mil kilómetros a lo largo del Rin, desde Xanten, en el norte, hasta Maguncia. En este viaje he

visitado muchos museos, el maravilloso parque arqueológico de Xanten y los emplazamientos de varios fuertes romanos. Es realmente impresionante la gran variedad de artefactos antiguos, tanto militares como civiles, que hay en Alemania y que han dado origen a nuevas ideas.

No me canso de recomendar la visita al parque arqueológico de Xanten, donde se pueden ver reconstrucciones exactas de una puerta de entrada a la ciudad de tres plantas, una parte considerable de la muralla, el amplio anfiteatro, talleres, una casa de huéspedes y una taberna y un restaurante que funcionan como tales. Hacia el este,

no muy lejos, en Haltern-am-See, se encuentra uno de los mejores museos romanos que he visitado. A unos cientos de kilómetros más hacia el interior, está el increíble campo de batalla de Kalkriese, que durante años se pensó que fue el escenario de la batalla del bosque de Teutoburgo. En los últimos años, esta teoría ha perdido cierta credibilidad debido a la gran cantidad de monedas que se han hallado allí que datan del siglo I a. C. De todos modos, en ese emplazamiento las tribus germanas tendieron una emboscada al ejército romano. Las fortificaciones germanas reconstruidas así como la gran cantidad de objetos del museo te hacen

imaginar lo que fue la batalla real.

Los museos romanos de Colonia, Bonn y Maguncia también son excelentes, cada uno a su manera. Creo que el Museo de Construcción Naval Antigua de Maguncia merece una mención especial por sus excepcionales hallazgos de navíos fluviales romanos y por la extraordinaria reconstrucción de dos de ellos. Por lo que respecta al fuerte del siglo II d. C. en Saalburgo completamente reconstruido, todo lo que puedo decir es: ¡Id! Si os gusta el senderismo o el ciclismo, podéis visitar Saalburg, que se encuentra en la ruta de 560 kilómetros a lo largo del *Limes Germanicus*, la línea de fuertes

fronterizos que unió el Rin y el Danubio durante dos siglos.

Los textos antiguos ofrecen otra vía de acceso al pasado. Sin Tácito, Floro, Veleyo Patérculo, Dion Casio y Plinio hubiese estado perdido a la hora de escribir esta novela. Sus palabras, que en muchas ocasiones ensalzaban bastante a Roma, se tienen que tomar con cierta relatividad, pero siguen siendo de gran valor cuando se trata de investigar e imaginar el pasado. Los libros de texto también son indispensables. Una bibliografía de todos los libros que he utilizado para escribir *Águilas en guerra* ocuparía varias páginas, de modo que solo

mencionaré los más importantes en orden alfabético por autor: *Handbook to Legionary Fortresses*, de M. C. Bishop; *Roman Military Equipment*, de M. C. Bishop y J. C. N. Coulston; *Greece and Rome at War*, de Peter Connolly; *The Complete Roman Army*, de Adrian Goldsworthy; *Rome's Greatest Defeat: Massacre in the Teutoburg Forest*, de Adrian Murdoch; *Eager for Glory: The Untold story of Drusus the Elder, Germanicus*, y *Roman Soldier versus Germanic Warrior*, todos ellos de Lindsay Powell; *The Varian Disaster* (varios autores), una edición especial de la revista *Ancient Warfare*. Me gustaría mencionar a las editoriales Osprey y

Karwansaray, cuyas publicaciones me han ayudado a menudo y el *Oxford Classical Dictionary*, siempre útil.

Gracias, como siempre a los miembros de www.romanarmy.com por sus respuestas rápidas a mis extrañas preguntas y a Paul Harston y a los legionarios de Roman Tours UK, por la misma razón y por aceptar proporcionar personas y materiales para las portadas de este y de los otros dos libros de la trilogía. ¡Venga, Roland! Paul Karremans del Proyecto Gemina de Holanda también merece una mención especial y un enorme agradecimiento por el generoso préstamo de su recreación del águila de la unidad. *Dank*

u wel, Paul. Me gustaría dar las gracias a Adrian Murdoch y a Lindsay Powell, mencionados anteriormente, por su paciencia, su sabiduría y la generosidad con la que me han dedicado su tiempo. No solo me han ayudado con información a lo largo de muchas de las fases del proceso de escritura y han contestado a mis múltiples preguntas, sino que además han sido tan amables que leyeron el manuscrito cuando lo acabé y me ofrecieron todavía más consejos sabios. Sois dos verdaderos caballeros. También estoy en deuda con Jenny Dolfen, escritora e ilustradora alemana de gran talento por su ayuda con los nombres germánicos.

Quiero dar las gracias a muchas personas de Random House, mi editorial. A Selina Walker, mi maravillosa editora, poseedora como nadie de una gran sagacidad. Este libro sería una creación mucho menor si no hubiese sido por ella. Gracias, Selina. Gracias también a Rose Tremlett, Richard Ogle, Aslan Byrne, Nathaniel Alcaraz-Stapleton, Vincent Kelleher y David Parrish, que tanto habéis trabajado para que todo saliese bien. También quiero mostrar mi agradecimiento a mis editoriales en el extranjero, en especial a Carmen Paris y a su equipo en Ediciones B, en España, y a Keith Kahla y a sus compañeros de

St. Martin's Press, en Estados Unidos.

Hay otras personas que quiero nombrar para agradecer su ayuda: Charlie Viney, mi súperagente. Richenda Todd, mi correctora, una verdadera estrella. Claire Wheller, la mejor fisioterapeuta deportiva del mundo. Arthur O'Connor, un viejo amigo, por sus críticas y sus sugerencias. Muchísimas gracias a vosotros, mis maravillosos lectores. Sois vosotros quienes me mantenéis en este trabajo, no os imagináis cuánto os lo agradezco. ¡Cualquier cosa con tal de no volver a la veterinaria! Vuestros correos electrónicos desde todo el mundo y los contactos en Facebook y en Twitter me

alegran la vida. Por favor, que sigan llegando. Por último, pero no por ello menos importante, en absoluto, quiero dar las gracias a mi maravillosa esposa, Sair, y a mis preciosos hijos, Ferdie y Pippa, por el inagotable amor y por la alegría que me aportan.

Información de contacto:

Correo electrónico:

[*ben@benkane.net*](mailto:ben@benkane.net)

Twitter: [*@BenKaneAuthor*](https://twitter.com/BenKaneAuthor)

Facebook:

[*facebook.com/benkanebooks*](https://facebook.com/benkanebooks)

Y también en mi página web:

[*www.benkane.net*](http://www.benkane.net)

Youtube (mis vídeos en formato documental):

[*https://www.youtube.com/channel/UCor—9BVCzfvRT—bVOSYYw*](https://www.youtube.com/channel/UCor—9BVCzfvRT—bVOSYYw)

Glosario



abrojos: dispositivos antipersona que empleaban los romanos y otros pueblos de la Antigüedad. Eran armas de cuatro lados con clavos. Al lanzarse, uno de los clavos siempre sobresalía hacia delante mientras los otros tres proporcionaban una base estable. No solo eran útiles contra la caballería y los elefantes, sino también con los soldados de a pie.

acetum: vino agrio, la bebida universal que se servía a los legionarios.

También significa «vinagre», el desinfectante más habitual empleado por los médicos romanos. El vinagre resulta ideal para matar bacterias y su uso generalizado en la medicina occidental se prolongó hasta finales del siglo XIX.

***alae* (sing. *ala*):** unidades auxiliares de la caballería que las legiones empleaban como tropas de apoyo, y bajo el mando de los prefectos, oficiales ecuestres. Las *alae* tenían una composición variada, y estaban formadas o bien por 512 jinetes en 16 *turmae* o 768 jinetes en 32 *turmae*. Existe la posibilidad de que Arminio fuera el comandante de una

de estas unidades y así es como he decidido representarlo. (Véase también la entrada para *turma*).

Alara: el río Aller.

Albis: el río Elba.

Amisia: el río Ems.

***amphora* (pl. *amphorae*):** recipiente de arcilla de cuello estrecho con dos asas y base que va estrechándose, utilizado para almacenar vino, aceite de oliva y otros productos. Las había de distintas envergaduras, algunas incluso mayores al tamaño de un hombre. Se utilizaban de forma habitual para el transporte de larga distancia.

***aquilifer* (pl. *aquiliferi*):** el

portaestandartes del *aquila*, o águila, de una legión. Las imágenes que han sobrevivido hasta la actualidad muestran al *aquilifer* con la cabeza descubierta, lo cual hace pensar que siempre fueran así. Sin embargo, durante el combate habría resultado demasiado peligroso, por lo que es probable que entonces llevaran casco. Se desconoce si llevaban un pellejo de animal igual que el *signifer* (véase entrada más abajo), pero así es como se interpreta comúnmente. La armadura era de escamas y probablemente portaran un pequeño escudo que podía llevarse sin emplear las

manos. Durante la época inicial del imperio, el *aquila* era de oro e iba montada en un asta de madera con clavos, por lo que podía clavarse en el suelo. A veces el asta tenía brazos para transportarla con más facilidad. Aunque estuviera dañada, el *aquila* no se destruía sino que se reparaba una y otra vez. Si se perdía en una batalla, los romanos eran capaces de hacer cualquier cosa con tal de recuperarla, como leeréis en el siguiente libro de esta serie. (Véase también la entrada para *legión*).

Ara Ubiorum: Colonia.

Arduenna Silva: el bosque de las Ardenas.

as (pl. asses): pequeña moneda de cobre que originariamente valía la cuarta parte de un sestercio, o la decimosexta parte de un denario.

Asciburgium: Moers-Asberg.

Augusta Treverorum: Tréveris.

Augusta Vindelicorum: Augsburgo.

auxiliares (*auxilia* en latín): a Roma no le importaba utilizar a ciudadanos no romanos en sus ejércitos, ya fuera en la infantería ligera o en la caballería. En la época de Augusto, los *auxilia* se habían convertido en una fuerza regular y profesional. Eran unidades de aproximadamente el tamaño de una cohorte o dos, y se dividían en tres tipos: infantería,

caballería o mixtas. Las unidades auxiliares estaban bajo el mando de los prefectos, oficiales ecuestres. En el Teutoburgo, el ejército de Varo incluía seis cohortes auxiliares de infantería y tres de caballería auxiliares.

ballista (pl. ***ballistae***): catapulta romana de dos brazos que tenía el aspecto de una ballesta sobre un soporte. Lanzaba flechas o piedras con una fuerza y precisión enormes.

barritus: el canto de guerra de los guerreros germanos. Mi descripción del mismo procede directamente de los textos de la Antigüedad.

birreme: barco de guerra antiguo, cuya

invención se atribuye a los fenicios, con una vela cuadrada y dos bancos de remos a cada lado.

Bonna: Bonn.

***caldarium*:** sala sumamente cálida de las termas romanas. Se empleaba como las saunas actuales y muchas disponían de una piscina de agua caliente para zambullirse. El *caldarium* se calentaba con aire caliente que fluía por unos ladrillos huecos situados en las paredes y bajo el suelo elevado. El aire caliente procedía del *hypocaustum*, un horno que los esclavos alimentaban sin parar.

Campania: fértil región del centro oeste

de Italia.

carnyx (pl. *carnyxes*): trompeta de bronce gala que se sostenía en vertical y coronada con una campana en forma de animal, normalmente un jabalí. Producía un sonido temible por sí sola o en combinación con otros instrumentos.

centurión (*centurio* en latín): los disciplinados oficiales de carrera que formaban el pilar del ejército romano. (Véase también la entrada para *legión*).

centuria: la principal subunidad de una legión romana. Aunque en un principio estaban formadas por cien hombres, llegados al siglo I d. C.

llevaba contando con ochenta hombres durante casi medio milenio. La unidad se dividía en diez secciones de ocho soldados, llamada *contubernium*. (Véase también la entrada para *legión*).

Cerbero: perro monstruoso de tres cabezas que vigilaba la entrada al Hades. Permitía la entrada a los espíritus de los muertos, pero no los dejaba salir.

Civitas Nemetum: Espira.

cohorte: unidad que comprendía una décima parte de la fuerza de una legión. Las cohortes estaban formadas por seis centurias de ochenta legionarios cada una. Cada

centuria estaba al mando de un centurión. El centurión que encabezaba la primera centuria era el de mayor rango (el caso de Tulo); y los centuriones se sucedían en rango tras él: segundo, tercero, etc. Las cohortes seguían la misma jerarquía, de forma que los centuriones de la primera cohorte, por ejemplo, tenían un rango más elevado que los de la segunda, y así sucesivamente.

Confluentes: Coblenza.

cónsul: durante la época de la República, los dos hombres que ocupaban este cargo eran los magistrados de mayor importancia.

Los cónsules eran los líderes políticos y militares de Roma durante los doce meses de su mandato. En la etapa inicial del imperio, en la época de Augusto, los cónsules se habían convertido en cargos ineficaces. Los hombres que ocupaban tal puesto seguían recibiendo grandes honores, como pone de manifiesto el hecho de que el emperador ocupara el cargo, pero carecían de poder real. Aunque eran elegidos, en realidad los nombraba Augusto y emperadores posteriores.

***contubernium* (pl. *contubernia*):** grupo de ocho legionarios que compartían una tienda o barracón y que

cocinaban y comían juntos. (Véase también la entrada para *legión*).

Danuvius: el río Danubio.

***denarius* (pl. *denarii*):** la moneda más básica del Imperio romano. Hecha de plata, equivalía a cuatro *sestertii* o dieciséis *asses*. La *aureus* de oro, menos habitual, equivalía a veinticinco *denarii*.

Donar: dios del trueno germano, y una de las pocas deidades tribales de las que hay constancia a comienzos del siglo I d. C.

ecuestre: noble romano con un rango directamente inferior al de senador. Era posible ascender en la escala social y pasar a la clase senatorial,

aunque no era fácil.

Estigia: río del submundo que tenían que cruzar los muertos tras pagar una moneda al barquero para el trayecto. El rito de colocar una moneda en la boca de los fallecidos procede de la creencia de los pueblos de la Antigüedad de la necesidad de dinero tras la muerte.

***falx* (pl. *falces*):** arma parecida a una guadaña larga y que se cogía con ambas manos empleada por las tribus dacias. ¡Muy peligrosa! Algunos historiadores consideran que en el siglo II d. C. se modificaron los cascos de los legionarios para contrarrestar el

peligro que suponían estas armas letales.

Fectio: Vechten.

fenicio: procedente de Fenicia, la zona costera de las actuales Siria y Líbano. Los fenicios eran famosos por sus viajes y su afán comercial y fundaron Cartago en el siglo VIII a. C.

Flevo Lacus: el Zuiderzee, ahora llamado Ijsselmeer.

Fortuna: diosa de la suerte y la buena fortuna. Al igual que todas las deidades, tenía fama de caprichosa.

frameae (sing. framea): las lanzas largas que empleaban la mayoría de las tribus germanas. Tenían una hoja

de hierro corta y estrecha y eran armas terribles. Empleadas en compañía de un escudo, se usaban para clavar, lanzar o tratar de alcanzar a un oponente.

frigidarium: sala sin calefacción en las termas romanas, con un recinto de agua fría.

Galia Belgica y Galia Lugdunensis: dos de las cuatro provincias galas que Augusto definió. Las dos restantes eran la Galia Aquitania y la Galia Narbonensis.

Germania: en el 9 d. C. los romanos consideraban que la zona situada entre los ríos Rin y Elba formaba la provincia de Germania Magna. Al

este del Elba y su afluente el Saale yacía la Germania Libera, o Germania Libre.

***gladius* (pl. *gladii*):** en la primera época del principado, el *gladius hispaniensis* republicano, con la hoja estrecha en el centro, fue sustituido por el llamado *gladius* de Mainz (así bautizado por los numerosos ejemplares encontrados allí). El Mainz era una espada corta de acero, de entre 400 y 550 mm de largo. Tenía forma de hoja y el ancho oscilaba entre los 54-75 mm y los 48-60 mm. Terminaba en un extremo en forma de V que medía entre 96 y 200 mm. Era una espada equilibrada

tanto para cortar como para acuchillar. El mango tallado era de hueso e iba protegido por un pomo y una pieza de madera. La vaina estaba hecha con capas de madera, enfundada en cuero y rematada en los extremos con una aleación de cobre. El *gladius* se llevaba a la derecha, excepto los centuriones y otros oficiales de alto rango, que lo llevaban a la izquierda. A diferencia de lo que cabría pensar, es más fácil desenvainar con la mano derecha, y probablemente se colocara ahí para evitar que interfiriese con el *scutum* mientras estaba desenvainado.

Hispania: la península Ibérica.

Illyricum (o Iliria): nombre romano del territorio que se extiende al otro lado del mar Adriático desde Italia: incluye parte de la actual Eslovenia, Serbia, Croacia, Bosnia y Montenegro. Illyricum incluía la zona llamada Pannonia, que se convirtió en provincia romana durante la primera mitad del siglo I d. C.

intervallum: zona amplia y llana en el interior de las murallas de un campamento o fuerte romanos. Aparte de servir para proteger los barracones de los proyectiles enemigos, también permitía concentrar a las tropas antes de las

patrullas o las batallas.

Júpiter: llamado a menudo *Optimus Maximus*, «El mayor y mejor». El dios más poderoso de los romanos, responsable del tiempo, sobre todo de las tormentas.

Laugona: el río Lahn.

legado (en latín, *legatus legionis*): oficial al mando de una legión y hombre con rango de senador. El legado estaba bajo las órdenes del gobernador regional. (Véase también la entrada para *legión*).

legión (*legio* en latín): la mayor unidad independiente del ejército romano. A plena capacidad, estaba formada por diez cohortes, compuesta cada una

de ellas por 480 legionarios, divididas en seis centurias de ochenta hombres. Cada centuria se dividía en diez partes, *contubernia*, de ocho hombres. Las centurias estaban lideradas por un centurión, cada uno de los cuales disponía de tres oficiales de menor rango que ayudaban a manejar la unidad: el *optio*, el *signifer* y el *tesserarius* (véase también la entrada correspondiente a cada uno de ellos). Cada centuria y cohorte tenía su propio estandarte; cada legión poseía un águila. La legión estaba al mando de un legado, cuyo suboficial era el tribuno de mayor rango, el

tribunus laticlavus. El prefecto del campamento, un *ex primus pilus*, era el tercero al mando; después de él, y en orden incierto, venían los cinco tribunos de menor rango y el *primus pilus*. Cada legión tenía adscritos a ciento veinte soldados de caballería. (Véanse las entradas para *tribuno*, *primus pilus* y *turmae*). En la práctica, ninguna legión contaba siempre con todos sus efectivos debido a las enfermedades y a los destacamentos en otros lugares y, en tiempos de guerra, por culpa de las bajas, entre otros motivos. Por consiguiente, hoy en día la mayoría de los expertos acepta que las tres

legiones de Varo junto con sus tropas auxiliares ascendían a entre trece mil y quince mil hombres, en vez de los supuestos veinte mil.

legionario: soldado de infantería romano profesional. En calidad de ciudadano, se alistaba al ejército con poco más o menos de veinte años y juraba lealtad directa al emperador. En el año 9 d. C., servía durante veinte años, y cinco años más como veterano. Se le pagaba tres veces al año, después de deducir los gastos por manutención y equipamiento. Lo más probable era que encima de una túnica que solía ser de lana blanca vistieran una

prenda acolchada, el *subarmalis*, que servía para amortiguar el poder de penetración de las armas enemigas que alcanzaban la armadura. A continuación llevaban una cota de malla o la famosa armadura de hierro segmentado, la llamada *lorica segmentata*. Siempre vestían cinturones militares que en su mayoría estaban revestidos de pequeñas placas plateadas o de latón. Era habitual llevar colgada del cinturón una especie de falda con cuatro o más cintas de cuero con tachones de metal para proteger la entrepierna. A comienzos del siglo I d. C. se empleaban distintos tipos de

cascos, de hierro, bronce o latón, a veces con piezas decorativas de cobre, latón y/o zinc. Los legionarios portaban un escudo para defenderse, mientras que sus armas ofensivas eran el *gladius*, *pilum* y puñal (véase entradas para las dos primeras). Este equipamiento pesaba más de veinte kilos. Añadido al resto de los pertrechos de un legionario: el yugo, la manta, el cazo, el suministro de grano y las herramientas, la carga sumaba más de cuarenta kilos. El hecho de que se esperaba que los legionarios recorrieran treinta kilómetros en cinco horas, cargados con este

inmenso peso, pone de manifiesto la buena forma física de la que gozaban. Tampoco es de extrañar que enseguida gastaran las tachuelas de las sandalias. Aunque lo habitual era que los soldados se costearan tales necesidades, hay constancia de que los legionarios pidieran que el emperador les pagara las tachuelas después de una marcha larga y forzada. ¡Su demanda de «dinero para clavos» se concedía! Me encanta esta pequeña imagen, por lo que la incluí en la historia.

lituo: cayado de bronce curvado que llevaban los augures como insignia de su dignidad. ¡Basta con ver el

báculo de los obispos para ver que nada cambia!

Lupia: el río Lippe.

Mare Germanicum: el mar del Norte.

Marte: el dios de la guerra. Todos los botines de guerra se dedicaban a él, y pocos comandantes romanos iban de campaña sin visitar antes el templo de Marte para pedir la protección y bendición del dios.

Minerva: diosa romana de la guerra y también de la sabiduría.

Mitra: supuestamente, dios persa. Nació en el solsticio de invierno, en una cueva. Llevaba un gorro frigio con el extremo romo y se relacionaba con el sol, de ahí el nombre de *Sol*

Invictus: «Sol Invicto». Sabemos poco del mitraísmo, aparte de que había distintos niveles de devoción y se exigían ritos de iniciación para pasar de uno a otro. Los principios de esta religión —coraje, fuerza y resistencia— la hicieron muy popular en el ejército romano, sobre todo durante el imperio.

Mogontiacum: Maguncia.

molles: palabra latina que significa «blando» o «tierno» e invento propio como término despectivo para un homosexual.

Novaesium: Neuss.

optio (pl. *optiones*): oficial de rango inmediatamente inferior al de

centurión; el segundo al mando de una centuria. (Véase también la entrada para *legión*).

***phalera* (pl. *phalerae*):** adorno esculpido en forma de disco en reconocimiento por el valor que se llevaba en un arnés colocado en el pecho, encima de la armadura de los soldados romanos. Las *phalerae* solían estar hechas de bronce, pero también podían ser de oro o plata. Incluso he visto una de cristal. A los soldados también se les concedían torques, brazaletes y pulseras.

***pilum* (pl. *pila*):** la jabalina romana. Estaba formada por un asta de madera de aproximadamente 1,2

metros de largo, unida a un vástago fino de hierro de unos 0,6 metros y coronada por un pequeño extremo piramidal. La jabalina era pesada y, al lanzarla, todo el peso se concentraba detrás de la cabeza, lo cual le otorgaba una tremenda fuerza de penetración. Podía atravesar un escudo y herir al hombre que lo portara, o clavarse en el escudo e impedir su uso posterior. El alcance del *pilum* era de unos treinta metros, aunque es más probable que el alcance efectivo fuera de la mitad de esa distancia. Aunque se cree que los legionarios poseían un par de *pila* cada uno, es más probable que

fueran a la batalla con uno. He representado a los legionarios desprevenidos de Varo con dos cada uno porque al principio emprendieron una marcha pacífica.

praetorium: residencia del comandante en un campamento romano. Solía estar situada detrás del *principia* y construida a gran escala, al estilo de una casa urbana, con distintas dependencias dispuestas alrededor de un patio central cuadrado.

primus pilus: el centurión jefe de toda la legión y, posiblemente, el centurión jefe de la primera cohorte. Cargo de suma importancia ocupado normalmente por un soldado

veterano de unos cuarenta o cincuenta años. Al retirarse, el *primus pilus* tenía derecho a entrar en la clase ecuestre. (Véase también la entrada para *legión*).

principia: el cuartel general de un campamento romano, que se encontraba en la intersección de la *via principalis* y la *via praetoria*. Era el centro administrativo y el lugar donde se guardaban los estandartes de las unidades del campamento. Su impresionante entrada conducía a un patio con columnatas y adoquines bordeado de despachos por todos los lados. Detrás había un enorme vestíbulo

con el techo elevado que contenía estatuas, el santuario de los estandartes, una cámara para los pagos de la legión y posiblemente más despachos. Es probable que en el *principia* se celebraran desfiles y que los oficiales de mayor rango se dirigieran a los hombres en el vestíbulo.

Rhenus: el río Rin.

Rura: el río Ruhr.

Sala: el río Saale.

***scutum* (pl. *scuta*):** escudo oval y alargado del ejército romano, de 1,2 metros de alto y 0,75 metros de ancho. Constaba de dos capas de madera situadas en ángulo recto

entre sí y estaba revestido de lino o loneta y cuero. El *scutum* era pesado, entre seis y diez kilos. El centro estaba decorado con un gran tachón de metal con el asa en horizontal situada detrás. La parte delantera solía llevar motivos decorativos pintados y se utilizaba una funda de cuero para proteger el escudo cuando no se usaba, por ejemplo durante las marchas. Hay constancia de que los escudos de los legionarios de Varo estaban tan empapados de agua de lluvia que era difícil luchar con ellos.

***sestertius* (pl. *sestertii*):** moneda de latón que equivalía a dos *asses* y

medio; o a un cuarto de *denarius*; o a una centésima parte de un *aureus*. Su nombre «dos unidades y medio tercio» procede de su valor original, dos *asses* y medio.

***signifer* (pl. *signiferi*):** abanderado y oficial subalterno. Era un puesto muy valorado, y solo había uno por cada centuria de la legión. El *signifer* solía llevar armadura de escamas y un pellejo de animal encima del casco, que a veces constaba de una pieza facial de bisagra, además de un escudo pequeño y circular en vez de un *scutum*. El *signum*, o estandarte, estaba formado por un mástil de madera con una mano

alzada, o el extremo de una lanza rodeada de hojas de parra. Debajo había un larguero del que colgaban adornos de metal, o un pedazo de tela de colores. El mango del estandarte estaba decorado con discos, medias lunas, proas de barco y coronas, testimonios de los logros de la unidad que distinguían a una centuria de la otra. (Véase también la entrada para *legión*).

tesserarius: uno de los oficiales jóvenes de una centuria, entre cuyos cometidos se incluía dirigir la guardia. El nombre deriva de la tablilla *tessera* en la que se escribía la contraseña del día. (Véase

también la entrada para *legión*).

testudo: la famosa formación en cuadrado romana formada por legionarios en el medio que alzaban los *scuta* sobre sus cabezas mientras los de los lados formaban un muro de escudos. La *testudo*, o tortuga, se utilizaba para resistir el ataque con proyectiles o para proteger a los soldados mientras socavaban los muros de las ciudades asediadas. Según parece, la dureza de la formación se comprobaba durante la instrucción militar haciendo pasar por encima un carro tirado por mulas.

tribuno (*tribunus* en latín): oficial de

estado mayor en una legión. Durante el mandato de Augusto, el número de tribunos asociado a cada legión permaneció igual (seis), pero uno era de mayor rango que los demás. Este tribuno, el *tribunus laticlavius*, tenía rango de senador y era el segundo al mando de la legión, tras el legado. Solían rondar los veinte años y probablemente ocuparan el cargo un año. Los demás tribunos, los *tribuni angusticlavii*, eran un poco mayores y pertenecían a la clase ecuestre. Tendían a mantenerse en el cargo durante más tiempo y disponer de más experiencia militar. (Véase también la entrada para

legión).

trirreme: barco de guerra clásico de los romanos, accionado por una única vela y tres bancos de remos. Cada remo estaba en manos de un solo hombre nacido libre, no esclavo. Los trirremes tenían tripulaciones muy numerosas en relación con su tamaño. Esto limitaba la distancia que recorrían, por lo que principalmente se empleaban para transportar a la tropa y proteger la costa.

***turmae* (sing. *turma*):** unidad de caballería formada por diez hombres. En los inicios del principado, cada legión contaba con

una fuerza montada de 120 jinetes, que se dividían en doce *turmae*, comandada cada una por un decurión. (Véanse también las entradas para *ala* y *legión*).

***ursarius* (pl. *ursarii*):** legionario que también actuaba como cazador de osos. (Véase también la nota del autor).

***valetudinarium*:** hospital de un fuerte de legionarios. Solían ser edificios rectangulares con un patio central. Constaban de hasta sesenta y cuatro salas, similares a las habitaciones de los barracones de los legionarios que ocupaban un *contubernium* de soldados.

Venus: diosa romana de la maternidad y el hogar.

Vetera: Xanten.

via praetoria: una de las dos vías principales de todo campamento romano. Unía las entradas de los lados largos del fuerte rectangular.

via principia: la otra vía principal de un campamento romano. Iba de la puerta delantera al *principia*, situado en el extremo más alejado de la *via praetoria*.

vicus: término romano para designar un asentamiento que no llegaba a la categoría de ciudad.

Vindonissa: Windisch.

Visurgis: el río Weser.

vitis: la vara de vid que llevaban los centuriones. Se usaba para marcar el rango e infligir castigos.

Vulcano: dios romano del fuego destructor, que solía venerarse para evitar... ¡el fuego!

Notas

[1] Si habéis trabajado en la Antártida y leído mis libros mientras estabais ahí, ¡decídmelo, por favor! <<